



LLÁMALO... ¿AMOR?

(Serie hermanos Parker)



Chloe Santana



Todos los veranos contigo

Chloe Santana

© Por el texto, Chloe Santana

© Por el diseño de portada, Alexia Jorques

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

A todas las Harleys y Mias del mundo.

A todas las que no esperan que el príncipe azul venga a salvarlas.

Por ser ellas. Por ser fuertes.

I PARTE

*“No sé de qué están hechas las almas, pero la mía y la suya son una sola”
Emily Brontë, Cumbres Borrascosas.*

Un lugar seguro

Primavera de 2001, hace diecisiete años...

La ventana del desván siempre se atascaba en el momento más inoportuno. De puntillas sobre la desvencijada silla de mimbre que había colocado en el suelo, estiró todo el cuerpo hasta alcanzar la manilla. *Si fuese un poco más alta*, pensó. Luego comprendió que unos centímetros más no habrían cambiado nada. Aguantó la respiración cuando al girarla un agudo chirrido rompió el silencio. Se tapó la boca con las manos, presa del pánico, como si con ese gesto pudiera silenciar aquel ruido.

Los golpes bajo sus pies cesaron de inmediato. Una súplica femenina. Luego, el llanto. Si no hubiese sido tan torpe, ahora *él* no subiría a buscarla. La mayor parte del tiempo se olvidaba de su existencia. Llegaba borracho y dando bandazos, lo que no impedía todo lo que sucedía después. Ella, mientras tanto, debía esperar agazapada bajo una montaña de ropa sucia. Escondida en la buhardilla como el ser invisible que estaba obligada a ser para que *él* no recordara que tenía una hija.

—¡Harleeeeeeeeeeeeeeeeeey! —gritó furioso.

La muchacha palideció. Oyó sus pasos acelerados subiendo la escalera, y después a alguien forcejear con él. De nuevo, otra súplica en vano. Una bofetada. Un llanto de mujer. Un cuerpo que caía al suelo.

—¡Voy a por ti, niña del demonio! ¡Todo esto es culpa tuya!

Sus palabras llenas de odio la hicieron reaccionar. Saltó de la silla, corrió hacia la trampa y colocó una pesada caja llena de trastos para bloquearle la entrada. Un instante después la caja tembló. Él intentaba entrar embistiendo con todas sus fuerzas, y ella supo que sólo le quedaban unos segundos. Asustada, volvió a subirse en la silla y forcejeó con la manivela de la ventana.

—Ábrete, por favor... —suplicó angustiada.

Empujó con el peso de su cuerpo, pequeño y delgado. No era más que un amasijo de huesos aquel verano. Pálida y ojerosa. Demasiado menuda y frágil para una joven de trece años.

—¡Pequeña rata enclenque, cuando te pille te vas a arrepentir de haber nacido!

Lo hacía desde que tenía noción del tiempo. Y precisamente aquello era lo que activaba siempre su instinto de supervivencia. Contempló preocupada la ventana. Luego echó la vista atrás, temblando. La caja saltó medio centímetro

y pudo observar el destello de unos ojos enloquecidos, como los de un animal salvaje y hambriento.

Si me pillas, me mata.

Tiró de la manija una y otra vez. Ni siquiera tuvo valor para mirar hacia la trampilla. Forcejeó, perdió los nervios y empujó con el hombro. Chilló de impotencia. Él entraría como una bestia y le partiría la espalda. Podía oírlo jadear por el esfuerzo.

Empujó más fuerte. Otra vez. Otra. Otra más.

Crac.

La ventana cedió, y ella visualizó el campo de maíz que se expandía en el horizonte oscuro. La bestia consiguió entrar y se abalanzó hacia ella. No pudo dudar. Saltó por la ventana, se deslizó por el tejado como un gato y se arañó los codos en la caída. El hombre profirió una advertencia, pero ella ya no lo oyó. Se tiró del tejado al suelo y cayó sobre el hombro. No era la primera vez que lo hacía. Él era demasiado gordo y torpe para imitar sus pasos, así que se limitó a gritar con voz iracunda.

Antes de echar a correr a través del maizal, elevó la cabeza; desafiante. Libre. Lo miró a los ojos desde la distancia. Él levantó los puños, como si pudiera golpearla desde allí arriba. Pero no podía hacerlo.

—¡Vuelve aquí! ¿Me oyes? ¡Te mataré si das un paso más!

Desoyó sus gritos llenos de rabia. No era la primera vez que corría a través del campo de maíz. No era la primera vez que él la amenazaba. No era la primera vez que huía hacia el único lugar seguro que conocía en el mundo.

Atravesó corriendo el medio kilómetro que separaba aquel infierno del mejor sitio que conocía. Llevaba el pelo lleno de espigas y respiraba exhausta a causa de la carrera. La mansión se levantó imponente frente a ella. Una antigua plantación sureña al estilo de *Lo que el viento se llevó*. Era un edificio blanco de dos plantas, tan grande como un castillo. Un lugar hermoso donde jamás tenía miedo. Trepó como una lagartija por la enredadera de flores. Al llegar al balcón del segundo piso, llamó dos veces. Su contraseña secreta. Al cabo de unos segundos, un chico de su edad, despeinado y con cara de sueño, abrió la puerta de cristal.

—No deberías estar aquí.

Ella lo empujó y entró de todos modos.

—Cállate, Matt.

Él trató de sacarla a la fuerza. Ella se puso furiosa y forcejearon. No tenía ningún derecho a tratarla así.

—¡Basta!

Quien se interpuso entre ambos era más alto y grande que ellos. Ella lo abrazó de manera dramática. Sacó la lengua a su hermano, que se limitó a mirarlos con resentimiento.

—No debería estar aquí. Papá y mamá se enfadarán, John —insistió el otro.

Ella lo miró con gesto suplicante. John la observó apenado. Contempló los rasguños en los codos y rodillas, y las lágrimas que manchaban sus mejillas. Tembló de impotencia. Él sabía que debía protegerla.

—No tienen por qué enterarse.

Ella sonrió por primera vez en todo el día. No importó que el menor de los hermanos refunfuñara, pues ya estaba decidido. John le dio un beso en la mejilla y la dejó descansar. Allí estaba, en un sitio cálido, dormida en una cama de verdad mientras ellos dos compartían la otra. Su lugar seguro en el mundo. Y nada más importó entonces.

No estaba siendo un buen día. Para nada. Primero había tenido que tomar un vuelo desde Oklahoma a Seattle por motivos de trabajo. No había conseguido un billete en primera clase, así que tuvo las rodillas aplastadas contra el asiento delantero durante más de cuatro horas. Luego, la reunión con los inversores no había salido exactamente como él esperaba. Y para colmo, acababa de recibir la noticia de que a Mia la habían detenido por conducir borracha, y Matt se negaba a sacarla del calabozo. Según su hermano, aquella niñata necesitaba una lección.

Suspiró. Sólo tenía ganas de llegar a casa y darse una ducha, no de arreglar los líos en los que se metía su hermana pequeña. Se preguntó qué habría hecho su padre en su lugar, como llevaba haciendo desde hacía tres meses. Había pasado la última década preparándose para ser su sucesor en la empresa familiar, pero últimamente solía pensar que el puesto le venía grande.

Subió el volumen de la radio para distraerse. Dos kilómetros más a través de la polvorienta carretera que lo llevaba a casa, y luego decidiría qué hacer respecto a su pequeña y malcriada hermana. Sonaba Zombie, de The Cramberries. A su última exnovia le encantaba aquel grupo de música y solía ponérselo a toda voz en el coche sólo para fastidiarlo. Las cosas no habían salido bien con Amy porque, según ella, él no estaba preparado para comprometerse.

¿Y quién demonios lo está a los treinta y uno?, pensó irritado.

A su madre no le había agradado que cortara con Amy, pues la ruptura no hacía más que afirmar lo que ella le decía: *encadenas una relación tras otra y siempre les sacas una falta. ¿Nunca has pensado que el problema puedes ser tú?* Y sí, lo había pensado alguna que otra vez.

Nadie molestaba a Matt, por supuesto. Él tenía dos años menos, hacía lo que le daba la gana y no tenía por qué ser un ejemplo a seguir para nadie. Había pasado olímpicamente de la empresa familiar para ser policía, y algún día aspiraba a ser sheriff local. Si se follaba a una chica distinta cada noche no era asunto de nadie.

Para John, todo había empezado a ser diferente desde hacía tres meses. Obligaciones imprevistas, una fortuna que administrar y reuniones en traje, era la herencia que le había dejado su padre tras fallecer de un infarto fulminante. Y, sin embargo, sentía que aquello para lo que había estado preparándose desde que tenía uso de razón lo tenía hasta el cuello. Porque una cosa era ser

el favorito de tu padre, y otra muy distinta cumplir con todas las expectativas que había volcado en ti.

A veces envidiaba la vida de Matt, como suponía que él había envidiado la suya desde que eran unos niños. Los dos sabían en quien recaería la dirección de la empresa de transportes y lo habían asumido como se esperaba. John, estudiando en las mejores escuelas privadas. Matt, aprovechando su adolescencia al máximo, hasta que se volvió lo suficiente mayor como para sentar la cabeza.

Lo que se suponía que debía pasar, pero no tan pronto...

El fallecimiento de su padre había sido un golpe duro e imprevisto para su familia. Aquella noche, se había quedado en el sofá viendo su programa de deportes favorito. Su madre se había ido a la cama temprano, Mia no estaba en casa, como de costumbre, y él volvería tarde de una reunión de trabajo. Fue Matt quien lo encontró aparentemente dormido tras volver de patrullar. Le contó que había intentado despertarlo seis veces antes de darse cuenta de que estaba muerto. Luego había llamado a emergencias y les había pedido que no hicieran ruido para no despertar a su madre. Lo llamó por teléfono, pero no se atrevió a darle la mala noticia y solo le dijo que se diera prisa. A su madre y a él se lo contó con las manos temblando, una vez que se llevaron el cuerpo. Quería evitar que ninguno de los dos tuviera que ver el cadáver, como le había sucedido a él. Mia no se enteró hasta el día siguiente, cuando llegó a casa borracha como una cuba. Unos amigos tenían la intención de dejarla tirada en el porche porque no podía tenerse en pie. Al verlos, Matt no dijo nada y cogió a su hermana en brazos. John jamás había visto tan pálido a su hermano.

No, no lo envidiaba en absoluto.

Apenas le quedaban unos metros para llegar a casa cuando, a lo lejos, divisó una figura que iba dando tumbos. Pitó a la mujer que caminaba, o lo intentaba, por mitad de la carretera. Al ver que no reaccionaba, le hizo una señal con las luces para que se echara a un lado.

—Maldita borracha.

Su primera intención fue rodearla, pero finalmente levantó el pie del acelerador. Podría haber sido su hermana, y el hecho de que cualquiera pudiera abandonarla a su suerte le ponía los pelos de punta.

De lejos, iluminada por los faros del coche, parecía pequeña y frágil. Como un fantasma etéreo a punto de desvanecerse. Caminaba arrastrando los pies y le faltaba una zapatilla. Bajó la ventanilla con cierta desconfianza y le gritó:

—¿Necesita ayuda?

Ella se detuvo. Se giró hacia el coche y cubrió su rostro con las manos, cegada por los faros. John apagó las luces, resopló y se bajó del vehículo, no sin antes imaginarse la típica treta en la que alguien se disponía a robarle tras intentar ayudar a la supuesta dama en apuros. Sería la clase de cosa con la que Matt le tomaría el pelo constantemente diciendo: *¿Te acuerdas de aquella vez que...?*

Se acercó hacia ella con cierta cautela que fue desapareciendo a medida que observaba su estado. Temblaba como un gorrión, tenía la ropa sucia y algunos rasguños en los brazos. El cabello de color miel le tapaba el rostro. Era pálida, menuda y muy delgada.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó preocupado.

Ella no se movió. Permaneció de pie, apenas sostenida por dos piernas esbeltas que temblaban demasiado. Elevó la cabeza para decir algo, y al hacerlo, el pelo se movió para revelar unos pómulos marcados y una boca ancha. John entrecerró los ojos, familiarizado con aquellos rasgos. A oscuras en mitad de la nada, cubierta por un vestido blanco y vaporoso, parecía una ninfa. Intrigado, se acercó a ella cada vez más.

—¿Ha sufrido un accidente? ¿Se encuentra bien?

Los labios rosados y carnosos se abrieron para pronunciar una palabra. Al hacerlo, John descubrió algo escalofriante. Reconocía aquel gesto. La forma sensual en la que la boca se fruncía antes de hablar. Tuvo que detenerse, mareado por la impresión, para asimilar que lo que acababa de ver no era más que una fantasía.

—Ayuda —suplicó con voz débil.

Antes de que cayera al suelo, John logró alcanzarla. La aferró entre sus brazos, y estuvo a punto de soltarla cuando su rostro quedó a escasos centímetros del suyo. Conmocionado, se la quedó mirando y tuvo que apretarla para no dejarla caer. No por el esfuerzo, pues pesaba menos que una pluma, sino por el asombroso parecido.

La tomó de la nuca, y ella abrió los ojos para mirarlo a la cara. Entonces, John dejó escapar el aire. Aquellos ojos grises y rasgados eran los de ella. Atormentándolo en sueños desde hacía demasiados años. Le acarició la mejilla con un dedo y ella suspiró antes de desmayarse. Impactado, tuvo que sentarse en el suelo sosteniendo aquel cuerpo menudo.

Volvió a mirarla una vez más, sin dar crédito. No había duda alguna de que la joven que yacía sobre sus brazos era ella. Se miró la mano y descubrió que

estaba manchada de sangre. Estaba herida.

No esperaba volver a verla. No esperaba volver a verla así.

—Dios mío, ¿Harley?

—¿Vas a tardar mucho?

John desvió la mirada hacia la habitación del hospital. La puerta estaba entreabierta y podía ver la mitad de su cuerpo acostado en la cama. Todavía no había asimilado la situación ni tomado una decisión al respecto. Se sentía demasiado impactado por el reencuentro como para reaccionar.

—No lo sé, mamá. ¿Por qué no te vas a la cama? —sugirió, con la voz más calmada que pudo encontrar.

Al otro lado de la línea, su madre se quedó en silencio durante un rato. Desde que su padre había muerto de manera repentina, ella tenía la absurda creencia de que debía despedirse con un beso de todos sus hijos antes de irse a dormir. Así andaban las cosas.

—No lo entiendo. Venías de viaje por trabajo y ahora tienes que quedarte en la oficina por una reunión de última hora, ¿De verdad que estás bien? —preguntó con desconfianza.

—No te preocupes por mí, ya sabes cómo es este trabajo. Y vete a la cama.

—¿Ha sucedido algo que yo deba saber? —insistió.

Trató de que su tono sonara lo más indiferente posible.

—Claro que no. Descansa, te quiero.

Colgó el teléfono y lo apretó contra la palma de su mano. No podía contarle a su madre la verdad, al menos todavía. Lo último que su familia necesitaba era un nuevo sobresalto, y era evidente que el regreso de Harley lo era. Para todos, sin excepción, Harley había sido una más de la familia. Hasta que por desgracia, las cosas cambiaron drásticamente y nunca volvieron a saber más de ella.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Doce o trece años?

Tomó aliento para entrar en la habitación, preparándose para lo que iba a encontrarse. Una mano se colocó en su espalda para detenerlo. Era Michael, el doctor del ambulatorio de Golden Pont y su amigo de la infancia. Golden Pont era una ciudad pequeña donde todos se conocían. Famoso por su estanque, donde la luz del sol convertía el agua en oro. Harley había sido la comidilla del pueblo. Incluso mucho después de que se marchara se siguió hablando de ella. Rememorando aquella desgracia con una mezcla de lástima y morbosa

curiosidad.

Si quería protegerla como no había podido hacer cuando era un niño, esta vez tendría que andar con pies de plomo. No quería tomar una decisión a la ligera hasta sopesar todas las posibilidades, lo que incluía escuchar al doctor.

—Antes de que entres a verla, me gustaría ponerte al tanto de la situación —dijo Michael.

—¿Al tanto de la situación? Todo lo que sé es que la he encontrado malherida camino de mi casa, si es lo que quieres decir.

Michael hizo un gesto hacia los policías que esperaban frente a la máquina del café. John no vio a Matt por ningún lado, así que supuso que estaba más ocupado sacando del calabozo a su propia hermana.

—No constituye ningún riesgo para nadie, así que les he dicho que la interroguen el próximo día. De todos modos, no creo que le saquen gran cosa.

John se lo quedó mirando con aire inquisitivo.

—Han venido antes de que los avisara. Al parecer, un vecino dio el aviso de haber encontrado un coche estrellado bajo el barranco que hay poco antes de donde la encontraste. Al no hallar a nadie en el interior, vinieron al hospital. Su documentación estaba dentro del vehículo, junto con algunos efectos personales que puede retirar en comisaría.

—Eso explica la sangre.

—Sí, todas las hipótesis apuntan a que sufrió un accidente y salió despedida por el parabrisas. No me explico cómo está viva. Ha tenido suerte.

—¿Ha sido grave? ¿Se encuentra bien? —preguntó asustado.

Michael percibió su angustia. Después de tanto tiempo, no era lógico que le importase de aquella manera. Pero ambos habían formado un vínculo especial e indisoluble que sólo ellos podían entender.

—Sí, a eso iba. Físicamente solo ha sufrido unos rasguños. Su cabeza impactó contra el parabrisas, provocándole un traumatismo. Está viva de milagro. —Michael lo observó con detenimiento, como si quisiera cerciorarse de que lo estaba entendiendo—. Le he hecho varias pruebas y he llegado a la conclusión de que sufre amnesia retrógrada debido al traumatismo.

John tuvo que sentarse.

—¿Quieres decir que ha perdido la memoria?

—No sabe quién es, a qué venía, ni conoce a nadie que pueda ayudarla, eso es lo que quiero decir. De momento, la policía colgará el aviso en la ciudad que consta en su tarjeta sanitaria, pero poco más pueden hacer si nadie la reclama. En las dos horas que han pasado desde que la trajiste, no tenemos

constancia de que nadie haya preguntado por ella.

Sabía de sobra lo que aquello significaba. Harley no tenía familia ni nadie a quien acudir. No sabía cuánto había cambiado su vida desde entonces, pero si todo seguía igual, estaba sola en el mundo.

—¿Qué va a ser de ella si nadie la echa en falta? —se temió.

—Supongo que puede pasar unos días aquí. Tal vez tenga algún sitio a donde ir. La policía lo está investigando y permanecen a la espera de que los informen desde Louisiana, el lugar que aparece como su domicilio.

—¿Cuándo recuperará la memoria? —quiso saber.

—Como norma general, la mayoría de pacientes la recuperan progresivamente. En el peor de los casos, nunca. Esto no es una ciencia exacta, John. ¿Te acuerdas de aquel libro de Nicholas Spark, cómo se llamaba? Ese en el que el marido tiene que volver a enamorar a su mujer, y ella nunca logra recordarlo.

John se pasó las manos por el pelo, cada vez más nervioso.

—No me jodas...

Michael se encogió de hombros.

—He dicho en el peor de los casos.

John lo miró, a la espera de que él le dijera lo que se suponía que debía hacer. En realidad, nadie lo obligaba a buscar una solución. Había prestado auxilio como buen ciudadano a una mujer herida. Ahora podía marcharse a su casa y olvidar todo lo sucedido. ¿Por qué no lo hacía?

—Si decides entrar a verla, tengo que advertirte que las personas afectadas por amnesia postraumática se muestran desorientados, inquietos e incluso agresivos. Imagínate no recordar absolutamente nada sobre tu vida o quién eres, y cómo te sentirías respecto a los demás. La amnesia afecta a la memoria episódica, es decir, a sus recuerdos. Pero no afecta a sus conocimientos generales. Sabe leer, hablar, escribir...

—¿Qué sugieres que haga?

Michael lo tuvo claro.

—Como médico, recomiendo llevarla a un entorno que le sea familiar donde pueda ir recobrando paulatinamente la memoria. Si se rodea de personas a las que conoce, le será más fácil recordar. Es evidente que el sitio más familiar para Harley en este pueblo es tu casa —dijo muy convencido. Luego endureció la expresión y colocó sus manos sobre los hombros de John—. Como amigo, te recomiendo que te largues. No es tu obligación ayudarla y cargar con ella hasta que recupere la memoria, si es que lo hace.

Al comprobar que John se quedaba callado, añadió:

—¿No te lo estarás pensando, no?

—¿Qué harás con ella si no recupera la memoria dentro de unos días?

—preguntó a su vez.

—Esto no es un hotel, John. Espero que alguien venga a buscarla.

—Pero, ¿y si no viene nadie? —insistió él.

Michael no dijo nada. John asintió, cada vez más furioso.

—Mira, tal y como yo lo veo, será mejor que te vayas. Si yo fuera ella y me llevaras a tu casa, jamás querría recordar lo que me sucedió en este pueblo. ¡Caray, y tanto que no!

John lo fulminó con la mirada.

—Piensa en tu familia. Después de lo que os ha pasado, creo que lo último que necesitáis es una invitada como ella.

Pensaba en su familia, y sobre todo lo hacía en su padre. Precisamente él había profesado un cariño especial a Harley, por mucho que su madre la viese como un animal salvaje sin domesticar. De hecho, si su madre no se hubiera opuesto, la vida hubiera sido muy distinta para ella. Y si él no hubiera sido tan egoísta...

Maldita sea, pensaba en su padre y en Harley, ¿Pero tomaría la decisión adecuada? ¿Volvería a abandonarla a su suerte? ¿Qué demonios hacía Harley en aquella carretera que iba camino de su casa?

Empujó la puerta de su habitación y se quedó en el umbral, incapaz de entrar. Ella dormía de lado. Tenía la misma expresión que él recordaba cuando era una niña. Había deseado volver a verla tantas veces que no podía creer que la tuviera tan cerca. Y pensaba abandonarla a su suerte solo porque no había aparecido en el momento adecuado.

Tanto tiempo preguntándose qué habría sido de ella. Lamentándose por no haber podido ayudarla ni tener valor para revelarse. Y allí estaba, trece años después. Su amor de juventud. La chica a la que había hecho tantas promesas. La mujer en la que se había convertido, y a la que había fallado.

Harley.

Se acercó a ella y se sentó en el borde de la cama. Ella murmuró algo en sueños, y él le acarició el pelo. Harley había vuelto a casa, ¿Conseguiría él que se quedara?

Verano de 2002

A John le gustaba la forma en la que el cabello de Harley flotaba sobre sus hombros. Era de una tonalidad entre la miel y las avellanas. Cuando el sol se reflejaba en su pelo, como en aquel momento, irradiaba destellos dorados.

Su risa era contagiosa mientras la empujaba sobre aquel columpio que habían improvisado los tres. Una rueda de tractor y algo de cuerda atada a la pesada rama de un castaño a orillas del estanque. Al cruzar el borde. Harley siempre alargaba los pies para sumergirlos en el agua. Salpicaba adrede a Matt con aquel movimiento en apariencia inocente. Su hermano seguía bañándose en el río, tratando de ignorarla mientras ponía mala cara.

Llevaban sin hablarse un par de días, desde que Matt se había burlado de las pecas sobre la nariz de ella. A John le parecían las manchas más adorables del mundo, pero Matt solía meterse con ella muy a menudo. Él estaba convencido de que su relación con Harley lo ponía celoso, así que trataba de restarle importancia. Al fin y al cabo, su hermano pequeño no era más que un crío de catorce años.

—¡Más alto! —pidió ella.

John obedeció, colocando las manos sobre su espalda para empujarla todo lo fuerte que pudo. Harley echó la cabeza hacia atrás y lo miró sonriente, con aquella mueca amplia y confiada que podía derretirlo. Ella sabía que lo tenía en sus manos para hacer con él lo que quisiera. Y a él, a él no le importaba.

En el agua, Matt imitó la voz de ella con una cadencia infantil y femenina que la hizo sentir ridícula. Harley se puso de pie sobre la rueda y lo salpicó de una patada. Sonrió triunfal. John, acostumbrado a sus peleas, fue a por la merienda que su madre les había preparado.

Matt salió del agua mientras ella se columpiaba con los ojos cerrados. Echaba la espalda hacia atrás y canturreaba una canción. Le gustaba que el viento le acariciara el cabello y las mejillas porque se sentía libre. Mientras tanto, Matt la observó como haría una serpiente con un ratón. Aquella niña estúpida siempre intentaba ponerlo en evidencia. Junto a John, se comportaban como si fueran ellos los adultos y él un crío que no se enteraba de nada. Vale que su hermano fuese un par de años mayor...

¡Pero si Harley y él tenían la misma edad! ¿Por qué se empeñaba en reírse de él y hacerlo quedar como un tonto?

Se colocó detrás de ella y la tiró al agua de un empujón. El vestido vaporoso de Harley flotó a su alrededor como una medusa. Ella chilló. Estaba furiosa. Matt comenzó a reírse y tuvo que sentarse sobre la hierba para controlar el dolor de estómago.

—¡Eres un bruto, Matt Parker!

Él le sacó la lengua. A su lado, John le dio un codazo y corrió a meterse dentro del estanque para sacar a Harley, que hacía grandes esfuerzos para mantenerse a flote por culpa del pesado vestido.

—¡Eso, corre a salvar a la princesa en apuros! —se mofó, aunque ya no le hacía ninguna gracia.

2

Gina tenía tantas curvas que él no sabía a dónde agarrarse. Si a sus pechos grandes, a sus caderas voluptuosas o a aquellos muslos torneados que le apretaban las nalgas con ganas de juerga. Ella le acarició la erección y él sonrió, tan cachondo por lo que estaba a punto de suceder que le dio igual hacerlo en el trabajo. De un tirón, le abrió la camisa y expuso ante sus ojos el sujetador de encaje blanco. Ella soltó un fingido grito de horror.

—¡Cielo! ¿Cómo me visto luego?

Intentó dedicarle una mirada furiosa, pero fue incapaz.

—Me trae sin cuidado.

Le abrió las piernas y le bajó las bragas. Gina suspiró acalorada. Se aferró a sus duros antebrazos y le mordió el cuello, ahogada de deseo. Había

fantaseado durante tanto tiempo con tener a aquel hombre para ella que todavía no podía creérselo.

—Eres un cabrón, pero no puedo resistirme a ti.

Ni te imaginas cuánto, pensó él.

Matt metió la cabeza entre sus pechos y comenzó a besarle la piel, provocando sus jadeos. Gina hundió las manos en su pelo, apretándole la cabeza contra su canalillo.

—¡Cielo, tú sí que sabes cómo tratar a una mujer!

La risa grave de él tembló contra su piel. No tenía ni idea de si sabía cómo tratar a una mujer, pero de follárselas entendía bastante. Le acarició la pantorrilla mientras se bajaba los pantalones y llevaba la mano de ella en dirección a su pene. Sofocada, Gina se mordió el labio. Aguantó la respiración cuando él le acarició el sexo con su pulgar.

—¡Sí, sí, sí! —chilló, explotando de placer.

La penetró con dos dedos y sonrió triunfal al comprobar lo húmeda que estaba. Ella se mordió el labio y contuvo un gemido. Él le enseñó lo que quería sin hablar. Poniéndose de rodillas, Gina le bajó los boxer para hacerle una mamada. Él echó la cabeza hacia atrás, gruñó y apretó la mandíbula. Si seguía chupándosela de aquella manera, acabaría con él en cuestión de minutos.

¿Cuánto hacía que no se acostaba con una mujer? ¿Una semana? Demasiado tiempo.

La puerta se abrió de golpe.

—Matt, tenemos un problema.

Gina gritó e intentó taparse. Stuart se quedó de piedra. Gina, sonrojada por la vergüenza, se puso de pie y se dio la vuelta para abrocharse la blusa. De mala gana, Matt se cerró la bragueta y salió del despacho, encajando la puerta y acompañando a Stuart hacia los calabozos.

—Ni una palabra —advirtió a su compañero.

Stuart sacudió la cabeza, con los ojos aún abiertos de par en par.

—Sinceramente, no sé cómo te las apañas —dijo, con una mezcla de incredulidad y envidia.

Matt no respondió. A decir verdad, él tampoco tenía ni idea. Gina había ido a su despacho con la excusa de llevarle unos expedientes. No sabía qué lo había llevado a tumbarla sobre el escritorio. Si el hecho de que le pusiera las tetas a escasos centímetros de la cara, o que llevaba dándole largas demasiado tiempo por ser compañeros de trabajo. Había sucedido lo que tarde o

temprano debía pasar, con el inconveniente de que a Gina tenía que verla todos los días en la recepción de la comisaría.

¿Por qué había tenido que pensar con la polla en vez de con el cerebro?, se lamentó.

—Siento haberte interrumpido, pero...

—Mi hermana —adivinó él.

Stuart asintió con mala cara.

—Ha abofeteado a Pete cuando le ha llevado algo de comer. En serio, tienes que sacarla de ahí. Ya sé que sólo intentas darle una lección, pero creo que con doce horas encerrada en el calabozo lo ha pillado.

Stuart no conocía a su hermana como él. Mia era insolente, caprichosa y testaruda. Y desde que su padre había fallecido, los problemas con el alcohol, las escapadas de casa y los numeritos con la justicia se habían multiplicado. No quería darle una lección, quería que aquella niñata dejase de comportarse como una cría malcriada.

Al llegar al calabozo la vio sentada junto a un hombre detenido por pelearse con su vecino. El tipo intentaba ligar con ella mientras Mia ponía cara de asco y fijaba la mirada en un punto de la pared.

—Apártate de ella —ordenó cabreado.

El hombre se encogió de hombros y se sentó en el otro extremo del banco. Mia se levantó y lo fulminó con la mirada.

—¿Ahora te preocupas por mí? —preguntó con ironía.

Matt abrió la celda, la cogió del brazo y la sacó de allí con brusquedad.

—¿Te quieres quedar un poco más encerrada, o ya has aprendido la lección?

Ella lo miró con odio, pero al final claudicó y se resignó a cruzarse de brazos.

—Mi turno termina en una hora. Vas a quedarte en mi despacho sin armar jaleo, y luego nos iremos a casa, ¿Te ha quedado claro? —preguntó en un tono que no daba opción a réplica.

Ella lo intentó de todos modos, pues estaba en su naturaleza llevarle la contraria para salirse con la suya.

—Puedo coger un taxi, no sé por qué tengo que quedarme en este antro contigo.

—Porque lo digo yo.

Subió las escaleras y ella lo siguió a regañadientes.

—¡No eres mi padre!

—Gracias a Dios que no lo soy —respondió con frialdad.

Mia fue quejándose sin parar hasta producirle jaqueca. Su hermano la miró una última vez de tal forma que ella enmudeció de golpe. Ella tenía la increíble habilidad de inflarle las pelotas hasta límites insospechados. Ah, no, él no era tan blando como John. Aquella niña consentida aprendería la lección así tuviera que mandarla a un remoto internado en Alaska.

Antes de entrar al despacho, comprobó que Gina ya se había largado. Abrió la puerta y Mia entró tras lanzar una exhalación cargada de hastío. Se repantigó en la silla y cogió el teléfono móvil, que al parecer era su mejor amigo. Matt le quitó los pies de encima de la mesa y luego le arrebató el iphone para guardarlo en un cajón bajo llave.

— ¿Qué? —abrió la boca de manera exagerada.

—Estás castigada —le dijo. Al parecer, su hermana necesitaba que alguien le explicara que conducir ebria conllevaba una sanción.

— ¡Porque tú lo digas!

Intentó abrir en vano el cajón que él acababa de cerrar. *Quítale el teléfono a un adolescente y será como alimentar a un gremlin después de las doce,* pensó.

—Exacto, porque lo digo yo.

Estupefacta, ella lo miró como si aquello fuera una broma de mal gusto. Al comprobar que iba en serio, le arrojó el pisapapeles a la cara y él lo esquivo de puro milagro.

— ¿Qué se supone que voy a hacer sin móvil, eh? ¿Es que tú nunca has tenido dieciséis años, pedazo de idiota?

— ¿Quieres que te dé un trozo de papel y algunos colores, como a los niños pequeños? ¿O podrás estarte quietecita una sola vez en tu vida sin que yo tenga que salvarte el culo?

Mia se quedó callada, incapaz de replicar nada al respecto. Odiándolo de una manera silenciosa, mientras pensaba que John, su queridísimo hermano mayor, jamás la habría tratado así.

Volvieron a llamar a la puerta, y Matt se preguntó si aquel día acabaría de una maldita vez para que lo dejaran en paz.

— ¿Sí?

La cabeza de Stuart volvió a asomarse por la puerta.

—Creo que tienes que saber esto.

—No estoy de humor.

—Nunca estás de humor —refunfuñó su hermana en voz baja.

La escuchó a la perfección y le dedicó una mirada fría. Stuart, esta vez más

serio, formó un nombre con los labios y Matt sintió como se le encogía el corazón. Supuso que lo había entendido mal, pero salió del despacho para quitarse aquella duda.

Cinco minutos más tarde, regresó al despacho con un nudo en la garganta. No, no lo había entendido mal, pero era evidente que debía de ser una broma. Había transcurrido demasiado tiempo para que lo que Stuart le había contado fuese verdad. No estaba preparado. No quería estarlo.

Arrojó el abrigo a Mia y le hizo una señal para que se levantara.

—Creí que aún te quedaba una hora —comentó extrañada.

—Nos vamos.

Ella señaló el cajón donde se hallaba su móvil, esperanzada.

—Ni lo sueñes —le espetó él.

En el coche, Matt condujo a toda velocidad sin saber cómo se sentía. Desconcertado, alerta y furioso. Muy furioso. Si sus sospechas eran ciertas, tenía que llegar a casa lo antes posible. No permitiría que la vida de su familia fuese alterada de nuevo por la pésima decisión del debilucho de su hermano.

— ¿Qué pasa?

Apretó las manos entorno al volante, cada vez más tenso.

—Nada.

—Por eso conduces como si te estuvieras cagando.

—Qué fina eres. Tu exquisita educación me deja sin palabras.

Por primera vez, Mia no le respondió nada atrevido. Observó a su hermano con curiosidad, incapaz de adivinar lo que le sucedía. No dejaba de apretar el pie sobre el acelerador mientras exhibía aquella mueca de perro rabioso a punto de morder a alguien.

Prácticamente saltó del coche en marcha cuando llegaron a casa. Mia lo siguió intrigada. Pero su curiosidad murió en el instante que Matt se detuvo frente a su hermano, y recordando que ella aún lo acompañaba, le ordenó:

—Vete a tu cuarto y no salgas hasta mañana. O mejor, hasta que a mí me dé la gana.

Sabiendo que tenía todas las de perder, ella se encogió de hombros y se largó para que él la perdiera de vista. Al parecer, su hermano estaba cabreado e iba a pagarlo con ella o con quien fuese necesario. John tenía todas las de perder, por cierto.

John observó a su hermano más tranquilo de lo que cabría esperar de él, dada la situación. Matt expulsó el aire por las fosas nasales y extendió los brazos a los lados, como esperando una explicación. Al ver que no llegaba, se dedicó a mirar a uno y otro lado, como un lobo hambriento que esperaba encontrarla escondida en una esquina.

—Ya veo que te lo han contado. Esperaba ser yo quien te diera la noticia —le dijo John.

— ¿Dónde está? —exigió saber.

— ¿Qué es lo que sabes? —preguntó John a su vez.

— ¿La has traído a casa, verdad?

Matt comenzó a caminar de un lado para otro, perdiendo los estribos.

—Está descansando —le explicó John.

Su hermano se detuvo de golpe y soltó una carcajada atónita.

— ¡Lo sabía! ¡Sabía que la habías traído a casa! —le recriminó furioso.

Aquella vez, John sí que se molestó.

—Lamento ser tan predecible.

— ¡A la mierda tus disculpas, John! ¿Se puede saber qué tienes pensado hacer?

John fue a hablar, pero Matt reconoció aquel gesto de determinación y lo cortó de inmediato.

—Joder, no puedo creer que te lo estés pensando.

—No lo estoy pensando, ya lo he decidido. No tiene a donde ir, Matt. ¿Qué se supone que debo hacer? —intentó hacerlo razonar.

— ¡Trece años! —exclamó incrédulo su hermano—. ¡Trece! Y tú aún sigues pensando que tienes algún tipo de responsabilidad sobre ella. Eso, o sigues teniendo esperanzas. No sé qué es más patético, la verdad.

La expresión de John se endureció.

—Haz el favor de bajar la voz, mamá está dormida —le pidió con voz queda.

—No sabe nada, por supuesto. El magnánimo John siempre toma decisiones sin consultarle a nadie —susurró con ironía.

John fue a entrar en la casa, pero antes se volvió hacia su hermano con gesto duro. Había tomado una decisión y no iba a tolerar que él lo contradijera.

—Ha sufrido un accidente, no se acuerda de nada y tú sabes tan bien como yo que no tiene familia. Solo te pido un poco de compasión, eso es todo. Probablemente alguien que la conozca, tal vez un novio o una amiga, venga a

buscarla.

— ¿Y si eso no sucede? —lo contradijo Matt.

John se dirigió a la casa, así que su hermano gritó de nuevo:

— ¿Y si eso no sucede?

Se detuvo a escasos centímetros de la puerta, pero no dijo nada.

— ¡No es un animalito al que puedes adoptar si te lo encuentras perdido!

John se volvió hacia él, con los ojos llenos de rabia. Impresionó tanto a Matt que éste cerró la boca, a sabiendas de que el poder que aquella chica ejercía sobre su hermano había vuelto. Trece años de distancia, pero un sólo reencuentro había bastado para devolverlo al pasado. ¿Cómo iba él a luchar contra eso?

—No, no es un jodido animal desamparado, ¡Es una persona! ¡Nuestra amiga! ¿O ya se te ha olvidado? Harley, se llama Harley, ¿Puedes pronunciar su nombre, o aún te escuece?

La expresión de Matt se ensombreció.

—Entonces no te importó lo suficiente.

John apartó la mirada. Sí, y se arrepentía de su decisión.

—Éramos unos críos —se defendió.

—Pues tú lo sigues siendo.

Matt no podía permitir que ella volviera a sus vidas. A la suya en particular. Que rompiera la tensa calma en la que se hallaban... y los recuerdos regresaran como flechas envenenadas. Él ya la había olvidado. Trece años servían para darse cuenta de que había sido un imbécil. Qué lástima que John no albergara el mismo rencor que él.

—Han pasado trece años, John.

—Por eso mismo. Pasa página de una maldita vez.

Matt lo vio marchar, y con él todas sus esperanzas de que el regreso de ella no cambiara la paz inestable en la que se hallaban. Por desgracia, intuía que la aparición inesperada de ella conllevaría problemas para los que no estaba preparado.

Mentiría si dijese que no había pensado en Harley durante los últimos trece años. Había sido una chica peculiar, salvaje y delicada. Como una flor sembrada en mitad de un campo de espinas. Un recuerdo doloroso que no quería volver a revivir.

Tuvo que elevar la cabeza al sentirse observado desde una de las ventanas del segundo piso. Sintió como se le hacía un nudo en el estómago al contemplar el reflejo fugaz de una mujer que lo observaba a escondidas tras

una cortina. Se estremeció y odió aquella sensación. La detestó con todas sus fuerzas, casi tanto como a ella. Al ser descubierta, ella corrió la cortina y desapareció de su vista.

Harley había vuelto a casa.

Otoño de 2002

Matt nunca subía a la casa del árbol. De acuerdo, tal vez *nunca* era un adverbio exagerado, aunque dos meses, para alguien de catorce años, era demasiado tiempo. La habían construido entre los tres, si trabajar en equipo implicaba que él y John amontonaran ramas de árbol mientras Harley gritaba las órdenes como si fuera la cacique del grupo. John se limitaba a obedecer porque era más fácil seguirle la corriente que llevarle la contraria. Había que admitir que Harley tenía un carisma increíble para conseguir que todos hicieran lo que le venía en gana. Todos excepto él, por supuesto.

Pateó una piedra y se metió las manos en los bolsillos. John se encontraba en su clase de piano, a pesar de que le había confesado que no le gustaba la música. Quería ser la estrella de la familia, es decir, la clase de hijo prometedor del que sus padres se sintieran orgullosos. Obviamente, Matt no podía objetarle nada. ¿Quién no quería ser el favorito de sus padres?

Así que aquella tarde, sin John, tenía la casa del árbol para él solo. Los días en los que los tres habían sido una piña dejaron de serlo el día que a Harley le crecieron las tetas y John se dio cuenta de ello. De repente, los dos empezaron a ser demasiado mayores, y aquello de *tres son multitud* se convirtió en un hecho. Matt comenzó a darse cuenta de que sobraba. Porque Harley y John hablaban en voz baja, se cogían de la mano y se burlaban de él todo el tiempo.

¿Cómo no odiarlos?

En realidad, a la que detestaba era a Harley. Su hermano jamás lo había tratado como un crío ingenuo hasta que ella comenzó a hacerlo. Se burlaba de él, hacía bromas de mayores y fumaba a escondidas, creyéndose la más guay de Golden Pont.

Si Harley desapareciera, pensó con amargura, las cosas entre él y su hermano volverían a ser como antes. Lo que en realidad deseaba era que la relación entre los tres volviera a ser como antes, pero eso era imposible. Harley había crecido, punto. Ya no era la niña con trenzas que se bañaba vestida en el estanque o jugaba a peleas de barro. La niña que era su amiga. La que a él le gustaba.

¿Qué le había sucedido para convertirse en una aburrida princesita que se quejaba si le manchabas los vaqueros con un poco de tierra?

Ya no quería subir a la casa del árbol, de eso estaba convencido. Antes sí, porque no lo dejaban entrar, y para un niño de catorce años, no había nada peor que sentirse excluido para desear con todas sus fuerzas ser parte de algo. Sólo quería estar allí porque John y Harley cerraban la puerta cuando se quedaban solos allí arriba.

Besuqueándose como dos sapos babosos, pensó con asco.

Se acercó a la casa del árbol, preguntándose qué la hacía tan especial para que John y Harley pasaran la mayor parte del tiempo allí encerrados. ¿O era porque estaban juntos?

Oyó unos sollozos suaves y se sobresaltó. Creía que no había nadie, pero al parecer, alguien lloraba escondido allí arriba. Le resultó extraño, pues Harley solo estaba allí si John la acompañaba. Intrigado, subió los peldaños de madera y llamó con delicadeza.

— ¡Lárgate John, quiero estar sola! —gritó la voz de Harley.

Durante unos segundos, Matt deseó largarse y hacerle creer que era su hermano. Al final, renunció a su pequeño acto de maldad y recordó a la niña que había sido su amiga antes de convertirse en una chica estúpida. Además, reconocía que oírle llorar le preocupaba, porque eso era muy raro en ella.

—Soy Matt —dijo, a sabiendas de que ella le gritaría algo dañino.

Para su sorpresa se hizo el silencio. Luego Harley volvió a llorar, aquella vez más fuerte.

—No entres, por favor —suplicó entre lágrimas.

Matt no pudo contenerse y abrió la puerta. Lo que vio lo dejó horrorizado y sin habla. De espaldas, Harley tenía la camisa levantada y varios moratones y

rasguños en la columna. Ella giró la cabeza, avergonzada de que él la viera en ese estado, y colocó su rostro sobre las rodillas para ocultar la vergüenza que sentía.

— ¡Te dije que no entraras!

Era la primera vez que le hablaba con miedo en lugar de con rabia.

Temblando y en posición fetal, no había rastro de la joven enérgica y burlona a la que estaba acostumbrado. Matt se acercó a ella con cuidado, como quien iba a acariciar a un animal salvaje y herido. Asustado, colocó una mano sobre su hombro y ella se sobresaltó.

— ¿Quién te ha hecho esto? —preguntó furioso.

Ella lo miró, con los ojos rojos de tanto llorar.

—Me caí de espaldas mientras intentaba subir a un árbol —le explicó con voz trémula.

Matt frunció el ceño. Harley estaba acostumbrada a trepar por los árboles como si fuera un mono.

—No me estarás mintiendo... si Gina o alguna de sus amigas te han hecho daño, deberíamos decírselo a alguien.

—¡Ellas no me han puesto una mano encima! —exclamó indignada—. ¿Tan débil te parezco?

—No... es solo que... —murmuró turbado.

Su explicación le resultaba algo inverosímil. Pero ella lo miró de tal forma que fue incapaz de llevarle la contraria.

Harley buscó su mano y él apretó la suya, intentando animarla. Nunca había consolado a una chica y aquella podía ser su primera vez.

—No se lo digas a nadie —le hizo prometer.

Matt luchó contra la algarabía de sentimientos que le invadían.

—Pero...

Ella tiró de su mano con fuerza.

— ¡A nadie!

Matt asintió con el ceño fruncido. No sabía si era la decisión correcta. De repente se sintió como John, incapaz de contradecirla.

Harley suspiró y apoyó la cabeza sobre su hombro. Matt se tensó, incómodo. No dejó de apretar aquella mano pálida y fría que agarraba la suya como si fuera el único lugar seguro al que aferrarse. De nuevo, Harley había vuelto a ser la niña indefensa que no se creía mejor que nadie. Y a él no le gustó, en absoluto. Deseó que volviera a burlarse de él, o que fuera John quien acaparara toda su atención.

Despertar en aquella casa le produjo emociones contradictorias. Era grande y lujosa, lo que la hacía sentir como un pez fuera del agua. Pero también acogedora, con una cama cómoda y colores cálidos. Y sin embargo...

¿Qué hago aquí?

Apenas había tenido tiempo para formularse aquella pregunta, pues desde que John la había trasladado a aquella habitación, se sumió en un sueño profundo. Estaba tan cansada que no se permitió pensar. De madrugada, se

despertó con un fuerte dolor de cabeza y se dio un baño de agua caliente. Luego se quedó mirando por la ventana el extenso campo de maíz que bordeaba la mansión. Estaba hipnotizada cuando de repente se encontró con unos ojos oscuros que la escrutaron con dureza desde la distancia. Se sintió intimidada y apartó la mirada. No le gustó aquella mirada fría y desafiante, así que había corrido la cortina para volver a esconderse.

Te llamas Harley y vivías aquí hace trece años. Éramos buenos amigos. Solías venir a mi casa muy a menudo. Sé que no lo recuerdas, pero prácticamente éramos una familia. El doctor dice que no te atosigue con demasiados datos, al menos por ahora.

John le había explicado brevemente quién era y la relación que los unía. Luego se había quedado en silencio, decidiendo qué contarle y qué no. A ella le había dado la impresión de que existía algo prohibido, o doloroso, que él no deseaba revelar por ahora. Y eso era todo.

John la había llevado hasta su casa, prometiéndole que al día siguiente le presentaría a todos los miembros de su familia.

No es más que una formalidad. En realidad, todos te conocemos. Ya sé que no te acuerdas de nosotros, pero quiero que sepas que aquí estarás como en tu casa.

Dices que han pasado trece años, respondió ella, poco convencida.

Eso no importa, aseguró él.

Harley había querido creerlo, pero una parte de ella comprobó el recelo en su expresión. No sabía por qué, si según él había transcurrido tanto tiempo, aún seguía preocupándose por ella. Lo más probable era que pasados unos días la echara a la calle. De hecho, era lo más lógico.

Bajó las escaleras en la misma dirección que él la había conducido la noche anterior. En el ala izquierda estaba la cocina. Se asomó dubitativa, sin saber si debía esperar en su habitación o hacer acto de presencia. Arrepentida de husmear a sus anchas por una casa que no era la suya, decidió largarse a la habitación antes de que alguien la descubriera.

—Buenos días —la sobresaltó una voz.

Sus ojos fueron en dirección al hombre alto que la miró con cara de pocos amigos. Contuvo el aliento. Era... espectacular.

—Ya veo que te sigue gustando madrugar —le dijo él.

A Harley no le gustó que él aparentara saber tanto sobre ella, así que se limitó a estudiarlo desde la distancia. Poseía la misma mirada desconfiada y glacial que había observado desde la ventana. Había mucha familiaridad entre

él y John, pero también pequeñas diferencias que lo convertían en alguien completamente diferente. Ambos eran atractivos, altos y morenos. De cabello castaño, ojos oscuros y piel tostada. Pero aquel hombre era unos centímetros más alto, con las cejas más pobladas y el cabello de una tonalidad más clara. Sus ojos eran algo achinados, y su nariz, a diferencia de la de John, recta y alargada en lugar de ancha. Tenía un perfil salvaje y varonil, de rasgos duros y muy atractivos. Una expresión perpetua de chulería que la sacó de sus casillas. Bajo el uniforme de policía se admiraba un cuerpo en forma. Sus antebrazos poblados de vello oscuro se cruzaban a la defensiva, y tenía dos bolas del tamaño de dos pomelos por bíceps. Todo en él la intimidó, pese a que fingió indiferencia.

—Supongo —respondió con cautela.

Él descruzó los brazos y se apoyó de lado sobre la encimera, observándola a su vez con detenimiento. La miró de arriba a abajo y sonrió de lado. No era una sonrisa amigable. Más bien lobuna. Que la estudiase con tanta atención la incomodó. Cuando sus miradas se cruzaron, Harley se estremeció. Se esforzó en sostenerle la mirada mientras aquellos ojos oscuros la observaban con ferocidad. Y sintió un rechazo automático hacia aquel hombre. Una mezcla de rechazo e interés de lo más peligrosa.

—Así que no te acuerdas de nada —le dio la impresión de que la estaba poniendo a prueba.

Harley no respondió. Él dejó la caja de cereales sobre la mesa central de la cocina, y se acercó a ella para tenderle una mano.

—Soy Matt.

Ella estrechó su mano y sintió un ramalazo de electricidad que la dejó sin aliento. Un súbito calor le subió por el cuerpo. Una oleada de imágenes parpadeó en su cerebro mientras ella trataba de asimilar aquella reacción tan desmedida. Lo que sintió fue breve e intenso.

Matt se la quedó mirando, a la espera de que ella lo reconociera. Cuando no dio muestras de ello, pensó que o estaba amnésica de verdad, o era una perfecta mentirosa. Aún tenía que averiguarlo.

Matt retiró su saludo con brusquedad, dejándola descolocada. Era tan atractivo como desalmado. John resultaba más agradable que aquel tipo, desde luego.

—Por favor, siéntate. Estoy seguro de que mi hermano ya te habrá dicho que estás en tu casa —hubo una sutil ironía en sus palabras que no le pasó desapercibida.

Retiró una silla para que ella tomara asiento, pero no fue para nada un gesto cortés, sino más bien una advertencia. Quería dejarle claro que él no estaba de acuerdo con la decisión tomada por su hermano. Ella lo pilló a la primera y se sentó sin decir una sola palabra.

Matt comenzó a colocar los vasos y la leche sobre la mesa, mientras no paraba de estudiarla de reojo, como si creyera que podía escapársele de un momento a otro. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Puedo servirme yo misma si me dices donde están las cosas —dijo ella. Si quería hacerla sentir como una inútil, lo estaba consiguiendo.

—No hace falta, quiero ser un buen anfitrión —puso una caja de cereales *Froot lops* frente delante suya—. Te encantaban estos cereales cuando eras una niña.

Harley estuvo convencida de que los detestaba. Al parecer, quería tomarle el pelo. O pillarla, mejor dicho.

—Gracias.

Hundió la cuchara en aquella masa flotante de colores y comprobó que sabía tan mal como parecía. A su lado, Matt no pudo reprimir una sonrisa maliciosa.

O está haciendo el papel de su vida, o acaba de zamparse un tazón de esos cereales que tanto odiaba de pequeña.

Sentado a su lado, apenas tuvo ganas de desayunar. Si con trece años Harley había sido una joven bonita y prometedora, con veintinueve se había convertido en una mujer bellísima. No era para nada su tipo, por supuesto. Matt prefería a las mujeres despampanantes y voluptuosas, como Gina. En cambio, Harley era demasiado menuda y delicada. Mucho más preciosa de lo que él recordaba, como una muñeca de rasgos perfectos. Nariz pequeña, ojos rasgados y buenos pómulos. Y unos ojos grises que podían quitarte el aliento y que en aquel momento lo miraban a la cara. Contuvo una erección.

Para nada su tipo. A él le gustaban las mujeres de verdad, no las que parecían chiquillas a medio formar.

—Apenas has cambiado.

—No parece un cumplido —respondió ella sin acritud.

Él se levantó de la silla, y al hacerlo rozó aquella piel suave y olvidada. Sintió un escalofrío. Era como si hubiera vuelto a tener trece años y odió aquella sensación.

—Tengo que irme a trabajar, aunque me gustaría quedarme.

—Seguro que sí —murmuró ella con desdén.

Matt salió como una exhalación. Consiguió respirar al abrir la puerta. Joder, Harley había vuelto. Allí estaba, sentada en la cocina de su casa sin sentirse intimidada por cada uno de sus comentarios afilados. Era tal y como la recordaba.

No, no estaba preparado en absoluto. Pero si mentía, la desenmascararía de todos modos.

Harley vio que él se marchaba y pudo respirar aliviada. Le había sido difícil fingir que los comentarios y el desprecio de aquel hombre no le afectaban en absoluto. Matt era... desconcertante. Y atractivo. Si ya era incómodo hallarse en una casa que no era la suya, enfrentarse a un hombre que no la quería allí le resultaba demoledor.

—Pero si odias esos cereales —dijo John sorprendido.

Harley hizo una mueca. Al hacerlo, los puntos de la cabeza le tiraron, provocándole un ramalazo de dolor.

—Tu hermano ha dicho que me encantaban.

A John se le cambió la expresión.

—Ya... no le echas mucha cuenta. Su memoria es algo selectiva.

Se sentó a su lado y le pasó un brazo por el hombro de manera amistosa. No fue el contacto forzado que había tenido con su hermano. No le resultó incómodo, ni tenso. Con John, a diferencia, fue una sensación cálida y familiar. Protectora.

—Estoy muy contento de que estés aquí. Es decir, no de que hayas perdido la memoria, sino de que... —se corrigió nervioso.

Harley lo disculpó.

—Te he entendido.

—Sé que las cosas serán difíciles para ti al principio, pero aquí vas a encajar.

Ella lo observó intrigada. Necesitaba buscar una explicación para comprender por qué él era tan amable con ella. Puede que la actitud de su hermano le doliera, pero era un comportamiento lógico, al fin y al cabo.

— ¿Por qué haces esto, después de tanto tiempo?

—No es el tiempo, Harley. Es lo que significaste para mí.

Ella se ruborizó.

—No sé quién soy. Puede que la chica que conociste hace trece años ya no esté —quiso hacerle entender.

John sacudió la cabeza. Al parecer, la idea no entraba en sus planes.

—Hayas cambiado o no, en aquella carretera te encontré a ti. Puede que ya no seas la misma, yo también he cambiado. Pero te miro a los ojos y veo a Harley Brown, la chica de trece años que me obligaba salvar a los cerdos de la Señora Pitt cuando llegaba la época de matanza.

— ¿En serio?

—Dijiste que no volverías a hablarme sino te ayudaba a salvar hasta el último cerdito —aseguró él.

Deseó con todas sus fuerzas volver a ser la joven que él recordaba, pero algo en su interior le dijo que era otra. Que no era la niña que salvaba a los cerditos, sino la mujer adulta que Matt había contemplado con desconfianza. Que había cambiado.

—Eh.

Él le tomó la barbilla con un dedo para que lo mirara.

—Mi hermano puede resultar un poco... rudo. Pero eso es solo porque tiene que hacerse a la idea de tenerte de vuelta.

—No me quiere aquí, lo comprendo —quiso restarle importancia.

Vio como el gesto de John se endurecía. No le gustó su reacción. No quería ser la causa por la que la relación de los hermanos pudiera distanciarse.

—Erais muy amigos. Vuestra relación siempre fue... —trató de encontrar las palabras adecuadas

—: complicada. Os llevabais a matar, pero no podíais estar el uno sin el otro. Te ha echado mucho de menos, Harley. Dale tiempo. No puede creer que vuelvas a estar aquí, eso es todo. Está impactado y no va a admitirlo, él es así.

— ¿Tú crees?

John no pudo responder, pues una voz femenina hizo que se levantara a toda prisa para disculparse con ella. Le dijo que volvería en unos minutos y se marchó de su lado. Harley lamentó que él tuviera que dar tantas explicaciones por su culpa.

Su madre todavía trataba de digerir la situación. Hizo el intento de hablar varias veces, pero al segundo se arrepentía y cerraba la boca, como si lo que fuera a opinar no fuese lo suficiente diplomático. Él sabía que era una situación delicada para todos, pero nadie mejor que su madre debía comprender su decisión. Tal vez por ello aún no se atrevía a echárselo en cara.

—Sé que es complicado, pero somos la única familia que ella conoce.

Conforme pasan las horas y nadie pregunta por ella, creo que está más sola de lo que imaginaba —le dijo.

—Y puede que a ti esa idea te encante, ¿No? —se temió su madre.

No había nadie tan perspicaz como Penélope Parker, eso estaba claro. Aun así, John tuvo la suficiente destreza para mostrarse horrorizado por su comentario.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto?

Su madre suspiró, dándose por vencida.

—Dime una cosa, ¿Lo haces por ti o por ella? ¿Por ayudarla, o por sentirte mejor contigo mismo?

A John se le vino a la mente algo espeluznante y que desechó como una idea sin fundamento.

—Ambas, no voy a engañarte. Si la dejas a su suerte, jamás podré perdonármelo.

—No tienes que ocuparte de ella solo porque te sientes culpable —intentó razonar con él.

John apretó la mandíbula, mortificado por una serie de recuerdos dolorosos que no lo dejaban avanzar. Intentó contener lo que estaba a punto de decir, pero no pudo. Durante años, le había echado en cara a su madre lo mismo una y otra vez.

—Tienes razón. No fue culpa mía, eso lo he tenido claro toda la vida. Si hubieras tomado otra decisión, las cosas para Harley hubieran sido muy distintas.

Su madre tensó todo el cuerpo, dolida.

— ¿Otra decisión? Te acuerdas de lo que te da la gana. Y de todos modos, nunca podrás saber lo que habría pasado si...

—No, pero tengo la intención de hacerlo bien esta vez —la cortó él.

Ya estaba. Le gustara o no, todos acatarían su decisión. Ahora haría las cosas bien y enmendaría el error de hace trece años.

Su madre intentó detenerlo, pero él se largó en dirección a la cocina.

—John...

—Sé amable, mamá.

Derrotada, Penélope Parker vio como el mayor de sus hijos no tenía en cuenta su opinión. *Si hubiera sido cualquier otra chica*, pensó con amargura, tenerla por un tiempo en casa no habría supuesto ningún problema para ella. *Pero Harley Brown... ¡Ah, esa era otra historia!*

Sabía que debía esperarlo, pero no podía pasar ni un segundo más cruzada de brazos en la cocina. Motivada por la curiosidad y el aburrimiento, abrió la puerta de cristal trasera que daba hacia un extenso jardín bien cuidado. Entre los olmos había un sendero de adoquines que iba hacia la parte trasera de la casa. Se topó con enebros y arbustos repletos de rosas silvestres. Contuvo la tentación de arrancar una y siguió caminando. A lo lejos, divisó a una muchacha joven recostada en una tumbona bajo la sombra de un enorme cedro.

Se quedó parada observándola. Rondaría los dieciséis o dieciocho años. Era bonita, morena y llevaba un bikini que dejaba poco a la imaginación. Dentro de unos años sería espectacular. Vigilaba con una mueca maliciosa al joven que trabajaba bajo el sol podando los setos que bordeaban la piscina. El chico parecía algo mayor que ella y poseía unos atractivos rasgos latinos. Era moreno y llevaba el cabello oscuro recogido en una coleta baja.

La chiquilla, pues a Harley se lo pareció por mucho que se esforzara en ser una mujer con aquellas poses tan ridículas, se desabrochó la parte de arriba en un gesto provocativo y la dejó caer al suelo. Observó que el joven fingía no inmutarse, a pesar de que lo vio contener el aliento mientras clavaba los ojos en la planta que tenía delante. Entonces, ella se tumbó boca abajo y suspiró resignada. Su treta no había dado resultado.

— ¡Eh, chicano! —lo llamó con insolencia—. Tráeme un poco de agua.

Al oír la expresión denigrante que utilizaba para dirigirse a él, Harley apretó los labios. Un sutil brillo de rabia se apoderó de la mirada de él, que apenas levanto la vista para mirarla.

—Ese no es mi trabajo, señorita Parker. Me han contrato para cuidar de las plantas, no de sus caprichos —respondió, volviendo a centrarse en el seto.

La señorita Parker se quitó las gafas de sol y soltó una carcajada atónita.

— ¿Pero tú quien te has creído? ¿Puedo hacer que te despidan con solo chasquear los dedos!

Él no respondió. Se limitó a observarla con odio y suspiró, como si responder a aquella niñata insolente no tuviera ningún sentido.

— ¿Qué miras, baboso? —se burló ella, y quiso ponerse en pie—. ¿Me estás mirando las tetas, es eso? ¿Te gusta lo que ves?

Cuando aquella mocosa se levantó, el joven se puso colorado y fijó la mirada en el suelo. Harley sintió tanta vergüenza ajena que no pudo quedarse al margen. Antes de que aquella cría pudiera hacer algo de lo que se arrepintiera, salió de su escondite y se puso delante de ella, arrojándole la

parte superior del bañador a la cara. La chica, avergonzada por haber sido descubierta, se tapó los pechos con las manos. Pero el gesto desafiante y cargado de falsa superioridad siguió allí.

—Ah, solo eres tú —dijo, mirándola de una manera impertinente.

Harley decidió que ponerse a su altura no era la mejor opción. No era más que una incómoda invitada en aquella casa.

— ¿Nos conocemos? —le preguntó con suavidad.

La chica se encogió de hombros.

—Soy Mia, y tú debes de ser Harley. Mi hermano dice que vas a quedarte aquí unos días, y que debo ser amable y todo ese rollo —le explicó, con aquel tono insolente de fábrica. Le estaba haciendo saber que no era una de ellos, como ya hizo su hermano Matt.

Harley recogió el bikini del suelo y volvió a ofrecérselo.

—Venga, pónelo. Nadie tiene por qué saber lo que ha pasado, y las dos sabemos que eres muy guapa, ¿A qué sí?

Furiosa, Mia le arrebató la prenda y comenzó a abrochárselo. Por encima del hombro de aquella extraña, vio que Fernando la espiaba muy turbado. Con que ahora sí que le prestaba atención, eh.

— ¡Y tú qué miras, estúpido! —le chilló.

Fernando comenzó a podar la planta con ira apenas contenida.

—Me importa un comino si se lo cuentas a mi hermano, que te quede claro —le espetó a Harley, empujándola con el hombro para abrirse paso.

—Supongo que a él no le dará igual —respondió Harley muy tranquila—, por eso voy a mantener la boca cerrada. Encantada de conocerte.

Mia apretó los dientes. En aquel momento, se sentía como una imbécil. Había intentado llamar la atención del jardinero y aquella odiosa mujer acababa de pillarla. Para colmo, que se comportara como si estuviera haciéndole un favor solo conseguía abochornarla más.

— ¡Lo que tú digas! —gruñó, largándose de allí.

Harley la vio marchar y esbozó una sonrisa comprensiva. Después de todo no era más que una niña. Al otear el horizonte repleto de vastas praderas verdes, pudo vislumbrar a lo lejos, como una pulga diminuta e insignificante, una casa. Sintió un escalofrío instantáneo que le recorrió los huesos.

¿Qué había sido aquello?

Otoño de 2002

Muchos se reían de Matt porque aún no había dado el estirón. Aquello molestaba muchísimo a Harley, que se creía la única con derecho a tomarle el pelo. Puede que Matt Parker le tirara de las coletas, le pusiese la zancadilla o se burlase de sus pecas, pero junto a John, los tres formaban un grupo peculiar e indisoluble del que nadie más podía formar parte. Eran como *Los tres mosqueteros*.

Y sus dos compañeros se iban a meter en un buen lío en aquel momento. John, que podía ser más grande y corpulento que ellos, no iba a poder con los tres chicos que acababan de insultar a su hermano. A lo lejos, Harley observó la escena preocupada.

—Retira ahora mismo lo que has dicho de mi hermano —le ordenó John al que parecía el capitán de aquellos tres.

Era un crío pelirrojo y gordo de esos que a los catorce años imponen respeto. Escupió en el suelo, como para dejar clara su postura, y añadió:

— ¿Qué tu hermano es una rata enclenque y asquerosa? Ni de coña.

Los otros dos se echaron a reír. Escondida tras el árbol, vio como John apretaba los puños dispuesto a defender el honor de su hermano. A Matt se le encendieron las mejillas. Se sentía humillado e impotente, Harley lo sabía de sobra.

—Vámonos, John —le suplicó Matt.

No era ningún tonto. Eran dos contra tres y él no era más que una rata enclenque y asquerosa, como lo había llamado Frank.

—No me iré de aquí hasta que te pidan perdón —insistió John.

Tras el árbol, Harley suspiró. Adoraba a John porque tenía un peculiar sentido de la justicia, incluso si conllevaba recibir una buena paliza por defender a su hermano. Pero ella, en aquel instante, se sentía más identificada con Matt. No por ser una cobardica, por supuesto. Ella se habría retirado sana y salva, y más adelante, habría buscado la forma adecuada de vengarse uno a

uno de aquellos matones. Era lista y se sentía orgullosa.

—Entonces te partiré la cara. Primero a ti y luego al pequeñín de tu hermano —le advirtió Frank.

Y se enzarzaron en un torbellino de golpes, puñetazos y patadas. John atinó a darle un puntapié en la espinilla a su adversario. Los otros dos, sabiendo quien era la presa fácil, acorralaron a Matt y comenzaron a golpearlo brutalmente. Harley asistió espantada a la escena. Tenía que hacer algo, Pero ¿qué?

Al ver que estaban moliendo a palos a su hermano, John trató de ayudarlo, pero Frank le propinó un puñetazo en el estómago y lo dobló por la mitad. Presa del pánico, Harley agarró una pesada piedra, salió de su escondite y golpeó con todas sus fuerzas a Stephen en la frente, que pateaba a un Matt tirado en el suelo. El crio soltó un grito y se llevó las manos a la frente empapada de sangre. Al ver lo que había hecho, Harley tiró la piedra al suelo. Todos se volvieron a mirarla atónitos. Stephen salió corriendo y el segundo de sus amigos lo siguió. Viendo que se había quedado solo, Frank pareció realmente aterrado y balbuceó:

—Te ha salvado una chica, Matt Parker, ¡Eres un cobarde!

Y se fue corriendo tras sus amigos. John, petrificado, observó a Harley con una mezcla de orgullo y miedo. Cuando le tendió una mano a Matt a la espera de recibir su agradecimiento, este la miró con lágrimas de rabia en los ojos.

— ¡Te odio, Harley! ¡Te odio!

Furiosa, ella se abalanzó hacia él para propinarle la paliza que los otros no le habían dado, pero John logró detenerla. Mientras tanto, Matt siguió gritándole cosas horribles que jamás le perdonaría.

Uf, ¿quién entendía a los chicos?

John la encontró sentada en la zona de las hamacas de la piscina. Tenía aquel gesto pensativo y distante que reconocía en ella desde niña. La dejó absorta en su mundo y la contempló desde la distancia. Era extraño ver como

los años habían pasado por ella de manera sutil y favorecedora. Era Harley, solo que más cambiada. Trece años después, seguía teniendo el aspecto de una chiquilla hermosa. El de una ninfa de ojos grises y rasgados que podían quitarle el aliento a cualquiera. Pero había algo más. No sabía qué, pero su instinto le decía que la Harley que él conocía distaba mucho de la mujer que observaba todo lo que había a su alrededor con cautela. Su lugar seguro en el mundo, como ella lo definía antaño, parecía antojársele ahora intimidante y lejano.

¿Qué esperaba? Harley debía sentirse como una extraña recluida en un sitio que no conocía. Debía ayudarla.

—He conocido a tu hermana —dijo ella, percatándose de su presencia.

—Espero que haya sido amable contigo. Tiene diecisiete años, a veces puede ser un poco...

—Ha sido todo un encanto —le aseguró con una media sonrisa enigmática.

John siempre la creía, así que en aquel momento no tuvo razones para poner en duda que Mía, insolente por naturaleza, hubiese molestado a Harley.

Tomó asiento a su lado y aspiró aquel aroma conocido y añorado. Harley siempre tuvo un olor peculiar. Olía a flores silvestres recién cortadas. A naturaleza y vida. A ella.

—Tengo algunas fotos y recuerdos que quizá te ayuden a recordar algo. He pensado que querrías verlas. Las tengo guardadas en el desván.

Ella asintió. A lo lejos, John vislumbró la antigua casa deshabitada. Nadie había vuelto a vivir allí desde lo ocurrido. ¿De verdad iba a ayudar a Harley a recordar algo tan horrible?

— ¿Nadie ha preguntado por mí? —quiso saber ella.

John tragó con dificultad. Podía imaginar cómo se sentía. Podía imaginar cómo se sentiría cuando le respondiese que nadie había acudido a la policía para denunciar su desaparición. No sólo había perdido la memoria, sino que al parecer estaba sola en el mundo. Debía ser horrible despertar en una realidad tan mediocre como aquella.

—Vaya... qué feo pinta todo —trató ella de restarle importancia.

Aun así, John pudo captar su tristeza.

—Seguro que habrá alguien —la animó él—. Puede que les avisaras de que te ibas de viaje, y por eso no estén preocupados. La policía de Louisiana se ha desplazado hacia el domicilio que reza en tu tarjeta sanitaria para averiguar si vivías con alguien.

Harley asintió, pensativa.

—Dijiste que no tengo familia, ¿qué les sucedió? —le preguntó sin tapujos.

John la miró a los ojos. Había una curiosidad espontánea en los de ella. Ni miedo ni desesperación. Pero la habría si le contaba toda la verdad, de eso estaba convencido.

—Tranquilo, estaré bien. No puedo sentir la pérdida de personas a las que ni siquiera recuerdo. Tal vez duela en otro momento, pero no ahora —lo tranquilizó.

John admiraba su fortaleza. Siempre había sido así. Daba la impresión de que los problemas jamás la afectaban, pero en el fondo, él la conocía lo suficiente como para saber que no era más que fachada.

—Murieron, lo siento mucho —le explicó, sin querer entrar en detalles.

— ¿Cómo? —insistió ella.

—El Doctor dice que hay que darte la información poco a poco, ya sabes, para no agobiarte. Será mejor que veas las fotos y todos los recuerdos que tengo. Más adelante, si no recuerdas nada...

Ella colocó la mano sobre la suya. De cerca, John le pareció más mayor. No era la clase de madurez fruto de los años, sino la de un conjunto de preocupaciones que ella desconocía. Pero estaba convencida de que ella era uno de sus problemas en aquel momento.

Él le acarició la palma con su pulgar en un gesto espontáneo. A Harley le gustó que la tocara con aquella inocencia. Ninguno de los dos rompió el contacto. Lo miró a los ojos castaños y le dedicó una sonrisa plena.

—Vale, lo haremos a tu manera.

John enarcó una ceja, como si no pudiera creerla del todo.

— ¿Ya está, así de sencillo?

—Sí, ¿o quieres que oponga más resistencia? —bromeó atónita.

John se echó a reír. Su risa era llena y grave.

—No, es sólo que... la Harley que yo conocía siempre se salía con la suya. Qué raro.

Incómoda, retiró la mano de golpe. Aquellas palabras la afectaron más de lo que estaba preparada para asumir.

— ¿He dicho algo malo? —se disculpó él.

—No, no lo sé. Supongo que no me gusta que me compares con ella todo el tiempo. Ni siquiera sé si sigo siendo esa chica que tú conocías, eso es todo. Resulta frustrante no comportarme como tú esperas, ¿lo entiendes?

John la entendió, aunque una parte de él quiso gritarle que las personas jamás cambiaban. Crecían, evolucionaban e incluso tomaban decisiones que

en un pasado habrían creído imposibles, pero la esencia de su personalidad seguía estando allí. Eso lo sabía de sobra.

— ¿Puedo dar un paseo? Me gustaría conocer este sitio a fondo

—Por supuesto, te acompaño.

Al ver que ella se mordía el labio inferior, sintió una punzada de decepción.

—Claro, a solas... lo entiendo.

Los dos se levantaron incómodos.

— ¿Estás enfadada?

Asombrada, ella se echó a reír.

— ¿Contigo? No podría estarlo.

Se puso de puntillas, rodeó su cuello con las manos y depositó un beso breve y cálido sobre su mejilla derecha. John sintió mucho más. El roce de su pelo contra la barbilla. El cuerpo delgado contra el suyo. La respiración contenida cuando ella se separó.

—Quiero saber si soy capaz de recordar algo por mí misma —le explicó, alejándose hacia los setos.

—Cenamos a las ocho.

Ella asintió, siguió caminando y, de pronto, se detuvo para mirarlo a los ojos.

—Gracias.

John quiso responderle que no era necesario, pero se quedó viéndola marchar con aquel andar de bailarina. Desapareció tras un ciprés y ya comenzó a notar su ausencia. ¿Gracias? Había estado esperándola durante demasiado tiempo. Había soñado con ella cada noche desde hacía trece años. Quería que se quedara a su lado. Quería decirle todo lo que se había guardado para él. Por desgracia, sospechaba que en cuanto Harley recobrarla la memoria huiría de aquel lugar para siempre.

No lo había dudado ni un segundo. Caminaba hacia aquella casa que cada vez se hacía más grande porque, al hacerlo, el corazón le palpitaba dolorosamente contra el pecho. Necesitaba verla con sus propios ojos, y no precisamente desde la distancia. Puede que John quisiera protegerla, pero ella era capaz de tomar sus propias decisiones sin necesidad de que nadie la tutelara.

No podía negar que John era amable, atractivo y que velaba por ella. Al

aferrar su mano, había sentido una calma profunda que deseó que durara para siempre. El beso había sido delicado, como la relación que los unía. John era la clase de hombre que cualquier madre querría para su hija.

¿Qué sentía ella exactamente? No estaba del todo segura, para ser honesta. Experimentaba una paz cautivadora que le arrullaba el alma. Podía saborear la clase de vida acomodada y dulce que le esperaba al lado de un hombre como él. Una vida sin emociones fuertes, pero llena de paz. De seguridad.

Espera, ¿de verdad acababa de pensar eso?

Aceleró el paso para llegar a su destino cuanto antes. Al hacerlo, se percató del coche que venía tras ella y se echó a un lado del polvoriento camino para cederle el paso.

Matt resopló hastiado. El idiota de Jeff siempre se emborrachaba los jueves porque en el pub de Mike rebajaban la cerveza aquel día. Así que todos los jueves recibía la misma llamada. Jeff se metía en una pelea, o se jugaba todo su dinero a las cartas, o gritaba que lo invitaran a la última porque no le quedaba ni un centavo. Como policía, Matt se veía obligado a intervenir antes de que las cosas se pusieran feas para aquel pobre diablo. Podría haberle endilgado la tarea a algún colega, pero lo cierto era que aún recordaba a Jeff como el tipo entrañable de su infancia que siempre le fiaba las golosinas. Jeff tenía una tienda de chuches a la que iba a comprar con John y Harley. Se había convertido en un borracho sin remedio cuando su mujer lo abandonó por otro, así que Matt sentía demasiada lástima como para permitir que alguno de sus compañeros fuera a buscarlo y se propasara con aquel desgraciado.

— ¡Eh, chico, sube el volumen de la radio! —gritó Jeff desde el asiento trasero.

En lugar de hacerlo, Matt apretó los dientes y volvió a suspirar. *Maldito trabajo y maldita ciudad*, pensó.

—Sweeeeet home alabamaaaaa... —cantó Jeff de todas formas.

—Cállate, Jeff—le ordenó irritado.

No estaba siendo un buen día para él. Ni en el trabajo, pues Gina lo estaba atosigando desde que las cosas se habían puesto caliente entre ellos; ni en casa, con la llegada de aquella mosquita muerta. Y mucho menos en la ciudad, donde había empezado a escuchar los primeros rumores. Sabía que era inevitable tratándose de un lugar pequeño donde todos se conocían, pero había esperado lidiar con ello pasados unos días, y no tan pronto.

Entonces vio al mayor problema que tenía en aquel momento y redujo la

velocidad. Necesitó medio segundo para ver hacia donde se dirigía. Mala señal, pensó mientras bajaba la ventanilla. No iba a permitir que se acercara a aquella casa, y no precisamente porque se preocupara por ella.

Si no se acordaba de nada, ¿Qué hacía dirigiéndose hacia su antigua casa?

— ¿Dando un paseo? —preguntó, sacando la cabeza por la ventanilla.

Ella se sobresaltó, pero logró recomponerse al instante y se volvió hacia él con un gesto neutral y estudiado. Siguió caminando mientras Matt levantaba el pie del acelerador para seguir a su lado.

—Así es —respondió muy tranquila.

Conque iba a ser un hueso duro de roer. Al fin y al cabo, las personas nunca cambiaban. Harley siempre se salía con la suya y él estaba dispuesto a demostrar que no era más que una mentirosa. A él lo había engañado hacía trece años, pero ahora era un adulto. Alguien con el suficiente rencor como para no dejarse engatusar otra vez. Estaba convencido de que había vuelto para sacarle al ingenuo de su hermano hasta el último centavo. Menos mal que John lo tenía a él, ¡podía dar gracias!

— ¿Por qué no te das la vuelta y regresas? —sugirió, y no fue una pregunta.

Harley lo miró de reojo mientras caminaba. Si aquel hombre creía que podía darle órdenes solo por vestir uniforme estaba muy equivocado.

—No es buena idea dar un paseo sino conoces el camino —dijo, y a ella le dio la sensación de que le estaba recriminando algo.

¿Dudaba de ella?

—Sé perfectamente a donde quiero ir.

Harto, Matt detuvo el coche y se bajó del vehículo. A Harley se le disparó el pulso, por lo que aceleró el paso y trató de ignorarlo. Cabreado, Matt alargó la zancada y se puso a su lado sin gran dificultad. La agarró del brazo con brusquedad para que se parara. Harley miró la mano que la agarraba y parpadeó ofendida.

—Date la vuelta, Harley —le ordenó.

Lo fulminó con la mirada.

— ¿Por qué, vas a detenerme?

Al ver que aún seguía apretándole el brazo, la soltó de golpe. Harley se acarició el brazo con expresión dolorida. Una breve punzada de arrepentimiento golpeó a Matt. Pero al segundo recordó que ella solo trataba de jugar con todos y se recompuso.

—Puedes subir al coche y permitir que te lleve de vuelta. Seguro que no quieres que piense que debe de existir una razón sospechosa para que alguien

que ha perdido la memoria camine por el pueblo como si se acordara de todo, eh —la amenazó.

Harley lo observó atónita y sintió que una oleada de calor le empañaba el rostro, ¿cómo se atrevía?

—No voy a esforzarme en caerte bien, pues es evidente que ya tienes una opinión forjada sobre mí. Tan solo quiero dar un paseo y despejarme, ¿tan difícil de creer te resulta? —lo enfrentó.

Matt no estaba dispuesto a creerla. Demasiada coincidencia que el camino que había elegido la llevara directa a aquella casa. A *su* antigua casa.

Se limitó a señalar los escasos metros que los separaban del edificio.

—Si ese es el lugar al que quieres ir, insisto en que te des la vuelta. No creo que a John le parezca una buena idea. Y en lo que a mí respecta, tus intenciones te delatan, ¿por qué no tratas de ganarte mi confianza antes de delatarte? Será divertido ver hasta donde eres capaz de llegar.

Su mirada implacable se plantó en los ojos de ella. Luego bajó hasta su boca y la dejó clavada allí con una mezcla de burla y hambre. Harley unió la frase *hasta donde eres capaz de llegar* y aquella mirada provocadora sobre sus labios, y se sintió tremendamente humillada. Lo fulminó con la mirada y respondió con voz queda:

—Sinceramente, no me interesa.

Matt sonrió de lado. Bien, si Harley quería ponérselo más difícil él estaría a su altura. Incluso si aquello implicaba comportarse como un cabrón.

—Entiendo. Has decidido que mi hermano es tu objetivo. Tiene mucho más dinero que yo y es más fácil de convencer, es una excelente elección. Te felicito —la provocó—. Aunque no pensabas lo mismo hace unos años. Las cosas cambian, por lo que veo.

—¿Cómo te atreves? —respondió indignada.

—Ahórrate el falso arrebató de orgullo, ¿quieres? —se inclinó sobre ella como un lobo hambriento y la tomó por la barbilla—. Yo no soy mi hermano, conmigo no te funciona esa mirada de damisela en apuros. Te tengo calada, querida.

Cuando la soltó, Harley se sintió demasiado insultada como para reaccionar. Quiso abofetearlo, pero apretó los puños y se contuvo. La barbilla le escocía justo en el lugar donde los dedos de él la habían tocado. Quería matarlo.

Matt rodeó el coche y abrió la puerta del copiloto para que ella se montara. Al ver que no se movía del sitio, suspiró y dijo sin delicadeza alguna:

—Sube, te llevo de vuelta. No me hagas perder más tiempo.

—Dudo que a cualquier mujer con dos dedos de frente le interesara montarse en ese coche, porque eres repugnante —respondió alterada.

Matt parpadeó asombrado ante su ataque de ira. No se sintió culpable. Tan solo un poco impresionado cuando la vio darse la vuelta y volver a casa caminando como si se la llevaran los demonios. Y entonces la vio. Sí, a la muchacha salvaje que no se doblegaba ante nadie.

Sigues siendo tú.

Jeff asomó la cabeza por encima del asiento delantero y dijo con asco.

—Chaval, necesitas aprender cómo tratar a una mujer.

—Cállate, Jeff —le espetó malhumorado.

Harley no era capaz de calmarse por mucho que lo había intentado. Aún tenía las mejillas encendidas y eso que ya habían transcurrido cuatro horas desde el encontronazo con Matt. ¡La había tratado como una interesada sin mostrar un ápice de arrepentimiento! Peor aún. Conocía de sobra el nombre que se le daba a las mujeres que iban en busca de la fortuna de un hombre.

Necesitaba respirar profundamente y olvidar lo sucedido antes de volver a poner un pie en aquella casa. No quería que John la viera en aquel estado y comenzara a hacer preguntas incómodas. ¿Qué iba a decirle?

Así que se había encerrado en el invernadero para estar sola. Era un lugar precioso y cuidado al detalle. Un ramillete de petunias colgaba por encima de una hamaca repleta de cojines. Se sentó en el borde y suspiró mareada. Quiso creer que se debía al calor, pues el ambiente era asfixiante en aquel lugar. Pero en el fondo de su corazón, sabía que no podría soportar aquella situación durante mucho más tiempo.

Era una extraña en aquel lugar. John, comportándose con aquella amabilidad, solo la hacía sentir en deuda. Y su hermano resultaba un tipo odioso al que tenía ganas de abofetear. Lo odiaba con todas sus fuerzas.

— ¿Te encuentras bien?

Una voz femenina la sorprendió. Estaba oculta tras la enorme fuente de mármol blanco, en la que la estatua de una sirena escupía una cascada de agua. La mujer salió de su escondite y se acercó a ella. Rondaría los sesenta años y lucía aquel aspecto moreno que parecía el símbolo de su familia.

—Sí, creo que ha sido el calor —respondió, y se incorporó como si la hubiera pillado haciendo algo malo.

Al hacerlo, le sobrevino un mareo y tuvo que volver a sentarse. La mujer se acercó a ella con una jarra de agua y un vaso. Le sirvió un poco de agua y se la ofreció.

—Le suele suceder a mucha gente. El ambiente puede resultar opresivo si no estás acostumbrado

—le explicó.

Harley bebió hasta la última gota.

—Aún recuerdo cuando jugabas aquí con mis hijos al escondite. Siempre ganabas. Una vez te metiste dentro de la fuente y no saliste de allí hasta que ellos se rindieron. Eras muy persistente para alguien de tu edad —recordó, con aquella expresión que pone la gente cuando rememora algo.

—Vaya...

—No nos han presentado, y yo ya te estoy atosigando con cosas que ni siquiera puedes recordar —se disculpó, esbozando una sonrisa prudente—. Me llamo Penélope, y te conozco desde que eras así de pequeña.

Levantó la mano medio metro del suelo. Harley le devolvió una sonrisa tensa.

—Usted es la madre de John —adivinó.

La mujer asintió.

—Llámame Penélope. Se me hace raro que me hables de usted.

—Lamento causarle molestias, Penélope. Sé que tiene que ser incómodo tener a una invitada en casa que no se acuerda de nada. Espero recobrar pronto la memoria, y...

Penélope no la dejó acabar.

—No es ninguna molestia —respondió con cordialidad. Harley tuvo la sensación de que no era del todo sincera—. Puede que hayan transcurrido algunos años, pero para nosotros siempre fuiste una más de la familia. Si mi marido viviera, le habría gustado volver a verte...

Apretó los labios en un gesto cargado de dolor.

—Lo siento mucho, ojalá pudiera recordarlo. Me gustaría muchísimo.

—Él te llamaba La pequeña Will Hunting, porque decía que eras indomable. Te quería mucho.

—Y sin embargo, yo no fui a su funeral —respondió Harley, molesta consigo misma.

Penélope le dedicó una mirada compasiva.

—Perdimos el contacto. Cuando los servicios sociales vinieron a buscarte solo eras una niña, no podíamos esperar... —se contuvo horrorizada—. He

hablado demasiado. Se supone que hay que dosificarte la información, lo lamento.

—No tiene importancia —musitó ella.

Aunque, en realidad, en lo más profundo de su corazón se sentía devastada.

—John me ha contado que no tengo familia. Nadie me está buscando. Ya lo he asimilado —dijo, como si así pudiera convencerse a sí misma.

Cuando volvió a hacer el intento de levantarse, Penélope la ayudó a ponerse en pie y la arrastró con amabilidad hacia la salida.

—Será mejor que comas algo y repongas fuerzas. Matt está a punto de llegar y comeremos todos juntos. Verás como después de eso te sientes mucho mejor.

Al oír el nombre de aquel cretino, lo que tuvo fueron ganas de vomitar.

—En realidad, estoy un poco cansada. Creo que me iré directa a la cama —dijo, con la intención de evitar al mediano de sus hijos.

Penélope sacudió la cabeza, como si aquello fuera una tontería.

—Tienes que comer un poco, estás en los huesos —luego se mordió el labio inferior, y añadió—: siempre has sido una chica delgada, no me malinterpretes. Pero un plato caliente es lo que necesitas en este momento.

Derrotada, Harley se preparó para lo que se avecinaba. Al fin y al cabo, no le quedaba más remedio que verlo si iban a convivir bajo el mismo techo. Le apetecía tanto como una patada en el estómago, por cierto.

Invierno de 2002

Bill Parker era la clase de padre que ella habría elegido. Bondadoso, estricto en su justa medida y cariñoso. Desgraciadamente, nadie elegía a sus padres. Así que Harley se conformaba con pasar en casa de los Parker todo el tiempo que podía.

En ocasiones como aquella, la vida le parecía una verdadera delicia. Solo necesitaba tumbarse en el porche y escuchar al Señor Parker para sentir que formaba parte de una familia de verdad. Bill se sentaba en la butaca de mimbre y les leía un cuento de Charles Perrault. Su favorito era Riquete el del copete. Matt creía que aquel cuento era una bobada, pero Harley estaba convencida de que tenía una moraleja preciosa. *La perfección está en los ojos de quien te mira con amor.*

Riquete era inteligente, pero terriblemente feo. La princesa era extremadamente bella, pero muy estúpida. Él tenía el don de conceder inteligencia a la persona que más amara, y ella el de otorgar belleza a la persona de la que estuviera enamorada. Así, los dos se habían convertido en personas perfectas. En realidad, Harley creía que no habían cambiado. Que Riquete seguía siendo igual de horroroso, y que la princesa era tan tonta como antes. Lo extraordinario, a sus ojos, era que se amaban tanto que aquellos defectos habían pasado a ser inexistentes. No se trataba de cambiar, sino de encontrar a alguien que te quisiera tal y como eres.

— ¡Otra vez Riquete el del copete no! —se quejó Matt.

— ¡Pero hoy me toca elegir a mí! —replicó Harley.

Matt lo sabía, así que se limitó a tirarle de la coleta. Furiosa, ella se abalanzó sobre él para propinarle un puñetazo, pero la mirada severa del Señor Parker la detuvo de inmediato. Era capaz de imponer respeto sin necesidad de alzar la voz.

—Si no os ponéis de acuerdo, no os contaré ningún cuento —decidió Bill.

Matt se volvió hacia Harley con cara de pocos amigos. John, que había perdido el interés en aquellas cosas de críos, se limitó a observar quién ganaba la batalla. Apostaba por Harley, que siempre se salía con la suya.

—Pulgarcito —dijo Matt.

Harley se cruzó de brazos, enfurruñada.

—A ti te tocó la semana pasada, y elegiste El gato con botas —le reprochó.

—Eso es porque tú siempre eliges cuentos de niña —se burló él.

— ¡Riquete no es de niña!

—Claro que sí.

—Pues Pulgarcito es de un enano, como tú —lo provocó.

John no pudo contener una risilla. Matt comenzó a ponerse colorado de rabia y vergüenza. Aquella niña tonta siempre tenía que dejarlo en evidencia delante de todo el mundo. Furioso, se volvió hacia su hermano y le pegó una patada a la silla. John se cayó de espaldas, pero en vez de devolvérsela, se limitó a mirar a su padre con esa expresión de adulto que a su hermano pequeño ponía de los nervios.

—Será Riquete, entonces —decidió su padre.

Harley esbozó una sonrisa triunfal. Matt resopló. John ganó la apuesta, como era de esperar.

— ¡Pero papá, si ella ni siquiera es de la familia! —gritó desesperado.

Harley se levantó de golpe, y sin poder evitarlo, rompió a llorar y se marchó corriendo. Aquella vez, John sí que le dio una colleja a su hermano. Era un bocazas.

—Voy a buscarla —decidió el mayor.

Su padre lo detuvo colocándole una mano en el hombro.

—No, lo hará Matt —al ver la cara que ponía su hijo, añadió muy serio—: te disculparás con Harley por lo que le has dicho, y procurarás que vuelva para que pueda contarle el cuento, ¿Entendido?

— ¡Pero...!

—Te enfadas con ella porque te llama enano, pero no eres capaz de comportarte como un hombre. No todo el mundo tiene la suerte de contar con una familia de verdad, hijo. Algún día lo comprenderás y no hará falta que yo te ordene que le pidas perdón a Harley. Anda, ve.

Herido por las palabras de su padre, siguió el camino por el que se había largado Harley con la intención de disculparse. No es que lo sintiera realmente, pero decepcionar a su padre sí que lo apenaba de verdad. En fin, qué remedio.

A pesar de que la comida desprendía un olor exquisito, Harley apenas probó bocado. No tenía apetito, y cada vez que veía a Matt con aquella media sonrisa lobuna se le revolvía el estómago. Él se había sentado a su lado para incomodarla, de eso estaba segura. Aún llevaba el uniforme de policía puesto y se había desabrochado los primeros botones de la camisa. Mostraba un vello oscuro en el pecho moreno. Era atractivo y antipático. Sus ojos castaños y profundos la estudiaban de reojo de una manera grosera.

Carecía de educación, a diferencia de su hermano y madre. En realidad, llegó a pensar que tanto él como la pequeña Mia debían ser adoptados.

— ¿Qué tal el trabajo, hijo? —le preguntó su madre.

Era una de esas preguntas que se hacían para romper el hielo, pues la comida estaba resultando demasiado tensa. Nadie hablaba porque en el fondo todos se sentían incómodos. Harley sabía que ella era la pieza que no encajaba.

—Nada del otro mundo —respondió, y Harley sintió que le dedicaba una mirada acerada que nadie excepto ella percibió—. Si no fuera porque me he encontrado con una desagradable mujer que se empeñaba en no acatar las órdenes de la autoridad, habría sido un día estupendo.

Harley apretó el tenedor con todas sus fuerzas. Podría clavárselo en un ojo y salir corriendo, pero definitivamente no era una buena idea. Tentadora, eso sí, pero una mala idea, al fin y al cabo.

— ¡Cómo! ¡no me digas que existe en el mundo una mujer capaz de resistirse a tus encantos! —bromeó su hermano, encantado de dejarlo en evidencia.

—Lo creas o no, las hay que tienen muy mal gusto —respondió Matt, dedicándole a Harley una media sonrisa provocativa.

Al hacerlo, ella bajó la vista al plato y apretó los dientes. Sabía que quería hacerla reaccionar, así que trató de contenerse. A John, sin embargo, no le pasó desapercibido que Matt le sonreía de manera maliciosa. Frunció el entrecejo y se preguntó qué demonios sucedía entre ellos.

—No es mal gusto, sino sentido común. Alguien que se tira a la recepcionista de la comisaria no parece un buen partido, ¿a que sí, mamá? —intervino Mia, que estaba deseosa de devolvérsela a su hermano desde que éste le había confiscado el móvil.

Penélope estuvo a punto de atragantarse con la comida. Matt fulminó a su

hermana pequeña con la mirada, que se echó a reír encantada de haberlo dejado en evidencia.

—Mia, eso ha estado completamente fuera de lugar. Vete a tu cuarto —le ordenó John.

— ¡Pero por qué lo defiendes! —explotó, levantándose hecha una furia y tirando la silla al suelo—. ¡No es más que un amargado desde que papá se murió!

Matt soltó los cubiertos y terminó explotando.

—Al menos no me comporto como una niña caprichosa que solo pretende llamar la atención, y que para lo único que sirve es para llegar a casa borracha los fines de semana. O mejor aún, para que la encierren en el calabozo y sea yo quien tenga que sacarla porque en esta familia nos avergüenza tener a alguien como tú —le echó en cara.

Con lágrimas en los ojos, Mia se fue corriendo escaleras arriba. El portazo que dio cuando se encerró dentro de su habitación resonó en toda la casa. John se acabó la copa de vino de un trago. Penélope suspiró apenada. Harley se quedó completamente quieta, deseando mimetizarse con la pared para que nadie reparara en su presencia.

—Se supone que tú eres el adulto, maldita sea —le espetó John.

—No me digas cómo se supone que debe comportarse un adulto, John. Todos sabemos que te has traído a Harley a casa porque tienes ganas de tirártela desde que tenías dieciséis años.

John se quedó mudo. Harley se miró las manos, incómoda y abochornada. Matt expulsó el aire por las fosas nasales y deseó romper algo.

— ¡Matt, por el amor de Dios! —gritó horrorizada su madre.

—Eres un capullo —siseó su hermano.

Matt le sonrió con frialdad, se levantó de la silla y colocó las manos sobre los hombros de Harley. Cuando lo hizo, John se levantó enfurecido para apartarlo de ella.

Harley sintió el pesado y caluroso contacto. Las manos de él no le hacían daño, al menos no de aquella manera. Se sentía absurda y fuera de lugar. Matt se inclinó sobre ella como un animal hambriento y le rozó la mejilla con la boca, estremeciéndola por completo. Ella contuvo la respiración y no fue capaz de mirarlo a los ojos cuando él susurró contra el lóbulo de su oreja:

—Bienvenida a la familia, Harley.

Le dio un beso áspero y breve sobre el pómulos. Cuando se separó, Harley se dio cuenta de que no sentía las piernas. Había sido un beso cargado de

resentimiento y odio. Se largó de allí, no sin antes mirarla a la cara y guiñarle un ojo, como si ambos compartieran un secreto que el resto del mundo no conocía.

Había sido una advertencia.

—Lo siento —se disculpó impactado John.

Entonces dejó escapar toda la furia que llevaba conteniendo y siguió a su hermano con la intención de plantarle cara. O partírsela, aún no lo había decidido.

Lo encontró en el garaje, descargando la rabia haciendo unas canastas. El aro estaba colgado sobre la puerta de la cochera. Matt lanzó cuatro veces la pelota y falló todos los tiros. Cuando fue a recoger el balón, John lo hizo por él y se lo devolvió tirandoselo al pecho con todas sus fuerzas. Matt reprimió el gesto de dolor.

—Buen lanzamiento —dijo con ironía.

John se remangó las mangas de la camisa, dispuesto a competir.

—Te recordaba más hábil.

Fue a arrebatarse la pelota, pero Matt la botó hacia el lado contrario, se echó hacia atrás y saltó para hacer canasta. La pelota entró dentro del aro y John cogió el rebote.

—Sigo siendo mejor que tú —respondió con chulería.

John corrió hacia la canasta cuando su hermano fue a arrebatarse el balón. Matt lo empujó con el hombro para apartarlo, así que su hermano mayor le dio un codazo y aprovechó que él tomaba aire para lanzar y hacer canasta.

—Depende de a lo que te refieras —dijo John, y le guiñó un ojo.

Cabreado, Matt se acarició el costado y apretó la pelota. Si John quería jugar al despiste, podía ser su contrincante. Giró sobre sus talones, pero su hermano abrió los brazos y le cerró el camino. Jadeando, se puso de puntillas y buscó otro ángulo para lanzar. De un manotazo, John golpeó la pelota y los dos corrieron a buscarla. Fue John quien la alcanzó primero y lanzó, haciendo diana.

—Dos a uno, yo gano.

—A la mejor de tres —replicó Matt cabreado, y no precisamente por el juego.

John le devolvió la pelota, solo que directa a su cabeza. Matt tuvo que agacharse para que no impactara contra su cara. Furioso, fue hacia su hermano

y contuvo las ganas de empujarlo. En vez de eso, se lo quedó mirando a escasos centímetros de la cara. John estaba tan furioso como él.

— ¿Vas a pegarme? Esto sí que se pone interesante —le dijo Matt—. Pero recuerda que ya no soy un enano.

Aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las ganas, John se limitó a apretar los puños.

—Aunque te lo merezcas, jamás te pondría una mano encima.

—Lo intentarías, que es distinto —lo corrigió Matt.

John le puso un dedo en el pecho, a pesar de que la mirada que le lanzó era una clara advertencia.

—Deja en paz a Harley, lo digo en serio. Vuelve a mirarla de una forma extraña, a dejarla en evidencia o a tocarla como has hecho hoy, y te juro que el hecho de que seas mi hermano va a dejar de importarme.

—Nunca te ha importado que fuera tu hermano si se trataba de ella —se burló con acidez—. Venga ya, John, ¿no puedes ser tan ingenuo!

Estaba realmente desesperado, pero John no lo interpretó así. Se fue apoderando de él una calma peligrosa a punto de destruirlo todo.

—Joder, John, no es más que una mentirosa. No me puedo creer que te la haya colado de esa manera, de verdad que no. ¿Por qué no puedes verlo?

— ¿Ver qué? —respondió atónito.

— ¡Qué está mintiendo! —explotó, soltando todo lo que callaba desde que ella había llegado a sus vidas—. Ha aparecido aquí, de buenas a primeras, y tú vas y te crees que está amnésica. No es verdad, John. Espabila de una puñetera vez.

—Cállate.

— ¡No, no me callo!

Fue hacia la pelota, la recogió e hizo canasta con una ira desbocada. Quería proteger a su hermano, ¿por qué se lo ponía él tan difícil?

—Quiere tu dinero. En el fondo lo sabes, no me digas que no.

—Conozco a Harley, ella no es así —insistió John con tirantez.

— ¡Está mintiendo! —insistió Matt exasperado—. La he visto caminando hacia su antigua casa. ¿Por qué iba allí, eh? ¿por qué, si se supone que no recuerda absolutamente nada, se dirigía hacia ese sitio? Parecía conocer muy bien el camino...

John experimentó una oleada de incertidumbre que pronto se disipó. En su lugar, quedó un rastro de amargura hacia su hermano. No iba a permitir que el resentimiento de su hermano pudiera con él. Matt ya se la había arrebatado una

vez. No dejaría que sucediera de nuevo.

—Esa maldita casa se ve desde el jardín. Quería dar un paseo, ella misma me lo dijo. No tiene nada de raro. Pero tú vas a seguir sacando conclusiones precipitadas porque la detestas. Y joder, no tengo ni idea de por qué. Haga lo que haga, Harley siempre te resultará sospechosa, ¿por qué la odias tanto?

Matt parpadeó confundido. Eso no era... él no odiaba a Harley. Sólo la veía tal y como era, así de sencillo. Uno de los dos tenía que ver las cosas con claridad, y ese era él. El rencor también tenía algo que ver en su postura, evidentemente.

—No la odio, qué cosas dices.

— ¿Y entonces por qué te comportas así con ella?

— ¡No es ella, eres tú! Has cambiado desde que ha llegado —intentó hacerle ver.

—Si es así, ¿A ti qué más te da?

John comenzó a caminar hacia el interior de la casa, cada vez más hastiado.

—Me preocupo por ti. Va a hacerte daño. Qué casualidad que despertara amnésica camino de esta casa, en busca de un hombre que siente debilidad por ella. Sabe lo que produce en ti. Se está aprovechando.

John se giró hacia él con determinación.

—Ya lo has dicho. De ahora en adelante, al menos mantente al margen. Y no es una sugerencia, Matt. Puede que sea tu hermano, pero no voy a tolerar que la trates mal. Si vuelves a hacerle daño, te las verás conmigo.

Matt Vio como su hermano se largaba y arrojó con furia el balón contra la puerta del garaje. Suspiró con pesadez. Todo estaba saliendo mal. John, como era de esperar, había tomado partido por aquella intrusa a la que él estaba dispuesto a desenmascarar. Cuando lo hiciera, su hermano tendría que darle las gracias.

Estaba hambrienta, pero no se atrevía a bajar a la cocina por si se encontraba con alguien. No era de extrañar, pues no había probado bocado gracias al cabrón de Matt. Les había amargado la comida a todos, pero especialmente a ella.

¿Cómo podía ser tan desagradable? No solo había insultado a su propia hermana, sino que, insatisfecho con ello, había criticado a John solo para dejarla a ella en evidencia. Y aquel beso, ¡Ah! El beso era otra historia.

Un beso cargado de rabia. De secretos inconfesables y emoción contenida.

Uno que la había dejado impactada e incapaz de reaccionar. ¿Qué había sido aquello?

Se acarició la mejilla sin darse cuenta, y al ver lo que hacía, retiró la mano espantada. *Un beso asqueroso y repugnante*, pensó furiosa.

Alguien llamó a su puerta, y por un segundo temió que fuera Matt, dispuesto a disculparse. Luego cayó en la cuenta de que solo alguien con corazón podría hacer algo así, y teniendo en cuenta que aquel hombre tan odioso carecía de sentimientos, fue evidente que no era él.

—Adelante —dijo, pese a que deseaba estar sola.

John asomó la cabeza por la puerta. Cargaba una caja de metal, de esas de galletas que luego se reutilizaban como costurero. Parecía incómodo, como si se sintiera culpable de lo que había sucedido y no supiera por dónde empezar.

—Estoy bien —le aseguró ella.

John aflojó una sonrisa comedida.

—No hace falta que mientas. No por mí.

Dejó la caja sobre la cama y se acercó a ella. Fue a cogerle la mano, pero se detuvo a medio camino. Sabiendo cómo se sentía, Harley le acarició la mejilla con dulzura. John entrecerró los ojos, angustiado y reconfortado a la vez. Angustiado por las palabras de su hermano, que desgraciadamente habían sembrado la duda en él. Reconfortado por el contacto, que deseó que no acabara nunca.

—Lo que ha dicho mi hermano... —comenzó él.

—Me da igual lo que haya dicho tu hermano, de verdad.

—A mí no.

Le cogió la mano y depositó un casto beso en el dorso. Harley sintió cosquillas y la retiró avergonzada.

—Lo que ha dicho sobre mí, ya sabes... —se detuvo, sin saber cómo continuar. Le resultaba incómodo tratar aquel tema, pero tenía que hacerlo—. Bueno, no es así. Yo... no espero nada de ti solo porque te haya traído a esta casa. No me debes nada, Harley.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida de verdad.

—Eso ya lo sé. Ni se me había pasado por la cabeza creer nada de lo que ha dicho Matt,

John asintió, cada vez más avergonzado. Así era Harley, por mucho que Matt intentara hacérsela ver con otros ojos.

—En esa caja están todos los recuerdos que guardaba. Supongo que querrás mirarlos con detenimiento, así que te dejaré sola.

Harley observó la caja con cierto temor.

—Vale —musitó.

Antes de marcharse, John se detuvo y pareció pensar mucho lo que iba a decir. Harley se limitó a acariciar el lugar donde él la había besado. No había sido un beso como el de Matt, de eso estaba segura.

—Matt no volverá a molestarte, te lo prometo —le aseguró con voz queda.

— ¿Puedo pedirte algo?

—Lo que sea —respondió con franqueza.

—No te enfades con él.

John se sorprendió por la petición. Hubiera esperado cualquier cosa menos aquello.

—Pase lo que pase, siempre será tu hermano. No quiero que te alejes de él por mi culpa.

—No es culpa tuya, Harley —respondió cabizbajo—. Lo que pasa entre nosotros no es culpa tuya.

Él se dio cuenta de que ella no lo creía. Lo había dicho para que se sintiera mejor, pero en parte había una sinceridad aplastante en sus palabras.

—No vas a poder protegerme siempre de todo, ¿Lo sabes? —preguntó con ternura.

John quiso estrecharla entre sus brazos y asegurarle que haría todo lo que estuviera en sus manos para que así fuera.

— ¿Al menos me dejarás intentarlo? Hacerte la fuerte todo el tiempo tiene que ser agotador.

Ella se echó a reír.

—No tengo familia, aparentemente estoy sola en el mundo y las únicas personas que me están ayudando hacía trece años que no sabían nada de mí. No es esperanzador, pero es mi realidad. Algún día lo recordaré todo, o tendrás que contarme toda la verdad. No intentes meterme en una burbuja solo porque creas que no voy a soportarlo.

John la observó impresionado. Era fuerte, tal y como la recordaba.

—Harley...

—Prométemelo —insistió ella.

— ¿Respecto a mi hermano, o a todo lo demás?

—Es lo mismo, no te hagas el tonto.

John asintió, resignado.

—Sabes que no es justo.

— ¿Y eso por qué? —preguntó desconcertada.

—Porque soy incapaz de negarte nada.

Harley se quedó muda y él salió de su habitación. Dedicó una mirada fugaz a la caja y supo que aún no estaba preparada. Ni para sus recuerdos ni para John Parker.

Una hora más tarde, la caja seguía cerrada y ella igual de hambrienta. Temerosa, abrió la puerta de su habitación y se encontró la casa a oscuras sumida en un silencio sepulcral. Convencida de que todo el mundo se había ido a la cama, se quitó los zapatos y caminó de puntillas escaleras abajo en dirección a la cocina. Se prepararía un sándwich y regresaría a su habitación antes de que alguien se diera cuenta.

Al pasar por la habitación de Mia, oyó que alguien sollozaba en su interior. Al parecer, las duras palabras de su hermano habían hecho mella en la chiquilla, por mucho que se esforzara en aparentar frivolidad y un carácter consentido.

Suspiró. Y ella caminaba de puntillas para no encontrarse con aquel hombre. Por supuesto, ella no se pondría a llorar por el comportamiento de Matt. Simplemente, encajaría el golpe con deportividad y trataría de mostrarse indiferente el mayor tiempo posible.

Aquella casa era gigantesca, él trabajaba fuera y no tenían por qué verse las caras. Y si lo hacían, ya se encargaría ella de mostrarle la mejor de sus sonrisas falsas. Así, él carecería de motivos para dejarla en evidencia por mucho que quisiera.

Pero cuando abrió la puerta de la cocina y lo encontró trasteando entre sartenes, sintió que todas las promesas que acababa de hacerse se iban al garete. Por un momento, pudo darse la vuelta y fingir que no se habían visto. Sin embargo, se quedó allí parada. Observándolo prudencialmente desde la distancia.

Se había quitado el uniforme policial y tan solo llevaba puesto el pantalón del pijama. Su torso moreno y velludo acababa en unos abdominales duros como la piedra. Poseía una espalda ancha y el tatuaje de un dragón le ocupaba toda la piel. Era un dibujo en tonos rojos y turquesas que escupía fuego, y parecía tan amenazante como el hombre que lo llevaba tatuado. Sintió la boca seca. Era extremadamente atractivo. Guapo no. Poseía ese aspecto masculino y sexual que llevaría a cualquier mujer a girar la cabeza si lo veía por la calle. Era peligroso.

—Esa es la cara que todas las mujeres ponen cuando me ven sin camiseta —dijo él con suficiencia.

—En realidad es mi cara de tener hambre —respondió, esforzándose en mirarlo a la cara—. Hambre de comida. De la que tú me has amargado y no he podido disfrutar.

Mal, Harley. Se suponía que debías enfrentarlo con frialdad, no con pullitas, se dijo a sí misma.

Pero no había podido evitarlo. Había sido verlo y todo el autocontrol que se prometió se había convertido en rabia.

Por su parte, la mirada de Matt no auguró nada bueno. No había rastro de amabilidad, ni siquiera de un amago de falsa cordialidad que pudiera hacer la situación más llevadera. Había desprecio en sus ojos. Y algo mucho más oscuro que ella no pudo descifrar.

—Entonces estamos los dos en el mismo punto.

—Dudo que tú y yo estemos en el mismo punto de algo —replicó ella con acritud.

Matt se encogió de hombros. En vez de responderle, abrió la nevera para coger huevos y bacon. Harley se dio la vuelta para marcharse. Prefería morirse de hambre antes que respirar el mismo aire que aquel cretino.

—¿A dónde vas? —preguntó él.

Tuvo ganas de responder *¿Y a ti qué te importa?* Pero como no quería añadir leña al fuego, se limitó a decir.

—A dormir.

—¿No decías que tenías hambre? —la contradujo.

—Volveré en otro momento.

—Puedo preparar algo de cenar para los dos. Siéntate.

Observó la silla como si estuviera viendo un ovni. No tenía ni idea de a qué venía aquel conato de amabilidad, pero pronto lo descubriría. Sabía de sobra que Matt Parker no había bajado la guardia con ella.

—Déjame ayudar —se ofreció.

—No, siéntate —rehusó él, como si el simple hecho de tenerla cerca lo asqueara.

—No soy una inútil —insistió irritada.

En el rostro de él asomó una mueca sarcástica.

—De eso estoy convencido.

—¿Qué has querido decir con eso? —lo enfrentó.

Y para hacerle entender que no estaba dispuesta a acatar sus órdenes

porque sí, abrió el pan de molde y untó las rebanadas con mayonesa.

—Odio la mayonesa —se quejó él.

—Pues te aguantas. Esos cereales que me obligaste a comer estaban asquerosos, y estoy convencida de que tú sabías que los odio.

Touché, pensó él.

La tenía tan cerca que casi se rozaron. Podía experimentar el calor de la piel de Harley. El olor a flores. La furia que emanaba de sus ojos. Se apartó agobiado y furioso. Detestaba tenerla cerca. Si pudiera, la mandaría de una patada a la otra punta del mundo. Cuanto más lejos, mejor.

—Por supuesto que no eres ninguna inútil. Tú sabes muy bien lo que haces —murmuró entre dientes.

Harley sintió la tentación de empujarle la cabeza contra la sartén hirviendo.

—Yo sabré muy bien lo que me hago, pero tú no tienes valor para llamar a las cosas por su nombre, cobarde —le espetó.

Impresionado, Matt se la quedó mirando con los ojos abiertos de par en par.

—A... pro... ve... cha... da... —dijo, enunciando cada sílaba contra su cara.

Harley experimentó un calor en todo el cuerpo que fue subiéndole hacia el rostro. Cuando sus mejillas se tiñeron de un intenso color carmesí, sintió que explotaba. Contó hasta diez. Luego hasta veinte.

—La Harley que yo conocía me hubiera arrancado la cabeza, qué decepción —lamentó él con tono burlón.

Apartó el bacon y los huevos del fuego, relleno los sándwiches y colocó dos platos sobre la mesa. Harley necesitó varios segundos para reaccionar. Al final, tomó asiento todo lo lejos que pudo de él y comenzó a comer en silencio. Otra vez iba a amargarle la comida.

—No muerdo —bromeó él.

Tenía, cuanto menos, un desconcertante sentido del humor.

—En serio.

Ella lo fulminó con la mirada y se acabó el bocadillo en cuatro bocados. Pronto podría perderlo de vista.

—Por si te interesa, tu hermana está llorando en su habitación. Dudo que conmigo llegues a tener algún tipo de remordimiento, pero ella tiene tu sangre. No tengo ni idea de cómo habría reaccionado el Matt que se supone que conocí hace trece años, así que sorpréndeme.

Los dos se levantaron al mismo tiempo. Matt, furioso por lo que acababa de

decirle. Qué irónico que aquella impostora quisiera darle lecciones de moral. Cuando Harley fue a fregar su plato, él fue a arrebatárselo.

—Déjame a mí.

—Puedo hacerlo sola —replicó ella. Le faltaba poco para explotar.

— ¡Insisto! —gruñó él, apretando los dientes —. Qué no se diga que los hombres de esta casa no tienen modales.

—En esta casa hay un hombre y un neandertal, así que no hables en plural.

Él fue a arrebatarse el plato y ella lo soltó, así que chocó contra su pecho. El contacto fue perturbador e intenso. Demasiado para fingir que no la afectaba tenerlo tan cerca. Se quedaron frente a frente, tan juntos que sus respiraciones se mezclaron. Podían sentir la rabia y el calor entorno a ellos. Él le miró la boca de manera involuntaria. Ella entrecerró los ojos, asustada. Matt se inclinó sobre sus labios, y cuando Harley creyó que iba a besarla, susurró a escasos centímetros de su boca, casi rozándola dolorosamente:

—Si descubro que has venido aquí para hacerle daño a mi hermano o a mi familia, te mataré —le advirtió con la voz ronca.

Harley lo empujó y el plato se hizo añicos contra el suelo. Salió corriendo escaleras arriba, con el corazón acelerado. Lo odiaba. Lo odiaba profundamente.

Invierno de 2002

¿Dónde estaba aquella condenada niña? Puede que su padre lo obligara a disculparse, pero si iba a tener que pasar toda la tarde buscando a Harley, se daría por vencido en cuestión de minutos. Lo había dicho sin pensar porque detestaba que ella siempre se saliera con la suya. Quizá ahora se sentía un poco culpable por lo sucedido, pero en el fondo ella se lo había buscado. No podías ir a una familia que no era la tuya, ser encantadora con todo el mundo, y pretender que todos, incluido él, la trataran como una reina.

¿Por qué John no podía verlo? ¿Por qué su padre trataba a Harley como si fuera mucho mejor que sus propios hijos?

Lo de John podía entenderlo. Desde que a Harley le habían crecido las

tetas —él por supuesto no se había fijado—, se comportaba de manera extraña con ella. Podría haberse fijado en otras chicas. Chicas mucho mayores y de su edad, pensaba Matt. Pero John estaba fascinado con Harley porque a ella le encantaba hacerse la difícil.

—Bah.

Pateó una piedra en mitad del camino.

Pero lo de su padre no tenía perdón. La elogiaba estuviera o no delante. A todas horas. Todo el tiempo. Harley era inteligente y especial, según él. Harley veía cosas que otros no. Harley era bondadosa. Harley era la única capaz de ganarle al ajedrez, y aquello lo tenía impresionado. *Bla, bla, bla...*

Si Harley no hubiera aparecido nunca en sus vidas, pensó con amargura, él y John seguirían siendo los mejores amigos. En realidad, hubo un abismo desconcertante entre los doce y los catorce años. A los doce años eran Los tres mosqueteros. Inseparables. Los mejores amigos. A los catorce, Harley había crecido por arte de magia y John, sin palabras, le hacía entender a Matt que él sobraba en la ecuación.

¡Y encima lo llamaba enano!

Iba camino de la casa de Harley, cosa que tenía terminantemente prohibida a saber por qué, para preguntarle a la madre de ella si se encontraba en casa. En ese momento, oyó unos gritos y tuvo el instinto de esconderse en el campo de maíz.

— ¡Mujer, no sirves para nada! —gritó un hombre.

No llegó a ver lo que ocurría, pero escuchó el inconfundible sonido de una bofetada. Se estremeció y deseó estar en cualquier otro lugar menos allí. Cuando una mano pálida le tapó la boca, quiso gritar y echar a correr. Los ojos grises de Harley le advirtieron que no lo hiciera y le quitó la mano de encima.

— ¿Qué pasa? —preguntó asustado.

— ¡Sssssh! —le ordenó ella en un susurro—. Si nos encuentra aquí, se pondrá furioso. No le gustan las visitas.

— ¿Quién?

Harley pensó que Matt era idiota. Pero mucho mejor así.

—Quedémonos aquí y no hagas ningún ruido. Ya se calmará.

—Quiero salir de aquí. Hay bichos.

Harley le dedicó una mirada furiosa.

—Ni se te ocurra hacerlo, Matt Parker —lo llamaba por su apellido cuando se enfurecía con él—. Si lo haces, te partiré las piernas.

— ¿Y cómo lo harías? Soy más fuerte que tú —respondió ofendido.

Harley le dedicó una sonrisa cargada de suficiencia. No, no lo era.

Tuvieron que esperar varios minutos hasta que los gritos cesaron. *Una pelea de padres*, pensó Matt. *Como las que a veces tenían los suyos. Solo que la familia de ella parecía más pobre y maleducada, como repetía su madre siempre que tenía ocasión.* Durante todo aquel tiempo, pese a que ella se hacía la fuerte, no dejó de apretar su mano, como si tuviera pánico de que él echara a correr y la dejara allí sola. Pese a que era lo que él deseaba con todas sus fuerzas, Matt apretó su mano y no se movió del sitio.

¿Por qué siempre olía tan bien? Borró aquel pensamiento ridículo de su mente.

Harley le soltó la mano cuando escuchó el motor de un coche que comenzaba a alejarse. Entonces, salió del campo de maíz y él la siguió. Nunca había visto de cerca la casa de Harley. Era pequeña, de una sola planta y con un ridículo desván. Una casa fea y pobre, con un montón de trastos viejos en el porche.

Harley pareció avergonzada al imaginar lo que él estaba pensando.

—Nunca vuelvas por aquí. Nunca —le ordenó.

—Había venido a buscarte —se disculpó él, sin saber por qué lo hacía.

— ¿Por qué, qué quieres? —preguntó recelosa.

—Quería pedirte perdón por lo que he dicho. Por gritar que tú no eres parte de mi familia.

Al recordarlo, a ella se le encendieron las mejillas y se le cambió la expresión.

— ¡No te voy a perdonar nunca, eres odioso y no tienes corazón! —le gritó, corriendo a encerrarse dentro de aquella casa tan fea.

Matt la vio marchar y se quedó perplejo. Quién entendía a las chicas.

6

Hacía media hora que había dejado de llorar, pero no podía quedarse dormida. Las palabras de su hermano se repetían en su cabeza dolorosamente. Le había dicho que era una niña caprichosa y borracha de la que todos se avergonzaban, cosa que ya sabía. Que te lo escupieran a la cara delante de tu familia era distinto.

Miró con nostalgia la foto de su padre que reposaba sobre la mesita de noche. No sabía si el hecho de que estuviera vivo habría cambiado las cosas, pero lo cierto era que lo echaba en falta si no tenía la mente ocupada. Se sentía

demasiado culpable para olvidar que, horas antes de que a su padre le diera un infarto, habían discutido de forma acalorada hasta gritarse insultos terribles. Él no, por supuesto. Él se había limitado a mirarla con una enorme decepción mientras Mia se quedaba satisfecha. Luego se largó a una fiesta, se emborrachó y unos compañeros del insti la dejaron tirada en el porche delantero. Matt los pilló en el acto y nunca pudo perdonárselo. Desde entonces, la relación que los unía se había enfriado. No solo había perdido a su padre, sino también a Matt. Habían pasado de ser los mejores hermanos a dos extraños que se lanzaban pullitas.

Apenas le dirigía la palabra, y cuando lo hacía era para dejarla en evidencia con comentarios hirientes que le hacían mucho daño. Nunca se había atrevido a gritarle que su padre murió por su culpa, pero en el fondo Mia estaba esperando el momento.

Hubo un punto y aparte en el momento que él la cogió en brazos porque estaba borracha. Su padre llevaba muerto más de una hora y lo único que Mia podía hacer al respecto era vomitar todo el alcohol que se había bebido. No se podía caer más bajo, de eso estaba convencida.

Colocó la foto bocabajo al sentir una profunda vergüenza que le recorrió todo el cuerpo. Ni siquiera podía mirar la imagen sin sentir repugnancia hacia sí misma.

Quería a Matt con toda su alma. Durante años había sido el hermano comprensivo y el mejor amigo de todos. Con él se podía hablar de cualquier cosa sin que te echara aquella mirada alarmada y paternalista de John. Los amaba a los dos, pero con Matt siempre se había sentido en mayor sintonía. Conectaban porque los dos eran rebeldes y temperamentales. John, por su parte, era demasiado responsable para no tratarla como la hermana menor a la que había que proteger, vigilar y reñir.

La muerte de su padre le había arrebatado a papá y a Matt. Su madre se sentía demasiado impactada como para reaccionar aún. Y John se limitaba a mantener unida a la familia a su manera.

Observó por la ventana la pequeña casa de madera junto al invernadero en la que vivían Fernando y su padre. La luz inundaba la ventana de Fernando. Experimentó un cosquilleo en la columna vertebral al imaginar que él todavía estaba despierto. Luego recordó que para él no era más que una niña caprichosa y rica y suspiró apesadumbrada. Le daba tanta rabia que él no la tuviera en cuenta que se empeñaba en llamar su atención de la forma más ruin. Lo insultaba, lo trataba fatal y le recordaba en todo momento que era un ser

inferior que vivía en su casa y trabajaba para su familia.

No sabía cuándo había empezado a verlo con otros ojos. Prácticamente lo había ignorado desde que se conocían. Llevaba tres años viviendo en aquella casa, pues su padre era el jardinero de la familia. Fernando había empezado a ayudarlo desde hacía un par de años. De pronto, se había convertido en un adolescente moreno y apuesto al que ella no podía quitar la vista de encima.

Y era el único chico de su instituto que no quería llevársela a la cama.

Mia era popular, rica y guapa. Todos los estudiantes del instituto se esforzaban en llamar su atención. Pero ella solo tenía ojos para aquel chico que ni la miraba. Y cuando lo hacía, era para lanzarle alguna mirada llena de desprecio.

¿Por qué eran de mundos diferentes? ¿Por qué trabajaba para su familia? ¿Por qué tenía envidia de la vida acomodada de Mia?

Ella no tenía ni idea. Lo único que sabía era que había empezado a salir con Mike, el quarterback del equipo de fútbol del instituto y el chico más popular del instituto, para darle celos a Fernando. Y no había funcionado. Así que se veía obligada a negarse ante las insistentes peticiones de Mike por desvirgarla.

Abrió la ventana de su habitación y se deslizó al exterior como una lagartija. Fernando no lo sabía, pero muchas noches, Mia se escapaba y se subía a un ciprés que daba a su ventana para espiarlo. Resultaba tan penoso que se habría muerto de la vergüenza si alguien se hubiera enterado.

Descendió por la enredadera de flores con habilidad y corrió hacia su escondite secreto. Escuchó un murmullo de voces, se puso nerviosa y trepó con rapidez hacia la rama más alta del árbol. Las voces no provenían de la habitación de Fernando, de eso estuvo convencida. Necesitó varios segundos para encontrar el foco del ruido. La luz de la habitación de Fernando estaba encendida, pero allí no había nadie.

Porque Fernando se estaba besando con una chica. Estaban escondidos entre la casa y el invernadero, ocultos tras varios sacos de abono. Cuando los vio, Mia comenzó a sentirse enferma y se tapó la boca con las manos para no gritar.

Reconoció a Gillian, una chica de su curso, en brazos de Fernando. Él la besaba apasionadamente con los ojos cerrados. Gillian suspiraba de placer y bajaba su mano hacia la entrepierna de él. Mia estaba tan desconsolada que deseó bajar del árbol y echar a correr, pero la habrían oído. Así que se limitó a contener el llanto mientras contemplaba horrorizada la escena.

No, no, no, suplicó despechada.

Aquello no podía estar pasando, y peor aún, ella viéndolo con sus propios ojos. Se sentía estúpida e insignificante. Sabía que Fernando era libre y que ella tenía novio, pero guardaba la esperanza de que él se diera cuenta de que lo trataba tan mal para llamar su atención. Quería ser Gillian, y no la que observaba la escena con unos celos que la consumían lentamente.

Llena de rabia, tiró una ramita contra el techo del invernadero para detenerlos. Sabía que se estaba comportando como una cría estúpida, pero no pudo evitarlo. Al ver que no se dieron cuenta, repitió la operación con una rama más pesada. Los dos se separaron asustados y miraron a su alrededor.

—Será mejor que te vayas, no quiero que nos pillen y que alguien pueda echarme la bronca a mí o a mi padre —le dijo Fernando.

Gillian suspiró resignada.

—¿Quieres que te acompañe? Ya sabes que no tengo carné, pero no me importa —se ofreció él.

Mia había deseado muchas veces que él mostrara aquella amabilidad hacia ella. Empezó a odiarlo, pese a que sabía que sus sentimientos eran fruto de los celos.

—No, no hace falta. He traído el coche. ¡Nos vemos en el instituto!
—respondió ella, y se despidió con un beso en los labios.

Mia sintió deseos de estrangularla. Ojalá no hubiera visto aquella escena, pues sabía que jamás podría olvidarla.

Cuando Gillian se marchó, esperó a que Fernando hiciera lo mismo para bajar del árbol y huir llorando hacia su habitación. En vez de eso, Fernando se dio la vuelta y observó la casa de su familia con una expresión que ella no supo descifrar. Juraría que él había lanzado una mirada intensa y apasionada hacia la ventana de su habitación, pero en el fondo sabía que debían ser imaginaciones suyas. Buscaba señales donde no las había porque estaba desesperada.

Fernando suspiró, con la vista fija en la casa. No parecía la clase de chico satisfecho y excitado por lo que había sucedido. En su expresión existía una tristeza infinita que Mia no supo a qué se debía.

¡Bien que había besado a Gillian con todas sus ganas!

Y entonces se cayó del árbol. La rama en la que estaba subida se partió de pronto, y Mia se precipitó hacia el suelo soltando un alarido de pánico. Cayó de culo sobre un cojín de hojas que logró amortiguar su caída. Pese a todo, se sintió tan dolorida que apenas pudo moverse. Pensaba que se había roto algún

hueso.

Desconcertado, Fernando corrió hacia el lugar y se encontró lo que menos habría esperado. Mia estaba tirada en el suelo con una mueca dolorida. Parpadeó alucinado y necesitó algunos segundos para recomponerse. Entonces, se dirigió hacia ella y le tendió una mano que ella no aceptó. Lo miraba furiosa y dolida, pero él no sabía si se debía a la caída o a algo que él había hecho.

—¿Te encuentras bien? ¿Puedes moverte? —se preocupó.

Mia sacudió la cabeza. Las lágrimas comenzaron a empañar su bonito rostro tostado por el sol. Debía de haberse hecho mucho daño, así que Fernando la asió por la cintura, y haciendo caso omiso a sus patadas, la cargó en sus brazos.

—¡Suéltame, qué me sueltes! —gritó hecha una furia.

— ¡Vale, vale! —se rindió él.

La puso en el suelo con delicadeza. En vez de agradecerse, Mia lo empujó con todas sus fuerzas. Ni siquiera sabía por qué se esforzaba en tratarla bien, pues era evidente que aquella chica lo despreciaba.

—Le voy a contar a todo el mundo que te traes chicas a casa. ¿Te crees que puedes hacer lo que te venga en gana? ¡Esta es la propiedad de mi familia! —le recriminó.

El rostro de Fernando se ensombreció.

—No hagas eso —le pidió—. Mi padre podría perder su trabajo por tu culpa. Supongo que tú no sabes lo que es tener problemas económicos, pero algunos necesitamos trabajar para vivir.

Mia se puso colorada, pues era evidente que él la veía como una niña mimada y bien avenida. Entonces, la expresión de Fernando cambió y elevó la vista al árbol. Luego la fijó en ella, más atónito que antes.

—Un momento, ¿me estabas espiando? —preguntó, e hizo el amago de una sonrisa fanfarrona.

Mia enrojeció mucho más. La había descubierto y ella quería morirse.

— ¿Yo? ¡pero qué dices! ¡No eres más que un chicano estúpido y pobre! —le gritó furiosa.

Fernando sonrió de oreja a oreja, y Mia lo advirtió como un gesto de chulería que la dejaba en evidencia.

—Me estabas espiando... —asumió desconcertado—. ¿Por qué?

Mia se cruzó de brazos, a la defensiva. Ni en un millón de años admitiría que aquello era cierto. Entonces, Fernando se acercó a ella y la miró a los

ojos, trastocándola por completo. Nunca la había mirado a la cara de una manera tan profunda e intimidante.

— ¿Estás celosa? —quiso saber.

— ¡Claro que no! —respondió avergonzada.

Fernando no la creyó.

—Estás celosa —repitió asombrado—. Pero... ¿Por qué...?

Cuando él intentó tocarla, Mia no pudo soportarlo más y echó a correr hacia su casa. Llegó jadeando y con lágrimas en los ojos hacia el porche. Ni siquiera tuvo fuerzas para trepar por la enredadera, por lo que accedió por la entrada principal.

— ¿A ti qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿De dónde vienes? —la interceptó Matt, cogiéndola del brazo.

Llorando, Mia se zafó de su agarre. El que faltaba.

— ¡Déjame en paz! —chilló histérica.

— ¿Vienes de una fiesta? ¿Te has escapado y estás borracha? —gruñó él, y quiso oler en ella el rastro delatador del alcohol.

Mia lo contempló con tanta rabia que su hermano se sobresaltó. Jamás le había visto aquella mirada, y supo sin hacer más preguntas que ni se había ido de fiesta ni estaba borracha.

— ¡Por qué siempre tienes que pensar lo peor de mí! ¡Por qué siempre todos tenéis que pensar lo peor de mí! ¡Te odio! —le espetó, corriendo escaleras arriba.

Pasmado, Matt la vio marchar y no supo qué hacer. Por un instante, tuvo la intención de perseguirla y llamar a su puerta con suavidad. De consolarla como solía hacer antes de que su padre muriera. En lugar de ello, se vio incapaz y suspiró apesadumbrado.

¿En qué momento se había convertido en un hombre sin sentimientos? Y eso, desgraciadamente, también incluía amenazar a Harley de la forma más ruin y despreciable. Él no era así, ¿En qué demonios estaba pensando?

Harley contuvo la respiración. Estaba a punto de abrir aquella caja y sentía el cosquilleo del nerviosismo en su estómago. ¿Qué encontraría? ¿qué habría guardado John allí dentro durante trece largos años?

Inspiró y destapó la caja.

Lo primero que encontró fueron varias fotos que le provocaron una sonrisa. En una salía abrazada a John y Matt. Los tres llevaban sombreros en la cabeza

y miraban a la cámara con expresiones felices. Por detrás, la foto estaba firmada por los tres y alguien había escrito *Los tres mosqueteros*. La fecha también estaba marcada, primavera de 2001. Por aquel entonces Matt y ella deberían rondar los trece años, y John los quince.

Harley soltó una carcajada.

Pasó a la siguiente foto, donde un pequeño Matt, vestido de pistolero, apuntaba con las manos a Harley, que iba disfrazada de india. Invierno de 2001.

En otra foto, los tres asomaban la cabeza por la ventana de una casa árbol. Harley sacaba la lengua, John se ponía bizco y Matt guiñaba un ojo.

Al pasar las fotografías, Harley se dio cuenta de que existía un cambio más que evidente a partir del año 2002. Las imágenes dejaron de resultarle tan felices y bucólicas para mostrarle una realidad un tanto contradictoria y forzada. No se habría dado cuenta de no haberse fijado bien, pero allí estaba.

Primavera de 2003. Una fotografía tomada a orillas del lago de ella y John abrazados. Verano de 2003, otra de John y ella en la casa árbol.

¿Por qué Matt había dejado de aparecer en las fotos?

De repente, experimentó una oleada de tristeza y culpabilidad. Siguió contemplando las fotos hasta llegar a la única de 2003 en la que Matt aparecía. No había rastro de aquella sonrisa sincera por ninguna parte. En su lugar, parecía como si alguien lo hubiera obligado a posar junto a Harley, quien lo miraba de reojo como si fuera un completo estorbo.

—Vaya... —comentó alucinada.

¿Qué había sucedido entre ellos para que la relación se hubiera enfriado de aquella manera?

De repente, la advertencia de Matt pasó por su mente como una daga afilada: *Si descubro que has venido aquí para hacerle daño a mi hermano o a mi familia, te mataré.*

Harley tenía la corazonada de que él jamás le pondría una mano encima. Las palabras le resultaron violentas y había echado a correr, pero no era el contenido de estas lo que la preocupaba, sino lo que se intuía tras ellas. Matt la odiaba. Le guardaba rencor, ¿Por qué? ¿qué le había hecho?

Acarició aquella última fotografía y la apretó contra su pecho. Se sentía desamparada y profundamente triste. Sospechaba que aquella imagen le revelaba una realidad para la que no estaba preparada.

Dejó todas las fotos a un lado y sacó un anillo de metal oxidado. También había un trozo de papel arrugado, un mechón de cabello atado, flores secas,

algunos lápices y un cuaderno. Al abrir el cuaderno, se encontró con varios bocetos firmados por ella.

Había pintado a John sentado en el porche, con un bebé en brazos que estuvo convencida de que era Mia. A un hombre mayor abrazado a Penélope. Tenía talento, los dibujos así lo demostraban. Pero lo que más llamó su atención fue aquel retrato que la dejó sin palabras.

Había dibujado a Matt. Su boca ancha, sus pobladas cejas y aquella mirada profunda de ojos castaños. Acarició el dibujo con los dedos. Era el retrato de un joven Matt que, sin haber crecido del todo, se intuía en él su posible atractivo. Lo había dibujado resaltando todos sus atributos. Resultaba un dibujo íntimo que, de repente, la hizo sentir incómoda.

Al cerrar el cuaderno de golpe, una fotografía escapó de entre sus páginas. En ella salían todos los hermanos. Harley sostenía al bebé en brazos y miraba a la cámara. Matt le había colocado la mano en el hombro en un gesto inocente, y tras él, John era el único que no sonreía al objetivo. Observaba a su hermano menor como si lo estuviera vigilando. Asustada, Harley la guardó con el resto de las fotos.

Desdobló el papel arrugado y se encontró con una letra infantil llena de tachones. La carta estaba firmada por Matt, así que se llevó una profunda impresión. Antes de que se diera cuenta, ya la estaba leyendo con gran interés.

Querida Harley,

Sé que piensas que te pedí perdón porque papá me obligó, pero no es verdad. Bueno, quizá antes era verdad, pero ya no. Puesto que eres una niña tonta que ha salido corriendo y no quiere escucharme, John me ha aconsejado que te escriba esta carta. Dice que él se encargará de dártela, ya que desde que nos peleamos tú no me hablas.

Lamento mucho haberte dicho que no eres parte de esta familia. Estaba enfadado porque siempre te sales con la tuya, ¿podrás perdonarme?

Me gustaría que volviéramos a ser amigos como antes. Me gustaría muchísimo. A cambio, prometo no tirarte más del pelo, empujarte al agua o burlarme de tus pecas.

Matt.

Harley leyó la carta tres veces seguidas y sintió que algo no encajaba. ¿Por qué John guardaba aquella carta si la había escrito su hermano? Tuvo la certeza de que la carta jamás había llegado a sus manos. Con aquel

pensamiento, se quedó dormida.

Invierno de 2002

Matt contempló ofuscado el trozo de papel en blanco. Aquella le parecía una idea pésima por mucho que su hermano John le dijese lo contrario. Puede que él fuese mayor y creyera saber un montón sobre chicas, pero estaba equivocado si creía que una carta aplacaría a Harley. Y de todos modos, ¿Por qué quería el su perdón?

—Esto es una tontería —dijo, sin escribir una palabra.

—A Harley le gustará —insistió su hermano mayor.

— ¿Y eso como lo sabes?

—Porque la conozco. Creerá que te preocupas por ella si te has tomado la molestia de escribir unas palabras —respondió muy convencido.

Matt pensó que aquello era una tontería, pero lo hizo de todos modos. En el fondo quería que Harley y él volvieran a ser amigos. No amigos impostados como en los últimos meses, sino amigos de verdad como al principio.

— ¿Le darás tú la carta? A mí no me quiere ni ver —le pidió a su hermano.

John asintió y lo dejó a solas para que comenzara a escribirla. Durante algunos minutos, fue una batalla entre él y la hoja. No tenía ni idea de lo que poner y se sentía impotente. Quiso escribir muchas cosas sobre cómo se sentía y por qué ella siempre lo sacaba de quicio. O de por qué había gritado que ella no pertenecía a su familia. Así que escribió y borró durante un buen rato. Al final, se limitó a pedirle perdón y punto. No sabía si algún día le explicaría a Harley cómo se sentía, pero sí que de hacerlo lo haría a la cara. Aquella opción, por mucho que se lo aconsejara su hermano mayor, le parecía de cobarde.

—Ya está —dobló el trozo de papel y le entregó la carta a John.

Su hermano mayor había quedado aquella tarde con Harley en la casa del árbol. Iban a hacer los deberes y luego leerían a orillas del estanque. Llevaba la carta en el bolsillo trasero del pantalón, y la sacó de su escondite cuando vio a Harley saludarlo con la mano desde la distancia. En cuanto lo vio, miró

por encima de su hombro como si buscara a alguien más.

— ¿Y Matt, no viene con nosotros? —preguntó desilusionada.

Sin saber por qué, aquella pregunta no le sentó del todo bien.

—No, ya sabes que nunca quiere venir.

—Ah... —ella pateó una piedra y colocó las manos tras la espalda en un gesto distraído—. A lo mejor lo perdono, creo que ya no estoy enfadada con él.

John arrugó la carta contra su mano.

— ¿Ah no? —se interesó, y sintió un ramalazo de celos de lo más extraño.

En toda su vida, jamás había sentido celos de su hermano pequeño. Pero lo había visto. Había vislumbrado la expresión de Harley al buscarlo con la mirada. Y no le había gustado para nada.

— ¿Qué llevas ahí? —ella señaló el trozo de papel.

John fue a dárselo, pero algo oscuro se apoderó de él y volvió a metérselo dentro del bolsillo. No se explicaba por qué se estaba comportando así, pero lo cierto era que no quería que Harley leyese la carta de Matt. Por alguna extraña e inexplicable razón, se sentía furioso con los dos. Como si, de repente, el excluido fuese él en lugar de Matt. Obviamente era una tontería, pues Harley siempre lo elegiría a él. Lo sabía de sobra.

—Nada, es la lista de la compra. Mi madre me ha pedido que vaya a hacer unos recados.

Harley aceptó la respuesta y se encogió de hombros.

Al cabo de las horas, cuando regresó a casa, Matt lo estaba esperando sentado en el porche delantero con cara de impaciencia. Se sintió demasiado culpable para contarle la verdad, aunque tampoco sabía explicar lo que había sucedido.

— ¿Qué ha dicho cuando la ha leído? ¿Se ha puesto contenta? —quiso saber.

John le devolvió la carta ante la mirada atónita de su hermano.

—Lo siento, no ha querido leerla. Estaba muy enfadada contigo.

Furioso, Matt la arrojó al suelo y la pisó antes de entrar en casa. John podía intuir cómo se sentía, y lo peor de todo era que él tenía la culpa. Sabía que su hermano pequeño era orgulloso y que jamás perdonaría a Harley por aquel desplante. Así que, ¿por qué no le decía la verdad?

En lugar de ello, se agachó para recoger la carta y fue incapaz de tirarla a la basura.

John no podía creer que aquello le estuviera sucediendo a él. O peor, que tuviera que ocurrir en aquel preciso momento. Mientras escuchaba la voz de George al otro lado del teléfono, sentía que se iba apagando por momentos. No solo se trataba de que aquel negocio hubiera salido mal, sino de lo que implicaba tener que salir de viaje.

Iba a abandonar a Harley cuando acababa de llegar. Cuando la había estado esperando durante trece largos años. Con Matt.

La idea de dejarla sola, en aquella casa desconocida para ella, junto a unos extraños que no estaban pasando por su mejor momento, le resultaba horrible. Y para qué engañarse, la idea de dejarla en compañía de Matt lo ponía nervioso. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Observó a su hermano desayunar como si fuera su último día en la tierra. Matt siempre tenía un apetito voraz. No quería pedírselo precisamente a él, pero tampoco podía confiar en su madre teniendo en cuenta que la mayor parte del tiempo se mostraba ajena a lo que sucedía a su alrededor. Mia no era una opción, eso lo tenía claro.

— ¿Puedo pedirte un favor? —le preguntó.

Su hermano lo miró con curiosidad mientras se bebía la taza de café.

— ¿En serio? Creí que lo de la otra noche había dejado claro en qué punto estábamos —respondió con ironía.

—No sé a qué te refieres, para mí las cosas siguen igual que antes. Excepto si vas a seguir empeñado en comerme la cabeza.

Matt se terminó el café y lo miró fijamente.

—De eso ya se encargan otras...

John suspiró. Ni siquiera sabía por qué se lo había planteado. Estaba claro

que tratar con su hermano era perder el tiempo. Siempre había sido un zoquete.

—Bueno, ¿qué quieres que haga por ti?

—Nada, déjalo.

—Me pica la curiosidad, no me dejes en ascuas —insistió Matt, sonriendo de lado.

—Me tengo que ir de viaje —le informó desganado, a sabiendas de que iba a negarse—. Eso implica dejar a Harley sola durante un par de días. Me preguntaba... ¿si podrías cuidar de ella?

—No es ninguna cría. No necesita un canguro —respondió, pues era lo que pensaba.

—Mira, es igual. Ni siquiera sé por qué te he preguntado.

—Lo que quiero decir es que Harley ya es mayorcita para cuidarse sola. Tú más que nadie deberías saber que no es la clase de mujer que necesita que la estén protegiendo todo el tiempo —le recordó Matt.

Y sabía de sobra que tenía razón. Harley era independiente y detestaba que hicieran cosas por ella. Al menos, así había sido.

—Joder, Matt, no te estoy pidiendo que la vigiles como si fuera una niña pequeña. No se acuerda de nada, está en una casa que no es la suya y yo, que soy el que la he traído aquí, me tengo que ir de viaje. ¿Es mucho pedir que seas amable con ella y le preguntes de vez en cuando si se encuentra bien? —le dijo, cada vez más hastiado.

Matt fue a responder que Harley no era asunto suyo, y muchísimo menos su obligación, pero su madre, que acababa de escucharlo todo, intervino de manera conciliadora.

—No es mucho pedir. Cuidaremos de ella, no te preocupes. Estaré pendiente de que se sienta cómoda en todo momento —luego le dedicó una mirada acusadora a su hijo mediano—. Y Matt también pondrá de su parte.

En respuesta, chasqueó la lengua contra el paladar y se levantó para irse a trabajar. Besó a su madre en la mejilla y se despidió de su hermano con un breve apretón de manos.

—Respira, tío. Nadie va a comerse a Harley. Cuando vuelvas, te la encontrarás igual de bonita y encantadora que siempre —bromeó.

Incluso puede que para entonces él ya le hubiera sonsacado la verdad, pues no iba a quitarle el ojo de encima en ningún momento. Harley Brown no era más que una cazafortunas y él iba a demostrarlo.

Cuando John llamó a la puerta, se la encontró pintando de manera

apasionada en aquel cuaderno viejo. Estaba tan concentrada que no reparó en su presencia. Se mordía la lengua y entrecerraba los ojos, como si estuviera buscando el ángulo perfecto para aquel boceto. John se inclinó tras ella y observó con curiosidad lo que estaba pintando. Era un retrato magnífico de su hermana pequeña.

Al notar la mano de él sobre el hombro, Harley se sobresaltó. Suspiró aliviada al ver que era él y le sonrió de oreja a oreja.

— ¿Quién te creías que era? —preguntó él.

—Nadie, solo me has asustado.

Tenía la mejilla machada de carboncillo, así que él no pudo contener las ganas de acariciar su piel para limpiar aquella mancha. Al sentir el contacto, Harley experimentó un roce cálido y tierno. Fue una sensación agradable y liviana, como cuando el sol le bañaba la piel en un día de primavera.

—Olvidaba lo mucho que te gusta pintar. Sigues teniendo talento —dijo, complacido al ver el dibujo.

Harley se sintió muy halagada.

— ¿Tú crees? —preguntó emocionada—. Ha sido coger los lápices y el cuaderno, y solo he tenido que dejarme llevar. Pensé que no sería capaz, pero me ha resultado muy sencillo.

Entonces dedicó una mirada dubitativa al retrato de Mia.

—Aún no está acabado, ¿crees que le gustará?

—Quién sabe, es un poco... peculiar. Aunque, teniendo en cuenta lo guapa que la has pintado, creo que te lo arrebatará de las manos.

Ambos se echaron a reír.

— ¿Has recordado algo? —se interesó él.

Harley sacudió la cabeza con energía. Sin saber por qué, John tuvo la sensación de que le mentía. Era absurdo. De haber recordado algo, Harley no tenía motivo para ocultárselo.

—Hay algo...

— ¿Sí?

Harley se levantó, rebuscó en la caja y sacó un arrugado trozo de papel. Dudó durante un segundo, como si no quisiera que él lo leyese. Al final, se lo entregó con una expresión extraña. John leyó la nota, arrugó la frente y soltó una carcajada.

—Definitivamente no iba para escritor, ¿esto es lo que querías enseñarme?

Harley se puso colorada y él no lo notó.

—Sí... bueno, te parecerá una tontería, pero... me llamó la atención que tú

la guardaras en esa caja. Quiero decir, si se supone que tenía que llegar a mis manos, ¿por qué la has guardado todos estos años?

John dejó la carta sobre la mesa con un gesto vacío.

—Creo que tú no quisiste leerla. Ya sabes, cosas de críos. Os habríais enfadado por alguna bobada. Si te soy sincero, ni siquiera sabía que estaba guardada ahí dentro —dijo, restándole importancia.

Harley asintió, aún desconcertada.

— ¡Vaya! —exclamó él, y se echó a reír. Sostenía aquel anillo viejo y oxidado—. Con esto te pedí matrimonio... ¿Qué edad tendríamos? No logro recordarlo... —dijo, arrugando la frente para hacer memoria.

Divertida, Harley observó el anillo.

— ¿Y qué te dije?

—Te pusiste furiosa porque era un anillo que regalaban con las cajas de cereales. Dijiste que solo te casarías conmigo si te compraba un anillo de verdad, de esos con un montón de diamantes.

Harley se mordió el labio inferior.

—Menuda materialista estaba hecha.

John se encogió de hombros.

—Siempre tuviste las cosas muy claras.

Harley le tendió la mano para que se lo devolviera. Al hacerlo, John rozó deliberadamente sus dedos y le provocó un trémulo escalofrío. Harley intentó colocarse el anillo, y él experimentó como su respiración se aceleraba por aquel juego de críos. Al ver que no le entraba en el dedo anular, le dedicó una mueca divertida y se lo colocó en el dedo meñique.

—Pues sí que vas a tener que comprarme uno de verdad —bromeó.

No supo qué se apoderó de él cuando se acercó torpemente hacia ella e intentó besarla. Asustada, ella cerró los ojos para volver a abrirlos y encontrárselo demasiado cerca. Las manos de John la tomaron por la cintura y su boca la buscó, provocándole tanto pánico que Harley se echó hacia atrás y rompió el contacto de forma muy brusca. Se quedaron mirándose, incómodos y sin saber qué decir.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado... —se disculpó él, avergonzado.

Harley se llevó las manos a la boca en un gesto inconsciente, y luego se apresuró a tomarle la mano para tranquilizarlo.

—Creo que deberíamos... ya sabes, ir despacio —sugirió, esbozando una tímida sonrisa.

John asintió. No era una negativa, al fin y al cabo. Podía intuir cómo se

sentía. Harley estaba temblando y parecía tan pálida como una muñeca. ¿En qué demonios estaba pensando cuando había intentado besarla? Joder, no estaba preparada para él. Acababa de tener un accidente y despertado en una realidad que debía resultarle completamente intimidante.

—Lo entiendo —susurró contra su cuello.

La besó en la mejilla y notó como ella se estremecía.

—Tengo que irme de viaje —le explicó, y giró el rostro para mirarla a los ojos. Harley parpadeó confundida. Notaba su respiración nerviosa contra su boca. Con todo su dolor, se alejó de ella para concederle espacio—. No será mucho tiempo, sólo un par de días. Pasado mañana volveré.

Harley asintió cabizbaja. No quería quedarse allí sola sin la única persona que la quería de verdad allí. Se iba a sentir incómoda y fuera de lugar. Él pareció leer sus pensamientos y se apresuró a añadir:

—Estarás bien, lo prometo —le sostuvo la barbilla para mirarla con ternura—. Ojalá el trabajo no me alejase de ti ahora que has vuelto.

Antes de que lograra recomponerse, él ya se había marchado. Observó la puerta entreabierta y se dejó caer sobre la silla. Lo que había estado a punto de pasar no debía volver a suceder nunca. Ella sabía muy bien el por qué. Entonces, ¿por qué le había dado esperanzas?

Harley tuvo que tragarse sus palabras gracias al buen hacer de Penélope. La pobre mujer se estaba esforzando para que se sintiera cómoda todo el tiempo. A la hora del almuerzo, las dos se habían quedado a solas, pues Mia se encontraba en el instituto y Matt trabajando. Durante la comida, Penélope siempre encontró un tema de conversación para que no se sumieran en uno de esos silencios tan incómodos.

Luego Penélope le había prestado uno de los micro bikinis de Mia. Tras mirar la prenda espantada, le pidió disculpas por el tamaño y le aseguró que uno de aquellos días se irían de compras. Habían tomado el sol como dos buenas amigas durante toda la tarde. Penélope pasó el rato leyendo a Norah Roberts, mientras que Harley terminó el retrato de Mia y se lo mostró con una sonrisa orgullosa. Tenía que reconocerse a sí misma el mérito, pues había quedado estupendo.

—Es una maravilla —admitió la mujer. Acarició el rostro de su hija con cierta nostalgia, como si la echara de menos. Teniendo en cuenta que vivían bajo el mismo techo, Harley no la comprendió—. A veces pienso que es una

extraña para mí.

—Seguro que exageras —le restó importancia.

—Ojalá. Desde que su padre murió, es como si algo se hubiera roto entre nosotras. La encuentro tan cambiada... y no sé por qué.

— ¿Has probado a explicarle como te sientes? —sugirió Harley—. Creo que solo pretende llamar la atención.

—Puede que lo haga. No he sido la mejor madre del mundo desde que Bill falleció. Apenas le he prestado atención, aún me duele tanto...

Harley le apretó la mano. Era buena consolando a los demás. Sabía escuchar, hablar cuando tocaba y mirar a los ojos sin juzgar.

—Me gusta este retrato, la has pintado sonriendo y con un brillo especial en los ojos. Es... como si supieras pintar lo mejor de los demás.

Harley se ruborizó por el cumplido.

—Si quieres puedo pintarte a ti —se ofreció.

— ¡Pero si solo soy una vieja! —soltó una carcajada.

Harley no estaba de acuerdo. Había algo en la belleza serena de los años que ella admiraba profundamente.

A pesar de que insistió bastante, Penélope terminó diciéndole que se lo pensaría. Harley tenía la sensación de que se había empequeñecido desde la muerte de su marido, como si pensar en sí misma o darse caprichos fuera algo que ya no importara. Quería pintarla con toda la luz que le habían robado. Hacerle aquel regalo era lo mínimo que podía hacer por ella.

Pese a que Penélope le aseguró que no hacía falta que la ayudara en la cocina, Harley se remangó las mangas de aquella blusa prestada y siguió sus instrucciones. Pese a todo el dinero que parecía tener la familia, se dio cuenta de que poseían gustos sencillos. Apenas tenían servicio. Fernando y su padre se encargaban de la jardinería, mientras que un par de empleadas iban un par de veces a la semana a limpiar la casa. Penélope decía que lo prefería así. A ella le apasionaba la cocina y no iba a permitir que nadie le arrebatara el gusto de cocinar para los suyos.

—Antes teníamos servicio en casa, pero cuando Jhosefine falleció, que vivió con nosotros gran parte de su vida, supe que no podía volver a meter a nadie aquí. Manuel y su hijo viven en la casita junto al invernadero porque el jardín da demasiado trabajo, pero con ellos es más que suficiente. No me gusta tener a extraños pululando por la casa —le explicó Penélope.

—Entonces lo siento mucho —trató de bromear Harley.

Penélope se dio cuenta de lo que acababa de decir.

— ¡Oh, no estaba hablando de ti! —exclamó horrorizada—. Tú no eres ninguna extraña, querida. Aún recuerdo cuando te deslizabas por la barandilla de la escalera y corrías detrás de Matt para atizarle porque él te había tirado de las coletas. Siempre te chivaba donde se escondía porque el muy canalla merecía una lección.

Le guiñó un ojo en señal de complicidad. Siguieron cacareando como si se conocieran de toda la vida y Harley sintió que se sentía como en casa. John tenía razón. No tenía de qué preocuparse.

Había sido un día de mierda, pensó para sí mientras empujaba la puerta de la entrada. Para empezar, Gina se había empeñado en ponerle las cosas todavía más difíciles. Se agachaba de manera provocativa para ponerle las tetas en la cara, o le susurraba cosas perversas al oído cuando creía que nadie los oía. Sinceramente, él no era de piedra. Pero por alguna extraña razón, no tenía ánimo ni ganas de follar con Gina. Menos aun cuando había recibido la llamada del director del instituto.

Su queridísima hermana, nótese la ironía, se había pegado en clase con una tal Gillian. Matt no le había preguntado el motivo porque sabía de sobra que ella tenía la culpa. Lo había visto en sus ojos. En la forma que agachaba la cabeza y se metía en el coche sin decir ni una palabra. Ver para creer.

Para colmo, había hecho algunas llamadas sin adelantar nada nuevo. Harley Brown era un completo misterio. Vivía sola y nadie la echaba en falta. Se había comunicado con el departamento de policía de Louisina para insistir por tercera vez, sobre si tenían conocimiento de alguna denuncia de desaparición en su nombre.

No podía estar sola en el mundo. Él lo sabía. Era una mentirosa que había vuelto a Golden Pont para quedarse con el dinero de su hermano. Tendría algún novio o amigo que la estuviera cubriendo desde las sombras. Tenía que ser así.

Escuchó una algarabía de voces y risas en la cocina. Extrañado, frunció el ceño y miró en dirección a la puerta entreabierta. En su casa no se escucha el sonido de la risa desde... prefería no pensarlo. Hasta Mia pareció extrañada, pese a que siguió sumida en su mutismo.

—Cenamos en un rato, no tardes. Y luego vete a la cama. Estás castigada —la informó.

—Ya estoy castigada. Sin móvil, sin salir y sin coche. ¿Quieres quitarme

algo más? —lo enfrentó con voz apagada.

Matt se quedó callado. No podía arrebatarse nada más, tenía razón.

—No tengo hambre, no voy a cenar —le dijo, arrastrando los pies hacia la escalera.

—Como quieras —respondió su hermano, que no estaba dispuesto a prestarle atención.

No iba a morirse de hambre, de eso estaba convencido. Algún día, Mia sería una mujer de provecho —eso esperaba él—, y le agradecería que la hubiese tratado con mano dura. Porque si no le ponía límites ahora, mucho se temía que acabaría siendo una borracha sin meta alguna.

Intrigado por el sonido de las carcajadas, se dirigió hacia la cocina y empujó la puerta para descubrir por qué se lo estaban pasando tan bien.

Penélope no podía parar de reír. Le dolía tanto el estómago que tuvo que llevarse las manos al vientre para sofocar aquel temblor. Harley tenía toda la cara manchada de salsa tártara porque no le había puesto la tapa a la licuadora. Era como si se hubiera echado una de aquellas mascarillas de belleza en el rostro. Sólo le faltaban la toalla recogiendo el pelo y las rodajas de pepino en los ojos, y aquello parecería más un ritual de belleza que una improvisada clase de cocina.

Harley se limpió los ojos con las manos y solo consiguió empeorarlo. Aquella capa blanquecina que olía tan mal se expandió por toda su cara. Penélope tenía un don extraordinario para cocinar, pero ella era un completo desastre. Cuando sus miradas se cruzaron, no pudieron aguantar la risa. La puerta se abrió en aquel momento y Matt las pilló en el acto. Penélope siguió riendo, pero a ella se le esfumó toda la alegría. Aquel aguafiestas estaba a punto de arruinar toda la diversión. No lo había visto sonreír con sinceridad ni una sola vez.

Fue a limpiarse con un trapo, pero él se acercó a ella, pasó un dedo por su frente y se lo llevó a la boca, asintiendo satisfecho.

—Mmmm... salsa tártara, ¡me encanta!

Harley se quedó tan cortada que no supo reaccionar. Cuando él le tendió un paño para que se limpiara, tuvo que balancearlo un par de veces delante de sus ojos para que lo cogiera.

—Gracias —musitó.

—Parece que os estabais divirtiendo sin mí, ¿puedo ayudar en algo? —se ofreció encantado.

Alucinada, Harley se adcentó mientras lo miraba de reojo. Qué mosca le habría picado.

—Estaba dándole a Harley unas clases de cocina, ya casi hemos acabado. La pobre se ha puesto perdida al preparar la salsa tártara. Me preguntó cuál era tu comida preferida y se empeñó en hacerla —le explicó su madre.

Harley se sintió muy incómoda al ver que Matt la observaba sin decir una sola palabra. No había sido exactamente así. De hecho, no quería que él creyera que intentaba caerle bien después de como la había tratado. Le había preguntado a Penélope cuál era la comida preferida de Mía para prepararla, a lo que la mujer había contestado que tanto a su hija como a Matt les encantaba el salmón bañado en abundante salsa tártara. Había intentado agradar a la pequeña de la casa, no a aquel bruto.

—Así que esto ha sido culpa mía —bromeó él.

Se sintió tan tonta que no supo qué decir.

—Me temo que cocinar no se te da nada bien, querida. Se te da mucho mejor pintar. En fin, todos nacemos con algún talento —comentó Penélope.

Matt se pegó a ella y susurró a su oído:

— ¿Has vuelto a pintar?

Harley se estremeció de la cabeza a los pies al sentir su respiración cálida contra el lóbulo de la oreja. Se apartó ofuscada y comenzó a fregar los platos con brío. No supo interpretar el tono de Matt. Había en él cierta sorpresa mezclada con... ¿entusiasmo? ¿nostalgia? ¿le agradaba a él que pintase? Y en ese caso, ¿por qué?

—Oh, enseñale el retrato de Mía, ¡es maravilloso! —le pidió Penélope.

Harley no quería mostrárselo. Él comenzaría a criticarla como había hecho desde que había llegado allí.

—Aún no está acabado —respondió con voz queda.

— ¡Tonterías, es fabuloso!

Harley fue a poner otra excusa, pero Matt le arrebató la cuchara que estaba secando y dijo, con voz suave:

—Me gustaría mucho verlo.

Frustrada, Harley se dirigió hacia una silla y agarró su cuaderno sin demasiadas ganas. No sabía por qué él se estaba comportando con aquella excesiva amabilidad, pero sí que lo detestaba casi tanto como cuando exhibía los modales de un neandertal.

Matt fijó la vista en el retrato durante un tiempo que a ella le resultó eterno. Al final, asintió con sincera aprobación y Harley, por ridículo que pareciera,

pudo respirar tranquila.

—A Mia le va a encantar —dijo convencido.

Harley le tendió la mano para que le devolviera lo que era suyo. En vez de eso, Matt la miró a los ojos hasta que ella contuvo el aliento. Parecía buscar algo. Un rastro de debilidad. Un amago de culpabilidad. Molesta, ella le arrebató el cuaderno con más fuerza de la necesaria.

—Voy a ir poniendo la mesa, dile a tu hermana que baje —dijo su madre.

—No quiere cenar, le duele el estómago —mintió Matt.

Cuando su madre los dejó a solas, Matt volvió a dedicarle una de aquellas miradas profundas y devastadoras.

— ¿Me pintarás a mí?

Harley se sobresaltó por la pregunta.

—No.

Él enarcó las cejas y se inclinó sobre ella, como si la respuesta no lo hubiera agradado. Harley tragó con dificultad, incómoda de tenerlo tan cerca. Los ojos de Matt se clavaron en los suyos con una mezcla de diversión y fanfarronería.

— ¿Por qué?

Deseó fulminar aquella sonrisa pretenciosa y dijo:

—Porque no pinto a gente fea.

La risa atónita de él le golpeó la espalda. *Chúpate esa, Matt Parker*, pensó muy satisfecha de haberle dado donde más le dolía.

Invierno de 2002

La halló sentada a orillas del lago, con un cuaderno sobre el regazo mientras pintaba. Estaba tan enfadado con ella que en cuanto la vio, echó a correr en su dirección como si fuera un toro bravo a punto de arramplar con todo lo que tenía por delante.

Al oír los pasos, Harley se volvió asustada y cubrió con los brazos lo que estaba dibujando. No sabía qué le sucedía a Matt. Tampoco quería que descubriera lo que estaba pintando. Abrazó el cuaderno de manera posesiva y lo miró a los ojos.

— ¿Qué quieres?

—Eres una niña tonta e insoportable, ¿lo sabías?

Humillada, Harley se levantó de un salto.

— ¿Cómo te atreves? ¡estaba a punto de perdonarte, pedazo de bruto!

Matt parpadeó confundido. ¿De qué hablaba aquella loca? ¿por qué iba a perdonarlo ahora, si había pisoteado sus sentimientos al despreciar aquella carta que a él tanto le había costado escribir? Si pensaba que podía reírse de él, estaba equivocada.

— ¡No quiero tu perdón, haz con él lo que te dé la gana! ¡Bipolar! —gritó aquella palabra porque acababa de aprenderla en la escuela y pensó que quedaría muy bien.

Harley infló las mejillas, indignadísima.

—Tenías razón, no somos de la misma familia —respondió la niña, con una sonrisa maliciosa.

Matt la miró sin entender.

—Tú provienes de los monos. Tendrían que haberte metido en *El planeta de los simios*, porque encajarías a la perfección.

Le resultó tan gracioso lo que acababa de decir que se dobló por la mitad y empezó a partirse de risa. Matt la observó muy molesto. A él, por supuesto, jamás se le ocurriría nada tan ingenioso. Aquella condenada niña lo sacaba de sus casillas.

Podría reírse de él todo lo que quisiera, pero él le tenía preparado algo mucho mejor. Le arrebató el cuaderno cuando no estaba atenta y se acercó al lago con la intención de lanzarlo al agua. Harley chilló asustada al ver lo que estaba a punto de hacer.

— ¡No lo hagas! —suplicó, al borde de las lágrimas.

Intrigado, Matt echó un vistazo a su preciado cuaderno. Abrió mucho los ojos y se quedó mirando aquel dibujo con cara de póker. Era él. Harley lo había dibujado a él. Miró alternativamente al retrato y a Harley, tratando de buscar alguna explicación.

—Parezco... más mayor.

Avergonzada, Harley lo empujó con todas sus fuerzas. El cuaderno cayó al suelo y Matt al agua. Pero Harley no sonrió triunfal por aquella victoria. En lugar de ello, recogió el cuaderno y echó a correr como alma que lleva el diablo, más avergonzada de lo que había estado en toda su vida.

Es un miserable.

El repentino ataque de amabilidad la había dejado traspuesta, así que en cuanto terminaron de cenar y se quedaron a solas, ella lo abordó sin tapujos. La cordialidad en su relación brillaba por su ausencia, él lo había manifestado en varias ocasiones. Teniendo en cuenta que había amenazado con asesinarla, era preferible dejar las cosas claras.

— ¿Qué te propones? ¿alguien te ha contagiado su educación y aún no has encontrado la cura?

—inquirió estupefacta.

Matt sonrió como un lobo hambriento.

—Hacía demasiado tiempo que no escuchaba reír a mi madre. Considéralo como una tregua momentánea.

—No me debes nada. En paz —zanjó ella.

Pero lo cierto era que aquella confesión la había ablandado un poco. Matt se preocupaba por su familia. Incluso había fingido llevarse bien con ella para agradar a su madre.

—Por supuesto que no te debo nada, cazafortunas —le espetó irritado.

Fue como una bofetada con la mano abierta. Harley se lo quedó mirando con tanto resentimiento que estuvo a punto de fundirlo con la mirada.

Y allí estaba, encerrada en su habitación porque si se lo cruzaba de frente hubiera sido ella quien lo abofeteara. No con palabras, sino con su propia mano.

Aprovechada, cazafortunas... Matt Parker iba a tener que esforzarse más si quería hacerle daño de verdad. Con aquella manera de tratarla solo alimentaría la pésima opinión que ya tenía de él.

Escuchó sus pasos pesados sobre el parquet. Luego como abría una puerta tras otra, se plantaba delante de su habitación y suspiraba. Harley supo que era él. Lo notaba en la forma de caminar y en la respiración agitada. Irritada, trató de centrar su atención en el retrato de Mia, pero le costó demasiado concentrarse teniendo en cuenta que él resoplaba como un toro. Sin pensarlo, se levantó exaltada y abrió la puerta para encontrárselo de frente. No había rastro del malhumor habitual, sino de una agitación frenética.

— ¿Qué quieres? —le dijo con frialdad.

— ¿Está Mia ahí dentro? —la angustia lo delató.

—No, no la he visto en toda la noche.

— ¿De verdad? —insistió con recelo. Luego metió la cabeza dentro de su

habitación y olfateó el ambiente como si pudiera hallar algo—. ¡Mia, si estás ahí escondida será mejor que salgas ahora mismo!

Cuando fue a entrar, Harley lo cogió del brazo con delicadeza. Sacudió la cabeza y él suspiró abrumado.

—No está. No estoy tratando de esconderla, si es lo que piensas.

—Bien.

— ¿Se ha escapado? —intuyó ella.

Matt contestó de mala gana.

—Creo que sí. Hoy estaba desganada. Se había peleado con una compañera del instituto y no quiso bajar a cenar. Di por sentado que quería llamar la atención. Tendría que habérmelo tomado en serio o sospechar que estaba tramando algo, joder —se lamentó apesadumbrado.

—Puede, pero ahora no sirve de nada que te culpes a ti mismo.

Matt puso cara de no estar de acuerdo.

—Siento haberte molestado, no era mi intención —se excusó.

Harley lo observó bajar las escaleras a toda prisa. Parecía muy preocupado porque a su hermana le sucediera algo. Pensativa, regresó a su habitación a sabiendas de que no debía meterse donde no la llamaban. Aun así, no pudo evitar asomarse por la ventana y contemplar a Matt. Caminaba de un lado a otro muy nervioso, como si no supiera por dónde empezar a buscar. Harley sí que tenía una ligera idea, aunque seguro que él la descartaba sin ningún miramiento.

Iba a montarse en el coche cuando ella lo detuvo con un silbido.

— ¡Eh, espera! —lo llamó.

Matt estuvo a punto de gritarle que no le hiciera perder el tiempo, pero ella saltó por la ventana y se deslizó hacia abajo por la enredadera de flores. La observó como si contemplara a un fantasma del pasado. Su figura grácil descolgándose como un mono. Se sintió como si tuviera trece años y le estuviera mirando las bragas porque ella se había empeñado en creerse una amazona con vestido. Afectado, apartó la mirada hasta que ella pisó el suelo.

—Una persona normal habría bajado por las escaleras —comentó con acidez.

Harley tenía las mejillas rojas a causa del esfuerzo. Él notó el brillo de sus ojos. En el fondo, siempre había sido un animal salvaje.

—Me pareció la opción más rápida.

Él hizo el amago de una sonrisa que pronto se esfumó.

— ¿Qué quieres, Harley? Tengo que buscar a Mia antes de que cometa

alguna estupidez.

—Ayudarte a buscarla.

Matt sacudió la cabeza.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero no es necesario. Si crees que conoces a mi hermana mejor que yo...

—Vas a pasarte toda la noche dando vueltas. Puede estar de fiesta, en la casa de algún amigo del instituto. No creas que vas a sacarle la información a los padres del resto de alumnos. La gran mayoría ni siquiera sabrá lo que hacen sus hijos.

—Pero tú sí que sabes mucho de todo, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Tengo un presentimiento. Creo que sé quién puede ayudarte.

Satisfecha, vio como él la seguía muy intrigado. Al observar que rodeaba el coche y se dirigía hacia el invernadero, frunció el ceño y masculló un impropio. Ella no le echó cuenta y caminó hacia la casa de Fernando.

— ¿En serio, esta es tu gran idea? —preguntó atónito.

Tenía que haber sospechado que no podía fiarse de Harley. Ella le dedicó una sonrisa de suficiencia, como si él no se enterara de nada.

—No comprendes lo que pasa a tu alrededor, eh.

— ¿Qué has querido decir con eso? —replicó a la defensiva.

En vez de contestar, Harley llamó a la puerta.

— ¡Ssssh! ¿Qué haces? ¡Estarán dormidos! —exclamó espantado.

Harley puso los ojos en blanco. Por mucho que se las diera de listo, Matt Parker a veces era muy cortito.

—Son las once y media y es un adolescente, ¿qué crees? —lo contradujo poniendo los ojos en blanco.

Aquella miradita de superioridad lo sacó de sus casillas, pero tuvo que tragarse sus palabras cuando Fernando abrió la puerta vestido con ropa de calle. El chico los contempló asustado, como si vinieran a echarle la bronca.

—Hola, disculpa que te molestemos a esta hora —empezó Harley.

— ¿Ha sucedido algo? —se temió.

Harley lo miró con aquellos ojos capaces de hacer que el mundo se postrara a sus pies. *Qué buena es*, pensó Matt.

—En realidad... venimos a pedirte un favor.

Mia se bebió la cerveza de un trago. Luego agarró otro vaso de papel y el

líquido caliente se deslizó por su garganta. Los gritos a su alrededor sonaron como un eco lejano. La música la envolvía casi tanto como el alcohol. Alguien pasó por detrás suya y le revolvió el pelo.

Oyó que Priscilla, o tal vez fuera Rachel, le pedía que se uniera con ella al jacuzzi. Burbujas, vapor y adolescentes que se metían mano bajo el agua. La fiesta estaba siendo un completo descontrol. Gente borracha por todos lados, cristales en el suelo, música a todo trapo y chicas en lencería saltando a la piscina.

Ella podría haber sido el centro de la fiesta, como siempre. La joven popular a la que todo el mundo quería tener al lado. La que bailaba encima de la mesa del salón, fingía hacer un striptease y bebía hasta perder la conciencia. Y, sin embargo, aquella noche sólo tenía fuerzas para aquello último.

Beber y olvidar.

Había llegado a las manos con Gillian porque, a su estúpida mente, le había dado por tergiversar sus palabras. Le había preguntado si tenía un bolígrafo de sobra, a lo que Mia había respondido muy alto, para que todo el mundo la oyera, que si no tenía dinero para comprarse su propio material escolar acudiera a la parroquia. Muchos alumnos se habían reído, mientras que otros apartaron la mirada con cierto malestar. A Gillian se le habían encendido las mejillas.

— ¿A ti qué te pasa, tía? —le recriminó alucinada.

—Déjame en paz, furcia. Todos sabemos que te encanta que te metan mano. ¿De verdad crees que voy a dejar que toques algo mío? Podrías contagiarme algo, qué asco —la avergonzó delante de toda la clase.

Gillian la había golpeado primero, pero fue Mia quien acabó la pelea. Incluso algunos compañeros tuvieron que intervenir, cosa muy poco frecuente, porque temieron que alguna de las dos saliera gravemente herida.

Espantada, recordó la escena y apuró otro vaso de cerveza caliente. La mirada asqueada que le había dedicado Fernando mientras ayudaba a Gillian a ponerse en pie seguía atormentándola. La charla con el director fue breve y tensa, con el resultado de ser expulsada una semana del instituto. Matt había ido a recogerla sin decir una sola palabra. Vio la decepción en su rostro y supo que jamás volvería a ser aquella hermana pequeña de la él presumiría orgulloso.

Dios, ¿en qué se estaba convirtiendo? ¿Por qué era incapaz de poner freno a aquella ira que la carcomía? Había sido una borracha y juerguista sin remedio, pero jamás la clase de chica agresiva que humillaba a una

compañera de clase. Sentía tanto asco de sí misma que tuvo ganas de vomitar sobre la moqueta.

—Eh, nena —Mike le rodeó los hombros y le plantó un beso pegajoso en la mejilla—, ¿Todavía sigues pensando en esa chorrada?

Ella le dedicó una sonrisa fría. Estaba tan borracho como ella, o tal vez un poco más.

—Veeeeeeenga... —arrastró las palabras y a ella con él escaleras arriba—. Yo sé cómo conseguir que se te pase. Haré que te olvides de la semana de expulsión. Te lo tomarás... como unas vacaciones.

Tuvo que resultarle muy gracioso, a pesar de que ella no entendió el supuesto chiste, pues se apoyó en Mia para subir las escaleras y estalló en una sonora carcajada. Ella no comprendió lo que sucedía hasta que Mike abrió la puerta de un dormitorio cualquiera y la empujó dentro, dedicándole una mirada hambrienta.

—Nena, ya va siendo hora de pasar a la tercera fase, ¿no crees?

Mia reprimió una arcada. Había bebido demasiado como para responder con claridad a aquella pregunta. Mike se lanzó hacia ella con torpeza y quiso tocarle un pecho, pero sólo consiguió rozarle las costillas y jadear excitado. Hundió la cabeza en el hueco de su cuello y aspiró su olor como un animal en celo.

—Jooooder, me pones tan cachondo —gruñó, levantándole la camiseta.

Mia apenas logró emitir un gemido de protesta. Quiso quitárselo de encima y los dos se cayeron desplomados sobre la alfombra. El peso del cuerpo de él le aplastaba los pulmones. Y entonces, Mike comenzó a roncar y Mia suplicó que aquello fuera una broma de mal gusto.

Esto no me puede estar pasando.

Intentó quitárselo de encima, pero él era corpulento y pesaba demasiado. Soltó un alarido cargado de exasperación y le abofeteó la cara para que se despertara. Mike emitió otro ronquido y Mia sintió que se la llevaban los demonios.

— ¡Despierta, so memo! —chilló, sacudiéndose bajo aquel cuerpo inerte.

Al ver que él no se movía, suspiró derrotada y supuso que moriría aplastada por los ochenta y dos kilos de Mike. Imaginó lo que pondrían en su lápida y se echó a reír sin poder evitarlo. *Niñata borracha y caprichosa, falleció bajo el cuerpo del quarterback del instituto cuando él estaba a punto de pasar a la tercera fase.*

Sinceramente, no se podía caer más bajo.

Alguien llamó a la puerta y Mia se lo pensó antes de responder. Podía pedir ayuda y ser el hazmerreír de todo el instituto, o seguir aplastada por Mike. Al final, admitió que su reputación no merecía tanto la pena y gritó:

— ¡Estoy aquí! ¿Alguien puede ayudarme?

Cuando Fernando abrió la puerta y se la encontró bajo el cuerpo de Mike, sacó sus propias conclusiones y una mirada oscura se apoderó de él. Mia se sintió tan avergonzada que contuvo la tentación de cerrar los ojos y hacerse la dormida.

—Os dejaré un poco de intimidad... —repuso con frialdad.

Ella estiró una mano como si fuese un zombie intentando salir de la tumba.

— ¡Sácame de aquí! ¿Es que no ves que estoy atrapada? —gimoteó ella.

Fernando echó un vistazo rápido a la situación, y de repente, una sonrisa maliciosa acudió a su rostro. Se agachó hasta estar muy cerca de Mia, provocando que ella se sintiera muy tonta. Era la situación más absurda y bochornosa en la que se había encontrado nunca. Su novio roncando encima de ella y el chico que le gustaba mirándola con aquella expresión burlona.

— ¿Qué me das a cambio?

Mia abrió la boca, indignada.

— ¿Cómo qué que te doy? ¡Haz lo que te digo!

Él se apartó de ella e hizo el amago de marcharse.

— ¡Fernando, por favor! —suplicó ella.

—Ah, con que ahora me llamas por mi nombre, ¿ya no soy el chicano que trabaja para tu familia? —la encaró.

Mia suspiró, cada vez más acalorada. Le empezaba a costar respirar.

—Por favor, Fernando, ¿serías tan amable de ayudarme a salir de aquí? ¿qué es lo que quieres a cambio?

Él pareció pensárselo durante un instante que a ella le resultó eterno.

—Bastará con que seas más amable de ahora en adelante —dijo, y se congratuló al ver que Mia asentía muy ansiosa—. Y... quiero que le pidas perdón a Gillian por lo que le hiciste.

Mia le retiró la mirada. Suficiente tenía con avergonzarse de sí misma como para que él también echara leña al fuego. Sabía de sobra que a él le gustaba Gillian. Era tan... tan... humillante.

—Si eso es lo que quieres... —claudicó con desgana.

Él la estudió con recelo.

— ¿Cómo sé que cumplirás tu palabra?

— ¡Y yo qué sé, sácame de aquí! —gritó ella, perdiendo la paciencia.

Al ver que él no se inmutaba, Mia estiró el brazo y le rozó la zapatilla con la punta de los dedos.

—No me siento orgullosa de lo que hice, de eso puedes estar seguro, ¿satisfecho?

—No hasta que se lo digas a ella. Vivimos en un mundo injusto, ¿sabes? Tú la has humillado delante de todo el instituto, pero es ella quien se siente avergonzada y baja la cabeza cuando va caminando por el pasillo.

Sus palabras hicieron que ella se sintiera más miserable y ruin.

—Ya te he dicho que no me siento orgullosa... —musitó cabizbaja.

Al comprender que era la primera vez que Mia se avergonzaba por lo que había hecho, Fernando empujó el cuerpo de Mike y la ayudó a escapar de debajo de su novio. La agarró de los hombros y tiró de ella. Cuando estuvo a salvo, Mia respiró bocanadas de aire como si acabara de emerger del agua.

Sin poder evitarlo, él se echó a reír mientras observaba como a ella le volvía el color al rostro. Tumbada boca arriba y jadeando, Mia le dedicó una mirada curiosa.

— ¿Qué haces aquí? Nunca vienes a ninguna fiesta.

—Tu hermano te estaba buscando. Esa mujer lo convenció para que no montara ningún numerito y se presentara aquí, dejándote en evidencia delante de todo el mundo. Le debes una.

— ¿Te refieres a Harley?

Fernando recordó cómo se llamaba y asintió.

— ¿Y tú les has hecho ese favor?

Él la miró a los ojos.

—No lo he hecho por ellos.

Mia experimentó un estremecimiento que le recorrió toda la columna vertebral. Cuando él le tendió la mano, entrelazó sus dedos con los de él y se puso en pie.

—Anda, vámonos de aquí —le pidió él.

Ella se volvió indecisa hacia Mike, que seguía roncando como un bebé.

—No me lo vas a poner difícil, ¿eh? Le prometí a tu hermano que podía confiar en mí. Que te llevaría de vuelta a tu casa.

Sus dedos seguían entrelazados y Mia deseó que no la soltara nunca.

—Por una vez haré las cosas fáciles —respondió ella, con una tímida sonrisa.

Sorprendido, Fernando la guio escaleras abajo e hizo caso omiso a las miradas curiosas que cuchicheaban a su espalda. Nunca había sido popular,

como el novio de Mia. Siempre fue aquel chaval desgarrado y serio que se metía en sus cosas y nunca faltaba a clase. Pero, apretando la mano de Mia, experimentó una oleada de satisfacción que le caló hasta los huesos.

Ni siquiera se dieron cuenta de que seguían cogidos de la mano hasta que salieron de la casa y los dos se apartaron, ruborizados por la situación.

—Ya sabes que no conduzco, nos tocará ir andando.

—Me vendrá bien caminar —repuso ella.

Mia emprendió el camino muy cerca de él, con su hombro derecho rozando de manera tímida el brazo izquierdo de él. A veces lo pillaba mirándola de reojo y sentía aquellas mariposas revoloteando en su estómago.

—Tu hermano estaba muy preocupado por ti —le contó él.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sí, ya...

—Lo digo en serio.

—Se preocupaba antes. Ahora sólo soy una carga —dijo ella con voz apagada.

— ¿Eso es lo que piensas? —preguntó impresionado.

—Tú no sabes lo que hice. Cuando murió mi padre, yo... —su voz se cortó y no pudo acabar la frase. Las lágrimas le atenazaron la garganta y miró a un punto fijo para impedir que se desparramaran.

—Eh... —Fernando le rozó la muñeca con suavidad—. No tenemos que hablar de eso si no quieres.

Mia abrió mucho los ojos para contener las ganas de llorar. Él se pegó a ella, como si pudiera consolarla con aquel gesto. Y en realidad, el contacto le resultó reconfortante, pues era lo que llevaba esperando durante mucho tiempo.

A lo lejos, la casa comenzó a dibujarse bajo el cielo oscuro. Se acercaban a su destino y tendrían que separarse, como siempre. Mia no pudo evitar volverse hacia él y mirarlo muy de cerca. La piel de Fernando brillaba bajo las estrellas. Sus tupidas pestañas enmarcaban unos ojos negros que la dejaban sin aliento. El cabello oscuro le caía sobre los hombros, confiriéndole un aspecto salvaje y exótico.

—Soy una persona horrible, ¿a qué sí? Te trato fatal y la única recompensa que recibes es ir a buscarme un miércoles de madrugada. Puf... te tengo que dar asco.

—Por supuesto que no —respondió él de manera sincera.

Se inclinó sobre ella para apartarle un mechón de cabello de la cara. Mia entrecerró los ojos y su respiración se aceleró, creyendo que la besaría. En vez de eso, él se apartó de nuevo. Lo contempló desilusionada, pero él no pareció darse cuenta.

— ¿Empezamos de nuevo? —sugirió él, y le tendió una mano.

Mia observó la mano y parpadeó confundida. Le costó varios segundos atreverse a estrecharla para cruzar un camino que antes no creía posible. Sintió la corriente eléctrica recorriendo cada capa de su piel. ¿Lo habría notado él?

—Me llamo Fernando, trabajo para tu familia y vamos al mismo instituto.

Mia se echó a reír, sin dar crédito.

—Soy Mia, nos conocemos desde que teníamos siete años y nunca te he dicho nada amable. Me gustaría... —*besarte, abrazarte, acariciar tu cuerpo*—, que nos llevásemos bien.

—Es un comienzo —respondió encantado.

Se despidió de ella con un beso en la mejilla que la hizo despegar los pies del suelo. Ay, aquello estaba sucediendo. ¿Podía un simple beso producir tantas emociones?

—Hasta mañana, Mia —se despidió él, entrando en su casa.

Ella lo miró embobada.

—Adiós, Fernando.

Cuando él cerró la puerta, se fue trotando hacia la entrada de la mansión mientras daba vueltas sobre sí misma y sonreía con demasiado entusiasmo como para ocultarlo. En el porche, Matt la observó con los ojos abiertos de par en par. Sentada en la butaca de al lado, Harley contempló la escena muy satisfecha.

—De acuerdo, tenías razón —gruñó él.

Ella asintió encantada, como si fuera demasiado obvio. Entonces, lo agarró de un brazo y tiró de él para que ambos se agacharan bajo el hueco de los sillones.

— ¡Qué haces!

— ¡Sssssh! —lo calló con un susurro.

Como si temiera que no fuese a obedecer, le tapó la boca con una mano y se acercó a él para que Mia no los viera. Matt sintió el cuerpo delgado de Harley contra el suyo. El olor de las flores. El vello erizado de su piel.

—No le estropees este día. Ya tendrás tiempo de echarle la bronca, pero no hoy...

Por algún extraño motivo, Matt intuyó que ella tenía razón. Hacía tiempo que no veía sonreír a su hermana de aquella manera. Si el hijo del jardinero tenía algo que ver en ello le daba igual. Puede que aquella nueva amistad, o lo que fuera, le viniese bien a su hermana. Al fin y al cabo, aquel muchacho la había devuelto sana y salva como había prometido.

Mia entró en la casa y no se percató de su presencia. Entonces, Harley se apartó de él como si tocarlo le resultara muy desagradable. Matt se percató de ello y experimentó una punzada de dolor que le apretó el pecho. La había llamado cosas horribles y ella, a cambio, le había ayudado a encontrar a su hermana.

Era un hombre despreciable. Joder, era asqueroso.

—Me voy a la cama, buenas noches —se despidió ella, dirigiéndose hacia la entrada.

Matt luchó contra la algarabía de emociones que se apoderaban de él. Una parte de sí mismo le gritaba que no podía fiarse de ella. Otra quería

disculparse con Harley y empezar de nuevo. Ganó la segunda.

—Espera.

Harley se volvió hacia él. Bajo la luz de la luna, sus ojos grises poseían una tonalidad de un extraordinario color violeta. Matt la observó con cautela. Su estructura ósea, con aquellos pómulos perfectos. La boca carnosa y la nariz respingona. ¿Podían pasar los años por una persona, y al mismo tiempo, que aquella esencia magnética siguiera allí? Cuando la miró a los ojos, supo que ella seguía ejerciendo cierto poder sobre él. Un poder devastador que, si se lo permitía, lo convertiría en un hombre tan vulnerable como John.

—Tengo sueño —se excusó ella con frialdad.

Matt se acercó a ella y fue consciente de como retrocedía de manera espontánea. El leve temblor de su barbilla. La boca entreabierta, a punto de pedirle que se detuviera. Decepcionado —aunque no tenía ningún derecho a estarlo—, se quedó parado a una distancia prudencial de Harley

—Todavía recuerdo aquella vez que le diste una pedrada en la frente a Stephen para protegerme. Me estaban dando una paliza y tú saliste de entre los árboles como si fueras la jodida *Wonder Woman*. Nunca te di las gracias, ¿sabes por qué? —rememoró él.

Harley no respondió. Se limitó a observar un punto fijo en el horizonte. Si ahora quería hacerse el amable con ella solo porque lo había ayudado a encontrar a su hermana, no estaba dispuesta a colaborar.

Él continuó, haciendo acopio de valor.

—No fui capaz de agradecértelo porque me hiciste sentir como un cobarde. Con el paso de los años, deseé volver a verte solo para decirte todo lo que me había callado. Quería...

Harley lo detuvo irritada.

—Normalmente, si alguien no te responde es porque no tiene interés en escuchar lo que vas a decirle, ¿Sabes?

—Lo Entiendo.

Ella bufó. Él no entendía nada, de eso estaba convencida. Pero Matt asintió con los ojos fijos en ella, como si comprendiera cada pensamiento que le abotargaba el cerebro.

—Estás cabreada conmigo por lo que te dije —asumió muy calmado.

— ¡No estoy cabreada contigo! —explotó, y no pudo contenerse por más tiempo. Fingir una cordialidad que no sentía la estaba matando lentamente—. Me has humillado, pedazo de idiota. Me has insultado, me has llamado cosas tremendamente asquerosas y has insinuado otras peores. Estaría cabreada

contigo si me importaras, pero no es así. ¡Y no puedes importarme porque ni siquiera me acuerdo de ti!

Matt se volvió hacia ella y la agarró por las muñecas. Sintiéndose acorralada, Harley trató de zafarse de él como una verdadera fiera. No le gustaba sentirse indefensa. Odiaba profundamente aquella sensación de ser sometida por un hombre.

— ¡Esa, esa es la Harley que yo conozco! —gritó él satisfecho.

Ahora, ahora sí que la tenía delante. No a la impostora que trataba de agradar a todo el mundo, sino a la joven vulnerable y pasional que te gritaba las cosas a la cara sin importarle nada.

— ¡Suéltame! —gritó ella a su vez.

Desquiciado, Matt ni siquiera la escuchó. La apretó contra él como si quisiera domarla, o tenerla a sus pies por una maldita vez en su vida. Se sentía tan superado por lo que sentía que no era capaz de contenerse.

— ¡La que te obliga a pedirle perdón aunque no te dé la gana!

— ¡No necesito tu jodido perdón, métetelo por donde te quepa! ¡Quiero que me sueltes! —chilló histérica.

Al ver que ella se ponía a llorar, Matt la soltó de golpe y se sintió demasiado culpable para mirarla a la cara. ¿De verdad creía que iba a hacerle daño? Sólo había sido un arrebató. Nunca le pondría la mano encima. Ella tenía que saberlo, ¿no?

—Jamás te haría daño. Jamás —susurró, tratando de acercarse a ella.

Harley lo empujó con las manos, obligándolo a permanecer alejado de ella, y huyó despavorida escaleras arriba, con las lágrimas surcándole las mejillas.

— ¡No te acerques a mí nunca! ¡Nunca! —gritó.

Lo último que oyó fue el portazo de ella al encerrarse en su habitación. Se miró las manos temblorosas, como si estas pudieran contarle una verdad que a él se le escapaba. Puede que hubiese sido muy brusco al cogerla por las muñecas, pero joder, él no era la clase de hombre que le ponía las manos encima a una mujer. Y muchísimo menos a Harley.

Se habían protegido cuando eras unos niños, aunque luego se pelearan como dos iguales. Harley era valiente e impetuosa. La clase de chica con la que podías discutir sin temer que se pusiera a llorar.

Se sintió tan miserable que, durante unos minutos, solo pudo dar vueltas alrededor del porche mientras asimilaba lo sucedido. Había visto el terror en sus ojos. La expresión de infinito dolor y desprecio cuando la había tocado.

Suspiró apesadumbrado y se dejó caer sobre la butaca. Estaba

descompuesto. Necesitaba decirle a Harley que había sido un malentendido. Que él, por muy bruto e imbécil que pudiera parecer, nunca utilizaría la violencia contra ella.

Le tomó un buen rato hacer acopio de valor y subir las escaleras en dirección a su habitación. Tomó aire delante de su puerta y se pensó muy bien lo que iba a decir. No quería volver a cagarla. Dentro oyó un llanto apagado y un susurro débil que le pedía que se marchara.

Llamó otra vez. No iba a dejar las cosas como estaban porque se sentía fatal consigo mismo.

— ¡Vete! —ordenó ella.

— ¿Puedo pasar? Ha sido un malentendido. Harley, si me dejas explicarte...

—No quiero tus explicaciones. Ya has dejado claro lo que opinas de mí, ¿Por qué no te largas? —le exigió furiosa.

—Porque no puedo —musitó él.

Y era la verdad. No podía marcharse, fingir al día siguiente que no había sucedido nada y evitarla durante el resto del tiempo. Harley no respondió, por lo que él lo tomó como una buena señal.

—Oye... me siento muy culpable, ¿vale? Joder, no se me dan bien estas cosas. Si tuvieras la amabilidad de abrir la puerta y permitir que me explicara...

La puerta se abrió con tal vehemencia que él se sobresaltó. El rostro encendido y húmedo de Harley lo enfrentó con rabia. Matt tragó con dificultad, pues decírselo a la cara no resultaba tan fácil como había pensado.

—Di lo que tengas que decir y vete.

—Te pido perdón —dijo, respirando profundamente—. Por todas las cosas que te he dicho, y por haberte asustado hace unos minutos. Creo que hemos empezado con mal pie. No sé si has perdido o no la memoria, no voy a engañarte. Pero no debería haberte insultado, y mucho menos insinuar cosas tan asquerosas.

Ella parpadeó, impresionada por su sinceridad. Se apoyó contra la puerta, incapaz de perdonarlo del todo. Cuando él fue a tocarla, Harley retrocedió de manera instintiva. Él puso las manos en alto, dolido por su rechazo.

—Nunca te pondría una mano encima. Lo juro por mi vida.

Harley asintió, aun temblando. Matt alargó una mano, pidiéndole permiso con la mirada, y al ver que ella no se apartaba, le acarició la mejilla con un dedo. Fue una caricia lenta y dulce. Un contacto tímido que suplicaba una disculpa. Harley entrecerró los ojos y sintió como se estremecía.

—Tienes que creerme, por favor —le suplicó angustiado.

Ella ladeó la cabeza y dejó que su mano le tocara la boca. Ambos se apartaron, incómodos por el contacto.

—Te creo —susurró con voz queda.

—No lo digas para que me vaya.

Harley lo miró a los ojos.

—Buenas noches.

Cerró la puerta y dejó que la distancia volviera a interponerse entre los dos. *Mucho mejor así*, pensó más tranquila. No podía dejar que Matt llegara hasta su coraza. Entonces, todo se derrumbaría sin remedio y ella tendría que dar la cara.

Invierno de 2002

Su madre limpiaba la ropa en la pila del porche. *Él* había empeñado la lavadora cuando se habían quedado sin dinero debido a sus innumerables deudas. Aquella mañana en el instituto, alguien se había burlado de ella por llevar un jersey deshilachado y unos vaqueros con un agujero enorme en la

rodilla izquierda. Ella, acostumbrada a los comentarios de mal gusto respecto a su ropa vieja, había alzado la barbilla desafiante y había dicho muy alto, para que todos la oyeran, que sólo un estúpido no entendería que aquellos pantalones eran la última tendencia en Milán.

Nadie había osado contradecirla, ni siquiera Gina y su grupito de petardas, porque meterse con Harley implicaba contestar con su misma audacia o, sino se tenía nada original que replicar, rodar en el barro entre puñetazos y patadas. Puede que Harley se sintiera inferior al resto de sus compañeros de clase, siempre vestidos con ropa nueva y utilizando material escolar de sus series favoritas de televisión, pero no permitiría que ellos creyeran que le afectaba. Así tuviera que utilizar la violencia, que era una de las pocas cosas que *él* le había enseñado.

A veces, que los demás te vieran como un animal salvaje y peligroso tenía sus ventajas. Aunque aquella mañana, el comentario cruel la había afectado más de lo normal y se había encerrado en el baño, llorando durante unos minutos sin que nadie la viera.

Su madre se afanaba en restregar el jabón contra la mancha grasienta de la camiseta de *él*. Suspiraba agotada y se limpiaba el sudor de la frente con el puño. Harley rebuscaba entre la chatarra que había alrededor de la casa. Si tenía suerte, quizá encontrara un par de zapatillas para su clase de gimnasia. Las suyas tenían un agujero en la puntera y cada vez que llovía se mojaba los pies. La simple mirada severa de *él* había bastado para no preguntar si cabía la posibilidad de que le compraran unas nuevas.

—Pasado mañana tenemos que llevar a un miembro de nuestra familia al colegio —dijo Harley.

Había pensado durante mucho tiempo cómo comenzar aquella conversación. Su madre le dedicó una mirada nerviosa mientras seguía a lo suyo. El reflejo de la mitad de su rostro contra la ventana mostró una mejilla hinchada y un ojo morado, como una almeja sin abrir. Harley apartó la mirada de aquel amasijo de golpes sin dignidad en el que se había convertido su madre.

—No sé si podré... —las manos de su madre temblaron al coger otra prenda y remojarla en el agua sucia—. Tengo tantas cosas que hacer...

—No quiero que vengas —la cortó Harley—, pensé que podrías enterarte de otra forma. Intento evitar que te presentes en la escuela y me dejes en evidencia.

Su madre se volvió hacia ella como un espejismo. No había rastro de

recriminación en su semblante y mucho menos dolor. Para sentirse avergonzada su madre debería tener dignidad, y hacía demasiado tiempo que la había perdido. Se limitaba a vivir por inercia.

—Lo entiendo... —musitó cabizbaja.

Harley pasó por su lado y la miró con desprecio. Los gritos, los golpes, las humillaciones y aquella mierda de vida la estaban convirtiendo a pasos agigantados en una persona carente de empatía. Ella sobrevivía. Y para sobrevivir no te podías permitir sentir lástima. Había pasado de ser una niña alegre a una adolescente huraña.

— ¿Lo entiendes? —rio secamente—. Mírate, das pena.

Podía sonar cruel, pero ella sólo quería que su madre reaccionara. Llevaban demasiado tiempo viviendo bajo el yugo de *él*. Podían comenzar una nueva vida en cualquier parte, lejos de su influencia. ¿Por qué no tenía ganas de huir? Harley fantaseaba con la idea todos los días.

Su madre se encogió de hombros, como si las palabras no la afectaran. Entonces, Harley le arrancó la camiseta y la tiró al suelo polvoriento. La pisó una y otra vez, fuera de sí.

— ¡Deja de limpiarle la ropa! ¡Despierta! —gritó enfurecida—. ¡Despierta! ¡Vámonos! ¡Podemos hacerlo! Ahora, que él no está.

La expresión ida se convirtió de pronto en una mueca airada. El fantasma despertó para evolucionar en un ser rabioso. Otro demonio.

— ¿Por qué tenemos que quedarnos aquí? ¡Hay vida más allá de esta maldita casa! —insistió Harley, agarrándola del brazo para que reaccionara.

Lo hizo de la forma contraria. Su madre la abofeteó dos veces, tan fuerte como lo habría hecho *él*. Le ardieron las mejillas. Se abrazó a sí misma, compungida.

— ¿Abandonar a tu padre? ¡Qué clase de sanguijuela eres, mocosa! ¡Él se parte la espalda para traerte un plato de comida, niña desagradecida! —le escupió a la cara.

Harley retrocedió impactada. Nunca le había hablado así. Sabía que para ella no era más que el error que la había llevado a que *él* la odiara un poco más. Pero, al fin y al cabo, su madre siempre había intentado protegerla a su manera.

— ¡Fuera de mi vista! ¡Largo!

—Pero, mamá... —sollozó Harley.

La empujó lejos de la casa, provocando que Harley se tropezara con sus propios pies y se raspara las rodillas. No era su madre, sino una mujer

perdida en un amor tóxico. Alguien que había dejado de vivir para sí misma y dependía de un ser odioso.

— ¡Te he dicho que te vayas!

— ¡Por qué me tratas así! —le echó en cara, mientras trataba de incorporarse—. ¡Es él quien te pega! ¡Él! Por su culpa...

Su madre la señaló con un dedo. Había un odio en ella que jamás le había visto.

—Tu padre es un buen hombre, Dios lo sabe. Nos mantiene, nos cuida, pero tú...

Harley se levantó de un salto.

—No es mi padre —respondió asqueada, echando a correr a través del campo de maíz.

Gillian se lo estaba poniendo difícil, aunque Mia no podía culparla. La había avergonzado delante de medio instituto. Incluso podía vislumbrar el moratón de la mejilla bajo la espesa capa de maquillaje. Así que recordó la promesa que le hizo a Fernando, inspiró y volvió a intentarlo.

—Lo siento, ¿vale? —repitió, ante una anonada Gillian que entrecerraba los ojos con recelo—. Estoy muy arrepentida de lo que sucedió, y si hay algo que pueda hacer para que me perdones...

Gillian era bonita. El cabello rubio le llegaba por la cintura y poseía una boca carnosa. Mia podía entender lo que Fernando había visto en ella. Pero, ¿acaso ella misma no era una de las chicas más guapas del instituto? Popular, bella y rica, ¿por qué no se fijaba en ella? ¿Cuántas señales tenía que lanzarle para que él se diera cuenta?

—No entiendo a qué viene esto, pero puedes ahorrártelo. Ni quiero perdonarte ni saber nada de ti —respondió la chica.

Ahora era el momento de largarse. Podía hacerlo. Lo había intentado y eso era lo que contaba. Pero no fue la mirada de Fernando, sentado en una de las mesas del comedor, lo que la empujó a esforzarse más. Por primera vez desde hacía meses, sentía la necesidad de ser una buena persona. Quería creer que dentro de ella existía algo bueno. Que más allá de la cría frívola y superficial estaba ella misma. Y eso implicaba disculparse de corazón con Gillian, aunque aquella chica tuviera sus razones para rechazarla.

—Lo sé, y lo entiendo. Yo tampoco querría perdonarme si estuviera en tu lugar. Me comporté como... como una zorra —asumió, para el desconcierto de Gillian. Al ver que flaqueaba, decidió sincerarse—. Lo hice porque estaba furiosa conmigo misma. Puede que no me creas, pero te tengo envidia.

Gillian parpadeó atónita.

— ¿Tú? ¿A mí? —miró a su alrededor como si buscara la cámara oculta—.

Venga, esto es una broma, ¿no? Ahora saldrán tus amigos, escondidos donde sea que estén, y tú comenzarás a burlarte, como haces con todo el mundo. ¿Dónde está Priscilla, te ha convencido ella para que lo hagas?

— ¿Qué?

Mia se quedó de piedra, pero lo asumió pronto. Así era como la veía todo el mundo. La pija cruel que se burlaba de sus compañeros auspiciada bajo su grupo de amigos populares. La conmoción fue tal que reprimió una arcada.

—No, no es eso. Sé que no vas a creerme, pero mi vida no es tan buena como parece. Porque, para empezar, tú...

El brazo de Mike se colocó sobre sus hombros, atrayéndola hacia él y dándole un beso en la boca. Priscilla, Ursula y Andrew se habían colocado a su alrededor, dedicándole una mirada cargada de superioridad a Gillian.

— ¿Qué pasa, nena? ¿Poniéndola en su lugar otra vez? —preguntó con sorna Mike.

Todos se echaron a reír, como si hubiera dicho algo gracioso. Mia trató de apartarse de él, pero Priscilla le apretó la mano y le guiñó un ojo, como si necesitara su ayuda.

—A ver, *Gillipuertas* —dijo Priscilla, y todos se echaron a reír por su ocurrencia—. ¿No tuviste suficiente con la última vez? ¿Quieres que Mia te dé otra buena tunda?

Los ojos vidriosos de Gillian fulminaron con odio a Mia, que se quedó paralizada. Se sentía tan horrorizada por lo que acababa de descubrir que no era capaz de reaccionar. Llevaba toda la vida formando parte de aquel grupo cruel que se mofaba del resto del mundo. Fue a detenerlos. A gritar que ella no necesitaba su ayuda, sino alejarse de ellos para siempre. Pero cuando quiso abrir la boca, Fernando apareció con una expresión cargada de desprecio y cogió la mano de Gillian.

— ¿Cinco contra uno? Qué valientes —dijo asqueado.

—Venga tío, que sólo estábamos de broma... —respondió Mike.

Fernando se aproximó a Mia y sacudió la cabeza, decepcionado.

—Tú eres la peor, ni siquiera sé por qué confié en ti.

Cuando se fue, todos se echaron a reír excepto ella. Mia se apartó de Mike, que la miró con cara rara. Cuando fue a darle un abrazo, ella retrocedió espantada y observó a sus amigos con infinita lástima. Casi la misma que sentía por sí misma.

— ¿De qué vais? ¡Sois lo peor! —gritó, a punto de echarse a llorar.

Todos se quedaron callados y se miraron los unos a los otros, sin saber a

qué se refería.

—Pero nena, ¿a ti qué te pasa? El otro día en la fiesta estabas súper rara... —dijo Mike, y buscó el apoyo en el resto del grupo, que asintieron al unísono—. Venga, a lo mejor nos hemos pasado un poco con Gillian, pero joder, sólo estábamos bromeando. Además, hemos venido a apoyarte, es lo que hacen los amigos.

—Claro, tía —añadió Priscilla.

— ¿Los amigos? —preguntó atónita—. Los amigos te echan la bronca cuando la cagas, no te ríen todas tus gracias. Y para que lo sepáis, quería disculparme con Gillian. ¡Lo habéis estropeado todo!

Irritado, Mike avanzó hacia ella con cara de pocos amigos.

—No sé qué cojones te pasa, pero como sigas así acabaremos pasando de ti. A la mierda si te sientes culpable. Fuiste tú la que te metiste con esa idiota, no nosotros.

—Sí, en eso tienes razón.

— ¿Entonces?

—Será mejor que, de ahora en adelante, vaya cada uno por su lado —dijo muy segura.

Todos la miraron boquiabiertos.

— ¿Qué pasa, estás con la regla? —inquirió él, y todos se rieron.

—Qué va. Acabo de descubrir que sois todos unos capullos.

Se dio media vuelta y los dejó allí pasmados. Sentía una euforia que le recorría toda la piel. Iba a cambiar de vida y acababa de dar el primer paso. El segundo era encontrar a Fernando y Gillian y explicarles que lo que había sucedido era un malentendido. Hacía tiempo que no se sentía tan bien consigo misma.

Pese a que escuchó a Mike gritar su nombre varias veces, siguió caminando hasta llegar al vestíbulo. Allí se encontró a Fernando, sin rastro de Gillian. Cuando fue a acercarse a él, Fernando puso las manos en alto con evidente repugnancia.

—Lo que ha pasado antes... —empezó ella.

—Me ha quedado muy claro, no hace falta que digas nada. Eres popular, no puedes permitirte que tus amigos te den de lado, y burlarte otra vez de Gillian era la opción más fácil, ¿no?

— ¿Qué? ¡No! —replicó angustiada—. No me esperaba que ellos aparecieran de repente, es la verdad. Me estaba disculpando con Gillian, y cuando nos han rodeado no he sabido reaccionar. Pero acabo de ponerlos en su sitio, ¡lo juro!

Fernando la miró de manera sombría.

—Gillian se ha largado llorando a su casa. He intentado detenerla, pero no he podido. Estarás satisfecha. Siempre consigues amedrentar a todo el mundo arropada por tu grupo de macacos sin cerebro. Enhorabuena.

Impactada, Mia abrió mucho los ojos para contener las lágrimas. ¿Así la veía él?

— ¡Te he dicho la verdad! Que no haya sabido reaccionar en un primer momento no significa que estuviera de acuerdo con lo que hacían. Pero si les he gritado y...

—Oh, pobre Mia... acaba de discutir con sus amigos... —ironizó él.

—Tú no me entiendes —musitó ella.

—Llevas años haciéndome la vida imposible, a mí y a la mitad de este instituto, ¿por qué iba a creerte?

— ¡Porque me gustas! —gritó ella, sin poder contenerse.

Fernando se quedó mudo. Se la quedó mirando mudo, sin saber qué decir. El pecho de Mia subía y bajaba a causa del nerviosismo. No debería haberlo dicho, pero ya no había marcha atrás. Fernando lo sabía, ¿qué haría ahora?

—Mientes —susurró él con voz ronca.

Ella no dijo nada. Se lo quedó mirando, acalorada y herida. Fernando se inclinó hacia ella y rozó su mejilla con la boca, provocándole todo tipo de emociones. Trató de mantener la vista fija en sus ojos, en lugar de sus labios. Se sentía conmocionado y furioso. No podía creer que ella lo utilizara de esa manera. Era lo que estaba haciendo, ¿no?

—Tú sólo te quieres a ti misma —le espetó, a escasos centímetros de su boca—. Y en este momento, quieres lo que no puedes tener. Es eso, ¿a qué sí? Nadie te ha dicho nunca que no y eso fastidia muchísimo a la niñata egocéntrica que eres.

Mia respiró con dificultad. Él se apartó de ella, haciéndola reaccionar. Lo odió. Lo detestó profundamente por elegir aquella versión de sí misma. Había desnudado su alma y a cambio recibía un rechazo muy cruel.

—Ojalá tuvieras razón —musitó ella.

Se dio media vuelta y comenzó a alejarse de él. Esa vez, no reprimió las lágrimas.

Harley se apresuró a dejarlo todo sobre la mesita de noche, tal y como lo había planeado. Cuando Matt emitió un gruñido, se asustó y estuvo a punto de

caerse encima de él. Dormía de lado, desnudo y apenas cubierto por la sábana de cintura para abajo. No pudo evitar echar una mirada curiosa a su cuerpo. Al fin y al cabo, era una mujer con ojos en la cara.

Tragó saliva y contuvo la tentación de acariciarlo. Podía ser un cretino, pero un cretino muy atractivo. Su piel morena recubría un montón de músculos duros. Tenía un cuerpo hecho para el pecado. La clase de cuerpo de metro noventa, abdomen marcado y vello oscuro que ella podría haberse pasado horas acariciando. En su lugar, suspiró resignada y se echó hacia atrás.

Y algo abultado comenzó a crecer bajo las sábanas. Harley abrió los ojos de par en par, sin dar crédito a lo que veía. Enarcó las cejas con aprobación. Sofocando una risilla, salió de su habitación antes de que él la pillara y se preguntó, por última vez, si aquello era una buena idea.

Matt se despertó sobresaltado. Como cada mañana, su amigo le daba los buenos días con ganas de guerra. Se llevó las manos a la cara y bostezó. Había sentido la presencia de alguien, aunque lo más seguro era que hubiese sido un sueño. O una fantasía.

Porque la fantasía olía como Harley y la había sentido muy cerca. Demasiado cerca. Cuando había abierto los ojos, ella ya no estaba a su lado.

—Tengo que dormir más —dijo en voz alta.

Saltó de la cama y caminó desnudo por la habitación. Aquel era su día libre, así que esa mañana disfrutaría haciendo lo que le viniera en gana. Menos estar en casa, eso lo tenía claro. Quería evitar a Harley a toda costa no solo por lo sucedido la otra noche, sino porque se había sentido, y eso lo tenía muy desconcertado, demasiado atraído por ella.

Joder, ¿qué había sido aquello?

Desconfiaba de Harley, no la quería en casa y por encima de todo, estaban los sentimientos de su hermano. Porque John estaba enamorado de ella y eso bastaba para que él se mantuviera al margen.

Cuando salió de la ducha, descubrió encima de su mesita de noche algo que lo desconcertó. Intrigado, se sentó en el borde de la cama y supo que sus sospechas eran ciertas. Harley había estado en su habitación.

Primero vio el dibujo. Lo recordaba a la perfección. Harley le había hecho un retrato cuando ambos tenían catorce años. Nunca habían hablado de ello, a pesar de que Matt se había sentido halagado y avergonzado a partes iguales. Luego, observó aquella foto en la que salían disfrazados de india y pistolero.

Una sonrisa de añoranza se le plantó en la cara.

Pero la carta provocó que se le borrara. No necesitó leerla para saber que era la misma carta que él le había escrito cuando era un crío y que ella se negó a leer. Harley le había pegado un post it. Una respuesta que había esperado entonces, pero no ahora.

Te perdono, ¿Volvemos a ser amigos?

Desconcertado, estrujó el *post it* y lo tiró al suelo. La respuesta llegaba trece años tarde.

Harley estaba terminando el retrato de Mia. Penélope había encontrado un viejo caballete en el desván y se lo había prestado, así que aprovechando el buen tiempo había salido a dibujar al jardín. Mientras retocaba el cabello de la joven, se preguntaba qué habría pensado Matt acerca de su pequeño atrevimiento.

Era un buen gesto, ¿no? La firma de su tratado de paz, si él se lo tomaba a bien. Lo único que ella quería era pasar página y mantener una relación lo más cordial posible.

Lo más seguro era que se hubiera ido a trabajar y no le concediera demasiada importancia. Puede que en la cena, si se quedaban a solas, él hiciera algún comentario al respecto. Sí, con seguridad era lo que pasaría.

— ¡Harley!

Tuvo tal sobresalto que estuvo a punto de hacerle un tachón al retrato. Soltó el lápiz.

—Buenos días.

— ¿Qué pretendes? —la encaró él.

Pues no, no se lo había tomado nada bien.

Suspiró y se giró hacia él. Matt estaba plantado frente a ella con los brazos cruzados. Apretaba la mandíbula. El sol le salpicaba los rasgos fuertes, confiriéndole un aspecto de Dios cabreado y poderoso. Harley pensó que sería mucho más guapo sin aquel gesto perpetuo de enfado. Le dedicó una mirada inocente.

— ¿A qué te refieres? —preguntó ella, aunque lo sabía de sobra.

Matt resopló exasperado. Aquella condenada mujer tenía la habilidad de sacarlo de quicio.

—No me tomes por tonto, Harley. ¿A qué ha venido eso? La foto, la carta, el puñetero dibujo...

Ella se encogió de hombros.

—Quería ser amable.

Él soltó una carcajada atónita.

— ¿Qué? ¿No estás acostumbrado a la amabilidad y por eso te resulta tan extraño? —insinuó ella.

—No estoy acostumbrado a que me tomen el pelo.

—Uff...

— ¡Qué! ¿Ahora te aburro?

Harley insinuó una sonrisa socarrona.

—Pues... la verdad... hace un día estupendo, estoy pintando y tú vienes aquí a molestarme con recriminaciones absurdas. Pensé que estarías trabajando.

—Es mi día libre.

—Ah.

—No me gusta que jueguen conmigo —le advirtió muy serio.

—Ni a mí que me hagan perder el tiempo.

Matt no estaba acostumbrado a que le hablaran así. Contó hasta tres, cada vez más fuera de sí.

— ¿Qué es exactamente lo que te ha molestado? —quiso saber ella.

Él se acercó a ella y la miró a los ojos desde la superioridad que le confería la altura. Harley alzó la barbilla, desafiante. Hacían falta muchos hombres como aquel para intimidarla.

— ¿Además de que hayas entrado en mi habitación mientras dormía desnudo? —enunció la última palabra de manera provocativa.

Harley desvió la mirada de sus ojos, y él ladeó una sonrisa chulesca.

—No tenía ni idea de que durmieras como Dios te trajo al mundo —se excusó.

—Dime la verdad —susurró él contra el lóbulo de su oreja—, has echado un vistazo debajo de las sábanas, ¿a qué sí?

Indignada, Harley lo empujó. Matt se echó a reír, humillándola todavía más.

— ¿Te ha gustado lo que has visto?

Harley lo fulminó con la mirada.

—Más quisieras —siseó.

Satisfecho de haberla sacado de sus casillas, sonrió de oreja a oreja.

—La próxima vez que vayas a entrar en mi habitación, llama antes a la puerta. Podría no estar tapado y eso te gustaría demasiado —le advirtió, consiguiendo que ella pusiera los ojos en blanco.

Ella decidió ir por otro camino, y preguntó:

— ¿Ha sido la foto... o la carta?

Observó que los músculos de su espalda se tensaban.

—No tienes ningún derecho a remover el pasado, Harley —respondió él con voz queda, y apartó la mirada.

—Creí que te merecías una respuesta.

Atónito, él clavó los ojos en ella con rabia.

—Sabía que lo recordabas todo. Sabía...

—La carta estaba entre algunas cosas que John había guardado —lo cortó ella—. No tengo motivos para afirmarlo, pero creo que nunca la recibí.

Él no se esperaba aquella confesión, así que apretó los puños, indignado por lo que aquello decía de su hermano. Si ella intentaba separarlos, él no iba a permitirlo.

—Mientes.

Harley sacudió la cabeza.

—No llegué a leerla, estoy convencida. Sé que no tienes motivos para creerme, pero cuando le pregunté a John...

— ¿Ah, sí? ¿Insinúas que mi hermano no te la dio?

—Fue hace mucho tiempo, qué más da —le restó ella importancia.

—Al crío que era le importó —masculló él.

Sorprendida, Harley lo miró a los ojos, pero él evitó su mirada.

—Puedes creerme o no, pero sé que, de haberla recibido, te habría contestado. Quiero creer que soy esa clase de persona —le dijo ella.

—Te acuerdas de todo —insistió él.

Harley cortó la distancia que los separaba y lo encaró. Aquellos ojos castaños buscaron un rastro de duda en ella. Harley mentía, aunque frente a él no daba muestras de ello. Y definitivamente tenerla tan cerca no lo convertía en la persona más imparcial.

—Llévame a esa casa y ayúdame a recordar —le pidió ella.

Incómodo, Matt se pasó la mano por la barbilla. Había esperado cualquier cosa menos aquella.

—Muy buena, Harley. Admito que eres una gran actriz.

—Iré yo sola.

Cuando se alejó de él, Matt le cogió la mano para detenerla. Ambos se soltaron de golpe, haciendo el contacto más incómodo aún. Ninguno de los dos soportaba estar cerca del otro. Era desconcertantemente doloroso.

—No es una buena idea —murmuró él.

— ¿Por qué? Qué más te da.

—Suponiendo que te creo, y es mucho suponer... de ser así no deberías poner un pie en esa casa.

—No vengas conmigo. Es tu día libre, sal a divertirte y piérdeme de vista. Es evidente que no me soportas.

Ella caminó en dirección a la salida. Matt deseó con todas sus fuerzas hacerle caso. No era su problema, pero una parte de él no podía permitir que Harley fuese a aquella casa. Maldita fuera, se preocupaba por ella. Pese a todo, no quería verla sufrir. Sintió que volvía a ser el crío inseguro de trece años. El que la odiaba pero buscaba su atención a toda costa. Muy en el fondo sabía que ella siempre lo había desconcertado.

—Harley...

Ella hizo oídos sordos.

— ¡Espera!

La alcanzó en pocos pasos y se colocó a su lado.

—Ir a ese lugar sólo te hará daño.

Ella lo observó de reojo mientras aceleraba el paso.

—Desde cuando te importa a ti otra cosa que no sea hacerme daño.

Matt le cortó el paso.

—Fuiste importante para mí hace trece años.

—Es mucho tiempo —repuso con frialdad.

—La carta, la foto... ¡No haces más que remover el pasado! No puedes venir a esta casa y querer que todos te recibamos con los brazos abiertos. Pasé página, ¿lo entiendes?

Harley tragó con dificultad. Desgraciadamente lo entendía. Estaba reabriendo viejas heridas y él la culpaba por ello.

De pronto, la mano de él le colocó un mechón de cabello tras la oreja. Harley deseó apartarse, pero no lo hizo. Sintió el roce cálido y breve contra su piel y aguantó la respiración. Trece años y un instante bastaba para removerlo todo.

— ¿Lo ves? —susurró él con voz ronca—. No puedo dejar que vuelva afectarme.

Invierno de 2002

Matt no entendía a qué venía todo aquello. Para empezar, Bill era su padre. El suyo, y no el de aquella mocosa engreída que no se había dignado a leer su carta. Y ahora, su padre iba a acompañarlos a ambos al día de: *trae un familiar a la escuela*.

Tenía muchas cosas que decir al respecto, por supuesto. Pero la simple mirada severa de su padre bastó para silenciarlo. Podría haber dicho, por ejemplo, que Harley debía llevar a su propia familia. Pero cuando ella entró en el coche de manera cabizbaja supo que, se lo dijera o no su padre, tenía que cerrar el pico.

—Gracias por recogerme, Señor Parker.

Su padre le guiñó un ojo a través del espejo delantero del vehículo. Matt observó como su hermano mayor, sentado en el asiento de en medio, cogía la mano de Harley para infundirle ánimo.

De pronto, haberle gritado que ella no formaba parte de su familia lo hizo sentir muy culpable. Cuando llegaron al instituto, John susurró algo al oído de ella, que trató de dibujar una mueca parecida a una sonrisa. En aquel momento, fue Matt quien le cogió la mano, para sorpresa de Harley.

—Todo saldrá bien —le aseguró él.

Nunca la había visto tan avergonzada ni insegura.

—La familia no es donde nacemos, sino lo que elegimos.

Y puede que aquella frase la hubiera escuchado en la tele, pero supo que era cierto cuando Harley le sonrió agradecida. No la sonrisa apagada que le había dedicado a John, sino una sonrisa plena y rebosante de felicidad que lo convirtió en todo un adulto. Ahora sí que entendía a las mujeres.

Harley le dio un beso en la mejilla y dijo:

— ¿Sabes? No eres tan tonto como pareces.

Mia comprendió que no era la única que estaba cabreada con el mundo. Harley, aquella extraña de la que guardaba un vago recuerdo cuando no era más que una niña, caminaba hacia la salida de la casa con el ceño fruncido. Quiso esquivarla, pero recordó que aún le debía un favor y la saludó con la mano. Pese a que parecía tener la necesidad de estar sola, Harley se detuvo a devolverle el saludo.

—Vuelves temprano del instituto.

Aunque podría haberse inventado una excusa, Mia no tuvo ganas de mentirle.

—Me he saltado la última clase —respondió con desgana.

— ¿Un mal día? —supuso Harley.

—Puf... —murmuró, sin querer entrar en detalles.

Harley le dedicó una sonrisa comprensiva. Mia apenas la conocía, y en cualquier otra circunstancia, compartir casa con una desconocida joven y guapa le habría sentado fatal, pues estaba acostumbrada a ser el centro de atención. Sin embargo, aquella mujer tenía cierto encanto innato. No sabía por qué, pero a Mia le gustaba lo que desprendía.

—Oye, respecto a lo de la otra noche, pues... gracias. Ya sabes, por haber convencido a mi hermano de que no se presentara en la fiesta. Me hubiera muerto de la vergüenza si hubiese ido a buscarme, o peor aún, vestido de poli.

—Él te quiere, aunque sea un poco bruto —lo disculpó Harley.

— ¿Bruto? A veces pienso que debería vivir en la prehistoria.

Ambas se echaron a reír. Mia tuvo la sensación de que, pese a sus palabras, el enfado de Harley tenía mucho que ver con su hermano.

—No me quiero meter donde no me llaman, pero no deberías faltar a clase. La universidad está a la vuelta de la esquina, e imagino que quieres tener un buen expediente.

—Me da igual —respondió enfurruñada—. Si no lo consigo, nadie se sorprenderá. Todos me tratan como si fuera una niña.

—Demuéstrales lo contrario —la animó.

— ¿Y si haga lo que haga, la gente ya se ha formado una opinión sobre mí? Quizá soy un caso perdido.

— ¿Te refieres a Fernando? —adivinó Harley.

Mia agachó la cabeza, avergonzada. No quería ser tan transparente.

—Si hay algo de lo que estoy convencida es que no hay que forzar las cosas, y mucho menos las relaciones. Esfuéstrate en ser la persona que quieres ser por ti misma, no por nadie. Y si él no lo valora, que le den.

Sus palabras desprendían cierta rabia que llegó hasta Mia. De todos modos, no era un mal consejo. Quería a toda costa que Fernando se fijara en ella, así que había acabado olvidándose de ella misma. De mirarse en el espejo y sentirse orgullosa. Al final, todos iban a tener razón. No era más que una niña tonta.

—Cuando te vi por primera vez no me acordé, pero luego me vinieron algunos recuerdos. Creo que tendría tres años y quería ser tan guapa como tú —le contó Mia, que quería serle de utilidad para que recuperara la memoria—. Me cogías en brazos y siempre me dabas chuches cuando mis padres no miraban.

—No es un mal recuerdo....

Por alguna razón, aquello provocó que Harley se disculpara con la excusa de dar un paseo. Desconcertada, Mia tuvo la sensación de que ella no quería recordar. O que le dolía hacerlo.

Vio a su hermano sentado en una butaca de la piscina con gesto pensativo. Observaba un caballete y de vez en cuando, murmuraba algo para sí. Cuando levantó la cabeza, le hizo un gesto para que se acercara.

—Tranquila, paso de preguntarte por qué no estás en el instituto —dijo. Parecía cansado.

—Harley parecía enfadada. Apuesto a que tú has tenido algo que ver —le reprochó su hermana—. Mamá me ha dicho que tenemos que ser amables con ella.

—Yo no soy tu madre —respondió irritado.

— ¿Por qué te cae tan mal? —quiso saber.

Matt se sobresaltó.

—Harley no me cae mal.

—La tratas como si te diera asco. No lo entiendo, lo poco que recuerdo es que erais amigos, ¿no?

Matt suspiró. Era muy difícil explicárselo todo. No tenía ganas de hablar de Harley, y mucho menos con su hermana pequeña.

—Es complicado.

—Explícamelo —insistió.

—No tengo nada en contra de Harley.

—Qué embustero, ¡si os he visto! Siempre la miras con odio, la vigilas todo el rato como si fuera a robarnos, le lanzas pullitas...

—Tú no entiendes nada, mocosa.

—Sí, yo seré la mocosa, pero tú el que se comporta como un crío. Ni siquiera sabes por qué le guardas tanto rencor, ¿o me equivoco?

— ¡Ahora te has convertido en toda una filósofa! —ironizó él.

Mia se sentó a su lado, y entonces vio el cuadro. Lo observó muy halagada y reparó en cada detalle. Era como si la persona que la hubiese pintado se hubiera esforzado en resaltar todo lo bueno que había en ella.

— ¿Lo ha hecho...?

—Harley, aún no está acabado.

—Guau... —comentó impresionada.

Matt hizo una mueca. Lo que le faltaba, otra persona encandilada por Harley. Su hermana pequeña se acercó al cuadro y lo miró como si fuera lo más bonito que le hubieran regalado nunca.

— ¿Crees que me dejará quedármelo?

—Seguro. Le encanta caerle bien a todo el mundo.

Mia puso los ojos en blanco.

—Háztelo mirar. Si no te ha hecho nada, a lo mejor es que estás obsesionado con ella —lo provocó.

Matt soltó una carcajada seca.

—Lo que me faltaba por oír.

La dejó allí plantada y se largó dando grandes zancadas. Para que luego dijeran que la niña era ella. Ver para creer.

Impulsada por el consejo de Harley, Mia estuvo dispuesta a aprovechar la mañana. Y de paso, su propia vida. Abrió la mochila y sacó el libro de historia con la intención de estudiar para su próximo examen. Se tumbó en la butaca y trató de concentrarse. Puede que Fernando no llegara nunca a ver nada bueno en ella, así que se limitaría a mejorar para sí misma. Empezaría por subir sus notas y cambiar de amigos. No volvería a faltar a clase, y mucho menos por culpa de un chico. Ahora que lo pensaba, se sentía muy tonta.

La lección sobre Napoleón le pareció tediosa, aunque tuvo que admitir que se sintió un poco identificada con el tipo. Era bastante vanidoso y se creía el centro del mundo, ¿no era irónico? Teniendo en cuenta su triste final, a ella más le valía ponerse las pilas.

—Hola.

Contempló por encima del libro a Fernando, cargado de herramientas de trabajo. Le dedicó un gesto con la cabeza y siguió a lo suyo. Al parecer, no era la única que se había largado aquella mañana del instituto.

Oyó que él refunfuñaba a causa de su silencio, pero intentó concentrarse. El examen de historia estaba a la vuelta de la esquina y ella no iba a perder su tiempo con un chico que pasaba de ella.

—Creo que es la primera vez que te veo coger un libro —comentó sorprendido.

Se había quitado la camiseta mientras podaba un seto muy cerca de donde ella estaba tumbada. Mia no pudo evitar echarle un vistazo. El torso moreno de Fernando era una obra de arte. El cabello ondulado y oscuro brillaba bajo la luz del sol. Imaginó cómo sería enredar los dedos en aquel pelo, para luego ir deslizándolos hacia abajo por aquella espalda tostada. Sacudió la cabeza y centró la mirada en el libro.

—Qué concentrada estás. Intuyo que la culpabilidad no te impide pensar en otras cosas.

—Si te fueses a trabajar a otra parte, estaría mucho más concentrada —le recriminó ella.

—Algunos necesitamos trabajar, niña mimada.

Mia se volvió hacia él. Algunas hojas le cayeron sobre la cabeza y tuvo que sacudirse. Estaba convencida de que Fernando se había colocado en aquel lugar para molestarla a propósito.

—Este jardín tiene miles de hectáreas y tú justo tienes que ponerte a trabajar aquí, claaaaaro.

— ¿Ordena lo contrario la señorita? —preguntó con desprecio.

Mia cerró el libro y se levantó como un vendaval.

— ¡Pues no! Me voy a la biblioteca.

Fernando se quedó petrificado por su comportamiento. No estaba acostumbrado a que Mia fuese la adulta de los dos.

—El que se va soy yo —gruñó.

Ella se encogió de hombros, dejó el libro sobre la butaca y le dedicó una sonrisa falsa.

— ¿Te importa acercarme las tenazas? —le pidió, pues iba muy cargado.

Anonadado, vio que Mia se las guardaba en el bolsillo de sus pantalones de trabajo. No hubo alardes de grandeza ni bromas de mal gusto. Luego se sentó en la butaca, abrió el libro y lo ignoró.

—Alucino —comentó en voz alta, sin saber qué mosca le había picado a Mia.

Ella no levantó la vista del libro.

— ¿No te ibas?

Como no pudo mirarla a la cara, pues ella estaba centrada en el libro de historia, deslizó los ojos a través de las piernas bronceadas y largas. Desconcertado por lo mucho que le molestaba aquel cambio de actitud en Mia, se marchó de allí. No lo entendía, ¿Dónde estaba la muchacha mimada que él conocía? ¿Y por qué demonios le molestaba tanto que ella lo ignorase? Después de todo, era lo que siempre había querido, ¿no?

El corazón le latía fuerte bajo el pecho. Sentía el pulso martilleándole la sien y las manos sudadas a causa del nerviosismo. Ni siquiera sabía por qué se dirigía a aquel lugar. Sabía de sobra que era un error, pero no podía evitarlo. Las ganas y la incertidumbre se apoderaban de ella.

A lo lejos, la casa se dibujaba como un amasijo de ladrillos blancos. Parte

del techo se había venido abajo y la maleza llegaba hasta las ventanas de cristales rotos. El abandono le sobrecogió el alma. El lugar estaba deshabitado, y por los restos de preservativos y jeringuillas esparcidos en el porche de madera, imaginó el destino que le habían dado a aquella casa.

Frente a la puerta de madera podrida, Harley se pensó durante un momento si entrar y enfrentarse a sus propios demonios. Podía darse la vuelta y regresar a aquella mansión lujosa y segura en la que se sentía enjaulada, o empujar aquella puerta y encarar la realidad. Optó por lo segundo.

Primero fue el olor desagradable, putrefacto. Se coló en sus fosas nasales hasta arrancarle una arcada, por lo que tuvo que taparse la nariz con la mano. Caminó mareada a través de los vidrios rotos y los muebles destrozados. Todo era un caos deprimente y oscuro.

Se tropezó con la pata de una silla y apoyó los codos en el suelo. Aulló de dolor y soltó una maldición. Cuando se puso en pie, dio una patada a algo blando que rodó por el suelo. Se agachó para recoger una muñeca de trapo a la que le faltaba un brazo.

Su muñeca.

Y entonces todo explotó. Un grito de furia. Una bofetada repleta de odio. La rabia bullendo por cada poro de su piel. El miedo, anegándolo todo hasta dejarla completamente paralizada, agazapada en una esquina. Temblando de pánico. Súplicas y sollozos. Dolor, mucho dolor.

— ¡Harley!

Corrió lejos de la voz y del peligro, aterrorizada. Buscando una salida a través de la oscuridad. El grito resonó contra la pared, buscándola.

— ¡Harley!

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y ella se hizo un ovillo, como había hecho otras veces. Suplicó que fuese rápido. Palideció ante la idea de morir bajo sus manos.

— ¡Harley, despierta!

¿Despertar? Jamás abriría los ojos para asimilar aquella violencia. Aunque en aquella ocasión la voz no sonara tan amenazante y hubiera un rastro de bondad en ella.

— ¡Harley, soy yo! Estoy aquí... eh... soy yo, Matt —la tranquilizó.

Ella abrió los ojos de golpe, impactada y deshecha. El rostro moreno de Matt apareció ante ella como una máscara de preocupación. La muñeca cayó al suelo y Harley rompió a llorar sin importarle que fuera él quien lo presenciara. No estaba dispuesta a ser fuerte durante más tiempo. Él respiró

profundamente y le acarició el pelo, como si así pudiera hacerla olvidar.

— ¿Te encuentras bien?

Sacudió la cabeza, aun presa de la conmoción. Matt acunó su rostro con las manos, atrayéndola hacia él.

—Te dije... te dije que no vinieras aquí —él respiraba con dificultad.

Una lágrima silenciosa se deslizó por su pómulo. Él besó aquella gota salada. Luego otra. Y otra más. Llenó el rostro de Harley de besos cortos, profundos y cálidos. Besos que sanaban más que las palabras.

— ¿Por qué has tenido que venir a esta maldita casa? —gruñó él. Había una rabia desatada en sus palabras respecto a todo lo que representaba aquel lugar.

—Esto es lo que soy, ¿no? Aquí encajo mucho más que en vuestra casa —musitó ella.

Matt se quedó boquiabierto. ¿Eso era lo que pensaba? ¿Eso era lo que él le había obligado a creer? Avergonzado, la atrajo hacia sí para abrazarla. Quería apartarla de aquel dolor. La estrechó con fuerza y le besó la frente. Harley dejó de temblar, más desconcertada por el contacto y por lo que comenzaba a experimentar su cuerpo. El hormigueo, el calor de Matt traspasándole la piel.

—No formas parte de este lugar —dijo él.

Ella no lo creyó.

—Te vienes a casa, conmigo.

Harley se apartó un poco para mirarlo a los ojos. Encontró una emoción extraña y profunda. Una pasión que apenas lograba contener.

—Debería marcharme lejos de John. De ti —quiso hacerle entender.

Matt la miró como si fuera una locura.

—No quiero que te vayas. Me engañaría a mí mismo, como he estado haciendo estos días, porque la verdad es que siento que tu lugar está aquí, con nosotros —quiso decir *a mi lado*, pero se contuvo—. El lugar del que te marchaste hace trece años sigue siendo tu hogar.

Harley tembló bajo sus brazos.

—Matt, hay una cosa...

—Ven —la interrumpió él, ofreciéndole una mano para salir de allí.

Lo siguió a través de la oscuridad hasta la salida. Había una determinación poderosa en él.

—Tengo que enseñarte algo.

Harley le lanzó una mirada interrogante.

—Lo he guardado durante todos estos años porque en el fondo siempre supe que volverías.

No tenía ni idea de lo que hacían allí, pero de una cosa estaba segura: Matt Parker era la última persona a la que habría elegido para estar a solas en el desván. Si ya de por sí era un lugar oscuro, asfixiante y pequeño, permanecer juntos bajo el titilar de una bombilla que los transformaba en sombras le resultaba muy incómodo.

— ¿Bajamos? —sugirió ella.

Él no la escuchó. Buscaba a través de un pilar de cajas amontonadas que llegaban hasta el techo. Harley se preguntó por qué la había tratado de aquella forma tan extraña hacía pocos minutos. Si había alguien en el mundo capaz de desconcertarla ese era Matt. Con su hermano todo era más sencillo. Sabía de sobra que se sentía atraído por ella y no se esforzaba en esconder sus sentimientos. Pero Matt, ay, esa era otra historia...

— ¿Te ayudo? —se ofreció, acercándose hacia él.

— ¡No!

Estaba acalorado por el esfuerzo, pero ni con esas daba su brazo a torcer. Era el hombre más cabezota del mundo.

—Juraría que lo había guardado aquí. Tiene que estar en algún lugar... —murmuró enfurruñado.

Harley lo observó, empeñado en encontrar algo que no le había explicado. Evidentemente sentía una profunda curiosidad, así que lo dejó trabajar mientras ella se sentaba en el suelo. Desde su posición, pudo mirar con total libertad sus glúteos redondos apretándose contra la tela de los vaqueros.

— ¿Me estás mirando el culo? —preguntó él, encantado.

—Eres un egocéntrico.

—Pero tengo razón —respondió, y ella supo que sonreía pese a que no podía verle la cara.

Decidió acrecentar su ego y lo dejó salirse con la suya. Oyó que él se quejaba por el desorden y metía la cabeza dentro de una caja. Harley cruzó los brazos tras la espalda y esperó. No tenía ni idea de lo que él quería enseñarle, pero parecía entusiasmado.

—Debería estar aquí.

Harley vio que la escalera en la que estaba subido cojeaba.

—Ten cuidado, esto no parece muy estable —le aconsejó.

—¿Puedes coger la linterna que hay sobre esa mesa? No veo nada.

Fue a por la linterna, y en ese momento la escalera se movió y Matt perdió

el equilibrio. Se cayó al suelo y quedó atrapado bajo un montón de cajas y trastos. Harley se volvió hacia él, o donde se suponía que debía estar, y soltó un grito. Corrió a ayudarlo.

—¡Matt! ¿estás bien?

Oyó su voz distorsionada bajo todo aquel peso. Ella fue quitándole las cajas de encima mientras la respiración se le aceleraba. Entonces descubrió su nariz, aquella sonrisa fanfarrona y suspiró aliviada. Le pellizcó la nariz.

—¡Eh! —se quejó él.

Le quitó el libro que tenía encima de la frente.

—Te dije que tuvieras cuidado.

—¿Y por eso me pellizcas?

Sus ojos, brillantes de diversión, la interrogaron.

—No, porque me has asustado.

Sentada a su lado, ella sacudió la cabeza. Él la observó de una manera extraña. Luego le rozó la mano para quitarle el libro. A ella le pareció que se tomó más tiempo del necesario en acariciarle los nudillos, pero supuso que eran imaginaciones suyas.

—Jane Eyre. Era tu libro favorito

Ella observó la portada. Era preciosa. Una edición antigua con un papel de pared repleto de lilas. Algo en su interior despertó, pese a que ella había encerrado aquella sensación bajo capas de resentimiento.

—Te pasaste todo el verano releyéndolo una y otra vez. A mí me ponías de los nervios. Cuando te pregunté por qué no leías otros libros, me dijiste que era la historia de amor más hermosa del mundo —él acarició la portada y Harley se estremeció. Entonces clavó los ojos en ella con algo oscuro, casi primitivo, que la hizo contener la respiración—. Te tiré el libro al estanque, no me preguntes por qué. Estaba tan arrepentido que ahorré durante un mes para comprarte esta edición en una feria de libros de segunda mano.

Harley fue a coger el libro, pero él lo apartó. Se quedó muy cerca de él y enarcó una ceja. Matt sonrió.

—Esa es la historia de nuestra vida, una relación extraña y desconcertante. Llena de peleas y reconciliaciones.

De manera involuntaria, ella le miró la boca. De cerca, pudo apreciar la minúscula cicatriz que tenía en la barbilla. Se le encogió el corazón. A su mente acudió una imagen nítida. Un momento fugaz que se quedó allí y la hizo vibrar.

—Nunca te entendí —le dijo él, y notó su aliento cálido contra su boca.

Harley tragó con dificultad y quiso apartarse, pero no pudo. Bajo la tenue luz de la bombilla, el rostro de él estaba perfilado por las sombras. Había una expresión de lucha en su cara, como si estuviese peleando consigo mismo.

—Creo que sigo sin entenderte, para mí siempre has sido una incógnita — le recriminó con voz queda.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

Harley fue a acariciarla, pero él le agarró la mano. La apartó con rudeza y se la quedó mirando con intensidad. Tenía razón, una relación extraña y desconcertante. Llena de intimidad y rechazos como aquel.

—No quiero hablar de ese tema —respondió, de repente mal humor.

Harley asintió, apretó los labios y fue a levantarse, pero él la sostuvo de la cintura. Lo hizo sin querer, y al ver donde había colocado la mano, la apartó turbado y agachó la cabeza. Le ofreció el libro.

—Quédatelo, al fin y al cabo, fue un regalo.

—Gracias.

Se quedaron en silencio. Harley quiso decirle que él también era una incógnita para ella. Que puede que las peleas y reconciliaciones se debieran a que ambos eran demasiado orgullosos para ser sinceros. Pero no lo hizo.

—¿Qué querías enseñarme? —preguntó en su lugar.

—Nada, no lo encuentro. Da igual.

Se levantó como si tuviera prisa. Parecía nervioso. Ella lo observó cabizbaja y vio que se marchaba a paso ligero, dejándola en aquella semi oscuridad que se la tragó. Mientras apretaba el libro contra su regazo, pensó que a Matt Parker no lo entendería jamás.

De una cosa estaba seguro: se hubiera arrepentido si no hubiera salido de allí. Porque, para empezar, estar a solas con Harley había sido un error. No paraba de preguntarse qué lo había empujado a bajar la guardia. A llevarla hacia el desván para enseñarle aquella chorrada.

También estaba convencido de que la había guardado allí, pero esa era otra historia. Puede que fuese mejor así. Pero no podía quitárselo de la cabeza. Y si John tenía algo que ver con ello...

¡No!, se dijo. Ella intentaba separarlos, como llevaba haciendo toda la vida. No era más que una embaucadora oculta bajo aquella piel de cordero.

Quería a su hermano y eso estaba por encima de todo. A veces ella lo confundía y conseguía que se dejara llevar. Como había sucedido en el desván.

O en su antigua casa, a la que había ido porque ella le preocupaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Fuimos amigos, le restó importancia. Ella fue una parte importante de mi vida. Le tengo cariño, por eso lo hice.

Apretó el volante. ¿A quién quería engañar? Llevaba deseándola desde que tenía trece o catorce años. Un deseo que le recorría la sangre y lo convertía en una bestia. Pero solo era eso: deseo. Cualquier hombre con ojos en la cara se habría sentido atraído por una mujer como ella. Al fin y al cabo: John y Harley estaban hechos el uno para el otro. Todos lo sabían. Él respetaba eso.

Aparcó frente a la comisaría y cruzó la puerta como una exhalación. Si había un secreto en la vida de Harley, por minúsculo que fuera, él lo averiguaría. Si había ido a su casa, trece años después, con intenciones ocultas, él lo averiguaría. Y si encontraba algo, John le daría las gracias.

—Hola, Matt —una voz melosa le acarició la espalda.

Apretó los dientes. La que faltaba.

—¿Tanto me echas de menos que has venido a verme en tu día libre?

Se llevó el expediente que contenía toda la información que necesitaba y se volvió hacia Gina con expresión impaciente.

—Cielo, voy a ser franco contigo. Lo del otro día estuvo muy bien, pero no volverá a pasar. Somos compañeros de trabajo y prefiero no complicar las cosas.

Ella se cruzó de brazos y soltó una risilla.

—Lo del otro día no lo terminamos porque nos interrumpieron.

—Es mejor así. Si me disculpas, Gina, tengo algo de prisa...

Ella se interpuso entre él y la puerta y comenzó a desabrocharse la blusa. Matt echó un vistazo involuntario a su canalillo y pensó que podía desquitarse con ella. Un polvo rápido y *si te he visto no me acuerdo*, ¿por qué no?

Porque trabajas con ella, se recordó. Buscaría a otra con la que pagar aquel deseo que le recorría las venas. Y cuando lo hiciera, se sentiría mucho mejor. Estaba convencido.

—Venga, cariño, puedo quitarte esa expresión de amargado que traes. ¿Qué llevas ahí?

Gina puso mala cara al ver que él se guardaba la carpeta dentro del abrigo.

—Estás rarísimo desde que esa zorrilla puso los pies en el pueblo. ¿Es verdad que está viviendo en tu casa? —quiso saber ella.

Matt la fulminó con la mirada. Sabía que los cotilleos corrían deprisa en Golden Pont, pero no iba a permitir que Gina le faltase el respeto a Harley.

Por encima de su cadáver.

—Haz el favor de no hablar así de ella —le advirtió furioso.

Ella parpadeó atónita.

—¡Sí que es verdad! —exclamó, sin salir de su asombro—. Nene, vuelves a ser el mismo pelele de trece años en manos de esa mosquita muerta. ¿Ya te las has tirado, o lo ha hecho tu hermano por ti?

A él le hirvió la sangre.

—Cierra la boca.

—¿O qué?

—O pediré que te trasladen, maldita sea. Y apártate de la puerta, estoy cansado de ti.

Gina lo miró con odio.

—Cuando tenía tu polla en mi boca no parecías tan cansado.

Matt abrió la puerta y ni siquiera la miró cuando dijo:

—Fue un error que no se repetirá.

Gina resopló. Conque lo que se decía en la ciudad era verdad. Harley Brown, aquella estúpida zorrilla que jugaba a dos bandas con los hermanos Parker, había vuelto. Debería haber pasado toda la vida encerrada en el reformatorio, pensó con rabia. Si creía que podía quedarse con Matt estaba equivocada, porque Gina había decidido desde hacía mucho que aquel hombre era suyo.

Primavera de 2003

Harley seguía leyendo aquel libro aburrido a orillas del estanque. Matt no tenía ni idea de por qué no podía soltarlo, pero se había burlado de ella en varias ocasiones. Ella solía suspirar, como si el hecho de ser interrumpida por él le resultara más desagradable que ofensivo, lo miraba con pena y, lo que le daba más rabia, le decía: *lamento que una mente tan vacía como la tuya no sepa apreciar una obra maestra. John tiene razón, no eres más que un enano.*

¿Acaso John hablaba mal de él a su espalda? ¡eso era el colmo!

En el fondo envidiaba la indiferencia con la que Harley asumía las críticas. En el instituto Gina y las demás chicas se metían con ella por su ropa vieja, pero ella siempre tenía algún comentario elocuente con el que dejarlas en evidencia. Su padre decía que Harley era tan fuerte como un roble.

La observó desde lejos sin que ella se diera cuenta. Ya rondaban los quince años y su relación era tan desconcertante como voluble. El ceño fruncido era prueba de que estaba concentrada en la lectura. La conocía tanto que sabía a qué se debían cada una de sus expresiones. Si sonreía era porque estaba leyendo una escena romántica. Si apretaba la boca había algo que la emocionaba.

—Estás coladito por sus huesos, ¿a qué sí?

La voz de Gina lo sobresaltó.

—¡Qué!

—Que la miras como si fueses un baboso, pero ella está enamorada de tu hermano. Todos en el instituto lo saben.

Matt se puso colorado. ¡Aquello no era verdad!

—¡Pues claro que no! —se enfureció.

—Demuéstramelo.

—Yo no tengo que demostrarte nada —respondió con aspereza.

—Porque te gusta.

Gina se rio de una forma tan grosera que deseó estrangularla. No era la

primera vez que alguien lo dejaba en evidencia por culpa de Harley. Todo el mundo le tomaba el pelo.

—¡Pues claro que no!

—Si no te gusta, tírale el libro al estanque —lo incitó Gina.

Solía gastarle bromas pesadas a Harley, pero aquella le pareció demasiado. Sabía el aprecio que Harley le tenía a aquel libro porque se lo había regalado John por su cumpleaños.

—Ni hablar.

Gina se volvió hacia los arbustos.

—¿Lo veis? Matt está coladito por sus huesos. El muy tonto no sabe que tres son multitud.

De entre los arbustos salieron algunos de sus compañeros de clase, que comenzaron a hacer bromas de muy mal gusto. A él le sudaron las manos y agachó la cabeza avergonzado.

—¡A mí no me gusta Harley! —explotó lleno de rabia.

—Pues demuéstranoslo —insistió Gina.

Agobiado, Matt echo a correr en dirección a Harley. Ella levantó la cabeza del libro y se lo quedó mirando con expresión cansada.

—Déjame leer en paz, Matt.

Expectantes, los críos observaban la escena desde la distancia.

—Lo siento —dijo él, ante la perplejidad de ella.

Le arrebató el libro y se lo tiró al estanque. A Harley le dio un vuelco el corazón. Se levantó de un salto y observó cómo se hundía. Oyó el corrillo de risas a su espalda. Por primera vez en su vida, no pudo contener las lágrimas delante de la gente. Una muy traicionera se deslizó por su mejilla.

—Tenía que hacerlo —se defendió él.

Ella ni siquiera lo miró.

—Me das mucha pena. Te importa tanto lo que piensen los demás que traicionarías a una amiga con tal de encajar.

Y se marchó, dejándolo tan furioso consigo mismo que no supo cuánto tiempo pasó allí, frente al estanque. Observando el agua. Repitiéndose a sí mismo sus palabras hasta caer en la cuenta de algo: decepcionar a Harley era algo para lo que no estaba preparado. Porque aquello le dolía más que el hecho de que sus compañeros lo humillaran.

Año 2008, Campus de la Universidad de Princeton

John lo veía todo borroso. Las luces de los coches lo obligaban a entrecerrar los ojos. Tenía el eco del sonido de la música pitándole en los oídos. Se llevó las manos a la cabeza y trató de silenciar el ruido. Se habían puesto hasta el cuello. Llovía a mares. Abrió la ventanilla y el agua le salpicó la cara.

—Tío, no abras la puta ventanilla. Joder. Se está mojando todo.

Intentó volver a subirla, pero accionó los limpiaparabrisas. Su amigo, en el asiento de al lado, soltó una maldición.

—Deja de tocarme los cojones, que voy conduciendo —le dijo.

—¡Allí hay uno! —señaló al que corría por el arcén.

Su amigo tocó el claxon y John reprimió una arcada. La cacería, como la denominaban, le estaba resultando poco emocionante por culpa de todo lo que se había metido. Se acurrucó en el asiento, cerró los ojos y se quedó dormido. Cuando los abrió todo había pasado más deprisa de lo que pudo asimilar. De repente, estuvo en otro lugar y la gente gritaba horrorizada. Alguien preguntó: “¿Qué se supone que vamos a hacer?”

Abrió los ojos y se sumió en la oscuridad de aquella habitación de hotel. Sudaba a mares por culpa de aquella pesadilla tan recurrente. Era la tercera vez en un mes que soñaba con aquello. Quiso llamar a casa y preguntar si todo iba bien, pero supo que no eran horas. No quería dormirse y volver a tener ese sueño, así que se levantó, fue al minibar y se sirvió una copa de whisky.

Matt levantó el pie del acelerador y observó a Harley y a aquel hombre en la entrada de la verja que conducía a la casa. Frunció el ceño. Le pareció que estaban discutiendo. Ella extendió las manos a ambos lados de los costados y él se acercó a ella. Matt no necesitó más para abrir la puerta del coche. Lo mataría antes de que le pusiera a ella una mano encima. Entonces, el hombre se percató de su presencia, se dirigió hasta la moto y se largó de allí. Harley se cruzó de brazos y caminó hacia el interior de la casa. Matt estudió al tipo desde la distancia, pero no lo reconoció. Pelo rapado, tatuaje en el brazo izquierdo y metro ochenta.

¿Qué demonios había sido eso?

—¡Eh! —llamó a Harley, pero esta siguió caminando a paso ligero.

Alargó las zancadas y fue tras ella. No tenía ni idea de quién era aquel hombre o de lo que había ido a hacer allí, pero pretendía averiguarlo.

—¡Harley!

Ella aflojó el ritmo y él logró alcanzarlo.

—¿Quién era ese hombre? —exigió saber.

Ella tenía la expresión acalorada, pese a que trató de enmascararla bajo un parpadeo inocente.

—No tengo ni idea, estaba buscando un sitio. Le he dicho que no soy de aquí.

Matt estuvo convencido de que no le decía la verdad. Había bajado la vista a los pies, cosa muy rara en ella. Harley siempre te miraba a la cara.

—Me estás mintiendo.

Ella se sobresaltó y lo miró a los ojos.

—No.

Cortó la distancia que los separaba y le habló a escasos centímetros de su rostro. Notó que ella temblaba.

—Estabais discutiendo, lo he visto con mis propios ojos.

—Ya te he dicho que no lo conozco de nada —respondió irritada.

—¿Le debes dinero? Es eso, ¿no? Venía a cobrar su deuda y le has dicho que necesitas más tiempo. ¿Te digo donde guardamos la vajilla de plata?

Ella lo empujó. Matt soltó una carcajada ácida. Entonces, Harley no pudo contenerse y lo empujó más fuerte. Él reprimió el gesto de dolor.

—Si crees que después de la pelea viene la reconciliación, no me conoces en absoluto —le dijo él con frialdad.

Harley seguía temblando. Estaba demasiado afectada para controlarse a sí

misma.

—Tú tampoco me conoces a mí.

—¿Eso es un reto? Porque pienso averiguarlo todo.

—Tú ya has decidido la clase de persona que soy —dijo ella con voz apagada—, no creo que quieras conocerme. Quieres reafirmar tus sospechas.

—Lo que quiero es sinceridad —le recriminó con dureza.

Para su sorpresa, Harley se echó a reír.

—¿Sinceridad? ¿la misma que tú tuviste conmigo hace unas horas? No me pidas que sea clara contigo cuando tú ni siquiera puedes... —apretó la boca y trató de encontrar las palabras adecuadas. No llegaron.

—No es lo mismo —susurró él de mala gana.

—Ah, ¿no?

Matt apretó los puños y los ojos le brillaron con una emoción violenta e incontrolable.

—Esta cicatriz me la hizo mi hermano —le explicó.

Harley se quedó petrificada. Matt echó a andar hacia la casa como si se lo llevaran los demonios.

No podía controlar sus emociones. Se sentía perdido y furioso. Ni siquiera estaba enfadado con Harley, sino consigo mismo. Volvía a sentirse como el crío de trece años que ella tenía en la palma de su mano. Como un chaval confuso y asustado que era incapaz de calmarse.

Entrar en la habitación de su hermano fue una decisión precipitada, pero no pudo evitarlo. De pronto, necesitaba saber dónde estaba la jodida bola de nieve. Así que abrió los cajones y rebuscó en su armario. Luego se sentó en el borde de la cama y se llevó las manos al pelo.

—No está aquí, John nunca haría algo así... —se reprendió, por pensar de aquella manera.

Y no se refería solo a eso, sino a todo lo que le rondaba la cabeza desde que Harley había regresado. Pensamientos que lo convertían en un hombre irascible y le provocaban ver a su hermano mayor con otros ojos. Replantarse todo el pasado. Un pasado que llevaba oculto demasiado tiempo.

Y que debería seguir estándolo.

Se debatía entre la lealtad y la verdad. Durante toda su vida la había culpado a ella de abrir una brecha en la relación. Pero, *¿y si John...?*

Sacudió la cabeza y desechó aquella idea tan absurda. Su hermano siempre

había cuidado de él. Lo había protegido. Lo quería. El amor entre ellos era incondicional.

Y entonces vio la caja de metal bajo el hueco del armario. Fue hacia ella y la apretó entre sus manos. Temió descubrir algo que no le gustara, así que durante unos minutos no fue capaz de abrirla. De descubrir una verdad que llevaba años negándose.

La abrió y encontró algo que lo dejó desolado. Allí estaba la bola de nieve. Sintió las mismas emociones. Las mismas dudas. Se hizo de nuevo las preguntas. Y experimentó una creciente oleada de pánico.

¿Por qué?, quiso saber. ¿Por qué, John?

¿Acaso sospechabas que no estabais hechos el uno para el otro?

¿Nunca llegaste a darle mi carta?

¿Me mentiste? ¿qué más me ocultaste?

La ira fue consumiéndolo lentamente. Una que llevaba guardándose desde hacía bastante tiempo. Dirigiéndola hacia ella. Para él era más difícil aceptar aquella versión de la historia. Le decía que había sido un cobarde respecto a todo. Y que tal vez las cosas podrían haber sido distintas. Para todos.

Cogió la bola de nieve y supo lo que tenía que hacer.

Harley estaba tumbada frente a la chimenea. Había apilado algunos cojines del sofá y estaba tapada con una manta suave. Intentó concentrarse en la lectura, pero le resultó imposible. Sabía que debía marcharse de allí antes de que todo empeorara. Pero no podía.

Acarició el lomo del libro. Volvió a releer la dedicatoria con letra infantil y sonrió.

Querida Harley,

Espero que esta versión de Jane Eyre haga que me perdones. Ojalá no hubiera tirado tu libro al estanque, pero no puedo volver atrás. Si pudiera, habría actuado de otra forma. Y si me perdonas, te prometo que a partir de ahora no dejaré que los comentarios de los demás se interpongan en nuestra amistad. Para mí eres más importante que la opinión de ellos. De veras que lo siento.

Tu amigo (o eso espero), Matt.

Abrazó el libro. *Dios mío, Matt, ¿qué voy a hacer contigo?* Él la descolocaba. La hacía sentir pequeña. Le provocaba emociones de lo más

contradictorias. Deseó volver a tener trece años para empezar de nuevo. Quizá entonces todo habría sido distinto. Puede que se pusieran de acuerdo sobre el tipo de relación que los unía. ¿Cómo lo había definido él? *Esa es la historia de nuestra vida, una relación extraña y desconcertante. Llena de peleas y reconciliaciones.*

Ella sabía que era mucho más. Era contener la respiración cuando él la tocaba. Odiarlo profundamente. Sentirse atraída al siguiente segundo. Quedarse perdida en sus ojos castaños. Hacerse un millón de preguntas.

—Y tener miedo —musitó en voz alta.

Recordó el encontronazo con el hombre de la verja y se agazapó dentro de la manta. Ojalá tuviese otra opción.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó la voz de él.

A Harley se le cayó el libro al suelo. Se giró hacia Matt mientras el pulso se le disparaba. Él no debería estar allí, pero como siempre lograba sorprenderla en el momento más inoportuno.

—Sabía que estabas aquí. Cuando eras pequeña y no podías dormir, venías frente a la chimenea y te quedabas frita. Decías que el fuego te relajaba.

Observó cómo se acercaba a ella. Cubiertos por el resplandor del fuego, comprendió que aquella atracción no se iría nunca. Quizá tuviera que aprender a convivir con ella, pero el deseo siempre formaría parte de su relación. Y en ese momento lo veía en sus ojos. Puede que él fuese muy bueno camuflando sus emociones, pero Matt Parker la estaba mirando con una profunda lujuria que apenas lograba contener.

—¿Significa eso que me estabas buscando? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Sí.

Vio el reflejo de las llamas en su mirada. Sintió mucho calor.

—Creí que después de la pelea no había posibilidad para la reconciliación. Tú mismo lo dijiste —le recordó.

Él suspiró. Cortó la distancia que los separaba y tomó asiento a su lado. Se sentó muy cerca de ella, rozándole el muslo.

—¿Crees que quiero que nos reconciliemos?

Harley se sintió como una tonta.

—No lo sé.

Él la miró de reojo.

—Yo tampoco.

Parecía tan desconcertado como ella.

—He venido a darte esto. Puede que una dosis de sinceridad sea lo que necesitamos en este momento.

Le ofreció una bola de nieve. Era una preciosa torre Eiffel sobre la que nevaba. Frente a ella, dos pequeñas figuritas se besaban. Harley la agitó y la bola de cristal se cubrió de copos blancos.

—¿Era lo que querías enseñarme en el desván? —la emoción fue palpable en su voz.

Él asintió.

—Te la regalé cuando fue tu cumpleaños. Tú siempre decías que soñabas con ir a París, la ciudad del amor.

Ella se inclinó para estar más cerca de él.

—¿Y qué te dije cuando me la diste?

Matt recordó el momento y una sonrisa de añoranza se le plantó en la cara. Harley pensó que era guapísimo cuando sonreía, porque lo hacía con el corazón. Se le formaban algunas arrugas en el borde de los ojos y tenía un hoyito en la barbilla.

—Me dijiste... —se volvió hacia ella para mirarla a los ojos. Al hacerlo, le acarició la mano sin querer, pero la dejó sobre la suya—. Dijiste que algún día ahorrarías lo suficiente para llevarme a París. Y que puede que entonces yo admitiera que estaba locamente enamorado de ti.

Harley soltó una risilla nerviosa.

—¿Y tú qué me dijiste? ¿Te enfadaste?

—No. Te besé.

A Harley se le encendieron las mejillas. Entonces, él se inclinó sobre ella para besarla. Ella cerró los ojos y tuvo miedo. Y muchísimas ganas. Sintió la respiración cálida de Matt sobre su boca. El roce de sus dedos sobre su barbilla. Aguantó la respiración.

—Pero si descubro que me mientes, no habrá París para nosotros —le dijo con voz queda.

Harley abrió los ojos y respiró de manera acelerada. Se apartó de él, herida y frustrada. Tuvo ganas de salir corriendo, pero él seguía cogiéndole la mano.

¿Qué había sido aquello?

—¿Estás enfadada?

Harley apretó los puños.

—No, ¿por qué iba a estarlo? —replicó con tono irritado.

—Porque creías que iba a besarte —dijo él con suficiencia.

Harley tuvo ganas de pegarle. Uf, era un arrogante de mucho cuidado.

—Ya no tengo trece años, Harley.

Ella lo miró de reojo.

—Yo tampoco.

Notó que él sonreía de medio lado.

—Eso es evidente.

—¿A qué te refieres? —preguntó receloso.

—Da igual.

Ella se volvió hacia él con energía.

—No, no da igual. Me desconciertas... ¿me tienes hecha un lío! No... no sé qué pensar de ti —le recriminó agitada—. Me gustaría entenderte, Matt. ¿Por qué me has dado esta bola de nieve, eh? Hace un minuto parecía que me odiabas.

—Yo no te odio —dijo él, bastante molesto.

—Pues me detestas.

—Tampoco es eso.

—¿Y entonces qué?

—Entonces nada.

Y zanjó el tema. Por su tono de voz, Harley supo que se había cerrado en banda y no quiso insistir. En lugar de ello, se tumbó frente a la chimenea. Se sorprendió cuando él se echó a su lado sin decir una palabra.

—¿Vas a... dormir conmigo? —preguntó turbada.

—No te emociones. Me apetece estar aquí, y tengo tanto derecho como tú.

En lugar de discutir, ella le ofreció parte de la manta. Él la aceptó sin rechistar. Harley lo notó a su espalda, tan cálido que tuvo que contener las ganas de acariciarlo. Soportó aquella atracción que sentía con gran esfuerzo, y musitó:

—Buenas noches, Matt.

Él se puso bocarriba y colocó las manos tras la cabeza. No tenía la menor intención de irse. Por absurdo que fuera, le gustó tenerla allí.

—Buenas noches, Harley.

Primavera de 2003

Matt estaba sentado en el porche de la casa. Tenía la cabeza entre las manos y el gesto pensativo. No estaba satisfecho consigo mismo. De hecho, deseó tener una máquina del tiempo para dar marcha atrás. Así no habría tirado el libro de Harley al estanque. Incluso quería creer que habría plantado cara a sus compañeros de instituto.

John no le hablaba, pero esa era otra historia. Estaba tan deseoso de llamar la atención de Harley que lo hubiera pisoteado de ser necesario. Le había dicho algo así como: *¿lo ves? No me extraña que Harley diga que no eres más que un enano.* Aquello lo había dejado muy pensativo. ¿No le había dicho Harley que John decía exactamente lo mismo de él? ¿En qué quedábamos? ¿Los dos lo veían como un enano, o uno de ellos mentía?

No quiso pensar más en ello. En su lugar, ordenó en su mente las palabras que le diría a Harley cuando la viera. Un *lo siento mucho* se le antojó vacío. Necesitaba algo más elaborado. Ella llevaba siete días sin hablarle. Un tiempo récord incluso para ellos, que se peleaban y reconciliaban cada dos por tres. La había herido de verdad. Y para conseguir su perdón iba a necesitar mucho más que el paquete que llevaba envuelto en el regazo.

Y entonces la vio acercarse a la casa. Venía corriendo, como siempre. Como si tuviera prisa. Como si la vida se le escurriera entre los dedos y tuviera que vivirla muy rápido. Se detuvo al verlo, alzó la barbilla y caminó directa hacia la entrada. Él se puso de pie y le cortó el paso. Ella resopló.

—Me resulta muy difícil ignorarte si te pones delante de la puerta.

—Es que no quiero que me ignores más —dijo resuelto.

Harley se cruzó de brazos y se hizo la dura.

—Pues no haber tirado mi libro al estanque. Has herido mis sentimientos, Matt Parker.

Mala señal. Siempre que ella lo llamaba por su nombre completo significaba que estaba muy enfadada. Se lo iba a poner difícil.

—No... no pasa un segundo sin que me arrepienta por haberlo hecho. Ni siquiera sé por qué lo hice —se disculpó avergonzado.

—Claro que lo sabes. Querías agradar a Gina y sus amigos.

—¡No! —se negó acalorado—. Quería que dejaran de decir que estoy enamorado de ti.

Harley parpadeó confundida.

—¿Eso es lo que dicen?

—Sí, pero todo el mundo sabe que tú y mi hermano... ya sabes...

La boca de ella formó una línea de tensión. Pareció incómoda y Matt no supo por qué.

—¿Qué yo y tu hermano qué?

—Ya sabes... que sois novios.

Harley se puso tan roja como un tomate.

—Eso... eso no es cierto.

Matt sintió una inesperada oleada de alivio. No supo por qué, pero de pronto se sintió contento.

—¿Ah no? —preguntó esperanzado.

—No.

—Pues eso es lo que dicen.

—Y a ti qué más te da lo que digan los demás —gruñó ella.

Él se encogió de hombros.

—A Gina le gustas, por eso te molesta. Por eso se burla de ti diciendo que yo te gusto —le explicó ella.

A Matt se le encendieron las orejas.

—Si quieres le digo que tú y yo no somos... ya sabes... que yo no te gusto —murmuró de mala gana Harley.

—¡No, no le digas nada!

Ella enarcó una ceja.

—¿Por qué no? Es la verdad...

—Porque no quiero que piense que tiene alguna oportunidad conmigo. A mí no me gusta Gina.

Harley intentó camuflar una sonrisa. Él también. Ella desvió la vista al paquete que él agarraba con posesividad y la curiosidad se apoderó de ella.

—¿Qué es eso?

—Esto... quería hacerte un regalo... para hacer las paces... —balbuceó nervioso.

Ella se lo arrebató. Abrió el paquete y contempló el libro con una sorpresa apenas contenida. Y su expresión se fue transformando de la perplejidad a la felicidad más espontánea.

—Gracias.

—Sé que ese libro te gustaba mucho. No es como el que te regaló John, pero...

—Es precioso.

Él suspiró aliviado.

—Te he escrito una dedicatoria, pero no la leas todavía. Me da vergüenza.

Harley se acercó a él y le dio un abrazo. Matt se puso rígido hasta que ella se apartó. Su pelo le hizo cosquillas en la barbilla.

—¿Vamos al estanque? Si quieres te puedo leer un fragmento. Así comprenderás por qué me gusta tanto este libro —dijo ella, alejándose de la casa.

Matt echó la vista atrás durante un breve segundo, y luego la siguió sin dudar.

—¿No venías a ver a John?

Ella apenas se inmutó al escuchar su nombre.

—Prefiero estar contigo.

Y de repente, Matt comprendió que ya no sobraba en la ecuación.

Estaba tirando unas canastas cuando John, sin previo aviso, recogió la pelota y se la devolvió con todas sus fuerzas. Matt contrajo una mueca dolor y observó a su hermano sin comprender a qué venía eso.

—Qué pasa, pequeñajo. ¿Te he hecho daño? —se burló John.

Matt lo miró con cara rara.

—Pues sí.

John se echó a reír y lanzó a canasta. Cuando Matt fue a coger el balón, su hermano lo derribó con el hombro. Se llevaban casi dos años y medio y John le sacaba dos cabezas. Observó con recelo la mano que le tendía. No sabía qué mosca le había picado. Cuando lo puso de pie, John clavó en él una mirada feroz.

—¿Te pasa algo? —preguntó Matt desconcertado.

John le devolvió la pelota con todas sus fuerzas, y a él le dolió el pecho.

—¿Por qué iba a pasarme algo?

Matt se encogió de hombros. Se acercó a la canasta botando el balón, pero John abrió los brazos y le cortó el paso. Matt tuvo tanto miedo que retrocedió. Nunca había tenido miedo de John, sino todo lo contrario. Su hermano mayor siempre lo había protegido.

—¿Qué tal lo has pasado hoy con Harley? —le dijo como si nada, pero hubo una emoción violenta en sus palabras.

Matt se echó hacia un lado cuando intentó quitarle la pelota.

—Bien —musitó.

—¿Bien? Ella parecía muy contenta. Dice que le has regalado un libro.

Matt dejó de tener ganas de jugar al baloncesto.

—Sí, quería disculparme con ella.

Cuando John se acercó corriendo, Matt giró sobre sus talones y lanzó al aro. John saltó y recogió el balón sin esfuerzo.

—¿Y por eso tenías que regalarle mi libro? —le recriminó, repentinamente furioso.

Su libro. A Matt le resultó ridículo que se apropiara de una obra de literatura, pero no se lo dijo.

—Ahora lo entiendo, enano —Matt se sobresaltó al ver cómo lo llamaba—. Le tiraste el libro que le regalé al estanque, y le has comprado el mismo para llamar su atención, eh. Eso es jugar sucio.

Matt sacudió la cabeza. Eso no era...

—¡No! —exclamó irritado—. Y yo puedo regalarle a Harley lo que me dé la gana.

La mirada de John se ensombreció.

—¿Cómo dices?

—Que es mi amiga, y puedo regalarle lo que yo quiera. Te guste o no—se envalentonó Matt.

John apretó los dientes.

—Creí que no te tenía que decir esto, Matt, pero ella no te soporta. Piensa que no eres más que un crío. Incluso se ríe de ti cuando estamos juntos.

Matt tuvo un repentino ataque de lucidez, porque no se creyó ni una de las palabras de su hermano. Quizá el que sobraba en la ecuación, después de todo, era John, y no él.

—¡Mientes!

—Yo nunca te mentaría, enano.

—¡No me llames enano!

—Es lo que eres, Harley lo repite constantemente...

— Actúas como si fuera tuya... pero ni siquiera es tu novia —le soltó a bocajarro.

John le arrojó la pelota a la cara con todas sus fuerzas. Matt no la vio venir y se cayó de espaldas. Lo vio todo nublado a su alrededor. Le escocía la barbilla y notó la sangre caliente derramándose por su cuello. Escuchó una discusión acalorada. Luego las palabras de su madre.

—¡En qué estabas pensando, John! Oh... creo que le quedará cicatriz.

—Ha sido sin querer. Estábamos jugando al baloncesto y Matt no vio la pelota —se disculpó su hermano.

En ese momento, Matt tuvo una cosa muy clara: John lo había hecho a propósito.

en los exámenes finales. Con esfuerzo, un poco de suerte y la beca, podría estudiar Derecho. Su padre estaría orgulloso de él y Fernando le demostraría a todo el mundo que había nacido para algo más que podar setos. Incluso Mia, aquella niña mimada que lo miraba por encima del hombro, tendría que admitir que aquel al que llamaba chicano se había convertido en un hombre de éxito. Necesitaba impresionar a todos los que lo habían menospreciado en el instituto, pero principalmente a ella. Pronto se acabarían las miradas de desprecio y los comentarios desagradables.

¡Y ella le había dicho que le gustaba! Bah, Fernando sabía de sobra que lo hacía para llamar su atención. No era más que una niña caprichosa acostumbrada a tener todo lo que quería. No era halagador que se hubiera fijado en él. De hecho, podía entender que lo había hecho porque él era el único con dos dedos de frente en el instituto que no suspiraba por sus huesos. Sinceramente, no sabía qué le veían los demás. Era egocéntrica y prepotente. Sí, también era preciosa. Pero una chica necesitaba mucho más que la belleza para llamar su atención.

Vio a Mike y su pandilla a la salida del instituto. Llevaba siendo pasto de sus burlas desde que tenía noción del tiempo, pero generalmente lo dejaban en paz. Algún que otro comentario hiriente y poco más. Ojalá pudiera decir que no le importaba, pero en el fondo de su corazón siempre se había sentido fuera de lugar. El joven mulato y pobre que vestía con ropa de segunda mano y no iba a ninguna fiesta.

No había ni rastro de Mia junto al resto de sus amigos, lo que lo dejó descolocado. Últimamente almorzaba sola y con la cabeza metida entre los libros. Resultaba extraño que ella tratara de pasar desapercibida, pues le encantaba ser el centro de atención. Quizá hubiera discutido con sus amigos y estos la habían dejado de lado. Si así era se lo tenía merecido.

Fue a por su bicicleta, y cuando le quitó el candado, se percató de que le habían pinchado las ruedas. Mike y sus amigos se rieron en voz alta. Fernando los miró de reojo y supo que habían sido ellos. Teniendo en cuenta que eran mayoría, lo más sensato habría sido largarse de allí con la cabeza gacha. Pero no pudo contener la rabia y se volvió hacia ellos.

—¿No sabréis quien ha hecho esto?

Todos se miraron con complicidad. Mike se encogió de hombros y soltó un silbido.

—Qué va, tío. Pero no era más que basura, quien quiera que haya sido te ha hecho un favor —le respondió con chulería.

Volvieron a reírse. Fernando apretó los puños.

—Quien quiera que haya sido no es más que un gilipollas. Y si fuera tan valiente, me lo diría a la cara.

Mike le dedicó una mirada feroz.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió—. He sido demasiado indulgente contigo, a lo mejor necesitas que alguien te demuestre quién manda aquí.

—Descuida, me queda claro que te gusta ser el líder de esa manada de imbéciles.

—¿Cómo nos has llamado? —gruñó Ryan.

Mike le plantó una mano en el hombro a su amigo para tranquilizarlo.

—Esto es cosa mía. Ya va siendo hora de que alguien te explique que las chicas como Mia están fuera de tu alcance.

Fernando lo miró perplejo. ¿Qué tenía que ver Mia en todo aquello?

—Es toda tuya, a mí no me interesa —le dijo con frialdad.

—Joder, y encima tienes los cojones de mentirme a la cara —respondió rabioso Mike.

Alguien le tendió un palo de metal a Mike, y Fernando retrocedió de manera instintiva. Agachó la cabeza y esquivó el primer golpe. Se echó hacia atrás para repeler el segundo, pero el metal le alcanzó las costillas. Aulló de dolor.

—Vas a arrepentirte de haber nacido —la voz de Mike fue un destello de ira.

Fernando vio la sombra del metal cernirse sobre su cabeza y se cubrió con las manos para protegerse.

Mia observó horrorizada la escena y no lo dudó. Puso el coche en marcha, aceleró en dirección a la pelea y comenzó a pitar una y otra vez. Mike dejó de golpear a Fernando, que yacía en el suelo en posición fetal.

—¡Maldita sea! ¡Qué nos van a oír! —le reprochó Mike.

Mia le enseñó el dedo corazón.

—Esa es la intención, ¡capullo! Si no quieres que todo el instituto venga a ver qué pasa, más te vale salir corriendo —le gritó ella.

Aunque por dentro estaba muerta de miedo, se hizo la dura y colocó la mano sobre el volante. Mike arrojó el palo al suelo y se fue corriendo con el resto de su manada. Se detuvo un instante para mirar a Mia con tanto odio que ella se convenció de que sería la siguiente. Pero no tuvo tiempo de temer por su seguridad, pues Fernando la necesitaba. Salió del coche y corrió a

ayudarlo. Intentó ponerlo en pie, pero él emitió un gruñido ronco y le flaquearon las fuerzas.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —dijo con voz débil.

—¡Ayudarte! ¿O te vas a poner exquisito? —perdió los nervios.

Fernando se apoyó en ella para cojear hacia el coche. Mia ni siquiera tuvo valor de mirarlo. Cuando se sentó en el asiento del copiloto, ella puso el coche en marcha y se largó de allí a toda velocidad.

—Si no me han matado sus golpes, no quiero que me mates tú conduciendo —se quejó él.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estupendamente. Casi no puedo respirar, me duele todo el cuerpo y mi orgullo acaba de ser pisoteado, pero disfrutar de la compañía de una chica guapa empata la situación —ironizó él.

Mia se quedó con la parte en la que la llamaba guapa. *Algo es algo*, pensó.

—Creí que eras una persona pacífica —le recriminó ella.

Él se echó a reír secamente.

—Lo soy. Por esa era yo el que estaba tirado en el suelo.

Mia se mordió el labio inferior.

—Deberíamos denunciarlo.

—¿Al hijo del director? Sabes que no serviría de nada. Tú eres su novia, lo conoces mejor que nadie.

Mia apretó las manos en torno al volante. Sí, no era la primera vez que Mike se metía en una pelea. Como de costumbre, su padre encontraría la forma de que se escaqueara. Así funcionaban las cosas en aquella ciudad.

—No es mi novio —respondió irritada.

Fernando la miró de reojo, pero no dijo nada.

—¿Qué? —quiso saber ella.

—Nada.

—Me estabas mirando... un poco raro.

—Esto es raro.

Ella se quedó callada.

—Que tú me lleves en tu coche es raro. Que seas amable conmigo... es raro.

Dios, él no se enteraba de nada. ¿Acaso no la había oído declararse? En fin, hombres...

—No me lleves a casa —le pidió él.

—Pero... tienes que curarte esas heridas.

—No quiero que mi padre me vea así. Se pondrá hecho una furia y querrá denunciar. Quiero ahorrarle el mal trago.

Mía suspiró.

—Para que luego digan que la cría soy yo... —murmuró en voz baja. Podía entender a Fernando, al fin y al cabo, le quedaban pocos meses para graduarse y quería pasar página. Pero le daba rabia que Mike volviese a salirse con la suya. Entonces cayó en la cuenta de algo y cambió de rumbo—. Sé dónde llevarte.

Definición de lo que es una mala idea: dormir con una mujer a la que no veía desde que tenía trece años, y por la que sentía una atracción perversa.

Definición de lo que es una muy mala idea: levantarse con una erección pegada al trasero de Harley.

Su vida estaba repleta de malas decisiones, pero aquella se llevaba la palma. El por qué había decidido dormir con ella era todo un misterio. Había sido su olor. Su piel suave. Las ganas de olvidarse por un instante de sus dudas. Y se había despertado abrazado a ella y con la polla dura.

Rezó para que ella no lo hubiese notado. La había dejado dormida y se había largado de allí a toda prisa. Y ahora conducía hacia Leesville, una pequeña ciudad de Lousiana, para lavar su conciencia. Así fingiría que no le había puesto las manos encima a Harley o que todavía se excitaba al pensar en ella.

Se había estudiado el expediente con toda la información relativa a Harley. En su tarjeta de la seguridad social rezaba la ciudad de Leesville como domicilio. Esperaba encontrar algo allí, o tal vez en la cafetería de aquella tarjeta que habían encontrado en su cartera. Sesenta y cinco dólares, una laca de uñas, algunos chicles y gomas del pelo era todo lo que había en su bolso. En el maletero de su coche —que era alquilado—, una maleta con ropa.

¿Pensabas quedarte durante un tiempo?

Ni fotografías de amigos, ni un teléfono ni nada que pudiera jugar en su contra. Un equipaje escaso y habérsela encontrado en dirección a su casa eran todas sus sospechas.

¿A qué has venido?

¿De veras no te acuerdas de nada?

Aparcó frente al edificio de apartamentos y comprobó el que rezaba en la tarjeta de la seguridad social. Fue hacia allí sin saber qué iba a encontrarse.

Llamó a la puerta y nadie contestó, así que probó suerte con la de al lado. Un hombre mayor, entrado en canas y vestido con una bata de estar por casa, salió a su encuentro y lo estudió con recelo.

—Buenas tardes, mi nombre es Matt Parker y soy de la policía de Golden Pont. Venía buscando información sobre esta mujer. Según tengo entendido, vive en la puerta de al lado suya.

Primero le enseñó su placa, y luego la foto con la esperanza de que el anciano la conociera. El viejo apretó los labios y asintió con gesto avinagrado.

—¡Sí, claro que sé quién es! Es mi inquilina, y llevo una semana sin saber nada de ella. ¡Debería haberme pagado el alquiler! Si la ve, dígame que venga a recoger sus cosas o me pague de una maldita vez.

—¿Qué es lo que sabe exactamente de ella?

El hombre puso mala cara. Era evidente que no le gustaba que lo hicieran perder el tiempo.

—Pues... no mucho. Lleva dos meses viviendo aquí, jamás se retrasaba al pagar el alquiler... una chica solitaria y algo triste. Nunca me dio problemas hasta hace una semana, ¡Así que si la ve...!

—Necesitaría las llaves de su piso para inspeccionar algunas cosas —lo cortó.

—¿No se habrá metido en algún lío?

—Es un procedimiento rutinario, no se preocupe.

—¿No necesitaría una orden judicial o algo así? —desconfió el hombre.

Matt suspiró. Iba a ser un hueso duro de roer.

—Verá, le voy a ser sincero. Harley ha sufrido un accidente recientemente. Va a pasar mucho tiempo en el hospital, y estoy seguro de que necesitará alguna de sus pertenencias. Si fuera tan amable de abrirme la puerta, estoy seguro de que ella se lo agradecería.

—Pero, ¿se ha metido en un lío o no? Lo único que quiero es que me pague el alquiler.

Matt le dedicó una mirada sombría. Apenas conocía a Harley. Aquel viejo ni siquiera se preocupaba por ella. Un repentino arrebató de ira lo consumió.

—¿A cuánto asciende el alquiler? —preguntó con frialdad.

La cara del viejo se contrajo en una mueca codiciosa.

—Quinientos cincuenta dólares.

Matt sacó la cartera y fue a entregarle el dinero, pero retiró la mano antes de que el casero pudiera cogerlo.

—La llave.

—Claro, agente, por supuesto...

Una vez dentro del pequeño apartamento, Matt comprobó que las pertenencias de Harley seguían siendo escasas y poco esclarecedoras. Rebuscó por todas partes. Bajo el colchón, tras los cuadros, en el falso techo del cuarto de baño... pero no halló nada que le sirviera. Ni recuerdos, ni fotos, ni cartas, ni aparatos electrónicos. Era como si alguien hubiese preparado aquella escena.

Como si ella supiera que yo iba a venir.

Se rascó la barbilla, pensativo. Harley lo conocía tan bien como él a ella. Si pretendía ir un paso por delante, él debía ser más listo. Si aquel apartamento no era más que una tapadera, él encontraría otro hilo del que tirar.

Metió ropa limpia, utensilios de pintura y libros dentro de la mochila que había llevado consigo. Cuando abrió la puerta para marcharse, se encontró con una chica morena y bajita que lo observaba con aire indignado.

—¿Quién demonios eres tú? ¿Y qué haces en casa de mi amiga?

—Me llamo Matt Parker, y soy de la policía de Golden Pont. Tu amiga Harley ha sufrido un accidente y he venido a recoger algunas de sus cosas.

Estudió la reacción de ella y comprobó que tenía razón. Hubo una emoción estudiada en su rostro. Como si lo que él acabara de contarle no la hubiera sorprendido. Como si Harley hubiese hecho partícipe de sus planes a aquella extraña.

—¡Oh, Dios mío! ¿Se encuentra bien?

—Sí, aunque deberá pasar un tiempo en el hospital mientras se cura del todo —le mintió.

La extraña parpadeó confundida, pero pronto se recompuso.

—No me he presentado, me llamo Susan.

—Encantado de conocerte, Susan —le estrechó la mano y la miró a los ojos.

Susan, eres muy mala mintiendo. Harley debería haberse percatado de ello.

—¿Harley y tú sois muy amigas? —quiso saber.

—Bueno, nos conocemos desde hace un par de meses. Soy su vecina de enfrente y nos llevamos muy bien. La he estado llamando estos días, pero debe de haber perdido el móvil en ese accidente que comentas. ¿Qué le ha pasado exactamente?

—Tal vez tú puedas sacarme de dudas. Iba en coche a visitar a unos amigos en Golden Pont. ¿No te comentó nada al respecto?

A Susan le tembló la barbilla.

—Pues... no. Ella es bastante reservada, ¿sabe? Apenas sé nada de su vida.

—¿Amigos, un novio?

Ella se retorció las manos con nerviosismo.

—No lo sé, lo siento.

—¿De qué vivía?

—Bueno, estuvo trabajando en la cafetería que hay a la entrada de la ciudad, pero cerraron hace un par de semanas. Desde entonces buscaba trabajo, y vendía algunos cuadros para llegar a fin de mes. Pinta unos cuadros preciosos, ¿sabe?

Lo sé, y creo que es la única verdad que ha salido de tu boca desde que estamos hablando.

—Ha sido un placer hablar con usted, Susan. Si recuerda algo más, por favor, no dude en llamarme. Cualquier dato sobre conocidos o familiares de Harley Brown me sería de mucha utilidad. Seguro que ellos quieren estar al tanto de su estado de salud.

—Como ya le he dicho, no puedo ayudarle con eso —respondió ella, con un deje de irritación.

Matt le tendió su tarjeta y regresó hacia el coche. Pasó toda la mañana en aquella ciudad, interrogando a gente que poco o nada sabían sobre Harley. Era nueva en la ciudad y todo un misterio. Las palabras *educada*, *distante* y *solitaria* solían repetirse entre quienes la habían tratado. Y tras aquella búsqueda infructuosa, Matt lo tuvo claro: aquello era una farsa.

Mia presionó el algodón empapado de alcohol sobre la herida de sus costillas. Fernando apretó los dientes y trató de contener el grito, pero de su boca escapó un gemido traicionero. Se encontraban en aquella casa del árbol del jardín de los Parker. Él nunca había estado allí.

—Si no te estás quieto, no voy a poder curarte —le dijo ella.

Fernando la observó intrigado. Era como si aquella nueva Mia se hubiera tragado a la anterior. Porque esta era amable, delicada y parecía preocupada por él.

—Intentaré no moverme.

Fernando aguantó el tipo cuando ella le desinfectó las heridas. A Mia le

temblaban las manos, y deseó que él no fuera consciente de ello. Se había quitado la camiseta y tenía un abdomen plano y bronceado con un hilo de vello oscuro que se perdía bajo sus pantalones. Contuvo la respiración y trató de mostrarse lo más serena posible.

—Siento mucho que Mike te haya golpeado. Sigo pensando que deberías denunciarlo —insistió furiosa.

Fernando le apretó la mano y ella lo miró.

—No quiero, ¿vale? El director me prometió que enviaría una carta de recomendación a un amigo que tiene influencias en Yale. Si denuncio a su hijo, me puedo despedir de esa oportunidad.

Mia lo miró impresionada.

—¿Quieres ir a Yale?

—Sí, me gustaría estudiar derecho.

Esperó que ella se burlara de su ambición, pero no lo hizo.

—Tienes un buen expediente, conseguirás todo lo que te propongas, sea con la ayuda del director o no.

—¿Y qué hay de ti? —se interesó él.

Mia hizo una mueca.

—¿Yo? Bueno, todos sabemos que no soy lo suficiente brillante para ir a Yale. Aunque no hay nada que el dinero de mi familia no pueda pagar, ¿no? —habló con pesar.

—No hables así de ti misma.

—¿Por qué no?

—Porque...

Fernando entrecerró los ojos y la estudió con interés. Su mano seguía aferrada a la de ella.

—A veces siento que no te conozco... pero si escarbo un poco, me da la impresión de que hay mucho que descubrir.

A ella se le encendieron las mejillas.

—Ya... ¿y no tendrá algo que ver en tu reciente descubrimiento que te haya curado?

Él sonrió con timidez.

—Puede, pero es que tienes unas manos muy hábiles.

Avergonzada, Mia le soltó la mano.

—No quería decir eso —se disculpó él.

Ella asintió con la boca apretada. Por supuesto que no. No era más que una cría inocente a la que le daba pánico todo lo que tuviera que ver con el sexo.

¡Y pensar que en el instituto todos la tenían por una fresca! Si ellos supieran...

—Seguro que hay algo que deseas con todas tus fuerzas —la animó él.

A ti.

—Pues... no tengo ni idea. Ni siquiera sé qué se me da bien —respondió apenada.

—Algo habrá. Algún talento sin descubrir, ya verás.

Era la primera vez que alguien creía en ella. Que no la sobreprotegía ni la trataba como si fuera un caso perdido. Y le gustó.

Mia se tumbó bocarriba sobre el suelo de madera. Fernando hizo lo mismo y sus manos se rozaron. —Nunca había estado aquí.

—Me gusta venir cuando quiero estar sola.

Él giró la cabeza y la miró. Mia contuvo la respiración.

—Ahora estás conmigo.

—Sí... quizá es bueno hacer excepciones de vez en cuando.

Se puso bocabajo y le señaló una pintada en el suelo. Él adoptó su misma postura y observó aquella frase: *Harley, Matt & John. Amigos para siempre.*

—¿Qué crees que pudo haberles pasado? —le preguntó Mia.

—Crecieron.

Ella no estuvo de acuerdo.

—No, no fue eso.

Él la miró con curiosidad. Le apartó un mechón de pelo que le caía sobre la frente y se lo colocó tras la oreja. Le rozó el pómulo con timidez y ella entrecerró los ojos.

—¿Y entonces qué fue? —preguntó él en un susurro.

Ella lo miró a los ojos.

—Se enamoraron.

Fernando la cogió de la nuca y se inclinó para besarla. A Mia se le aceleró la respiración y cerró los ojos. Pero el beso nunca llegó. Se quedó a medio camino, paralizado y confuso. Sin saber por qué había estado a punto de besar a la chica que llevaba odiando desde que era un niño. Se apartó de ella y la miró consternado. Mia se sintió tan patética que no reaccionó.

—Lo siento... no sé qué me ha pasado. Estoy saliendo con Gillian —se disculpó él.

Se puso en pie de un salto y salió a toda prisa de allí. Mia se quedó tumbada en el suelo, deshecha y herida en lo más profundo de su corazón.

Primavera de 2003

Estaba leyendo bajo la sombra de un roble cuando los vio llegar. Matt caminaba cabizbajo algunos metros detrás de John. Al llegar junto a ella, John

la saludó con un beso en la mejilla y se tomó asiento a su lado. Matt se sentó en el columpio y ni siquiera la miró. Harley enarcó una ceja.

—¿Y a ese qué diantre le pasa? —preguntó mosqueada.

—Que nunca madurará —respondió John con tirantez.

Le pasó un brazo por los hombros. Ella se sintió algo turbada, pero no se apartó. Se encogió contra el árbol y aguantó el tipo. Sabía que él no lo hacía con mala intención, pero a veces la irritaba. Que la tratara como si tuviera algún tipo de derecho sobre ella la ponía de los nervios. Porque le recordaba a él.

—Voy a hablar con él —decidió ella.

John tiró de su mano para buscar su atención.

—¿Por qué? Estamos bien así. ¿Nunca has oído que tres son multitud? —bromeó él.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Eso no tiene gracia.

John resopló.

—Pero Harley...

—Somos amigos, ¿no? —lo dijo de tal modo que él no fue capaz de contradecirla.

Harley caminó hacia Matt, que se columpiaba con expresión seria. Se colocó a su espalda y comenzó a empujarlo. Él se sobresaltó al ver que era ella.

—¿Qué haces aquí solo?

—Pensé que querías estar juntos.

Harley tiró de la rueda y detuvo su balanceo.

—Los amigos se cuentan la verdad, Matt Parker —lo acusó.

Entonces, se percató de algo y se puso frente a él. Abrió los ojos de par en par. Cuando fue a tocarle la cicatriz, Matt le dio un manotazo y se puso tan colorado como un tomate.

—¿Cómo te has hecho eso? —ella desvió la mirada un corto instante hacia John.

Matt se levantó del columpio.

—Nada, jugando al baloncesto —trató de esquivarla.

—Te he dicho que los amigos se cuentan la verdad —le recriminó, e intentó verle de cerca aquella cicatriz tan fea.

Matt la empujó para que no lo hiciera. Harley se cayó de culo y lo miró con una mezcla de pena y furia.

—Déjame en paz —le ordenó él.

Le tendió una mano para que se pusiera en pie, pero ella la rechazó.

—¡Eres un cobarde! —le gritó ella.

Se puso de pie y corrió hacia donde estaba John, dejándolo boquiabierto. Harley se cruzó de brazos y miró a John con mala cara. Éste se la quedó mirando sin saber qué decir.

—¿Cómo se ha hecho Matt esa cicatriz? —quiso saber.

John clavó la vista en el suelo. Había algo atemorizante respecto a mentir a Harley. Ella te miraba de tal forma que siempre te pillaba. Y si le mentías, nada en el mundo te protegería de su ira. De todos modos lo intentó.

—Jugando al baloncesto —respondió muy calmado.

Ella lo señaló con un dedo.

—No me gusta la violencia, John Parker.

Él se puso tan recto como una vara.

—¿De qué estás hablando? —comenzó a teñirse de un intenso color rojo que lo delató.

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando. Me das pena.

Agarró su libro y se largó de allí corriendo. Los hermanos se la quedaron mirando perplejos. Aquella vez, fue John quien agachó la cabeza. Matt no pudo dejar de mirarla hasta que desapareció en el horizonte, y sintió una profunda oleada de orgullo. Ella no solo lo había defendido, sino que lo había elegido por encima de John.

Harley estaba tan concentrada en el retrato que apenas escuchó lo que Penélope le decía. Mientras pintaba, vio los rasgos de una mujer hermosa que había envejecido de manera prematura. Matt había heredado los ojos castaños y profundos de ella, mientras que John la sonrisa relajada de su madre. Sin el rostro cuarteado por el paso del tiempo, podría haber sido la viva imagen de Mia.

—¿Decías algo? —preguntó Harley.

—Creo que esto no es una buena idea. El retrato de Mia es precioso, pero yo no soy más que una vieja entrada en canas.

—Entonces deberías teñirte el pelo —bromeó Harley—. ¿Cuánto tiempo hace que no te dedicas un minuto a ti misma? Para ir a la peluquería, comprar ropa, ponerte guapa...

Penélope agachó la cabeza. Harley se arrepintió de haber hecho aquel comentario, porque sabía la respuesta: desde que Bill había muerto, su mujer se había abandonado a sí misma.

—Esto ya está. Quiero hacerle los últimos retoques antes de terminarlo.

Penélope dejó de posar y suspiró aliviada al relajar los músculos.

—¿Puedo verlo? —dijo con curiosidad.

—¡No!

Harley se apresuró a cubrir el caballete, pues quería que fuese una sorpresa.

—Todavía no está acabado, soy un poco maniática... —se disculpó.

Penélope fue a decir algo, pero la voz de John la interrumpió.

—¿Me habéis echado de menos? —asomó la cabeza por la puerta y dejó su maleta de mano en el suelo.

—¡John, pensé que volvías mañana! —exclamó sorprendida su madre.

Saludó a su madre con dos besos. Luego se acercó a Harley, envolvió su cintura en un abrazo cálido y la besó en la mejilla. Harley se puso rígida y no supo por qué.

—Iba a volver mañana, pero todo se resolvió antes. Y os echaba de menos —le dedicó a Harley una mirada cargada de intenciones.

Ella clavó los ojos en el suelo, atribulada por su descaro.

—Pues llegas justo para la cena —dijo su madre, dirigiéndose a la cocina.

—¿Te ayudo? —se ofreció Harley.

De repente, tenía la necesidad de escaquearse. Penélope esbozó una mueca afligida.

—Cielo, cocinar no es lo tuyo. Además, eres nuestra invitada.

Harley fue a rebatirla, pero John le cogió la mano y la atrajo hacia él. Le rozó el cuello con la boca y se quedó muy cerca de ella. Demasiado.

—Te he echado de menos —le susurró.

Le acarició los nudillos con el pulgar y subió su otra mano hasta su nuca. Harley temió que la besara, pero no lo hizo. Se la quedó mirando de una forma extraña e íntima.

—¿Ha ido todo bien por aquí? —no la dejó responder. Su voz adoptó un tono grave y añadió—: ¿Matt te ha molestado?

—¡No! —respondió algo nerviosa—. Ha sido... amable.

John enarcó una ceja.

—A su manera —musitó ella.

John no pareció del todo convencido, pero lo dejó estar. Fue hacia su maleta y sacó un paquete envuelto que le entregó con una sonrisa radiante. Ella lo miró intrigada.

—Sé que no sabes a qué viene esto, pero los encontré en la tienda del aeropuerto y me acordé de ti. De pequeña te encantaban. Aunque no sé si ahora... ya sabes...

Ella entendió lo que iba a decir, así que se limitó a rasgar el envoltorio. Eran chocolatinas suizas de la marca Frey. De solo mirarlas se le hizo la boca agua. Y un recuerdo fugaz e intenso la dejó conmocionada. Sostuvo el paquete con manos temblorosas.

—Gracias, seguro que me encantan.

Se mordió el labio inferior y lo miró indecisa.

—¿Qué pasa? —adivinó él.

—He pensado que podría aprovechar el tiempo mientras estoy aquí. Ya sabes, hacer algo útil. Valerme por mí misma.

—No tienes por qué trabajar. No quiero que me malinterpretes, Harley, si es lo que tú quieres me parece bien. Pero aquí eres una invitada y una más de la familia. No nos debes nada.

—Lo sé, pero me gustaría ganar mi propio dinero —insistió ella.

—¿Qué tienes pensado hacer?

A ella se le iluminó la expresión.

—Bueno... se me da bien pintar. Había pensado en retratar a la gente de la ciudad. Podría pintar en alguna calle concurrida.

—¿En la calle? —la repulsa de él no le pasó desapercibida.

—Sí, en la calle. No tiene nada de malo.

—Podría alquilarte algún local decente. No tienes que pintar en la calle como si fueses una vagabunda.

Ella se sobresaltó.

—Eso no me convierte en alguien peor, John —se defendió indignada.

Él se echó a reír y le puso las manos en los hombros con una actitud paternalista que la sacó de sus casillas.

—Por supuesto que no. No quería decir lo contrario. Me voy a dar una ducha. Si quieres, después de cenar te enseño algunos locales comerciales que tengo en la ciudad. Hay uno perfecto que hace esquina, con un ventanal enorme por donde entra mucha luz. Sería perfecto para tu proyecto.

Le guiñó el ojo y desapareció escaleras arriba. Harley se quedó tan perpleja que permaneció allí de pie durante varios minutos. A John no solo no le importaba su opinión, sino que acababa de insultarla sin ni siquiera darse cuenta.

—Te estaba buscando —dijo una voz masculina a su espalda.

—Ah, eres tú.

Se volvió hacia Matt de manera apática. Él, por el contrario, parecía tener muchas ganas de gresca. Soltó un macuto en el suelo que cayó frente a los pies de ella. Harley le echó un vistazo.

—Me encantan las sorpresas —dijo ella con voz suave.

Él sonrió de medio lado.

—Pues esta te va a encantar.

Se puso a su lado, le pasó una mano por los hombros y la abrazó con fuerza. Incómoda, ella trató de apartarse, pero él la tenía bien apretada. No supo qué mosca le había picado a aquel bruto, pero se sintió fuera de lugar. El cuerpo de Matt exudaba un calor que la envolvió con rapidez. Recordó cómo había sido dormir con él. Lo desconcertada y excitada que eso la había hecho sentir.

—Verás, Harley... reconozco que eres el primer caso de amnesia al que me enfrento... —la miró de reojo y ella se tensó—, así que no sabía si tu absoluta falta de interés por tu pasado era normal o no. Como soy un buen tipo, me propuse ayudarte a recordar. Y he conducido durante varias horas hasta tu casa.

—¿Qué has hecho qué? —preguntó estupefacta.

Matt la soltó y puso las manos en alto.

—No, no me lo agradezcas todavía, por favor... —le dedicó una sonrisa lobuna y continuó con su actuación—. Resulta que en Leesville, Louisiana, lamento tener que decirte que no tienes muchos amigos. Solo llevas viviendo allí dos meses y no le importas a casi nadie.

—Eres el hombre con más tacto del planeta, ¿lo sabías?

Él la ignoró.

—Pero lo que más me llamó la atención fue tu apartamento.

—¿Has entrado en mi casa? ¡No tienes ningún derecho! —explotó indignada.

—Sí, de hecho, te he traído algunas de tus cosas. Supuse que las echarías de menos.

Ella miró la mochila que estaba a sus pies.

—Matt... te has pasado de la raya —le recriminó.

Entonces la mirada de Matt se ensombreció.

—Reconozco que eres muy lista, Harley. El apartamento, tu amiga Susan, la cafetería que cerraron curiosamente hace algunas semanas, un pueblo en el que nadie te conoce... es el escenario perfecto para que nadie sospeche de ti. Para que no sepamos quién eres en realidad, de dónde vienes o a qué has venido.

Ella se puso lívida.

—¿De qué estás hablando? —siseó nerviosa.

—Pero se te pasó un pequeño detalle. Te conozco, Harley.

—Tú no me conoces en absoluto.

—¿Eso es un reto? —murmuró él.

Le flaquearon las fuerzas y clavó los ojos en la boca de ella. Harley quiso huir a algún lugar en el que no tuviera que enfrentarse a aquel hombre tan odioso. Porque lo odiaba. Lo detestaba con todas sus fuerzas.

—Eso es un... ¡vete a la mierda! —le escupió a la cara.

Él soltó una carcajada.

—Vamos, no te enfades. Si no tienes nada que esconder, mi pequeña excursión no debería ponerte tan nerviosa.

Alzó la barbilla para plantarle cara.

—No estoy nerviosa, sino furiosa.

Él dejó su cara a escasos centímetros de la de ella.

—Me trae sin cuidado.

—Si te trajese sin cuidado, te olvidarías de mí.

Matt apretó la mandíbula.

—Estoy cuidando de mi hermano, tú no me importas lo más mínimo.

Ahora fue ella quien se echó a reír, sacándolo de sus casillas.

—Te lo dices a ti mismo una y otra vez, ¿a qué sí?

Matt notó como le hervía la sangre. ¿De qué hablaba aquella condenada mujer? ¡por supuesto que lo hacía por su hermano! Ella no le importaba lo más mínimo.

—Te dices que todo esto lo haces por John, que necesitas protegerlo de mí...

—Así es —determinó cabreado.

Harley entornó los ojos, le rozó la barbilla con la boca y susurró:

—Se te puso dura cuando dormiste abrazado a mí. ¿Eso también lo haces por John?

Sus miradas se encontraron con una mezcla de rabia y atracción incontenible. Y todo explotó. Aquel fue el comentario que colmó el vaso. Lo mandó todo al garete y perdió el poco autocontrol que le quedaba. La empujó contra la pared y la besó furioso. Ella abrió la boca, sobresalta. Excitada por aquella entrega tan imprevista. Quiso apartarse, pero el deseo fue tan intenso que la dobló. La boca de Matt era suave y tentadora. La besaba a caballo entre el anhelo y la rabia. Intentó forcejear en vano, pero no pudo contenerse más y se dejó llevar. Sucumbió a un beso que despertó emociones fuertes y contradictorias en ella.

Matt la cogió de las caderas y la besó de una manera salvaje. Sin cariño. Con una rudeza que la desarmó. La necesitaba, joder. La necesitaba tanto que le dolía. Le mordió el labio inferior, buscó su lengua y soltó un gruñido ronco. Harley le acarició los antebrazos y suspiró de placer. Él bajó las manos y las metió por dentro de su vestido. Acababa de perder el control y todo le daba igual. Quería hacerlo allí mismo, que Dios lo perdonara si alguien los pillaba. Le acarició los muslos. Se acercó hacia sus bragas de manera peligrosa, y supo que si continuaba ya nada volvería a ser igual. Que no habría marcha atrás.

Se apartó sobresaltado y respirando con dificultad. Se peinó el cabello, soltó una maldición y la miró impactado. La agitación inicial fue dando paso a la ira.

—Esto... —llevó la mano de ella a su erección. Harley se quedó de piedra y la retiró de golpe—. Esto tiene fácil solución. Me basta con la primera mujer que se cruce en mi camino. Con cualquiera que no seas tú.

Todo era perfecto. Los padres de Gillian no estaban en su casa y volverían de madrugada. Ella se mostraba cariñosa. Él sabía lo que tenía que hacer. Y, sin embargo, algo no encajaba. Porque había estado a punto de besar a Mia.

¿Qué se te pasó por la cabeza?, se recriminó disgustado.

Ella ni siquiera te gusta. Puede que haya cambiado, pero eso no significa nada. Sales con Gillian. Te gusta Gillian, se decía una y otra vez a sí mismo.

Ella encendió la minicadena y la música los envolvió. Sonaba Diamonds, de Rihanna. Las velas aromáticas impregnaban el ambiente de un olor dulzón. Gillian comenzó a desnudarse y se tumbó a su lado. No era la primera vez que lo hacían.

Es lo que se supone que hacen las parejas.

Pero algo era diferente aquella vez. Fernando podía sentirlo, pero no ponerle nombre. O no quería hacerlo, porque entonces debería haberse replanteado muchas cosas. Para empezar, por qué su polla no se empalmaba cuando Gillian le desabrochó la bragueta y la cogió con las manos. Otras veces había sido cuestión de segundos, pero en aquella ocasión Gillian lo miró a los ojos muy disgustada.

—Fer, ¿qué te pasa?

—Nada.

—¿Nada? Apenas me hablas, prácticamente he tenido que suplicarte que vinieras hoy a mi casa, y estás... en otro mundo —se quejó.

—Me preocupan los exámenes finales —mintió él.

—Tienes la mejor nota de la clase, ¡relájate! —lo animó ella.

Al ver que su expresión no cambiaba, ella se tumbó encima de él y lo besó. Fernando ni se inmutó, así que Gillian se apartó bastante frustrada.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Nada, de verdad.

Ella lo acusó con la mirada.

—He visto tus moratones, no son de una caída.

—No quiero hablar del tema —la esquivó él.

—He oído rumores. Dicen que Mike te pegó una paliza porque estabas coqueteando con Mia. Os vieron salir de aquella fiesta cogiditos de la mano, ¿es eso cierto? —exigió saber.

Fernando intentó mostrarse lo más indiferente posible.

—Lo que ese imbécil piense no tiene por qué ser la verdad.

—O sea, que sí que te gusta.

—¡Pues claro que no! —perdió los nervios.

Gillian se cruzó de brazos y le lanzó una mirada furibunda.

—Lleva haciéndote la vida imposible desde que empezaste a trabajar para su familia. Es egocéntrica, malcriada, te trata como si fueras basura... ¡no lo entiendo!

Sus recuerdos se le clavaron en el pecho como dardos envenenados. Gillian tenía razón. Dispuesto a demostrarse a sí mismo que sus sentimientos eran irracionales, la agarró de la cintura y se tumbó encima de ella. Gillian jadeó excitada. Él supo lo que tenía que hacer.

Primavera de 2004

Harley no quería que nadie supiese que era su cumpleaños. Cuando cumplía años se sentía triste y desdichada. Sabía que Los Parker harían todo lo posible para que aquel día fuera especial, pero por primera vez Harley quería ser invisible. Así que había fingido que estaba enferma para no asistir a la fiesta de cumpleaños que sabía que le estaban organizando. John era un bocazas, por cierto.

A los dieciséis años pensaba que era tan vieja como una anciana. Se le habían acabado los pasteles y las felicitaciones antes de tiempo. En casa ya nadie le prestaba atención, y era mejor así. Si él recordaba que tenía una hija, las cosas se pondrían muy feas. Harley lo sabía y lo aceptaba con resignación.

Escuchó unos pasos acercarse hacia donde estaba y pegó la espalda al tronco del árbol. Seguro que John la estaba buscando, porque no era la clase

de hombre que pillaba las indirectas. Sí, se había convertido en un hombre de dieciocho. Y los hombres le recordaban a *él*. Ella quería seguir siendo una niña, si es que alguna vez lo había sido. Reír, columpiarse, jugar en el barro...

—¿Harley? —la voz de Matt la buscó a través de la oscuridad.

Ella se sobresaltó, pero salió de su escondite. Se sintió aliviada de que fuera Matt. Él la deslumbró con su linterna.

—¿Por qué te escondes? Se supone que no debo decírtelo, pero todos te están esperando para tu fiesta sorpresa —le explicó.

De repente se sintió muy culpable.

—Quería estar sola. ¿Cómo me has encontrado?

—Siempre que quieres estar sola vienes a este lugar. John te está buscando en la casa del árbol. Para que luego digan que el crío soy yo —puso los ojos en blanco.

Harley se echó a reír. Matt tenía un peculiar sentido del humor que conseguía animarla. Cuando no estaban discutiendo, claro.

—¿Podemos quedarnos un rato aquí antes de ir? —le pidió ella.

Él se sentó a su lado y se percató de sus mejillas húmedas.

—Has estado llorando.

No podía negar lo evidente, así que se encogió de hombros.

—Me pone triste cumplir años.

—No lo entiendo. Yo quiero crecer, detesto que todos me llamen enano.

Ya no era tan enano, pensó Harley. Había dado un considerable estirón y ahora era más alto que ella. Pensó que en un par de años sería guapísimo. A ella, de hecho, ya se lo parecía.

—¿Quién te llama enano? Deberías darle una paliza —le aconsejó ella.

Los consejos de Harley siempre seguían la misma línea.

—Creí que tú me llamabas enano... —comentó él extrañado.

—¿Yo? —ella se quedó perpleja—. Te llamo muchas cosas, pero no enano.

Matt se quedó algo confuso. No entendía nada. John solía decir que Harley se burlaba de él constantemente. Que lo llamaba crío, enano y otras cosas peores.

—Deberías sonreír, o todo el mundo te preguntará qué te pasa —le dijo él.

Ella mostró una sonrisa falsa. Matt sacudió la cabeza y sacó algo de su bolsillo.

—Puede... puede que esto te haga sonreír —le dijo con timidez.

—¿Me has comprado un regalo? —preguntó emocionada.

—Cierra los ojos.

Ella obedeció.

—Ahora, piensa en un lugar en el que te gustaría estar. Un sitio al que no hayas ido nunca.

Harley pensó en París. En la Torre Eiffel, los pains au chocolat y el Moulin rouge.

—Abre los ojos.

Cuando los abrió, tuvo París en sus manos. Agitó la bola de nieve y comenzó a nevar sobre una pareja que se besaba frente a la Torre Eiffel.

—Oh... Matt, ¿cómo lo has sabido? —le preguntó maravillada.

De pronto, él se sintió mayor. Se le hinchó el pecho y la observó muy complacido.

—Porque no paras de repetirlo todo el tiempo. Sé escuchar.

Harley pareció impresionada de verdad. Agitó la bola y sonrió de oreja a oreja. No tuvo que fingir la sonrisa, porque se sintió feliz. Dichosa. Como si toda la tristeza se hubiera evaporado en un segundo.

—Gracias, me encanta —susurró, mirándolo a los ojos con ternura.

A él se le encogió el corazón. No era ningún enano, sino el chico que la hacía sonreír.

—Cuando ahorre lo suficiente, te llevaré a Paris —le prometió ella—. Y entonces admitirás que estás locamente enamorado de mí.

Matt se quedó boquiabierto. Ella se mordió el labio inferior. Impresionado, no aceptó que estaba enamorado de ella, pero se inclinó para besarla. Harley cerró los ojos y aguantó la respiración. El pulso se le disparó y deseó con todas sus fuerzas que él la besara. Que admitiera de una vez que sentía lo mismo que ella. La boca de Matt la rozó con timidez. Y la besó. Fue perfecto. Maravilloso. Superior a sus expectativas y tan... mágico. Sintió las mariposas, el latido acelerado de su corazón... la electricidad. Su primer beso.

—¡Harley! ¿estás ahí?

La voz de John los separó de golpe.

A veces la tristeza la sorprendía de repente. Entonces cogía la botella de whisky que tenía escondida bajo su cama, reptaba por la canaleta que había junto a su ventana y se dirigía hacia la parte trasera del invernadero. Entre los sacos de abono y los utensilios de jardinería. Y nadie la encontraba allí.

Bebía un trago y olvidaba sus penas. Fingía que el recuerdo de su padre no la atormentaba. Había soñado con él y se había despertado llorando. Lo

echaba de menos, pero no era eso lo que la atormentaba, sino la culpabilidad. El saber que la última vez que lo había visto con vida habían discutido. Ella le gritó cosas horribles que no podía olvidar. Su padre la miró con lástima.

Ella le había producido el infarto. Lo sabía. Lo había decepcionado tantas veces que...

Bebió un trago y el líquido le quemó la garganta. En ocasiones como esa se odiaba a sí misma. Sabía que debía estrellar la botella contra la pared, pero no podía. Quería olvidar. Quería ver por última vez a su padre y despedirse en condiciones. Decirle que lo quería.

Lloró desconsolada y bebió. Escuchó un ruido y se agazapó tras un saco. Entonces la inconfundible voz de Fernando la llamó a tientas en la oscuridad.

—¿Mia, eres tú?

Se tapó la boca con las manos y contuvo un hipido. Los pasos de él se acercaron hacia donde estaba y la descubrió agachada.

—¡Déjame sola! —le gritó.

—Creí que alguien había entrado a robar —se disculpó él. Tuvo el instinto de marcharse, pero la vio tan hecha polvo que sus pies no se movieron del sitio—. ¿Estás bien?

Ella se limpió las lágrimas en la manga del pijama.

—Sí, vete, por favor.

Fernando no pudo hacerlo. Caminó hacia ella y se sentó a su lado. Acababa de discutir con Gillian después de que lo hicieran. Ella lo había notado muy frío y se lo había recriminado. No sabía en qué punto estaban. Y justo cuando regresaba a casa, había escuchado un ruido proveniente del invernadero. Al principio creyó que habían entrado a robar, pero luego aguzó el oído y comprendió que eran unos sollozos femeninos.

—Mia, ¿qué te pasa?

Fue a tocarla, pero ella se apartó. Aferró la botella contra su pecho y clavó los ojos en el suelo. Temblaba de la cabeza a los pies.

—¿No ves que quiero estar sola? —su voz fue un susurro roto de dolor.

—Lo sé, y me iré si me lo pides otra vez. Pero no quiero que te emborraches y seas incapaz de volver a tu habitación.

Ella resopló. Él no entendía nada. Veía lo que todos, ese era el problema.

—Si eso es lo que te preocupa...

Tiró la botella al suelo y el líquido amarillento comenzó a derramarse. Aquello la hizo llorar más fuerte. Se hizo un ovillo, apretó las rodillas contra el pecho y escondió la cabeza.

—Mia...

No supo qué hacer, así que se quedó a su lado sin decir nada. Al cabo de unos minutos, sus sollozos se aplacaron. Él le puso una mano en la espalda. Ella se sobresaltó.

—Creí que te habías marchado —musitó.

—No puedo. Una vez una chica muy valiente me ayudó cuando más lo necesitaba, y ahora no puedo darle la espalda. Aunque no sepa cómo ayudarla.

—Nadie puede.

—Mi madre solía decir que, aunque no la veamos, la luz siempre está al final del túnel. Un día caminaras lo suficiente hasta alcanzarla.

Ella sacó la cabeza y lo miró de reojo.

—¿Qué le pasó a tu madre?

—Murió cuando tenía ocho años.

—¿Y no la echas de menos?

—Todos los días.

—¿Cómo lo haces para...? —Mia dejó la frase sin acabar. Las lágrimas le atenazaban la garganta.

—Un día las lágrimas se fueron, como te pasará a ti. Llorar no es malo. En realidad nos hace fuertes.

—Ya... pero tú no mataste a tu madre. Tú no tuviste la culpa de que ella se fuera.

Él se quedó petrificado. Tiró de su mano para que ella lo mirara, y cuando no lo hizo, la zarandeó con suavidad. Mia le dedicó una mirada cargada de lágrimas.

—Tú no tuviste la culpa.

—No sabes las cosas tan horribles que le dije, ¡no tienes ni idea! —se lamentó ella.

—No, no las sé. Pero no puedes pasarte toda la vida compadeciéndote y bebiendo. Algún día deberás aceptar que él se fue porque le dio un infarto. Y que fueran cuales fueran tus últimas palabras, él sabía que lo querías.

—¿Y si no lo sabía? —se preocupó ella. Aquel era su mayor temor.

—Pues díselo ahora. A lo mejor te burlas de mí, pero yo hablo todos los días con mi madre. Y tengo la impresión de que ella me escucha.

Mia lo observó con un halo de esperanza.

—¿Cómo lo haces?

—Simplemente me dejo llevar. No hay un manual... ya sabes, para estas cosas...

A ella se le escapó una sonrisa.

—Vaya, no soy tan inútil después de todo —se alegró él.

—No, no lo eres.

Ella pegó la espalda contra el saco y exhaló un suspiro débil. Fernando le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Ven aquí.

Ella se sorprendió por su amabilidad, pero no la rechazó. Apoyó la cabeza sobre su pecho y dejó que él la abrazara. Fue cálido y reconfortante. Fue desconcertantemente bueno. Sintió su respiración relajada. El roce de su piel. La intimidad. Y se sintió mejor.

—Siento mucho lo de esta mañana, no sé lo que me sucedió —se disculpó él. Pareció lamentarlo de verdad.

Ella se tensó, porque prefería no recordarlo. Si lo hacía, se sentía como una estúpida a la que había rechazado. Su orgullo ya estaba lo suficiente herido para que él volviera a recordárselo.

—Por favor, no lo estropees.

—Si no sabes lo que voy a decir —respondió extrañado.

—Sí que lo sé. Vas a decir que fue un error, que estás saliendo con Gillian y que no sabes qué se te pasó por la cabeza.

Fernando la separó de él y la miró a los ojos con intensidad.

—No, no iba a decir eso.

—¿Ah, no?

Él sacudió la cabeza y miró sus labios.

—Iba a decir que me vuelves loco.

Matt se fue de allí como si se lo llevaran los demonios. No podía creer que la hubiera besado. Joder, había perdido el poco autocontrol que le quedaba. Se había abalanzado sobre ella como un animal y la había besado contra la pared. Fue un beso salvaje y devastador que lo dejó con ganas de más. Uno del que no paraba de arrepentirse mientras recordaba las palabras de ella: *Se te puso dura cuando dormiste abrazado a mí. ¿Eso también lo haces por John?* No, definitivamente John no tenía nada que ver en eso.

Im-bé-cil, se dijo a sí mismo. Estaba a punto de desenmascararla, pero se dejaba llevar por unos sentimientos que lo atosigaban. Todavía tenía el sabor de Harley en la boca. El tacto de su piel en los dedos. Sus gemidos de placer en el oído. Y aquella forma de temblar bajo sus manos que...

Apretó los dientes. No, él sabía que era imposible. No podía permitir que el pasado regresara para hacerlo dudar, porque durante mucho tiempo se había sentido perdido. Y la había echado de menos. Demasiado.

Tenía que ser inteligente y poner en orden todo lo que había averiguado. Ir un paso por delante y desvelar la verdad. Pero en lugar de ello, se dirigió hacia la habitación de John con un dolor de huevos considerable. Puede que eso último lo impulsara a abrir la puerta sin llamar. John llevaba una toalla anudada a la cintura y frunció el ceño al verlo.

—Me has echado mucho de menos, por lo que veo —dijo con frialdad.

Matt supo que no era una buena idea. Pero de repente, la cicatriz de la barbilla comenzó a escocerle. Una herida que llevaba demasiados años sin cicatrizar del todo.

—Dime una cosa, ¿por qué tenías guardada la carta que le escribí a Harley? —le espetó.

John se quedó tan perplejo por esa pregunta que al principio no logró reaccionar. Hasta que se echó a reír de manera escéptica.

—¿En serio? Venga ya, han pasado trece años. ¡Y yo qué sé!

—Necesito una respuesta mejor —insistió su hermano con voz grave.

—¿A qué viene esto? —replicó irritado John.

Arrojó la toalla al suelo y se puso unos pantalones.

—¿Llegaste a darle la carta? —le preguntó Matt, con un brillo peligroso en la mirada.

—Pues sí, pero ella no quiso leerla. ¿No eres tú el que dice que no hay que remover el pasado? —lo acusó, con un tono que sacó de sus casillas su hermano—. Sinceramente, no sé qué pretendes.

—Saber la verdad.

John se acercó a él y le puso las manos en los hombros. Se miraron a los ojos tensamente.

—Ya te la he dicho.

Matt se apartó molesto y dio una vuelta por la habitación. No sabía qué creer, se estaba volviendo loco. Y, de todos modos, ¿significaba la verdad algo?

Sí. Lo significaba todo.

—¿Por qué tenías la bola de nieve que le regalé a Harley entre tus cosas? —aquella vez no fue una pregunta, sino una recriminación.

John se sobresaltó.

—¿Has estado rebuscando en mi habitación? —respondió estupefacto.

—No evadas mi pregunta con otra.

John chasqueó la lengua contra el paladar.

—Me estás dejando a cuadros.

—Tú, sin embargo, me decepcionas —lo acusó Matt.

—¿Qué te decepciono? —la voz de John se transformó en un conato de ira—. Deberías madurar de una maldita vez. Tienes veintinueve años, pero sigues comportándote como un crío.

—Al menos uno de los dos siempre ha sido sincero.

—Sinceridad... —John pateó la alfombra y miró a su hermano con resentimiento—. No me la pidas a mí cuando tú no la tienes contigo mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Matt, sin entender a qué se refería.

John se plantó frente a él y le habló con los dientes apretados.

—Yo sé lo que quiero, siempre lo he sabido. Sé que la quiero a ella, eso nunca ha cambiado. ¿Y tú? ¿Desde cuándo te preocupa Harley?

Matt lo miró a los ojos sin dudar.

—Desde siempre.

Mia cerró los ojos y supo que él la besaría por fin. El pulso se le disparó. Se quedó paralizada y expectante mientras Fernando se inclinaba sobre ella y le apartaba el pelo de la cara. El tacto de sus dedos le hizo cosquillas en la nuca. Su respiración cálida le acarició la boca. Le rozó los labios con timidez, casi pidiéndole permiso, y ella sonrió.

Hazlo de una vez, casi le gritó.

Y entonces escucharon pasos acercándose hacia ellos. Mia abrió los ojos de par en par y él le tapó la boca con las manos. De manera instintiva, ambos se escondieron tras los sacos de abono y escucharon las palabras aceleradas de una voz masculina: la de su hermano John.

—¡No, escúchame tú a mí! Ten cuidado con lo que dices, porque podría destrozarte la vida con solo chasquear los dedos. ¿Te haces una idea de todo el poder que tengo?

Mia creyó que estaba hablando solo, pero entonces sacó la cabeza y comprobó que discutía con alguien por teléfono. Fernando tiró de ella para que volviera a su escondite.

—¿Y qué quieres que te diga? ¡eh! —John hizo una pausa y escuchó lo que su interlocutor le decía. Entonces se puso rojo de ira y alzó la voz tanto que Mia no lo reconoció—. ¡Ya sé lo que te dije, pero las cosas han cambiado! Mi

vida ha cambiado. Y si tú te empeñas en joderme, no me quedará más remedio que...

Mia no pudo escuchar más, pues su hermano salió del invernadero. Se quedó perpleja y sin saber qué pensar. John parecía estar metido en un buen lío. Si no conociera a su hermano como lo conocía, habría pensado que era un mal tipo. Incluso lo había escuchado amenazar a quien quiera que hubiese al otro lado de la línea.

—Mia, creo que deberíamos salir de aquí antes de que vuelva —le dijo Fernando.

Ella se levantó de un salto y lo acompañó hacia la puerta trasera. Agradeció que Fernando no hiciese ningún comentario sobre lo que acababan de descubrir, porque ella no habría sabido qué decir. En su corazón, sabía que debía haber alguna explicación razonable. John era buena persona.

—Has estado a punto de besarme —le dijo en un susurro.

Él la miró a través de sus ojos oscuros. No pudo decirle que no. Ambos sabían la verdad. Y de repente, a Mia no le apeteció que lo hiciera. En realidad, le apetecía muchísimo, a quién quería engañar. Pero había una parte de la historia que ella había pasado por alto.

—No deberías volver a hacerlo hasta que... ya sabes... aclares las cosas con Gillian —musitó ella.

Él asintió muy serio.

—Lo siento, no quería...

Ella le ofreció una sonrisa vacía. No quería ser una más. No lo habría soportado.

—Da igual. Gracias por la charla, buenas noches.

Ella se dirigió hacia la casa.

—¡Mia!

Se giró hacia él. Fernando parecía tan perdido que buscó las palabras adecuadas durante un buen rato.

—Yo... no sé lo que me pasa. Pero no es en Gillian en quien pienso a todas horas, sino en ti. Creo que esto me ha pillado demasiado desprevenido como para hacerme a la idea.

Algo se encendió en el interior de Mia. ¿Significaba lo que creía que significaba?

—Sé sincero con ella, sé sincero contigo. Y entonces, hablaremos.

Fernando la vio marchar desolado. Ser sincero consigo mismo le iba a costar más de lo que imaginaba. ¿Qué tenía ella que lo volvía tan loco?

No había obtenido las respuestas que buscaba, y por tanto no sabía qué pensar. John no le había dado más que evasivas. Y una advertencia velada: la de dejar a Harley en paz. Pero, ¿y si su hermano ocultaba tantas cosas como él?

¿Por qué no le había dado la carta a Harley? ¿por qué había guardado la bola de nieve? ¿por qué se estaba distanciando de él?

Porque está enamorado de ella, pensó con amargura.

Porque siempre ha creído que están hechos el uno para el otro. Porque también lo creí yo. Hasta que la besé.

Apartó aquellas ideas de su cabeza y trató de centrarse en el misterio que rodeaba a Harley. Su instinto le decía que el apartamento y su amiga no eran más que una fachada. Un escenario preparado por ella para que nadie pudiese sacar conclusiones. Y había observado su reacción al contarle que estuvo en su apartamento. Había pasado de la indiferencia al nerviosismo.

Pero la has besado, se recriminó. Tuviste que pensar con la polla y ponerle las manos encima.

Había sido un beso cargado de rabia y pasión contenida. Uno que lo había dejado con ganas de más, de mucho más. De no haberse hallado en el salón, sabía que habría sido incapaz de contenerse. Se moría de ganas de hacerle tantas cosas que se sentía el hombre más miserable del mundo.

Se dirigió hacia su habitación con la idea de apartarla de una jodida vez de su cabeza. Puede la próxima vez que se cruzara con Gina no le dijese que no. Necesitaba echar un polvo para pensar con claridad. Sí, es lo que haría. Se acostaría con una mujer para olvidarse de Harley. Y cuando lo hiciera, conseguiría pasar página. Porque Harley no era más que un capítulo engorroso en el largo libro de su vida.

Y entonces oyó un ruido en el despacho de John. Aguzó el oído y se acercó de puntillas. La puerta estaba entreabierta, así que se dispuso a echar un vistazo para cerciorarse de que no pasaba nada extraño. Pero sí que sucedía algo: Harley estaba rebuscando en los cajones del escritorio.

¿Qué demonios estás haciendo?

Antes de abrir la puerta, la espío durante un buen rato. Se movía con rapidez mientras buscaba algo con desesperación. La oyó maldecir en voz alta porque uno de los cajones estaba cerrado con llave. Entonces, Matt abrió la puerta y ella se quedó de piedra al verlo.

—Seguro que tienes una buena explicación para esto —dijo él con voz afilada. Caminó hacia ella con la expresión de un lobo hambriento. A ella le tembló la barbilla y no pudo disimular su malestar.

—Podrías decir que no es lo que parece —ironizó él.

El escritorio los separaba. Matt apoyó las manos sobre la madera y se inclinó hacia ella. Harley evitó su mirada y se echó hacia atrás.

—Que hay una explicación razonable, que le quieres dar una sorpresa a John... —enumeró él con frialdad—. Aunque seguro que se llevaría una sorpresa más grande si supiera que has estado hurgando en sus cosas como una vulgar ladrona.

Ella se tensó al oír aquella palabra.

—Estaba buscando un spray de pimienta. Así, si vuelves a intentar besarme, te dejo ciego.

—Si volviera a besarte se te caerían las bragas —respondió él con chulería.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué? ¿Pretendes volver a hacerlo? Lo digo para ponérmelas.

—Mis ganas de besarte son las mismas que tu aprecio por la ropa interior —respondió él con voz afilada.

Ella le sonrió sin ganas.

—Me alivia saberlo, fue repugnante.

Rodeó el escritorio para salir de allí, pero cuando pasó por su lado él la cogió del brazo.

—Aparta tus manos de mí —le espetó ella con dureza.

Él la ignoró.

—Te juro que si vuelvo a verte por aquí, ni John ni nadie impedirá que te eche de esta casa.

La soltó de golpe y ella se fue corriendo. Cuando desapareció, Matt suspiró con pesadez y se sentó en el borde de la mesa.

Lo sabía, no era más que una mentirosa. Y para su sorpresa, le dolió descubrirlo. ¿Por qué seguía dudando? ¿Por qué le daba alas a algo que ya estaba roto?

Solo es deseo, se dijo. Pero comprendió turbado que era mucho más que eso. Y la sensación fue peor que encontrarla in fraganti en el despacho de John. Se coló por sus venas y se instaló en el pecho. Le dijo de manera mordaz que seguía sintiendo algo por ella.

Primavera de 2004.

Bill tenía en brazos a la pequeña Mia, que era uno de esos bebés risueños y de grandes mofletes que conquistaban a cualquiera con una mirada inocente. Le hacía carantoñas mientras observaba de lejos a aquel trío tan dispar. Sus dos hijos jugaban al fútbol con Harley, que parecía llevar la voz cantante. Soltó una carcajada al ver que ella marcaba un gol y lo celebraba por todo lo alto, ante el gesto irritado de Matt.

Penélope, sentada a su lado en el porche, esbozó una mueca tensa. Su marido la miró de reojo, pero no dijo nada. Entonces ella no pudo contenerse más.

—En el fondo no es más que una salvaje —la criticó con repugnancia.

Bill, que sabía de sobra lo que su mujer pensaba de aquella chiquilla, intentó restarle importancia.

—Solo es una niña.

—¡Pues no se comporta como una niña! —exclamó con malestar—. Mírala, todo el tiempo intentando llamar la atención de los chicos. Si no tuviese dieciséis años diría que es una buscona.

—Querida —el tono de Bill se endureció. Su mujer agachó la cabeza, avergonzada por lo que acababa de decir—. ¿Te das cuenta de lo que has dicho?

Penélope intentó tranquilizarse, pero aquella idea siguió atormentándola de todos modos. Había visto con sus propios ojos la tensa rivalidad que empezaba a formarse entre sus hijos, ¡y todo por aquella mocosa impertinente! ¿de verdad Bill creía que ella iba a mantenerse al margen mientras esa vulgar intrusa intentaba destruir a su familia?

—Oh... Bill... a veces parece que no te das cuenta de nada —lamentó con pesar—. ¿No ves que la relación de tus hijos se ha enfriado? Desde que ella apareció en sus vidas no hacen otra cosa que competir por su atención.

—Son unos críos, se les pasará.

—No deberíamos permitir que siguiera poniendo un pie en esta casa.

Bill carraspeó incómodo.

—Cariño, creo que tu sobreprotección te convierte en una mujer carente de empatía respecto al resto del mundo.

Penélope se levantó furiosa.

—¡Y yo creo que la quieres más que a tus propios hijos! —estalló ella.

Bill la miró como si no la viera.

—No dices más que tonterías. Por supuesto que siento aprecio por esa chiquilla. No es más que una niña a la que no prestan atención en casa. Una cría de dieciséis años que se siente sola y viene a esta casa en busca de un poco de cariño.

Penélope se cruzó de brazos y se mantuvo a la defensiva. Puede que su marido tuviera razón, pero ella era consciente de otras cosas. Cómo la miraba John. Ella cogiendo la mano de Matt cuando creía que nadie los veía. A su hijo mediano, debatiéndose entre la lealtad a su hermano o la pubertad. Y no podía evitar odiarla por lo que le estaba haciendo a su familia. ¡Los estaba separando!

—John le pegó a Matt a propósito cuando jugaban al baloncesto, ¿tampoco te diste cuenta? —le recriminó ella.

—¿Y esto también es culpa de Harley, o del mayor de nuestros hijos? —replicó él—. Te empeñas en perdonarle todos sus errores. Puede que ese sea el problema: culparla a ella por las faltas que comete John.

A ella se le encendió el rostro.

—¡Cómo te atreves!

Se metió dentro de la casa y cerró dando un sonoro portazo. Bill suspiró. Era ella quien no entendía nada. Porque si seguía culpando a Harley por todo lo que sucedía en aquella casa, pronto John se convertiría en un hombre que se creía con derecho a todo. Para entonces, puede que Matt sintiera demasiado rencor contra el mundo como para dar marcha atrás.

A pesar de que John se empeñó en acompañarla a su casa, Harley se negó de manera rotunda. Sabía que si *él* la veía llegar acompañada de un chico se pondría hecho una furia. O puede que en el fondo de su corazón no deseara la compañía de John, sino la de Matt. Se sentía algo confusa después de aquel beso. No habían hablado de ello, y desde entonces se evitaban constantemente. Debía reconocer que la actitud de Matt le dolía. ¿Por qué no admitía aquel cabezón que estaba coladito por sus huesos?

Porque es un orgulloso. Un tonto orgulloso.

Se había largado cuando ella le marcó el cuarto gol. Harley le sonrió triunfal, pero Matt tiró los guantes al suelo y se dirigió hacia la casa hecho una furia. Ella se quedó tan perpleja que apenas notó que John estaba a su lado, riéndose por lo bajo.

—No es más que un enano —le puso la mano sobre el hombro—. Se comporta como un crío todo el tiempo, ya lo sabes.

Ella sintió deseos de golpearlo. Odiaba que John se burlara de Matt de aquella manera tan cruel. Puede que a veces se comportara como un crío, pero en otras ocasiones era todo un adulto. *Como cuando la había besado*, suspiró emocionada.

—Se le pasará —dijo ella muy convencida.

John le apartó la mano del hombro.

—¿Con quién vas a ir al baile del instituto? —le preguntó de pronto.

Harley se quedó boquiabierta y lo miró a los ojos.

—Pues...

Quería ir con Matt, pero él no se lo había pedido.

—Me gustaría que fueras conmigo —le dijo John.

A ella se le encendieron las mejillas.

—Yo... no sé... tal vez no vaya —musitó.

—¿Por qué? —exigió saber él. La cogió de la cintura y se acercó a ella—. Seguro que eres la chica más guapa del instituto. Piénsalo, ¿vale? Haríamos buena pareja. Ya sabes lo que dice todo el mundo.

Ella se apartó de él.

—No, ¿qué es lo que dicen? —preguntó enfurruñada.

Él se rio con suficiencia, y Harley se sintió como una tonta.

—Dicen... que tú y yo estamos hecho el uno para el otro.

—La gente dice muchas cosas —respondió ella de manera esquiva.

No quería herir sus sentimientos, pero necesitaba encontrar la manera de decirle que siempre había estado enamorada de Matt. Desde que tenía uso de razón, había intentado llamar su atención desesperadamente. Pero el muy bruto jamás se daba cuenta.

Fue a decirle que no quería ir al baile con él, pero entonces Penélope apareció como un fantasma y le dijo con suavidad a su hijo:

—Cielo, ya es muy tarde. Deberías irte a casa —fue una orden, pero John no se la tomó como tal.

—Había pensado acompañar a Harley a su casa. Ya está oscureciendo.

—Ya la acompaño yo —determinó su madre, con la clase de tono que él no

osó contradecir.

Cuando se quedaron a solas, Harley se sintió incómoda. Desde hacía un año, la madre de los Parker había dejado de tratarla con el cariño de antes. Solía mirarla con dureza cuando creía que Harley no se daba cuenta y trataba de echarla de la casa de una manera bastante sibilina. Pero ella era lo suficiente lista para pillar las indirectas.

—No es necesario, Señora Parker. Vivo a menos de un kilómetro.

Penélope entornó los ojos y Harley se estremeció. Comprendió que aquella mujer no tenía la más mínima intención de acompañarla y que había buscado que se quedaran a solas.

—A veces me pregunto si tus padres no te echarán demasiado de menos. Pasas tanto tiempo en esta casa que podrías dar la impresión equivocada... —murmuró con tono afilado.

Harley se metió las manos en los bolsillos y se puso tan roja como un tomate.

—Lo siento, Señora Parker, no quiero molestar —se disculpó avergonzada, sin saber por qué.

—Oh... bonita, no me malinterpretes —intentó sonreír, pero su rostro se contrajo en una mueca desabrida—. En esta casa eres una invitada muy querida. Pero ya sabes lo que dicen en el pueblo...

Harley se sobresaltó.

—Dicen... que te gusta engatusar a los hombres y que andas jugando con mis hijos. Seguro que no quieres que ese tipo de habladurías lleguen a los oídos de tus padres. Sería una triste decepción para ellos... —le dedicó una mirada glacial y añadió con tono lastimero—: por eso pienso que no deberías volver a poner un pie en esta casa. Lo digo por ti, querida.

Harley se quedó en shock. Sintió las lágrimas atenazándole la garganta y todo lo que pudo hacer fue darse la vuelta y alejarse con la cabeza gacha. Si aquellos comentarios tan malvados llegaban a oídos de *él*, ya podía darse por muerta. La casa de los Parker era para ella el único hogar que conocía en el mundo. Pero si aquello implicaba hacer daño a esa familia o enfrentarse a Penélope, jamás volvería a poner un pie en esa casa.

II PARTE

“El lobo se vestía con piel de cordero y el rebaño consentía el engaño”
Mary Shelley.

Era una mentirosa.

Sí, ¡sorpresa!, Matt tenía razón.

Ni había perdido la memoria ni era una pobre damisela en apuros que necesitaba que alguien la rescatara.

Harley corrió hacia su habitación y se encerró dentro. Pegó la espalda contra la puerta y respiró aceleradamente. Necesitó varios minutos para recomponerse. Para que su pulso volviera a la normalidad y el pánico la abandonara. Para que se obligase a quedarse en aquella casa pese a que deseaba salir huyendo.

Cálmate. Sabes lo que has venido a hacer aquí y vas a terminar con esto.

Tuvo ganas de vomitar y se sentó en el suelo. La cabeza le daba vueltas y se sentía la peor persona del mundo. Matt la conocía de sobra, ¿por qué no lo había visto venir? Cuando creyó que regresar a la casa de los Parker sería más fácil de lo que pensaba olvidó que Matt habría crecido. Que había la posibilidad de que se hubiera convertido en un hombre atractivo y odioso. En un tipo frío y desconfiado que nada tenía que ver con el joven que ella

conocía.

Ella también había crecido. Los años la habían convertido en una mujer distante y alerta. En la clase de mujer que no esperaba que el príncipe azul viniera a rescatarla porque sabía que el mundo estaba lleno de lobos.

Se dijo que estaba obligada a hacerlo, pero no se sintió mejor. No lo hacía porque quisiera. De hecho, nada de eso estaba en sus manos. ¿Y qué? ¿Cambiaría eso algo? ¿Cambiaría el hecho de que se daba asco?

Reptó hacia la bolsa que había escondido bajo la cama, y supo de inmediato que tenía que buscarle un mejor escondite. Probablemente Matt entraría en su habitación cuando ella no estuviera. Ya le había dado suficientes motivos para desconfiar de ella, y lo último que quería era que encontrase el teléfono móvil.

Marcó el número de Susan y esta respondió al cuarto tono.

—Dios mío, Harley, dime que eres tú —respondió preocupada.

—Soy yo, ¿quién iba a ser?

—¡Qué sé yo! Tal vez ese policía que no paraba de hacer preguntas. Joder, ¿estás bien?

Quiso decirle que sí. Intentó hacerse la fuerte porque no quería preocupar más a su amiga. Susan formaba parte de las pocas personas que había en su vida.

—Yo... no lo sé. Ahora es uno de esos momentos en los que comienzo a arrepentirme de todo. No puedo hacerlo.

—¡Eh, escúchame! Me dijiste que esto pasaría, ¿no te acuerdas? ¿Y sabes lo que se supone que tengo que decirte si tú te rindes?

Harley aferró el teléfono con desesperación. Necesitaba esas palabras como agua de mayo.

—Hay algo más importante que tú y esa familia. Algo que depende de la decisión que tomes, ¿de verdad vas a rendirte? ¿Ha hecho esa familia algo por ti para que tú les debas nada?

Susan tenía razón. Aunque quisiera marcharse, no podía hacerlo.

—Matt me odia —susurró con la voz quebrada.

El por qué le importaba eso era algo que se escapaba de su comprensión.

—Creo que más bien está buscando respuestas —la corrigió su amiga.

—Y John... —dejó la frase a medio acabar.

—Cielo, no puedes rendirte ahora. Justo cuando estás más cerca de conseguir todo por lo que has estado luchando.

—Pero, ¡y qué hay de ellos!

—¿Acaso Matt o su honorable hermano te buscaron? ¿Qué hay de todas sus promesas? ¡No, Harley! Te abandonaron en cuanto te marchaste. Tú me lo repetiste muchas veces.

Sí, aunque le doliera asimilarlo, ambos la habían abandonado cuando más los necesitaba. Durante años aquella verdad la había atormentado. Ella creía que tenía una familia de verdad. Ella los quería y habría dado cualquier cosa por ellos. Sobre todo por uno de ellos.

—Por primera vez en tu vida, piensa en ti misma —le aconsejó Susan.

Al oír que alguien llamaba a la puerta, Harley colgó el teléfono y lo arrojó dentro de la mochila. Buscó con rapidez un nuevo escondite y decidió meterla dentro del armario hasta que encontrase algo mejor.

—Harley, soy John. Me preguntaba si querías salir a dar un paseo.

Ella inspiró, contó hasta diez y se dirigió hacia la puerta. Antes de abrirla, se recordó: *soy una mentirosa. Sé lo que he venido a hacer aquí.*

Y siguió interpretando su papel.

Mia recordó la pregunta de Fernando en la cabaña: ¿qué quieres hacer tú? De pronto se sintió perdida. A la deriva. Era una pregunta que se repetía constantemente en las clases de orientación profesional. Ella siempre se había burlado de aquellos test porque le parecían una estupidez. ¿Qué quería hacer ella? Vivir la vida loca, salir de fiesta y recogerse la última. Todo lo demás, a sus diecisiete años, le importaba un comino.

¿Por qué de repente tenía la sensación de que se había perdido algo? La ambición, las metas y el futuro no entraban en sus planes. No sabía a qué quería dedicarse ni creía que algo se le diera bien. Se sentía hecha un lío, y envidiaba a la gente como Fernando, que a su edad tenían las cosas tan claras. Él se preparaba para estudiar derecho porque era su sueño. ¿Y ella? Aparte de fantasear con un chico no hacía nada de provecho.

Fue a sentarse en la parte trasera de la casa, junto a la escalinata que daba al jardín. Allí se encontró a Matt, que observaba el horizonte con gesto pensativo. Él echó un vistazo por encima de su hombro y volvió la vista a la nada.

—¿Qué, tú tampoco puedes dormir?

Mia se sentó a su lado y trató de buscar lo que él miraba con tanta nostalgia. A lo lejos solo se veía aquella casita minúscula y cochambrosa.

—Quería poner en orden mis ideas —le respondió.

Su hermano se la quedó mirando con cara rara.

—¿Y qué ideas son esas?

—No lo sé. Me gustaría hacer algo de provecho con mi vida.

Él enarcó una ceja.

—¿Desde cuándo te importa a ti el futuro?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, ¿tan raro te parece que me preocupe por aprovechar el tiempo?

Tú siempre me lo estás echando en cara.

—Me sorprende, esto es todo.

Matt relajó la postura y Mia apoyó la cabeza sobre su hombro. Hacía tiempo que no mantenían una conversación como aquella. Quería a su hermano, ¿por qué no se lo decía más a menudo?

Porque es un cabezón, como yo.

—No hay nada que se me dé bien. Quizá sea una inútil —se lamentó.

Matt le pasó un brazo alrededor de la espalda.

—Por supuesto que no. Se te da bien discutir, eso es un talento.

—¡No te burles de mí!

—No lo hago. De pequeña siempre te salías con la tuya, y de adolescente has hecho lo que te daba la gana. Argumentas bien, ¿por qué te rindes ahora?

Mia sintió una punzada de orgullo.

—No lo sé.

Él le frotó la espalda y Mia se sintió un poco mejor.

—¿Qué hay entre tú y el jardinero? —quiso saber Matt.

No hubo ni recriminación ni dureza en su tono, tan solo una profunda curiosidad.

—Se llama Fernando —lo corrigió ella.

—¿Qué hay entre tú y Fernando?

—Nada.

Él la miró a los ojos, y ella resopló.

—No hay nada, de verdad. Al menos... por ahora.

—Si algún día lo hay, no te olvides de ser fiel a ti misma. Todo eso de agradar a alguien y mejorar está genial, siempre que lo hagas por ti. Tú eres la persona más importante de tu vida, que no se te olvide —le aconsejó su hermano.

En la expresión de Mia se dibujó una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Crees que es un mal consejo?

—No, para nada. Es solo que Harley me dio el mismo.

El semblante de Matt se oscureció con algo peligroso.

—Ya...

Mia señaló la casita destartalada a lo lejos.

—Allí vivía ella, ¿a que sí?

Matt asintió. Su rostro denotó tanto dolor que Mia quiso hacerle un millón de preguntas.

—¿Qué pasó el día que...?

—No quiero hablar de eso —la cortó él, poniéndose en pie.

Mia también se levantó.

—Nunca quieres hablar de ello. Quizá ese es tu problema, que aún no has pasado página.

Cuando creyó que su hermano le gritaría que no era más que una cría que no tenía ni idea de nada, Matt la abrazó con fuerza hasta dejarla sin respiración. Buscaba su consuelo. Luego se separó de ella y le pellizcó la mejilla con cariño.

—Sí, puede ser —admitió él en un susurro.

Al ver que su hermano se ablandaba, Mia fue un paso más allá.

—Deberías hablar con ella de lo que sientes.

—Para, no sigas por ahí.

—¿Por qué no? Como sigas por ese camino, John moverá ficha primero. Ambos sois mis hermanos, pero ella te mira a ti de una forma... distinta.

Matt se sobresaltó, aunque intentó disimularlo. Hubo en él cierto atisbo de esperanza, y algo más complicado que Mia no comprendió.

—No digas tonterías.

—¿Sabes cómo te mira? —insistió ella.

—No.

—Igual que la miras tú a ella. Como si quisierais comeros con la mirada.

—¡Mia! —le recriminó él.

Ella se echó a reír y caminó hacia la entrada de la casa.

—Te he echado de menos, Matt.

Él sonrió.

—Yo también.

No sabía por qué había aceptado la invitación de John para dar un paseo. No tenía que estar a su lado caminando, sino hurgando entre sus cosas. Había ido allí para eso, y no para coquetear con él. Y aunque así fuera, no podía

eludir que era con el otro hermano con quien se le aceleraba el corazón. Con Matt.

—Deberíamos volver, nos estamos alejando demasiado de tu casa — sugirió ella.

John hizo caso omiso a su petición.

—De pequeña te daba miedo la oscuridad, ¿te sigue asustando?

—No lo sé, supongo.

John le rozó el brazo con el hombro y se acercó más a ella.

—Dime una cosa, ¿tú crees que nuestros errores desaparecen con el paso del tiempo? —le preguntó él.

Ella no supo a qué venía aquella pregunta, pero decidió ser sincera.

—No, supongo que nos persiguen el resto de nuestras vidas. Aprendemos a convivir con ellos, que es distinto.

John suspiró con pesadez.

—Sí, tienes razón.

Harley se detuvo para mirarlo a los ojos.

—¿Te encuentras bien?

—Me encuentro genial cuando estoy contigo.

Ella sonrió por el cumplido.

—No es eso lo que te he preguntado, John.

De pronto, le recordó al chico de diecisiete años que intentaba hacerse el mayor frente a ella. El que intentaba protegerla a toda costa y buscaba su atención desesperadamente. John no entendía que ciertas cosas no se forzaban, pero ella lo quería a su manera.

Cuando se dio cuenta de donde estaba, a Harley se le encogió el corazón. La cabaña de madera era un sitio vedado para sus recuerdos. Habían vivido tantos momentos allí dentro que...

—Sé que no me diste la carta que escribió Matt. Me cuesta entender por qué lo hiciste —le dijo de pronto.

—¿Quieres entrar?

—No, hoy no.

John se sentó junto a un árbol y le tendió una mano para que ella tomara asiento a su lado

—Supongo que no te la di porque temía que él te gustase más que yo — admitió por primera vez en su vida—. Soy una mala persona, Harley.

Ella lo miró boquiabierta.

—No, claro que no.

Él alargó una mano para acariciarle la mejilla, y ella no se apartó.

—Sé que no has perdido la memoria.

Harley se retiró de golpe, y él le cogió la mano con delicadeza.

—Y no me importa. Olvidabas que no necesitas ninguna excusa para venir a verme.

—John, eso no es... —tartamudeó ella.

—Puede que no lo supiera desde el primer momento, pero por la forma como reaccionaste cuando te di la caja, tu cara al volver a ver la cabaña... Dios, Harley, y ni siquiera me importa. Daría cualquier cosa porque te quedaras aquí, a mi lado, porque te quiero.

Ella se quedó sin palabras. John se acercó a ella y la besó. La pilló tan desprevenida que no se apartó. Intentó rendirse a su boca suave y al cariño con el que él la besaba. Intentó rendirse a un amor que no hacía daño ni pedía demasiado, pero no pudo. Cuando la imagen de Matt acudió a su mente, ella se separó de él con las mejillas ardiendo.

Matt sintió como le hervía la sangre. Los contempló besándose, apretó la mandíbula y se dio la vuelta. Ni siquiera sabía por qué había ido a buscarla. ¿Qué se suponía que iba a decirle? ¿De qué sentimientos quería hablarle? ¿Por qué, de repente, el consejo que le había dado su hermana le pareció tan acertado?

Deberías hablar con ella de lo que sientes.

Y había estado a punto de hacerlo. Pese a lo que acababa de descubrir, por un instante sufrió un arrebató. El de dejar a un lado sus sospechas y sincerarse con ella. Pero, ¿Sincerarse sobre qué?

Aquella maldita mujer lo estaba volviendo loco. Y si algo tenía claro ahora es que no merecía la pena. Acababa de verla besándose con John, cuando un par de horas antes había estado rebuscando entre sus cosas. ¿Qué era? ¿Una ladrona? ¿Una cazafortunas?

¡Y él había estado a punto de dejarse llevar por una absurda pasión!

Se sentó en la entrada del porche con la cabeza entre las manos. Tenía que descubrir lo que había venido a hacer allí o acabaría volviéndose loco. También podía decirle a John todo lo que había descubierto, pero su hermano era tan imbécil que la defendería a toda costa. *Como siempre.*

Cuando la vio acercarse a paso ligero sin rastro de John, sintió como todos los músculos del cuerpo se le contraían. La rabia le corría por las venas y tuvo

que serenarse antes de mirarla a los ojos. Los celos lo mataban. Pese a todo, tuvo que admitir que Harley parecía más frágil que nunca.

—Lo siento, no hay ningún otro hombre de la familia al que puedas besar esta noche. Ya has completado el cupo —le dijo con frialdad.

Ella se quedó petrificada. Luego frunció el ceño, asintió en silencio y sumó dos más dos.

—¿Ahora te dedicas a espiar a las parejas? ¿En plan voyeur?

Matt se puso en pie y la miró con tanto resentimiento que casi pudo fulminarla.

—¿Eso es lo que sois tú y John? —exigió saber con los dientes apretados.

—Qué más te da —respondió ella con desgana.

—Me trae sin cuidado lo que os traigáis. Pero las parejas no tienen secretos y tú vas a destrozarlo.

—Pobre Matt, siempre pensando en todo el mundo antes que en sí mismo —musitó ella con ironía.

Él dio un respingo.

—¿Qué?

—Ya sabes de lo que estoy hablando.

—No, no lo sé —respondió malhumorado.

Harley sacudió la cabeza, pasó por su lado, y antes de subir los peldaños, se giró para mirarlo con desesperación. Aquella expresión angustiada y suplicante alcanzó de lleno a Matt, que se echó hacia atrás y desvió la mirada al suelo.

—¿Alguna vez serás sincero conmigo?

A él se le formó un nudo en la garganta.

—Cuando tú lo seas conmigo —le espetó, dirigiéndose hacia la entrada.

Harley se lo quedó mirando y suspiró apesadumbrada.

Eso es imposible, se dijo.

Primavera de 2004

Todos los años, al acabar el curso escolar, se celebraba un baile en el gimnasio del instituto. Aquel sería el primer año que asistirían Matt y Harley. John era toda una proeza y todas las chicas querían asistir cogidas de su mano, pero él solo tenía ojos para una. Una que aún no había aceptado su invitación.

Pero lo hará, se dijo. Al fin y al cabo, ¿qué chica del instituto no querría ir al baile con él?

Que Harley se hacía la difícil para llamar su atención era un hecho. No obstante, él sabía que insistir y tener paciencia eran las claves para conquistarla. En el fondo, todos sabían que ella estaba loca por él.

Todos excepto alguien, pensó irritado.

Se acercó a su hermano, que estaba haciendo los deberes de matemáticas con cara de querer morirse. John sonrió para sus adentros. Matt no era ningún genio. Los libros lo aburrían y en casa todos sabían que era él quien prometía maneras. A veces, cuando lo observaba devanarse los sesos en busca de la respuesta con esa cara de panoli, se preguntaba qué demonios veía Harley en él.

—Esa no es la raíz cuadrada de 196 —lo corrigió, por encima de su espalda.

Matt soltó el lápiz con exasperación.

—¡Ya lo sé!

Es tan fácil sacarlo de sus casillas, se vanaglorió.

—Oye, aún no me has dicho con quién vas a ir al baile del instituto. Es tu primer año, te tengo que enseñar a hacerte el nudo de la corbata —le dijo John.

Matt cerró el libro de matemáticas. Las odiaba con todas sus fuerzas, y no entendía para qué debía aprender cálculo algebraico cuando ya existían las calculadoras. Su hermano aún lo seguía mirando con esa mezcla de curiosidad y desconfianza, a la espera de que le diera una respuesta.

¿Qué con quien iba a ir al baile? No tenía ni idea. Debía reconocer que había pensado decírselo a Harley. Después de que se hubieran besado era lo más lógico, ¿no? Pero como siempre, ella se empeñaba en descolocarlo con su actitud bipolar. Siempre había sido más lanzada que él, y en su relación solía llevar la iniciativa para todo. Entonces, ¿por qué esperaba que él diera el primer paso? Honestamente, Matt no tenía ni idea de en qué posición estaban. Se sentía confuso y pequeño mientras ella lo miraba de reojo con el ceño fruncido. En fin, quién la entendía.

—Pues no lo sé —respondió.

John se lo quedó mirando de una forma muy rara, como si no lo creyera del todo. Y si él hubiera tenido más coraje, le habría dicho que tenía pensado pedírselo a Harley. Pero algo le dijo que aquello enfurecería a John, que llevaba mucho tiempo esperando el momento.

Pero ella le dirá que no, se tranquilizó. Porque nos besamos. Porque soy yo el que le gusta.

—Ah, vale. Por un momento creí que se lo habías pedido a Harley. Verás tío, no quiero que te enfades.

Matt se sobresaltó.

—¿Enfadarme por qué? —preguntó con ingenuidad.

—Ya sé que vosotros sois muy buenos amigos, y que tal vez albergabas la esperanza de ir con ella, pero el otro día se lo pedí y me dijo que vendría conmigo.

Matt se puso pálido. ¿Por qué iba a ir con su hermano? ¿Qué mosca le había picado a Harley? Se sintió tan humillado que deseó tenerla delante para pedirle explicaciones.

—Bah... me da igual —mintió, con las orejas rojas.

John sonrió de oreja a oreja.

—¡Genial!

Aquella mañana Harley se había levantado muy temprano para que nadie sospechara de ella. Tenía que reunirse con Hoover a medio kilómetro de la carretera que iba camino de la mansión de los Parker. Ese hombre de pelo rapado y modales cortantes era quien la había ayudado a montar aquel escenario: el coche estrellado en el terraplén y la herida de su cabeza fruto de una estudiada incisión con un cúter. Y aunque le caía fatal, estaba obligada a hablarle de sus progresos si quería que él le diese algo a cambio. No tenía alternativa.

La estaba esperando bajo la sombra de un castaño con aquella pose chulesca y preparada. Iba a necesitar más que eso para amedrentarla, pues Harley ya se había topado con más tipos como él.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó de golpe.

—¿Has traído la foto? —quiso saber ella.

Él se llevó una mano al bolsillo trasero de su pantalón y la dejó allí. El pulso de ella se aceleró.

—¿Qué tienes para mí?

—Nada —admitió en un susurro.

A pesar de las oscuras gafas de sol, Harley notó que la mirada de él se endurecía.

—¿Crees que has venido aquí de vacaciones? ¿A visitar a unos viejos amigos?

Ella se cruzó de brazos y resopló.

—No, pero...

—Pues haz tu maldito trabajo —le espetó—. ¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que ese poli te pille? Comenzará a desconfiar de ti y tendrás que largarte.

Ya lo ha hecho, pensó con amargura.

—Si me das algo más de tiempo... —suplicó ella.

—Dos semanas. Ni una más.

—Al menos dime lo que estoy buscando, ¡si fueras más concreto! He estado hurgando en su agenda de teléfono, en los cajones de su escritorio... pero no encuentro ningún de los nombres que me has dicho.

—Todo lo que tienes que saber ya lo sabes —le dijo con frialdad.

Harley lo miró con odio. Si ya se sentía como una mierda por traicionar a

John, que ni siquiera supiera por qué lo hacía la llenaba de ira.

Hoover se metió la mano en el bolsillo y Harley abrió mucho los ojos, emocionada y expectante. Llevaba muchos años esperando aquella imagen. Se merecía un soplo de esperanza. Algo por lo que luchar. Cuando él le tendió un pendrive, ella torció el gesto.

—¿Qué es esto? —gruñó.

—Solo tienes que averiguar la clave de su ordenador. Cuando lo enciendas, enchufas el pendrive y él hará el resto. Entonces podrás marcharte y nuestro trato habrá concluido.

Solo tenía que averiguar la clave de su ordenador, ¡cómo si fuera tan fácil!

—No tengo ni idea de cuál...

—Tienes dos semanas —la cortó.

Harley miró con indecisión el pendrive. Podía olvidarse de todo aquello y regresar a su vida vacía y solitaria, o podía cumplir el trato y conseguir lo que deseaba. Y lo deseaba con todas sus fuerzas.

Antes de aceptar el pendrive, le dedicó a Hoover una mirada feroz y llena de orgullo.

—La foto —exigió.

No se iría de allí sin una recompensa. Necesitaba algo que mirar para recordarse que todo merecía la pena. Que no estaba traicionando a John por nada.

Hoover carraspeó, pero al final sacó algo de su bolsillo y se lo entregó. Antes de que ella pudiera darle la vuelta, él le apretó la mano.

—No te sientas culpable por lo que estás a punto de hacer. Todo por lo que estás luchando merece más la pena que John Parker. En el fondo lo sabes.

—Tú no sabes nada de él —lo defendió airada.

—Sé lo suficiente para admitir que debería pudrirse en una cárcel.

Harley se estremeció. Cuando Hoover se largó, ella le dio la vuelta a la foto y contempló la imagen. Su mundo se detuvo. De repente, todas las cosas que había en él dejaron de importarle. Fue como si un rayo de esperanza le acariciara el corazón. Inspiró conmovida y sintió como todo su cuerpo temblaba. Los ojos se le anegaron de lágrimas y sostuvo la fotografía con manos trémulas.

Tengo que hacerlo. Dios mío, tengo que hacerlo, se dijo, más convencida que nunca.

Los años le pesaban cada vez más. Ahora se sentía vieja e inútil. A veces creía que jamás se quitaría aquel sentimiento de culpabilidad que le empañaba el alma. Sabía que ahora podía enmendar las cosas, pero reconocer su error le costaba demasiado. Y no por ser juzgada, ¡ojo! ¿Y si gracias a su sinceridad sus hijos volvían a separarse?

Veía aquel recelo con el que se trataban desde que Harley había vuelto. *Como cuando eran unos niños*, lamentó. Podía callar para siempre, como llevaba haciendo toda la vida, o dejar que ambos se dieran una oportunidad. ¿Pero qué sería de John? Su volátil y peligroso John, que llevaba enamorado de Harley desde que era un crío.

Haga lo que haga no es justo. Calle o diga la verdad, no será justo para uno de ellos.

Solo intentaba protegerlos, se justificó.

No era una mala persona, sino una madre abnegada que haría lo que fuera por ellos.

¿En serio?, la voz de Bill siguió atormentándola.

Penélope se llevó las manos a la cabeza para acallar aquel maldito remordimiento. Su pobre hija se lamentaba por haberle causado la muerte a Bill, pero ella sabía que Mia no había sido la culpable.

Fui yo.

Porque Bill había descubierto su terrible secreto. La había mirado decepcionado y herido. Le había gritado mientras ella trataba de defenderse y le echaba a él la culpa. Y luego le había preguntado:

—¿Cómo has sido capaz de callar durante tantos años? —le recriminó él con dureza.

—Lo he hecho por ellos. Tú no sabes lo que es eso, porque llevas demasiado tiempo centrándote en tu trabajo y olvidándote de tus hijos. Desde que ella desapareció de nuestras vidas somos más felices, ¡pero tú te empeñaste en sentirte culpable! ¡En creer que teníamos algún tipo de responsabilidad! —estalló ella.

Bill se llevó una mano al pecho y contrajo una mueca de dolor. Entonces ella no supo que le estaba dando un infarto, pero lo averiguó un día más tarde. Cuando las piezas encajaron y comprendió que la verdad había matado a su marido.

—¡Podríamos haber cambiado las cosas! ¡Podríamos haberla ayudado! ¿Por qué no lo entiendes tú? Desde que ella se fue, una parte de nuestros

hijos se marchó con ella. Y Matt...

—¡Cállate! —le gritó furiosa—. No finjas que nada de esto tiene que ver con nuestro hijo.

Bill se dejó caer en el sofá con esfuerzo. En el mismo sofá en el que falleció y horas después lo encontró Matt. Y ella lo dejó allí, sin saber que aquella sería la última vez que lo vería. Sin saber que las últimas palabras que le diría a su marido serían:

—¡Ojalá tú te hubieras largado con ella!

Penélope fue hacia su tocador y abrió el último cajón. La caja de latón brilló ante sus ojos como burlándose de ella. Solía preguntarse por qué no la había tirado, y al final siempre llegaba a la misma conclusión: necesitaba recordar lo que había hecho. Necesitaba recordar su secreto.

Mia recogió su mochila cuando sonó el timbre. Estaba más contenta que de costumbre porque su profesora de literatura la había felicitado por la redacción sobre *feminismo en la literatura*. Se había explayado en una crítica que le había granjeado el entusiasmo de su profesora y la mirada perpleja de sus compañeros de clase.

—¿Qué tienes pensado hacer cuando te gradúes? —le preguntó Samantha, la profesora de literatura.

—Aún no lo sé —respondió, pues era la pura verdad.

—Tu redacción ha sido increíble, deberías pensarte el asistir al taller de literatura creativa que imparto por las tardes. Tal vez descubras tu verdadera vocación si te animas a venir. ¡Quién sabe si tengo a una futura escritora entre mis alumnos!

Mia aceptó la oferta, así como el libro que Samantha le recomendó que leyese: El cuento de la criada, de Margaret Atwood.

—Lo estamos comentando en el taller. Si lo lees antes del jueves, nos encantará saber tu opinión.

Mia abrazó el libro contra su pecho y salió de allí más contenta que de costumbre. Era la primera vez en su vida que sentía que ir al instituto tenía sentido.

Cuando a lo lejos divisó a Fernando, corrió a saludarlo. Al ver que a su lado estaba Gillian, se detuvo abruptamente y los observó desde la distancia. Apoyado contra la pared, Fernando apartó la cara cuando ella intentó besarlo. Pero Gillian no se dio por vencida, enredó las manos alrededor de su nuca y

apretó su boca contra la de él, que le devolvió el beso.

Mia vio la escena como quien contemplaba a un fantasma. Se quedó quieta y abrumada, sin entender por qué Fernando actuaba de aquella forma tan ruin. Y lo odió con todas sus fuerzas, hasta que alguien le arrebató el libro y soltó una carcajada.

—¿El cuento de la criada? ¿Pero qué mierda es esta? —se burló Mike.

Mia intentó recuperarlo, pero él lo puso en alto y comenzó a mofarse con aquella risa tan desagradable.

—¿Ahora te va la literatura? ¡Pero si esto no tiene dibujos, Mia!

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Me lo devuelves ya?

Un brillo malvado inundó los ojos de Mike.

—Antes dime la palabra mágica.

—Que te den.

—No, esa no es.

Algunos curiosos se los quedaron mirando mientras Mike disfrutaba de lo lindo. Y pensar que antes ella había sido como él. De solo recordarlo le entraron nauseas.

—¡Venga ya, Mia! Tú eres experta en chuparla hasta la garganta, no en literatura contemporánea —gritó, para que todos lo oyeran.

Se escucharon algunas risas débiles alrededor. Mia deseó salir huyendo, pero supo que tenía que hacerle frente si quería que parase.

—La tuya no me llega ni a la campanilla, porque la tienes así —dijo, y separó el dedo pulgar del índice para mostrar algo del tamaño de una goma de borrar.

Las risas se hicieron más amplias y Mike tiró el libro al suelo. Su rostro se transformó en una máscara de ira.

—No sé qué demonios te has creído, pero voy a tener que bajarte los humos —le advirtió, caminando hacia ella de manera amenazadora.

Mia retrocedió por puro instinto hasta que alguien se colocó delante de Mike y le cortó el paso. Era Fernando.

—Joder, El último mohicano. ¿Es que no te bastó con la última tunda que te di? —le escupió Mike.

—No veo por aquí ningún palo. Así que a no ser que vayas a buscar uno, me da que vas a tener que utilizar los puños si quieres apartarme de tu camino —le respondió muy tranquilo.

Mike pareció pensárselo, pero al final se dio la vuelta y dijo:

—Mia, aunque la mona se vista de sea, mona se queda.

Fernando recogió el libro del suelo y ella se lo arrebató de malas maneras.

—¿Estás bien? —se preocupó él.

—Me puedo defender yo solita, no necesitaba tu ayuda.

—Te estaba devolviendo el favor por lo de la última vez.

—Pues estamos en paz —repuso ella con frialdad, y comenzó a caminar hacia el coche.

Fernando la siguió a toda prisa y se interpuso en su camino.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exigió saber.

Mia sacudió la cabeza, alucinada.

—¡Qué eres un mentiroso, eso es lo que me pasa!

—¿Qué?...

Ella abrió la puerta del coche y se sentó en el asiento del conductor, pero cuando fue a arrancar, Fernando se metió dentro y se sentó a su lado.

—¡No pensarás que voy a llevarte en coche después de ver como besabas a Gillian delante de mis narices! —estalló furiosa.

—No quiero que me lleves en coche. Solo quiero hablar contigo —le pidió muy tranquilo.

—Pues yo no. Bájate.

Él quitó las llaves del contacto para que ella le prestara atención.

—Sé que estás enfadada.

—No estoy enfadada, tengo ganas de matarte. Y me siento utilizada, humillada y muy tonta —le hizo saber, con voz temblorosa.

—Eso es porque te gusto —le explicó con orgullo.

Ella tuvo ganas de sacarlo a patadas del coche. ¿Pero quién se creía que era?

—Bájate del coche ahora mismo, ¡y devuélveme las llaves!

Él la ignoró, y se echó hacia atrás cuando Mia intentó arrebatarle las llaves.

—Y lo que quiero decirte es que tú también me gustas. Muchísimo. Más de lo que creía que podrías gustarme. Ha sido algo tan repentino que creí que no estaba preparado para ello. O tal vez siempre me has gustado, pero te veía tan inalcanzable que me esforzaba en creer que te odiaba.

Ella se quedó atónita mientras lo escuchaba.

—Dios, Mia... puede que me gustes más de lo que estoy dispuesto a admitir. Pero si tengo que ser sincero para no perderte, te diré que estoy loco por ti. Que me vuelves loco desde que te conocí, y que puede que esa locura

sea la que me ha impulsado a quitarte las llaves y obligarte a escucharme.

—¿También te ha impulsado a besar a Gillian? —ironizó ella.

—Ha sido ella.

—Esa es la peor excusa de la historia. La culpa siempre de las mujeres, eh... ¡tendrás morro!

—Lo hemos dejado, y ella me ha besado para despedirse. Ya sé que parece la peor excusa de la historia, pero es la verdad. No soy la clase de hombre que juega con los sentimientos de dos mujeres. Sobre todo cuando una de ellas me hace perder la cabeza.

Mia no quiso escucharlo porque sabía lo que habían visto sus ojos. Le temblaron las manos cuando le quitó las llaves y puso el coche en marcha.

—Bájate —le ordenó.

Él obedeció sin rechistar.

—¿No vas a insistir más? —preguntó confundida.

Él sonrió de medio lado.

—No. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Ahora tú tienes que pensar en lo que te he dicho y sacar tus propias conclusiones. Estaré en la casita que hay junto al invernadero, esperando tu respuesta mientras tú finges que me perdonas pese a que ya has tomado una decisión.

Quiso atropellarlo, pero se contuvo. Todo lo que hizo fue pisar el acelerador y evitar echar un vistazo por el espejo retrovisor.

Harley no sabía si era buena idea, pero algo en su interior le dijo que tenía que darle el retrato a Penélope. Se había tomado ciertas licencias creativas que no sabía si gustarían a la matriarca de los Parker. Ella deseaba de todo corazón que así fuera.

Quería reconciliarse con aquella mujer porque aún notaba su recelo. De hecho, si hubiera sabido por qué estaba allí estaría más que justificado. Y en cierto modo ella la entendía. Cuando era una niña tan solo albergaba rabia ante la actitud de Penélope, pero los años la hicieron madurar y comprendió que ella solo quería proteger a sus hijos a toda costa.

No iba a negar que el cambio visceral de Penélope no le había dolido. Había pasado de ser una mujer amorosa y preocupada por ella, a una madre sobreprotectora que la trataba con hostilidad. Y Harley se había sentido tan herida que no había vuelto a poner un pie en casa de los Parker.

Se dirigió hacia el comedor, donde para su sorpresa Mia y Matt estaban

bromeando. Se alegró de que la relación de los hermanos hubiese mejorado, y carraspeó para llamar la atención de Penélope, que estaba colocando un succulento asado en el centro de la mesa.

—Harley, cielo, te estábamos esperando —o se alegraba de verla o lo fingía muy bien.

—Habríamos comido sin ella de todas formas —le restó importancia Matt.

Su madre le dedicó una mirada acusadora, y John se limitó a sacudir la cabeza, dándole por un caso perdido.

—He tardado un poco más porque le estaba dando los últimos retoques —se disculpó, bastante nerviosa—. Me he tomado algunas licencias... espero que te guste.

—Oh, ¡pero si no soy más que una vieja! ¿Qué licencias has podido tomart...? —su voz se interrumpió al contemplar el cuadro.

Lo sostuvo con manos temblorosas y su rostro se contrajo en una mueca indescifrable. Y Harley supo que acababa de meter la pata hasta el fondo. Los hermanos contemplaron el cuadro con curiosidad y las reacciones fueron de lo más diversas. Mia se emocionó. John asintió satisfecho. Y Matt la fulminó con la mirada.

Era un retrato de Penélope y Bill, al que había pintado abrazándola por la cintura. Se los veía felices y enamorados, tal y como ella los recordaba. Harley quería hacerle un regalo emotivo, pero ahora se arrepentía profundamente.

—Yo... creí que te gustaría. Lo siento mucho si no ha sido así. Dios mío, de verdad que lo lamento —musitó con voz débil.

Penélope, con los ojos anegados de lágrimas, se dirigió hacia la cocina con el cuadro. A Harley se le descompuso el cuerpo.

—Por supuesto que ha sido una pésima idea. ¿Por qué tenías que meter el dedo en la llaga? Parece que lo has hecho a propósito —le echó en cara Matt.

Ella bajó la cabeza.

—Ha intentado tener un gesto bonito, no seas así —la defendió John.

—¡Oh, por el amor de Dios! —perdió la compostura Matt, levantándose de la silla. Mia le colocó una mano sobre el muslo para tranquilizarlo, pero no hubo manera—. ¿Por qué la tienes que defender a toda costa? Todos sabemos que no ha perdido la memoria, ¡ayer la vi rebuscando entre tus cosas! Seguro que buscaba las llaves de tu coche para venderlo.

—Eres un capullo —siseó John.

Matt se rio de manera apagada. Harley deseó clavarle el tenedor en un ojo.

—Al menos uno de los dos piensa con la cabeza en lugar de con la po...

Penélope regresó al comedor y las palabras de Matt se quedaron en el aire. Llevaba en las manos el cuadro de la discordia.

—Creí que ibas a tirarlo —murmuró extrañada Harley.

Ya no había rastro de lágrimas en el rostro cuarteado de Penélope, que ahora rebosaba de una renovada vitalidad.

—¿Tirarlo? —repitió atónita—. Disculpad mi reacción de antes. Ha sido toda una sorpresa, Harley. Me he emocionado y detesto que me vean llorar en público, ya lo sabéis.

Todos se quedaron perplejos. Harley le lanzó una mirada de suficiencia a Matt, que miró hacia otro lado de mala gana.

—Es un cuadro precioso y quiero colgarlo frente a la mesa del comedor, para que todos podamos admirarlo.

Se subió al aparador que había junto a la pared para retirar aquel anodino lienzo de unas amapolas. Matt se colocó rápidamente detrás de ella para sujetarla.

—¡Mamá, ten cuidado! Te podrías caer.

—¡Ni que fuera una vieja chocha! —se quejó ella.

Cuando colgó el cuadro, suspiró satisfecha y se bajó del aparador sin la ayuda de su hijo. Entonces lo miró de forma acusadora.

—Creo que le debes una disculpa a Harley.

Matt puso mala cara.

—Se me ha quitado el hambre —gruñó, y se dirigió hacia las escaleras.

Prácticamente las saltó de dos en dos, y lo último que se oyó fue el sonoro portazo que dio para encerrarse en su habitación.

—Luego dicen que la inmadura soy yo... —musitó Mia, poniendo los ojos en blanco.

No es más que un cabezón orgulloso. Como se nota que los años no lo han cambiado en absoluto, se dijo Harley.

A veces se le olvidaba que él la había traicionado. Que no había cumplido su promesa. Que la había abandonado para siempre. ¿Por qué se comportaba entonces de aquella manera tan despreciable? Con aquel resentimiento perpetuo, como si fuera ella quien le debiera una disculpa. Menudo cretino.

—Cambiando hacia un tema más interesante... —comenzó John, para animar el almuerzo—. Mañana es la feria local. Podríamos ir todos, ya sabéis, como una familia.

La expresión de Penélope delató tanta incertidumbre que Harley supo a qué

se debía.

—John... no creo que...

—Mamá, ya es hora de que nos divirtamos un poco, ¿no crees? —insinuó John.

Su madre se encogió de hombros con gesto ausente. Harley sabía que asistir a la feria implicaría enfrentarse a las habladurías del pueblo. Durante su infancia había sido la chiquilla rara y pobre a la que había que tener lástima. Y luego...

—A mí me parece una buena idea —se sumó Mia—. A ver si Matt se anima.

—¿Ese? Tiene la cabeza tan dura que sería más fácil convencer a un león hambriento —se burló John.

—Vamos... John, no seas así de duro con él. En el fondo tiene un gran corazón —intercedió su madre por él, y le lanzó a Harley una mirada cargada de intenciones.

Durante un instante ella creyó que la había malinterpretado, hasta que comprendió que Penélope trataba de decirle algo más allá de aquella frase. Algo que Harley desechó porque Matt Parker le había roto el corazón cuando ella ni siquiera sabía lo que era el amor. Gracias a él jamás volvería a confiar en un hombre.

Verano de 2004

La habían castigado por negarse a recoger gusanos para la estúpida clase de ciencia del Señor Patterson. Ella había argumentado que los gusanos eran seres vivos que no tenían por qué estar encerrados en una caja de metacrilato, y que la naturaleza se observaba al aire libre. El Señor Patterson la había llamado salvaje, ¡a ella!, y luego la había mandado al aula de castigos.

Se aburría como una ostra mientras pensaba para sus adentros que los adultos no eran más que simios encolerizados cuando les llevabas la contraria. Ni siquiera se dedicaban a rebatirte, porque quizá con ello estarían admitiendo que tu opinión podía ser tenida en cuenta. En esas estaba cuando sonó el timbre y salió pitando de allí, con la mochila colgada al hombro. A la salida se encontró con Gina y su grupo de amigas, que se acercaron hacia ella emanando complicidad. A Harley le parecían las niñas más superficiales y anodinas del mundo.

—¿Sabes que Matt me va a llevar al baile de fin de curso? —le soltó Gina.

Harley se echó a reír. Matt no estaba para nada interesado en ella, así que no era más que una mentira para sacarla de sus casillas.

—Lo dudo, él no te soporta.

—¡Pues me ha pedido que vaya al baile con él y le he dicho que sí! Ya lo verás cuando vayamos juntos.

Harley la vio tan convencida que por un instante dudó.

—Me da igual —bufó.

—Ya, claro. Estabas deseando que te lo pidiera a ti, pero es evidente que él nunca se fijaría en una pordiosera que viste con ropa de la parroquia. Le das pena y por eso acepta que estés en su casa como una mendiga.

Harley apretó los puños y sintió como un súbito calor le subía por el cuerpo.

—¡Retira eso!

Gina soltó una risilla malvada, y Harley decidió que le borraría aquella sonrisa de suficiencia de un puñetazo. Entonces, la mano de John se colocó sobre su hombro para retirarla de la posible pelea.

—Vámonos, Harley. No merece la pena.

Ella se apartó de él malhumorada y comenzó a caminar. John la siguió con el ceño fruncido.

—Cuando vea a tu hermano le voy a partir las piernas —masculló furiosa.

John se sintió repentinamente culpable, pues sabía de sobra que Matt le había pedido a Gina que fuese con él al baile en un arrebató de despecho.

—Lo que ha dicho Gina no es más que una tontería. A Matt no le das pena —trató de convencerla, y añadió muy serio—: ni a mí tampoco. A mí me gustas mucho, ya lo sabes.

Harley se detuvo de pronto y lo miró a los ojos, bastante conmovida. Llevaba anhelando toda su vida que alguien la quisiera de verdad. Formar parte de algo.

—Gracias —musitó.

Él se encogió de hombros.

—Solo digo la verdad...

Harley deseó con todas sus fuerzas estar enamorada de John, y no del hermano equivocado. Aquel cabezón no tenía palabra ni honor. Seguro que salía con Gina solo para demostrarle que el beso no había significado nada para él. Si lo tuviese delante, le habría dado una buena tunda.

—¿Vendrás al baile conmigo? —le preguntó esperanzado.

Harley se lo pensó durante un momento. Si Matt iba acompañado de Gina, no veía por qué ella no podría asistir con John. Eran buenos amigos desde siempre. Él la cuidaba, la respetaba y jamás le había fallado.

—Sí.

John sonrió de oreja a oreja. Y antes de que ella pudiera reaccionar, se inclinó para robarle un beso. Harley parpadeó sorprendida y no se apartó. Cerró los ojos e intentó que le gustase. Intentó sentir las mariposas. Sus pies levantándose del suelo. Quiso que la emoción que la embargó cuando besó a Matt le acariciara de nuevo el estómago. Pero no sucedió. Fue un beso agradable y frío.

Cuando se separó de ella, le colocó el pelo tras la oreja y le guiñó un ojo.

—¿Lo ves? Lo que dicen es cierto: estamos hechos el uno para el otro.

Y Harley quiso creerlo con todas sus fuerzas, pero algo en su interior le dijo que no. Que nunca sería así.

Cuando se quedó a solas con John, supo que tenía que mover ficha antes de que Matt consiguiera que la echaran de la casa. Sabía de sobra que John no era tonto, y no podía largarse de allí hasta que completara su misión.

—John, sobre lo que sucedió anoche en la cabaña...

Él puso las manos en alto para restarle importancia.

—Nos besamos, y por mí lo repetiría durante el resto de mi vida. Pero sé que aún no estás preparada. Puedo tener paciencia. Al fin y al cabo, llevo trece años esperando que volviéramos a vernos.

Ella se mordió el labio inferior. Entre ellos jamás existiría esa clase de relación. Adoraba a John y durante mucho tiempo había intentado enamorarse de él. Pero el corazón no era un órgano al que se pudiera forzar, y ella sabía que aunque le pesase, el suyo tenía nombre desde hacía mucho tiempo.

Demasiado, pensó con amargura.

—No... no me refería a eso. Lo que me dijiste sobre mi memoria. Tenías razón.

Esperó su reacción, pero John apenas se inmutó.

—¿Te refieres a que lo recuerdas todo?

Ella le cogió la mano con desesperación. Pese a que odiaba comportarse de aquella manera, necesitaba engatusarlo o todo se iría al garete.

—Más o menos. Hace un par de noches empecé a recordar algunas cosas. No lo recuerdo absolutamente todo sobre mi infancia —mintió como una bellaca—, pero sí lo suficiente para saber que nos queríamos. Y todo lo que pasó después...

La expresión de él se ensombreció y le apretó las manos.

—No es necesario que hablemos de eso —decidió.

Ella se quedó más tranquila. Odiaba aquella parte de la historia, porque años después aún seguía haciéndole daño.

—¿Vas a volver a tu casa? —preguntó él, y su tono desveló más temor del que le habría gustado.

—¿Mi casa? —repitió ella con sorna—. John, si vine a buscarte fue con la esperanza de que me acogieras durante algún tiempo. No... no tengo nada ni a nadie. Estoy arruinada y no sabía a dónde ir, hasta que me acordé de ti. Trabajaba en un pequeño restaurante que cerró. Luego intenté buscar trabajo mientras vivía de mis ahorros, y cuando quise darme cuenta no tenía dinero

para pagar el alquiler. Estaba desesperada y pensé que tal vez tú podrías ayudarme. Luego perdí la memoria y todo se fue al traste, pero siento que ahora que la he recuperado no puedo seguir mintiéndote.

Maldita fuera, se sentía como una verdadera arpía mientras él la miraba apesadumbrado.

—No quiero que te vayas, Harley. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Unas semanas, varios meses, toda la vida...

Ella sintió una punzada de culpabilidad.

—Gracias, John.

—Sé que tú harías lo mismo por mí. Has vuelto a tu casa, no te empeñes en irte.

Ella se ruborizó, y tuvo que contener el impulso de contarle toda la verdad.

—¿Por qué estabas rebuscando en mis cosas? —le preguntó de pronto con curiosidad.

A Harley comenzaron a sudarle las manos. Maldito fuera Matt.

—Estaba buscando carboncillo para hacerte un retrato. Recordé que tu padre guardaba en los cajones y pensé que tal vez...

—Matt es un idiota desconfiado —la cortó él—. Pero no todos somos como él.

Pues tú deberías ser el primero.

—No sé si quiero ir al pueblo. Ya sabes que murmuran a mi espalda y no sé si podré soportarlo —le dijo ella —le confesó ella.

John se echó a reír.

—Miedo me da si lo hacen, porque entonces tendrán que enfrentarse a ti —le guiñó un ojo y se dirigió hacia su habitación. La miró con una emoción profunda y dijo con voz grave—: me alegra que hayas vuelto, Harley. Este siempre fue tu hogar. Nunca deberías haberte marchado.

Pero tuve que hacerlo, pensó ella. Puede que si me hubiese quedado las cosas hubieran sido distintas, pero no tuve otra oportunidad.

Se miraron y él pareció pensar lo mismo.

Cuando se quedó sola, recordó que llevaba el pendrive en el bolsillo trasero del pantalón. Si se daba prisa, podía entrar en el despacho y tratar de averiguar la clave del ordenador. Inspiró para buscar la fuerza necesaria y decidió que tenía que hacerlo. Echó un vistazo rápido al pasillo, y al ver que no había nadie, caminó hacia la puerta del despacho con aire decidido. Fue a girar la manija cuando notó que había alguien a su espalda. Dejó caer la mano y se giró, a sabiendas de que era Matt. Había olido su perfume y podía notar el

recelo atravesándole la espalda.

La observaba con una sonrisa de suficiencia en la cara, como si estuviera encantado de haber saboteado sus planes. Tenía un brillo pícaro en los ojos, y de repente le recordó al niño de trece años con el que solía divertirse y discutir. Y lo echó de menos. Fue una emoción fugaz e intensa que espantó irritada.

—La he cerrado con llave. Aunque John te diga lo contrario, en el fondo tampoco se fía de ti. No le pareció mala idea que le pusiese una cerradura a la puerta —la informó con tono petulante.

Harley intentó aparentar indiferencia, aunque por dentro se moría de ganas de estrangularlo.

—Solo iba a mi habitación, aunque resulta agradable tener un guardaespaldas. Es uno de esos caprichos de ricos al que podría acostumbrarme —respondió, para sacarlo de sus casillas.

Matt ensanchó una sonrisa peligrosa.

—Seguro que sí, apuntas maneras.

—En el fondo sigues siendo el mismo crío orgulloso y temperamental de siempre, eh. La gente no cambia, menos mal. Así sé a lo que me enfrento.

La expresión de Matt se descompuso, y por un momento ella tuvo la impresión de que había roto su coraza. El pasado le importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Como a ella.

—La gente no cambia en absoluto, tú eres buena prueba de ello —dijo él con frialdad.

Pese a que ella intentó que sus palabras no la afectaran, fue incapaz de contenerse.

—¡Encima! Para mí es todo un misterio por qué te comportas como si yo te debiera algo. Eres tú el que me dejó tirada cuando más lo necesitaba.

Él la miró con extrañeza, como si no entendiera a lo que se refería. Por un momento el desconcierto hizo mella en él y estuvo a punto de arrastrarla hacia una habitación para hablar largo y tendido. Entonces se cruzó de brazos a la defensiva y decidió que ella no iba a hacerlo dudar. Jamás se lo permitiría.

—Tienes una curiosa percepción de la realidad. Deberías ir a un médico para que te examinaran. A lo mejor eres uno de esos casos excepcionales con los que la ciencia puede experimentar —le dijo en tono jocoso.

Harley se clavó las uñas en las palmas de la mano.

—No tengo ganas de discutir contigo, es agotador.

—Ni yo tampoco. De hecho, venía a pedirte disculpas, pero como siempre

consigues sacarme de mis casillas...

Ella se quedó desconcertada.

—¿Sabes pedir perdón? ¡eso sí que es toda una sorpresa!

Él le dedicó una mirada afilada.

—Cuando uno mete la pata hasta el fondo, lo correcto es hacer todo lo posible por enmendarlo. Así que lo siento, Harley. Me he comportado como un animal hace un rato porque quería proteger a mi madre. No te merecías que te tratara así.

Lo peor de todo fue que estaba siendo sincero. Harley asintió con la boca apretada. Ojalá fuese consciente de que debía pedirle perdón por mucho más. Tal vez así ella pudiera pasar página de una maldita vez.

Cuando le tendió una mano, ella la miró con cierto recelo.

—¿Aceptas mis disculpas? Son de corazón.

Ella le apretó la mano y sintió como un subidón de calor y adrenalina le recorría todo el cuerpo. Ambos se soltaron incómodos y apabullados.

—Por cierto, vas a necesitar una excusa mejor para mí —le soltó él, para romper aquella intimidad que acababa de formarse entre ellos.

—¿Eh?

—Ya sabes: *soy una pobre chica desamparada que fue a buscar al último pelele que haría lo que fuera por ella* —imitó su voz con tono burlón.

—Así que has oído mi conversación con John.

—Lo suficiente para hacerme a la idea de que le has contado la parte que te interesa.

Si él quería jugar, ella también podía unirse a aquel juego. Así que decidió darle donde más le dolía.

—Para darte igual la relación que nos traigamos, nos prestas demasiada atención. Cuidado, alguien podría pensar que estás un poco celoso.

A él se le desencajó la mandíbula.

—¡Siempre tuviste un ego descomunal! —exclamó furioso.

—Mira quién fue a hablar... el tipo más orgulloso y egocéntrico del planeta.

Harley decidió dar la conversación por concluida y se dirigió hacia su habitación. La voz de él la detuvo.

—¿Vas a ir mañana a la feria? —quiso saber.

—Para tu tranquilidad, te informo que no tengo la más mínima intención de poner un pie en esa maldita feria —respondió con voz afilada.

Matt se acercó a ella y colocó una mano contra la pared, para que no

tuviera escapatoria. Harley quiso odiarlo, pero entonces él bajó la cabeza y la miró de una forma extraña y arrebatadora. Como si quisiera decirle tantas cosas que no supiera por dónde empezar. Ella se quedó sin respiración. Los años le habían favorecido. Ahora era más atractivo y peligroso. Y cuando la miraba de aquella forma tan profunda, Harley casi se olvidaba de todo. Casi.

—Si me conocieras tanto como crees, sabrías que lo que de verdad quiero es que vayas a esa maldita feria. Que te pongas tu mejor vestido y sonrías de oreja a oreja a todos esos capullos que van a murmurar a tu espalda.

Harley sintió que las piernas le fallaban. Él pegó la frente a la suya, entrecerró los ojos y pareció luchar consigo mismo para contenerse.

—Así que ve, por favor. O te juro que te arrastraré del brazo hasta llevarte al lugar más concurrido. Solo así les demostraras a todos que lo que digan de ti no te importa lo más mínimo.

Ella sintió que las lágrimas le atenazaban la garganta y habló con un hilo de voz.

—¿Y si me importara?

—Entonces yo estaré a tu lado pase lo que pase —le prometió con voz ronca.

En un arrebató, la sostuvo por los hombros para besarla. Ella se sobresaltó y cerró los ojos. El olor de Matt, tan familiar como intenso, la dejó atontada. Por un instante deseó sucumbir a ese beso y olvidarse de todo. Dejarse arrastrar por aquella atracción tan tormentosa. Pero se apartó alterada y lo miró con tanta rabia que Matt se quedó paralizado.

—Eso me prometiste cuando tenía dieciséis años, y desde entonces no ha pasado un solo instante de mi vida en el que no te haya odiado. Ahora ya sabes que es recíproco, Matt Parker —dijo con voz firme.

Él se quedó tan deshecho que no reaccionó cuando ella se marchó.

¿Qué la había abandonado? ¿De qué demonios estaba hablando! La había buscado desesperadamente para luego darse cuenta de que ella ya no quería saber nada de él. Si alguien tenía razones para estar dolido era él. Y si alguien tenía razones para odiarla, desde luego que era él.

“Una rata que está dentro de un laberinto es libre de ir a cualquier sitio, siempre que permanezca dentro del laberinto” Mia releyó aquella frase con el ceño fruncido. Desde que había comenzado *El cuento de la criada* se sentía especialmente conmovida. Tenía la sensación de que aquella distopia

feminista trataba de decirle algo, o puede que se sintiera tan perdida que sencillamente buscaba las respuestas en un libro.

No se trataba solo de cómo se sentía respecto a Fernando, sino de todo lo demás. De sus ambiciones y el sentido que le buscaba al resto de su vida. Del arrepentimiento y el hecho de que jamás podría cambiar el pasado.

Escuchó un golpecito contra el cristal de su ventana y apartó la vista del libro. Tres golpes más provocaron que se levantara y dejase el libro sobre la cama. Cuando abrió la ventana, un guijarro le pegó en la frente y ella soltó un grito de indignación. Cuando se asomó a la ventana, vio que Fernando estaba tan pálido como una estatua.

—¡Lo siento! —susurró, en la oscuridad de la noche.

Ella le dedicó una mirada airada. Notó como le crecía un chichón en la frente y se acarició el bultito.

—¿A ti qué te pasa? —le recriminó.

Él juntó las palmas de las manos para pedirle disculpas.

—Ha sido sin querer. Solo pretendía llamar tu atención.

—¡Pues lo has conseguido!

Cuando a él se le escapó una risilla, Mia estuvo a punto de cerrar la ventana.

—¡No, espera! ¿Bajas? Solo será un momento.

—¿Para que me puedas dar desde más cerca?

Fernando ahogó una carcajada y le lanzó una mirada suplicante. Con un suspiro dramático, Mia se aferró al canalón y se deslizó hacia abajo. Él se le acercó con cautela y alargó un brazo para tocarle la frente, pero ella se apartó irritada.

—¿Te duele? Si vamos a mi casa te pondré un poco de hielo.

—Pues claro que me duele, ¡me has dado una pedrada!

—Una pedrada, ¡anda ya! Ha sido un guijarro del tamaño de un garbanzo —le restó él importancia.

—¡Curiosa forma de impresionarme!

—¿Y si no quería impresionarte?

Ella se dirigió malhumorada hacia el canalón, así que Fernando la agarró del brazo para detenerla. Miró ofendida su mano y él la soltó muy rápido.

—Vale, a lo mejor quería impresionarte. Pero lo último que buscaba era darte a ti. No ha sido a propósito —se disculpó él.

—Ya lo sé.

Fernando comenzó a caminar hacia su casa y le hizo un gesto a ella para

que lo siguiera. Aunque al principio se mostró reacia, a Mia empezaba a dolerle la cabeza, así que decidió acompañarlo.

—¿Tu padre no se molestará si me ve aquí dentro? —se preocupó ella.

—A esta hora ya está durmiendo. Y no, no creo que se molestara porque la hermana de su jefe estuviera aquí. Al fin y al cabo, esto es tuyo.

Cuando él abrió la puerta y entró, Mia se quedó parada.

—¿Así es como nos veis?

Fernando no la entendió y se la quedó mirando con gesto inquisitivo.

—Ya sabes... como gente a la que hay que temer por miedo a perder el trabajo —le explicó ella.

Él se lo pensó mucho antes de ofrecerle una respuesta.

—La verdad es que apenas hablamos de ello. Pero si te soy sincero, no es agradable vivir en una casa que no es tuya. Nunca terminas de llamarlo hogar.

Mia asintió con la boca apretada. Ella nunca se había parado a pensar lo que sentían Fernando y su padre. De hecho, era la primera vez que ponía un pie en aquella casa.

—Vamos, no irás a ponerte sensiblera ahora por una cuestión de diferencia social —la animó él, empujándola al interior.

Ella lo observó todo con mucha curiosidad. Era una casa pequeña, de una sola planta orientada a la parte trasera del invernadero. La cocina americana daba al minúsculo pero acogedor salón, repleto de libros por todas partes. Había una foto de la madre de Fernando pegada con un imán al frigorífico. Era una mujer hermosa de la que había heredado los rasgos exóticos y la boca carnosa.

—¿Por qué me has llamado? Creí que estabas muy seguro de que caería en tus brazos tarde o temprano —le preguntó ella.

Fernando envolvió unos cubitos de hielo en un paño y se acercó a ella.

—Primero lo más importante —presionó el trozo de tela helada contra la frente hinchada de Mia y ésta se estremeció—. ¿Mejor?

—Un poco —admitió.

Fernando continuó apretando el hielo sobre su frente hasta que ella sintió que se le congelaban los párpados. En ese momento se apartó y él lo dejó sobre la encimera. Le sostuvo la barbilla con firmeza y la estudió durante un largo minuto. Mia se quedó tan quieta como una estatua, observándolo a su vez. Sus oscuros ojos, la nariz ancha y aquella boca que se entreabría. Se estremeció y no logró serenarse hasta que él la soltó.

—No hay daños físicos, sigues siendo tan guapa como siempre —comentó

con aprobación.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Te das cuenta de que me estás dando largas para no tener que decirme por qué estabas tirando guijarros contra mi ventana?

—¿Así que ya no son piedras?

Ella sonrió de lado.

—¿Y bien? —quiso saber.

Fernando señaló la tarta de manzana que había sobre la mesa.

—¿Quieres un trozo? La ha hecho mi padre. Le encanta cocinar.

Ella aceptó, creyendo que así obtendría su respuesta. Cuando probó un bocado, cerró los ojos y soltó un gemido.

—¡Está buenísima!

—A él le gustará saberlo. Era una receta de mi madre. Un día la vio entre sus cosas y decidió averiguar si a él le saldría igual.

—¿Y es la misma?

—No, aunque nunca se lo he dicho. La suya está riquísima, pero la de mi madre tenía un sabor ligeramente peculiar que él jamás podrá imitar. Supongo que uno nunca puede repetir las sensaciones que provocaron otras personas en alguien. Y creo... —clavó los ojos en ella de una forma que la hizo perder el aliento—. Creo que es eso lo que me pasa contigo. Intento sentir lo mismo con otras personas, pero tú eres la única que consigue que todo lo demás deje de existir. Que el mundo se detenga.

Mia se quedó sin palabras y dejó el tenedor a medio camino de su boca. Fernando le ofreció una sonrisa insegura.

—Reconozco que esperaba que vinieses esta noche, pero uno a veces se equivoca. No me importa que mi ego esté un poco dañado. Si tengo que mover ficha lo haré. La nuestra ha sido una relación llena de desencuentros, pero ahora que tengo una explicación me gustaría... intentarlo.

Le quitó una miga de la comisura de la boca y se la quedó mirando entre la adoración y la expectación más absoluta.

—Y si sirve de algo, te prometo que jamás volveré a tirarte una piedra —le aseguró él.

Ella lo besó sin previo aviso. Su reacción la tomó tan de sorpresa como a él, que abrió los ojos de par en par. Hasta que la envolvió por la cintura y le devolvió el beso con ferocidad. Mia suspiró y se dejó llevar. Él le acarició el labio inferior con la lengua y le metió las manos por dentro de la camiseta. Mia sintió una oleada de inesperado calor recorriéndole todo el cuerpo. Fue

agradable, pero también la asustó.

—Sabes a tarta —le susurró él con voz ronca.

—Ve despacio —le pidió.

Él tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse, pero dejó las manos quietas y la miró a los ojos.

—Si hago algo que no te guste me lo dices. Puedo parar cuando tú quieras.

Ella asintió algo nerviosa.

La besó en el cuello y fue dándole besos cortos por la garganta. Le acarició la espalda y Mia se pegó a él de manera inconsciente. Cuando sintió que un bulto le apretaba el vientre, se quedó paralizada y miró hacia abajo.

—¿Qué es eso? —preguntó con un hilo de voz.

Fernando se quedó tan cortado que dejó de tocarla.

—Pues... es lo que pasa cuando me gusta como me tocas.

Ella se puso roja como un tomate y lo fulminó con la mirada.

—¡Ya sé que es una erección! No soy idiota.

—Bueno, pero has preguntado... —murmuró perplejo, sin saber cómo acertar.

Ella hizo el amago de levantarse, pero él la sostuvo de la cintura.

—Oye... haremos las cosas a tu manera, te lo prometo. Jamás haría algo que te hiciera sentir incómoda, de verdad. Si quieres que nos besemos, nos besamos. Si quieres ir un paso más allá, puedo seguir hasta donde tú me digas. Lo último que quiero es que me tengas miedo.

Mia esquivó su mirada.

—No te tengo miedo, solo estoy algo nerviosa.

—Eso es normal.

—Pero tú tienes más experiencia que yo. Me siento algo tonta cuando... —hizo un gesto con las manos porque fue incapaz de acabar la frase.

Pero Fernando la entendió. Le cogió el rostro con las manos y la obligó a mirarlo.

—¿Y qué? Me siento como un crío cuando me besas. Si crees que para mí eres una más, te juro que te equivocas. Llevas tantos años volviéndome loco que no sé... no sé por dónde empezar. Para mí también es difícil.

Ella se sentó a horcajadas encima de él y Fernando apretó los dientes.

—Mia... cuando te dije que podías detenerme no me refería exactamente a esto. No soy de piedra —dijo con voz afectada.

Pero ella perdió la poca cordura que le quedaba y le rozó los labios con timidez. Fernando la besó con premura y la estrechó entre sus brazos. Ella no

había experimentado tanto placer en toda su vida. Las emociones... las sensaciones... todo era nuevo y excitante. La agobiaba y le impedía pensar con claridad. Hasta que oyó unas voces provenientes de la parte trasera del invernadero. Ambos se quedaron petrificados y en silencio, como si pudieran entrar de un momento a otro.

—Sinceramente, mamá, no sé en qué estabas pensando cuando... —la voz de John era tensa.

—¡No lo hacía! Quería protegeros a los dos.

—¿A Matt o a mí?

—Creo que tengo que darle esa caja a tu hermano.

—¿Después de tanto tiempo? Si no lo hiciste en su momento, no veo por qué ahora... —hubo cierto temor en John.

—Oh... conozco esa expresión.

Los pasos se alejaron de la ventana.

—¡John! —lo llamó su madre.

Las voces se perdieron en la distancia y ambos se miraron sin saber qué decir. Mia se preguntó cuántos secretos guardaba su familia. Primero John, ahora su madre. ¿Qué se suponía que le había ocultado a Matt y por qué estaba tan arrepentida?

—¿Mia?

Ella se sobresaltó cuando Fernando la tocó.

—Me voy a casa —musitó, poniéndose en pie.

Él hizo lo mismo.

—¿Estás bien?

—Sí —lo tranquilizó ella—, pero la próxima vez deberíamos vernos en un sitio más... lejano.

Él la acompañó hacia la puerta y la abrazó antes de que se fuera.

—Seguro que no es nada. Todas las familias discuten.

Mia deseó que así fuera, pero algo en su corazón le dijo que allí había algo más. Algo oscuro y oculto desde hacía muchos años que tenía que ver con sus hermanos y Harley. El regreso de ella había avivado una vieja rencilla entre ellos. Pero, ¿qué tenía que ver su madre en todo aquello?

—¿Nos vemos mañana en la feria? —le preguntó más animada, en un intento por cambiar de tema—. Utiliza tu puntería para tirar en las casetas.

Fernando le dedicó una sonrisa arrebatadora. Cuando cerró la puerta y se giró, se le borró de un plumazo. Su padre lo miraba con gesto serio y no tuvo que preguntarle a qué se debía.

—¿Te lo pasas bien con la pequeña de los Parker? —le recriminó.

—No estaba haciendo nada malo —se excusó él.

—Eso díselo a sus hermanos. Podrían echarnos de esta casa si...

—¿Si se enteran de que el jardinero está saliendo con su hija? —lo cortó ofuscado—. No estamos en los años veinte. Ella me gusta, ¡y yo le gusto! No veo que hay de malo en que salgamos juntos.

Su padre le puso las manos en los hombros.

—Veo como la miras desde que entramos a trabajar aquí y la viste por primera vez. No es más que otra niñita rica que se ha encaprichado del jardinero. ¿Qué pasará cuando consiga lo que quiera? ¿Qué se fijará en otro!

Fernando se apartó muy molesto. Él ya había pensado en esa posibilidad, pero la había descartado. Porque Mia le gustaba muchísimo y quería creer que era lo suficiente bueno para ella.

—Hijo, ¿sabes a cuántas mocosas como esa tuve que quitarme de encima cuando tenía tu edad y trabajaba para familias ricas? Luego conocí a tu madre y comprendí que todas me habían utilizado excepto ella. Quiere vivir una aventura emocionante con el jardinero pobre, no te engañes. Y de paso, enfrentarse a su familia para sacarlos de sus casillas. Pero cuando se olvide de ti, tú serás el que salga perdiendo.

Recordó el apasionado beso y la forma en la que Mia se deshacía ante sus caricias. Luego, todos los años de desprecio e indiferencia. Y no supo qué le pesó más.

Verano de 2004

Harley se había ido directa a la cabaña porque *él* estaba más cabreado que de costumbre. Generalmente de día era soportable, pero lo habían despedido de su último trabajo y había comenzado a beber por las mañanas.

Bah, algún día seré lo suficiente rica para salir de este maldito pueblo.

Mientras tanto, tendría que conformarse con lo que tenía. Sacó el bocadillo que le había robado a la inútil de Gina sin que esta se diera cuenta y le dio un mordisco. Gina podría tener toda la ropa cara del mundo, pero habría algo que jamás poseería: el afilado instinto de supervivencia de ella.

Las circunstancias te enseñaban a amoldarte a tu destino, y ella se aferraba a él con uñas y dientes. Ya era lo suficiente mayor para andar lamentándose. Al fin y al cabo, las lamentaciones no la llevaban a ninguna parte.

Cuando oyó el chirrido de la puerta, el vello de la piel se le erizó como a un gato asustado. Temió que *él* hubiese encontrado su escondite y acudiera allí para llevarla a rastras hacia su casa. Hasta que divisó al cabezón de Matt, que la observó con el ceño fruncido.

—No sabía que estuvieras aquí.

—Pues ya ves que sí —respondió, dándole la espalda y señalando hacia el cartel de normas que había pegado a la pared—. Ya conoces las normas: quien llega antes se queda. Así que lárgate.

—No puedo moverme de aquí —se disculpó él.

Se sentó en una esquina, lo más alejado que pudo de ella, como si así no pudiera molestarla.

—¿Por qué no puedes moverte de aquí? —exigió saber ella.

Matt no le respondió. Si le decía la verdad, ella se burlaría de él.

—Puf... solo estás aquí para molestarme —dijo irritada.

Lo que Harley no sabía era que Matt se había escondido allí arriba porque se estaba ocultando de Gina. Desde que le había pedido ir al baile, se había convertido en la chica más insoportable (todavía) del mundo. Lo llamaba a todas horas por las cuestiones más triviales e insistía que debían darse la mano delante de todo el mundo (algo a lo que él se negaba, por supuesto). Si había aceptado ir con ella al baile era para molestar a Harley, que iba a asistir con su hermano.

—Nunca pensé que tuvieras tan mal gusto, Matt Parker.

Él fingió que leía un comic.

—Cualquier compañía es mejor que la tuya —le respondió.

Tuvo que esquivar la peonza que ella le lanzó a la cara.

—¡Pues me besaste! —le recriminó, roja de ira.

—Bueno, ¿y qué?

Harley se acercó y se sentó frente a él, dispuesta a encarar el tema de una vez por todas. Llevaban dos semanas sin dirigirse la palabra.

—¿Por qué le has tenido que pedir a Gina que vaya al baile contigo? —le recriminó con los ojos húmedos.

Matt evitó mirarla.

—Porque tú vas al baile con mi hermano —musitó dolido.

—¡Eso fue después de que tú se lo pidieras a Gina!

—Mentirosa —le espetó furioso.

Harley se sobresaltó, sacó algo de su mochila y lo colocó delante de él.

—Así que lo has hecho para hacerme daño... ¡pues lo has conseguido! Te lo devuelvo, no debería tenerlo si es lo que sientes por mí. ¡Adiós!

Se largó de la cabaña, y hasta que él no escuchó sus pasos alejándose, no se atrevió a mirar lo que ella había dejado en el suelo. Se le descompuso el cuerpo. Era la bola de nieve, la que él le había regalado por su cumpleaños.

Algo le dijo que había metido la pata hasta el fondo. ¿Y si Harley decía la

verdad? ¿Y si John le había mentido? Porque de ser así su hermano había jugado sucio.

19

Casa de la fraternidad, año 2008.

Todo empezó como la típica broma pesada. Alcohol, desmadre universitario y un montón de tipos duros demostrando que eran eso: tipos duros. Formar parte de la manada implicaba hacer algunas concesiones. Por ejemplo: putear a los novatos. Y John sabía que ser uno de los líderes de la hermandad te ponía contra las cuerdas. O lo aceptabas, o formabas parte del amplio grupo de gente invisible que campaba por la universidad. Pero él era un Parker, y la gente como él estaba destinada a triunfar y llegar a lo más alto. Incluso a costa de sus principios.

Si Harley estuviese a su lado, habría fruncido el ceño y dicho que sentía lástima por él. Pero hacía demasiado tiempo que no sabía nada de ella. Probablemente se habría convertido en la clase de hombre decente que ella admiraría de haberla tenido a su lado.

El novato regordete tirado en el suelo escupió la cerveza. Alguien le introdujo el tubo hasta la garganta, mientras que la gran mayoría miraba hacia otra parte. Otros se reían con la clase de risa floja producto del alcohol. Él se limitaba a cruzarse de brazos, hasta que una persona le puso la mano en el hombro.

—John, deberíamos parar ya —le susurró su amigo al oído.

—¿Cuál es el lema de nuestra hermandad? —rugió en voz alta.

—¡Solo los mejores! —gritaron los demás al unísono.

—¿Y creéis que este tipejo ha pasado la prueba? —preguntó, dedicándole una mirada cargada de desprecio.

“¡No!”

“¡Qué siga bebiendo!”, fueron algunas de las respuestas. “Dale a la multitud un perro al que apalea y te amaran. Quítales el caramelo y dejen de respetarte”, pensó con cierta amargura.

—Entonces: ¡Bebe! ¡Bebe! ¡Bebe! —determinó, con el puño en alto.

El novato intentó ponerse en pie dando tumbos, agarró la manguera y le dedicó una mirada suplicante. John le retiró la mirada, más asqueado de lo que estaba dispuesto a admitir en público.

—*Bebe, o desaparece de mi vista —le ordenó con voz fría.*

Cuando John se despertó, estaba empapado en sudor. Se pasó las manos por el pelo y tuvo que recordarse varias veces que aquello había sido una pesadilla. *Ya está, todo pasó,* se dijo. Se levantó de un salto y fue directo hacia el decantador de whisky que había sobre el aparador del dormitorio. Llenó un vaso y olvidó sus recuerdos con el alcohol. Un par de tragos más y todo pasaría a ser un recuerdo nebuloso.

Lo pasado, pasado está, se convenció, como llevaba haciendo ocho años. Aquella mañana, sin embargo, creyó que algo horrible estaba a punto de suceder.

Ojalá la vida siguiera, pensó con amargura. *Ojalá, pese a todas las experiencias horribles, existiera un botón en el cerebro capaz de hacernos olvidar.* Ella prefería vivir sin rencor. Durante mucho tiempo, el odio era lo único que la había empujado a seguir adelante. Pero un día descubrió que si seguía así se consumiría. Que para pasar página necesitaba dejar de mirar hacia atrás, o al menos hacerlo sin sentir rabia. Le había costado perdonar. Sobre todo, perdonarse a sí misma por todos los errores del pasado. Pero hubo algo crucial. Una oportunidad que había eliminado de su vida todo el rencor, el odio y la rabia. Todo lo malo, excepto su profundo desprecio hacia Matt Parker.

¿Por qué? ¿Por qué no podía dejar de odiarlo de aquella manera tan dolorosa? Porque lo había amado. Porque había confiado ciegamente en él. Porque él le arrebató la esperanza. Porque todo había empezado a torcerse cuando la abandonó. Y porque seguía pensando que todo, absolutamente todo, era culpa suya. Como si él fuese la primera ficha de dominó de una larga cadena.

Y, sin embargo, pese a todo ese odio que le apretaba las entrañas, se deshacía cuando él la besaba. Volvía a convertirse en esa chiquilla que solo quería ser amada. Que buscaba al Matt de dieciséis años desesperadamente.

Y para colmo, ahora debía enfrentarse a los cuchicheos de un pueblo que jamás olvidaba. Podía intuir lo que dirían los demás cuando la vieran. *¿Es ella? Después de tantos años. ¿Cómo ha podido volver?*

Iría con la cabeza bien alta y fingiría que nada de lo que dijese podía molestarla. Como cuando era una cría, se haría la fuerte. John la esperaba al

pie de la escalera y estuvo encantado de ver que ella había aceptado su invitación. Pero no tenía ni idea de algo más: ella se escabulliría cuando nadie lo notara, regresaría a la casa y trataría de averiguar la clave de su ordenador. Y si todo salía bien, se largaría de allí para siempre. Ya había escondido los micrófonos por toda la casa, y su misión estaba casi completa. Lo sentía por él, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Penélope había rehusado su invitación y no había rastro de Matt ni Mia. Se alegró de que no tuviera que compartir el mismo espacio que él y le preguntó por su hermana.

—Creo que está... empezando una especie de relación con el jardinero, o algo así. Los he visto ir cogidos de la mano hacia la feria, ¿te lo puedes creer? —John torció el gesto.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó ella con inocencia.

—Mia y sus caprichos, ¿cuánto crees que le durará? Por no hablar de que ese jardinero... ¡en fin! En el pueblo hay decenas de chicos de buenas familias que se morirían por salir con ella.

Aquel toque esnob la sacó de sus casillas. Siempre había sido consciente de que John era un poco clasista (y que hacía una excepción con ella, como si eso lo convirtiera en una especie de santo). Pero en ocasiones como aquella, seguía sorprendiéndola lo pedante que podía llegar a ser.

—Pero a lo mejor ella no se muere de ganas por salir con ellos. ¿Te das cuenta de lo ridículo que suena todo esto? Te acabo de decir que estoy en la ruina ¿por qué no piensas lo mismo de mí? —le recriminó.

Él suavizó una sonrisa y puso cara de circunstancia, como si lo que acabara de decir fuera una tontería.

—Tú eres distinta, Harley.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Nos criamos juntos. Siempre te vi como a una igual. No es lo mismo —la miró con dulzura y añadió—: y lo sabes.

Ella se dio por vencida cuando él le abrió la puerta del coche. De repente, las palabras de Hoover martillearon en su cabeza: *debería pudrirse en una cárcel*. En el fondo, no podía negar que siempre le había parecido que John tenía dos caras: la amable y comprensiva, que mostraba con ella; y la agresiva e intimidante, que le había visto más de una vez mostrar a su hermano.

No, se dijo. John siempre la había protegido. Y estaba locamente enamorado de ella. Jamás le había pedido nada a cambio. ¿Por qué se empeñaba en buscar fantasmas donde no los había? Porque necesitaba creer

que él era una persona horrible para dignificar su traición. Se subió al coche con ese pensamiento y comprendió que la única persona horrible era ella; Harley Brown.

Gina no dejaba de tocarle las narices desde que había llegado a la feria. Él estaba de servicio aquella noche porque lo había pedido así. Creía que si estaba trabajando se fijaría menos en Harley. Que no se lo llevarían los demonios al verla de la mano de su hermano, ni se preguntaría una y otra vez a qué habían venido sus palabras.

Ella lo odiaba.

¡Increíble! Aquella puñetera mujer se creía con el pleno derecho de odiarlo, cuando ese sentimiento solo le correspondía a él. No iba a permitir que se lo arrebatara, como había hecho con todo lo demás. Podía quedarse con el lelo de su hermano si le daba la gana, pero su odio lo reservaba para sí mismo.

Y, sin embargo, estuviste a punto de besarla. Otra vez, se lamentó.

Quien dijo que del odio al amor había un solo paso pareció pensar en ellos. Porque de pronto la odiaba, y al siguiente minuto deseaba besarla. Y follarla. Y hacerle demasiadas cosas que no quería admitir.

—Cielo, ¿una copa?

Gina lo abrazó por detrás y él se tensó.

—Te he dicho que estoy de servicio, no puedo tomar ni una gota de alcohol. ¿Por qué no vas a divertirte?

Ella le cortó el paso e hizo un mohín con los labios. Parecía una chiquilla caprichosa que estaba empeñada en tener aquello que le estaba negado. *Dios, ¿dónde demonios se ha metido Harley?* Si veía a un solo vecino de Golden Pont molestarla o murmurar alguna grosería, les pondría las esposas. O les haría algo peor. No estaba dispuesto a permitir que nadie la importunara.

Oh, sí, una manera muy inteligente de utilizar tu placa.

¿Y qué si se dejaba llevar por sus sentimientos? No podía mirar hacia otro lado simplemente porque aquel maldito pueblo no pasara página. Pese a todo, ella se merecía ser feliz. Incluso después de todo lo que lo había hecho sufrir, él jamás permitiría que nadie le hiciera daño.

—¿La estás buscando? Me han dicho que estaba en la caseta de Thom. La gente no para de comentarlo. ¡Mírate, pero si pareces un cachorrito que ha perdido a su mamá! —se burló Gina.

Él apretó la mandíbula, se dio media vuelta y se dirigió hacia la caseta de Thom. Odiaba comportarse como un capullo celoso, pero no podía evitarlo. Allí estaban ella y su hermano, arropados por una multitud que murmuraba en corrillo. A Harley se la veía tan asustada como un cervatillo en mitad de una autopista. Y el idiota de John ni siquiera se daba cuenta. En el fondo, adoraba ser el centro de atención.

Él muy imbécil.

Matt apretó los puños y se recordó a sí mismo que era la autoridad. Estaba en la feria para velar por la seguridad de los vecinos de Golden Pont, no por la integridad de Harley. Se lo repitió como un mantra mientras trataba de tranquilizarse...

Qué tonta era al creer que podría enfrentarse a todo el pueblo con dignidad. Allí estaban, murmurando a su espalda mientras ella fingía no darse cuenta de nada. John se había parado frente a la caseta de Thom, el lugar más concurrido de la feria, como si estuviera exhibiéndola como un trofeo. Le faltó gritar: *¡mirad, Harley ha vuelto y es mía!*

—Todo el mundo me está mirando —musitó en voz baja—. ¿No podemos escabullirnos entre la multitud e ir a un sitio menos concurrido?

Él le ofreció una cerveza que ella aceptó de mala gana. Le pasó un brazo por encima de los hombros y puso aquella expresión tan característica suya con la que le restaba importancia a todo.

—Déjalos que murmuren. Eres la novedad, pero se les pasará. Que se vayan acostumbrando a tenerte por aquí.

Apoyados contra la barra, contempló a la Señora Pitt, la esposa del párroco. Iba acompañada de algunas feligresas, las mismas que siempre la habían mirado con esa expresión censuradora y apenada, como si fuera un caso perdido. En aquel momento, cuchicheaban con gestos severos y recelosos. Era evidente que la mitad del pueblo no se fiaba de ella. Respecto a la otra mitad, estaban tan emocionados con su llegada que no veían el momento de caer sobre ella como buitres y atosigarla a preguntas insolentes.

Frente a la tarima de baile, el matrimonio que regentaba la mercería del pueblo continuaba mirándola con aquel ademán estupefacto, como si hubieran visto a un fantasma. Harley podía leer los labios de Bertha, que le preguntaba a su marido una y otra vez: *¿es ella? ¿De verdad que es ella?*, él asentía con gesto serio, perdía la paciencia y respondía irritado: *Dios, Bertha, te he dicho*

mil veces que sí.

Su antiguo maestro de ciencia, con el que había gozado de poca popularidad, se atusaba las gafas sobre el puente de la nariz mientras parecía pensar: *te voy a suspender otra vez, pequeña salvaje.*

Theodor y Lisa James, hermanastros y algo más según la rumorología popular, sacudían la cabeza al unísono. Oh, ¡y qué decir de su histórica archienemiga de la infancia! Allí estaba Gina Smith, a la que los años habían convertido en toda una belleza de curvas despampanantes. La miraba con una mezcla de odio y curiosidad, así que Harley se limitó a sonreírle desde la distancia, lo que definitivamente la sacó de sus casillas.

Qué te den. A ti, y a todo este maldito pueblo.

El móvil de John sonó, y él miró la pantalla y le dedicó un gesto lastimero, como si se viera obligado a cogerlo. Sabía que era un ocupado hombre de negocios, pero detestó que la dejase sola en un momento como aquel.

—Tardaré un minuto, ¡diviértete mientras tanto! —exclamó mientras se alejaba.

Oh, sí, voy a divertirme muchísimo.

En cuanto John la abandonó, se sintió desprotegida e intimidada. No transcurrió ni medio minuto cuando alguien le tocó el hombro. Cuando se volvió, descubrió sorprendida que se trataba de Benedict y Amelia, aquella pareja de encantadores ancianos que siempre la habían tratado tan bien. Recordaba haberles cortado el césped, y que Amelia la invitase a una taza de chocolate y un trozo de su pastel casero de zanahoria. Se tranquilizó de inmediato.

—¡Querida niña, pero si eres tú! —exclamó la anciana conmovida.

—Señora Stevens, Señor Stevens, siguen tan jóvenes como siempre.

Ambos se echaron a reír.

—Oh, qué mal mientes, cielo. Pero ¡tú sí que has crecido y te has convertido en toda una preciosa mujer! Seguro que los chicos del pueblo se mueren por invitarte a un baile.

Morirse era un término demasiado amplio, pensó ella.

—Cuando nos enteramos de que habías vuelto... —Benedict le cogió las manos en un gesto afectuoso—. No eches cuenta de las hablaturías, ya sabes que este es un pueblo muy pequeño. En mi opinión, hiciste bien en darle su merecido a ese cabrón de...

—¡Benedict! —lo censuró horrorizada su mujer.

El hombre apretó la boca e hizo un claro intento por contenerse. Harley deseó

salir huyendo, como cada vez que alguien tocaba de puntillas aquel tema. No es que se sintiera precisamente orgullosa, pero...

—Lo que Benedict quiere decir es que nos alegramos mucho de tenerte de nuevo aquí. Y nos encantaría que vinieras a visitarnos algún día de estos.

—Para mí sería un placer —respondió con educación.

Pero me iré mañana. Si todo sale bien, no volveré a Golden Pont nunca más. Lo sentía por aquel matrimonio, probablemente una de las escasas excepciones que le guardaban verdadero afecto.

—¿Y tu noviete? —Amelia le guiñó un ojo—. ¿Habéis retomado la relación? Estaba coladito por tus huesos, ¿erais tan monos!

—¿Se refiere a John? —preguntó desconcertada.

—¡Oh, no! Me refiero a Matt Parker —respondió con emoción la anciana—. Siempre supe que acabaríais juntos. Pero fue una pena que sucediera aquello... ya sabes. Os pasabais todo el día peleando como dos fierecillas enamoradas. Yo solía decirle a Benedict que erais como esos dos tontos orgullosos de Cumbres Borrascosas, demasiado enamorados para admitirlo. El pobrecillo se quedó tan destrozado cuando te fuiste...

Harley se quedó tan impactada que las manos le sudaron y el corazón le dio un vuelco. Matt, ¿destrozado tras su marcha? ¡Ja! ¿Hechos el uno para el otro? A la pobre Amelia se le había ido la cabeza.

—Querida, ¿te encuentras bien? ¡Te has puesto pálida! —se asustó la anciana.

—Será el amor —comentó Benedict en tono jocosos.

—Voy a por un vaso de agua —se disculpó ella.

—¡Claro! Pero no te olvides de pasar por casa. El viejo Bernie todavía vive, ¡seguro que se alegra de verte!

Harley fue tambaleándose hacia la barra de la caseta. O sea, que una pareja de encantadores ancianos y un San Bernardo llamado Bernie eran sus únicos aliados en aquel pueblo. Menos daba una piedra.

Se topó de bruces con Stephen Williams, aquel matón de secundaria al que había golpeado para defender a Matt. Aún lucía la minúscula cicatriz que ella le había regalado la sien. Se alegraba de que así fuera.

—¡Oh, pero si es la pequeña Harley Brown! —la saludó, con dos efusivos besos en la mejilla.

Ella tuvo que contener el impulso de borrarle aquel rastro pegajoso de la cara. Stephen apestaba a alcohol.

—Dicen que saliste de la cárcel y te convertiste en una fulana, ¿es verdad? —le preguntó a bocajarro, mirándole la boca con descaro.

Harley experimentó una creciente oleada de furia. Algunas personas nunca cambiaban. Aquel cretino era buena prueba de ello.

—Dime, ¿tengo alguna posibilidad por unas monedas? —le acercó la boca a la cara y su hediondo aliento la mareó—. Siempre me pareciste muy atractiva, y es evidente que los años te han tratado bien.

—Te lo voy a decir de una forma que no te plantee la menor duda —le espetó, con voz temblorosa a causa de la impotencia que sentía—, si tuviera otra piedra, te volvería a marcar la cara para que nunca te olvides del asco que me das.

Los ojos de Stephen se desorbitaron como los de un loco. Y de repente le recordó a *él*. Y a todos los hombres que habían intentado sobrepasarse con ella. A todo lo que había tenido que luchar para convertirse en alguien que ya no tenía miedo.

—Pequeña zorra insolente... —masculló, y levantó la mano para abofetearla.

Harley agarró el vaso de cristal para estampárselo en la cara, pero alguien se interpuso en su trayectoria. Una figura alta y corpulenta se enfrentó a Stephen, le agarró el brazo y lo empujó contra la barra. La gente que había a su alrededor se los quedó mirando tan impresionados como ella. Stephen gruñó como un animal herido mientras Matt lo esposaba y le espetaba con los dientes apretados:

—Acércate otra vez a ella y te arranco la cabeza —le susurró, para que nadie excepto Harley y Stephen pudieran oírlo—. ¡Muy bien, Señor Williams! ¡se le acabó la diversión! Va a pasar la noche en el calabozo por molestar a una mujer que es evidente que no desea su compañía.

Sus miradas se cruzaron durante un corto instante y Harley se estremeció. Entonces él gritó muy alto, para que todos lo oyeran:

—¿Alguien más quiere unirse a este impresentable? En el calabozo tenemos sitio de sobra. Pasen una estupenda velada y no se metan en líos —llamó a uno de sus compañeros, que se acercó corriendo hacia el lugar—. Llévatelo de mi vista.

Stephen se revolvió furioso, pero el otro policía logró contenerlo.

—¡Cómo cambian las cosas! Primero era ella quien te defendía cuando no eras más que un mocoso cobarde, y ahora tú vas corriendo tras sus faldas como un perrito faldero —se mofó Stephen, y aulló como un perro rabioso cuando se lo llevaron de allí.

En cuanto se quedaron solos, ambos se miraron tan exaltados que durante un largo minuto permanecieron en silencio. Una profunda emoción se apoderó de

los ojos de Matt, que consumió a Harley hasta dejarla sin aliento. Apartó la mirada y se negó a sentir aquello que le erizaba toda la piel. Esa sensación tan devastadora que alejaba todo el odio y la llenaba de dudas. Y algo más. Algo tremendamente seductor y prohibido que no podía ser.

—¿Quién te crees que eres para actuar así? ¿El capitán América? —le espetó, aún demasiado afectada para tranquilizarse.

Él se sobresaltó.

—¿Cómo? —preguntó atónito.

—No hacía falta que intervinieras con ese aire de grandeza. Lo tenía todo controlado.

A Matt se le escapó un resoplido indignado.

—Pues desde lejos no daba esa impresión. Disculpa por hacer mi trabajo, pero para eso estoy aquí.

—Así que simplemente se trataba de trabajo... —murmuró algo dolida, y no supo por qué.

—Por supuesto que sí, ¿o te crees que hago excepciones contigo?

—No, claro que no —respondió cabizbaja y malhumorada.

Dejó el vaso de cerveza sobre la barra y se dirigió hacia un sitio más apartado. Tuvo que caminar medio kilómetro para hallar un lugar alejado de la feria. Se apoyó sobre un banco de madera y exhaló un suspiro. No sabía si su estado se debía al alcohol o a lo sucedido con Matt, pero de repente se sentía aturdida y muy confusa. Soltó un grito de exasperación cuando se lo encontró a su lado, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien? —se preocupó él.

—¡No! —le gritó, fuera de sí.

—Deberías sentarte.

Cuando fue a tocarla, ella lo apartó de un manotazo. Matt apretó los dientes, pero no dijo nada.

—¿Qué...? ¿Qué se supone que haces aquí! ¿Por qué me sigues? ¿Por qué te comportas así? ¡Quiero estar sola!

—Solo quería saber que te encontrabas bien —le explicó, y se sintió como un tonto.

—Pues ya ves que sí.

—No, no lo veo —insistió, y la empujó para que se sentara.

Harley cayó sobre el banco como un peso muerto.

—Ha sido una pésima idea venir a este lugar —murmuró para sus adentros, pese a que él podía oírla—, y desde luego, tú no deberías haber intervenido.

Te repito que lo tenía todo controlado.

—Intentaba proteger a ese cabeza de chorlito —ella lo miró extrañada, y él casi sonrió—. ¿De verdad ibas a estamparle el vaso en la cabeza? Dime, ¿Qué se supone que hubiera hecho yo entonces? ¿Detenerte?

—¡Eso te habría encantado! —exclamó ella.

—Claro que no —respondió muy serio.

Harley lo miró de reojo, y no supo si creerlo.

—La próxima vez que vayas a tomarte la justicia por tu mano, recuerda que a mí me pones entre la espada y la pared. Yo soy la ley, Harley. Si tienes algún problema, solo tienes que llamarme.

—¡Oh, venga ya, Matt! —ironizó ella, cada vez más fuera de sí. Se puso en pie, y como él era más alto, se subió al banco para tenerlo frente a frente—. ¿desde cuándo te preocupas tú por mí?

Él no lo dudó.

—Desde siempre.

Algo en el interior de Harley se rompió. Su entereza la abandonó y le miró la boca durante un traicionero segundo. Él no movió ni un músculo.

—Así que me habrías esposado... si me hubiera tomado la justicia por mi mano —titubeó ella.

Cuando perdió el equilibrio, él la sostuvo por la cintura. Dejó las manos allí y fue incapaz de apartarlas.

—Creo que no —respondió con voz queda.

—¿Y por qué no? —exigió saber ella—. Hace un momento has dicho que no haces excepciones conmigo.

Matt le apretó la cintura, la miró a los ojos con la emoción apenas contenida y dijo:

—Te mentí.

La besó mientras la estrechaba entre sus brazos. Harley se quedó sin respiración y sucumbió al beso. El corazón le dio un vuelco y le palpitó dolorosamente contra el pecho. Sintió las manos cálidas de Matt apretándole la espalda. Su boca era suave y la reclamaba por completo. Se rindió de manera absoluta. Suspiró su nombre entre gemidos y se volvió loca. Loca por él. Por todo lo que llevaba tanto tiempo conteniendo, y por lo que él le provocaba.

Él la apretó muy fuerte, como si tuviera miedo de que se le escapara. Como si llevara tantos años necesitándola que ni toda la intimidad del mundo bastara. Como si ella pudiera esfumarse de un momento a otro. Le lamió la boca y

ahondó en un beso feroz. Primitivo. Que decía tanto... que las palabras sobraron. Harley sabía a gloria. Besarla fue como volver a casa mientras la melancolía le apretaba el corazón. Estaba loco por ella.

Fue ella quien se apartó, temblando y acalorada. Tan afectada por aquel beso que fue incapaz de mirarlo a los ojos. Se bajó del banco de un salto y sus palabras fueron apenas un susurro quebrado.

—¿Crees que un simple beso puede curar un corazón roto?

—¿A qué te refieres? —preguntó él, y trató de acercarse a ella.

La simple mirada de Harley, tan dura como la piedra, bastó para detenerlo.

—¿Por qué eres así conmigo? —su voz era como un sollozo.

—No lo sé. Porque no te he olvidado, supongo —admitió por fin, y fue como soltar un lastre que llevaba años arrastrando. De repente se sintió liberado y quiso estrecharla entre sus brazos para no soltarla nunca, pero no se atrevió a moverse. Harley lo miraba tan dolida que sintió pánico—. Porque lo intenté con todas mis fuerzas, pero te has clavado en mi alma y soy incapaz de echarte. Y no te creas que no lo he intentado, maldita sea. Pero el simple roce de tus labios me convierte en ese crio de trece años que sigue queriendo ser lo suficiente bueno para ti.

Ella tembló de la cabeza a los pies. Había esperado oír esas palabras durante años. Y en aquel momento se clavaron como puñales en su piel. No podía hacerlo eso, justo ahora. Ella había pasado página, ¡por Dios que ya no lo amaba! No le quedaba ni una gota de amor en la sangre porque él se lo había llevado todo.

—Ya no siento nada por ti.

—Mientes —respondió asustado—. ¿O me vas a decir que no has sentido lo mismo que yo cuando te he besado?

—¿Te refieres a lo mucho que te odio? —le escupió.

Matt se quedó tan impresionado por sus palabras, y por la expresión atormentada de Harley, que extendió las manos a ambos lados de su cuerpo y preguntó con voz trémula:

—¿Qué tú me odias? ¿Y eso por qué?

—¡Porque deberías haber respondido a mis jodidas cartas! —le chilló llorando.

Fue demasiado tarde para reaccionar, porque Harley se largó corriendo. Lo dejó hecho polvo y sumido en un mar de desesperación y dudas. ¿A qué cartas se refería? ¿por qué lo odiaba de aquella manera tan profunda? Entonces no fue como tener trece años, sino como estar a la deriva y no encontrar un

salvavidas en todo el océano.

Verano de 2004

Bill le hizo el nudo de la corbata y Matt tragó con dificultad, pero no porque

estuviera demasiado apretado. Se sentía muy nervioso, y tampoco porque fuese a ir al baile acompañado de Gina. En realidad, lo que lo atormentaba era la bola de nieve que le había regalado a Harley, y que ahora estaba colocada sobre su mesita de noche, como diciéndole: *la has cagado, Matt Parker*.

—¿Estás nervioso por el baile? —le preguntó su padre.

—No.

—Y entonces, ¿A qué viene esa cara?

—No me apetece ir, eso es todo.

Su padre asintió, se pasó la mano por la incipiente barba y lo estudió de aquella manera que lo hacía sentir tan incómodo.

—A lo mejor es porque no llevas a la chica adecuada —le dejó caer.

Matt suspiró con pesadez.

—¿Y si la chica con la que quieres ir va con tu hermano? —inquirió con amargura.

—¿Y si la chica con la que quieres ir espera que se lo pida el hermano adecuado? —lo refutó su padre.

La sombra de la duda se cernió sobre Matt. De repente, la palabra *lealtad* dejó de brillar con tanta intensidad como la palabra *amor*. Al fin y al cabo, ¿de qué servía la lealtad hacia los demás si uno se traicionaba a sí mismo?

—¿Y qué hay de John? —le dijo a su padre.

—¿Y qué hay de ti, hijo? —respondió apenado su padre.

Y Matt supo lo que tenía que hacer, solo que ya era demasiado tarde.

Cuando John entró en la cocina como el vivo reflejo de la ira, su madre apartó la cabeza del libro de recetas y lo observó desconcertada. Su hijo se quitó la americana con ademán furioso y la tiró de mala gana sobre el respaldo de la silla.

—Hijo, ¿te pasa algo? ¿No deberías estar recogiendo a Harley para ir al baile?

Su rostro, normalmente apacible, se transformó en una máscara de rabia que la asustó.

—¡No me hables de esa condenada niñata mimada! —gritó como un poseso.

A Penélope se le cayó el libro al suelo a causa de la impresión.

—John... no deberías hablar así...

—¡Ella es la que debería entrar en razón! Se comporta como una cría estúpida cuando solo quiere llamar la atención. ¡Si se cree que porque me rechace voy

a ir tras ella como un perrito faldero, va lista!

A Penélope no le gustó aquel odio fulgurante que emanaban las palabras de su hijo. Puede que Harley no fuera santo de su devoción, pero no había criado dos varones para que uno de ellos hablara así de una mujer.

—Cariño, cálmate. ¿Qué ha pasado?

—Pasa que la idiota de Harley ha cambiado de opinión. Dice que haber aceptado ir al baile conmigo ha sido un error, y que... que quería que fuese Matt quien se lo pidiera. Que no va a ir al baile conmigo solo para molestarlo, porque eso no sería justo —John soltó una risilla incrédula—. ¿Qué demonios le ve a Matt? ¡Eh! ¡Yo soy mayor! ¡Todas las chicas del instituto están locas por mí! ¡Pero si hasta le hago un favor fijándome en ella! No es más que una rata pobre nacida en una mierda de familia.

—¡John! —chilló horrorizada su madre.

Él esbozó una mueca cargada de desprecio, y de repente, Penélope recordó las palabras de Bill: *Te empeñas en perdonarle todos sus errores. Puede que ese sea el problema: culparla a ella por las faltas que comete John.* Se estremeció ante la sola idea de estar criando un monstruo.

—¿Qué? —le espetó irritado, al darse cuenta de como ella lo miraba.

A Penélope le temblaron las manos.

—Quizá... deberías aceptar que a Harley el que le gusta es Matt. Tú mismo lo has dicho: hay muchas chicas en el pueblo que querrían salir contigo. ¿Por qué te empeñas en forzar algo que no puede ser? —intentó hacerlo entrar en razón.

—¡Porque la quiero a ella! —explotó, y le dio una patada a una silla.

Su madre se sobresaltó, y con cautela, se acercó a él para tocarlo. John se apartó molesto.

—Sé que le gusto... siempre me ha preferido a mí... solo está obcecada... —murmuró, dando vueltas por la cocina.

Penélope Parker comprendió, demasiado tarde, que su marido había tenido razón todo el tiempo.

—John...

—Voy a ir a su casa y la haré entrar en razón, ¡y tanto que lo haré!

—¡John Parker! —levantó la voz su madre, y él la miró sorprendido—. Te prohíbo que vayas a molestar a Harley. Si te ha dicho que no, quizá deberías aceptar que prefiere a tu hermano.

—¡Oh, venga ya, no te pongas de su parte!

—Pues compórtate como un hombre.

John se quedó de piedra, y su madre se llevó las manos a la cabeza y ahogó un sollozo. Todo lo que había temido se estaba haciendo realidad, y no por culpa de Harley. Aquello era culpa suya, solo suya.

John la señaló con un dedo cargado de veneno y los ojos repletos de lágrimas.

—Vas a lamentar haber dicho eso —le advirtió, y agarró su americana—. Ahora voy a demostrarte como se comporta un hombre de verdad.

Estaban en la caseta de los dardos, mientras Mia se comía un algodón de azúcar y Fernando se empeñaba en conseguirle un peluche en forma de bulldog. Ella siempre había querido tener un perro, pero nunca se lo habían permitido porque supuestamente John era alérgico. Ahora empezaba a sospechar que su hermano se había inventado aquella excusa para que ningún animal entrara en casa. ¿Lo conocía realmente? Durante muchos años Mia había creído que John era el hermano noble y comprensivo, mientras que Matt era el gruñón sobreprotector. Ahora empezaba a sospechar que bajo aquella armadura de hombre perfecto John escondía algo oscuro y terrible. ¿A qué venían aquellas conversaciones que ella había escuchado por accidente? ¿Qué ocultaban él y su madre?

—¿Marrón o con manchas negras?

La pregunta de Fernando la sacó del trance, y eligió sin dudar el bulldog marrón chocolate. Lo abrazó como si fuera el mejor regalo del mundo, y dijo muy emocionada:

—¿Sabes que siempre he querido tener un perro? Pero me da que a John no le gustan mucho los animales, porque siempre que he sacado el tema ha puesto alguna excusa.

—Lo sé. Te escuché montar en cólera hace un par de veranos, cuando le gritaste que era un insensible.

Ella se echó a reír con incredulidad. A veces se le olvidaba que se conocían desde que tenían catorce años. Probablemente él creía saberlo todo sobre ella, como la mayoría de la gente.

Fernando le quitó un trozo de algodón de azúcar que se le había quedado pegado a la comisura de la boca, se lo llevó a la suya y le guiñó un ojo. Fue un gesto trivial y sexy que la ruborizó.

Pasearon por la feria cogidos de la mano, ante las miradas atónitas de la mayoría de alumnos del instituto. Mia notó que él le apretaba la mano con ferocidad y se ponía algo nervioso, pero no le dio mayor importancia.

Se dirigieron hacia una plaza alejada de la multitud para sentarse, y ella divisó

a lo lejos a Harley y su hermano Matt. Parecían discutir acaloradamente, y de pronto ella se subió encima de un banco y comenzó a gritarle. Fernando los señaló.

—¿Esa no es Harley y tu hermano? No sabía que hoy estuviera de servicio. A lo mejor han tenido algún problema.

Fueron a acercarse, pero entonces Matt la agarró de la cintura y la besó. Fernando abrió los ojos de par en par, y Mia se mordió el labio inferior. Lo sintió por John, que era evidente que estaba enamorado de Harley. Como también era evidente que aquellos dos estaban locos el uno por el otro.

—Vamos hacia otra parte —sugirió ella, que no quería cortarles el rollo. Caminaron hacia una calle peatonal.

—Tienen una relación bastante rara, ¿no? —murmuró Fernando.

—Como nosotros —bromeó ella.

Pero a él no le hizo ninguna gracia. Mia frunció el ceño y lo dejó estar.

—¿Cuándo sabrás si te han concedido la beca? —quiso cambiar de tema.

—En un par de semanas. Todavía no estoy del todo seguro, pero el director cree que tengo bastantes probabilidades.

—Seguro que sí —y entonces le soltó algo que llevaba tiempo pensando, pero que no se atrevía a decirle. Lo había hablado con Matt, y sorprendentemente su hermano había estado de acuerdo. No se lo había preguntado a John porque sospechaba que su respuesta hubiera sido diametralmente opuesta a la de su otro hermano—. Pero si no te la dan, había pensado que podríamos hacerte algún préstamo. Mi hermano y mi madre están de acuerdo.

Fernando la soltó de golpe.

—¿Qué?

—Que les parece bien.

—¿Qué te crees que soy? ¿Una obra de caridad? —le recriminó indignado.

Mia se quedó paralizada. No esperaba que él le diera las gracias, pero tampoco que reaccionara de aquella manera tan desmedida. Ella solo quería ayudar.

—Pues no. Pensé que te merecías una oportunidad si lo de la beca no salía bien. ¿Sabes qué? Olvídalo. Hoy pareces un poco susceptible.

—No estoy susceptible, simplemente me molesta que estés tratando de redimirte conmigo.

Ella parpadeó alucinada.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué estás conmigo, Mia? —exigió saber.

Un leve temblor se apoderó de la barbilla de ella.

—Porque me gustas —le respondió sin dudar.

Fernando pateó una inexistente piedra en el asfalto y se metió las manos en el bolsillo.

—Ya...

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿A qué viene todo esto? Creí que ya lo habíamos hablado... —se señaló a ambos, cada vez más irritada—. ¿O te lo tengo que repetir cada vez que estemos juntos?

—¿Soy un capricho para ti? —le preguntó en voz baja. Estaba asustado.

Mia sintió como algo se resquebrajaba en su interior.

—¿Qué demonios te pasa? ¡Ya sé que durante mucho tiempo fui esa niñata que trataba fatal a todo el mundo! ¿Qué quieres que te diga? ¡No puedo cambiar el pasado! No tengo un botón que lo borre todo. Yo... creí que habíamos llegado a un punto en el que empezábamos a entendernos. Al menos, me daba la impresión de que los dos sentíamos lo mismo...

—Oh... ¡Yo sí que siento algo! —exclamó, furioso consigo mismo—. El problema es que no sé si tu repentino enamoramiento es... ¡Un maldito capricho pasajero!

Fue como si él la hubiera golpeado. Le arrojó el peluche a la cara y Fernando lo esquivó.

—¿Sabes cuál es tu problema? Que en el fondo te crees moralmente mejor que yo. Tu escala de valores es más alta que la mía, ¡y claro! Eso te da todo el derecho del mundo a desconfiar de mí. ¿Pero sabes qué? Que hasta hace unos días tú estabas saliendo con Gillian, y a mí no se me ha ocurrido pensar, ni por un solo momento, que has saltado de una relación a la otra como si fueras un maldito mujeriego. Que puede que para ti esto sea un simple juego y que cuando te hartes pasarás a por la siguiente —le espetó, respirando de manera acalorada.

Fernando comprendió que tenía razón, y de repente se sintió imbécil y miserable. Mia podía pensar lo mismo de él, pero había decidido confiar. Se merecía el mismo respeto que ella estaba teniendo con él.

—Mia...

—¡No me toques! —se apartó furiosa, con lágrimas en los ojos—. Quizá yo no quiera una relación, o lo que sea que tengamos, en la que tenga que estar demostrando constantemente lo que siento. Esto no debería funcionar así. Debería estar con alguien que me ofreciera su confianza sin dudarlo, ¡merezco que me quieran!

Cuando rompió a llorar, Fernando se sintió como una mierda.

—¡Merezco que alguien me dé una oportunidad por una maldita vez! —chilló, con las lágrimas resbalando por su rostro.

—Claro que sí, yo no pretendía...

—¡Oh, qué tierna escena! La princesita caprichosa y Frijolito están teniendo su primera discusión de pareja. ¡Pasen y vean! —se burló Mike, que pasaba por allí.

Mia se borró las lágrimas con el puño de la camisa.

—¿Por qué no te vas a la mierda? —le espetó Fernando.

Mike, que era evidente que había bebido, le dio un empujón a Fernando. A su vez, Mia lo agarró del brazo para retirarlo de la pelea.

—Vámonos —le pidió.

Fernando se apartó de ella.

—Dios... no sabes lo mucho que estaba deseando esto —gruñó, avanzando hacia Mike con los puños apretados.

—¿Qué haces? ¡Vámonos! No merece la pena —trató de hacerlo entrar en razón ella.

—Haz caso a esa zorrita, ¿te la ha chupado ya? Es lo que mejor se le da —la insultó Mike.

Las palabras de él no afectaron a Mia lo más mínimo, pero fueron el detonante para que Fernando le pegara un puñetazo. Ella gritó. Mike rugió como un búfalo herido. Y todo se derrumbó.

Harley, que pasaba por allí, fue la primera en llegar. Estaba tan conmocionada por el beso que creyó que los gritos eran parte de su imaginación. Hasta que oyó la inconfundible voz de Mia y echó a correr hacia ella. Lo que vio la dejó impactada. Fernando estaba golpeando brutalmente a un joven que se cubría en posición fetal, y Mia no paraba de gritar:

—¡Basta! ¡Basta ya! ¡Lo vas a matar! —chillaba horrorizada.

Cuando intentó apartar a Fernando, éste ni siquiera se inmutó. Harley agarró a Mia del brazo para retirarla de la pelea.

—¡Para de una maldita vez! ¿Te has vuelto loco? —intentó hacerlo entrar en razón.

Durante un momento fugaz, los ojos de Fernando encontraron a Mia, hasta que se sumieron de nuevo en la oscuridad. Alzó el puño para volver a golpear a Mike, que balbuceó una súplica y lo miró aterrorizado. Fernando, fuera de sí, apretó el puño para golpearlo otra vez. Los nudillos le sangraban y había

perdido el juicio. Mia apartó la mirada y apoyó la cabeza en Harley, que se estremeció. Ante sus ojos pasaron una serie de dolorosos recuerdos repletos de violencia y odio, como la imagen que tenía ante sí. Cuando fue a cerrar los ojos, un hombre se abalanzó sobre Fernando y lo tiró al suelo. Era Matt.

—¡No le hagas daño! —le suplicó su hermana.

Harley la abrazó y notó como temblaba.

—Él... él no ha empezado la pelea, ¡ha sido Mike! —trató de defenderlo.

Mientras Matt esposaba a Fernando, que no opuso resistencia, dijo con voz grave:

—Uno debe saber cuándo empezar una pelea, pero también cuando acabarla

—¿Vas a encerrarlo en el calabozo? —se temió su hermana.

—Uno va a pasar unas horas en el calabozo, y al otro lo va a ver un médico. Y luego ya veremos.

Mia se cruzó de brazos y se negó a mirar a Fernando cuando éste pasó por su lado. Él suspiró con pesadez y no dijo ni una sola palabra, consciente de que la había cagado. Y peor aún, la había aterrorizado.

Cuando uno de los compañeros de Matt llegó, este le susurró al oído que no fuera demasiado duro con el chico. Luego las miradas de Harley y Matt se cruzaron, y ambos las apartaron ofuscados.

Y John llegó en el momento menos oportuno. Observó la escena con curiosidad y frunció el ceño al ver las caras de todos.

—¿Qué ha pasado? Esto parece un velatorio.

—Una pelea sin importancia, ¿por qué no te llevas a Mia a casa? —le pidió Matt.

John lanzó una mirada de desdén a Fernando, que estaba dentro del coche patrulla.

—¿Ese no es el jardinero? —lo señaló con desdén.

Mia se tensó ante el tono despectivo que había utilizado su hermano mayor.

—Deberíamos pensar mejor a quién contratamos. Menuda gentuza, ¿ves por qué no es una buena idea que te juntes con ese? —le explicó con desagrado a su hermana.

Mia se quedó tan deshecha que lo empujó y no midió sus palabras.

—Me das asco, John.

Su hermano la miró ofendido.

—Ten cuidado con lo que dices, no te permito que me hables así —le advirtió en tono serio.

Harley le puso una mano en el brazo para tranquilizarlo.

—John, no creo que sea el mejor momento para...

Él asintió de mala gana.

—Solo digo que mi querida hermana debería ser más selectiva con sus amistades —murmuró en voz baja.

Luego estrechó a Harley de la cintura y la pegó a él. Matt los miró de reojo y apretó los dientes.

—Te llevo yo a casa, Mia —se ofreció Matt, con tal de perder de vista a aquellos dos.

Mia lo siguió, pero se detuvo de repente, se volvió hacia John y le soltó:

—¿Sabes? No me había dado cuenta de lo hipócrita que eres hasta que te escuché hablar por teléfono.

A John le entró el pánico, pero logró recomponerse en cuestión de segundos.

—Ni yo de lo niñata que eres hasta este momento —se burló él.

—John —lo censuró Harley, cada vez más irritada por su actitud. Se estaba comportando como un esnob insufrible.

Él la apretó más contra sí y le lanzó una mirada triunfal a su hermano, que no movió ningún músculo. Harley contuvo el deseo de propinarle un codazo en las costillas. De nuevo, su mirada se cruzó con la de Matt, que estaba llena de resentimiento. Ella no tuvo que leerle el pensamiento para saber lo que opinaba.

—¿Por qué has dejado que se comportara como un capullo? —le reprochó Mia, una vez que estuvieron en el coche.

Matt apretó tanto el volante que por un breve segundo creyó que era el cuello de John. Luego apartó aquel pensamiento tan horrible de su cabeza, recordándose que era su hermano. Y él quería a su hermano.

—John puede ser un poco... elitista. Vamos, no le des importancia. Aunque sobra decir que lo de hacerle un préstamo a Fernando está más que olvidado.

Mia no tuvo nada que decir al respecto. Entendía la postura de Matt, y tras el reciente comportamiento de Fernando, era evidente que él no quería su dinero. De todos modos, sintió la necesidad de interceder por él.

—Fernando no es mala gente. Mike dijo una cosa horrible de mí, y él perdió los nervios. Pero no es así.

Matt ni siquiera se inmutó.

—De acuerdo.

Mia resopló.

—Lo digo en serio. Si lo conocieras, sabrías de lo que estoy hablando.

—Por eso no lo pongo en duda. No voy a juzgarlo por un incidente del que es evidente que no se siente orgulloso.

—Vale —musitó ella. De pronto, tuvo muchas ganas de abrazar a su hermano. Y de llorar.

Él alargó una mano y le revolvió el pelo, como solía hacer cuando ella era una niña.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió—, pero no me gusta que John se comporte como un cretino.

—Mia...

—¡No me digas que tú no piensas lo mismo! Oh, ¿por qué has dejado que se fuera con Harley? ¡Es evidente que estás loco por ella! Deberías luchar por ella, no mirar hacia otra parte cuando... —dejó de hablar al notar la expresión torturada de Matt.

Su hermano contuvo la respiración y clavó la vista en la carretera. No quería pensar en ello. En las manos de John aferrando a Harley como si fuera un trozo de carne por el que competir. Porque si lo hacía, las cosas se pondrían muy feas. Y no quería creer que podía ser capaz de ponerle las manos encima a su hermano.

—Porque Harley es una persona adulta que puede tomar sus propias decisiones —masculló.

Y le faltó añadir: *porque ella debería haberle parado los pies. Si quiere estar con él, allá ella.*

Aunque la simple idea de que John y Harley pudieran pasar a mayores lo sacaba de sus casillas. Estaba muy celoso, no pasaba nada por reconocerlo para sí mismo.

Y entonces vio a la que faltaba delante de la puerta de su casa. Apoyó la cabeza contra el volante y se preguntó si aquel día acabaría de una maldita vez. *¿Por qué me haces esto, Dios mío?*

Mia puso los ojos en blanco y le dio una palmadita en la espalda.

—Te compadezco —le dijo, y salió del coche para dirigirse a la casa.

Gina lo estaba esperando borracha como una cuba frente al porche. Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero logró mantenerse en pie. Le aplaudió al verlo llegar, empujó la botella y bebió un largo trago.

—¡A tu salud!

—Gina —suspiró con pesadez—, ¿qué haces aquí?

Ella corrió a abrazarlo, pero tropezó y se cayó al suelo. Se raspó las rodillas y

contempló ofuscada el rastro de arena y sangre. Matt fue a levantarla, y ella se abrazó a sus piernas y comenzó a llorar.

—¡Llevo esperándote toda la maldita noche! ¿te parece bonito? —gimió, y le lanzó una mirada a caballo entre la furia y la tristeza.

—Gina, ya te lo he dicho...

La agarró de las muñecas para ponerla en pie. Ella se apartó ofuscada, pese a que él intentaba ser amable. Se peinó el pelo con orgullo y se cruzó de brazos en actitud infantil.

—¡Oh, sí, ya me lo has dicho! Creerás que soy una tonta, ¡pero el tonto eres tú! Seguir coladito por esa pánfila cuando ya han pasado trece años, ¡él tonto eres tú! —insistió encolerizada, y le dio un empujón.

Matt apenas se inmutó. En el fondo se lo tenía merecido.

—Sí, puede que tengas razón.

—¡Claro que tengo razón! —exclamó, abriendo mucho los ojos—, pero ¿sabes qué? Es la última vez que me dejas tirada. Si quieres estar con esa mosquita muerta, ¡allá tú! No voy a insistir... te juro que no voy a seguir suplicando tu atención ni un minuto más de mi vida... —su fortaleza se rompió y volvió a llorar.

Matt se la quedó mirando muy incómodo, y sin saber qué era lo correcto, se acercó a ella y la abrazó. Gina tembló bajo su cuerpo y apoyó la cabeza contra su pecho. Estuvo un buen rato llorando, sin decir nada, hasta que se calmó. Entonces inclinó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Ojalá me mirases alguna vez como la miras a ella. Sería tan bonito... —estiró una mano para acariciarle la barbilla, y él se tensó—. Solo un beso... de despedida, y te juro que dejaré de darte problemas. Y por favor, si tanto te gusta díselo de una puñetera vez. Así yo dejaré de creer que tengo algún tipo de oportunidad...

Se inclinó para besarlo y Matt no se apartó.

—¿Me llevas a casa? —le pidió ella.

—Claro.

Le abrió la puerta del coche y ella tomó asiento a su lado. Cuando fue a cerrarla, le apretó el brazo con cariño.

—¿Sabes? Si no se da cuenta de la suerte que tiene, ella se lo pierde. Eres un gran hombre, Matt.

Oculto tras los matorrales, Harley lo vio todo. Observó el beso y vio como él la montaba en el coche para terminar la faena en otra parte. Y no pensó que fuera un gran hombre, porque sacó sus propias conclusiones. Y lo odió por

ello.

Fue directa hacia la cabaña de madera, aquella que siendo una niña había sido su único refugio cuando las cosas iban mal. Solo que las cosas no iban mal, sino que él había vuelto a romperle el corazón. Con el beso la había hecho dudar, y con sus palabras le había dado esperanza. Y luego, había besado a Gina delante de sus narices, para después llevársela en coche hacia otra parte y, supuso con amargura, follársela.

Oh, ¡pero qué tonta eres! ¡Y qué celosa estaba! Reconocerlo la puso de los nervios. Ser consciente de que seguía enamorada de él fue un duro golpe para su orgullo.

¿Matt la besaba un par de veces, y ella se convertía en una ilusa? ¿No se suponía que ya lo había superado? Se lo había repetido durante tanto tiempo que hasta se lo había creído. Antes de volver a poner un pie en aquella casa, Harley se había convencido a sí misma de que ya no sentía nada por él. *Lo pasado, pasado está.* Si regresaba a aquella casa no era porque sintiera nada por él, sino porque con ello conseguiría lo que deseaba.

Pero había vuelto a ser la chica que suspiraba por Matt. La que esperaba que él la amara tanto como ella, y la que creía —como una mema—, que Matt merecía la pena. ¡Ya la había traicionado una vez! ¿por qué le daba la oportunidad de hacerlo de nuevo?

Me das asco, John.

Penetró a aquella desconocida con todas sus fuerzas, y ella gritó excitada. Se imaginó que era el rostro de Harley el que tenía delante y eso lo puso más cachondo. Y más furioso. Las palabras de su hermana le taladraron el cerebro mientras recordaba las miraditas que se habían intercambiado Harley y Matt. Él, que siempre lo había dado todo por ella, volvía a ser el segundo plato. El por qué Harley siempre elegiría a Matt era todo un misterio. Sí, había crecido unos centímetros. Pero seguía siendo el bruto ignorante de siempre.

No me había dado cuenta de lo hipócrita que eres hasta que te escuché hablar por teléfono.

¿Qué cojones había escuchado Mia? Tenía que averiguarlo antes de que fuera demasiado tarde. De repente le entró el pánico, así que embistió con fuerza a la chica que acababa de conocer tras un par de cervezas. Ella se mordió el

labio inferior, y él pensó que en el fondo no era tan malo. Puede que Harley no lo apreciara. Puede que se hubiese ido de la feria alegando que le dolía la cabeza porque no sabía valorarlo lo suficiente. Él la haría entrar en razón.

—¡Oh, sí! ¡No pares! —le suplicó Betsy. O Martha. Quizá se llamaba Sarah. Y él le dio lo que ella quería. Pensó que tarde o temprano Harley sería suya, y luego se corrió.

Verano de 2004

Matt cubrió el kilómetro que separaba su casa de la de Harley en un tiempo récord. Luego se preguntó cómo iba a llamar su atención sin avisar a sus padres, y se quedó escondido dentro del maizal. Acababa de decidir que no iba a ir al baile del instituto sin ella. ¿Por qué dejar hablar al orgullo cuando el corazón le gritaba?

Gina, John... lo sentía por ellos. Pero él quería a Harley. La amaba desde que ella lo había besado. O puede que desde mucho antes. Le gustaba su sonrisa, las pecas de las que se burlaba, sus dos largas trenzas o su gesto de concentración cuando leía un libro.

A los trece años habían sido los mejores amigos. A los catorce eran inseparables. A los quince habían empezado a crecer, y había notado que la veía como algo más que una amiga. Y aquello lo había aterrorizado. Y se había enfurecido al darse cuenta de que John sentía lo mismo. Durante mucho tiempo se había sentido como el tercero en discordia. Como el que sobraba en la ecuación de *tres son multitud*. Y ahora, a los dieciséis, comprendía que estaba loco por ella. Poco le importaba su hermano si Harley lo elegía a él. Tendría que aceptarlo. Si él había asumido de una vez por todas sus sentimientos, que lo hicieran los demás.

Agarró un guijarro y lo lanzó contra la ventana de su habitación. Sabía que tenía terminantemente prohibido poner un pie en aquella casa. Su madre solía definir a los padres de Harley como *mala gente*. Y Harley se sentía tan avergonzada que les había repetido cientos de veces que jamás llamaran a la puerta. Comentaba entre dientes que su familia era pobre y que no les gustaba tener invitados. No solía hacer preguntas al respecto, pero sabía lo que se rumoreaba en el pueblo: su padre era un borracho que no daba un palo al agua, y su madre una prostituta.

Rumores de mierda.

—¡Harley! —susurró.

Solo fue necesario un guijarro para que ella abriera la ventana de par en par, asomara la cabeza muy asustada y lo mirara con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete! —le ordenó aterrorizada.

Él sacudió la cabeza con vehemencia. Ella murmuró algo entre dientes, comprobó que no había moros en la costa y se escabulló hacia abajo. Cuando llegó hacia él, lo empujó dentro del maizal y lo miró enfurecida.

—¡No deberías estar aquí! ¿Qué quieres? Restregarme a la cara que vas a ir al baile con... —se mordió el labio inferior, se cruzó de brazos y le dio la espalda para que él no la viera llorar.

El la observó compungido y le tocó el hombro, provocando que ella se viniera abajo. No había rastro de la chica fuerte e ingeniosa que siempre lo ponía en su lugar. Harley parecía deshecha.

—Lo siento... —murmuró con voz temblorosa.

—¿Qué sientes exactamente? ¿Burlarte de mí? ¿Romperme el corazón? ¿Traicionarme? —replicó ella, todavía de espaldas.

—Todo... pero más que nada en el mundo, no haberte pedido que vinieras al baile conmigo.

Ella se irguió. Matt se quedó sin respiración, abrumado por su propia sinceridad. Harley se dio la vuelta poco a poco y lo miró con los ojos empañados en lágrimas. Había una emoción indescifrable en su rostro, como si no diera crédito a lo que acababa de oír.

—¿Qué? —musitó, como si no lo hubiera oído bien.

Matt hizo acopio de valor. Se aflojó la corbata y la miró tensamente.

—Que nada de esto tiene sentido si tú no vienes hoy conmigo. Ni John ni el resto del mundo podrían alejarme de ti, porque siento que estamos hechos el uno para el otro —le dijo con vehemencia—, si tú... sientes lo mismo, claro...

—Cuando te besé, creí que estaba dejando clara mi postura al respecto —respondió bastante turbada.

—Quizá necesite otro beso para... reafirmar mi confianza...

Ella ahogó una risa.

—¿Y qué pasa con Gina? Se lo pediste a ella, ¿crees que me puedo olvidar de eso?

—Francamente no, porque eres tan orgullosa como yo —le soltó, y ella se tensó indignada—. Pero admito que lo hice porque tú habías aceptado ir con

John al baile, mientras que yo intentaba reunir el valor para pedírtelo. Fui lento, lo entiendo. Pero no volverá a pasar.

—¡Yo no acepté ir al baile con John hasta que tú...! —replicó airada, pero trató de contenerse—. Sí, lo hice por despecho. Pero luego comprendí que nada de esto tenía sentido y... que deseaba más que nada en el mundo que me lo pidieras tú.

—¿Es demasiado tarde? —se temió él.

Ella se lo pensó durante lo que para él fueron treinta angustiosos segundos.

—No.

Matt sonrió aliviado, le cogió el rostro con las manos y la besó. Fue un beso tan revelador... como intenso. Un beso de adultos que los llevó a otro nivel. Ambos suspiraron cuando se separaron. Estaban nerviosos, con esa clase de nerviosismo fruto de la inocencia.

—Quiero todos los veranos contigo —le dijo en un susurro.

Harley sintió ganas de llorar, y él la abrazó. Por primera vez en su vida se sentía amada de verdad.

Había pedido a un compañero que lo relevara aquella noche porque no estaba de ánimo para seguir patrullando. Aquel día había acabado con él. Francamente, todo tenía un límite. Después de llevar a Gina a su casa, se dirigió al salón para servirse una copa del whisky escocés de su padre. No se permitía pensar mucho en él porque su recuerdo le resultaba muy doloroso. Se lo había encontrado muerto en la misma butaca a la que ahora miraba con gesto contrariado. Como siempre se quedaba allí dormido, en un primer momento no le dio importancia. Cuando intentó despertarlo por tercera vez, se dio cuenta de que algo no iba bien. Apoyó la cabeza en su pecho y notó que no respiraba. Al no encontrarle el pulso, comenzó a ponerse muy nervioso. Intentó reanimarlo durante los doce minutos que tardó en llegar la ambulancia. Al ver que le daban el pésame y cubrían con una manta el rostro de su padre, se quedó tan sorprendido que no llegó a creérselo. Necesitó varias horas para comprender que él ya no estaba, y varias horas más para darle la noticia a su madre y hermana, que dormían ajenas a todo.

En ocasiones como aquella, echaba de menos los sabios consejos de su padre.

Había sido un buen hombre que adoraba a Harley y se desvivía por sus hijos. Y había sufrido la pérdida de la muchacha casi tanto como él. Recordó la discusión que tuvieron hacía trece años, en la que él le reprochó que no hiciera nada más. Su padre soltó un suspiro pesado que lo traicionó, y Matt comprendió que si no la ayudaba era por culpa de su madre.

Ni siquiera John, al que tanto parecía importarle Harley, se atrevió a contradecirlos. Fue Matt quien luchó contra viento y marea para que ella volviera a casa. Y fue él quien se dio de bruces con su rechazo. Y ahora ella se permitía el lujo de odiarlo, como si él tuviera la culpa de que ella lo hubiera olvidado. Como si la promesa que se habían hecho no significara nada, pese a que para él lo había significado todo.

Dio un largo trago a la copa de whisky, y se preguntó qué habría pensado su padre de aquello. También quiso saber a qué cartas se refería Harley. Y todo lo demás. Por qué había vuelto y qué secretos guardaba. Ella era todo un misterio.

Se rellenó la copa y la acabó en un par de tragos. Luego salió de la casa y caminó en dirección a la cabaña, achispado por el alcohol. Hacía mucho tiempo que no ponía un pie allí, y el hecho de que su último recuerdo fuera el de John y Harley compartiendo un beso lo ponía de malhumor. Pero fue como si el pasado lo empujara a regresar de golpe. Como si de una vez por todas tuviera que enfrentarse a las consecuencias, fueran las que fueran.

Harley no sabía por qué, de todos los lugares posibles, había elegido aquella cabaña para esconderse. Le traía tanto buenos como malos recuerdos, y antaño había sido el sitio que ella solía elegir para refugiarse de la ira de *él*. También había sido el refugio de sus dos mejores amigos, y en el suelo se podía leer la inscripción tallada con sus nombres.

Harley, John y Matt, juntos para siempre.

Para siempre. Bufó. Menudos ilusos.

Cuando escuchó a alguien subir las escaleras, pegó la espada contra la pared y aguantó la respiración. Por un instante creyó que fuese *él*, pero entonces recordó que eso era imposible. Se abrazó las rodillas y observó asustada que la trampilla se abría. Y la cabeza de Matt emergió en las sombras, apenas iluminada por la linterna que colgaba del techo. Al verla frunció el ceño y entró tambaleándose.

—Qué curioso que estemos los dos aquí, como en los viejos tiempos —dijo él, y se sentó en el suelo con dificultad.

—¿Por qué no te vas con tu Gina? Parecía muy satisfecha cuando la besabas —le reprochó, más herida de lo que le hubiera gustado.

—Es evidente por qué no estoy con ella —respondió con voz cortante.

Harley se quedó callada. Si lo era, ella temía preguntar el porqué. En su mente, Matt era un cabrón egoísta. Pero... allí estaba. Sin rastro de Gina, y con signos de haber bebido.

Ella comenzó a inquietarse. Estaban muy alejados, pero con Matt la distancia nunca resultaba suficiente. Sintió que el pulso le martilleaba en las sienes.

—¿Has bebido? —no necesitó respuesta, pues era evidente que sí—. Dios, estás borracho. No quiero que te acerques a mí.

Odiaba el alcohol con toda su alma. Transformaba a las personas para mostrar su peor cara. Matt cayó en la cuenta de algo y lamentó que ella lo viese en ese estado. Sabía lo que se le estaba pasando por la cabeza. Sabía que Harley estaba pensando en su padre. Un súbito ataque de ira se apoderó de él.

—Sí, he bebido un poco. Pero sabes que yo nunca... yo nunca... —encontró sus ojos y ella respiró con dificultad. Matt se sintió tan mal consigo mismo que las palabras le salieron a borbotones—. Yo nunca te haría daño. Eso lo sabes, ¿verdad?

Una oleada de pánico se apoderó de él. Harley tenía que saber que él jamás le pondría las manos encima, ¿no?

—Lo sé —respondió, con cierta cautela.

—Pero me tienes miedo.

—No —dijo más tranquila—, pero ya sabes lo que dicen sobre los niños y los borrachos. Temo que vayas a decir lo que sientes de una vez por todas... y yo... yo ya no quiero escucharlo.

Algo en el interior de Matt se quebró.

—Ah, ¿no?

—No.

Harley apartó la mirada, gesto que la traicionó.

—Creo que estás mintiendo —dijo esperanzado.

Ella se odió por ser tan débil.

—No miento. Te aseguro que ya no siento nada por ti —le espetó con rabia.

—Pues yo no te creo.

Ella se revolvió para mirarlo furiosa.

—¿Por qué no?

—Porque estás temblando. Porque tiembles como un gorrión cada vez que te toco.

A Harley se le aceleró el pulso cuando él se levantó y fue hacia ella. Intentó apartarse, pero estaba acorralada. Así que se limitó a mirarlo con fuego en los ojos.

—Tiemblo porque te odio con toda mi alma —le escupió.

—No, no es cierto. Te dices eso a ti misma porque así es más fácil.

Ella apartó la mirada. Se sentía cada vez más indefensa.

—Lo sé porque yo me lo dije a mí mismo cuando supe que habías vuelto. No quería creer que podía volver a sentirme como aquel chaval de dieciséis años. No quería darte ese poder. Pero ya ves, aquí estoy. Pese a todo lo que me he esforzado por... odiarte.

Una lágrima traicionera resbaló por la mejilla de ella y se la secó con brusquedad. Estaba furiosa consigo misma por ser tan débil. No iba a permitir que las palabras de él hicieran mella en su atormentado corazón.

—Dios, Harley, al menos mírame cuando te hablo —le pidió molesto.

Ella lo hizo con tal vehemencia que él se sobresaltó.

—Quería proteger a John... pero en el fondo me estaba protegiendo a mí mismo. ¿Te haces una idea de cómo han sido estos años para mí?

—¿Crees que voy a sentirlo por ti al escuchar lo mal que lo pasaste? ¡Tú no tienes ni idea de cómo ha sido mi vida! —le espetó ella, perdiendo el poco autocontrol que le quedaba.

—No... no lo sé. En eso tienes razón. ¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera me dejaste que me pusiera en contacto contigo. Borraste todo tu rastro y decidiste por los dos. Fue una injusticia, ¡maldita sea! Ni siquiera sé si te he perdonado por eso —dijo él con amargura.

Ella rompió a llorar, y la frágil coraza que tenía se desmoronó por completo.

—¡Porque tú me abandonaste! Fueron los dos peores años de mi vida, ¡no tienes ni idea de todo por lo que pasé! ¡Rompiste tu promesa! —le gritó, y lo empujó con todas sus fuerzas.

Matt cayó bocarriba al suelo, y se protegió la cara cuando ella comenzó a golpearlo.

—¿Cómo querías que te encontrara? Joder, ¡para! —le pidió, pero ella continuó pegándole. Matt le agarró las muñecas y la zarandeó—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Estás loca?

—¡Suéltame!

—No hasta que te calmes.

—¡Qué tú no me has perdonado! —chilló con perplejidad—. ¿Cómo puedes ser tan cínico? Mi vida ha sido un puto infierno. Y si borré todo mi rastro fue

porque no te merecías saber nada de mí.

—Eso merecía decidirlo yo, ¿no crees? —le recriminó herido.

—Tuviste doce oportunidades.

Matt quiso preguntarle a qué se refería, pero ella perdió el equilibrio y se cayó encima de él. La abrazó de manera inconsciente y ella no lo rechazó. Harley respiró acaloradamente, y él le besó una a una las lágrimas. Ella dejó escapar un suspiro traicionero, y él la abrazó más fuerte. El cuerpo de ella se dobló ante el suyo, que palpitó de deseo y ganas. La electricidad fue tan fuerte que se quedaron pegados, respirando con pesadez.

—Si no querías volver a verme, no deberías haber vuelto —le acarició la espalda y la pegó a él—. Porque ahora no quiero que te vayas. Ni quiero, ni estoy dispuesto a permitirlo. Llámame egoísta. Llámame loco.

Ella entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Matt...

La besó con dulzura. Con anhelo. Diciéndole con aquel beso lo mucho que la había echado de menos. Ella no lo rechazó. Intentó luchar contra las emociones contradictorias que se apoderaban de ella. Y sucumbió a aquel beso, con la razón nublada. Perdió el juicio por Matt, y comprendió que él siempre había estado a su lado. Que por mucho que ella hubiera intentado olvidarlo, su corazón siempre le había pertenecido.

Él se apartó un poco para mirarla a los ojos. En los suyos brillaba una emoción profunda y devastadora. Le vino a la mente una frase que de repente lo significó todo. Que se le escapó de los labios mientras intentaba a toda costa guardársela para sí.

—Todos los veranos contigo, ¿recuerdas?

—Cállate —le suplicó con voz trémula.

Matt apoyó la frente contra la suya y la estrechó entre sus brazos. Se perdió en su olor. En el suave tacto de su piel. En todos y cada uno de sus recuerdos. En lo mucho que deseaba a aquella condenada mujer. Y la deseaba tanto que dolía. Era una necesidad que le rasgaba la piel, que se apoderaba de sus entrañas y le apretaba el pecho.

—Te he echado de menos —susurró con voz ronca.

Ella tragó con dificultad, y él le acarició el pómulo con la boca. Volvió a besarla, aquella vez casi se lo suplicó. Harley no pudo contenerse más. Entrelazó sus manos alrededor de su cuello y le devolvió el beso, susurrando su nombre con desesperación. Se acariciaron con timidez, como si volvieran a tener dieciséis años y ninguno de los dos supiera lo que hacía.

Se frotaron por encima de toda la ropa que les sobraba. Harley notó la erección de él apretándole el vientre, y perdió el poco recelo que le quedaba. Lo necesitaba tanto que le dolía. Matt le lamió la garganta y el pulso de ella se disparó. Le apretó las nalgas y la pegó contra su erección, provocando que ambos gimieran.

—Estás temblando —le dijo, y temió que ella le pidiese que parara.

—Porque... porque me gusta como me tocas... —balbuceó.

A Matt la respuesta le bastó para mandar cualquier tipo de reticencia al garete. Metió las manos por dentro de su vestido y le acarició los muslos. Fue poco a poco hacia arriba, casi tanteándola. La tocó por encima de la ropa interior y fue consciente de lo húmeda que estaba. Apoyó su erección contra su sexo, para demostrarle que él la necesitaba igual o más. Harley entreabrió la boca y murmuró algo que él no llegó a entender. Uno de sus dedos se deslizó por encima de su hendidura, acariciando la tela húmeda.

—¿Te gusta?

Ella asintió con expresión ida.

—¿Qué quieres que te haga? —le preguntó excitado.

Metió la mano por dentro de su ropa interior y presionó el pulgar contra su clítoris. Harley estalló de placer y se clavó las uñas en las palmas de la mano.

—Lo que quieras... —jadeó.

Matt se lo tomó al pie de la letra. Comenzó a desvestirla lentamente, recreándose en cada trozo de su piel. Harley era tan hermosa que mirarla fue casi un orgasmo. Le besó todas las pecas mientras le quitaba la ropa.

—Nunca debí meterme con ellas, son adorables.

Ella sonrió avergonzada. Matt le quitó el vestido y rozó una de las cicatrices de su espalda. Tembló de impotencia y la abrazó, como si así pudiera curar todas sus heridas. Como si pudiera espantar sus demonios con cada beso. Le recorrió una cicatriz con el dedo y ella se estremeció. Entonces posó la boca contra cada una de ellas, y Harley contuvo la respiración.

—¿Quieres que pare? —le preguntó, temeroso de su respuesta.

—No.

Se miraron a los ojos durante un breve segundo. Entonces Harley se inclinó hacia él, y aunque sabía que aquello era una locura, se dejó llevar. Nunca había conocido a un hombre que ejerciera tanto poder sobre ella. No solo era atracción... era mucho más. Era la clase de sentimiento que jamás experimentaría por nadie más. Era saber que estaban hechos el uno para el otro. Con todo el dolor. Con todo lo bueno y lo malo. Le quitó la camisa y se

recreó en su abdomen duro. En el vello oscuro que se perdía bajo sus pantalones. Se le secó la boca.

—Has crecido —musitó, y se sintió un poco tonta por aquella apreciación.

—¿Te gusta lo que ves?

Nunca había sido inseguro, pero deseó gustarle con todas sus fuerzas. Deseó que ella experimentara al menos la mitad del deseo que el sentía por ella.

—Muchísimo.

—Tócame —casi fue un ruego desesperado.

Matt llevó las manos de ella a su torso para que lo acariciara. Ella las deslizó por sus hombros y descendió hacia su estómago. Lo arañó de manera superficial y notó que Matt apretaba la mandíbula. Luego le rozó el abdomen con dedos temblorosos y él contuvo la respiración. Matt no solo había crecido... sino que se había vuelto más intimidante. Más atractivo. Más poderoso.

Él volvió a encontrar su boca, pero entonces lo hizo con ferocidad. La besó con tanta pasión que ella dejó escapar un suspiro mientras caían al suelo. Abrió las piernas de manera inconsciente para que él se acomodara. Quiso decirle que aquello no estaba bien, pero ¿cómo no iba a estarlo cuando cada parte de su cuerpo lo necesitaba?

Matt la acarició. La besó. La desnudó con la mirada y la hizo sentir bella, sin importar sus cicatrices. Sin importar que estuviera marcada de por vida, y que siempre hubiera tratado de ocultarlo.

—He soñado con este momento tantas veces que no sé por dónde empezar...

—admitió él.

Como respuesta, ella se quitó el sujetador y lo arrojó al suelo. Las pupilas de él se dilataron, como si fuera la primera vez en su vida que veía dos tetas. Ahuecó sus pechos con las manos y los devoró con la lengua. Ella hundió las manos en su cabello y dejó escapar un gemido. La barba de él le hizo cosquillas en la piel. Luego la boca de Matt fue descendiendo poco a poco mientras ella temblaba de expectación. Le dedicó una mirada interrogante, y cuando ella asintió, él le arrancó las bragas y metió la cabeza entre sus muslos. Harley sollozó de placer y las plantas de sus pies tocaron la espalda de él. Fue tan maravilloso como indescriptible. Se retorció de placer mientras Matt la agarraba de las caderas y le acariciaba el sexo con la lengua. Fue delicado... pero también salvaje. Fue justo lo que ella necesitaba. Se recreó una y otra vez hasta que ella llegó al orgasmo, y solo entonces se quitó los pantalones de una patada.

Ella lo envolvió con sus piernas y le acarició los brazos. Le mordió el hombro, como si marcarlo lo hiciera más suyo. Se miraron a los ojos y exhalaban un suspiro. Matt le resultó arrebatadoramente atractivo y vulnerable. Como el crío de dieciséis años que no sabía si lo estaba haciendo bien, pese a que era evidente que le sobraba experiencia. Se agarró la polla y le acarició la hendidura. Harley puso los ojos en blanco, desesperada. Lo quería todo de él, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—¿Quieres esto? —le preguntó, contra el lóbulo de su oreja.

—Dios, ¡sí!

Él sonrió de medio lado y volvió a frotar su erección contra su sexo. Harley sintió que se moría. Porque si se podía morir de placer, ella estaba a punto de experimentarlo. Arqueó la pelvis para buscarlo, para demostrarle sin palabras lo mucho que lo necesitaba. Los ojos de Matt se oscurecieron. Por la necesidad. Por lo mucho que deseaba aquello tanto como ella.

Se adentró lentamente en su interior, saboreando el momento. Agarrándose a sus caderas mientras se le escapaba la vida por la boca. Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos cuando él la penetró. Se quedaron quietos, asimilando aquella intimidad. Sobresaltados por todo lo que aquello suponía. Por todo lo que estaban sintiendo. Abrazados y sudorosos. Él susurró su nombre con desesperación cuando salió de ella y volvió a entrar, aquella vez con más fuerza.

Entrelazaron las manos y compartieron una unión tan intensa que casi dolía. Harley arqueó todo su cuerpo porque quería que cada parte de su ser estuviera conectada con la suya. Y entonces todo tuvo sentido.

Estaban tumbados, ella de espaldas a él. El brazo de Matt la abrazaba posesivamente, como si temiera que fuera a marcharse de un momento a otro. Desde aquella perspectiva podía observar todas sus cicatrices, y cada una de ellas le dolió en el alma. Cada herida se clavó en sus entrañas y fue un triste recuerdo de lo que habían vivido. Le dolió no haber podido protegerla. Temió que Harley estuviera tan rota que fuera incapaz de recomponer sus pedazos.

—Era demasiado ingenuo para saber lo que sucedía, ¿no? —se lamentó.

—No. Yo era demasiado orgullosa para contárselo a nadie.

Él suspiró. La abrazó contra su pecho, como si así ambos pudieran olvidar.

—Dime que ya no me odias —le pidió aterrizado.

Ella tembló.

—Matt... no hablemos de eso ahora.

—Joder, Harley, ¿y cuándo vamos a hablarlo?

—Hoy no —determinó cansada.

Matt la besó en el hombro.

—No... hoy no —concedió—. Pero sí mañana, cuando me mires a los ojos y seas incapaz de decirme que lo de esta noche ha sido un error. Porque para mí ha sido algo maravilloso e inevitable.

—Para mí también —admitió en un susurro.

Él la obligó a volverse, de modo que quedaron cara a cara. Harley parecía asustada, como si hubiera cruzado una línea que le resultaba infranqueable. Pero no supo ver más allá, pese a que lo deseó con todas sus fuerzas.

—Llevamos toda la vida haciéndonos daño.

—Irá en nuestros genes —musitó ella.

Había algo diferente en ella que lo desconcertó. Quiso preguntarle muchas cosas, pero decidió que no renunciaría a tenerla entre sus brazos esa noche. Se merecían aquello. Quizá mañana... cuando amaneciera, buscaran toda la sinceridad que se debían.

—Quiero creer que no. Quiero creer que somos dos idiotas orgullosos que han cometido demasiados errores —dijo él.

Harley le acarició la mandíbula y él le besó el dedo.

—Cuando dije que has crecido, me refería a que te has convertido en el hombre más atractivo que he conocido en toda mi vida.

—¿Por eso no te puedes resistir a mí?

Ella ahogó una risa, se pegó a él y cerró los ojos. Y se sintió en casa, lo que no hizo más que empeorar las cosas. Porque aquello estaba fatal. Porque en el fondo sabía que no podía permitírselo.

Cuando se despertó, la luz se colaba por las grietas de la madera. La respiración cálida de Matt le acarició las pestañas, y durante unos minutos se permitió fingir que todo era perfecto. Que no había sucedido nada de lo que arrepentirse, y que podía dormir plácidamente junto al hombre que amaba con todo su corazón. Oh, porque lo amaba. Su amor por él era tan fuerte como lo fue su desprecio. Puede que nunca hubiese dejado de amarlo, y que aquella intimidad hubiese sido el detonante para abrir los ojos.

Se acurrucó en su pecho, y Matt la abrazó más fuerte. Dormía como un tronco con expresión relajada, como si aquello fuese el principio de algo entre ellos. Pero ella sabía que no era posible. No solo estaba todo su rencor —que había

dejado de lado para pasar una noche maravillosa con él—, sino el hecho de que él jamás la perdonaría por lo que estaba a punto de hacer. Lo besó en la frente y Matt suspiró, pero siguió dormido. Evitó mirarlo cuando se separó de él, sintiendo una pérdida tan considerable que durante un largo minuto estuvo tentada a quedarse a su lado. Finalmente se vistió sin hacer ruido, agarró el pendrive y se marchó dispuesta a traicionarlo.

Verano de 2004

Harley corrió a vestirse antes de que fuera demasiado tarde. *Él* había salido, así que tenía algo de tiempo para buscar ropa decente. Maldijo no tener nada adecuado. Ella quería un vestido nuevo y reluciente, pero tuvo que arreglárselas con aquel vestido desgastado que había comprado en una tienda de segunda mano. Era de un azul cerúleo algo deslucido por los lavados, y las plumas de la falda habían sido amor a primera vista. Le bailaba en la zona del escote, y de pronto se sintió absurda bajo aquella tela de raso.

Su madre, que veía la televisión con gesto ausente, le dedicó una mirada desdeñosa cuando fue a salir.

—¿Dónde vas con esas pintas de fulana?

Harley intentó ignorarla. Su relación se había enfriado más en los últimos meses, desde que las palizas de él se habían vuelto más recurrentes. Harley intentaba pasar la mayor parte del tiempo fuera de aquel lugar tan horrible, así que su madre solía llevarse la peor parte. Pese a todo, ella sabía que muy en el fondo mamá la quería. Una madre siempre amaba a sus hijos, aunque la suya hubiera tenido la mala suerte de toparse con aquel hombre tan horrible.

—¡Niña! ¡Te he hecho una pregunta! —le lanzó el mando a distancia, y ella lo esquivó de puro milagro.

Deseó con todas sus fuerzas que Matt no escuchara nada de lo que sucedía allí dentro.

—Voy al baile del instituto —le respondió con indiferencia.

Su madre se levantó. Había engordado en las últimas semanas, y Harley creía

que se debía a que empezaba a compartir el gusto de *él* por la bebida. Le acarició el pelo con una mezcla de envidia y repulsión.

—Vuelve pasada la medianoche, cuando tu padre ya se haya dormido. Así no se enfadará si... si te ve así vestida, ¿vale? —hubo un pánico en su voz que la delató.

Harley asintió con un nudo en la garganta.

—Algún día saldrás de aquí. Puede que con ese chico tan mono y adinerado de los Parker. No te olvides de mamá cuando llegué esa ocasión, ¿de acuerdo? —le suplicó con voz temblorosa.

Harley le cogió las manos con desesperación. Si no se había largado ya, era porque su madre jamás la hubiera seguido. *Él* la tenía completamente a su merced. Pero de repente, vio la duda en sus ojos y supo que tenía que aprovechar la oportunidad.

—¡Y por qué no nos vamos ahora! ¡Las dos juntas! —le pidió angustiada.

Su madre soltó una risilla vacía.

—¿Y perderte tu baile de instituto? Oh, pequeña boba... ¿Dónde íbamos a ir? ¡Si no tenemos donde caernos muertas!

Harley suspiró. Siempre se hacía la misma pregunta: ¿a dónde ir?

—Cualquier sitio sería mejor que este —musitó.

—Tu padre no es mal hombre, cariño. Le pierde la bebida, pero se desvive por nosotras la mayor parte del tiempo. Y yo siempre te protejo cuando las cosas se desmadran, ¿verdad? —hubo un tono lastimero en su voz.

Harley comprendió, como una horrenda revelación, que su madre jamás se marcharía de su lado.

—Y ahora vete al baile —la empujó, abriendo la puerta.

Cuando salió, Matt la estaba esperando impaciente con las manos metidas en los bolsillos. Frunció el ceño al ver la expresión de Harley, que se debatía entre fingir que no sucedía nada —como llevaba haciendo toda la vida—, o sincerarse de una vez por todas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

—Ayúdame, por favor —dijo, y rompió a llorar.

Matt la contempló angustiado.

—¿Qué sucede?

—Mi padre... es... es un mal hombre —balbuceó.

Matt acortó la distancia que los separaba y la abrazó de manera protectora. Ella se derrumbó, y fue consciente de que no podía ser fuerte durante más tiempo. Necesitaba su ayuda.

—¿Qué quieres decir?

Avergonzada, Harley se subió el vestido y le enseñó la espalda. Los ojos de Matt se congelaron de terror, y luego un súbito ataque de ira fue apoderándose de él. Se sintió tan impotente que durante unos segundos no logró reaccionar, asimilando la brutalidad de aquella noticia. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Por qué había tenido que creer lo que todos decían en casa? Que la familia de Harley era pobre y daba asco. Que pasaban de ella, y por eso Harley siempre reclamaba la atención de los Parker. Se sintió como un imbécil.

—Tenemos que contárselo a alguien.

Aunque lo que de verdad quería era encontrar al padre de Harley y hacerle pagar por lo que le había hecho.

—Si no lo he hecho antes es porque mamá lo negará. Y nosotras... no tenemos a donde ir. Por favor, ayúdame. Sácanos de aquí, Matt —le suplicó, viniéndose abajo por primera vez en su vida.

Matt no supo qué hacer, pero tuvo claro que no iba a quedarse de brazos cruzados. Aunque ello implicase ponerse en contra de toda su familia, haría cualquier cosa que estuviera en su mano para ayudarla.

—Vamos a mi casa.

Harley no se movió.

—¿Y mamá? Ella no es... —inspiró para buscar las palabras adecuadas—. Tus padres no van a querer que ponga un pie en su casa.

—Tendrán que aceptarlo —dijo entre dientes.

—Matt...

Él le apretó la mano con tanta fuerza que a ella le dolió un poco.

—Te juro que no voy a permitir que vuelva a tocarte. Dios, Harley, ¿por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué no me di cuenta antes? ¿Por qué...? —su voz se quebró, y las lágrimas se deslizaron por el rostro de Matt, que estaba roto de dolor.

—No es culpa tuya —susurró ella—. No es culpa nuestra.

Harley entró en la casa con los zapatos en la mano para hacer el menor ruido posible. Sentía el pulso martilleándole las sienas y un creciente nerviosismo en el estómago. Y estaban los remordimientos, que la empujaban a volver la vista atrás para buscar a Matt asechándola. Pero él no estaba allí, porque se había quedado dormido plácidamente a su lado mientras ella le prometía que se sincerarían al día siguiente.

Era una persona horrible.

Contuvo el deseo de darse la vuelta y contárselo todo. No podía dar marcha atrás. Así que inspiró para hacer acopio de valor y comenzó a subir las escaleras.

—¿Una noche movidita? —la voz de Mia la sobresaltó desde la cocina.

Harley se llevó la mano al pecho y soltó una risilla nerviosa.

—He pasado la noche fuera, no quería despertar a nadie.

Mia se bebió el tazón de chocolate, lo dejó sobre la mesa y la estudió con curiosidad.

—Con Matt, supongo —adivinó, sin el menor rastro de acusación en su voz. Harley quiso negarlo, pero luego se dio cuenta de que aquello era una tontería. Se limitó a quedarse callada y encogerse de hombros.

—John tampoco ha dormido en casa, a saber dónde estará. O con quién —lo dejó caer como si nada.

Harley notó la rabia que había en sus palabras, por lo que fue a la cocina y se sentó a su lado.

—¿Te pasa algo con tu hermano?

—¿Aparte de que es un esnob de mucho cuidado?

—Bueno, todos tenemos nuestras cosas. ¿No eras tú una niña algo difícil cuando te conocí?

—*Difícil* es un término muy considerado para definir a la antigua yo.

Harley sintió simpatía por aquella chiquilla. Era como si se hubiera transformado en alguien más encantadora y sabia de la noche a la mañana. Le gustó su nueva versión.

—La familia es la familia. Se les perdona lo que a otros no —le dijo, y ella sabía muy bien de lo que hablaba.

—Últimamente tengo la sensación de que no lo conozco —hubo cierto temor en las palabras de Mia.

Harley desearía haberle dicho algo más tranquilizador, pero no pudo. Al fin y al cabo, estaba allí para encontrar información de John. Información que, según lo poco que sabía, podía meterlo en un buen lío. ¿Qué es lo que ocultaba?

—Respecto a lo que sucedió la otra noche en la feria...

Mia se tensó.

—Fernando no es mala persona, de verdad. Está pasando por un momento de mucha tensión porque no sabe si van a concederle la beca. Aunque teniendo en cuenta que le ha dado una paliza al hijo del director, me imagino lo que va a suceder. Y el imbécil de Mike no paraba de acosarlo, en serio. Y dijo algo horrible sobre mí. Algo ridículo sobre lo bien que se me da *ya sabes qué*.

Se ruborizó al hablar de aquel tema, y Harley lo notó.

—Debería haberse controlado de todos modos. La violencia nos convierte en seres oscuros y peligrosos. Cuando sacas lo peor de ti mismo no puedes evitar que eso te persiga toda la vida —comentó Harley con expresión sombría.

—¿Lo dices por lo que te pasó a ti? —supuso Mia—. No deberías seguir culpándote por algo que pasó hace años. Una vez oí a Matt decir que tú eras una luchadora, y que las circunstancias no definen quienes somos, sino el

cómo nos enfrentamos a ellas. Creo que estaba discutiendo con mamá, pero yo era demasiado pequeña para recordar mucho más. Solía hablar de ti todo el tiempo, hasta que un día dejó de hacerlo por un motivo que nunca explicó. Tal vez deberías preguntarle por qué. Parece que tenéis mucho de que hablar.

—Para —le pidió alterada Harley—. Por favor.

Harley estaba tan desecha por lo que le había contado que Mia se arrepintió al instante.

—Lo siento, no quería...

Harley se levantó con brusquedad.

—Entiendo que estés colada por ese chico, yo sé muy bien lo que se siente. Pero nunca olvides que la primera eres tú. Pase lo que pase, tú debes ser la persona más importante de tu vida —le dijo alterada, saliendo a trompicones de la cocina.

Si algo le había enseñado la vida era a forzar cerraduras. Se quitó una horquilla y jugueteó con el pestillo. Le costó más tiempo del que esperaba oír el esperado clic, y en cuanto lo hizo, abrió la puerta con ímpetu y la cerró con suavidad. Echó el pestillo para que nadie pudiera pillarla infraganti como la última vez, y fue directa hacia el escritorio.

Apoyó las manos sobre la mesa y trató de tranquilizarse. Tenía que hacerlo. Si John ocultaba algo horrible, ¿por qué debía cargar ella con sus pecados? Se mordió el labio inferior y comprendió que solo se decía aquello para sentirse menos culpable. No se trataba de cargar con sus pecados, sino de traicionarlo. Y había tomado la decisión de hacerlo desde que puso un pie en aquella casa. La pantalla se encendió con la ventana que pedía la contraseña del usuario. Probó con su fecha de nacimiento, el nombre de sus padres y hermanos y su comida favorita. Ninguna fue válida. John no era ni tan típico ni tan estúpido. Se llevó las manos a la cabeza y estuvo a punto de tirarse de los pelos.

¿Qué puede ser?

Cualquier cosa, se temió.

Ella no tenía contraseña para su ordenador, pues no guardaba nada importante. Pero de haberla tenido, habría sido algo muy íntimo. Tecléo *Elretratodedoriangray*, el libro de cabecera de John. Nada. Probó con *Oscarwilde*. Tampoco.

Janeeyre.

Contuvo el aliento y esperó acertar, pero maldijo para sus adentros al

comprobar que tampoco era. Y se quedó de piedra al ver que le quedaba un único intento.

¿Y ahora qué?

Con las manos sobre el teclado, no supo qué hacer. Si fallaba, John se daría cuenta de que alguien había intentado acceder a su ordenador. Se mordió el labio inferior y pensó en más posibilidades, hasta que le vino a la mente algo surrealista y a todas luces estúpido.

Harley.

No se atrevió a pulsar la tecla *intro*, indecisa. Se quedó mirando la pantalla, sin saber qué hacer. ¿Significaba tanto para John como para haberla elegido a ella? Algo en su corazón le decía que él, más que quererla, siempre había estado un poco obsesionado con ella. Forzando las cosas por el mero hecho de ganar a su hermano.

Apretó la tecla *intro* y esperó lo peor. Cerró los ojos, sin atreverse a mirar la pantalla. Cuando lo hizo, la ventana de inicio se iluminó.

—Dios mío... —se tapó la boca con las manos.

Más que satisfecha, estaba horrorizada de significar tanto para él. Y ella iba a traicionarlo, como si nada. Apretó el pendrive contra la palma de su mano, y antes de enchufarlo decidió cotillear. Se fue directa a su carpeta de email y no encontró gran cosa, salvo cuestiones relacionadas con el trabajo y correos recurrentes de un tal *JamesStewar*, haciendo bromas de mal gusto sobre la creciente oleada de gente de color en la universidad.

Gilipollas.

Luego cayó en la cuenta de algo, y comprobó que James Stewar aparecía en la lista de nombres que le habían dado. Hoover le había dicho: *avísame si encuentras alguno de estos nombres en su correspondencia, o si alguno de ellos lo llama por teléfono y se pone muy nervioso.*

Había un email del tal James que le llamó poderosamente la atención:

*¡Qué juergas las de la universidad! Habrá que repetir algún día de estos.
¡Solo los mejores!*

La respuesta de John había sido muy enigmática.

No hablemos de eso.

¿Por qué no quería hablar de su etapa en la universidad? Dejándose llevar por

su instinto, comprobó el resto de nombres de la lista en el buscador del correo electrónico. Tan solo encontró una coincidencia: *Peter Owen*. Se habían intercambiado un solo email.

Andémonos con ojo.

John le había respondido un:

Ya lo sé.

¿Qué es lo que sabía John? ¿Tal vez que lo estaban vigilando?

Durante más de una hora, estuvo registrando su ordenador a fondo. No quería utilizar el pendrive hasta estar segura de qué iba aquello. Irritada al no conseguir nada más que documentos del trabajo, acudió al buscador general del ordenador y escribió *universidad*. Le aparecieron un par de carpetas de imágenes. La primera mostraba a un John sonriente a la cámara. Un joven responsable que posaba con amigos y chicas guapas, nada preocupante. La segunda carpeta estaba cifrada. Probó con su propio nombre, pero era evidente que John se había tomado más molestias con aquella carpeta. Entonces recordó el email del tal James Stewar en el que mencionaba sus juergas universitarias, y la desconcertante respuesta de John ante algo tan trivial.

*¡Qué juergas las de la universidad! Habrá que repetir algún día de estos.
¡Solo los mejores!*

No hablemos de eso.

Podría ser que aquella coletilla...

Probó con la última frase y cruzó los dedos. ¡Ajá! Ante ella hubo una sucesión de imágenes por las que a veces tuvo que apartar la vista. Las típicas novatadas de iniciación en una fraternidad que rozaban la humillación más absoluta. Lo que no entendía era por qué John guardaba aquella galería, como si fuera una especie de trofeo del que sentirse orgulloso. Por un momento tuvo ganas de apagar el ordenador y gritarle a John que, como su hermana decía, tenía dos caras. Pero entonces sus ojos se clavaron en algo, y durante un instante rememoró algo que había visto en las noticias.

No, no, no...

Comprobó la fecha en la que se había tomado la fotografía, y luego buceó en internet en busca de la noticia. Joder, las fechas coincidían. Pero debía haber una explicación razonable para ello, ¿no? Intentó que su mente la encontrara mientras se temía lo peor. Se fijó en la postura grotesca, en los ojos cerrados y la expresión ida.

¿Podía ser que estuviera...?

Tuvo que reprimir una arcada cuando vio a John posar junto al chico. Y otra más al ver que en la siguiente fotografía aparecían varias personas más. El mismo número de personas que tenía su lista. Sintió tantas ganas de vomitar que tuvo que apartar la mirada. Cuando logró tranquilizarse, pasó a la siguiente foto, donde un sonriente John señalaba burlescamente al chico que había tirado en el suelo. Al chico que parecía muerto.

Se quedó tan deshecha que apagó el ordenador, cogió el pendrive y se largó corriendo. Buscaba una explicación razonable, pero en su cabeza no había ninguna salida. Coincidían las fechas, los nombres... ¡todo!

¿Cómo podía haber hecho algo tan horrible?

Por su mente vagaron algunos recuerdos a los que no había dado importancia. John fulminando con la mirada a su hermano cada vez que la tocaba. Interponiéndose entre ellos. Murmurando algo desagradable sobre la gente de clase inferior. Comportándose como la voz de la razón porque era el mayor de los tres.

¿Por qué no lo había visto antes? O sí que lo había visto, pero quería tanto a su amigo que jamás le había dado crédito al murmullo interior de su conciencia.

Oh... John... ¿Cómo has podido hacerlo?

Casa de la fraternidad, año 2008.

Al pie de las escaleras, John contempló que el cuerpo de aquel novato comenzaba a sacudirse con violencia. Los ojos abiertos de par en par y las extremidades rígidas. Todo el mundo se lo quedó mirando espantado, y algunos desviaron la mirada hacia el suelo. John bajó las escaleras corriendo, le arrancó el tubo de la boca y comenzó a zarandearlo.

—¡Despierta, bola de grasa! —le exigió, sin que el chaval reaccionara.

Alguien se llevó las manos a la cabeza y ahogó un sollozo. Otro maldijo en voz alta. Y Peter, o puede que fuese James, le apretó el hombro.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó con voz temblorosa.

John observó el cuerpo sin vida, y en un ataque de nerviosismo, comenzó a golpearle el pecho. Una, dos, tres veces... sin obtener respuesta. Le hizo el boca a boca y volvió a presionar el pecho con tanta fuerza que creyó que le rompería las costillas. Y continuó desesperado, hasta que el sudor le empapó la frente y se le agarrotaron los músculos. Hasta que comprendió lo que sucedía, y un súbito ataque de pánico se apoderó de él.

—John —lo llamó Peter.

No reaccionó. Se miró las manos pálidas. Quiso despertar de aquella pesadilla.

—¡John! —lo sacudió Peter. Al ver que no respondía, lo abofeteó—. Maldita sea, ¡John! Este no es momento de venirse abajo. Tú eres nuestro líder, di algo.

Su líder. El que había provocado aquello. El mayor culpable.

Tragó con dificultad, se puso en pie con piernas temblorosas y se llevó las manos a las rodillas para tomar aire. Luego miró uno a uno a los seis hombres que lo rodeaban. Los evaluó. Los retó, y todos comprendieron que, si uno caía, lo harían todos. Señaló el cadáver, y los seis asintieron. La decisión estaba tomada.

—Ya sabéis lo que hay que hacer.

Cuando se despertó sobresaltado, la chica que dormía a su lado también lo hizo. Le acarició la espalda para tranquilizarlo, pero John la agarró del cuello y ella se congeló de terror. Al despertar de aquella pesadilla, los ojos

anegados en lágrimas de ella encontraron los suyos. Saltó de la cama y se vistió a toda prisa, evitando su mirada. Ella se tapó con la manta hasta el cuello, rehuyendo su contacto.

—Lo siento —se disculpó, antes de marcharse.

Lo primero que hizo Matt al despertarse fue buscar el cuerpo de Harley. Estiró la mano para acariciarla y rozó el áspero suelo de madera. Frunció el ceño y entreabrió los ojos. No estaba. Se sentó de golpe y la buscó por toda la cabaña, creyendo que era una broma pesada.

¿Se había largado sin más?

Un súbito dolor de cabeza se apoderó de él. El rastro del alcohol le estaba regalando una resaca de lo más inapropiada. ¿Había sido un sueño? No. Aún podía notar el tacto de la piel de Harley, y el olor de su cuerpo impregnado en el suyo. No había sido un sueño, sino algo maravilloso que habían compartido dos almas rotas y entrelazadas. Unidas de una forma tan intensa como dolorosa.

Se vistió a toda prisa y supo que no la dejaría escapar. Después de trece años quería la verdad. Quería una explicación que nunca le había dado. Quería la oportunidad de poder elegir.

Bajó las escaleras de la cabaña y saltó al suelo cuando le quedaban tres peldaños. Corrió hacia la casa con el corazón acelerado, y la vio a lo lejos, alterada y con la mirada perdida. Frenó y se acercó a ella con ansiedad. Ella no se dio cuenta.

—Te has ido —le reprochó.

Ella se sobresaltó. Se volvió para mirarlo con una expresión indescifrable.

—Deberíamos hablar. De lo que sucedió la otra noche, y de todo lo que va a pasar ahora. Del pasado.

A ella se le escapó una carcajada irónica.

—¿Lo que sucedió la otra noche? ¿Y qué fue lo que sucedió la otra noche?

Matt sintió una punzada de decepción en el pecho, pero intentó recomponerse.

—Hicimos el amor.

Ella se cruzó de brazos y apartó la mirada.

—Nos dejamos llevar —murmuró con voz queda.

—No te atrevas a llamarlo así —le recriminó dolido.

—¿Y cómo lo tengo que llamar, eh? ¿Cómo quieres que lo llame! El amor no tiene nada que ver en lo que sentimos el uno por el otro —le espetó con voz

temblorosa—. Ajustamos viejas cuentas.

—Viejas cuentas —repitió asqueado—. ¿Te estás oyendo? ¿Qué demonios te pasa?

—Me pasa... —respondió con los dientes apretados, y señaló a todo lo que había a su alrededor con rabia—, que no quiero tener nada que ver con esto. Con tu familia. Contigo.

Matt la miró incrédulo y tan herido por sus palabras que no la reconoció.

—¿Qué te ha hecho mi familia? ¿Qué te he hecho yo? —exigió saber.

Recorrió la distancia que los separaba y la agarró de los hombros con fuerza.

—Dímelo. Sácame de dudas.

—Lo sabes muy bien.

—¡No, no lo sé! —perdió los estribos.

—Pues deberías saberlo. Eres tan horrible como John. Me dais asco —le soltó, motivada por la rabia.

La soltó como si quemara.

—No hables así de mi hermano —le advirtió furioso—. ¿Ya te has cansado de él? Porque ayer estabais muy acaramelados. ¿O es que querías probar cuál de los dos te iba mejor en la cama?

Harley lo abofeteó con tanta fuerza que le marcó la mejilla. Matt resistió el impulso de acariciársela y la miró con resentimiento.

—Estás loca, tal vez ese sea tu problema. Y mientras tanto yo, tratando de entenderte como un imbécil.

—Panda de hipócritas... sois todos una panda de hipócritas.

—Basta —le exigió, perdiendo la poca calma que le quedaba.

—¿O qué? ¿Me vas a golpear? Entonces serías igualito que John. Tal vez lo lledes en la sangre.

Matt retrocedió impactado. ¿Así era como ella lo veía? Entrecerró los ojos y trató de buscar a la Harley que él conocía, pero no la encontró por ninguna parte. Aquella mujer encolerizada y fuera de sí no era ella.

—No, jamás haría una cosa así —respondió afectado, evitando mirarla a los ojos. Fue la rabia la que habló por él cuando dijo—: será mejor que te vayas. Que no vuelvas nunca.

—Eso haré —le aseguró, irguiendo la barbilla.

Matt cuadró los hombros y se dirigió hacia la casa, pero se detuvo a medio camino.

—Ojalá tuvieras valor para decirme a la cara todas las cosas que te guardas. Entonces ajustaríamos cuentas, y puede que te sorprendieras de lo que

encontrarías por mi parte. Quizá yo comprendiera que esto que siento no va a ningún lugar. Que no es más que la nostalgia buscando respuestas a todas las preguntas que llevo haciéndome durante tanto tiempo.

Ella apartó la mirada.

—Puede que tengas razón. Quizá lo de anoche no fue más que ajustar viejas cuentas. Al fin y al cabo, la Harley que yo conocía no era una cobarde.

Algo en el interior de ella se rompió. Lo vio entrar en la casa y dudó. En la vida la habían llamado muchas cosas, pero nunca cobarde. Al principio resistió el impulso, pero al final claudicó y lo siguió a toda prisa.

—¡No soy ninguna cobarde!

Él no se volvió.

—Tú no, pero esa bajo la que te escondes sí que lo es.

¿Bajo la que se escondía? ¿Qué sabía él de ella!

—Esta es la que soy ahora. Los años cambian a la gente.

Matt se giró para mirarla a la cara.

—Las circunstancias no nos definen, sino el cómo nos enfrentamos a ellas. Yo tampoco soy el niño que dejaste atrás. Por supuesto que he cambiado, pero mis manos te siguen produciendo el mismo placer.

A ella le tembló la barbilla.

—¿Qué has dicho?

—Que mis manos...

—¡No, lo otro!

Se iba a desvanecerse de un momento a otro. Perdería la cabeza y le tendría que dar la razón a Matt, porque se iba a volver loca. ¿Por qué le daba la oportunidad de explicarse? Ya le había demostrado una vez que no merecía la pena. Puede que su corazón le perteneciera, pero ella estaba cansada de que le hicieran daño. Suspiró.

—Da igual.

—No, no da igual —respondió él, resuelto a encarar la situación de una vez por todas—. Quiero que hablemos las cosas. Quiero que me expliques qué haces aquí. Quiero... entenderte.

Harley contuvo el deseo de salir corriendo, porque sabía que él la alcanzaría. No podían hablar de nada. ¿Cómo iba a explicarle que había vuelto para traicionar a John? ¿Cómo iba a contarle lo que acababa de descubrir? Y si cabía la posibilidad de que Matt supiera algo de ello... Por no hablar de que,

nada de lo que él pudiera decir cambiaría el hecho de que la había abandonado. Ella había acumulado demasiados años de resentimiento como para borrarlos de un plumazo.

—Nada cambiaría —musitó cabizbaja.

—¿Cómo lo sabes?

—Créeme, lo sé.

—¡No! No tienes ni idea —respondió agotado. Cortó la distancia que los separaba y Harley se sintió pequeña al tenerlo tan cerca—. No sabes lo que siento por ti. No sabes lo que sería capaz de perdonarte.

Un súbito ataque de ira se apoderó de ella.

—¿De perdonarme? —preguntó con incredulidad—. Vamos por caminos muy diferentes, por lo que veo.

—Ah... te refieres a las cartas. Ahora sería un buen momento para resolver ese asunto.

Que lo enfocara con tanta condescendencia la sacó de sus casillas.

—Dios, ¿cómo puedes ser tan bruto? ¿Te haces una idea de lo que significó para mí que no me respondieras? Mientras estaba encerrada... —hizo acopio de fuerzas para no derrumbarse—. Mientras estaba allí encerrada, las cartas fueron lo único a lo que pude aferrarme. Todas me llamaban idiota cuando seguía esperando tu respuesta, y me preguntaban que por qué no me daba por vencida. Yo... decía que tú nunca me fallarías. Pero me fallaste. Te olvidaste de mí pese a que me prometiste lo contrario. Y para cuando quise darme cuenta, ya me sentía tan sola y tan estúpida que poco me importó que el resto de compañeras se burlaran de mí. Me hiciste daño, Matt. Me hiciste tanto daño que te llevaste todo el amor que me quedaba.

Él se la quedó mirando sin pestañear, tan desconcertado como abrumado. Harley lo miró con rencor, y al ver que no reaccionaba tras haber desnudado su alma, le dio un empujón.

—¿No dices nada? Reconozco que no esperaba una disculpa, pero tu indiferencia me deja...

—¿A qué cartas te refieres?

Harley lo miró como si aquello fuese una broma pesada.

—A las doce cartas que te escribí durante un año. No te hagas el tonto.

—No recibí ninguna carta, Harley.

Ella estaba preparada para todo, menos para esa respuesta. Para una excusa barata, o para una disculpa que no le sirviera de nada. Pero cuando Matt le respondió mirándola a los ojos sin dudar, ella se quedó de piedra. Hasta que

reaccionó.

—Vaya, esta sí que es buena. Así que no recibiste mis cartas... —murmuró, con una mueca irónica—. Oh... ¡claro, tuvieron que perderse por el camino! Ahora lo entiendo todo.

Cuando Matt intentó tocarla, ella se revolvió como una fiera.

—¡No me toques! ¡No te atrevas a tocarme!

—Cálmate —le pidió asustado, al ver su estado.

—Llevo... tanto tiempo... esperando ver la cara que ponías cuando te lo dijera que... —dijo a trompicones, sintiendo que le faltaba el aire.

—Harley, te juro que no recibí ninguna de tus cartas. Mírame.

Ella se negó a hacerlo. Se puso las manos en las caderas y se dobló por la mitad, tratando de contener un sollozo.

—Tranquilízate... por favor —le pidió asustado. Nunca la había visto así.

Cuando él la abrazó, Harley intentó apartarse, pero Matt se mantuvo firme. La apretó muy fuerte, sin importarle que ella le hiciera daño y tratara de huir. Y solo aflojó el agarre cuando la respiración de ella se normalizó y estalló en un llanto incontrolable. Ocultó la cabeza en el pecho de él y lloró de manera desconsolada, mientras Matt la contemplaba angustiado. Se refugió en su olor y en la calidez de su abrazo, y le resultó desconcertante que él fuese a la vez el motivo de su llanto y el único hombre en el que hallara consuelo.

—Debe de haber una explicación —susurró con voz ronca contra su oreja.

—Estás mintiendo —insistió ella.

A ella se le escapó un hipido, y Matt le sostuvo el rostro con firmeza.

—No, sabes que no.

A través de las lágrimas, ella lo miró sin saber qué pensar. Su corazón le decía que él estaba siendo sincero, pero su mente le gritaba que huyera, o de lo contrario volvería sufrir.

—Suéltame, por favor.

—Solo si me prometes que te vas a calmar.

Ella asintió con vaguedad.

—Matt, necesito decirte algo —intervino su madre.

Ambos se separaron incómodos. Su madre lo parecía tanto como ellos.

—Mamá, no es el momento. Harley y yo nos estábamos poniendo al tanto de... todo.

—Precisamente quería hablarte de eso —dijo, esa vez con mayor firmeza.

Cuando fue a decir algo que lo cambiaría todo, John entró por la puerta principal y los miró con extrañeza. Penélope se quedó con la palabra en la

boca.

—¿Se ha muerto alguien? —bromeó.

Harley le lanzó una mirada asesina que él no llegó a pillar.

—Voy a salir a que me dé el aire —musitó.

Pasó por el lado de John, evitando el contacto visual. Entonces John miró fijamente a su hermano y le preguntó:

—¿Se puede saber qué le has hecho?

Verano de 2004

Recogieron sus escasas pertenencias en cuestión de minutos, mientras su madre permanecía sentada en el escalón del porche con gesto ausente. Harley había esperado que la expresión de Matt lo delatara al entrar en su casa, pero no había sido así. No hubo ni gesto de repulsión o compasión, sino la firme determinación de sacarlas de allí. Todo lo que había temido desde que se conocían estaba fundado en sus prejuicios. Ella creía que él se sentiría asqueado al ver dónde vivía, pero Matt no había prestado la menor atención al lugar. Seguía con aquel aspecto feroz y a la defensiva, como si esperara encontrar a su padre de un momento a otro para abalanzarse sobre él.

Harley se acercó a su madre.

—Tenemos que irnos.

Ella no reaccionó.

—Mamá, larguémonos antes de que él vuelva.

—Es tu padre —le reprochó—, ¿por qué nunca lo llamas así?

—Porque nunca se ha comportado como tal —respondió con dureza.

Tiró de ella para levantarla, pero su madre ni siquiera se movió.

—¡Mamá, por lo que más quieras! —perdió los nervios.

—Vete con él. ¿O acaso van a acogernos a las dos en su majestuosa mansión?

—hubo un tono de repulsa que la sacó de sus casillas.

—Le prometo que no les pasará nada si me acompañan —intentó convencerla Matt.

No era más que un adolescente, pero Harley se sintió orgullosa de él. Lo quiso por no renegar de ella. Por quererla pese a sus circunstancias y no mostrar ni un pequeño atisbo de vergüenza ajena.

—¿En serio? —se burló su madre—. ¿Tus papás van a acogernos a las dos? Nena, deberías saber que una nunca debe confiar en un hombre más de lo que confía en lo que tiene entre sus piernas. En cuanto pierda el interés, pasará de ti. ¿O ya te lo has tirado?

Harley se puso tan roja que evitó mirar a Matt.

—¿Sabes? Tú eres tan culpable como él —le recriminó—. Nunca me has querido lo suficiente para dejarlo.

—¡Oh! Pero tú siempre te has creído mejor que todo esto —respondió con ironía su madre—. Mira de dónde vienes, y luego míralo a él. ¿Crees que encajas? ¡Por supuesto que no! Pobre niña estúpida... creyéndose una reina cuando no es más que una... ¡una fulana!

Las lágrimas se atenazaron en su garganta, y detestó que Matt tuviera que contemplar aquello. Esa era una de las razones por las que jamás había abierto la boca. ¿Qué pensarían de ella al escuchar cómo le hablaba su madre? ¿Creerían que Harley debía quedarse allí, con ellos?

Matt le dio la mano y el contacto la tranquilizó.

—Ella sí que es mejor que esto —le habló con dureza a su madre—, y si usted no lo ve, es evidente que no la merece.

Su madre lo miró algo turbada, y luego se echó a reír sin dar crédito. Harley se quedó tan impresionada que aferró la mano de Matt con fuerza.

—Vaya... pues sí que lo tienes en el bote —respondió su madre con desdén.

Oyeron unos pasos acercarse, y Harley se tensó a causa del miedo. Su primer instinto fue colocarse delante de Matt, como si así pudiera protegerlo de la ira

de él. Matt, a su vez, trató de hacer lo mismo. Mientras trataban de cubrir al otro, observaron entre el asombro y el alivio que era John quien aparecía entre el maizal. A Matt apenas le dio tiempo de atisbar la furia que emanaba cuando su hermano mayor se abalanzó sobre él y le propinó un puñetazo.

—¿Creías que podías reírte de mí? —le chilló, escupiendo saliva y rabia.

Harley se quedó tan atónita que no logró reaccionar. Su madre esbozó una mueca entre la hilaridad y la satisfacción.

—Oh, tu otro pretendiente. Es evidente que te he enseñado bien como venderte.

Harley la ignoró, y cuando John fue a patear a su hermano, que estaba tirado en el suelo, ella se interpuso en su camino extendiendo los brazos.

—Quítate de en medio, Harley —le ordenó John

Matt se levantó con gran dificultad. El golpe lo había pillado tan desprevenido que le costaba respirar.

—¿O qué, también me vas a pegar a mí? —lo enfrentó ella.

—No, a ti no te pondría una mano encima. Y ahora deja que ajustemos nuestras cuentas — intentó apartarla, pero ella se mantuvo impassible.

—Si eres la clase de hombre que le pega a su hermano, no mereces ser mi amigo.

—¡Yo no soy tu amigo! —estalló furioso.

—Pues no somos nada más. No soy la razón por la que le pegas a Matt.

John la miró atónito.

—¿Cómo? —le tembló la voz.

—Yo siempre te he visto como un amigo, John —determinó Harley con aspereza.

—Mientes —rugió, la empujó con fuerza y Harley cayó al suelo. Luego señaló a su hermano con odio—. Y tú me las vas a pagar.

Ese fue el detonante para que Matt apretara los puños y se enfrentara a él. Llevaba toda la vida resistiendo aquel impulso, pero John había cruzado la línea. Hasta que Harley lo miró asustada, suplicándole que no lo hiciera, y Matt trató de controlar su instinto.

—En otro momento no me importaría arrancarte la cabeza, pero ahora no. Harley nos necesita. ¿Vas a ayudar, o te vas a quedar ahí parado? Porque te aseguro que nada me haría más feliz que devolverte el puñetazo, pero ella no se lo merece —le espetó Matt a su hermano.

John observó las maletas que había en el suelo, a la mujer mugrienta que observaba la escena con interés, y supo que algo no iba bien.

—¿Qué significan esas maletas?

—Se vienen a casa —respondió Matt, y le lanzó una bolsa al pecho.

—¿Qué?

Harley se miró los pies, algo incómoda por la actitud reticente de John.

—Todo lo que tienes que saber es que no pueden pasar ni un minuto más en esa casa —le explicó su hermano pequeño.

John no se movió. Estaba alucinando.

—No creo que esto sea... —miró a Harley de soslayo—, quiero decir que... que deberíamos llamar a la policía. No deberíamos inmiscuirnos.

—¿Qué no deberíamos inmiscuirnos? —repitió atónito su hermano—. ¿Quieres que Harley te enseñe la espalda para que seas consciente de la gravedad de esta situación?

—¡No somos una puta casa de acogida! —exclamó John.

—Y ahora es cuando te das de bruces con la realidad... —susurró su madre al oído de Harley.

Ella mantuvo la mirada en el suelo, más avergonzada de lo que había estado en toda su vida. John soltó la maleta y fue hacia ella.

—Harley, no digo que tú no puedas venir. Si le explicamos todo esto a mis padres, seguro que ellos consiguen que te quedes en casa. Pero ella... —señaló con la cabeza a su madre.

—Ella es mi madre —le espetó, con la cabeza alta.

Y entonces escucharon el sonido de un motor. Harley sintió que todo su mundo se venía abajo, buscó la mirada de Matt y le suplicó que se marchara. Él estaba tan aterrorizado como ella, pero no se movió del sitio. Una figura tambaleante se bajó del coche, los observó a todos y preguntó:

—¿Qué coño está pasando aquí?

Matt le dijo a su hermana que aquella tarde soltarían a Fernando. Le explicó que el Señor Miller, el director del instituto y el padre de Mike, había decidido no presentar cargos. Ante aquella inesperada noticia, Mia lo miró sorprendida.

—Imagino que tú has tenido algo que ver en ello —le dijo su hermana.

Matt le restó importancia.

—Simplemente le di la otra versión de la historia, y le expliqué que como agente de la ley me vería en la obligación de prestar declaración si la defensa me llamaba como testigo. Estaba más preocupado por mantener la reputación de su familia que por el orgullo de su hijo. Ni siquiera sé por qué me sorprenden estas cosas.

—Porque eres buena persona —respondió sin dudar su hermana.

Matt se encogió de hombros.

—Solo hago mi trabajo.

—Yo... siempre creí que te hiciste policía porque te fastidiaba que John se llevara todo el mérito. Que querías que papá y nosotras nos sintiéramos orgullosos de ti igual que lo estábamos de John —admitió avergonzada, ante la incredulidad de Matt—. Pensaba que sentías envidia de John por haber sido el elegido de papá. Pero ahora entiendo que nadie en su sano juicio podría sentir envidia de una persona tan...

—Mia —la cortó él—, es nuestro hermano.

—¿Y si no fuese tal y como lo conocemos? Y si John... tuviera dos caras.

—Peque —le dijo, con aquel apelativo que solía usar antes de que su relación se torciera. Se puso serio y la miró a los ojos—. Todos tenemos dos caras. La que enseñamos a los demás, y la que nos guardamos para nosotros. John es nuestra familia, y eso es todo lo que importa. Puede que no sea perfecto, ¿pero acaso lo somos nosotros?

Mia quiso contarle las conversaciones que había escuchado. Pero, ¿en qué lugar dejaba eso a su madre? ¿Qué era lo que le había ocultado a su hermano? ¿Qué era lo que ocultaba John? Sintió que si le revelaba lo que sabía, la delgada línea que los unía se rompería de nuevo. Matt siempre actuaba como si le debiera algo a John, y a veces Mia se preguntaba por qué. En el mayor de sus hermanos, sin embargo, siempre había vislumbrado cierta inquina muy disimulada.

—Bueno, ¿ya sabes en qué universidad vas a solicitar plaza? —le preguntó Matt, intentando cambiar de tema.

—No es que tenga las mejores notas del mundo... pese a que ahora me estoy esforzando más.

—Pero tú no tendrás problema para conseguir plaza en la universidad que quieras —intervino John, que pasaba por allí.

Y le faltó añadir: *porque el dinero todo lo puede*. Y en un mundo tan injusto como aquel, las personas que de verdad lo merecían, como Fernando, se quedarían a las puertas mientras que gente como ella, mediocre y sin talento, les arrebatava la oportunidad por una cuestión económica.

—Solo me tienes que decir cuál es la que te interesa, y moveré los hilos para que te acepten — le guiñó un ojo.

Mia torció el gesto. ¿Y si ella no quería un trato de favor? Por primera vez en la vida quería sentir que se ganaba su lugar por su propio esfuerzo.

—Gracias... ya lo pensaré —respondió esquivada.

—¿Qué lo pensarás? —preguntó atónito John, y sacudió la cabeza para buscar la cámara oculta—. ¿De repente te ha dado un ataque de conciencia? Pues déjame decirte que si ese jardinero con el que te juntas tuviera esta oportunidad, no la rechazaría por una cuestión de principios. Uno no tiene que ir por ahí pidiendo perdón por haber nacido en una familia asquerosamente rica, hermanita.

—Tampoco tiene que ir por ahí mirando a la gente por encima del hombro —respondió ella con energía.

John le hizo un gesto a Matt, que se mantuvo impassible, como diciéndole: *¿has escuchado lo mismo que yo?*

—Ahora te crees que por juntarte con el proletariado compartes su lucha —se burló él con un tono que rozaba la prepotencia más asquerosa—, pero te diré una cosa: tú no eres como ellos. ¡Tú eres una Parker, por el amor de Dios! Empieza a comportarte como tal, y ocupa el sitio que te ha sido otorgado por derecho. Entre comportarte como una adolescente borracha y problemática, y como la reencarnación del puto Dalai Lama hay un trecho. No puedo creer lo que voy a decir, pero casi que prefiero a la antigua Mia, la niña caprichosa que no se comportaba como un coñazo de adolescente con un súbito ataque de conciencia.

Mia sintió que la ira la paralizaba, y un tic nervioso se apoderó de su ceja izquierda. John no tenía dos caras, simplemente era un ser pagado de sí mismo. Una persona mezquina.

—Joder, te has lucido... —murmuró Matt con evidente desagrado.

—Vamos, no me digas que tú también estás de su parte. Me dan ganas de

pegarme un tiro entre tanto Gandhi.

—Deja que Mia tome sus propias decisiones —le soltó Matt, cada vez más irritado.

John se echó a reír, cada vez más atónito.

—Claro, para que eche su vida por la borda. Al menos alguien en esta familia tiene ambición. Cuando os acostáis todas las noches bajo este techo —señaló la casa y todo lo que los rodeaba con orgullo—, no veo que os quejéis. ¿O acaso quieres que sea una Don nadie como tú, Matt?

Su hermano ni quisiera se inmutó, pero Mia sintió que se la llevaban los demonios.

—Porque como siga tu ejemplo... acabará patrullando las calles por un sueldo de mierda.

—¡Al menos él hace algo bueno por la gente! —le soltó Mia, roja de rabia.

—Sí, ayudar a ancianitas a cruzar pasos de peatones debe de ser muy reconfortante —se burló John.

Mia fue a pegarle, pero Matt se puso delante. Era más alto que John, y le lanzó tal mirada intimidante que John retrocedió cohibido.

—¿Tienes algo más que decir? —lo retó.

John apretó los dientes.

—No, ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Bien, seguro que tienes cosas más importantes que hacer que soltarnos un sermón sobre tu importancia divina en la tierra —cuando John se dio la vuelta para marcharse, Matt le apretó el hombro con tanta fuerza que su hermano soltó un gruñido—. El jardinero se llama Fernando. Y creo que le debes a Mia una disculpa.

John se volvió con una mezcla de rabia y humillación.

—Lo siento, no debería haberte hablado así. Haz lo que te dé la gana con tu vida —repuso con frialdad, y se marchó con rapidez.

Mia miró de reojo a Matt, pero supo que no era el momento de comentar nada al respecto. En lugar de ello, se limitó a rodearlo con sus brazos para aplacar su furia. Su hermano se mantuvo impassible, hasta que se fue derritiendo como la mantequilla.

—Te quiero —le dijo orgullosa.

Mia y Fernando se encontraron por casualidad. Él la estaba buscando para disculparse, mientras que ella necesitaba estar sola para aclararse. Respecto a

Fernando, respecto a su familia, respecto a las decisiones que debía tomar... respecto a todo. Había ido a la cabaña porque era el único lugar en el que creía que nadie la encontraría, y tuvo que ahogar una risa incómoda cuando se encontró un sujetador en el suelo.

Al parecer, Harley se había vestido a toda prisa.

Se sobresaltó al ver que la trampilla se abría y la cabeza de Fernando se asomaba, buscándola con la mirada. Al encontrarla, afloró en él una sonrisa tímida y entró sin pedir permiso.

—Hola —le dijo incómodo. Era evidente que no sabía cómo empezar aquella conversación.

—Ey —ella le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo—. Esperaba encontrar un poco de intimidad aquí.

—Lo sé. Te he buscado por todas partes. Este era el único sitio que me quedaba —fue a acercarse a ella, pero al final se lo pensó mejor y tomó asiento a una distancia prudencial—. Te prometo que te dejaré sola cuando diga todo lo que tengo pensado decirte. Si es que encuentro el valor.

Ella lo miró con atención.

—De acuerdo.

—Entiendo que estés enfadada —comenzó él.

—No estoy enfadada —respondió muy tranquila.

Aunque él la había pillado por sorpresa, había tenido suficiente tiempo para pensar. Había escarbado en sus sentimientos, y había encontrado la respuesta para la mayoría de las preguntas que se hacía. Sobraba decir que algunas respuestas habían sido... inesperadas. Ahora necesitaba valor para decirlas en voz alta.

—Oh... vaya —Fernando se quedó tan perplejo que no dijo nada más.

—Estoy triste. Lo que sucedió ayer no fue agradable para ninguno de los dos, pero tú te llevaste la peor parte. ¿Cómo se siente uno después de haber arruinado la mejor oportunidad de su vida?

Fernando asintió con gesto sombrío.

—Como una mierda. Supongo que ya te has enterado de que el Señor Miller me ha retirado su apoyo. Ya puedo ir despidiéndome de la beca. Puedes decírmelo, no me importa. Mi padre ya me ha repetido como un millón de veces que lo he estropeado todo. Que esto es solo culpa mía. Y encima tengo que dar las gracias porque hayan retirado los cargos...

—¿No hay nada que puedas hacer? —se preocupó ella.

—No, supongo que no. De todos modos, no he venido a hablarte de mis

problemas. Dios, Mia, ¿hay alguna forma de que me perdones? No te merecías que te tratase así, ni que te hablase de esa manera. Sé que no es excusa, pero me sentía muy pequeño a tu lado.

—Pues no, no es una excusa lo suficiente convincente —le dijo, sin pizca de acritud.

Fernando asintió avergonzado.

—Vale, lo entiendo. No lo es. Pero, ¿y si te digo que llevo enamorado de ti desde que te conocí? Y que ahora que te tengo, tenía tanto miedo que no he sabido reaccionar a lo que tenemos.

—¿Y qué es lo que tenemos? —preguntó apenada.

—No lo sé, pero no quiero perderlo. No quiero perderte —le dijo muy convencido.

—Fer... —ella gateó hacia él y le acarició el rostro con dulzura—, ¿te das cuenta de que dentro de poco tú te iras a la universidad? Tomaremos caminos distintos, y no tendremos tiempo el uno para el otro.

—No voy a ir a la universidad, creí que ya te lo había dicho.

Ella no le prestó atención.

—No des las cosas por sentado antes de que sucedan —le dijo de manera enigmática, y antes de que él pudiera preguntarle a qué se refería, añadió—: mira, si algo tengo claro después de darle tanto al coco, es que uno debe hacer lo que siente en cada momento, porque mañana será tarde para arrepentirse. Y a mí me apetece besarte, justo ahora. Disfrutar del tiempo que nos quede juntos y dejar de preguntarme qué vendrá después. ¿Qué más da lo que viene después, Fernando? Las personas estamos aquí, y puede que un segundo más tarde no. Pelearse... dudar... no tiene mucho sentido.

—No te sigo, pero la parte en la que nos besábamos me parece bien —dijo, y le miró la boca con deseo.

Ella aflojó una sonrisa y se acercó a él. Y se besaron, haciendo caso a sus palabras. Saboreando el momento con tanta intensidad que les traspasó la piel. Y no hubo miedo, ni dudas, sino la firme determinación de dejarse llevar. La respiración de Mia se aceleró mientras Fernando le besaba la garganta y le quitaba la ropa. Y en el reflejo oscuro de sus ojos, se sintió hermosa y plena. Sintió que todo empezaba a tener sentido.

Entró en el despacho del director sin pedir permiso, pero con la firme determinación de cumplir lo que se había prometido a sí misma. El Señor

Miller levantó la cabeza de la enorme pila de papeles que tenía delante con gesto contrariado, pero al ver que era ella se limitó a mirarla con curiosidad. Al menos, John tenía razón en algo: ser una Parker le abría un abanico de posibilidades. Algo es algo.

—Buenos días, Señorita Parker. Qué agradable sorpresa tenerla por aquí. No es... lo habitual.

Mia se sentó en la silla que había frente al escritorio y se cruzó de brazos.

—Se preguntará qué estoy haciendo aquí.

—Sí, en efecto —respondió el director, y hubo un tono molesto que no logró disimular.

—Verá, ha llegado a mis oídos que ha decidido retirar su apoyo a Fernando. Comprenderá que eso es algo decisivo para que pueda entrar en Yale, Señor Miller. Sin su ayuda, le será imposible conseguir una plaza en esa universidad. El rostro del Señor Miller se contrajo.

—También habrá llegado a sus oídos que he decidido no presentar cargos. Y todo por el aprecio que le tengo a ese joven, que ha terminado decepcionándome con su comportamiento agresivo e inapropiado. Tengo entendido que usted estaba allí, presenciándolo todo. Comprenderá, por tanto, que el motivo de mi decisión está más que justificado.

—Oh, pero no lo comprendo —repuso ella, con falsa inocencia—. No lo comprendo en absoluto, Señor Miller.

—Es evidente que su reciente aprecio por ese joven la ha cegado —comentó el director con desapego.

—Más bien, mi reciente desprecio por su hijo ha sido el que me ha abierto los ojos —le dijo, y el director abrió los ojos de par en par—. Verá, desde que hemos roto su hijo no ha dejado... como decirlo de manera suave, ah sí, de importunarme. Estoy convencida de que sería lamentable tanto para el centro como para usted, que esto llegara a oídos de la junta directiva, o de mi propia familia. Lamentaría mucho tener que tomar una decisión tan drástica. Teniendo en cuenta que mi hermano financia parte de los fondos del instituto y el programa del fútbol, comprenderá que sería una pena que yo tuviese que abrir la boca. ¿En qué lugar dejaría eso a usted, su hijo o el instituto?

El Señor Miller palideció y la miró boquiabierto, así que Mia aprovechó esa ventaja para crecerse.

—Por supuesto, no quiero llegar a ese extremo. Soy una persona muy razonable, se lo aseguro. Lo último que quiero es ser el eje central de un escándalo en el que yo y su hijo seamos los protagonistas. Así que le propongo

una solución, Señor Miller.

El director pareció repasar sus posibilidades, hasta que comprendió que no tenía nada que hacer contra ella. Podía enfrentarse a una demanda por acoso, y la junta directiva se pondría en su contra si la familia Parker dejaba de contribuir económicamente con el centro. Fulminó a aquella niñata con la mirada y suspiró pesadamente.

—¿Y qué es lo que propone, señorita Parker?

—Oh, es muy sencillo. Yo mantendré la boca cerrada, y usted utilizará su influencia para que Fernando consiga una entrevista en Yale —se levantó, le sonrió con falsa modestia y añadió antes de marcharse—: estoy segura de que encontrará las palabras adecuadas para la carta de recomendación de Fernando. Se merece ir a Yale, Señor Miller. No me obligue a tomar una decisión que no me gustaría.

Cuando salió del despacho del director, Mia se sintió muy satisfecha consigo misma. Esa era la primera parte de su decisión, pero aún le quedaba el trago más difícil. Haciendo acopio de valor, se dirigió de vuelta a su casa y fue directa a la cocina, el lugar en el que con toda probabilidad encontraría a su madre. En efecto, Penélope estaba allí preparando su famoso bizcocho de zanahoria y nueces con cobertura de chocolate. Mia se perdió en el agradable olor dulzón y añoró una época en la que todo había sido más idílico. Y más fácil. Recordó a su padre, aquella vez con más nostalgia que dolor, y estuvo convencida de que él habría estado de acuerdo con lo que estaba a punto de hacer.

Su madre notó la presencia que había a su espalda y se volvió con una tibia sonrisa.

—Me has asustado —dejó el batidor dentro del bol y se limpió las manos en el delantal—. Estaba preparando el pastel favorito de John.

—¿Y qué hay de Matt? —le preguntó con voz temblorosa. Enfrentarse a su madre le resultaba más doloroso de lo que había imaginado.

Penélope la miró con extrañeza.

—A Matt también le gusta, ¿a qué viene esa cara?

—Os escuché a John y a ti. Oí lo suficiente para saber que hay algo que le ocultas a Matt. Y creo que tiene que ver con Harley, ¿o me equivoco? —al ver que su madre no la contradecía, Mia prosiguió—. No quiero meterme donde no me llaman, pero he visto cómo se miran. He visto lo que sienten el uno por

el otro. Y sé que tú también lo sabes, mamá. Probablemente sepas mucho más que yo, pero te empeñas en mantenerlos separados porque crees que lo contrario haría sufrir a John. Pero, ¿qué hay de Matt? ¿Acaso él no es tu hijo? Penélope se apoyó en la encimera, tan afectada por las palabras de su hija que mantuvo la vista clavada en los azulejos de la pared.

—No tienes ni idea de nada —le dijo con voz afilada.

—No, y ni siquiera quiero saber de qué se trata. Pero ya es hora de que te enfrentes a lo que has hecho. Sea lo que sea, Matt tiene todo el derecho a saberlo, y a decidir qué es lo que quiere.

—Solo tienes diecisiete años. Te crees muy mayor, pero no es así —le dijo irritada Penélope.

Mia se mantuvo impasible.

—Sí, tengo diecisiete años. ¿Impide eso que tenga razón? Sabes que no. ¿Por qué tienes tanto miedo, mamá?

Penélope apretó los labios y contuvo un sollozo, y algo siniestro pasó por la mente de Mia. De pronto lo supo, y no necesitó que su madre respondiera a la pregunta. La cuestión no era por qué tenía miedo, sino de quién lo tenía. Mia se quedó tan deshecha que fue hacia su madre y la abrazó con fuerza.

—Mamá...

—Déjame, ¿quieres? Por favor. Si crees que no me siento lo suficiente culpable...

Se giró con brusquedad y batió con brío la mezcla que había dentro del bol, como si aquello pudiera espantar todos sus temores.

—Hablaré con tu hermano. Solo tengo que encontrar las palabras adecuadas, ¿de acuerdo? Y ahora déjame sola. Ya sabes que me gusta cocinar sin que nadie me moleste —le pidió agitada.

Mia comprendió que lo que su madre se guardaba llevaba años carcomiéndola. Solo esperaba que Matt fuese lo suficiente indulgente para perdonar.

Verano de 2004

Harley se quedó paralizada por el miedo. A su lado, su madre tembló como un pajarillo y se cubrió el rostro con las manos. John no supo muy bien lo que estaba sucediendo, y Matt apretó los puños y quiso arrancarle la cabeza al padre de Harley, que contemplaba la escena con una mezcla de ira y desconcierto.

—He hecho una pregunta, Mary. ¿Qué coño está pasando aquí? —cerró la puerta de su furgoneta y avanzó hacia ellos con paso renqueante. Luego se detuvo con brusquedad, señaló a Harley con desprecio y dijo—: quiero saber por qué mi hija se viste como una puta. Por qué hay dos niños en mi casa, y por qué mi cena no está preparada.

Mary, su esposa, se levantó como un resorte y se frotó las manos con nerviosismo.

—Jim, cariño... Harley solo iba al baile del instituto. Estos son sus amigos, que han prometido traerla a una hora prudencial. Y por supuesto que tu cena está preparada.

Cuando se acercó a él, Jim le dio tal bofetada que Mary se cayó de espaldas y aulló como un animal herido. Harley se tapó la boca con las manos para no

llorar, y le suplicó a Matt con la mirada que se largaran de allí. Pero él no se movió del sitio.

Mary se arrastró hacia los pies de su marido y le rogó que los dejase marchar, pero él se apartó de ella con desprecio. Cuando volvió a intentarlo, Jim le pateó la cabeza con tal fuerza que ella se desmayó. Tenía los ojos inyectados en sangre y se fue directo a por Harley, que se cubrió la cabeza por puro instinto. Matt se abalanzó hacia él, pero Jim se lo quitó de encima como si fuera una pulga y le pegó un puñetazo en las costillas. El muchacho se dobló por la mitad y cayó de rodillas al suelo. Le faltaba el aire y le dolía hasta el alma.

—¡Matt! —Harley corrió hacia él, pero su padre la agarró del brazo.

Le hizo tanto daño que se le saltaron las lágrimas.

—Tú... pequeña furcia barata —le espetó, acercándole su aliento hediondo a la cara—, eres tan sucia y mentirosa como la perra de tu madre. Maldigo la hora en la que naciste. Siempre supe que debí tratarte con más dureza. ¿Traes chicos a esta casa como si fuera un burdel?

La tiró al suelo y se quitó el cinturón con ademán furioso. John, que hasta entonces se había quedado petrificado por la impresión, se puso delante de Harley y extendió los brazos.

—¿Qué va a hacer? ¿Se ha vuelto loco? ¡Llamaré a la policía! ¡Se lo diré a mi familia y serás hombre muerto! —le gritó aterrorizado.

Jim soltó una carcajada atónita.

—Y encima me traes a este niño de papá... —escupió con desprecio.

Lo azotó con el cinturón y la hebilla golpeó la mejilla de John. Un rastro de sangre le salpicó el rostro y John soltó un alarido.

—¿Ves lo que hago con tus amiguitos? —se burló con sorna—. Pues no será nada comparado con lo que te voy a hacer a ti.

Harley rompió a llorar.

—Deja que se vayan, por favor —le suplicó desesperada.

Jim se fijó en algo, y de pronto su expresión cambió de la mofa a la ira más peligrosa. Señaló las maletas que había en el suelo y soltó una maldición.

—¿Pensabais abandonarme? —rugió, con una mezcla de rabia y pánico—. Os doy de comer, os doy un techo... y me lo pagáis como un par de zorras desagradecidas...

Cuando fue a patear a John, que sollozaba de dolor tirado en el suelo, Matt embistió contra Jim y lo empujó contra la furgoneta. Comenzó a golpearlo como si estuviera loco, mientras Jim aullaba como una mala bestia. Pero era

más grande que aquel adolescente desgarrado, así que le propinó una patada en las costillas, y cuando se dobló por la mitad, le estampó un puñetazo en la mandíbula. Matt comenzó a sangrar profusamente por la nariz y se mareó, así que Jim aprovechó su momento de debilidad para darle un cabezazo que lo dejó noqueado. Lo agarró de las solapas de la camisa y lo zarandeó con brusquedad. Matt lo miró con odio y trató de devolvérsela, pero le fallaban las fuerzas.

—Hay que reconocer que éste tiene agallas —le dijo burlonamente a su hija —, pero no es más que un crío enclenque. Deberías haberte buscado a uno de mi tamaño, niña.

John se arrastró como pudo hacia Jim. Estaba desorientado por la pérdida de sangre, pero no iba a permitir que aquel animal matara a su hermano. Cuando clavó los dientes en la pierna velluda de Jim, éste gritó de dolor y soltó a Matt, que aprovechó para darle un puñetazo. Harley, a sabiendas de que su padre era un hombre fuerte y corpulento, y que los dos hermanos no tenían la menor posibilidad contra él, utilizó aquel momento de confusión para entrar en la casa sin que se diera cuenta.

—¡Os voy a matar! —chilló Jim como un poseso.

Pateó a John en la cabeza, que cayó inerte. Y luego se abalanzó contra el menor de los hermanos. Matt esquivó su primer golpe y le propinó un puñetazo en la cara que apenas logró inmutarlo. Jim se frotó la nariz y contempló con estupor que tenía la mano manchada de sangre.

—Ella no merece la pena, chaval. ¿Por qué no te largas y coges lo que queda de tu hermano? Te estoy haciendo un favor, niño —le dijo en tono despectivo.

—Porque estoy enamorado de su hija —le respondió Matt sin dudar.

Jim soltó una carcajada atónita.

—Oh, qué patético. Recordaré eso cuando te mate.

Matt eludió el golpe y le propinó un puñetazo en el estómago. Jim soltó un gruñido y sacó una pequeña navaja que llevaba guardada en el bolsillo. Matt retrocedió por puro instinto y se chocó con la furgoneta. El cuchillo se cernió sobre él y se cubrió el rostro con las manos. Un agudo dolor le traspasó la piel cuando la navaja le cortó el dorso de la mano. Jim apretó el cuchillo contra su garganta y le sonrió con crueldad.

—¿Ves como no merece la pena, chaval?

Le clavó la punta del cuchillo y una hilera de sangre resbaló por su cuello. Matt cerró los ojos y supo que iba a morir. El pánico lo invadió y suplicó que fuera rápido. Y deseó que la policía llegase pronto para que ni Harley ni su

hermano corrieran su misma suerte.

—¡Suéltalo! —ordenó la voz autoritaria de Harley.

Sostenía con firmeza una escopeta que apuntaba a Jim, quien la miró con incredulidad.

—No tienes lo que hay que tener para dispararme —le respondió nervioso.

—¡Qué lo sueltes! —repitió, y acarició el gatillo con el dedo—. Suéltalo o te pego un tiro.

Furioso, Jim tiró a Matt al suelo. Carcomido por el odio, dio un paso hacia su hija, que lo miraba con determinación.

—¿Vas a dispararme? Irás a la cárcel —se burló su padre.

Harley apretó el rifle con manos temblorosas. Lo sabía, como también sabía que si soltaba la escopeta todos estaban perdidos. Ojalá hubiese otra solución, pero no iba a permitir que aquel bestia matara a Matt y a John.

—Túmbate bocabajo en el suelo, con las manos detrás de la cabeza —le exigió.

Jim la miró con tanto odio que ella se estremeció. Se arrodilló en el suelo y puso las manos en alto.

—¿Y luego qué, hija? ¿Cuál es tu plan?

—Llamaré a la policía. Tengo testigos. Pasarás una larga temporada en prisión, y nosotras seremos libres.

—Libres... —escupió con sorna—. Ir a la cárcel...

—¡Túmbate en el suelo! —le repitió, poniéndose cada vez más nerviosa.

Jim fingió que lo hacía, pero de repente se abalanzó hacia ella y Harley apenas logró reaccionar. Él agarró el cañón del arma, Matt gritó su nombre aterrorizado, John cerró los ojos.... y Harley disparó. Los ojos abiertos de par en par de su padre fueron lo último que vio cuando él cayó muerto al suelo.

15 de abril de 2017, cuatro meses antes...

Una de las cosas que más lo avergonzaban en la vida era que su padre mostrara cuanto lo decepcionaba. Con una de sus miradas paternalistas acompañadas de un largo silencio, Bill le hacía saber que no daba la talla. Haber asistido a una de las mejores universidades del país y haber sido miembro de una de las fraternidades más elitistas no significaba nada para su padre. En la vida real, a Bill Parker le importaba poco si su hijo se codeaba con políticos o prometedoras figuras del baloncesto. Solía decirle: *los negocios no tienen nada que ver con ser el más popular del campus o ganarse a la chica más guapa, hijo.*

Aquella mañana, la había cagado en la junta de accionistas porque no había logrado convencerlos. Se había mostrado arrogante y agresivo con unos hombres que le doblaban la edad y la experiencia. Y Bill se había mantenido al margen, sin echarle un cable. Cuando John se lo había echado en cara, su padre había respondido que *si esperaba que papá lo sacara de un aprieto tal vez no se merecía el puesto.* Y John se había puesto hecho una furia.

Odiaba que su padre se mostrara orgulloso de Matt —y su mediocre puesto de policía local—, mientras que a él solo le encontraba fallos. Fallos que le recalca una y otra vez, mientras murmuraba en voz baja que se había equivocado con él. *Ojalá Matt estuviera interesado en la empresa,* se lamentaba su padre. Y eso lo sacaba de sus casillas, porque le hacía entender que de haber sido así, a John ese puesto jamás se le habría concedido.

¡Y no era justo!

Él estaba más preparado. Él tenía estudios y experiencia. Él era más digno. ¿Qué tenía Matt que a él le faltara?

Estaba en su despacho cuando recibió la llamada de Pete. Suspiró con pesadez y puso el manos libres. El puñetero Pete Owen y su repentino ataque de culpabilidad, ¡ver para creer! Lo último que necesitaba en aquel momento era a un puto cobarde lloriqueando por teléfono.

—¡John! ¿Me estás evitando? La policía...

—Cierra la boca, Pete —le ordenó malhumorado.

Si de verdad la policía los estaba investigando, lo último que necesitaba era que Pete se fuera de la lengua.

—Creo... creo que deberíamos... ya sabes, contar la verdad —murmuró

angustiado.

John se frotó el rostro. Contar la verdad no era una opción. Él no podía ir a la cárcel, eso se lo dejaba a otros.

—Pete, tranquilízate. ¿Recuerdas ese proyecto que me pediste financiar? Bien, estoy tratando de convencer a la junta de accionistas. Tómate unas vacaciones y cuando vuelvas, nos tomaremos un whisky y brindaremos a tu salud.

—¿A mi salud? Dios mío, John, ¿Tú no tienes conciencia? ¿Puedes dormir por las noches? Porque yo no. Lo veo a todas horas, maldita sea. Veo su cara a todas horas.

John echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Empezaba a dolerle la cabeza.

—No, la conciencia no sirve para nada. Nos hace cometer estupideces, como por ejemplo arruinar nuestra vida e ir a la cárcel. ¿Eso es lo que quieres, Pete? ¿Y qué hay de Sarah y la pequeña Bella? ¿Qué será de ellas cuando descubran que su padre es un...?

—¿Una mala persona? —concluyó Pete—. No puedo vivir con esto, joder. Veo la cara de Jack a todas horas y...

John escuchó un ruido detrás de la puerta y cogió el auricular.

—Cierra la puta boca, Pete. O te juro que convertiré tu vida en un maldito infierno, y tu última preocupación será ir a la cárcel. ¿Me has entendido?

Colgó el teléfono con rabia y observó a la figura masculina que entraba en su despacho. No le hizo falta preguntar qué parte de la conversación había escuchado. El rostro compungido de su padre le dio la respuesta.

—Cielo santo... John. ¿Qué es lo que has hecho?

Y ahí fue cuando todo se torció definitivamente.

Primavera de 2006

Lo peor de estar encerrada en aquel sitio era tener que demostrar constantemente que no se merecía estar allí. En ocasiones como aquella, mientras estaba tumbada en la litera de abajo y contemplaba el somier de arriba, sentía que los días se le hacían eternos. Lo peor era que ya no tenía ilusión por conseguir la libertad. Al principio, cuando todo era reciente y creía —pobre ilusa—, que seguía teniendo a un amigo en el exterior, contaba los días que le quedaban para volver a verlo. Echaba de menos el sol, la cabaña y a Matt. Deseaba con todo su corazón salir de aquel lugar tan horrible

y abrazarlo durante varios minutos. Pero él se había olvidado de ella.

¿Por qué no iba a hacerlo? Estaba rodeado de su familia, era joven y tenía toda la vida por delante. No tenía por qué ocuparse de ella cuando saliera del reformatorio, sin expectativas ni futuro. Así que Matt lo había hecho. Había roto su promesa y había borrado a Harley de su mente como quien lo hace con un mal libro.

Ella se había jactado en numerosas ocasiones, delante del resto de reclusas, que Matt iría a buscarla. Que tarde o temprano contestaría a sus cartas. Que la quería. Y todas se habían burlado de ella. Al principio con malicia, y luego con miradas comprensivas y lastimeras.

Susan, su compañera de habitación, le repetía constantemente que era una tonta. Que allí encerrada no le importaba a nadie, y que cuanto antes lo asumiera antes podría pasar página. Harley se negaba a escucharla porque creía que era una envidiosa. Se negaba a admitir que ella fuese igual que ellas. Una pobre chiquilla sola en el mundo a la que nadie quería. Su madre, a la que le habían quitado la custodia, se había negado a mantener el contacto con ella después de lo sucedido. La familia Parker, en la que había puesto todas sus esperanzas, había mirado hacia otra parte. John, su supuesto amigo, no la había ayudado. Y Matt, quien le prometió buscarla, le había dado la espalda. Estaba sola, no tenía a nadie. Era tan desgraciada como el resto de sus compañeras.

Una lágrima traicionera resbaló por su mejilla y se la secó con la manga. Estaba furiosa consigo misma por haber sido tan ingenua. La cabeza de Susan asomó por debajo del colchón.

—Oh, no llores, por lo que más quieras. Conseguirás que esto sea más deprimente de lo que ya es.

Harley la fulminó con la mirada y se dio la vuelta.

Susan se metió en la cama con ella. Era su forma de consolarla, pese a que no la tocó. Harley prefirió que no lo hiciera.

—Así que ya has espabilado, eh —asumió Susan—. Bueno, tarde o temprano tendrías que hacerlo.

—¡Déjame en paz! —gruñó Harley, y se tapó la cabeza con la almohada—. Estás disfrutando, ¿no?

—Bah... ¿por tener razón? No, en absoluto. Me hubiera gustado que él fuese tan bueno como tú lo pintabas. Qué se le va a hacer. Todos se olvidan de nosotras cuando entramos aquí. ¿Creías que iba a enfrentarse a toda su familia por ti? Vamos, chica, no lo necesitas.

Harley lloró desconsolada.

—Venga... venga... —Susan le acarició la espalda—, tranquila, pronto dejará de dolerte.

Su compañera se equivocaba. Nunca dejaría de dolerle. Llevaría esa traición en la piel como el resto de sus cicatrices. Se recordaría a sí misma que el amor no merecía la pena.

—Él no responderá a tus cartas, ¿y qué? Es lo mejor que podría haberte pasado. Ahora que sabes que estás sola, comprenderás que no lo necesitas, ni a él ni a los otros que vendrán. Sé más lista que esto.

Harley, con los ojos llorosos, se volvió hacia ella y la miró sin comprender.

—Deja de creer en el príncipe azul. Nos vendieron esa historia porque quisieron hacernos creer que somos débiles. Pero tú eres fuerte, eres más fuerte de lo que piensas. No esperes que nadie te saque las castañas del fuego, porque eso no va a suceder. Cuando consigas tu libertad, saldrás sola por esa puerta y solo te tendrás a ti misma. ¿Por qué tiene que ser malo? Tú no te vas a traicionar. Tú no te harás daño. Y si eres lista, no volverás a dejar que nadie te lo haga. Así que escríbele una última carta a tu querido Matt. Despidete de él y demuéstrale que ya no te importa. Di adiós al pasado y empieza a vivir tu propia vida.

Las palabras de Susan calaron profundamente en Harley sin que ella pudiera remediarlo. A partir de ese momento, miró al pasado de otra forma. Como la piedra con la que una no tropieza dos veces. Y miró a Matt con otros ojos: como la persona que le había roto el corazón. Como el hombre al que dirigir todo su odio.

Así que le escribió una última carta. Una para la que no esperaba respuesta, pues se limitó a decirle todo lo que sentía. Y después de escribirla, sintió que se convertía en otra persona.

Hola, Matt.

Ni siquiera sé si leerás esta carta, pero eso es lo de menos. La estoy escribiendo para mí, porque es la mejor forma de decirme a mí misma que no mereces la pena. Alguien que se preocupa de verdad por mí me ha dicho que deje de creer en los príncipes azules, ¿y sabes qué? Tiene razón. Durante un largo año he albergado la esperanza de que me respondieras. No necesitaba que me dijese que me amabas —como yo te amaba a ti, cosa que ya no hago—, sino que me dijese que no me habías olvidado. Quería creer que me echabas de menos, que aún contaba con un amigo y que el día que saliera de aquí, gracias a Dios dentro de un año,

volveríamos a retomar el contacto. Sí, era tonta e ilusa. Tú ha seguido con tu vida, lo comprendo. ¿Por qué habrías de haberte lamentado por mí? ¿Por qué habrías de haberte preguntado qué tal me iba? Ha sido una mierda, para serte sincera. Pero también me ha hecho más fuerte, y me ha enseñado a no necesitar a nadie.

Cuando uno está encerrado, necesita la esperanza para sobrevivir. Y tú eras mi esperanza, porque quería creer que aún seguía existiendo algo entre nosotros. Que seguía siendo importante para ti, y que te morías de ganas de volver a verme. Es evidente que lo que para mí fue especial, para ti fue un simple capricho juvenil que se olvida con el tiempo.

Solía fantasear con la idea de que me hacías una visita. Luego la fantasía se hizo más pequeña, y simplemente pedía una llamada. Cuando nada de eso sucedió, imaginé que algún día te tomarías la molestia de responder a una de mis cartas. Hasta que me cansé de esperar. Te llevaste todo el amor que me quedaba hasta convertirme en una persona que lo único que siente por ti es ODIO.

Sé que no tiene sentido que te pida esto, pues has demostrado con creces que me has olvidado, pero si de repente te entran las ganas de volver a verme, he de decirte que no quiero saber nada de ti. No me busques. NO LO HAGAS. He aprendido a vivir sin ti. Me gusta estar sola, y cuando salga de aquí, tengo algo que de verdad merece la pena.

Adiós, Matt.

20 de abril de 2017

John lo tenía todo planeado. Lamentaba que las cosas tuvieran que acabar así, pero por más que lo pensaba, no encontraba otra solución. Conocía lo suficiente a su padre para saber que era un hombre que se aferraba a sus principios. Incluso si el cumplimiento de ellos implicaba mandar a un hijo a prisión. Y él no podía ir a la cárcel, eso lo tenía claro.

Además, ¿qué padre traicionaba de aquella manera a su hijo? Él no tenía la culpa de que su padre no lo quisiera lo suficiente. Siempre había preferido a Matt. Todos preferían a Matt. Su padre, su madre —que lo miraba diferente desde hacía años—, y su pequeña hermana, que sentía una adoración que rozaba lo patético. Y Harley, aquella maldita arpía que se había podrido en el

reformatorio por protegerlo. Dios sabía que él la habría sacado de allí si sus sentimientos fueran recíprocos. Pero si quería a Matt, él no iba a mover un dedo para ayudarla.

Así que lo había planeado todo. En primer lugar, había trucado las cámaras de vigilancia de su despacho para que dieran fe de que él estaba trabajando. Sería el pobre hijo que perdía a su padre y que debía afrontar la enorme responsabilidad de dirigir la empresa familiar. Había conseguido un veneno que pasaría desapercibido en la autopsia —o eso le habían asegurado—, y si fallaba, siempre podía sobornar al forense.

Menos mal que todo el mundo tiene un precio, se jactó.

Nadie dudaría de él. Su padre tenía problemas cardíacos, y un infarto era una muerte digna de la que nadie desconfiaría. Lo sentía por el resto de su familia, pero no tenía otro remedio. Desde que su padre se había enterado de lo que le había sucedido en realidad a Jack, lo estaba amenazando constantemente.

—O vas tú a la policía, o seré yo quien lo haga. No puedes vivir con esta mentira. No es justo para su familia, que lo sigue buscando. Maldita sea, hijo, si incluso fuiste tú quien organizó las batidas y abrazó con falsedad a su madre, prometiéndole que harías todo lo que estuviera en tu mano para encontrar a Jack. Y lo mataste... lo mataste tú.

—Yo no lo mate —se defendió furioso—. Se nos fue de las manos a todos, y él no supo parar. ¡Quién nos iba a decir que la cosa acabaría así! ¿De verdad serías capaz de hacerlo? ¿Traicionarías a tu propio hijo para lavar tu conciencia? ¿Qué clase de padre eres?

—Uno que hace lo correcto, aunque eso implique ver a su hijo en prisión. Te juro que contrataré los mejores abogados. John... si como dices fue una muerte accidental... —vio la duda en los ojos de su padre, que apenas logró mantenerle la mirada—. Te sigo queriendo, hijo mío. Pero no me pidas que mire hacia otro lado.

—¡Si fuera Matt lo harías! —le recriminó encolerizado.

Bill sacudió la cabeza con pesar.

—Matt nunca habría hecho algo así. Ese es tu problema, John. Llevas años compitiendo con tu hermano. Tu madre y yo nos equivocamos al dártelo todo. Al protegerte por encima de todo.

—¿Protegerme? —repitió atónito—. Siempre me habéis mirado como si fuera un monstruo. Cada vez que mamá me observa cuando cree que no me doy cuenta, lo hace con miedo. No miráis así a Matt. Él siempre ha sido

vuestro favorito. Él y su mierda de trabajo, ¡cómo si fuera el puto Chuck Norris!

—¿Sabes por qué me negué a ser el tutor de Harley? Podríamos haber evitado que fuese al reformatorio.

Aquella repentina pregunta lo dejó con dos palmos de narices. Él siempre lo había tenido muy claro, pese a que a Matt le hubiera dolido en el alma. John había pasado página porque era más listo, pero su hermano —el Gandhi de la familia—, se lo había echado en cara a sus padres, no los había perdonado y se había quedado lloriqueando por las esquinas. Y luego el tonto era él. En fin.

—Abandonasteis a Harley porque no era lo suficiente buena para esta familia. Si te hubieses convertido en su tutor legal, a mamá le habría dado un infarto —se jactó él.

La expresión de Bill reflejó un dolor profundo y que llevaba atormentándolo demasiados años.

—No, John. Harley era como una hija para mí. Si lo hice fue para salvarla de ti —le soltó, y los ojos de su hijo se abrieron de par en par—. Si me negué a ser su tutor fue porque sabía que ella estaba enamorada de Matt. Tú nunca lo habrías aceptado. Les habrías destrozado la vida. Necesitaba protegerlos de ti. Quería protegerte de ti mismo. Quería protegeros a todos... y a veces creo... que tomé la decisión equivocada. A la vista está que no sirvió de nada. Mira en lo que te has convertido.

John cerró los ojos mientras recordaba aquella escena. Durante mucho tiempo había creído que sus padres habían abandonado a Harley porque pensaban que no encajaba en su familia. Ahora resultaba que el que no encajaba en la familia era él. Ver para creer, ¡menuda panda de hipócritas! Por un instante, tuvo el deseo de darle ese veneno a su hermano. Matt era el culpable de todos sus males. Él se lo había arrebatado todo: el amor de sus padres, el amor de su hermana, el amor de Harley. Odiaba a Matt con todas sus fuerzas, pero sabía que si se lo cargaba tendría que dar demasiadas explicaciones, porque su padre sospecharía de él. Ante todo era una persona práctica, que conste.

Así que se ocultó tras la puerta de la biblioteca y esperó a que su madre terminara de batallar con él. Estaban teniendo una acalorada discusión que sorprendió a John. A medida que fue escuchándolos, comprendió que él no era el único que guardaba secretos. Vaya, vaya... ¿Qué habría pensado su querido hermanito de todo aquello?

El amago de una sonrisa cruel se formó en su rostro mientras los escuchaba. Al menos, si Harley no era de él no sería de Matt.

—Maldita sea, Penélope. Cuando acepté mirar hacia otra parte, no te dije que también los separaría. Matt tiene derecho a responder a esas cartas si es lo que desea. ¿De verdad vas a hacerle eso a tu hijo por proteger a otro?

El otro era él, pensó John con rabia. La oveja negra de esa familia de farsantes.

—¡Los protejo a los dos! Protejo a John de sí mismo, y protejo a Matt de lo que podría suceder si vuelve a ver a Harley. Será que no hay mujeres en el mundo, Bill. Algún día tus hijos reharán su vida con otras mujeres, y recordaremos este capítulo como algo sin importancia.

—¿Cómo has sido capaz de callar durante tantos años? —le recriminó él con dureza.

—Lo he hecho por ellos. Tú no sabes lo que es eso, porque llevas demasiado tiempo centrándote en tu trabajo y olvidándote de tus hijos. Desde que ella desapareció de nuestras vidas somos más felices, ¡pero tú te empeñaste en sentirte culpable! ¡En creer que teníamos algún tipo de responsabilidad! —estalló ella.

Bill se llevó una mano al pecho y contrajo una mueca de dolor.

—¡Podríamos haber cambiado las cosas! ¡podríamos haberla ayudado! ¿por qué no lo entiendes tú? Desde que ella se fue, una parte de nuestros hijos se marchó con ella. Y Matt...

—¡Cállate! —le gritó furiosa—. No finjas que nada de esto tiene que ver con nuestro hijo.

Bill se dejó caer en el sofá con esfuerzo.

—¡Ojalá tú te hubieras largado con ella! —le espetó su madre, antes de largarse escaleras arriba.

Cuando John fue a salir de su escondite, fue Mia la que entró en la biblioteca como un vendaval. *Y aquí viene la borracha de la familia*, pensó con ironía. *Señoras y señores, siéntense y disfruten del espectáculo.*

—Papá, necesito dinero para salir —le dijo, extendiendo la mano.

Bill se frotó las sienes. Parecía exhausto, como si se preguntara qué había hecho mal con sus hijos.

—Querrás decir para emborracharte —la corrigió irritado—, ¿cuándo vas a estudiar, Mia? ¿Te crees que el dinero cae de los árboles? ¿Por qué te comportas como una cría mimada y caprichosa? Maldita sea, madura de una vez. Sé alguien de quien pueda sentirme orgulloso.

—Para eso tienes a John y a Matt, ¡cómo si yo te importara! —le recriminó dolida.

No, solo tiene a Matt, su ojito derecho. Los demás le importamos una mierda. Únete al club.

—¡Pues claro que me importas! Ese es tu problema, que quieres ser la primera de la lista. No estás sola en el mundo, cariño. Debes merecerte lo que tienes. Si esta familia se arruinara, ¿de qué ibas a vivir? —quiso hacerle entender su padre.

Del aire, se descojonó John. La cura de humildad llega con un par de años de retraso, murmuró para sus adentros. Él lo habría arreglado con una buena bofetada, pero claro, no era su hija.

—¿Sabes? Déjalo. No pienso pedir perdón por ser rica. Te comportas como todos esos envidiosos del instituto, que se creen que debo exteriorizar todo ese rollo de la falsa modestia para merecerme todo lo que tengo. Adiós, papá. Ya conseguiré que me inviten a un par de copas —le espetó muy ufana.

—¡Mia, ven aquí! —le ordenó su padre.

Pero ella lo ignoró. Salió por la puerta y se dirigió hacia la entrada, donde su grupo de amigos ya la estaba esperando. *Por fin me toca a mí*, se alegró John, que comenzaba a perder la paciencia. Entró y vio a su padre deshecho en el sofá, con la mirada perdida.

—Pues resulta que nos has criado a todos fatal —se mofó.

—Ah, eres tú —respondió sin mirarlo.

John se dirigió hacia el decantador de whisky, sirvió dos copas, y sin que su padre se percatara, echó el veneno en una de ellas. Quería ofrecerle un último recuerdo agradable de su vida en la tierra, así que le ofreció la copa y se arrodilló a sus pies. Esa fue su mejor interpretación de la historia. ¡Para que luego nadie reparara en su talento!

—Lo he estado pensando, y creo que tienes razón.

Su padre enarcó una ceja y lo miró sin entender. John tragó con dificultad y contuvo el impulso de arrancarle la copa. Tenía que ser así.

—No... no puedo vivir con este secreto. Me está matando. Si tengo que ir a la cárcel, que así sea. Mañana acudiré a la policía y contaré toda la verdad. Quiero que te sientas orgulloso de mí —las lágrimas empañaron su rostro al ver que su padre se llevaba el vaso a la boca y daba un largo trago—. Quiero que me perdones, papá.

Su padre le sonrió con tristeza y le acarició el pelo.

—Hagas lo que hagas, tú siempre serás mi hijo. Siempre estaré a tu lado. Te

quiero, no dudes nunca de ello —le aseguró.

John rompió a llorar y le apretó la mano al ver como se le escapaba la vida. Su padre entornó los ojos, miró el vaso y lo dejó caer al suelo. El cristal estalló en mil pedazos, y John se sobresaltó. No había esperado que fuera tan traumático. Pero Bill comprendió lo que sucedía, asintió con tristeza y le acarició los dedos. No había rastro de resentimiento en su semblante, sino la firme determinación de quien ha aceptado su destino y sabe que va a morir.

—Es culpa mía... —musitó con voz pesada—. Yo te quiero... os quiero a todos por igual.

—¡Papa! —John lo zarandeó del brazo al ver que dejaba escapar un último suspiro.

Todo lo que llevaba tanto tiempo esperando oír... todo lo que deseaba...

Roto de dolor, contempló el cuerpo sin vida de su padre y supo que había cometido el peor error de su vida. Un error sin solución con el que tendría que vivir para siempre. Había asesinado a su padre. Realmente era el monstruo que todos temían.

Verano de 2004

La policía, los bomberos, la ambulancia y un centenar de vecinos cotillas se acercaron al lugar de los hechos. A Harley le temblaban las manos mientras trataba de asimilar que le había pegado un tiro a su padre. John estaba acurrucado en posición fetal con la mirada perdida. Su madre se movía nerviosamente y su padre hablaba con la policía. A la madre de Harley le habían tenido que pinchar un tranquilizante porque, tras conocer lo sucedido, se había abalanzado como una alimaña sobre su hija mientras gritaba: *¡esto es culpa tuya!*

Matt se sentó a su lado y le cogió la mano. Ella lo miró de reojo, pero no dijo nada. Él sabía lo que se le pasaba por la cabeza y temía el momento tanto como ella. Había hablado en vano con su padre, quien pareció sopesar la idea durante un momento, hasta que Penélope lo miró con dureza. No iban a ayudar a Harley. Dejarían que los servicios sociales se la llevaran a uno de esos reformatorios para adolescentes conflictivos donde le impedirían contactar con ella.

Ahora entendía por qué Harley no se lo había contado antes. La pobre temía quedarse sola y no tener a quien recurrir. Puede que en parte tuviera razón,

pero se le olvidaba algo muy importante: él estaba loco por ella. Mientras lo tuviera a él, jamás estaría sola del todo.

—Te buscaré —le prometió él, acariciando su mano—. Escríbeme, dime dónde estás. Te visitaré si me lo permiten. Y cuando salgas...

—Cuando salga habrán pasado dos años, y tú habrás pasado página. Sé cómo funcionan estas cosas —respondió ella con voz apagada.

Matt la agarró de los hombros y la miró emocionado.

—¿Crees que se me va a pasar con el tiempo?

—¿El qué?

—Lo enamorado que estoy de ti.

Harley sintió ganas de echarse a llorar, y él la besó con dulzura.

—Te quiero. Aún no te has ido, pero ya te echo de menos... —susurró él con tristeza—. Prométeme que no me olvidarás.

—No puedo hacerlo, Matt. Pero tengo mucho miedo.

—Eres tan fuerte que soy yo el que tiene miedo. Me asusta que esto te convierta en alguien diferente. Te conozco, Harley. Y te quiero por todo lo que eres, por todo lo que significas para mí, pero sobre todo porque soy mejor persona cuando estoy contigo. Ni la distancia ni el tiempo podrían cambiar un ápice mis sentimientos, te doy mi palabra.

Matt la abrazó y deseó con toda su alma poder hacer algo más. Quería cambiarse por ella. Al fin y al cabo, Harley tenía que marcharse por haberle salvado la vida. No era justo. Él la quería, ¿por qué tenían que acabar las cosas así?

A lo lejos, John los miró compungido y apartó la cabeza. Su madre fue a acariciarle la mejilla, pero él no se lo permitió. La miró a los ojos con dureza y le espetó con voz rabiosa:

—No quiero que se quede con nosotros. Que se la lleven lejos, donde su recuerdo no me haga daño. Donde ni ella ni Matt vuelvan a verse, o te juro que cometeré una locura.

La advertencia fue tan real que su madre se estremeció. Era la segunda vez que tenía miedo de su propio hijo. Si para protegerlos tenía que separar a esa pareja de tortolitos, ya se encargaría ella de que no volvieran a saber nada el uno del otro. Lo hacía por sus hijos, se autoconvenció. Cada vez conocía mejor a John, y sabía que era capaz de hacer alguna barbaridad con tal de tener a Harley.

La llamaron por última vez, y ella se levantó angustiada. Matt la cogió de la mano, como si con aquel gesto pudiera impedir que se la llevaran. Suspiraron a la vez, y cuando ella fue a dirigirse al coche que se la llevaría lejos, él la abrazó desesperado y le susurró al oído:

—Volveremos a vernos. Cuento los días que faltan para que así sea. Prométeme que me escribirás, por favor.

Ella asintió con los ojos anegados de lágrimas.

—Lo haré —le aseguró, y lo miró con ternura—. Te quiero, Matt Parker.

Volvieron a abrazarse, aquella vez con tanta desesperación que tuvieron que separarlos. Matt le pegó a alguien y corrió tras ella. Se necesitaron cuatro policías para contener a aquel muchacho desgarbado que lloró desconsolado mientras veía con impotencia como Harley lo miraba apenada desde la ventanilla trasera.

—¡Papá, haz algo! —le suplicó agobiado a Bill, que intentaba mirar hacia otra parte.

Al ver que nadie hacía nada, ni siquiera su hermano mayor, Matt se revolvió y pataleó. Más manos se cernieron sobre su cuerpo mientras él se revolvía como un animal. La mano de Harley se apoyó contra el cristal y le sonrió por última vez. En sus labios se formó una frase que él reconoció a la perfección.

Volveremos a vernos.

Él le prometió con la mirada que así sería, y no necesitaron nada más para confiar el uno en el otro. El tiempo se encargaría de quitarles la razón.

Estaba sentado en la cama con el ceño fruncido. No entendía a Harley por más que intentaba descifrar lo que tenía en esa cabeza tan dura. Le había hablado de unas cartas, y le había escupido a la cara todo el rencor que le profesaba. Durante mucho tiempo, Matt se había jurado a sí mismo que la había olvidado. Pero cuando supo que había vuelto, una mezcla de pánico y rabia lo invadió. No quería concederle a esa mujer el poder de volver a hacerle daño.

La había buscado, él sí que había cumplido su promesa. Y se había dado de bruces con la realidad: Harley no quería saber nada de él. Enfrentarse a ese hecho lo dejó destrozado, herido y profundamente desconcertado. Había pasado dos largos años pensando en ella y tratando de localizarla en vano. Y cuando por fin lo había conseguido, la directora del centro penitenciario le había espetado con frialdad que Harley no quería saber nada de él.

A Matt le había costado asimilar su decisión. Al principio creyó que se trataba de una broma pesada, hasta que los dos largos años de silencio comenzaron a tener sentido. Sucedió lo que él temía: que el reformatorio la hubiera cambiado. Que la chica que él conocía, y de la que estaba enamorado como un loco, se hubiese convertido en alguien lleno de odio. De un odio que dirigía hacia él, como si acaso no hubiera luchado contra viento y marea, e incluso contra toda su familia, para que la trajeran de vuelta.

Así había sido. Matt se había enfrentado a sus padres. Les había gritado que eran unas personas horribles que habían dejado a Harley en la estacada. Durante dos años, su relación se había enfriado hasta convertirse en un adolescente huraño y problemático. Habían sido tiempos duros para su familia, hasta que él se dio de frente con la realidad: Harley pasaba de él.

Recordó con dolor una de las tantas conversaciones en las que él había sacado el tema. John, que de repente no quería ni oír el nombre de Harley, le había exigido que dejase de hablar de ella.

—Actúas como si ya no te importara —le recriminó furioso—. Todos actuáis como si ella no hubiera sido parte de la familia.

—¡Basta ya! —le pidió irritada su madre—. Hasta donde yo sé, esa chiquilla no lleva nuestros apellidos. ¡Le pegó un tiro a su propio padre! ¿Cómo quieres que vivamos con alguien así bajo nuestro techo?

A Matt se le descajó la expresión.

—Me salvó la vida —musitó dolido.

—Ojalá no la hubierais conocido nunca —le soltó exasperada—. Esa niñata es la fuente de todos los problemas de esta familia. Ojalá yo no la hubiera dejado poner un pie en esta casa.

—Cariño —la censuró Bill.

Matt se levantó furioso y tiró la silla al suelo. Aquella fue la gota que colmó el vaso. Miró de soslayo a su hermano, que se limitó a bajar la cabeza avergonzado. Asintió con impotencia.

—Ahora entiendo por qué nunca nos contó que la maltrataban. ¿Para qué iba a hacerlo? En el fondo sabía que si lo hacía, su destino sería mucho peor que las palizas que le daba su padre. Sabía que no tenía a donde ir. Pero en el fondo me alegro por ella. Para quedarse en una familia de mierda como esta, está mejor encerrada.

Su madre le cruzó la cara, y luego se echó a llorar. Un par de horas después oyó a sus padres discutir acaloradamente, y la ambulancia tuvo que venir a por Bill porque sufrió el amago de un infarto. Años más tarde, Matt se lo

había encontrado muerto. Ahora no podía evitar pensar que en parte él era el culpable. *Nunca debiste anteponerla a tu familia*, se lamentó. La familia es la familia. Puede que no sean perfectos, pero siempre te querrán de manera incondicional. ¿Lo había hecho ella? No.

Incluso ahora, cuando él se había permitido sentir lo suficiente para descubrir que sus sentimientos no habían cambiado, se daba cuenta de que Harley seguía siendo la misma egoísta. Habían hecho el amor, pero ella le restaba importancia. Habían compartido algo tan maravilloso que él estaba dispuesto a pasar página para aceptar lo que le dictaba el corazón. Incluso le traía sin cuidado que ella fingiera amnesia. Porque, oh, vaya por Dios, la seguía queriendo.

Se sintió como un imbécil.

Cuando su madre llamó a la puerta, él se volvió con gesto atormentado. Penélope llevaba una caja de metal en las manos, y lo contempló con una mezcla de preocupación y tristeza.

—Estoy bien, se me pasará —le aseguró.

Ella asintió, pero de pronto se echó a llorar y lo dejó muy confundido.

—Mamá, te juro que no me pasa nada —le dijo. Se levantó y le dio un abrazo que ella no correspondió—. Ey... ya sé que piensas que soy un tonto que deja que vuelvan a hacerle daño. Una vez me dijiste que había más peces en el mar. Bueno, pues tenías razón. Me he dejado llevar... pero no ha servido de nada.

—No, Matt... —lamentó ella, y trató de contener otro sollozo.

—Vamos, no llores por mi culpa —le suplicó angustiado.

Ella se mordió el labio, indecisa y a la vez agobiada.

—Cariño, no es culpa tuya. Es culpa mía.

Matt frunció el ceño.

—¿Por qué iba a ser culpa tuya que Harley me haya roto otra vez el corazón?

—preguntó desconcertado.

Ella le ofreció la caja.

—Porque debería haberte dado esto hace mucho tiempo. Pero estaba asustada. Dios, sigo estando asustada. Oh... Matt... sé que no vas a entender por qué lo hice, pero te ruego que no me odies. Y si lo haces, espero que seas mejor que yo y que algún día puedas perdonarme.

Matt agarró la caja. Jamás había visto tan desolada a su madre, excepto cuando su padre había muerto. Algo iba mal.

—¿Por qué debería perdonarte? ¿Qué es esto? —hubo un leve temor en su voz. De repente, las piezas del puzle comenzaron a encajar y su expresión se tornó

cautelosa. Su madre esquivó su mirada y suspiró con pesar, y Matt aferró la caja de hojalata con tanta fuerza que la ahuecó.

—¿Mamá? —le tembló la voz.

—Ahí tienes la razón por la que ella te odia —musitó avergonzada—. Léelas, y cuando lo hagas, dile que todo es culpa mía. Dile... que me odie a mí por haberos separado.

—Dime que esto no es lo que creo que es, por favor —le rogó asustado.

Penélope no tuvo el valor de contestar, y a su hijo comenzó a carcomerlo una rabia muy peligrosa.

—¡Dímelo!

Su madre se sobresaltó. Matt se quedó tan abrumado que sacudió la cabeza y fue incapaz de mirarla a la cara.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le recriminó dolido.

Se encerró dentro de su habitación de un portazo con el corazón palpitándole deprisa. Cuando destapó la caja, encontró trece cartas sin abrir y comprendió el rencor de Harley sin necesidad de leerlas. Ella le había escrito. Ella no lo había olvidado. Ella había esperado su respuesta durante un año.

Deshecho, abrió la primera carta y la leyó con el corazón en vilo.

Querido Matt,

No me dejan llamarte, así que tendremos que conformarnos con este arcaico medio de comunicación, ¡qué rollo! Después de un mes, he conseguido que me dejaran escribirte gracias a mi buen comportamiento (creo que el Señor Peterson estaría orgulloso de mí).

Sé que te estarás preguntando cómo es estar encerrada, y no quiero que te preocupes. En realidad, no es tan malo como lo pintan. Es un rollo la mayor parte del tiempo y me muero de aburrimiento, pero tampoco está tan mal. Así que no te preocupes por mí (sé que estarás preocupado por mí, ¡y te prohíbo que lo estés!) ¿de acuerdo? Tampoco quiero que te pelees con tu familia por mi culpa. La familia es lo más importante. Yo lo sé, porque siento que tú eres toda mi familia y eso me hace más fuerte. Me hace dejar de llorar por las noches si cierro los ojos y pienso en ti, y me provoca una sonrisa en los momentos de debilidad. Así que no discutas con Bill, con Penélope, con la pequeña Mia o con el cabezón de John (dale un beso de mi parte, por cierto). Quiérelos mucho, disfruta de su

compañía y da gracias por tenerlos en tu vida. Y cuando me eches de menos, abraza a tu familia y piensa en mí, ¿vale? Yo no puedo dejar de pensar en ti. Creía que eso me pondría triste, pero sucede todo lo contrario. Cuando pienso en ti, me siento feliz y afortunada, porque sé que dentro de dos años saldré de aquí y volveremos a vernos. Soy afortunada, por mucho que Susan se burle de mí diciendo que tú me olvidarás pronto. Obviamente ese cazurra no te conoce, y en cuanto reciba tu carta, le restregaré la respuesta por la cara para que se trague sus palabras.

Espero que estés bien. Y ojalá que estés estudiando, porque sé que el día de mañana te convertirás en un gran policía, como siempre has deseado. Tú eres la clase de persona que hace sentir seguro a los demás. Cuando cogí esa escopeta (ya sabes lo que sucedió después), lo hice porque te vi a ti luchar. Siempre has sido un luchador, lo somos los dos. Dos luchadores que están hechos el uno para el otro. Así que cuando te vi pelear, sin importarte que tu adversario te doblara el tamaño, supe que yo tampoco podía amedrentarme. Tú me diste valor. Formamos un gran equipo, ¿sabes? Nunca lo olvides.

Me muero de ganas de volver a verte. Y abrazarte. Y besarte.

¡Oye! Espero que estés cuidando mi bola de nieve (esa que nunca debería haberte devuelto), y mi queridísimo libro de Jane Eyre. Reléelo al menos una vez cada tres meses, para que así no se sienta tan solo.

¡Te quiero, Matt!

Dale besos a John, a Bill, a Penélope y a la pequeña Mia.

PD: espero tu respuesta.

Se le formó un nudo en el estómago tras leer aquella carta. Necesitó unos segundos para recomponerse. Y varios minutos para comprender lo que se le habría pasado a Harley por la cabeza al no obtener respuesta. Debió creer que él la había abandonado. Y mientras tanto, ¡él esperando que ella le escribiera! Roto de dolor, abrió la segunda carta e inspiró profundamente.

Querido Matt,

¿Te encuentras bien? Me preocupa que no me hayas escrito. Quizá mi anterior carta se haya extraviado, supongo que ha sido así. Por si no

podiste leerla, te lo grito a los cuatro vientos: ¡TE ECHO DE MENOS!

Echo de menos el tiempo en el que nos bañábamos en el estanque. Echo de menos leer bajo la sombra de un árbol mientras me doy cuenta de que tú me miras embobado (cosa que jamás admitirías). Echo de menos ganarte al fútbol. Echo de menos cogernos la mano como quien no quiere la cosa. Y no te lo vas a creer, incluso echo de menos que te burles de mis pecas.

Aquí nadie me quiere como tú, lo cual es un poco frustrante. Tú dirías que no sabes lo que se pierden, pero yo te digo que aquí todas están un poco amargadas. ¿Cómo me van a querer a mí, si ni siquiera se quieren a sí mismas? Creo que mi misión en este sitio es demostrarles que allí fuera hay muchas cosas por las que luchar. Sería bueno que me respondieras a esta carta para que así creyeran lo que les digo. Quiero gritarles que el amor existe. Quiero demostrarles que fuera de estas cuatro paredes tú me estás esperando.

¿Estás estudiando? Espero que sí. Yo hago lo que puedo, ya sabes que los estudios nunca fueron lo mío. Pero me dejan pintar, y eso me pone muy contenta. Os he pintado a todos: a la pequeña Mia, a tus padres, y a John y a ti reconciliados de una vez por todas. No me gusta que os llevéis mal, y espero que cuando me leas ya os hayáis perdonado del todo. Seguro que John encuentra a una chica estupenda y se da cuenta de que lo nuestro era imposible. Pelearse entre hermanos es una tontería, por cierto. Aunque tú no eres rencoroso, y estoy convencida de que ya se te habrá pasado.

Reconozco que últimamente estoy un poquito celosa porque me doy cuenta de que Gina está más cerca de ti que yo. ¡Bah, qué tontería! Sé que nunca te gustó demasiado, y he leído en algún lugar que los celos no son más que el reflejo de nuestra inseguridad. ¿Te puedes creer que esa petarda me hace sentir insegura? ¡Menuda tontería!

Vale, dime por favor que no le has pedido salir, eh. Estaría bien que tu respuesta empezara con un NO rotundo a mi pregunta. Te lo dejo caer por si acaso.

También he pensado en París, y si ahorro lo suficiente pintando (mi profesora de arte ha accedido a vender algunos de mis cuadros fuera del centro), me gustaría llevarte a París conmigo. Podría ser nuestra primera cita, ¿qué te parece? Quiero ver la Torre Eiffel, comer un croque monsieur y pasear por el barrio latino, pero seguro que me parece más bonito si lo hago de tu mano.

Se odio a sí mismo casi tanto como debía odiarlo ella. Las cartas de Harley no tenían ni un ápice de rencor. Habían sido doce cartas entusiastas y llenas de cariño en las que jamás le había recriminado que él no le hubiera respondido. Durante un año, Harley le había escrito cada mes sin exigir nada a cambio. No se había rendido. Confiaba incondicionalmente en él.

Y Matt se había rendido en cuanto creyó que ella se había olvidado de él. En cuanto la directora del reformatorio le dijo que Harley (¡y con razón!), no quería volver a verlo. Había regresado a Golden Pont y había perdido la virginidad con la primera universitaria que se había cruzado en su camino. Luego se había refugiado en el alcohol, las juergas y las mujeres para olvidarla. Y cuando había sido incapaz, había asimilado demasiado despecho. Demasiado para tomarse a bien su regreso. Si en vez de comportarse como un animal cegado por el rencor, le hubiera exigido una explicación, las cosas entre ellos habrían sido muy diferentes.

Ni siquiera se permitió pensar en su madre o los motivos que tenía para ocultarle las cartas. Y no lo hizo porque le dolía en el alma. En lugar de ello, asimiló la última carta de Harley. La única carta que reflejaba odio, rencor y rabia. Una carta que no esperaba respuesta y en la que ella le decía que no quería saber nada de él. Ahora que por fin la entendía, Matt tenía mucho que decir al respecto.

Tenía doce respuestas. Tenía todas las respuestas que Harley nunca había recibido.

Otoño de 2004

Esperar es frustrante, se dijo a sí mismo.

Llevaba un mes sin tener noticias de Harley y se estaba empezando a volver loco. A ver, ¿no había prometido ella que le escribiría? Matt no tenía ni idea de a dónde la habían mandado, y puesto que sus padres se negaban a intervenir, esperaba como agua de mayo que Harley se pusiese en contacto con él. Necesitaba saber que estaba bien. Que aquel lugar no era tan horrible como él imaginaba en sus pesadillas.

Ojalá pudiera haber hecho más por ella, se lamentó.

—¿Ha llegado alguna carta para mí? —le preguntó esperanzado a su madre.

Ella, que cocinaba dándole la espalda, sacudió la cabeza con energía.

—No, no ha llegado nada.

—¿Has mirado bien en el buzón? Yo he ido hace unas horas, pero ya habías recogido el correo. Quizá se ha extraviado entre la correspondencia, ¿dónde la has puesto? Me gustaría mirar para cerciorarme de que...

—¡Por el amor de Dios, te he dicho mil veces que no ha llegado nada para ti!

—le gritó exasperada.

Matt se quedó tan boquiabierto porque su madre perdiera la compostura que asintió con cara de póquer. Entonces Penélope contempló a su hijo con amargura y le acarició el pelo.

—Lo siento, no quería hablarte así.

—No pasa nada, ¿estás bien? —le preguntó preocupado.

Ella asintió con vehemencia.

—Sí, de veras que lamento haberte hablado así —musitó avergonzada. Y por primera vez en su vida, apartó la mirada. Matt no comprendió qué le sucedía, pero lo dejó estar—. Cariño, hay más peces en el mar. Si Harley no te ha escrito... quizá deberías barajar la posibilidad de que ella podría olvidarte.

A Matt se le encendió la cara.

—Ella no me va a olvidar, eso es imposible —le espetó indignado.

—Ah, a los dieciséis años idealizáis tanto las cosas... —le restó importancia con una sutil ironía que lo hizo enfurecer.

—Yo no la idealizó, simplemente la veo como es. Y me gusta. Y la quiero. ¿Qué tiene de malo?

Su madre puso los ojos en blanco, ligeramente irritada.

—¡Oh, el amor adolescente, tan fugaz e intenso!

A Matt no le gustó nada que su madre se burlara de él, así que se dio la vuelta y salió de la cocina echando chispas. Por mucho que su madre se burlara de él, tendría que tragarse sus palabras cuando Harley le escribiera. Porque iba a hacerlo. Él estaba convencido. Al fin y al cabo, se habían hecho una promesa.

Harley estaba a orillas de aquel estanque que la había visto crecer. Veía su reflejo en el agua y contemplaba asustada a la mujer fría en la que se había convertido. La adolescente ingenua había pasado a ser alguien desconfiada y huraña que apenas contaba con gente a la que querer. En su vida estaban un gato llamado Simon y Susan, su mejor amiga desde el reformatorio. Las escasas relaciones que había tenido con el sexo contrario nunca habían ido a ninguna parte. Se sentía sola porque había decidido estar sola. Ni Ben, aquel bombero encantador con el que había perdido la virginidad, ni George, el violinista sensible que bebía los vientos por ella, habían conseguido desarmar su coraza. Hacía años que se había prometido que nadie llegaría hasta su corazón. Vivía sin confiar del todo en nadie y seguía a rajatabla las palabras de Susan: *no le des a nadie el poder de herirte.*

Y sin embargo, se sentía tan vacía como intacta. Regresar a Golden Pont y reencontrarse con Matt habían sido el punto de inflexión para el que no estaba preparada. Ella creía que ya no sentía nada por él. Habían transcurrido trece años, por el amor de Dios. No eran más que unos críos que no sabían nada de la vida cuando se dieron el primer beso. ¿Por qué seguía significando tanto para ella?

Pero sabía de sobra por qué. Lo supo cuando perdió la virginidad con Ben y deseó que fuese con Matt. Y lo reconoció con tristeza cuando George le pidió matrimonio, ofreciéndole la vida segura y llena de cariño que ella siempre había anhelado, y Harley le respondió que no sentía lo mismo. Jamás podría sentirlo por nadie porque seguía enamorada de Matt. Puede que lo hubiese estado siempre, pese a que hubiese enterrado sus sentimientos en un cajón con llave.

Le dolía tanto reconocer que él era el hombre de su vida que lo negaba siempre que podía. *¿Por qué?*, se preguntaba constantemente. *Él te traicionó. Él no te merece.*

Pero a su corazón le daban igual aquellos motivos. Palpitaba deprisa cuando lo tenía cerca. Se aceleraba si Matt la besaba. Nunca había sentido tanta conexión con nadie. Matt era su talón de Aquiles.

Hacer el amor con él había significado cosas para las que no estaba preparada. No solo eran los recuerdos, sino también la promesa de un futuro que ella había rozado con los dedos. Ella, Matt y el niño. No había nada en el mundo que deseara más que aquella posibilidad.

Fue como si todo el rencor se esfumara de golpe. Como si en realidad jamás

hubiera estado allí, sino ocultando un dolor lacerante que la impedía reconocer sus verdaderos sentimientos.

¿Y ahora qué?, se dijo angustiada. *¿Le cuentas la verdad y esperas a ver cómo reacciona?*

No era tan sencillo. Harley necesitaba respuestas. Para empezar, necesitaba doce respuestas que llevaba esperando mucho tiempo. Quería saber por qué él no le había escrito. Aunque él solo fuera a poner alguna excusa barata, ella necesitaba oírlo. Durante muchos años solo había querido eso: una respuesta. Un por qué a su silencio. Se lo merecía.

Divisó su inconfundible silueta a lo lejos. Se acercaba con paso seguro hacia ella y llevaba un fajo de papeles en la mano derecha. Harley se estremeció al recordar lo que sus manos le habían hecho. Lo que su boca le había hecho sentir. Lo que Matt había provocado en su cuerpo.

Apenas quedaba rastro del chico inseguro y vulnerable que había sido. Era un hombre alto, imponente y que debía tener éxito entre las mujeres. Un metro noventa de piel tostada, mirada oscura y boca carnosa. Los años lo habían tratado demasiado bien.

Matt sacudió las cartas en el aire, y ella supo lo que eran sin necesidad de preguntar. Se le formó un nudo en la garganta y lo miró a los ojos con una mezcla de curiosidad y rabia.

—Todo habría cambiado si las hubiera leído. Te juro que no habría permitido que trece malditos años se interpusieran entre nosotros —le confesó emocionado.

—¿Cómo? —musitó, con un hilo de voz.

—Es la primera vez en mi vida que las leo. Y tengo todas las respuestas, Harley. No sé lo que te habría respondido cuando tenía dieciséis años, pero sí lo que te diría ahora. No... no encuentro la razón por la que ella me las ha ocultado. Por más que le doy vueltas, me resulta inexplicable que mi madre me ocultara tus cartas —le aseguró, conmovido y a la vez profundamente herido.

Harley se quedó tan atónita que no supo reaccionar. Se miró las manos, pálidas y temblorosas. Aquello no tenía ningún sentido para ella. Durante todo ese tiempo se había formulado algunas explicaciones, pero la culpa siempre la tenía Matt. Y por eso lo odiaba. Porque él la había abandonado sin darle ninguna explicación, y ella se había sentido confusa y dolida durante mucho tiempo. No... no estaba preparada para la verdad. Así que se limitó a mirarlo boquiabierto mientras se deshacía como un flan.

—¿Estás bien? —le preguntó él, y se temió lo que aquel descubrimiento

significaba para ella.

Harley asintió, con la garganta atenazada por las lágrimas. Necesitaba gritar, romper algo... librarse de aquella impotencia que le apretaba el alma.

—Fue... Penélope —susurró con voz temblorosa.

—Sí —a él le costó un mundo pronunciar aquella palabra—. Solo ella sabe por qué lo hizo, pero tendrá que vivir con ello el resto de su vida. Maldita sea, ¡ella sabía lo que significabas para mí! Sabía que cada día que pasaba sin tener noticias tuyas me estaba volviendo loco.

La ira se apoderó de él mientras se le empañaban los ojos. No se permitió llorar. En lugar de ello, soltó un alarido que se llevó parte de su rabia, pero no toda. Harley lo abrazó para calmarlo, pese a que ella necesitaba tanto como él aquel contacto. Matt respiró con dificultad, enterró la cabeza en su pelo y lloró desconsolado. Se aferró a ella, estrechándola con fuerza para que no lo dejara. Y ella permaneció a su lado porque no estaba dispuesta a irse. La boca de Matt le acarició la mejilla y le suplicó que no lo dejara. Ella se estremeció de placer.

Pasaron un buen rato abrazados y en silencio, refugiándose en el olor y la piel del otro. Se ofrecieron consuelo mutuamente mientras asimilaban la verdad. Y fue más dolorosa de lo que esperaban, porque entonces todos esos años de separación no tuvieron ningún sentido.

Matt se separó un poco de ella. Lo justo para cogerle el rostro con las manos y mirarla a los ojos con una pasión que la traspasó.

—Te he echado de menos. No tienes ni idea de lo mucho que te he necesitado. Te busqué entre el público cuando me concedieron la placa porque tenía la esperanza de que tú me mirabas orgullosa. Y necesité más que nada en este mundo tu abrazo cuando mi padre murió. Joder, ojalá no te hubieras ido. Ojalá hubiese recibido todas tus cartas, porque me moría de ganas de escribirte. Y te odié cuando creí que no lo habías hecho. No te haces una idea de cómo me sentí, ni de lo mucho que te busqué para que me dieras una explicación —le confesó con voz temblorosa.

La respiración cálida de Matt le acarició la punta de la nariz.

—Sigue, por favor —le suplicó embelesada—, necesito escuchar todas tus respuestas. Las llevo esperando trece años... y no te haces una idea de lo mucho que eso lo cambiaría todo para mí.

Matt le dio un beso en la frente y volvió a mirarla con ternura.

—Bueno, ¿por dónde empiezo? La parte en la que te he echado de menos creo que ha quedado clara, pero te aseguro que no te haces una idea de lo que me

costó aceptar que tú no querías saber nada de mí. Cuando pasaron los meses y no tuve noticias tuyas comencé a desesperarme. Hice cosas horribles, me peleé con mis padres... volqué la frustración que sentía en todos los que me rodeaban.

Harley se asustó al intuir lo que escondían sus palabras, pero él continuó como si nada.

—Me dolía que no quisieras saber nada de mí porque me sentía culpable. Maldita sea, no te haces una idea de lo terribles que fueron esos dos años para mí. No... no quiero compararme contigo, solo digo que... —murmuró turbado, al darse cuenta de lo que ella podía pensar.

Harley le aferró la mano.

—Continua —le pidió.

Matt se tranquilizó.

— No entendía nada, y la explicación más sencilla, que era la que todos me daban, a mí se me quedaba corta y no me servía de nada. Mis padres decían que allí encerrada lo que menos te apetecería sería recordar el pasado, y a mí me dolía demasiado que yo fuese eso para ti. Así que conseguí sobornar a un trabajador social que me pasó tus datos. Cuando conseguí ir a verte tú ya te habías ido, y me encontré con la directora, que me dijo que tú no querías saber nada de mí. De repente, fue como si todo lo que llevaba tanto tiempo negándome me abofeteara. Y me dolió, joder, me dolió muchísimo. El resto ya lo sabes. Por qué me he comportado como un cretino y te he tratado durante todo este tiempo como si no te quisiera aquí. No es que no te quisiera aquí, Harley, es que me dolía tanto volver a verte que no podía soportarlo. Había asimilado que no volveríamos a encontrarnos.

—Yo también —admitió ella en un susurro.

—Cuando me enteré de que habías vuelto, al principio creí que sería una broma pesada. Y luego... bueno, simplemente me limité a fingir que te odiaba. Sí, lo fingí. Me he peleado conmigo mismo hasta llegar a la conclusión de que no te odio. No te odiaba cuando desconocía la verdad, y por supuesto que lo que siento por ti está lejos de tener algo que ver con el odio ahora que sé lo que pasó en realidad.

Ella lo miró ilusionada.

—¿Ah, sí?

—Creo que hoy en día lo llaman amor, pero no se acerca ni de lejos a lo que siento por ti. Deberían inventar una palabra nueva para eso, Harley.

—Amor está bien —titubeó ella.

Matt sonrió de medio lado.

—Nos quedaremos con esa, si a ti te gusta. *Estoy loco por ti* es otro término que se le acerca bastante. Y por encima de todo te quiero. Creo que siempre te he querido y que nunca he dejado de hacerlo, pero acabo de reunir el valor para decírtelo a la cara. Sé que llega con retraso, de veras que lo siento.

Ella lloró desconsolada y Matt la miró confundido.

—Vaya... ¿es la peor declaración de amor de la historia? —preguntó aterrizado—. Dame cinco minutos y volveré a intentarlo, eh. Puedo hacer como si nada de esto hubiera pasado, y regresar con un ramo de rosas blancas. Son tus favoritas, ¿no?

Harley se echó a reír mientras las lágrimas le surcaban el rostro. Quería con todo su corazón a aquel zoquete.

—Es la mejor declaración de amor que podría desear. Y llevaba tanto tiempo esperando escucharla que me has hecho llorar, bobo. Pero son lágrimas de felicidad.

Matt suspiró aliviado.

—Ya lo sabía —mintió.

Ella se puso de puntillas, rodeó su cuello con las manos y lo besó. Fue un beso cargado de anhelo y esperanza. Uno repleto de buenos recuerdos que los reconcilió del todo. Harley se sintió eufórica y completa. Las manos de Matt subieron por su cintura hasta acunarle el rostro con dulzura. Tenía una boca suave que la besaba con una mezcla de rudeza y cariño infinito. Como si ella fuera lo que llevaba esperando toda la vida y se negara a soltarla por temor a perderla de nuevo.

Comprendió que el pasado no se podía cambiar, pero que reconciliarse con sus recuerdos sí que era posible. Lo supo cuando él susurró su nombre contra sus labios y sonrió de oreja a oreja. Harley le besó aquella sonrisa tan seductora y lo abrazó. Podía quedarse allí para siempre. Aspirando aquel olor tan suyo que le provocaba un montón de emociones. Apretada contra el pecho de Matt y sintiendo, por primera vez en muchos años, que las cosas irían bien. Que a su lado no solo tenía todo lo que siempre había querido, sino también lo que necesitaba.

Matt se apartó un poco, lo justo para mirarla a los ojos. En los suyos brillaba una alegría contagiosa. Ladeó la cabeza y le dijo:

—Soy un poco inseguro. Necesito que tú también me digas que me quieres con toda tu alma.

Harley sonrió. Era un zoquete, pero a ella siempre le había gustado que lo

fuera.

—Ah, ¿pero no te lo he dicho?

—No. Cuestión de equidad y algo de orgullo varonil herido. Te estoy esperando, mi amor.

Mi amor. Harley creyó morirse del gusto y supuso que podía llamarla así siempre. Le gustaba cómo sonaba en sus labios. Era perfecto.

Antes de que ella pudiera decirle todo lo que sentía, alguien comenzó a aplaudir tras ellos. Ambos se sobresaltaron y miraron a John, que los observaba con desprecio. Su rostro, normalmente apacible y sereno, lucía ahora como la viva imagen del odio. Harley retrocedió de manera instintiva mientras que Matt le sostuvo la mirada. No iba a pedir disculpas por estar enamorado de ella.

—Conmover... —murmuró con desdén John—. Y muy patético.

Todos los músculos del cuerpo de Matt se tensaron. Harley comprendió que el momento que tanto temía había llegado. Tenía que poner las cartas bocarriba y esperar que Matt no la defraudara. ¿Pero la elegiría a ella por encima de su hermano?

—Siento que hayas tenido que enterarte así —se lamentó Matt—. Pero estoy enamorado de ella. Lo sabías cuando éramos unos niños, y admito ahora que mis sentimientos siguen siendo los mismos. Asúmelo de una vez, John.

Su hermano mayor puso cara de asco. No parecía ni dolido ni mucho menos asombrado por lo que acababa de descubrir. Había algo más oscuro en su expresión que asustó a Matt.

—Quédatela para ti, si es lo que quieres —le dijo con desapego.

Matt enarcó las cejas. Había esperado cualquier respuesta menos aquella. ¿Ya estaba? ¿Así de fácil iba a ser enfrentarse a John?

—Yo... me alegro de que te lo tomes así —murmuró desconcertado.

John se echó a reír con desgana. Harley rozó el hombro de Matt y tragó con dificultad. Al ver su gesto, John clavó los ojos en ella con rabia.

—Quédatela, porque es evidente que nos ha engañado a los dos. No es más que una zorra mentirosa y buscona —le escupió.

Matt apretó la mandíbula.

—No te atrevas a hablarse así —le advirtió furioso.

—¡Nos ha engañado a los dos! —exclamó fuera de sí—. Tenías razón, Matt. Todo este tiempo tenías razón.

Matt lo miró sin entender nada. Harley suspiró apesadumbrada y comprendió lo que John pretendía.

—Ha estado rebuscando en mi ordenador. En mis cosas. Me ha robado... —le explicó el muy canalla a Matt—. ¡Tenías razón, joder! Nunca debería haberla traído a esta casa. Me tenía tan engañado...

John se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Harley lo miró perpleja. *El muy miserable...* intentaba ponerla en contra de Matt porque la había descubierto. Debía de haber averiguado que ella había estado cotilleando en su ordenador.

—Matt... —ella le tocó el brazo, pero él se apartó desconcertado. Harley suspiró apenada, al ser consciente de que John se lo estaba llevando a su terreno.

—¿Es cierto? Lo que ha dicho John... ¿es verdad? —le preguntó desilusionado.

—En parte sí —admitió ella, con la cabeza bien alta—. Vine aquí a propósito. No había perdido la memoria. Pero si me dejáis explicártelo, seré sincera contigo de una vez por todas.

Matt le retiró la mirada y clavó los ojos en el suelo, completamente devastado.

—Matt, mírame a los ojos —le pidió ella.

—No le hagas caso, Matt. ¿Vas a permitir que te lleve a su terreno? Ya te traicionó una vez. No dejes que lo haga de nuevo. Quiere separarnos, ella es así. Lo ha sido toda la vida. En el fondo lo sabes —lo envenenó John.

Matt los miró alternativamente, sin saber qué pensar.

—Te pedí que confiaras una vez en mí, pero no lo hiciste. Ninguno de los dos confió en el otro. Puedes hacerle caso a tu hermano, al fin y al cabo lleva tu sangre. O puedes escuchar lo que tengo que decirte, y sacar tus propias conclusiones. Creo... creo que en el fondo sabes la respuesta. Que sabes qué clase de persona es John, y qué clase de persona soy yo —le dijo muy convencida.

—¡Y qué clase de persona soy yo! —estalló John—. No eres más que una puta mentirosa. Nunca debí ayudarte. ¡Debería haberte dejado tirada en la carretera en la que te encontré!

Harley apenas se inmutó.

—¡Zorra de mierda! —la insultó con rabia.

—¡Cállate! —le ordenó Matt, y le lanzó tal mirada que John se quedó a cuadros. Nunca lo había mirado así, y su hermano se asustó al ser consciente de lo que aquello significaba—. Cállate, o te juro que no respondo.

—Matt, eso es lo que quiere... ¿no lo ves? —insistió John.

—¿Ver qué? —le respondió con una calma peligrosa—. ¿Qué llevo toda la

vida disculpándome contigo porque estoy enamorado de ella? Dios, como vuelvas a insultarla te juro que no respondo. Te juro que el hecho de que seas mi hermano dejará de importarme.

John lo miró incrédulo. Matt respiró con dificultad y se acercó a Harley. Estaba temblando y tenía miedo. Quería creer en ella, pero las emociones lo desbordaban.

—Habla —le pidió en un susurro.

—Siento mucho ser yo quien tenga que decirte esto... —se disculpó ella apenada, y le dedicó una mirada de reojo a John—. No, no estaba amnésica. Todo fue un plan urdido por los agentes del FBI que me contrataron.

Matt se quedó de piedra.

—¿El FBI? ¿Qué tiene el FBI que ver en esto...?

Desvió la mirada hacia su hermano, que torció el gesto y comenzó a ponerse pálido.

—Al principio, te juro que no lo sabía. Me contrataron porque sabían que yo tenía relación con vosotros. Necesitaban a un infiltrado que entrara en vuestra casa, pusiera micrófonos y... —no estaba orgullosa de lo que iba a decir, pero decidió ser sincera de todos modos—, y espíara a John. Por más que pregunté de qué se trataba, no me dieron ninguna explicación. Tan solo una lista de nombre y algunos datos que debía pasarles si veía algo raro.

—¡Miente! ¡Está mintiendo! Matt, no le hagas caso —le suplicó aterrizado John.

—Déjame que sea yo quien saque mis propias conclusiones —le espetó Matt.

John le lanzó una mirada repleta de odio a Harley, que continuó como si nada.

—Yo... sé que te estarás preguntando qué ganaba yo con todo esto. Por qué decidí colaborar con el FBI si me había prometido a mí misma que jamás volvería a poner un pie en esta casa.

—¡Por dinero! —se jactó John.

—No —negó ella con vehemencia—. Fue por mi hermano.

Los ojos de Matt se abrieron de par en par.

—Mi madre tuvo un hijo con otro hombre poco después de que a mí me dejaran en libertad. Me enteré hace un par de años, y desde entonces he intentado ponerme en contacto con él. Como tenía antecedentes, los servicios sociales consideraron que era preferible que estuviera en un centro de menores antes que bajo la tutela de alguien como yo —le explicó resignada.

—No me extraña —siseó John.

Harley lo ignoró.

—El FBI me prometió que obtendría la custodia si colaboraba con ellos. No quería hacerlo, pero ¿qué otra opción tenía? Para mí, esta casa no me traía más que malos recuerdos. Y mi hermano... es lo único que tengo en el mundo. Mi única familia. No quiero que pase su infancia encerrado en centros de acogida. Durante todo este tiempo, él ha sido lo único que me importaba.

Matt asintió con una expresión indescifrable, pero ella no se dejó amilanar.

—John tiene razón, he estado espionando su ordenador.

—¡Lo ves! —se vanaglorió él.

—Pero no porque quisiera robarle, sino porque trataba de hacer una copia de sus archivos. Pero no he podido hacerlo, porque... porque he encontrado algo horrible.

John comenzó a sudar copiosamente.

—¡Eres una falsa!

Cuando se abalanzó hacia ella, Matt lo cogió del cuello y su hermano se quedó blanco.

—Te lo repito por última vez, John. Como muevas un solo músculo, te arranco la cabeza.

Lo soltó de un empujón y John comenzó a respirar con dificultad.

—¿Qué es lo que has averiguado? —exigió saber Matt.

Ella apretó la boca. Lo sentía por él, pues aquello lo destrozaría. Destrozaría a toda su familia.

—Él y sus amigos de la fraternidad mataron a Jack Allen, el estudiante de primer curso que desapareció hace unos años. He visto las fotos, y son horribles. Supongo que se les fue la mano y... —a ella se le quebró la voz.

Matt se quedó paralizado por el horror. Apenas logró asimilar las palabras de Harley cuando John se arrastró a sus pies y lo miró compungido. A pesar de la mirada lastimera de su hermano, Matt se sintió tan profundamente decepcionado que se apartó de él con el alma rota. No podía dar crédito a lo que acababa de saber.

—No es cierto... —la voz de John tembló de pánico—. Nos cierto... yo no hice nada. Matt, ¿tú me crees, eh? Eres mi hermano... me conoces... sabes que yo nunca...

Matt se llevó las manos a la cabeza y tuvo ganas de vomitar. Era incapaz de asimilar aquello. Conocía a John, o al menos creía conocerlo lo suficiente. Hasta que de repente comenzaron a venirle recuerdos que había enterrado en el fondo de su corazón. Pequeñas rencillas con su hermano a las que nunca había dado importancia. Miradas repletas de algo oscuro, comportamientos de

John que siempre justificaba... y se sintió tan iluso como miserable.

—¿Estás segura? —le preguntó a ella, buscando el rastro de la incertidumbre en su mirada.

Los ojos de Harley no dudaron.

—Sí. Las fotos eran de la misma noche en la que el chico desapareció. Y... y estaba muerto. Estoy completamente segura. También había algunos emails... y fotos de otros estudiantes con los que él se sobrepasó —le explicó asqueada.

Matt contempló a su hermano roto de dolor. John formó una mueca victimista y se puso a llorar.

—¿La crees a ella?

Matt no respondió, y John resopló indignado.

—Oh.. ¡por supuesto que la crees a ella! Te habrá hecho una buena mamada para tenerte a sus pies —dijo, hirviendo de rabia.

—John —la voz de Matt era fría como el hielo.

John se puso de pie con gesto altivo y le dedicó una mirada rabiosa.

—¿Cómo pudiste? —le recriminó Matt, como si no lo conociera—. ¿Cómo hiciste algo tan horrible? Y sigues ahí, sin inmutarte. Viviendo el día a día sin sentirte ni tan siquiera culpable.

John puso cara de asco.

—¡Ni que fuese yo el que inventó las novatadas! —se quejó irritado.

—¡Alguien murió por tu culpa! —estalló Matt, sin reconocer al extraño que tenía delante.

John bufó y se metió una mano en el bolsillo. Parecía más harto que hecho polvo. Como si se hubiera cansado de intentar convencerlo y la actitud de su hermano comenzara a sacarlo de sus casillas.

—Bueno, pero fue sin querer —respondió, como si eso significara algo. Y añadió con gesto sombrío—: nadie quería que ese pobre imbécil acabara así. Se nos fue un poco la mano, ¿qué quieres que te diga?

—Di que lo sientes —murmuró acongojado Matt, al que se le había caído la venda de los ojos.

John puso los ojos en blanco.

—Pues vale, lo siento. Si eso te hace sentir mejor...

Matt sacudió la cabeza, sin dar crédito. Quería que aquello fuese una maldita pesadilla. Que cuando se despertara se encontrara con el hermano íntegro y triunfador que no era un asesino sin escrúpulos. Estaba tan desolado que apenas podía moverse.

—Siento que te hayas enterado de todo. Y siento que la jodida Harley Brown

haya regresado a Golden Pont para tocarme los cojones —admitió cabreado. Ella lo fulminó con la mirada. Qué ciega había estado. John era la persona más despreciable que había conocido en toda su vida. Era un ser frívolo y pagado de sí mismo que no se merecía a su familia. Alguien que en el fondo le daba pena. Cuando fue a acercarse a Matt para ver qué tal estaba, pues era evidente que se encontraba deshecho por la verdad, notó que John acariciaba algo brillante dentro de su bolsillo. Se estremeció.

Otra vez no, suplicó.

John suspiró con pesadez, como si la situación comenzara a agotarlo, y preguntó como si nada:

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora es el momento en el que te enfrentas a lo que has hecho, John. Sé un hombre por primera vez en tu vida, joder —le espetó Matt.

John puso mala cara, y pilló a Harley en el acto cuando intentó llamar la atención de su hermano. Sacó la pistola del bolsillo y la acarició como si fuese su mejor amiga. Matt contrajo todos los músculos de su cuerpo, y ella se quedó paralizada por el miedo.

—No te muevas, querida —le ordenó John con frialdad. Luego dirigió todo su odio hacia Matt—. ¿Ir a la cárcel? Ni de coña. Parece mentira que no me conozcas, hermanito. La cárcel es el último sitio al que iría por mi propia voluntad.

—John, ¿qué estás haciendo? —le recriminó Matt.

—No lo sé —admitió con voz débil, y entonces sus ojos brillaron con maldad—. Pero me lo estoy preguntando. Me estoy preguntando qué voy a hacer con vosotros.

27

El club de lectura la fascinaba. Había empezado a asistir hacía un par de semanas, y desde entonces había encontrado la primera de una larga lista de aficiones que le gustaban. Disfrutaba leyendo y comentando con otras personas los libros, y le encantaba escribir redacciones sobre temas que la inquietaban. Por supuesto, sabía de sobra que aunque sus notas habían mejorado notablemente en el tercer trimestre, sería imposible matricularse en la universidad sin el dinero de su familia. Y aquello le molestaba. No tenía ni idea de por qué había empezado a importarle de repente, pero Mia se planteaba otras opciones. Algunas en las que Fernando no estaba incluido,

porque implicaban mirar hacia adelante y no regresar en bastante tiempo.

Él la sorprendió a la salida. La abrazó por detrás, le besó la nuca y le dedicó una sonrisa arrebatadora.

—¡No te lo vas a creer! ¡Me han concedido una entrevista en Yale! —le dijo emocionado—. No sé qué mosca le habrá picado al Señor Miller, pero ha hablado muy bien de mí. Puede que Dios exista después de todo.

Ella se alegró por él. Desde luego, no le dijo que había tenido algo que ver en la decisión del director. Prefería que Fernando no creyera que le debía nada.

—Me alegro mucho por ti, de verdad. Sabía que lo conseguirías —respondió ilusionada, y lo besó.

Fernando la apretó contra la pared y los libros se le cayeron al suelo. Soltó una carcajada floja cuando él la sostuvo de la cadera y le recorrió el cuello con besos cortos. Mia se mordió el labio inferior y entrecerró los ojos. Cada vez le era más difícil resistirse a sus encantos. Fernando la volvía loca con aquella manera de besarla... de tocarla... y de mirarla como si fuera lo más hermoso del mundo.

—Fer, que hay gente por todas partes —musitó acalorada.

Él se separó un poco y le dedicó una mirada lastimera.

—Vámonos a la casa del árbol.

—¿Para que me puedas meter mano sin que nadie nos vea? —replicó, fingiendo una indignación que no sentía.

Fernando la besó en la frente durante varios segundos. Cuando la miró a los ojos, había en ellos una emoción profunda y repleta no solo de deseo, sino también de cariño. Algo muy cercano al amor.

—Solo quiero estar contigo. Cuando me han dado la noticia, tenía tantas ganas de contártelo que no veía el momento de verte. ¿Qué me pasa, Mia? Solo puedo pensar en ti, a todas horas. Esté donde esté. Menos mal que los exámenes están acabando, porque apenas puedo concentrarme. No quiero que te sientas mal, pero la culpa la tienes tú.

—¿Ah, sí? —sonrió ella.

Él asintió muy serio, aunque lo traicionó su media sonrisa.

—Sí. Debes de haberte colado en el lóbulo temporal, que se encarga de almacenar los recuerdos. Hoy mi profesora de historia me ha preguntado que quien fue la esposa de Felipe el hermoso, y yo he respondido como un tonto: *Mia*. Todos se han reído de mí.

—¡Anda ya!

—Por lo visto fue una tal Juana la loca.

—Eres un zalamero...

—Pero, ¿te vienes conmigo o no?

—Puede. ¿Me vas a meter mano?

Fernando recogió los libros del suelo y se los entregó con una expresión cargada de intenciones.

—Solo... si tú te dejas.

Se montaron en el coche y Mia condujo en dirección a su casa. Cuando se dejaba llevar, todo era perfecto entre ellos. Sentía que tenían la posibilidad de ser ellos mismos, y todo lo demás dejaba de importarle. Condujo por el camino de grava que bordeaba el estanque, a menos de medio kilómetro de su casa. A lo lejos, divisó a tres personas que en un principio ignoró. Hasta que le resultaron conocidos y los contempló con mayor atención. Sus hermanos y Harley parecían discutir. Matt extendía los brazos a los costados y se interponía entre John y Harley. Le pareció que John los apuntaba alternativamente con algo, pero no pudo ver el qué.

Lo que sí supo fue que algo no iba bien, así que detuvo el coche tras un frondoso árbol que lo ocultaba.

—¿Por qué te paras? —le preguntó Fernando.

Mia no supo por qué, pero tuvo la sensación de que pronto lo averiguaría.

Matt se puso delante de Harley para protegerla. Observó conmocionado el arma que John apuntaba en su dirección, y que en otras dirigía hacia Harley sin saber qué hacer. Apenas dio crédito a lo que estaba sucediendo. Hacía unos minutos acababa de descubrir que su hermano era un asesino, y ahora observaba estupefacto que los estaba apuntando con una pistola.

¿Quién era el extraño que tenía delante? ¿Cómo no lo había visto antes?

Siempre había sido consciente de que entre ellos había cierta rivalidad a la que él no daba importancia. Para Matt, el amor por su hermano estaba por encima de cualquier cosa. Había ignorado su señal de alarma porque adoraba a su hermano. Incluso con su esnobismo y su desdén hacia los que veía como inferiores, Matt siempre había creído que John era una buena persona. Que bajo todas aquellas capas de superficialidad se escondía alguien íntegro y respetable.

Pero ahora lo tuvo claro. Y sintió tanta decepción como pánico. Miró de reojo a Harley, que estaba congelada de terror. Deseó con todas sus fuerzas protegerla, y se prometió a sí mismo que aquella vez él asumiría las

consecuencias. Que no permitiría que Harley volviese a sufrir por su culpa.

—Deja que se vaya, John —le suplicó a su hermano—. Si esto es entre tú y yo, deja a Harley en paz.

John torció el gesto.

—Pero esto siempre ha sido cosa de tres, ¿no? Nosotros dos y la encantadora vecinita. ¿Por qué pones esa cara, Harley? No te hagas la inocente conmigo. ¿Qué? ¿No estás de acuerdo? —le preguntó John con sorna.

Harley se echó a un lado para mirarlo a los ojos, pese a que Matt le suplicó con la mirada que se mantuviera detrás de él. Cuando no lo hizo, maldijo para sus adentros al comprobar que ella estaba dispuesta a plantarle cara a John. No era la clase de persona que se mantenía al margen. Y eso lo asustó y enorgulleció a partes iguales. Recordó su carta, en la que ella le había dicho que eran dos luchadores que estaban hechos el uno para el otro. Y supo que, para bien o para mal, ella tenía razón. Lucharían juntos, aunque los dos perdieran la vida.

—Hubiera estado de acuerdo contigo hace un tiempo, cuando te quería como a un hermano. Cuando pensaba que eras una buena persona a la que podía admirar. Pero ahora me das pena, John. Y comprendo por qué tus padres miraron hacia otro lado, por qué tu madre te contempla asustada, y por qué Mia tiene miedo de descubrir como eres en realidad. Eres un monstruo.

John la apuntó con la pistola mientras se le descomponía la expresión.

—¡Cállate! —la voz de John tembló.

—Puedes dispararme, pero no me iré de este mundo sin decirte lo que pienso —continuó Harley, y dio un paso al frente. Buscó la mano de Matt, que aferró la suya sin dudarle. Y aquello le confirió la fuerza suficiente para encontrar su voz—. Vi como eras en realidad hace trece años, pero no quise abrir los ojos. Vislumbré el rastro de alguien egoísta, mezquino y débil. La sombra de una persona insegura que tiene miedo de no dar la talla.

—¡Te he dicho que te calles! —le gritó él, escupiendo saliva. Zarandó la pistola en el aire y la miró aterrorizado, a pesar de que era él quien sostenía el arma—. ¡Cállate, zorra asquerosa!

—Pero ahora te veo tal y como eres, y siento tanto asco como lástima. Culpas a los demás de ser un miserable, pero probablemente sea lo único que has conseguido por ti mismo. Seguro que tu padre murió sabiendo como eres en realidad. ¿Cómo puedes vivir con eso? —le soltó ella.

John se quedó paralizado. Agarró la pistola con manos temblorosas y soltó una carcajada incrédula. Matt le dio un empujón a Harley y se colocó delante suya,

pese a que ella intentó evitarlo.

—¿Qué vas a hacer, John? ¿Matarnos a los dos? ¿Y luego qué? —le preguntó Matt con dureza.

—Luego... luego... —murmuró atónito, y soltó otra carcajada seca—. Ya nada importa. Pero me pienso desquitar, hermanito. Te juro que no me iré de este mundo sin hacéroslo pagar. Y puede que luego me pegue un tiro. No lo tengo del todo claro, para qué engañarte. Tengo mucho dinero... intentaré huir, ¡yo qué sé!

Cuando Matt intentó moverse, John le quitó el seguro a la pistola.

— ¡No te muevas! —le ordenó nervioso.

—Estás acabado, asúmelo. Pero esto no tiene por qué terminar así —intentó hacerlo razonar Matt—. Deja que te ayude. A pesar de todo te quiero.

Aquellas dos palabras hicieron flaquear a John. Le tembló la barbilla y apretó la pistola con manos trémulas. Hasta que sacudió la cabeza con energía y miró a su hermano con rencor.

—¡Mentiroso! ¡La quieres a ella! En esta familia nadie me quiere. Todos te prefieren a ti. Mamá, Mia, ella... —señaló a Harley con desgana—. Y tú, ¡tú la elegirías a ella por encima de a tu propio hermano! Soy el último mono, siempre lo he sido...

—Joder, John. Sabes que eso no es cierto —respondió Matt angustiado, y se acercó a él a pesar de que seguía apuntándole con el arma—. Eres mi hermano, yo siempre te he querido.

John se limpió la saliva de la boca y dudó por un instante.

—¿En serio?

Matt asintió sin vacilar.

—Te lo juro por mi vida.

John se quedó perplejo, y una repentina idea cruzó por su mente como un espectro. Bajó la pistola y Matt suspiró aliviado. Que su hermano lo quisiera cambiaba mucho las cosas. ¿Por qué no lo había visto antes? Sí, ahora lo tenía claro. Llevaba toda la vida odiando a Matt, carcomido por los celos. Pero ninguno de los dos tenía la culpa. ¡No! Ellos no eran los culpables. De hecho, todo se había ido a la mierda cuando ella había vuelto.

—Tienes razón, hermano —admitió con la voz quebrada.

Matt lo contempló satisfecho.

—Voy a ayudarte, te lo juro. Suelta la pistola, John. Deja que cuide de ti —le dijo esperanzado Matt.

Pero los ojos de John se clavaron con desprecio en Harley.

—Ella... ella es la que tiene la culpa. Nos separó desde que apareció en nuestras vidas. Y ha vuelto a separarnos cuando ha vuelto, ahora lo veo claro. ¿Cómo he podido ser tan ingenuo? ¡Es una bruja! Todo este tiempo... me ha tenido embaucado. Te odiaba por su culpa, Matt —le contó a su hermano con entusiasmo.

Matt se quedó deshecho y contempló a su hermano como quien veía a un loco. Se le había ido la cabeza.

—Apártate de ella para que pueda pegarle un tiro —le ordenó a Matt.

Él no se movió del sitio, y cuando Harley intentó alejarse, la agarró con fuerza de la muñeca. Ella le dedicó un gesto dolorido, pero Matt no cedió. No iba a permitir que las cosas acabaran así.

—Quítate, Matt. No te lo pienso pedir dos veces —repitió John, fuera de sí.

—No voy a moverme, John. Si me quieres de verdad, tendrás que respetar que estoy enamorado de ella. Por favor, no lo hagas —respondió Matt sin vacilar.

John resopló, se llevó una mano al pelo y comprobó sus opciones.

—Tenías que hacerte el héroe justo ahora... —John puso los ojos en blanco.

—John... —le suplicó Matt.

Su hermano comenzó a impacientarse, y aquella vez sujetó el arma con mayor firmeza.

—En el fondo me parece bonito —ironizó John, al que de pronto le pareció todo muy divertido—. Como Romeo y Julieta —se burló, llorando de la risa, y Harley y Matt se miraron incrédulos. John se secó las lágrimas y clavó los ojos en Harley con antipatía—. Pero como soy un monstruo, como bien has dicho, me importa una mierda.

Harley aprovechó aquel momento para echarse a un lado sin que Matt pudiera evitarlo, y le soltó a John:

—Me parece que no tienes lo que hay que tener para dispararme —lo provocó.

John resopló e ignoró a su hermano, que se movió con sigilo.

—¿Qué no? ¡Qué agallas tienes! Reconozco que siempre has sido muy fuerte, supongo que eso era lo que me gustaba de ti. Pero tu mayor problema es que te las das de lista. En el fondo no somos tan diferentes, Harley. Siempre creyéndonos mejor que el resto del mundo...

—Si eso te hace sentir mejor... —se burló ella, consciente de que Matt se estaba acercando a él. Siguió provocándole con la intención de distraerlo—. Pero sabes de sobra que somos muy diferentes. Tú eres un cobarde. Porque si yo tuviera la pistola, hace ya tiempo que te habría disparado.

—¡Hija de...!

Matt se abalanzó sobre él sin que se diera cuenta. Le sostuvo con firmeza la mano que empuñaba la pistola, así que John le dio un rodillazo en las costillas. Matt se dobló por la mitad e intentó alcanzar la pistola cuando cayó al suelo. John le pegó un puñetazo que lo alejó del arma. Forcejearon por la pistola, pero Matt era más corpulento. Le dio un cabezazo que dejó noqueado a John, que soltó un alarido. El primer puñetazo fue directo a su estómago, y el segundo a su rostro. John se cayó al suelo y observó con desprecio a su hermano. Era un amasijo de golpes y sangre. Cuando Matt se agachó para recoger el arma, John se arrastró hacia sus pies, sacó una navaja de su bolsillo y se la clavó en el muslo. Matt perdió el equilibrio y se cayó al suelo. John soltó una risa malvada.

—¡Ese es el problema de los panolis como tú! ¡Qué siempre jugáis limpio! — se burló.

Antes de que pudiera agarrar la pistola, Harley se le tiró encima y comenzó a golpearle la espalda. Rodaron por el suelo mientras él intentaba quitársela de encima. Ella le mordió el cuello y John soltó un alarido. Furioso, la agarró del pelo y le dio un puñetazo tan fuerte que la dejó desorientada. Se puso en pie con gran esfuerzo y caminó renqueando hacia Matt, que detenía la hemorragia de su pierna con una mano mientras con la otra intentaba alcanzar el arma. La rozó con la punta de los dedos cuando John la alejó de una patada y sonrió con malicia.

—Qué asco te tengo... —murmuró sin aliento—. Hay que reconocer que eres más duro que un toro. Matt, desorientado por la pérdida de sangre, clavó los ojos en él con odio.

—¿Qué esperabas? —le pisó la herida de la pierna y Matt gruñó de dolor—. ¿Qué pelease limpio? Así es la vida. Serás más fuerte que yo, pero yo siempre he sido más espabilado.

—¡Eres un cobarde! —le gritó Matt con impotencia.

John jadeó. Le dolía hasta el alma y tenía la cara hecha papilla. Le dedicó una sonrisa ensangrentada y se encogió de hombros.

—Pues sí, pero yo gano. No te lo tomes así. ¡No me mires así! —replicó molesto—. Te había perdonado la vida, ¡la culpa es tuya! Ahora tendré que mataros a los dos. ¡Qué remedio!

Suspiró con pesadez y le dedicó una mirada lánguida a Matt, que yacía pálido y débil por la pérdida de sangre. Harley estaba desmayada a pocos metros. Al menos, Matt se alegró de que ella no sufriera. Por el rabillo del ojo, creyó ver

un espejismo. La imagen de John se volvió borrosa, al igual que la sombra que se colocó a su espalda.

—Hazlo, y vive con ello el resto de tu vida... —le dijo con voz débil.

—Se hará lo que se pueda —respondió John con frialdad.

Cojeando, se volvió para recoger la pistola. Sus ojos se abrieron de par en par. Mia lo estaba apuntando con expresión feroz. John enarcó una ceja, se preguntó si estaba alucinando y soltó una carcajada vacía.

—¿En serio? —preguntó atónito.

—Totalmente en serio —respondió Mia con firmeza.

Le había costado mucho convencer a Fernando de que cogiera el coche y fuese a la policía. Ella le había prometido que se iba a quedar escondida tras los árboles, pero evidentemente no había podido hacerlo. Había corrido hacia la pistola cuando John estuvo lo suficiente distraído. Y ahora la sostenía con manos temblorosas mientras rezaba para que John no la obligara a usarla. No sabía de qué iba aquello, pero había observado —horrorizada— lo suficiente para saber que, si no intervenía, John mataría a Matt y a Harley.

John la miró a caballo entre la incredulidad y la irritación. Aquella mocosa que no servía para nada acababa de truncar sus planes. Ironías de la vida.

—Interesante giro de los acontecimientos... la borracha de la familia se convierte repentinamente en la heroína del cuento. ¿Dónde está tu noviete? Debería ser el quien te protegiera.

—Yo no necesito que nadie me proteja. Me basto yo solita. Aunque para tu información, ha ido a llamar a la policía. Estarán al llegar —le explicó.

John bufó. Así que estaba todo perdido...

—El feminismo y el siglo veintiuno. Menudo coñazo... —murmuró con desdén.

Se acostó bocarriba mientras respiraba con gran esfuerzo. Su rostro era un mapa de heridas y sangre. A Mia le costó mirarlo.

—Me duele hasta el alma, ¡maldito seas, Matt! —se quejó él con voz llorosa.

Mia siguió apuntándolo. Matt había perdido mucha sangre y ella estaba asustada. Harley seguía inconsciente. Y John... bueno, él seguía lamentándose a voz en grito.

—Prométeme que no te vas a mover —le ordenó ella, y se dirigió hacia Matt —. Quiero comprobar que Matt no se desangra antes de que venga la ambulancia.

John soltó un quejido lastimero.

—¿Cómo si pudiera moverme! Además, ¿qué más da lo que te prometa? Si yo fuera tú, no me fiaría de mí.

Mia lo ignoró, se quitó la camisa y, vigilando de reojo a John, dejó la pistola en el suelo mientras le hacía un improvisado torniquete. Matt entreabrió los ojos, la contempló desconcertado y volvió a sumirse en la inconsciencia.

—Sé fuerte —le susurró a su hermano—. No te mueras, tiene mucho por lo que vivir.

Matt emitió un gruñido por toda respuesta. Entonces, Mia volvió a coger la pistola y apuntó de nuevo a John.

—Cómo se nota que lo quieres más a él —gimoteó, como si fuera un niño—. ¿Y yo qué? ¿No te importo?

—Me importas demasiado para no pegarte un tiro. Confórmate con eso —le espetó con dureza.

John formó una mueca quejumbrosa. Se vino abajo, y de repente sus ojos se volvieron vidriosos. Estiró la mano hacia su hermana y le suplicó que se acercara. Mia lo observó con recelo. Después de todo lo que había visto, no se fiaba de él. Y eso le dolía en el alma.

—Lo único que yo quería era que todos me quisierais... —se lamentó John, y rompió a llorar como un bebé—. Quería ser lo suficiente bueno. Quería ser alguien de quien os sintierais orgullosos.

Mia contempló a su hermano rota por el dolor, y supo que no había nada que pudiera hacer por él, excepto consolarlo. A pesar de sus errores, ella lo seguía queriendo. Y verlo así le partió el corazón.

—Voy a ir a la cárcel —se temió, tan asustado que se arrastró hacia ella y hundió la cabeza en sus pies.

Sobrecogida e incapaz de ser fuerte durante más tiempo, Mia se agachó y arrojó la pistola lejos de su alcance. Le acarició el pelo como si fuera un niño mientras que John lloró desconsolado y tembló en sus brazos. Buscaba su consuelo y le suplicaba que no lo abandonara.

—Sssshhh... todo irá bien —le aseguró ella, sin saber qué decir.

John se sorbió las lágrimas. A lo lejos, se escuchó el eco de las sirenas. Tiritó de pánico y se aferró a Mia, como si ella pudiera protegerlo de todo lo que estaba a punto de suceder. Ella lo abrazó como si fuera un bebé, y John soltó un suspiro trémulo.

—Diles que lo siento, por favor.

Ella asintió compungida, y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus

mejillas. Entonces John, convertido en una caricatura de sí mismo, en alguien débil y pequeño, la miró a los ojos con esperanza.

—Por favor, dime que nunca me abandonarás. Solo te tengo a ti.

Algo se apretó en el pecho de Mia. Y la sobrecogió. Y no pudo abandonarlo, a pesar de que quiso huir con todas sus fuerzas.

—No te abandonaré —lo tranquilizó.

—¿Pase lo que pase? ¿Aunque descubras cosas horribles de mí? Por favor, ¡prométemelo! —le suplicó angustiada.

Mia tragó con dificultad. ¿Qué otra cosa podía hacer? Verlo así de deshecho la rompía a ella. Quería juntar los trocitos desperdigados de su familia para que volvieran a estar unidos. Quizá aquello era culpa suya, por obligarlos a sacar la verdad a la luz. Quizá debería haber seguido siendo aquella niñata borracha y juerguista que pasaba de todo.

—Te prometo que siempre estaré a tu lado, pase lo que pase —le respondió ella.

John suspiró, aferró su mano y una sonrisa casi perversa se plantó en su cara. Entonces le dijo:

—Menos mal, porque no puedo seguir viviendo con este secreto.

Mia palideció.

—¿Qué secreto?

Él la abrazó para que no se escapara y susurró con voz grave:

—Yo maté a papá.

Y entonces el mundo de Mia se derrumbó por completo.

Penélope Parker no volvió a ser la misma después de aquello. Todo lo que llevaba años intentando evitar sucedió en un instante. Uno que lo cambió todo, se llevó a uno de sus hijos y separó irremediabilmente a los otros dos de ella. Su familia estaba rota. Su mayor miedo se había hecho realidad. Lo único que quería era que la vida se la llevara pronto, para que así pudiera reencontrarse con Bill. Allí le pediría perdón y pagaría por sus pecados.

Su dulce Mia se había convertido en una mujer fuerte y fría como el hielo. En alguien a quien ya no conocía. En alguien de quien sentirse orgulloso. Le dolía mirarla y ver que eran dos extrañas.

Su querido Matt, al que había intentado proteger por encima de todo, apenas podía mirarla a la cara. La culpaba, con razón, de haberlo separado del amor de su vida. Y había decidido mudarse con Harley lejos de su madre y lejos de una casa que le producía recuerdos demasiado dolorosos. Ella era feliz por ellos, a pesar de la distancia que se empeñaban en marcar.

Quizá algún día, pensó esperanzada, Matt lograra perdonarla. Quizá Mia volviera a ser una joven rebotante de vitalidad, y no una mujer que desprendía tristeza. Y John... quizá John expiara sus pecados en la cárcel. Todos eran sus hijos. A todos los amaba por igual.

Contempló el retrato de Bill y ella y sonrió con melancolía. Añoró un tiempo en el que fueron felices. Se consoló pensando que tal vez, algún día, todo dolería menos.

Harley le acarició la espalda y él se sobresaltó un poco. Todavía cojeaba por culpa de la herida, que seguía siendo demasiado reciente. *Como todo.*

Contempló por última vez aquella casa, y supo que jamás volvería a verla del mismo modo. La verdad le dolía tanto que se le hacía inasumible. Y por más que intentaba perdonar a su madre, sabía que eso le resultaba tan imposible como perdonar a John. Debía poner distancia para que todo dejara de doler.

—Sigo pensando que no deberíamos dejarla sola —insistió Harley.

Y él la amó más por ello. A diferencia de él, no le había hecho ningún reproche a Penélope. De hecho, había intentado convencerlo para que la perdonara. Pero Matt no podía. *Tal vez con el tiempo,* se dijo. Pero no ahora, cuando se sentía tan vulnerable como herido.

—Y yo sigo pensando que te quiero con toda mi alma. Que no veo el momento de pisar París contigo, de conocer a tu hermano, de hacer todos los planes que se nos escaparon, y de poner un pie en nuestra casa —le dijo, y la besó con fuerza.

Cuando estaba con ella conseguía espantar todos sus demonios. Dejaba de pensar en John, al que todavía había sido incapaz de visitar en la cárcel. Dejaba de pensar en su madre, y en lo mucho que los secretos se habían interpuesto entre ellos. Tan solo pensaba en Harley, y en lo afortunado que era de tenerla en su vida.

—Voy a despedirme de mi hermana, nos vemos en el coche —volvió a besarla y se dirigió hacia el jardín.

Matt encontró a Mia leyendo en una de las tumbonas de la piscina. Cuando la miró, se sintió tan profundamente orgulloso de ella que tuvo ganas de llorar. No solo les había salvado la vida, sino que se había comportado como la adulta de la familia. Había visitado a John en la cárcel, y acababa de tomar una decisión que los había dejado muy sorprendidos.

Para bien o para mal, la verdad había cambiado por completo a Mia. Lamentó que hubiera tenido que crecer tan deprisa. Que su hermana pequeña se hubiera visto obligada a cuidar de ellos.

Mia levantó la vista del libro. Cuando lo vio, se incorporó y corrió a abrazarlo. Estuvieron así durante un buen rato, y Matt supo que el hombre que conquistara a su hermana sería muy afortunado. Tan afortunado como lo era él de estar con Harley.

—¿Ya os vais?

—Sí. ¿Por qué pones esa cara? Cuando vivamos estaremos prácticamente al lado, ¡ni que me fuera a la otra punta del mundo! —la animó él.

De hecho, se iban a la vieja casa de Harley, que estaría reformada en cuanto ellos regresaran de su viaje. A él le había extrañado que ella ofreciera aquella casa. En un primer momento pensó que lo había hecho para obligarlo a estar cerca de su familia, pero entonces descubrió que Harley necesitaba casi tanto como él pasar página. Que vivir en esa casa, que tantos malos recuerdos le traía, era para ella romper de una vez con el pasado.

—Ya lo sé. Soy yo la que me voy, por eso estoy triste. Os voy a echar mucho de menos —le dijo Mia, y volvió a abrazarlo.

—Aún no sé por qué tienes que irte tan lejos —respondió ceñudo, y con ese tono sobreprotector de siempre—. ¿Estás segura?

—A veces sí, y a veces no. Anda, ¡vete ya! ¡Qué perdéis el avión!

Antes de irse, Matt la contempló con recelo.

—Sigo pensando que hay algo que no me cuentas.

Ella soltó una risilla.

—Me parece que todas las cartas están encima de la mesa. No seas bobo.

Matt le revolvió el pelo.

—Te quiero, peque. Ven a vernos cuando volvamos.

—Qué síiiiiii.

Mia contempló como su hermano se marchaba con un nudo en la garganta. Había sido incapaz de contarle lo que John le había confesado porque quería evitarle más sufrimiento. Ni su madre ni su hermano tenían por qué saber la verdad. Aquello los destrozaría tanto que serían incapaces de recomponer sus vidas. Todo estaba siendo muy difícil, ¿para qué empeorarlo más? Había decidido guardársela para ella. Asumir, si es que acaso lo asumía algún día, que John había asesinado a su padre.

Lo había visitado varias veces, y en todas le había preguntado: *¿por qué? ¿Por qué lo hiciste?* Esperando que él le diera una respuesta que le sirviera. Pero sabía de sobra que dijera lo que dijera, a ella jamás le serviría. Que estaba destrozada por la verdad.

Cuando le formulaba aquella pregunta, John agachaba la cabeza y rompía a llorar. Y entonces ella también lloraba, se marchaba corriendo y lo escuchaba gritar: *¡por favor, no me dejes! Eres lo único que tengo.*

No podía seguir así. Había perdido casi diez kilos, estaba hundida y no tenía emoción por nada. Ni siquiera se había matriculado en la universidad, pues sabía que sería incapaz de concentrarse. Trataba de convivir con lo que sabía mientras el secreto se clavaba en sus entrañas. Nada podía animarla: ni los libros... ni los besos de Fernando, que intentaba desesperadamente averiguar lo que le sucedía.

Así que había tomado una decisión. Se iría lejos, muy lejos. Tomaría tanta distancia como le fuera posible y trataría de poner en orden lo que sentía. No era justo que le pidiera que él la esperase. Fernando tenía una prometedora carrera por delante, y ella se sentía tan devastada que no quería ser un lastre.

La fundación benéfica de la empresa familiar parecía la mejor opción. Ahora que Matt se había visto obligado a coger las riendas de la empresa, a pesar de que él adoraba su trabajo como policía, ella había decidido echar una mano en la fundación. Iría como voluntaria, intentaría ser útil y trataría de no pensar.

Era justo lo que necesitaba.

Fernando apareció por allí y se acercó a ella. Llevaba retrasando durante mucho tiempo aquella conversación, pero él se merecía una respuesta. Mia temía que él no la entendiera, pero no podía hacer otra cosa. No estaba preparada para él. Necesitaba estar sola y curar sus heridas.

—Ey, ¿qué tal estas? —la besó con suavidad en la boca.

Siempre se lo preguntaba, y ella sonreía con debilidad. Quería decirle que estaba bien, pero no podía mentirle. Y Fernando estaba tan preocupado que ella sabía que no era justo. Iba a ir a Yale. Definitivamente estaban en caminos distintos de la vida. Ojalá volvieran a encontrarse en otro momento.

—¿Ya has terminado de hacer la maleta? —le preguntó ella.

—Sí, prácticamente sí. Venía a preguntarte si ya sabes... si vendrás conmigo.

Él tenía la esperanza de que ella la acompañara a Yale. De que se matricula en periodismo y comenzaran juntos en otro lugar. Pero eso no entraba en los planes de Mia. Había perdido la ilusión por todo. Sentía un dolor tan grande que necesitaba alejarse de todas las personas que conocía y comenzar de nuevo. Y encontrar su propio camino, fuera el que fuera.

—Sí, ya lo sé.

Fernando la miró entre la incertidumbre y la esperanza.

—Me voy a la India, a la fundación de mi familia. Quiero verlo todo de cerca y ayudar. Es lo que más me apetece en este momento.

Fernando la miró perplejo. Al principio creyó que era una broma, hasta que poco a poco lo fue asimilando.

—¿A la India? Pero Mia... ¿qué se te ha perdido a ti allí? Ya sé que después de todo lo que has vivido necesitas olvidar, pero también podrías hacerlo en Yale. O en la universidad que tú elijas. No tienes que sacrificarte por los pecados de tu familia.

Ella se abrazó a sí misma. Él no entendía nada. No se trataba de sacrificarse, ella no lo hacía por eso. Quería ocupar la mente con algo que la llenara. Ser útil y olvidar todo lo que sabía.

—Es que no quiero ir a Yale... ni a ninguna otra universidad. Sé que no puedes entenderme, pero ahora necesito esto.

Él asintió con vaguedad.

—Bueno, ¿y cómo lo hacemos? ¿Vendrás de vez en cuando? Ya sabes, para vernos —le preguntó él.

Mia se frotó las manos con nerviosismo.

—No, Fer. Necesito estar sola. No te puedo prometer que volveré, por que no

sé cuando lo haré. Ni te puedo pedir que me esperes, eso no sería justo.

Él la miró confundido.

—Espera... —puso las manos en alto y se alejó de ella—. ¿Significa eso lo que creo que significa? ¿Quieres que cortemos?

—Si lo dices así suena fatal —musitó ella.

—¡Y cómo quieres que lo diga! Es lo que me estás pidiendo, ¿no? —los ojos de Fernando se llenaron de lágrimas.

Ella intentó tocarlo, pero él se apartó dolido.

—Ojalá tu hermano no lo hubiera arruinado todo. Ojalá no te hubiera dejado allí sola. Has cambiado, ¿dónde está la Mia de la que estoy enamorado? Dime qué puedo hacer para traerla de vuelta. Haré lo que tú me digas —susurró emocionado.

Mia sintió que las lágrimas le atenazaban la garganta.

—De eso se trata, me voy para buscarla. Estará por algún lugar, digo yo.

—¿En la India? —dudó él.

Ambos se echaron a reír débilmente.

—No lo sé, Fer.

—Pues si la ves, dile que estoy loco por ella. Y que si me pidiera que la esperara, lo haría sin dudar. Que esto no es justo.

Nada es justo, pensó con amargura Mia.

—¿Lo que tenemos no es lo suficiente bueno para soportar tanta distancia? —se temió él.

Mia sacudió la cabeza sin dudar, le cogió las manos y le dijo:

—Lo que tenemos es demasiado bueno, por eso no quiero estropearlo.

Fernando suspiró con pesadez y la besó. Cuando lo hizo, ella dudó. Pensó que tal vez no fuera la decisión correcta, pero fue incapaz de echarse atrás. En el fondo, sabía que seguir a su lado era un error. Necesitaba recomponerse a sí misma. Y cuando lo hiciera, tal vez estuviera preparada para él.

—Debería estar furioso contigo, pero no puedo. Espero que encuentres la felicidad allí donde vas, Mia. Lo deseo de todo corazón.

Mia supo la clase de persona que estaba dejando atrás, y se sintió tan conmovida como enamorada de él.

—Y yo espero que te conviertas en un gran abogado, Fer. Y no me mires así, por favor. Esto no es un adiós, es un hasta luego. Ninguno de los dos sabe lo que le deparará el futuro.

Fernando volvió a besarla, aquella vez con tanta pasión que la desarmó por completo. Le susurró al oído que esperaba que sus futuros estuvieran

entrelazados, y cuando se separó de ella lo hizo llorando. Se miraron por última vez antes de tomar caminos separados, y sin saber si el destino volvería a unirlos de nuevo.

Epílogo

Harley se despertó en la cama. Los primeros rayos de sol se colaban por el enorme ventanal de la habitación y tenía al hombre más maravilloso del mundo durmiendo a su lado. Se acurrucó junto a él, que dormía de espaldas, y le acarició la mejilla con cariño. Matt musitó algo en sueños y siguió dormido. Ella lo observó muy de cerca, y fue consciente de aquella arruga de su entrecejo que tardaría mucho tiempo en desaparecer. Cuando los recuerdos dejasen de doler y en su lugar solo quedase la aceptación. Entonces su querido Matt empezaría a mirar hacia delante, perdonaría a su madre y a su hermano, y pasaría página como ya había hecho ella.

Llevaba demasiado tiempo viviendo con rencor para dejarse llevar de nuevo por él. Ahora tenía al amor de su vida al lado, habían aclarado las cosas, y todo lo demás dejaba de tener importancia para ella. Pronto conseguiría la custodia de Scott, su hermano pequeño. Su colaboración con el FBI había sido crucial para resolver la desaparición del estudiante Jack Allen, así que a Hoover no le había quedado más remedio que cumplir su palabra. Y ella se moría de ganas de conocer a Scott. ¿Tendrían cosas en común? ¿La recibiría él con los brazos abiertos? Aquel era su mayor temor. Que Scott, con nueve años, fuese un niño huraño que no quisiese saber nada de su hermana.

Harley se levantó de la cama y llamó al servicio de habitaciones para pedir el desayuno. Pidió pains au chocolat, zumos, dos croque Monsieur y un par de cruasanes. Quería sorprender a Matt, igual que él la había sorprendido a ella con aquel viaje. Cuando regresaran a Golden Pont, la vieja casa de sus padres estaría reformada por completo. Tan solo quedaría de aquella destartalada casucha unos recuerdos que ya no dolían, sino que la hacían más fuerte. Y Scott se criaría con ellos, junto a dos personas que se amaban profundamente. En la clase de hogar en el que a ella le habría gustado crecer.

Se asomó a la ventana y contempló maravillada la Torre Eiffel. Si alargaba la mano, casi podía sentir que la rozaba con los dedos. Se alojaban en un céntrico y coqueto hotel parisino. Vestida con la camisa de Matt, pensó que las piezas de su vida comenzaban a encajar de una vez por todas. París para ellos, como se habían prometido cuando eran unos niños.

Recogió el desayuno cuando llamaron a la puerta y lo colocó sobre la mesita auxiliar que había junto a la cama. Se ató el cabello en una coleta y comprobó satisfecha que Matt comenzaba a despertarse. Cuando se levantó,

completamente desnudo, Harley se dio cuenta de que él seguía poniéndola nerviosa. Que puede que nunca se acostumbrara del todo a aquella atracción tan poderosa.

—Buenos días —le dijo.

Matt cogió la mitad de un sándwich, le dio un mordisco y se puso detrás de ella. Harley notó que se le erizaba el vello de la nuca, y sintió un calor reconfortante cuando él la besó el hombro. Luego le acarició la coronilla con la boca y la abrazó muy fuerte.

—Buenos días, mi amor.

Harley se estremeció al escuchar cómo la llamaba. *Mi amor*. Eran las dos palabras más bonitas del mundo. Se volvió lentamente hacia él, rodeó su cuello con las manos y lo besó. La embargó una sensación plena y deliciosa. Sintió que la piel le ardía cuando Matt le quitaba la camisa mientras le acariciaba todo el cuerpo. Sus ojos castaños la observaron con un profundo deseo, hasta que de repente dejó las manos quietas y dijo contrariado.

—Vaya, no puedo hacerlo.

Harley enarcó las cejas.

—¿Y eso por qué?

—Acabo de caer en la cuenta de algo. Nunca llegaste a decirme que me quieres. ¿Cómo crees que me siento?

Ella puso los ojos en blanco.

—Conque estás deseando escucharlo...

Matt asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Con todas mis fuerzas.

Ella se aclaró la voz y lo miró a los ojos con dulzura.

—Siempre fuiste un zoquete, Matt Parker.

El dio un respingo al ver cómo lo llamaba.

—Qué declaración de amor más horrorosa, inténtalo de nuevo.

—No tienes remedio, querido. Es evidente que estoy loca por ti —le dijo con suavidad, y lo tiró de un empujón a la cama.

Matt la miró con fuego en los ojos.

—Creo que vas a tener que dejármelo un poco más claro... —insinuó él.

Ella se subió a horcajadas encima de él y le acarició el pecho con las manos.

—Te quise cuando tenía dieciséis años, o puede que mucho antes. Cuando no sabía lo que era el amor, pero lo buscaba desesperadamente. Y conocí a un joven valiente, impetuoso y noble. Y me enamoré locamente de él. Luego la vida nos separó, y durante mucho tiempo traté de convencerme de que ya no

sentía nada por aquel joven. Entonces nuestros caminos volvieron a cruzarse, y conocí a un hombre atractivo, pasional, y peligroso... —Matt la miró completamente perdido, y ella continuó emocionada—. Un hombre que me hacía sentir lo mismo, solo que multiplicado por mil. Que convertía mi mundo seguro en una montaña rusa, por el que me sentía tan atraída que me daba miedo... y cuando supe ponerle nombre a lo que sentía, comprendí que era amor. Y no quiero que inventen una palabra nueva para lo que sentimos, Matt. Porque es amor, en mayúsculas. Porque siempre te he querido.

Matt respiró impresionado, le rodeó la cintura con los brazos y musitó:

—¿Ahora es cuando digo algo elocuente que esté a la altura?

Ella se echó a reír sin poder evitarlo. Sus ojos desprendieron una felicidad contagiosa. Una en la que Matt se perdió, y en la que de pronto sobró todo lo malo.

—Anda, bésame... —le pidió ella.

Y él la besó. Lo hizo como a ella le gustaba, hasta que las palabras sobraron y todo lo demás dejó de existir a su alrededor.

Un mes después...

El pulso se le había disparado. Volvió a mirar el reloj solo para comprobar que ya era la hora. Le sudaban las manos. Inspiró para hacerse a la idea. Estaba tan impaciente como nerviosa. A su lado, Matt le apretó la mano y le guiñó un ojo.

—Todo saldrá bien —la animó.

Harley se volvió indecisa hacia él.

—Pero... ¿y si me rechaza? ¿Y si no quiere saber nada de mí? ¿Y si...?

Matt le cogió el rostro con las manos.

—Tranquilízate. Cuando ese niño sepa lo que has luchado por él, te aceptará sin lugar a dudas.

—Quizá crea que ya es demasiado tarde —se lamentó ella—. O puede que no sea lo que él espera.

—Nunca es demasiado tarde, nosotros somos prueba de ello. Nunca es demasiado tarde para el amor.

Harley lo miró maravillada. Tenía suerte de tener a aquel hombre en su vida. Cuando la puerta de la casa de acogida se abrió, ella contuvo la respiración. A lo lejos, un niño desgarrado con una mochila al hombro los observó con una

mezcla de curiosidad y desconfianza. Comenzó a caminar hacia ellos con paso rezagado. Sin dudarlo, Harley corrió hacia él y se fundieron en un cálido abrazo.

Matt los observó conmovido desde la distancia. Era un crío de nueve años, con la misma mirada firme de ella. Nadie podía dudar de que fueran hermanos. Cuando ella le hizo un gesto para que se acercara, Matt echó a andar hacia ellos mientras una sensación nueva y reconfortante se apoderaba de él.

Mi familia, pensó orgulloso.

Nosotros, ¿para siempre?

© Por el texto, Chloe Santana

© Por el diseño de portada, Alexia Jorques

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

ÍNDICE

ÍNDICE

Diez años antes

1. Mia
2. Fernando
3. Logan

4. [Mia](#)
5. [Fernando](#)
6. [Logan](#)
7. [Sarah](#)
8. [Jessica](#)
9. [Mia](#)
10. [Sarah](#)
11. [Mia](#)
12. [Fernando](#)
13. [Mia](#)
14. [Logan](#)
15. [Mia](#)
16. [Mia](#)
17. [Sarah](#)
18. [Logan](#)
19. [Fernando](#)
20. [Mia](#)
21. [Mia](#)
22. [Fernando](#)
23. [Logan](#)
24. [Sarah](#)
25. [Jessica](#)
26. [Mia](#)
27. [Logan](#)
28. [Fernando](#)
29. [Mia](#)
30. [Mia](#)
31. [Fernando](#)
32. [Logan](#)
33. [Sarah](#)
34. [Mia](#)

35. [Logan](#)
36. [Sarah](#)
37. [Mia](#)
38. [Logan](#)
39. [Mia](#)
40. [Fernando](#)
41. [Jessica](#)
42. [Mia](#)
43. [Logan](#)
44. [Sarah](#)
45. [Fernando](#)
46. [Mia](#)
47. [Mia](#)
48. [Jessica](#)
49. [Fernando](#)
50. [Mia](#)
51. [Fernando](#)
52. [Sarah](#)
53. [Logan](#)
54. [Mia](#)
55. [Fernando](#)
56. [Logan](#)
57. [Mia](#)
58. [Logan](#)
59. [Mia](#)
60. [Sarah](#)
61. [Logan](#)
62. [Mia](#)

[Sobre la autora](#)

Diez años antes

Una mujer nunca olvida su primera vez. Su primer beso. Su primera escapada nocturna. La primera vez que hizo el amor. Y yo recordaba con exactitud como las manos de Fernando me habían llevado al éxtasis. Como la intimidad se había fraguado entre nosotros mientras las palabras sobraban. Como había tenido la esperanza de que a partir de entonces existiera un futuro para nosotros.

Hasta que todo se derrumbó. Entonces tuve que emprender mi camino en solitario por culpa de un secreto que aún me carcomía. Y explicarle a Fernando mi decisión fue una de las cosas más difíciles de mi vida, porque no pude contarle la verdad.

Cerré los ojos y recordé el momento.

—Ey, ¿qué tal estas? —me besó con suavidad, como hacía siempre.

Fernando creía que estaba destrozada porque John, mi hermano mayor, acababa de entrar en la cárcel. Tras haber descubierto que John había estado involucrado en la muerte de un estudiante de su fraternidad, se me había caído la venda de los ojos. Pero había algo más. Algo que ni Fernando ni mi familia sabían. Definitivamente estábamos en caminos distintos de la vida. Él se iba a ir a estudiar a Yale. Y yo... yo necesitaba alejarme de todo, porque la herida dolía demasiado.

—¿Ya has terminado de hacer la maleta? —le pregunté.

—Sí, prácticamente sí. Venía a preguntarte si ya sabes... si vendrás conmigo.

Él tenía la esperanza de que lo acompañara a Yale. De que me matriculara en periodismo y comenzáramos juntos en otro lugar. Sin ser el hijo del jardinero y la hija de sus jefes. Pero eso no entraba en mis planes porque había perdido la ilusión por todo. Sentía un dolor tan grande que

necesitaba alejarme de todas las personas que conocía y comenzar de nuevo. Y encontrar mi propio camino, fuera el que fuera.

—Sí, ya lo sé.

Fernando me miró entre la incertidumbre y la esperanza.

—Me voy a la India, a la fundación de mi familia. Quiero verlo todo de cerca y ayudar. Es lo que más me apetece en este momento.

Se quedó perplejo. Al principio creyó que era una broma, hasta que poco a poco lo fue asimilando.

—¿A la India? Pero Mia... ¿qué se te ha perdido a ti allí? Ya sé que después de todo lo que has vivido necesitas olvidar, pero también podrías hacerlo en Yale. O en la universidad que tú elijas. No tienes que sacrificarte por los pecados de tu familia.

Me abracé a mí misma. Él no entendía nada. No se trataba de sacrificarme, no lo hacía por eso. Necesitaba ocupar mi mente. Ser útil y olvidar todo lo que sabía. Todo lo que sabía y lo que los demás obviaban.

—Es que no quiero ir a Yale... ni a ninguna otra universidad. Sé que no puedes entenderme, pero ahora necesito esto.

Él asintió con vaguedad.

—Bueno, ¿y cómo lo hacemos? ¿Vendrás de vez en cuando? Ya sabes, para vernos.

Me froté las manos con nerviosismo. Dicen que en las rupturas al que dejan es el que peor lo pasa, pero aquel día descubrí que cuando dos personas se quieren de verdad, no importa quién de el paso.

—No, Fer. Necesito estar sola. No te puedo prometer que volveré, porque no sé cuándo lo haré. Ni te puedo pedir que me esperes, eso no sería justo.

Me miró confundido.

—Espera... —puso las manos en alto y se alejó de mí—. ¿Significa

eso lo que creo que significa? ¿Quieres que cortemos?

—Si lo dices así suena fatal —musité.

—¡Y cómo quieres que lo diga! Es lo que me estás pidiendo, ¿no? — los ojos de Fernando se llenaron de lágrimas.

Intenté tocarlo, pero él se apartó dolido.

—Ojalá tu hermano no lo hubiera arruinado todo. Ojalá no te hubiera dejado allí sola. Has cambiado, ¿dónde está la Mia de la que estoy enamorado? Dime qué puedo hacer para traerla de vuelta. Haré lo que tú me digas —susurró emocionado.

Las lágrimas me atenazaron la garganta.

—De eso se trata, me voy para buscarla. Estará por algún lugar, digo yo.

—¿En la India? —dudó él.

Nos reímos débilmente.

—No lo sé, Fer.

—Pues si la ves, dile que estoy loco por ella. Y que si me pidiera que la esperara, lo haría sin dudar. Que esto no es justo.

Nada es justo, pensé con amargura.

—¿Lo que tenemos no es lo suficiente bueno para soportar tanta distancia? —se temió él.

Sacudí la cabeza sin dudar, le cogí las manos y dije:

—Lo que tenemos es demasiado bueno, por eso no quiero estropearlo.

Fernando suspiró con pesadez y me besó. Dudé. Pensé que tal vez no fuera la decisión correcta, pero fui incapaz de echarme atrás. En el fondo, sabía que seguir a su lado era un error. Necesitaba recomponerme a sí misma. Y cuando lo hiciera, tal vez estuviera preparada para él.

—Debería estar furioso contigo, pero no puedo. Espero que

encuentres la felicidad allí donde vas, Mia. Lo deseo de todo corazón.

Supe la clase de persona que estaba dejando atrás y respiré emocionada.

—Y yo espero que te conviertas en un gran abogado, Fer. Y no me mires así, por favor. Esto no es un adiós, es un hasta luego. Ninguno de los dos sabe lo que le deparará el futuro.

Volvió a besarme, aquella vez con tanta pasión que me desarmó por completo. Me susurró al oído que esperaba que nuestros futuros estuvieran entrelazados, y cuando se separó de mí lo hizo llorando. Nos miramos por última vez antes de tomar caminos separados, y sin saber si el destino volvería a unirnos de nuevo.

Y en ocasiones como aquella, cuando la nostalgia se apoderaba de mí, temía haber tomado la decisión equivocada.

1. Mia

Recorrí con los dedos la espalda de Anand, mi guía en aquella región recóndita y alejada. Desnudos sobre las sábanas de seda, el cuerpo moreno del joven indio estaba perlado por el sudor. Aquella vez no tendría que dar explicaciones, porque Anand parecía buscar lo mismo que yo: una distracción. Alargó el brazo y me cogió los nudillos, besándomelos muy despacio.

—Pareces triste —señaló. Sus ojos oscuros me estudiaron con curiosidad.

—No estoy triste, solo pensativa.

—¿Te da miedo volver a casa?

—Un poco —admití, pues se me daba fatal mentir.

—No debería asustarte volver al hogar que te vio crecer.

No, no debería. Pero llevaba demasiado tiempo postergando esa visita y no me quedaba más remedio que dejarme ver. Apenas pasaba por allí, excepto en navidades y en las fechas más señaladas.

—¿Me vas a echar de menos? —bromeé.

Sabía de sobra que Anand me olvidaría con la primera turista guapa que se encontrara por el camino. Y yo haría lo mismo con él, como siempre. Me arrojaría a los brazos del primer extraño que pudiese darme algo de cariño porque así era más fácil.

—Todos te echaremos de menos. Pero recuerda que aquí no eres indispensable.

—Auch. Eso me ha dolido.

Mi último destino había sido Antapur, una recóndita región de la india donde escaseaba el agua potable. En principio había viajado allí para tres meses, como le prometí a mi hermano. Pero como siempre, me encariñaba con la gente, los niños y su cultura. Y cualquiera excusa era buena para pisar mi

casa lo menos posible.

— Lo que quiero decir es que aquí haces falta. Pero probablemente les haces más falta a los tuyos —me explicó Anand.

Sabía de sobra que tenía razón. Anand era observador y poco hablador, pero cuando abría la boca siempre daba en el clavo.

—Pero... deberíamos aprovechar el tiempo que nos queda —añadió juguetón, antes de lanzarse sobre mí.

Escuchamos pasos en el pasillo y ambos nos tensamos. Anand se llevó un dedo a la boca para que guardara silencio, y asentí con el rostro pálido. Había sido una locura dejarme arrastrar hacia aquella habitación de hotel. Ya me habían avisado de que me dejara ver lo menos posible hasta que saliera mi avión. Todo se remontaba a unas semanas atrás, cuando me metí en un lío con un cazador furtivo al que denuncié ante las autoridades. O puede que fuera porque era una testigo crucial de un juicio que se celebraría en Nueva York dentro de tres meses. La única verdad incuestionable era que mi vida corría peligro, y el porqué era lo que menos me importaba en aquel momento.

Anand colocó una silla tras la puerta mientras yo me vestía a toda prisa. Luego deshizo las sábanas y las ató con fuerza a la pata de la cama. Las lanzó por la ventana del tercer piso y abrí los ojos de par en par.

—No estarás pensando... —me temí.

Tiró de mí hacia la ventana. Odiaba las alturas, debía de estar bromeando. Pero cuando escuché los golpes en la puerta, comprendí que no teníamos otra salida. Nos encaramamos a la improvisada cuerda justo cuando la puerta se derrumbó. Un segundo después comenzaron los disparos.

Logramos escapar por los pelos. Anand pagó a un vendedor ambulante para que nos llevara hasta la embajada estadounidense. Todavía tenía la

adrenalina corriendo por mis venas y algunos rasguños en el rostro, prueba de que me había convertido en una kamikaze en pro de las causas humanitarias.

Diez años dan para mucho. En momentos como ese, cuando echaba la vista atrás y la melancolía me abrumaba, me daba cuenta de que mi vida distaba mucho del ser el camino idílico que había imaginado con diecisiete años. El de la chica alegre, testaruda, algo caprichosa y volátil que soñaba con comerse el mundo. Esa para la que no existían las complicaciones.

Cuando tenía diecisiete años y demasiados pajaritos en la cabeza, no tenía ni idea de que me convertiría en una persona solitaria y a la que le costaba echar el ancla. Desde que me fui de casa y pasé todo un verano en Antapur, la fundación benéfica que mi familia tenía en la India, corté todo lazo con el pasado. Me gradué en periodismo en una universidad pública y rechazé el dinero de los míos porque sabía que estaba contaminado. Porque guardaba un secreto que solo era mío.

Quién le hubiera dicho a esa cría que me convertiría en una filántropa que viajaba por el mundo siendo la cara más amable del imperio económico de su familia. Aceptaba ser la imagen benéfica de Los Parker porque aquello me permitía desarrollar mis proyectos. Desde construir pozos en África, hasta financiar escuelas en la India o dar oportunidades laborales a los más desfavorecidos. Y por qué no decirlo; aquello me obligaba a pasar en casa menos tiempo.

Mientras mi hermano me ladraba por teléfono, me recosté en la cama y clavé la vista en el techo. No podía explicarle que lo de hoy tampoco era para tanto. Que llevaba diez años enfrentándome a amenazas de muerte porque luchaba por aquellas causas que otros ignoraban.

—¡Mia! ¿Me estás escuchando?

—Sí, cómo no hacerlo. Me estás gritando, Matt.

—Porque eres una maldita inconsciente. Tienes que testificar en ese

juicio dentro de tres meses, y mientras tanto estás jugando a ser Lara Croft en la India. ¿Cuándo piensas volver a casa? O, mejor dicho, ¿cómo? ¿En un ataúd?

Me masajee las sienes. Matt tenía razón, punto para él. Pero pasar tanto tiempo en casa me resultaba demasiado difícil. Sobre todo, teniendo en cuenta que me habían llegado ciertos rumores.

—No, Matt, es solo que...

—Ya te he reservado un vuelo. Pasarán a recogerte dentro de dos horas. Hablaremos cuando llegues a casa. Y por favor, no hagas más excursiones de las tuyas. Te lo suplico.

Suspiré. No podía hacerle eso a mi familia, así que tuve que claudicar. Me dije que pasaría un par de días en casa, les haría la visita de rigor y luego me trasladaría a la casa de verano que teníamos en Malibú hasta que llegase el juicio.

—Mia, hay algo que debes saber antes de que vuelvas. Pero antes prométeme que no te echarás atrás cuando te lo diga —me pidió mi hermano.

—Uhm... ¿tengo otra opción?

—No.

—Entonces dispara.

—Fernando se ha mudado al pueblo.

Sentí que la cabeza me daba vueltas. Llevaba diez años evitándolo. A él, que había sido mi primer y único amor. El chico con el que perdí la virginidad. El hijo del jardinero, que por lo que sabía se había convertido en un gran abogado por el que las mujeres suspiraban.

Los rumores eran ciertos. Ahora sí que tenía un problema.

2. Fernando

Observé al hombre del espejo y tuve algo muy claro: ya no quedaba nada del hijo del jardinero que había trabajado en casa de Los Parker. Hacía diez años que aquel chaval desgarrado se había mudado para estudiar en Yale. Le había costado esfuerzo, horas de estudio y fregar muchos platos, pero había merecido la pena. Ahora me había convertido en un joven abogado que estaba a punto de formar parte de uno de los bufetes más importantes del país.

Me lo merecía.

Mi padre merecía que le diera una vida tranquila y con una casa propia. Que dejase de trabajar de sol a sol para otros y empezara a disfrutar de la jubilación. Así que le había regalado una casa en Golden Pont y me había mudado allí con él, pues el bufete estaba a una hora de camino.

No es que tuviera nada en contra de la familia Parker. De hecho, nos habían tratado fenomenal cuando mi padre trabajaba para ellos. Pero por fin me había forjado mi propio camino y podía tratarlos de tú a tú. Formaba parte de aquella escala social que se me llevaba negando toda la vida. Por ser hijo de emigrante y trabajar para una de las familias más adineradas del país. Pero ahora era uno de ellos.

—Cielo, ¿qué le queda al chofer? —Jessica pasó por mi lado envolviéndome con su perfume—. ¿Has visto mi pulsera de Cartier?

—No, pero no te pongas a buscarla ahora.

Mi prometida hizo un mohín y me ignoró. Era una mujer preciosa y la hija de mi futuro jefe. Que le hubiese pedido la mano había decantado la balanza a mi favor, para qué engañarnos. Pero había aprendido a moverme en aquella esfera de lujos, negocio y frivolidad. Y Jessica era la esposa perfecta para mí y para mi actual estatus. Sabía de protocolo, practicaba hípica y tenía muchos contactos. Había sido la mejor elección.

—¡Aquí está! —exclamó triunfal—. Por un segundo creí que María me la habría robado. Tiene las manos muy largas.

María era nuestra empleada de hogar y confiaba ciegamente en ella.

—Jamás haría una cosa así —le dije.

Ella envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y me atrajo hacia su boca. Sus ojos azules me observaron con una mezcla de placer y deseo. Yo había sido su trofeo, eso lo sabíamos los dos. Si para mí ella era la apuesta segura para entrar en el bufete de su padre por la puerta grande, yo era para ella una excitante combinación de hombre triunfador y hecho a sí mismo.

—Eso es lo que más me gusta de ti, cielo. Tu nobleza.

Creo que lo que más le gustaba de mí era cuando la agarraba del pelo y la montaba como un animal sobre la mesa de la cocina. Eso era lo que la había conquistado. La emoción y la seguridad que yo podía ofrecerle. Y ahora que lo pensaba, aun nos quedaba media hora antes de que el chofer pasara a buscarnos. La miré de tal forma que ella entendió lo que se me pasaba por la cabeza y soltó una risilla nerviosa.

—¿Ahora? ¿Y tu padre?

—Haciéndole una visita a los vecinos.

La tiré sobre el sofá y le subí el vestido. Con una mano me desabroché la bragueta y con la otra la acaricié entre los muslos. Ella jadeó y abrió las piernas, dispuesta a recibirme.

—Así que mi nobleza es lo que más te gusta de mí...

Ella esbozó una sonrisa ladina y me envolvió la cintura con las piernas. Me tiró del pelo mientras me la follaba como un salvaje. A los dos nos gustaba así. Le susurré al oído todo lo que sabía que la pondría a punto, y ella gimió de placer. Diez minutos después, me dejé caer sobre su cuerpo mientras ella me acariciaba la mejilla. El sonido de la televisión se mezclaba con nuestras respiraciones entrecortadas. De repente, Jessica me apartó de un

empujón y le dio voz a la tele.

—Oye, ¿esa no es Mia Parker?

Escuchar su nombre fue como recibir una patada en el estómago. Contemplé la pantalla, en la que se mostraba a una mujer vestida con ropa deportiva, sin maquillaje y que posaba abrazada a un grupo de huérfanos. En aquella imagen no quedaba nada de la muchacha presumida y mimada que me había robado el corazón hacía diez años. Pero al fin y al cabo, tampoco quedaba nada del chico que fui por aquella época.

—¡Eso le pasa por jugar a ser la Madre Teresa! —se burló con malicia Jessica—. Le encanta llamar la atención, ¿no crees? Su familia está forrada. No entiendo a qué viene todo ese rollo de la beneficencia, la verdad. Supongo que es una manera de lavar la imagen de su familia desde que a su hermano lo encerraron en prisión.

Me dolió que hablara de ella de esa manera, pero no la contradije. ¿Para qué? Ya no sentía nada por aquella mujer. Diez años daban para olvidar.

—Tú la conocías, ¿no? Trabajaste para su familia. Ahora que lo pienso, ¡vamos a ser vecinas!

—Apenas tuvimos relación —mentí.

En las noticias decían que habían intentado atentar contra su vida, y que se rumoreaba que podía deberse a los numerosos enemigos que había hecho en su trayectoria como filántropa. Me estremecí. *Joder, Mia, ¿en qué líos te habías metido?*

—Podríamos hacerles una visita. Los Parker son una de las familias más ricas del país. Nos vendría bien entablar relación con ellos —propuso.

—Ni hablar.

—Pero...

Le lancé una mirada dura. No pensaba volver a poner un pie en casa de los Parker, y mucho menos teniendo en cuenta que Mia estaba a punto de

volver. Porque me había dejado tirado. Lo entendí el primer año, cuando empecé a sospechar que iba de visita cuando se aseguraba de que yo ya me había largado a Yale. Me había estado evitando.

¿Por qué lo hiciste, Mia? ¿Por qué te empeñaste en separarnos?

Poco importaba ya. No sentía nada por ella, y al hombre en el que me había convertido no le interesaban las filántropas que abogaban por causas perdidas.

— Pero nada, Jessica. No vamos a presentarnos sin avisar en casa de mis antiguos jefes.

Ella suspiró. Supuse que se había hecho a la idea de conocer a la famosa Mia Parker para luego cotillear con su grupo de amigas del club social. Cuando el chofer aparcó delante del porche delantero, regresé a mi vida repleta de lujos y negocios. *No, ya no había espacio para Mia Parker en ella*, determiné más tranquilo.

3. Logan

Taché el día del calendario y contemplé las cruces rojas con satisfacción. Seiscientos veintidós días sobrio. Todo un logro teniendo en cuenta mis antecedentes. Luego me vestí con ropa deportiva, salí a correr y regresé al cabo de una hora, tras haber realizado mis quince kilómetros obligatorios. Todas las mañanas la misma rutina. Me aliviaba tenerlo todo organizado, porque así me dejaba poco tiempo para pensar.

Tras salir de la ducha, desayuné con un apetito voraz mientras leía los emails atrasados. Rechacé los encargos menos importantes y me debatí entre dos. Uno de ellos me llevaría hasta Seattle para proteger a un congresista que llevaba un par de semanas recibiendo amenazas, y el otro me obligaría a desplazarme hasta San Diego para comprobar las medidas de seguridad del concierto de una importante estrella del pop.

¿Por cuál de ellos me pagarían más? Calculé los gastos y comprobé que el congresista de Seattle ganaba por un pequeño margen, así que me dispuse a escribirle una respuesta. Me podía permitir ser selectivo en mi trabajo porque me había ganado una buena reputación. Estuve a punto de pulsar la tecla *intro* cuando llamaron a la puerta.

Que no sea Anna, supliqué para mis adentros.

Mi nueva vecina llevaba lanzándome indirectas desde que se presentó delante de mi puerta con un bizcocho casero. Era una mujer joven, casada y parecía muy aburrida. Y yo no tenía el menor interés en ofrecerle ningún tipo de distracción. Pero cuando abrí la puerta, me encontré con Dev, mi mejor amigo. Suspiré aliviado.

—Ah, eres tú —lo invité a pasar con un gesto de cabeza.

—¿Esperabas a alguien más?

No le dije, porque en el fondo ya lo sabía, que adoraba la soledad.

Que las Annas y las mujeres en general ya no me interesaban. Hubo un tiempo en el que sí lo hicieron, ¡y de qué manera! Pero hacía cuatro años que solo me permitía algún escarceo sexual de vez en cuando. Porque tenía necesidades, al fin y al cabo. Por todo lo demás, me podrían haber confundido con un monje budista.

—Tengo un encargo para ti —me informó.

Eché un vistazo a mi salón y pareció aliviado de no encontrar nada fuera de lugar. Contuve el impulso de gritarle que llevaba casi dos años sin probar una gota de alcohol. Sabía de sobra que Dev se preocupaba por mí, pero no soportaba la compasión.

—Estaba a punto de aceptar uno —le respondí.

Dev me ofreció una carpeta.

—Te pagarán bien. Estoy convencido de que ninguno de los otros encargos mejorará la cantidad.

Pasé uno a uno los folios y abrí los ojos de par en par. En efecto, la suma de dinero no era para nada desdeñable. Leí la información por encima y el interés se me fue pasando.

—Ya sabes que paso de hacer de canguro de niñas malcriadas —le dije.

—¿No conoces a Mia Parker? Es una activista bastante famosa.

Su nombre no me sonaba de nada. Pero tenía veintiocho años y se había criado en una familia asquerosamente rica, por la cantidad de dinero que me ofrecían por protegerla. Estaba cansado de ser el guardaespaldas de aquellas pijas insufribles. La gran mayoría fantaseaban con vivir una tórrida historia de amor a lo Whitney Houston, pero las pobres no se enteraban de que a mí me interesaban tanto como un bonsái. Todas estaban cortadas con la misma tijera.

—¿No ves las noticias? —se burló Dev—. Le debo un favor a su

hermano, y me ha pedido que encontrara a alguien de confianza. Intentaron atentar contra su vida en la India, y ahora está tomando un vuelo hacia Luisiana. Piénsatelo, tío. Nadie te pagará tanto por un trabajo tan sencillo. Hasta podrías retirarte después de esto, ¿no es lo que querías?

Dev me arrancó la carpeta de las manos y me pasó una foto. Era una joven morena y esbelta. En la fotografía aparecía abrazada a una tribu africana y sonreía radiante a la cámara.

—Y además está buenísima —añadió, guiñándome un ojo.

—Si tú lo dices...

Releí la información por encima. Mi amigo tenía razón en algo: nadie me pagaría tanto por un trabajo tan sencillo. De hecho, podría retirarme con aquella cantidad y emprender el negocio que tenía en mente. Volví a fijarme en la tal Mia Parker, que probablemente sería una de esas chicas ricas que necesitaban gritarle al mundo lo generosas que eran. ¿Cuánto tardaría en casarse con un millonario y olvidarse de su labor altruista? Antes de los treinta, repuse.

—Este es el número de su hermano —Dev me tendió una tarjeta—. Está esperando tu llamada.

—¿Ya le habías dicho que sí? —enarqué las cejas.

—Tío, son cinco ceros. Pues claro que ya le había dicho que sí. Solo un idiota rechazaría un encargo como ese.

Antes de marcharse, Dev señaló hacia la mujer que asomaba la cabeza por la ventana del salón.

—¿Y esa quién es?

—Mi vecina, que no pilla las negativas.

Dev me dio una palmadita en la espalda.

—Pobre Logan, acosado por una mujer atractiva —bromeó.

—Dile que no estoy —le pedí, escondiéndome tras la barra americana.

Antes de hacerlo, pude ver que Dev ponía los ojos en blanco. Luego lo oí charlar con Anna, que terminó largándose. Entonces respiré aliviado y marqué el teléfono del tal Matt. Tras las explicaciones pertinentes, me puse a hacer la maleta y me preparé para mi nuevo encargo: Mia Parker. Solo esperaba que no fuese una de esas ricachonas complicadas y volubles, porque la paciencia no era lo mío.

Observé la fotografía enmarcada que había sobre mi mesita de noche y acaricié el rostro con nostalgia. Una punzada de dolor me apretó el pecho y contuve las ganas de romper algo. O ir al bar más cercano y saquear sus reservas de whisky. Pero la mirada inocente e infantil de la foto me obligó a ser fuerte.

— Ya casi lo tengo, April — le dije, y besé el cristal.

Metí el marco dentro de la maleta y cerré la cremallera. Me prometí que aquel sería mi último encargo, y luego me sentí mejor. Por fin cumpliría la promesa que le había hecho a mi hija.

4. Mia

Cuando el avión aterrizó, supe que no debería experimentar aquel desasosiego. En casa me esperaban personas que me querían de verdad. Estaba mi madre, a la que apenas había visto en los últimos años. Mi cuñada y mis sobrinos, a los que adoraba. Y Matt, al que quería con locura. Nada podía salir mal estando allí.

Pero en el fondo sabía que todo podía salir mal. Podía irme de la lengua, algo que llevaba sopesando durante varios años. Podía quedarme callada, y que aquel secreto siguiera atormentándome. E incluso podía encontrarme por casualidad con Fernando.

Un momento, ¿y qué? Ya no sentía nada por él. Al principio lo había idealizado por ser mi primer amor. Pero llevábamos diez años sin vernos, y por las palabras de su última carta, era evidente que él había cortado cualquier lazo que nos uniera. No era de extrañar, teniendo en cuenta que fui yo quien rompió el contacto sin darle ninguna explicación.

Lo vi a lo lejos, junto al resto de gente que esperaba a sus familiares. Matt ya rondaba los cuarenta y se había convertido en el director de la empresa familiar. Hubo un tiempo en el que fue feliz siendo el sheriff local de Golden Pont, pero entonces John entró en la cárcel y Matt tuvo que renunciar a su trabajo. Que mi hermano era una buena persona era evidente para cualquiera que lo conociera un poco. Pero ahora veía que de verdad era feliz. Junto a Harley, su primer amor, había formado una familia preciosa. Y yo me lo estaba perdiendo todo...

—¡Por fin! —me estrechó entre sus brazos hasta dejarme sin aliento—. Pequeñaja, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que te vi? ¿Medio siglo?

—Seis meses.

—Demasiado tiempo.

—No me llames pequeñaja. Ya tengo veintiocho años, Matt —le recordé sonriendo.

Él se encogió de hombros.

—Para mí siempre serás mi hermana menor. Y por los líos en los que te has metido últimamente, sigues mereciéndote ese mote.

—¡Oye! — me quejé, y le golpeé el hombro.

Me quitó la maleta de las manos y lo acompañé hacia la salida. Noté que nos seguían algunos hombres vestidos de negro y suspiré. No me lo podía creer.

—¿En serio? Esto es demasiado. Podrías haberme avisado de que iba a tener un séquito de gorilas siguiendo todos mis pasos —le recriminé.

—Te lo has buscado. ¿Qué quieres? ¿Qué deje que te maten? —su voz tembló de rabia.

Sabía que era imposible discutir con él cuando se ponía así, pero de todos modos lo intenté.

—Ahora estoy en casa, Matt. Contamos con las mejores medidas de seguridad. ¿Qué me va a pasar?

—No lo sé, dímelo tú. ¿Por qué alguien intenta matarte?

—Supongo que porque soy una persona incómoda. Me he granjeado muchos enemigos gracias a mi trabajo.

Bufó.

—Tu trabajo —repitió consternado—. De haber sabido que ibas a involucrarte tanto, jamás habría permitido que te largaras a la India hace diez años. Te has vuelto loca. No sé si buscas que te nominen al premio nobel de la paz o algo... pero estaría bien que nos concedieras una tregua de vez en cuando.

Le apreté el brazo con cariño. No quería hacerlos sufrir, pero mi

trabajo era una parte fundamental de mi vida. Me marché para olvidarme de todo, pero al final las causas por las que luchaba me robaron el corazón. ¿Quién lo hubiera dicho?

—Ahora estoy aquí, ¿no?

Matt aflojó una sonrisa, y yo se la devolví. Al menos, ser la hermana pequeña tenía sus ventajas.

—¿Cómo que un guardaespaldas personal? ¡Ya tengo suficiente con ese grupo de matones enchaquetados! ¿En serio, Matt? —lo miré atónita, pero él apenas se inmutó.

—En serio.

—Podrías consultarme a mi primero, digo yo.

—Podrías dejar de intentar que te maten, o algún día lo conseguirás.

Resoplé. Ni siquiera había cruzado la puerta de entrada, y Matt ya se estaba entrometiendo en mi vida. No estaba acostumbrada a que decidieran por mí. De hecho, sabía cuidar bastante bien de mí misma, teniendo en cuenta que llevaba diez años viajando por el mundo y seguía viva.

—Tampoco me ha ido tan mal en todo este tiempo, ¿no? —le dije.

—Si recibir amenazas de muerte y que la embajada americana te haya tenido que escoltar hasta el aeropuerto es que las cosas te vayan bien, de acuerdo, tienes razón —ironizó.

Puse los ojos en blanco. Iba a replicarle que ya casi rondaba la treintena y que no permitía que me mangonearan, pero entonces mis sobrinos corrieron hacia mí y casi me derrumbaron. Susan saltó a mi cuello y Jack se abrazó a mi cintura.

—¡Ah, socorro, dos monos intentan atacarme! —me burlé.

—¿Nos has traído un regalo, tita? —preguntó ilusionado el niño.

—Eso no se pregunta, ¡bobo! ¡Es de mala educación! —le soltó la niña.

Antes de que pudiera separarlos, los niños se enzarzaron en una pelea en la que a todas luces Susan llevaba las de ganar. Los observé fascinada y me eché a reír. Me recordaban a Harley y Matt, que de pequeños se habían llevado a matar. Al final aquellos dos habían acabado juntos, pese a que mi madre y mi hermano hubieran intentado separarlos por diferentes razones. De hecho, no estaba segura de que Matt hubiera perdonado del todo a mi madre.

—Susan me recuerda a alguien —bromeé.

Matt puso cara de circunstancia.

—No me digas. Tiene el mismo mal genio que su madre. Mi pobre Jack siempre obedece con tal de no escucharla —respondió mi hermano.

—Eh, ¡qué te he oído! —gritó Harley.

Mi cuñada se acercó a mí, y pude contemplar que seguía siendo tan hermosa como siempre. Le di dos besos y ella me apretó la mano con cariño.

—¡Menos mal que ya estás en casa! Me asusté muchísimo cuando te vi en la tele —me contó.

—¿He salido en las noticias? —pregunté perpleja.

Mi hermano puso mala cara.

—Sí. Esos buitres se acercaron hasta aquí para cotillear. ¿Entiendes ahora por qué hemos tenido que aumentar las medidas de seguridad? —me explicó.

Harley me pasó un brazo por los hombros y me acompañó hacia la casa. Aproveché que Matt se había quedado unos metros por detrás, riñéndole a los niños, para hacerle la pregunta de rigor.

—¿Cómo están las cosas entre él y mamá?

—Genial. De hecho, tenemos pensado mudarnos aquí ahora que Penelope está un poco más... —miró a su alrededor, para comprobar que mi

madre no podía oírnos—. Mayor.

Suspiré aliviada. Al menos, diez años habían bastado para que Matt perdonara a mamá de una vez por todas. Y esa era otra razón de peso para mantener la boca cerrada. Después de todo lo que habíamos sufrido, no quería reabrir viejas heridas. ¿Para qué? John seguí en la cárcel y nada iba a cambiar. Era mejor así.

—Me parece genial que vayas a testificar en el juicio de esa chica. Quiero decir, no todo el mundo tendría las agallas suficientes para hacerlo. Todos nos sentimos muy orgullosos de ti —comentó Harley.

—Solo voy a contar lo que vi —respondí con desgana—. Ya sé que algunas personas piensan que haré más mal que bien. Pero es la verdad, no pienso mentir por muchas buenas obras que haya hecho.

—¿Crees que tiene algo que ver con las amenazas que has recibido? —se temió.

Antes de que pudiera responderle, mi madre salió de la cocina y corrió hacia mí. En cuanto la abracé, me di cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Penelope Parker, que adoraba cocinar, olía a tarta de manzana recién hecha, mi favorita.

—¡Mi niña, por poco me dio un infarto cuando te vi en los informativos! —exclamó, con lágrimas en los ojos. Me sentí repentinamente culpable y me mordí el labio. Mi madre me apretó las mejillas y observó horrorizada las magulladuras—. Menos mal que ya estás en casa. ¿Te han hecho daño? ¿Te duele algo?

—Mamá, estoy bien —la tranquilicé, y forcé una sonrisa—. De verdad, te lo prometo. Me encuentro perfectamente.

Ella frunció el ceño al reparar en mi maleta.

—Odio esa maleta roja. Rezo todos los días para que la tires a la basura y te establezcas de una vez por todas en casa —murmuró con malestar.

—Mamá, ya lo hemos hablado... —respondí agotada.

—¡Sí, pero sigues en tus trece! Todo el rato de arriba para abajo. Con la maleta a cuestas de un sitio a otro. ¿No te cansas de viajar tanto?

—Al menos sabemos que va a pasar tres meses en casa —la animó Harley.

Mi madre sonrió esperanzada.

—¡Tres meses! —exclamó ilusionada—. Ni siquiera en navidad te quedas tanto tiempo.

Contuve el impulso de decirle que no sabía si me quedaría tanto tiempo. Que tal vez, me fuera a la casa de verano hasta el día del juicio.

—Quién sabe si en ese tiempo te enamoras y sientas la cabeza. Eso es lo que te hace falta, ¡un hombre!

Solté una carcajada.

—Soy demasiado joven para comprometerme.

Mi madre puso cara de no estar de acuerdo, pero lo dejó estar. Me dirigí hacia mi habitación para deshacer la maleta, y en cuanto crucé la puerta sentí aquella conocida sensación. Una mezcla de añoranza y pánico. Inspiré con fuerza y caminé en dirección a la mesita de noche donde reposaba la foto de mi padre.

—Cuánto te echo de menos, papa —susurré con voz quebrada—. Perdóname, por favor. Sabes que lo hago por ellos.

Cuando terminamos de almorzar, Matt me pidió que lo acompañara a su despacho. Lo hice de mala gana porque sabía a qué se debía aquel reclamo. En cuanto llegué, me encontré con el hombre más imponente que había visto en toda mi vida. Vestía completamente de negro, pero no llevaba el clásico traje de guardaespaldas. Debía medir casi dos metros, y frente a él me sentí como

una pulga. Llevaba el cabello rapado al estilo militar, y bajo la ropa se apreciaba un cuerpo lleno de músculos. Tenía una expresión adusta y profesional, carente de emociones. Una mandíbula prominente, la nariz recta y unos ojos grises y glaciales. Me estremecí.

—Te presento al señor Prexton, tu guardaespaldas —me dijo Matt.

Casi estuve a punto de retroceder, pero me contuve. Tuve que elevar la cabeza para sostenerle la mirada. Era evidente que aquel hombre estaba allí para protegerme, pero tuve la sensación de que podría romperme en dos de un abrazo. Joder, era un gigante.

El tal Prexton me dedicó un gesto de asentimiento que me pareció tan descortés como frío. Dado que íbamos a pasar bastante tiempo juntos, le ofrecí la mano.

—Encantado de conocerlo, Señor Prexton.

Envolvió mi mano con la suya y la hizo desaparecer. El apretón fue formal y breve. Intenté descifrar qué clase de impresión le había ofrecido, pero me fue imposible. Su cara era una máscara de seriedad.

—Encantado de conocerla, señorita Parker. Soy Logan Prexton, y me encargaré de mantenerla segura en todo momento —lo dijo de manera mecánica, y me dio la impresión de que estaba hablando con una especie de máquina. Una bastante eficiente y carente de emociones.

—Os dejo solos para que os pongáis al día —comentó mi hermano, y se dirigió hacia la puerta. Pero antes de hacerlo, me echó una de sus miraditas —. Señor Prexton, confío plenamente en usted. Y sobra decir que es usted quien está al mando, diga lo que diga mi hermana.

Lo fulminé con la mirada antes de que cerrara la puerta, ¡cómo se atrevía! Luego me volví hacia mi guardaespaldas, que seguía con la misma expresión indescifrable. Empecé a ponerme nerviosa. Puede que fuese porque medía casi dos metros, pero aquel hombre me inquietaba. No sabría decir el

porqué, pero me produjo un rechazo casi espontáneo. No estaba acostumbrada a los tipos como él. Pero, ¿quién sí?

—¿Tiene idea de quién podría querer hacerle daño? —me preguntó.

La pregunta me pilló desprevenida.

—Pues... no, la verdad. Quiero decir, gracias a mi trabajo me he granjeado algunos enemigos, y llevo recibiendo amenazas de diferentes grupos de presión desde que comencé a trabajar en la fundación de mi familia. La lista es larga, Señor Prexton.

—¿Es la primera vez que intentan acabar con su vida?

Vaya, le gustaba ir al grano.

—No —respondí sin vacilar.

Él ni siquiera se inmutó.

—Ya he hablado con la policía, pero no saben nada sobre el atacante de la India. Prepáreme un dossier para antes de esta noche con todos los enemigos que haya podido hacer a lo largo de los años. También necesitare acceso a su correo electrónico, su teléfono y las cartas de amenazas que haya recibido —me pidió.

No estaba acostumbrada a que me dieran órdenes, así que me lo quedé mirando con cara de póker. Lo de la lista podía entenderlo, ¿pero darle acceso a mi correo electrónico? ¿De qué iba aquel hombre?

—No voy a darle la contraseña de mi email, Señor Prexton —determiné tajante.

—Entonces déjeme su portátil con el correo abierto. Necesito rastrear la dirección de ip y conocer las pautas comunes. Quiero leer aquellos mensajes que puedan ayudarme a dar con la persona que intenta asesinarla. Su vida personal no me interesa, señorita Parker —me explicó, con un destello de irritación.

Era evidente que no estaba acostumbrado a que lo contradijeran.

—Muy bien, pero yo estaré delante. No me siento cómoda exponiendo parte de mi vida privada, por mucho que a usted no le interese.

Apretó la mandíbula y noté que estaba empezando a sacarlo de sus casillas.

—¿Cree que ser testigo en ese juicio tiene algo que ver con el ataque?
—quiso saber.

—No lo sé. Kevin Woods es un hombre poderoso, pero hasta el momento solo había recibido llamadas bastante educadas de su parte para que no testificara. Simples peticiones informales, nada más.

—¿De él, o de sus abogados?

—Me llamó él personalmente —respondí, sin entender qué importancia tenía aquello.

—También necesitaré un cuadrante con sus horarios y salidas programadas.

—¿Cómo? —pregunté sin entender.

—Tengo que acompañarla en todo momento que salga del perímetro de seguridad. Así que me será más fácil organizarme si me pasa un horario con aquellas salidas que ya haya planeado. Sus clases de gimnasia, las reuniones con sus amigas...

—¿Insinúa que le tengo que pedir permiso para salir de mi casa? No sabía que en vez de trabajar para mí, era usted mi padre —le solté malhumorada.

—No lo soy. Soy su guardaespaldas, y a menos que me facilite las cosas, seré incapaz de hacer mi trabajo —me espetó con dureza.

Nos batimos con la mirada durante un par de segundos. No sé quién demonios se pensaba que era aquel hombre, pero desde luego que no iba a pasar por el aro. Una cosa era aceptar a regañadientes que me pusieran un guardaespaldas, y otra muy distinta dejar que me organizara la vida. Por ahí no

pasaba.

—Señor Prexton, no sé qué clase de confianza le habrá dado mi hermano, pero entienda que es a mí a quien protege. Tendrá que amoldarse.

—De ninguna manera.

Abrí los ojos de par en par. Logan Prexton se cruzó de brazos y me dedicó una mirada fría. Al parecer, había decidido que era él quien estaba al mando.

—Lo han contratado a usted, no a...

—Por eso mismo —me cortó con aspereza—. Así que no me diga cómo tengo que hacer mi trabajo. Usted se dedica a salvar el mundo, y yo a proteger personas.

Pasó por mi lado y se me cortó la respiración. Me rozó el hombro y aspiró un sutil perfume masculino.

—Así que tenga todo lo que le he pedido para antes de que anochezca. Si quiere seguir con vida, más le vale seguir mis instrucciones. De lo contrario, ya puede ir cambiando de guardaespaldas. No me gusta que me hagan perder el tiempo.

Salió de allí dejándome con la palabra en la boca.

5. Fernando

Johnson&Smith era uno de los bufetes más importantes del país. Y después de graduarme en Yale y trabajar para algunos despachos de abogados menores, me había labrado la suficiente reputación para que me concedieran aquella oportunidad. El Señor Johnson, el padre de Jessica, me había tendido finalmente la mano cuando me prometí con su hija. Nada que el amor de un padre no pueda pasar por alto, como mis orígenes humildes. Así que allí estaba, disfrutando de ser el centro de atención mientras me presentaban al resto del equipo. Jessica iba pavoneándose de un lado a otro, embutida en su vestido Yves Saint Lauren de tres mil quinientos dólares. Observé con orgullo a mi futura mujer y a todo lo que me rodeaba.

Me lo merecía, me recordé por segunda vez aquel día.

Llevaba toda la vida soñando con aquel momento. Con dejar de ser el hijo del jardinero y formar parte de aquel grupo de hombres importantes. De los que tomaban las decisiones, y no de los que agachaban la cabeza y obedecían órdenes. Entonces, ¿por qué de repente me sentía tan vacío?

No. No me sentía vacío. Me sentía desconcertado ante la repentina llegada de Mia al pueblo. Porque hace diez años, ella entraba en mis planes. En mi vida de lujos Mia ocupaba un primer puesto. De hecho, graduarme en Yale era una de la larga lista de cosas que tenía que hacer para merecérmele.

Me dirigí hacia mi despacho porque necesitaba estar solo. Me habían asignado uno con un enorme ventanal y vistas a la ciudad. Todo era como había imaginado: el escritorio de roble, las butacas de cuero junto a la mesa con el decantador de whisky escocés, la librería a espaldas de la silla reclinable...

Inspiré orgulloso y caminé con paso firme por la estancia. En la puerta contigua, Sarah ya debía estar instalándose. No la oía porque era

extremadamente silenciosa, la clase de persona que jamás se haría notar a propósito. Ella había sido mi secretaria en el anterior bufete, y ocho meses a su lado me habían bastado para comprender que era imprescindible en mi vida. Sarah era silenciosa, obediente y no le importaba echar horas extras. Su lealtad era intachable y parecía saber lo que necesitaba antes de que se lo pidiera. Era perfecta. Así que esa había sido mi única condición: que mi antigua secretaria conservara su puesto en mi nuevo bufete.

Cuando abrí la puerta, me la encontré subida a la escalera, intentando alcanzar un archivador del último estante. Vestía como siempre, de manera anodinada y correcta. Llevaba una falda gris ajustada hasta las rodillas y una blusa blanca. A pesar de que la ropa se esforzaba en ocultar su cuerpo, aprecié la forma de sus voluptuosas caderas.

—¿Ya ha terminado de instalarse, Sarah?

Ella se sobresaltó y la carpeta se le cayó al suelo. Se volvió hacia mí, con aquel característico rubor en las mejillas. Llevaba unas gafas redondas que le caían sobre el puente de la nariz, y el cabello pelirrojo atado en un moño apretado sobre la coronilla. Me pregunté por qué razón no se sacaba más partido.

—¡Señor Sandoval, no sabía que estaba en su despacho! —bajó las escaleras y se alisó la falda—. Sí, ya lo he ordenado todo. ¿Se le ofrece algo?

Sonreí. Sarah estaba dispuesta a cumplir todos mis deseos. Me pregunté qué pasaría si le pidiese algo más. Deseché aquella idea de inmediato porque estaba fuera de lugar.

—No, solo quería pasarme a saludarte y preguntarte si todo iba bien.

—Así es, Señor Sandoval.

Me acerqué a ella y estiré un brazo. Noté que contenía el aliento, y sus ojos castaños se abrieron de par en par. Le coloqué las gafas sobre la nariz y le rocé la mejilla a propósito. Sarah pareció tan atemorizada como un ciervo

en mitad de una autopista, así que retiré la mano. Reconozco que una parte de mí disfrutaba poniéndola nerviosa. Era adorable.

—Llámame Fernando, por favor. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí?

—Más de medio año, Señor Sando... Fernando —se corrigió, y noté que le costaba bastante—. Ocho meses y dieciséis días, para ser más exactos.

—Tiempo de sobra para que empieces a tutearme. ¿Te gusta el despacho que te han asignado? —le pregunté. Era bastante pequeño y anodino, y por una parte pensé que iba acorde con su carácter. Pero carecía de ventanas y la única entrada era la de mi despacho—. Si no es de tu agrado, puedo ordenar que lo remodelen o que te ofrezcan uno más grande.

—Oh, no, Señor Sandoval... quiero decir, Fernando. Es perfecto. Y está lo suficiente cerca de usted —al ver lo que acababa de decir, añadió completamente roja—: es decir, que así podemos trabajar más cerca. ¡Porque soy su secretaria! O sea, yo...

Le ofrecí una sonrisa amable. La pobre se ponía nerviosa por nada. Qué mujer tan encantadora.

—Te he entendido.

Suspiró aliviada.

—Tu horario oficial empieza mañana. No deberías estar trabajando hoy, Sarah.

—Sí, ya... pero pensé que mañana perdería bastante tiempo instalándome. Ya sabe que soy muy ordenada, y quería tenerlo todo preparado.

—Sal a tomarte una copa con nosotros —la animé, y sostuve la puerta para que ella pasara.

Se quedó dudando, así que le dediqué un gesto con la cabeza para que me siguiera. Cuando pasó por mi lado, aspiré su olor. Algún día me animaría a preguntarle qué colonia usaba, porque olía de maravilla. No es que Jessica no

tuviera un aroma agradable, pero era demasiado agobiante.

—Sarah.

Ella se detuvo a mi lado y me miró con curiosidad.

—Necesito ponerme en contacto con John Parker. Está en la cárcel, pero seguro que hay alguna manera de que pueda contactar con él. Y necesitaría que fuese lo más discreta posible.

—Por supuesto, Señor Sando... Fernando —arrugó la frente.

Me hizo bastante gracia que algo tan sencillo le costara tanto trabajo, pero no me reí porque sabía de sobra que se sonrojaría. Nos dirigimos hacia la puerta cuando Jessica entró. Desvió la mirada de mi secretaria a mí, y le dedicó una sonrisa presuntuosa.

—Ah... hola —la saludó con desdén.

—Buenas tardes, Señorita Johnson —respondió Sarah con educación.

En cuanto nos dejó a solas, Jessica se acercó a mí y se mordió el labio. Me empujó sobre el escritorio y se subió el vestido. Abrí los ojos de par en par. ¿Allí? Aquella mujer estaba loca.

—Ni de coña, Jessica.

—¿Por qué no? No va a entrar nadie... —ronroneó, acariciándome el pecho.

Le cogí las muñecas con suavidad.

—Eso no lo sabes.

Ella hizo un mohín.

—No me habías dicho que la señorita Rotenmeyer seguiría trabajando para ti —murmuró, había cierta preocupación en su semblante que me resultó hasta cómica.

Yo no veía a mi secretaria con esos ojos, eso desde luego.

—Se llama Sarah.

Ella puso los ojos en blanco.

—Cómo se llame. No me dijiste que iba a seguir trabajando para ti — me acusó.

—No lo vi necesario. Es mi secretaria. ¿Sabes lo que cuesta conseguir a una que sea tan eficiente como ella?

—¿Tanto aprecio le tienes? —se burló.

—¿Estás celosa? —pregunté divertido, y le besé el cuello.

—¿De ese monigote? Es un bicho raro. Pónmelo más difícil.

Jadeó cuando le lamí la barbilla. Luego le apreté las nalgas y la acerqué a mi cuerpo. Sabía de sobra cómo tocar a aquella mujer para ablandarla por completo. Ella gimió y comenzó a desabrocharme la camisa.

—Pero te advierto que, si me la juegas, te las verás conmigo —me señaló con un dedo—. No te conviene tenerme enfadada.

—Lo sé, querida.

La estreché por la cintura y la besé hasta desarmarla. Jessica terminó rindiéndose y se sentó a horcajas encima de mí. En fin, qué se le iba a hacer. Me sacrificaría por la causa con tal de tener a mi futura mujer contenta.

Cuando me bajó la cremallera de la bragueta, se mordió el labio y me lanzó una mirada fogosa. Y la vida dejó de resultarme vacía cuando me hizo una mamada. ¿Vacía? Ni de coña. Estaba comprometido con una mujer despampanante y fogosa, tenía el trabajo de mis sueños y demasiado dinero que gastar. Mia Parker podía irse al infierno.

6. Logan

La señorita Mia Parker había resultado ser una mosca cojonera, y esas eran las peores. Las que te decían cómo tenías que hacer tu trabajo mientras jugaban a salvar el mundo. Seguro que su película favorita era Frozen y cagaba purpurina. Un pequeño vistazo y una charla de un par de minutos me habían servido para forjarme una opinión sobre ella:

Mia Parker. Veintiocho años, preciosa y con muchas ganas de llamar la atención. La típica ricachona joven y aburrida que decide hacer de filántropa para que el resto de la sociedad sepa lo generosa que es.

Pero ni a mí me engañaba, ni estaba dispuesto a soportar sus caprichos de niña mimada. Ya me había topado con suficientes como ella. Así que o se hacía lo que yo decía, o me largaba de allí. La paciencia no era una de mis virtudes.

Aunque tenía que admitir que era una belleza. De cuerpo esbelto, piernas infinitas y cascada de pelo moreno. Tenía unos ojos grandes y oscuros y la piel tostada por el sol. Sin una gota de maquillaje y con una ropa sencilla, era evidente que Mia Parker era una mujer preciosa. A la que sacaba más de diez años y a la que debía proteger incluso de sí misma. Porque si me daba problemas, se las vería conmigo.

Ni siquiera deshice la maleta por si las cosas no llegaban a buen puerto. Así que me quité la camisa y fui directo a la ducha. Estaba a punto de abrir el grifo cuando me sonó el móvil. Maldije para mis adentros haber descolgado cuando me di cuenta de que era Keira la que me llamaba.

—¡Menos mal! Llevas evitándome desde hace dos semanas —me ladró.

—Por algo será.

—No puedes seguir huyendo de los problemas, Logan —continuó, con

su misma cantinela de siempre.

Mi exmujer jamás se rendiría. Esa era una de las cualidades que me habían enamorado de ella. ¿Y las demás? Ni puñetera idea. Hacía demasiado tiempo que me había cerrado en banda al amor. Luego pasaba lo que pasaba, que te tocaba lidiar con exmujeres que eran un auténtico coñazo. Seguro que Keira lideraba la lista de exmujeres pesadas.

—Tú eres la que se empeña en ver problemas donde no los hay — repuse, lo más tranquilo que pude.

La oí suspirar.

—¿Y qué es lo que pretendes? ¿Dejar las cosas como están?

—Así es.

—¡Han pasado cuatro años! Por el amor de Dios, Logan, cariño...

Me tensé de manera automática. No iba a permitir que Keira regresara a mi vida y la pusiera patas arriba.

—No me llames así. ¿Y qué si han pasado cuatro años? ¿Ya no significa nada para ti? —le recriminé furioso.

—¿Cómo puedes decirme eso! —rompió a llorar.

De repente me sentí como una mierda. Ambos lo habíamos pasado mal por aquello, pero Keira había sido más fuerte. Ella recompuso los pedazos de su vida y formó una nueva familia. ¿Cómo lo había hecho? A mí todavía me costaba mirar atrás. De hecho, me refugié en el alcohol y tuve que abandonar la policía. Mi vida se derrumbó por completo.

—Porque es la verdad —la acusé, a pesar de que sabía que estaba siendo un cabrón—. Tienes otra familia, disfruta de ellos y déjame en paz. Sé feliz, nena. Y no te atrevas a volver a llamarme.

—Algún día tendrás que pasar página —murmuró, con el rastro de las lágrimas en su voz—. No sé si será por otra mujer, o porque por fin hayas logrado perdonarte a ti mismo... pero lo conseguirás. Solo necesito que me

dejes pasar página a mí. Te lo suplico.

—¡Cómo puedes pedirme eso! —la rabia que llevaba conteniendo estalló.

Salí del cuarto de baño y le pegué una patada a la maleta. La desplazé medio metro mientras oía llorar a Keira. No me podía creer que me estuviera llamando —otra vez—, para pedirme eso. ¿Qué demonios le pasaba a aquella arpía?

—Logan —escuché una voz masculina.

Vaya, el que faltaba. De haberlo tenido delante, otro gallo cantaría.

—Soy Marcus.

—Ya sé quién eres. El que se folla a mi exmujer —mascullé irritado—. Ya le firmé los papeles del divorcio para que pudiera rehacer su vida contigo. ¿Qué más quieres?

—No la puede rehacer del todo si...

—Tienes los cojones de ponerte al teléfono y pedirme lo que me pides —mi voz tembló de ira—. No te parto la cara por Keira. Pero como vuelvas a insistir, te juro que no seré tan benévolo.

Me colgó. Me derrumbé sobre la cama y me froté el rostro con las manos. El pasado regresó a mí con fuerza, y de repente necesité una copa de ginebra para olvidar. Refugiarme en el alcohol había sido mi única salida durante demasiado tiempo. Y me lo quitó todo: mi trabajo, mis amigos, mi familia...

Me pregunté por qué no podía ser como Keira, mi exmujer. A veces envidiaba su fortaleza. Ella había pasado página de una manera admirable. ¿Y yo? Allí estaba, tachando los días del calendario e intentando no recaer en mi adicción al alcohol. La misma que me había separado de Keira y de mi trabajo como inspector de homicidios.

Cuando conseguí meterme bajo la ducha, intenté con todas mis fuerzas

pensar en otra cosa. Me vino a la mente el rostro moreno de Mia, ligeramente arrebolado por el orgullo. Era evidente que de eso tenía bastante. Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que mostrase su verdadera cara. Ya me había topado con muchas como ella. Como guardaespaldas, las crías millonarias eran mi especialidad. Y no las tragaba. En nuestro primer encuentro, la señorita Parker había intentado contenerse. ¿Cuánto tardaría en explotar con sus caprichos?

Me enrollé una toalla alrededor de la cintura cuando llamaron a la puerta. No contesté. No estaba de humor para tratar con nadie. Fui hacia el dormitorio para vestirme cuando Mia Parker apareció en el umbral de la puerta. Al verme medio desnudo, abrió los ojos de par en par y puso cara de sorpresa. La sorpresa fue dando paso a una expresión avergonzada que me hizo bastante gracia.

—Lo siento, como no ha contestado, pensé que no había nadie.

Agachó la cabeza para no mirarme. ¿Le horrorizarían mis cicatrices? Probablemente. Ella no estaba acostumbrada a la gente como yo. A mí, de todos modos, me daba igual lo que opinase de mí aquella chiquilla.

—No he contestado porque no quería que me molestasen —respondí con frialdad.

Quería dejarle claro que allí el que mandaba era yo. Podía ser rica, pero su hermano me había contratado para hacer mi trabajo.

—Sí, sí... desde luego. Volveré en otro momento, cuando ya se haya vestido —no pudo evitar mirarme, y en el fondo me hizo bastante gracia. Menuda cara de horror que acababa de poner. ¿Tanto asco le daban mis heridas? Quizá me tenía miedo.

—Ya que está aquí, dígame qué es eso que lleva en las manos. Parece muy urgente cuando ha entrado sin permiso.

Me fulminó con la mirada. Pese a todo, no se dejaba amedrentar

fácilmente.

—Lo que me ha pedido. Y la urgencia se la dio usted, no yo. Dado que hemos empezado con mal pie, pensé que podía poner de mi parte para que nos llevásemos mejor.

Me tendió una carpeta blanca. Se la arrebaté de las manos, y acto seguido ella se dirigió hacia la puerta.

—Que tenga un buen día, Señor Prexton —dijo, y por el tono que imprimió a sus palabras bien podría haberme mandado al infierno.

Cuando cerró la puerta, sonreí para mis adentros. Tenía carácter. Menuda sorpresa.

7. Sarah

Cuando llegué a mi apartamento, un lúgubre cuarto piso de cuarenta metros cuadrados, Marie ya me estaba esperando en su lado del sofá. Aquella gata era como todo lo que definía mi vida: me había elegido a mí. Y yo, como siempre, había decidido conformarme. Al fin y al cabo, ¿quién era yo para echar de casa a aquella gata callejera que un domingo de madrugada se coló por mi ventana? Desde entonces, Marie había decidido que esa era su casa y yo su dueña.

Me quité los tacones y suspiré aliviada. Odiaba los zapatos altos. ¿Cómo lo hacían algunas mujeres para caminar con tanta soltura? Pensé en Jessica, la prometida de mi jefe. En aquella elegancia envidiable, sus vestidos apretados y el ostentoso perfume. A algunas personas les encantaba llamar la atención. Yo, por el contrario, prefería estar a la sombra.

Me cambié de ropa y me solté el pelo. Ahora ya estaba cómoda. Hice palomitas y coloqué el bol sobre la mesita auxiliar que había delante del desvencijado sofá. Mi estantería estaba repleta de más de un centenar de novelas románticas. Ojeé los títulos hasta que llegué a la conclusión de que ya me los había leído todos. Tendría que darme un paseo por la librería que me pillaba de camino al metro.

—¿Vemos una película? —le pregunté a Marie.

La gata me miró de reojo. Era obvio lo que estaba pensando: *¿otra película romántica? Eres patética.*

Puede que tuviese razón. Porque allí estaba, viendo *Love Actually* mientras suspiraba por el hombre de mis sueños. Menudo cliché. Me pregunté qué pensaría Nora Roberts, o cualquiera de mis escritoras de cabecera, sobre aquella fijación casi enfermiza que sentía por mi jefe.

La secretaria enamorada de su jefe. ¡Qué típico!

Sabía de sobra que no tenía ninguna posibilidad. Él iba a casarse con Jessica, la hija de uno de los socios fundadores del bufete. Puede que no fuera más que un oportunista, o puede que estuviera enamorado de ella. En cualquier caso, Fernando estaba fuera de mi alcance.

Yo no era nada al lado de Jessica. En realidad, no tenía nada que hacer contra cualquier mujer. Era menuda, mi pelo estaba hecho un desastre, tenía miopía... el clásico patito feo que no se comía un colín.

Recordé que había aceptado cambiarme de bufete para estar cerca de Fernando. ¿En qué me convertía eso? Puede que en una psicópata. Ni siquiera me lo había pensado, aunque mi trabajo en el anterior bufete me gustara o aquello implicara cambiar de ciudad. Simplemente había aceptado porque me gustaba trabajar para él. Y sí, puede que me sintiera demasiado agradecida porque él me considerase útil.

Me enamoré de él casi al instante. No sé qué tenía Fernando, pero me volvía loca. Era guapísimo, educado, inteligente... alguien que se había hecho a sí mismo. Y pasaba de mí.

—Soy patética —le dije a la gata, que acababa de acurrucarse en mi regazo.

Al menos tenía algo bueno: era realista. No me hacía ilusiones respecto a él. Mi jefe me había llevado con él por una sencilla razón: confiaba ciegamente en mí. Y en un mundo como el suyo, lleno de frivolidad y puñaladas traperas, una secretaria como yo era un tesoro muy valioso.

Tampoco se equivocaba, yo nunca lo traicionaría. Mi lealtad era intachable. Me pregunté para qué quería que lo pusiese en contacto con John Parker. Recordaba vagamente el escándalo. John Parker, hijo de una de las familias más importantes de los Estados Unidos, llevaba diez años en prisión por haber estado involucrado en la muerte de un estudiante de su universidad. Una de esas novatadas de las fraternidades que terminaban yéndoseles de las

manos. O al menos eso es lo que había alegado la defensa. Según tenía entendido, Fernando había trabajado para su familia. ¿Por eso quería ponerse en contacto con él?

Aunque me podía la curiosidad, al día siguiente me limitaría a hacer mi trabajo. Fernando confiaba en mí. Yo solo era... su secretaria.

8. Jessica.

Había invitado a casa a mis amigas del club de campo. Al principio, mudarme a ese pueblucho llamado Golden Pont no me había hecho ni pizca de gracia. Ni siquiera era capaz de ubicarlo en el mapa. En mis planes estaba instalarnos en Central, donde residía cualquier rico que se preciara con cierta vida social. Pero cualquiera convencía a Fernando, que estaba decidido a vivir en el sitio donde se había criado.

Tampoco estaba tan mal, o eso era lo que me decía a mí misma. Golden Pont era uno de esos pueblos rurales con cierto encanto. Y la verdad, nuestra casa era una mansión de película digna de aparecer en Harper's Bazaar Interiors. Y además, allí vivían los Parker. Tener como vecinos a una de las familias más acaudalas del país le daba a uno mucho prestigio, para qué engañarnos.

—María —agité la jarra vacía. En fin, ¿tenía que hacerlo todo yo misma? —. No queda limonada.

María, vestida con el uniforme que le había elegido, llegó corriendo. La miré disgustada. Era ruidosa y demasiado corpulenta. ¿Por qué le gustaba a Fernando?

—La casa es preciosa —me hizo la pelota Sophia, que estaba deseando que le presentara a uno de los amigos de Fernando.

—Ya sabéis lo mucho que me gusta la decoración —dije, y omití contar que el dinero todo lo puede. Fernando había contratado a uno de los mejores interioristas del país.

Fernando, mi futuro marido, era uno de esos caprichos que toda mujer debe permitirse al menos una vez en la vida. En cuanto lo vi, supe que tenía que ser para mí. No quería a uno de esos peleles criados en los Hamptons. Podía tener al que me diera la gana y ninguno me interesaba. Me fascinaba la

idea del joven pobre que había logrado graduarse con honores en Yale. El primero de su clase. La extraordinaria transformación de un Don nadie a un prestigioso abogado. Las mujeres suspiraban por él, y a mí me encantaba ganar. Los hombres de negocio lo respetaban. Los niños de papá con los que me había criado lo odiaban en silencio para luego hacerle la pelota en público. Había cazado al soltero de oro, ¿quién podía pedir más?

Tenía a un hombre atractivo, adinerado y triunfador para mí. La vida era deliciosa. Todo era perfecto.

Contemplé de reojo al estorbo de setenta años que caminaba por el jardín arrastrando los pies.

Excepto por una pequeña razón, repuse para mis adentros.

Allí estaba el condenado viejo. El padre de Fernando, que desentonaba en la vida que yo tenía planeada al milímetro. Y con esas pintas, a la vista de aquellas arpías que me criticarían en cuanto se largaran. Puse una excusa y me levanté con una sonrisa falsa. Manuel se encontraba podando un seto con ese aire distraído que tanto me sacaba de mis casillas. Teníamos servicio, ¿por qué hacía eso? Sabía de sobra que había sido jardinero en casa de los Parker, pero ahora su hijo estaba forrado. ¿Por qué no podía dedicarse a jugar al golf como todos los jubilados con dinero?

—Manuel, querido, deja eso —le dije con suavidad—. Hace mucho calor para que estés trabajando. El jardinero viene dos veces a la semana.

Manuel, con su rostro ajado por el sol y el paso de los años, continuó como si no me viera.

—Me gustan las plantas.

Apreté la mandíbula. La única planta que vería dentro de unos años sería el cactus que tendría en la ventana de su residencia. Él no lo sabía, pero en cuanto me casara con su hijo, lo convencería para que lo metiera en un asilo. Y por su propio bien, me haría caso. Fernando no era más que un títere

en mis manos. Trabaja para el bufete de mi padre, así que más le valía tenerme contenta.

—No quiero ser dura contigo, pero hay visita en la casa. Estás dando mala imagen. ¿Por qué no dejas eso para luego? —insistí, forzando una sonrisa.

El viejo endureció la mirada.

—Tarde o temprano mi hijo se dará cuenta de cómo eres —me espetó.

Me hizo bastante gracia que me tuviera tan calada. Pobre de él, no iba a servirle de nada.

—¿Prefieres que me vaya justo detrás de la piscina, donde no me vea nadie? —preguntó con desagrado.

—Solo si tú insistes —respondí, sin perder la compostura.

Manuel comenzó a alejarse.

—Manuel, querido —lo llamé, y él se detuvo—. Tu hijo me adora, haría cualquier cosa por mí. Nunca lo olvides.

—Lo subestimas — respondió sin vacilar.

Mi sonrisa se esfumó de un plumazo. Eso ya lo veríamos.

9. Mia

Todavía me sentía demasiado impactada por lo que acababa de ver. Madre mía con mi guardaespaldas. Era una mole. Un gigante lleno de músculos. Tenía que reconocer que verlo medio desnudo había sido todo un espectáculo. Casi un metro noventa de abdominales, brazos enormes y músculos. Me podría matar de un abrazo.

Los hombres como él no eran mi tipo, pero tengo que admitir que Logan Prexton era impresionante. Había algo en sus ojos azules que me tenía hechizada. En aquella actitud desafiante y a la vez impasible. Me desagradaba y atraía a partes iguales. Y sus cicatrices... ¿cómo se las habría hecho?

Al principio, tuve la impresión de que había nacido con ellas. Que un hombre de su tamaño y aspecto debía tener heridas de guerra. Sabía de sobra que eso era imposible, así que me moría de curiosidad. ¿Sería el típico guardaespaldas que se interpondría entre una bala y yo? Lo dudaba.

Era evidente que no le gustaba a Logan Prexton. No tenía ni idea de por qué, pero era como si ya se hubiera forjado una imagen de mí. En cualquier caso, yo no le gustaba a él. Y a mí él tampoco me agradaba demasiado. Podía tener un físico imponente y de quitar el aliento, pero ahí se le acababa toda la gracia. Con la expresión de hombre de hielo, sus escasos modales y sus respuestas mordaces jamás se ganaría mi simpatía.

—¿Ya has terminado de instalarte? —me preguntó mi hermano.

—Viajo ligera de equipaje, ya lo sabes.

—Quién te ha visto, y quién te ve.

Me despeinó, como solía hacer cuando era una niña. Ya apenas quedaba nada de esa niña, por desgracia.

—Tampoco me hace falta. Mamá se ha encargado de llenar mi armario con un montón de vestidos caros —resoplé. Ninguno era de mi estilo—.

Todavía sigue queriendo que sea su niñita.

—Y lo seguirás siendo, aunque te pese.

—Me alegra que las cosas entre vosotros estén mejor —dije, y noté que la expresión de él se crispaba un poco—. Es bueno saber perdonar, Matt.

—Lo intento, pequeña. Perdonar es fácil, lo complicado es olvidar.

Sentí una punzada en el pecho. Tenía razón. Para perdonar solo hacía falta un poco de voluntad, pero olvidar era tarea del corazón. Y al corazón nadie le daba órdenes.

Al menos, Matt había dado el primer paso. Mamá cometió un gran error cuando intentó separarlo de Harley. Le ocultó todas sus cartas, lo traicionó... y todo por proteger a John, que decía estar enamorado de Harley. De nada había servido, porque en realidad John solo se quería a sí mismo. Desgraciadamente, lo de mi hermano mayor no tenía cura.

—¿Qué tal te va con el Señor Prexton?

—¿Con Robocop? Estupendamente.

—¿Cómo lo has llamado? —a Matt se le escapó la risa.

—Oh, no me digas que no se da un cierto aire. Es parco en palabras y en sonrisas.

—Pero es el mejor en su trabajo. No le pongas las cosas difíciles, te lo suplico.

—¿Yo? —me hice la inocente—. Tranquilo, pondré de mi parte.

—Bien... —Matt hizo aquel gesto que yo conocía a la perfección.

—¿Hay algo más?

—Me gustaría que nos acompañases a la gala anual de la empresa. Eres la cara de nuestra fundación, y sería estupendo que la gente te viese.

Genial. Una reunión social repleta de gente hipócrita.

—Por mí no hay problema —lo tranquilicé, dispuesta a echar una mano.

—Irá Fernando.

Mi mundo se detuvo. Fernando, al que no veía desde hacía diez años.

—¿Vendrás? —se temió.

—Por supuesto —le aseguré, y traté de enmascarar mis emociones—.

Lo nuestro terminó hace mucho tiempo, ¿por qué iba a importarme?

—No lo sé —respondió, con cierta duda—. Está prometido, ¿lo sabías?

No lo sabía, y tampoco sé lo que sentí al descubrirlo. Algo en mi interior se quebró. No tenía razón de ser. Llevaba sin verlo y saber de él demasiado tiempo. Lo lógico era que él rehiciera su vida.

—No tenía ni idea, pero me alegro por él.

—Con la hija del socio del bufete para el que trabaja. Johnson&Smith, ¿te lo puedes creer?

—Menudo cambio.

—Se rumorea que se casa con ella por conveniencia, ¿tú también lo crees?

Me puse colorada. Conocía de sobra a Fernando para saber que eso no era cierto. De repente, sentí el impulso de defenderlo.

—No hablaba de eso. No, seguro que se casa por amor. Me alegra que haya llegado hasta donde se merece. Se esforzó mucho para ser un gran abogado.

—Sí, supongo que tienes razón.

Escuchamos unos gritos que provenían del salón. Mis sobrinos. Apuesto a que la pequeña Susan le estaba dando una buena tunda a su hermano.

Matt suspiró.

—¡Niños, será mejor que os calméis antes de que llegue yo! —les advirtió.

Se dirigió hacia la puerta, pero de pronto se detuvo.

—Ha llegado una carta para ti. Es de la cárcel.

Todas mis alarmas se activaron. John. ¿Cuándo me dejaría en paz?

—Hay una cosa que sigo sin entender... —murmuró Matt, con tono receloso—. ¿Por qué te sigue escribiendo si nunca le contestas?

—No lo sé —mi voz tembló.

Matt empezaba a dudar de mí. Diez años daban para sospechar. Y la vista por la condicional de John estaba a la vuelta de la esquina. ¿Qué pasaría si él abría la boca?

—Sí que lo sabes —respondió sin mirarme, y abrió la puerta—. Lo que no sé es lo que ocultas, pequeñaja.

Cuando se fue me quedé hecha un flan. Contemplé la carta con odio. Maldito fuera John. Él tenía la culpa de todo.

Solo la abrí cuando estuve en mi cuarto. No tenía fuerzas para leerla. Una de las muchas que se quedarían sin respuesta. Pero John seguiría atormentándome, aquel era mi castigo.

Querida Mia,

¿Qué tal estás? He oído que tu vida se ha visto amenazada en los últimos meses. A veces, cuando pienso en la niña que conocí antes de entrar en la cárcel, me pregunto si los extraterrestres te abdujeron y pusieron en tu cuerpo a otra persona. Antes solo te interesaban los zapatos, la popularidad y el bronceado. ¿Sigues siendo la misma? Seguro que sí. Los dos sabemos que todo ese rollo humanitario es un manera de aliviar tu conciencia. ¿Duermes tranquila por las noches? Al fin y al cabo, tú no has hecho nada malo. ¿No?

Me encantaría que cumplieras tu promesa. ¿La recuerdas? Hace

demasiado tiempo que no nos vemos. Hubo una época en la que me querías. Una en la que me prometiste que jamás me abandonarías.

Menos mal que tengo a la abnegada de mamá (¡nótese la ironía!). La pobre sigue pensando que existe remedio para un alma perdida como la mía. Matt y su adorable mujercita, por el contrario, no quieren saber nada de mí. ¿Te conté que una vez vino a visitarme a la cárcel? El bueno de Matt, siempre tratando de hacer las cosas bien. Fue una charla de lo más productiva, por cierto. Casi estuve a punto de contarle nuestro pequeño secreto. Pero, entonces, ¿qué nos quedaría a nosotros?

Se acerca la cuenta atrás, mi querida hermana. Tic, tac, tic, tac...

¿Tienes ganas de verme?

Con amor,

Tu hermano John.

Estrujé la carta con todas mis fuerzas. Temblaba de la cabeza a los pies. Aquello era una advertencia velada. Maldito psicópata. Diez años en la cárcel y aún seguía regodeándose con lo que había sucedido.

Me temí que un día una de esas cartas fuera dirigida a Matt. ¿Y luego qué? Se desataría la tormenta, no podía permitirlo. Mi familia ya había sufrido bastante. Primero la muerte de mi padre, luego John intentando matar a Harley y Matt porque habían descubierto que estaba involucrado en la muerte de aquel chico... si descubrían lo que les ocultaba, no sé qué sería de nuestra familia.

Matt había ido a ver a John a la cárcel. ¿Y si lo perdonaba? ¿Y si le permitía volver a casa? La culpa era mía. Debía haberle contado la verdad cuando tuve la oportunidad, pero... había intentado protegerlos a todos. De la verdad. Del dolor.

Supé lo que tenía que hacer y me odié por ello. Tenía que ver a John.

10. Sarah

Me gustaba la vieja librería que había junto a la entrada de la boca del metro. Era uno de esos escasos sitios que aún sobrevivían al imperio de los grandes almacenes, donde podías comprarte unos pantalones y el último bestseller de moda. Me agradaba James, el librero. Una de esas joyas que te hacía recomendaciones personales porque conocía a su clientela a la perfección. Y yo empezaba a ser una de sus clientas asiduas.

Me saludó con la mano en cuanto me vio entrar. Estaba oculto bajo una torre de libros que iba colocando en las estanterías.

—¡Sarah, me alegro de verte! ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias. Llevo un poco de prisa por culpa de mi ajustado horario. Cuando salgo de trabajar, la librería ya está cerrada.

James salió de su escondite y vino hacia mí.

—También abrimos los sábados.

—No puedo esperar hasta el sábado —respondí, con una tímida sonrisa.

James me la devolvió.

—Entonces habrá que solucionarlo —dijo, y me cogió la mano para llevarme hacia un estante.

Casi estuve a punto de soltársela, pero no quise ser maleducada. Empezaba a sospechar que James se mostraba cada vez más cercano.

—Estas son las novedades románticas que acaban de llegar —cogió un libro y me lo tendió—. Me ha encantado, te lo recomiendo.

—Susan Elizabeth Philips siempre es un acierto. ¿Este de qué va?

—Quarterback, una intrépida detective... te va a gustar.

—Eres el único hombre que conozco que lee novela romántica.

—¿Tiene algo de malo?

—¡Qué va! —le guiñé un ojo—. Me gustan los hombres que tienen sentimientos.

—Uf, menos mal. Temí que fueses a decir que soy adorable, o algo por el estilo...

Un segundo, ¿estábamos coqueteando? No había sido mi intención, pero dada mi nula experiencia, decidí cortarlo de raíz.

—Me lo llevo. Me fío de tu criterio.

—Me halagas, Sarah —respondió, y me rozó la mano deliberadamente para quitarme el libro.

Cuando le seguí hacia el mostrador, él se empeñó en hacerme un descuento. No quería que me malinterpretara, así que me negué con toda la educación posible.

—Respeto demasiado tu trabajo como para admitir un trato de favor.

James se encogió de hombros. Antes de que pudiera escapar por la puerta, volvió a la carga:

—Sarah, me preguntaba si te apetecería tomar café algún día.

Me puse colorada. James era encantador y apuesto, pero no sentía nada por él.

—Estoy demasiado ocupada. Ya sabes, el trabajo me tiene absorbida.

—Cuando te venga bien —insistió, sin perder la sonrisa.

Respiré aliviada en cuanto salí de allí. Guardé el libro en el bolso y corrí en dirección al metro. No quería llegar tarde al trabajo, pero supe de sobra que el corazón no se me aceleró por eso. Desgraciadamente, jamás sentiría nada por James. No era el trabajo lo que me tenía absorbida, sino un hombre de ojos oscuros en el que no podía parar de pensar.

Cuando llegué al bufete, Fernando ya estaba en su despacho. Yo llegaba diez minutos antes, pero a saber cuánto tiempo llevaba él allí. Era un

hombre que se tomaba muy en serio su trabajo, y tenía la sensación de que ahora necesitaba demostrar que se merecía aquel puesto. Pocos abogados de su edad habrían conseguido hacerse un hueco en Johnson&Smith.

¿Prometerse con Jessica Smith le había ayudado? Por supuesto, de eso no me cabía la menor duda. Como tampoco dudaba de su capacidad para dar la talla.

Mi despacho era el contiguo al suyo, así que tenía que atravesar su jaula de cristal para llegar hasta mi escritorio. Cuando entré, me lo encontré recostado en una de las butacas con aire crispado. No tenía un buen día.

—Buenos días, Señor Sandoval.

Me saludó con la mano. Normalmente estaba de buen humor, pero las pocas veces que lo veía así sabía de sobra que tenía que dejarlo en paz.

—Si necesita cualquier cosa, estaré a su disposición —dije, dirigiéndome hacia mi despacho—. Tiene todo lo importante encima de su escritorio. Debería llamar al Señor Pitt, la vista de su divorcio lo tiene bastante agobiado y ayer insistió en hablar con usted. La cita con el sastre es hoy a las doce y media. Me ha prometido que tendrá el traje para este miércoles.

—¿Algo más? — preguntó con tono aburrido.

—John Parker ha aceptado reunirse con usted. Lo espera el jueves de la semana que viene.

Entonces sí que mostró interés.

—¿Te ha costado mucho conseguirlo?

—Al principio no quiso hablar conmigo. Decía que estaba satisfecho con su abogado y que no quería tener que soportar a otro pelele. Pero en cuanto lo nombré a usted, cambió de opinión.

Fernando apretó la mandíbula. Supuse que aquello sería una buena noticia, pero notaba un desprecio visceral en su expresión al nombrar a John

Parker.

—Buen trabajo, Sarah. La llamaré si la necesito. Hoy no me pase llamadas, no estoy para nadie.

—De acuerdo, Señor Sandoval.

—Fernando —me recordó, e hizo el amago de sonreír.

Me mordí el labio. Me costaba tomarme ciertas licencias con él. Quizá fuera porque el traje a medida le quedaba como una percha, por sus ojos oscuros, que siempre me miraban con una intensidad que me hacía sentir desnuda, o por aquel cabello negro azabache que le confería una apariencia algo pícara.

Me tranquilicé en cuanto nos separó aquella pared. A mis veinticuatro años, había tenido pocas relaciones y ningún interés en el sexo contrario. No sé qué diantres tenía Fernando Sandoval, pero en cuanto me miraba me derretía por completo. Había sido uno de esos flechazos que tanto leía en los libros. Por desgracia, lo del final feliz brillaba por su ausencia en esta historia. No era la clase de mujer con la que él se relacionaba. Era plenamente consciente de mis escasos encantos o de mis atributos femeninos, que se limitaban a una belleza clásica y anodina.

Me centré en hacer mi trabajo, la única razón por la que de verdad le interesaba a mi jefe. Era su secretaria, la que le organizaba la vida y velaba porque no se olvidara ningún dato de su agenda. También lo ayudaba con ciertos quehaceres legales, como investigar a clientes, redactar informes, contactar con expertos o hacer cualquier cosa que le facilitara ganar un juicio. Se me daba bien mi trabajo.

Descolgué el teléfono y perdí la cuenta del número de llamadas para las que había tenido que poner una excusa esa mañana.

—Pásame con mi prometido —exigió la inconfundible voz de Jessica.

Si Fernando no le había cogido el móvil, cabía la posibilidad de que

tampoco quisiera hablar con ella.

—Un segundo, Señorita Smith. No sé si ha salido a una reunión.

La oí suspirar. Era evidente que Jessica Smith me detestaba, pero a saber por qué. Yo nunca le había hecho nada. Porque, ¿qué podría hacerle yo a una mujer como aquella?

—Señor Sandoval —dije, asomándome a su despacho—. Es su prometida, ¿le paso la llamada? Le he dicho que tal vez había salido.

—Menos mal. No, dile que no estoy y que no sabes cuándo volveré.

Regresé al teléfono.

—Señorita Smith, el Señor Sandoval acaba de irse y no sé cuándo volverá. Le diré que la llame en cuanto regrese. ¿Necesita algo más?

Se hizo el silencio. Habría colgado de no ser por sus palabras.

—Debes de ser muy importante para mi futuro marido. Traerte de Carolina del Norte a Luisiana. No todo el mundo habría aceptado, ¿por qué lo seguiste?

Porque me gusta estar con él.

—Me gusta mi trabajo —respondí, algo irritada por su curiosidad. No entendía a qué venía tal acoso.

—Ya... claro... tu trabajo —murmuró con desdén—. Querida, ten cuidado con a qué aspiras. En esta vida, es más práctico ser realista. No me gustaría tener que hablar con mi padre para que te reubique porque tú no sepas donde están los límites.

Me colgó tras aquella amenaza. Me quedé con el teléfono en la mano, temblando por la impotencia. ¿A qué había venido eso? Jamás le había faltado el respeto a Jessica Smith y no era tan tonta como para demostrar abiertamente lo mucho que la despreciaba. No era más que una víbora con ganas de poner en su lugar a todo el mundo, me dije. Necesitaba demostrar que estaba al mando, incluso a la insulsa secretaria de su prometido.

—¿Te apetece comer algo? —me preguntó Fernando.

Me había pillado con el teléfono en la mano y cara de boba.

—Yo... supongo que ese es mi trabajo —murmuré cortada—. ¿Qué quiere que le traiga?

Fernando me dedicó una mirada cálida.

—Sarah, me estoy ofreciendo yo. Necesito que me dé el aire, y he pensado que tal vez se te antoja algo. Hay un cantonés a la vuelta de la esquina. Me han chivado que el Chop Suey está de vicio.

—Tomaré lo mismo que usted —respondí con timidez.

—Estupendo —me guiñó un ojo—. Ahora vuelvo.

No debía sentirme especial, eso lo sabía de sobra. Pero me temo que estaba tan colada por mi jefe que cualquier gesto amable me resultaba encantador. Pero él siempre había sido así. Quizá por sus orígenes humildes, Fernando no se comportaba como el resto de socios del bufete. Me trataba con complicidad y se empeñaba en que lo tutease. E incluso me había hecho un regalo por navidad: una caja de bombones y un disco firmado por la mismísima Barbara Streissand, que sabía que me encantaba. Pero... eran simples detalles, ¿no? Gestos que tenía hacia su leal secretaria, la misma pringada que se había mudado de ciudad con tal de seguir a su lado. Obviamente, le resultaba tan útil que quería tenerme contenta.

Y yo era de las que se conformaban con poco.

Regresó al cabo de media hora con una bolsa de comida. Sin decir nada, se sentó en la silla de enfrente de mi escritorio y comenzó a devorar la comida.

—¿Crees que le echarán gato? —bromeó.

—Mi padre te aseguraría que sí. Pero a mí me encanta la comida china.

—A mí también —dijo, y cerró los ojos para saborear la comida—. Jessica la detesta. Lleva una de esas dietas estrictas que a mí me ponen de los

nervios.

Me pregunté que pensaría su encantadora prometida si nos viese almorzar juntos. Probablemente me devolvería de una patada a Carolina del norte.

—¿Tú te cuidas?

La pregunta me pilló desprevenida. A veces, mi jefe buceaba por el terreno personal. Lo hacía como quien no quiere la cosa, aunque tenía la impresión de que bajo aquellas preguntas indiscretas se escondía algo más.

—No tanto como debería —murmuré, con las mejillas arreboladas.

Palomitas, cervezas, dulces y las comedias de Jennifer Aniston en lugar de hacer ejercicio. Ese era mi estilo de vida.

—No te creo —respondió, señalándome con el tenedor de plástico—. Estás en forma. Seguro que sales a correr todos los días.

—¿Yo? —se me escapó una risilla—. Odio hacer ejercicio. No es lo mío.

—¿En serio? —se me quedó mirando con expresión confundida—. Entonces tienes una constitución agradecida.

Mi piel se calentó como si acabaran de encenderla con una cerilla. Él me había hecho un cumplido. ¿Mi jefe creía que yo no estaba tan mal? Obviamente, trataba de ser simpático. Sí, tenía que ser eso.

No supe qué decir, y él me miró a los ojos sin pronunciar palabra. No pude soportarlo más y me levanté bastante nerviosa. Comencé a recoger los envases de comida con la intención de separarme de él. Porque de lo contrario, habría notado aquello que yo me afanaba en ocultar con todas mis fuerzas.

Hasta que su mano se posó sobre la mía. Sentí un ramalazo de electricidad que activó todas mis alarmas.

—Deja eso, ya lo hago yo —dijo, sin apartar la mano de la mía—. Tú

ya haces bastante por mí.

—Es mi trabajo —musité avergonzada.

Fernando se levantó y me rozó la cintura con el brazo. Me estremecí. Aspiré su perfume, uno masculino y muy sutil. Me apoyé contra el escritorio y mi respiración se aceleró. Hasta que él se apartó para recoger los desperdicios de comida, y una fuerte resignación se apoderó de mí. No le interesaba en ese aspecto, ¿por qué me empeñaba en ver cosas donde no las había?

Cuando terminó de recogerlo todo, pasó por al lado de mi bolso y echó una mirada de reojo. Sobresalía el libro que había comprado aquella mañana en la librería. Lo sacó y comenzó a ojearlo. Estupendo, ahora descubriría que era una romántica.

—¿Te gusta leer?

—Sí —respondí con voz temblorosa.

—La primera estrella de la noche —leyó en voz alta, con una sonrisa sarcástica—. Uhm... novela romántica. No es de mi estilo.

Lo sabía. Se estaba burlando de mí.

—Es mucho más interesante que los libros de derecho.

—Eso seguro —se echó a reír.

—Los hombres os negáis a leer novela romántica porque pensáis que así parecéis menos duros —me atreví a decir.

En cuanto las palabras escaparon de mi boca, me arrepentí de inmediato. Fernando me miró sorprendido.

—¿Tú crees?

—S- sí —tartamudeé.

—Podría ser. Nunca he leído ningún libro romántico, ¿cuál me recomiendas?

—¿Lo leerías? No lo hagas para quedar bien.

Fernando pareció divertido por mi atrevimiento. No sé de dónde había sacado la fuerza para responderle. Puede que por el hecho de que me molestara que ridiculizara mi pasión por la novela romántica.

—Intento poner en duda tu teoría, eso es todo. No son más que clichés sin fundamentos, créeme. El amor no es como lo pintan en esos libros que tanto te gustan.

—¿Cómo lo sabes si nunca has leído ninguno? —lo contradije.

—Me puedo imaginar lo que pone. Hombres atractivos, damiselas en apuros, cursilería barata...

Sacudí la cabeza, pero en el fondo me hizo bastante gracia que pensara de esa forma.

—¿Qué me darás si gano?

Un segundo, ¿acababa de hablarle con semejante descaro? El semblante de mi jefe se oscureció. Maldita sea, la había pifiado. Seguro que ahora me ponía en mi sitio. Me tendió el libro y un brillo travieso se apoderó de su mirada.

—Lo que quieras.

Tragué con dificultad. Lo que yo quería él no podía dármelo.

—Yo... ya lo pensaré. Mañana te traeré un libro. Y te va a gustar, te lo prometo.

—Ya veremos, no cantes victoria tan rápido.

Se dio la vuelta y salió de mi despacho. Casi estuve a punto de desmayarme. ¿Desde cuánto me tomaba tantas licencias con mi jefe?

11. Mia

Era muy temprano, pero en casa ya olía a tarta de manzana. Sabía de sobra que mi madre se estaba esforzando para que echara el ancla de manera definitiva. La pobre no entendía que hacía demasiado tiempo que me había acostumbrado a mi forma de vida. A ir de un sitio para otro con mi maleta roja, el portátil y el bloc de notas. Trabajaba en la fundación, y a distancia en una revista de tirada mensual para dar voz con mis reportajes a quienes más lo necesitaban.

No era de las ilusas que pensaban que podían cambiar el mundo. Me conformaba con aportar mi granito de arena. Y sabía de sobra que la mayoría de la gente no leía los reportajes que escribía con tanta pasión. El mundo prefería ignorar la pobreza extrema en la que vivían algunas personas, la violencia, los genocidios y las injusticias... porque ya tenían una vida con sus propios problemas. Yo tampoco era nadie para juzgar. Hacía diez años había sido una de esas arpías de instituto populares, crueles y odiosas.

La gente cambia, me dije.

Yo había cambiado. Para bien o para mal, jamás volvería a ser la misma.

Me dirigí con curiosidad hacia el lugar de donde provenían las risas. Mis sobrinos parecían estar pasárselo en grande. Pero lo que no esperaba era encontrar al Señor Prexton siendo el causante de tal alboroto. Allí estaba mi guardaespaldas, que bien podría haber competido en la categoría de pesos pesados. Con su metro noventa de altura y su expresión taciturna, podría haberlo confundido con un militar o con un portero de discoteca con muy malas pulgas. Pero en esa ocasión, en sus ojos grises brillaba una emoción nueva. Algo que me habría pasado desapercibido de no ser porque era muy observadora. Parecía divertido.

—¡Mira lo que hago, Logan! —gritó entusiasmada Susan por ser el centro de atención.

La pequeña hizo una voltereta y aterrizó con gracia en el sofá.

—Estupendo, pequeña acróbata. Dentro de unos años podrías competir en las olimpiadas —la alentó él.

Me quedé observándolos en el umbral de la puerta con una sonrisa. No me lo podía creer. No quedaba rastro del hombre de hielo.

—¡Lo mío es más impresionante! —la apartó Jack de un empujón.

El niño dio una voltereta, pero su hermana le puso la zancadilla y perdió el equilibrio. Jack le lanzó una mirada iracunda y Susan se partió de risa.

—¡Te vas a enterar, niña de papá! —le advirtió él, sacando a pasear el puño.

—¡Uy, qué miedo me das! —se burló la pequeña Susan—. Soy más fuerte que tú, bobo.

Logan se interpuso entre ambos y su expresión severa bastó para que dejaran de discutir. Vaya, menuda autoridad tenía el sargento de hierro. Creo que Matt y Harley lo habrían envidiado de haberlo visto.

—Los hermanos deben defenderse —los reprendió—. Juntos sois más fuertes.

La niña se puso de puntillas y le palpó la pierna. Me aguanté la risa. Madre mía, Susan ya apuntaba maneras.

—Señor Prexton, ¿quiere decir que el bobo de mi hermano podría llegar a ser tan fuerte como usted? —le lanzó una mirada cargada de adoración.

Jack puso los ojos en blanco. Logan se puso de rodillas hasta quedar a la altura de la niña.

—Incluso tú podrías llegar a ser tan fuerte como yo. Solo necesitas

crecer y ejercitarte.

—¡Y entonces le daré una paliza a mi hermano! —exclamó emocionada.

Logan sacudió la cabeza, a pesar de que era evidente que la pequeña Susan ya lo había conquistado. La cogió en brazos antes de que pudiera propinarle una patada a su hermano.

—¡No, bájame, por favor! —la niña se retorció de risa—. ¡Me estás haciendo cosquillas!

—Uhm... me temo que necesitarás la ayuda de alguien. ¿Qué tal de tu hermano?

A Jack se le iluminó la expresión ante la idea de ser útil.

—¡Sí, Jack, ayúdame a derrotar a este gigante! —suplicó la niña entre risas.

Jack se tiró a las piernas de Logan e intentó inmovilizarlo. El guardaespaldas fingió que perdía el equilibrio y cayó sobre el sofá. En ese instante, Susan y Jack unieron sus fuerzas para acabar con él.

—¡Me rindo! —dijo Logan, poniendo las manos en alto—. La unión hace la fuerza. No tengo nada que hacer contra vosotros.

Tuve que hacer algún ruido, porque entonces Logan se volvió y me pilló espiándolos. Y su sonrisa se borró de un plumazo. Se puso de pie como un resorte con su habitual expresión adusta.

—¿Se le ofrece algo, Señorita Parker?

—No pretendía cortaros la diversión —respondí divertida.

Logan no perdió la compostura. Volvía a ser el hombre de hielo. Ese para el que las sonrisas estaban prohibidas.

—¿Podemos hablar fuera? —le pedí, un tanto decepcionada por su frialdad.

No pretendía que fuésemos amigos, pero me descolocaba su actitud.

Tampoco era tan ingenua para no notar que le había causado mala impresión. Por alguna razón que escapaba de mi alcance, al Señor Prexton le resultaba cualquier cosa menos simpática.

—Se le dan bien los niños —le dije, en cuanto nos quedamos a solas.

Él no contestó. Se limitó a observarme con aquella mirada glacial que, para ser sincera, comenzaba a sacarme de mis casillas. A saber lo que se le pasaba por la cabeza.

—¿Tiene usted hijos? —le pregunté con curiosidad.

—No es asunto suyo —me espetó.

—No, no lo es —respondí contrariada, y apreté los labios.

Tuvo que notar mi crispación, porque añadió:

—No pretendía sonar tan taxativo, pero no me gusta hablar de mi vida privada.

—Por supuesto, lo entiendo. No pretendía ser impertinente —le resté importancia, aunque por dentro aún seguía molesta—. Señor Prexton, necesito que me acompañe a la cárcel.

Sus ojos se abrieron un poco por la sorpresa. Supongo que en la imagen que ya se había formado de mí, estaba esperando que le pidiese que me llevase de compras.

—Voy a ir a ver a mi hermano. Confío en su discreción. No quiero que nadie de mi familia lo sepa.

Él no dejó traslucir ninguna emoción.

—Tiene usted mi palabra. Lo dispondré todo y saldremos en una hora —dijo, antes de alejarse.

Observé la espalda ancha de mi guardaespaldas y su cabello rapado. Su apariencia y sus modales contrastaban con lo que acababa de presenciar hacía unos minutos. Qué hombre tan extraño.

Estaba nerviosa. Hacía mucho tiempo que no visitaba a John. Dejé de hacerlo en cuanto asumí que me dolía demasiado. Al principio lo hice por dos razones: para cumplir mi palabra, y porque necesitaba respuestas. Y puede que entre medio de ambas existiera otra que me negaba a aceptar: amaba a mi hermano.

Porque era mi hermano, y punto. Puede que nunca importara lo que había hecho, porque siempre seguiría siéndolo. Y una parte de mí se aferraba con desesperación al John que había conocido siendo una niña. El que se preocupaba por mí, me cuidaba y siempre ofrecía buenos consejos. ¿Qué había sido de él? ¿Dónde estaba el hombre honorable al que tanto admiraba? A veces tenía la sensación de que nunca había llegado a conocerlo del todo. Daba igual que tuviésemos la misma sangre. Sospechaba que ese John al que tanto quería escondía a un ser oscuro y retorcido. Que todo había sido una fachada.

Había intentado matar a Matt y a Harley. Y todo por culpa de los celos. John jamás aceptaría que Harley estaba enamorada de Matt y no de él. Creía que todos habíamos elegido a Matt, y eso lo había matado por dentro. Para colmo, habíamos descubierto que había estado involucrado en la muerte de un estudiante de su fraternidad.

Y luego... estaba ese secreto que nos unía. Ese que yo me había empeñado en guardar para que la frágil paz que unía a mi familia no se rompiera. A Matt le había costado mucho perdonar a mamá. Ser consciente de que llevaba años separado de Harley porque ella había escondido sus cartas. Que había odiado durante años a Harley sin ningún motivo. Durante un tiempo, yo también le di la razón. ¿Qué clase de madre intentaba separar a un hijo de la mujer de la que llevaba toda la vida enamorado? Pero entonces, en una de mis visitas a la cárcel tratando de encontrar respuestas, descubrí que mi madre lo hizo por una razón: para protegerlos. Y para proteger a John de sí mismo,

pues lo conocía tan bien que sabía de sobra que nunca aceptaría que Harley eligiera a su hermano.

Pero... ella no lo conocía tan bien como yo. Porque cuando supe toda la verdad, mis esperanzas de que John se redimiera en la cárcel se arruinaron. No había remedio para alguien como él. Puede que a estas alturas, tampoco lo hubiera para mí. Guardar ese secreto me convertía en su cómplice. En alguien horrible. Y si mi familia se enterara...

Alguien me puso una mano en la espalda. El contacto me sobresaltó. Era mi guardaespaldas.

—Ya puede pasar —me dijo—. Estaré al otro lado de la puerta. Si surge algún problema, solo tiene que avisarme.

—No me pasará nada —respondí con voz trémula.

—Está pálida —advirtió con el ceño fruncido—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —dije, con toda la falsa confianza que pude reunir.

La enorme mano de Logan seguía en mi espalda. Sabía de sobra que solo se preocupa por mí porque su trabajo consistía en velar por mi bienestar. Así que me aparté de él. No quería demostrarle que era una pusilánime. Odiaba la compasión.

—Señorita Parker, ¿se encuentra bien? —insistió con recelo.

Asentí con una sonrisa forzada y le di la espalda. Cuando la puerta se abrió, entré con la cabeza alta y los hombros erguidos. Sabía de sobra que la apariencia lo era todo para él, y no quería que me ganase la partida. Estaba sentado delante de una mesa, sin esposar. Los guardias debían pensar que no era peligroso, y dada su posición, era una manera de mostrar deferencia hacia el apellido Parker. Había adelgazado y llevaba barba. Me impactó su aspecto. No quedaba nada del elegante hombre de negocios, salvo la mirada orgullosa que me ofreció. Parecía un lobo solitario y al acecho. Se me hizo un nudo en la garganta cuando me senté frente a él. No debía dejarme intimidar.

—Hola, Mia —las comisuras de su boca se curvaron en algo parecido a una sonrisa—. Cuánto tiempo.

—¿A qué ha venido esa carta? —le espeté con voz fría.

John se apoyó con los codos en la mesa y se inclinó hacia mí. Entrecerró los ojos y me estudió con detenimiento.

—Siempre directa al grano. No te gusta perder el tiempo, pero olvidas que aquí dentro yo tengo demasiado.

—¿Por eso la escribiste? ¿Para que te hiciera una visita? —pregunté perpleja y con ira apenas contenida.

John me dedicó una mirada vacía.

—No eres tan importante —respondió con sequedad—. Te vi en la tele y me picó la curiosidad. ¿De verdad todavía sigues con el rollo ese de ganar el nobel de la paz? Creí que a estas alturas ya te habrías cansado de jugar a ser la madre Teresa. Te hacía viviendo en los Hamptons, casada con uno de esos ricos que estarían encantados de echarte el guante mientras tú despilfarras el dinero.

No dejé que sus palabras me afectaran.

—Lamento decepcionarte —respondí sarcásticamente—. Pero no he venido a seguirte el juego. ¿Se supone que me tengo que creer tus advertencias? No vas a abrir la boca, pero te encanta asustarme. Y no vas a hacerlo porque eso implicaría que jamás saldrías de aquí.

A John se le cambió la expresión durante una milésima de segundo, lo suficiente para percibir su mirada cargada de odio. Hasta que volvió a enmascararla bajo una sonrisa venenosa.

—Hermanita, vamos, no seas así... solo me preocupo por ti. No me gusta que sigas desperdiciando tu vida de esta manera. Yo estoy en la cárcel, Matt juega a ser el cabeza de familia, y a ti te va el rollo Gandhi... ¿qué ha sido de nosotros? —su risa fría retumbó en las paredes del cubículo—.

Reconozco que lo de la fundación fue una jugada maestra, en eso te doy la razón. Tras el escándalo, una parte de la sociedad nos dio la espalda. Sé que Matt se esforzó en labrarse una imagen, pero lo tuyo sí que tiene mérito. Ahora la prensa está con el apellido Parker, y todo gracias a la abnegada hija menor. ¡Enhorabuena!

—Eres despreciable —le dije, con los dientes apretados.

—¿Qué fue de ti y de nuestro jardinero? Ese latino con ínfulas de comerse el mundo... ¿cómo se llamaba?

—Sabes de sobra que se llama Fernando —respondí furiosa.

—Ah... sí... el Señor Sandoval. Es curioso los golpes que da la vida. De haber sabido que le iba a ir tan bien, puede que no me hubiera opuesto a lo vuestro. Tengo entendido que va a casarse con la hija de uno de los socios del bufete para el que trabaja, desde luego no es tonto. El que no corre, vuela...

—Cállate. No tienes derecho a hablar de él.

John entornó los ojos.

—¿No seguirás enamorada de él? —se burló emocionado—. Lo tuyo sí que es grave, hermanita. La niña rica y el chico pobre que trabaja para su familia. De telenovela barata. A estas alturas ya deberías haberlo superado. Hay una gran diferencia entre los ricos de cuna y los que terminan siéndolo a base de doblar la espalda. Que se esfuerce todo lo que quiera, porque para muchos de nosotros seguirá siendo un Don nadie.

Fui a levantarme.

—No sé para qué he venido...

John me agarró las manos y me atrajo hacia él. El pánico me invadió y traté desesperadamente de soltarme.

—Has venido porque necesitabas mirarme a los ojos para saber si me arrepiento de lo que hice —me provocó con sorna—. Te crees que la cárcel cambia a la gente, pero solo saca lo peor de uno mismo. ¿Qué harás si me da

por irme de la lengua? ¿Te crees que no soy capaz? ¡Pobre Mia, sigue siendo una niñata ilusa! Tienes miedo porque sabes que ellos no te lo perdonarían. En el fondo sigues siendo la animadora popular y cruel. Esa a la que le encanta llamar la atención y que sería capaz de pisotear a cualquiera con tal de conseguir lo que se propone. No somos tan distintos como crees, ni tú eres tan buena como te empeñas en demostrar. Porque bajo toda esa fachada que te has labrado durante estos años, sigues siendo la misma rica caprichosa y malvada. Venga, no finjas, ¡todo lo que has hecho es para redimirte!

—¡Suéltame! —le grité, con lágrimas en los ojos—. ¡Suéltame, pedazo de escoria!

John me soltó las manos y soltó una carcajada. Yo tenía el rostro anegado de lágrimas y temblaba de la cabeza a los pies.

—¡El pasado no se puede cambiar! —me gritó cuando le di la espalda—. ¡Sigues siendo la misma arpía de instituto! Acéptalo de una puta vez.

Golpeé la puerta con desesperación, y escapé corriendo de allí en cuanto la abrieron.

12. Fernando

Llevaba todo el día con un humor de perros. Extendí los brazos para que el sastre pudiera hacer bien su trabajo. Lo peor de todo es que sabía de sobra cual era la razón de mi malestar. Porque tenía un nombre: Mia Parker.

Íbamos a volver a vernos. En unos días, me reencontraría con la joven a la que guardaba tanto rencor. Aunque ya no era una chica de dieciocho años. Pero yo seguía teniendo muchas preguntas. La principal era: ¿por qué te fuiste?

Y luego... había demasiadas piezas que no encajaban. Preguntas sin responder que llevaban atormentándome demasiado tiempo. Luego me había convertido en el hombre que soñaba ser cuando trabajaba como jardinero para su familia. Tenía un buen trabajo, era alguien respetado y estaba comprometido con una mujer despampanante. No me faltaba nada, excepto una respuesta. Y cuando la tuviera, podría seguir mi camino.

Mia ya no era la misma. La había visto en televisión, en el periódico, en numerosas entrevistas... y apenas la reconocía. Yo me había enamorado de la chica popular y rica que escondía un gran corazón. Una a la que le encantaba llamar la atención, pero que en el fondo se sentía muy sola porque había perdido a su padre. La que soñaba con ser periodista e ir a la moda. Era frívola y preciosa, pero a mí me encantaba. Me fascinaba que se tumbara en la piscina a tomar el sol y me provocase con sus comentarios. Sí, éramos muy distintos. Y me volvía loco.

—Ya hemos terminado —dijo el sastre.

Solo tenía ganas de llegar a casa y follar como un loco con Jessica. Cuando lo hacíamos como dos salvajes, reconozco que me olvidaba de todos mis problemas. Jessica era la clase de mujer que necesitaba en mi vida. No me daba demasiada conversación, siempre tenía ganas de marcha y era ambiciosa. Puede que no tuviésemos mucho más en común, pero compartíamos lo

importante.

Recordé a mi adorable secretaria. ¿Qué pensaría Jessica si le contara que iba a leerme una novela romántica? Se burlaría de mí. Mi prometida tenía tantos sentimientos como un cactus.

No sé muy bien lo que me ocurría con Sarah. No era para nada mi tipo. Una joven sencilla y anodinada que estaba lejos de ser la clase de mujer con la que a mí me gustaba relacionarme. Pero tenía su encanto, para qué engañarme. Escondida en sus trajes grises, el moño apretado y las gafas, me daba la sensación de que había una mujer con mucho fuego en su interior.

Sarah era eficiente, discreta y alguien en quien se podía confiar. Llevaba casi un año trabajando para mí y me era indispensable. Puede que a veces jugara un poco con ella y alentara sus esperanzas, pero tampoco lo hacía aposta. Me encantaba coquetear con el sexo contrario, y con ella me pasaba algo muy curioso. Cuanto más nerviosa se ponía, más divertido se volvía todo. Sus mejillas sonrojadas me ponían muy cachondo.

El típico lío entre jefe y secretaria que jamás iba a suceder. No era tan estúpido como para complicarme la vida con una mujer que solo me proporcionaría un placer pasajero y muchos líos. Sarah parecía la clase de ilusa que se enamoraba con facilidad. No tenía ganas de buscarme un problema con Jessica, que podía llegar a ser una verdadera víbora. Así que dejaría las cosas como estaban.

Cuando llegué a mi casa, admiré la enorme fachada y experimenté una creciente oleada de orgullo. Todo eso lo había conseguido yo. Los coches de lujo, la mansión, mi posición... gracias a mi esfuerzo y ambición. Había espabilado a base de relacionarme con niños de papá que me tomaban el pelo. Hasta llegar a ser la clase de hombre que pisotearía a quien hiciera falta para conseguir lo que quería.

Así es la vida. Estudias, te esfuerzas y eres el mejor, pero eso nunca basta. Si quieres algo, tienes que ir a por ello hasta sus últimas consecuencias. Me había costado dejar mis escrúpulos a un lado, pero ahora lo entendía.

Había aceptado quien era.

Abrí la puerta y lo primero que vi fue a Jessica con dos copas de vino. Iba completamente desnuda. La recorrí con la mirada y se me puso dura. Dejé el maletín en el suelo, me quité la corbata y caminé hacia ella. Le quité la copa de vino y me la bebí de un trago.

—Nena, me encanta que me recibas así. Pero, ¿y mi padre?

—Ha ido al cine con unos amigos —dijo, y enrolló las manos alrededor de mi cuello—. Tenemos la casa para nosotros solos. ¿Lo ves? Por eso necesitamos intimidad...

Acercó su boca a la mía. Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres? —pregunté con recelo.

—Cariño... —me rozó el cuello con los labios y comenzó a desabrocharme la camisa—. Fóllame como sabes que me gusta.

Si me lo pedía así... quién era yo para negarme. Deslicé mis manos por su cintura hasta llegar a sus nalgas. La apreté contra mi erección y ella gimió. Ya tendríamos tiempo para hablar. Con una mujer como Jessica, la conversación estaba sobrevalorada.

13.Mia

Respiré con dificultad y me tapé los oídos. Cerré los ojos y traté de olvidar el rostro de John, pero sus palabras rebotaban dentro de mi cabeza. Eran como dardos envenenados que me rasgaban la piel. ¿Y si él tenía razón? ¿Y si todo lo que hacía era para demostrar que era mejor que él? ¿O quizá para reconciliarme con mi pasado?

“En el fondo sigues siendo la animadora popular y cruel. Esa a la que le encanta llamar la atención y que sería capaz de pisotear a cualquiera con tal de conseguir lo que se propone”.

Abrí la boca para tomar aire. Sentí una profunda presión en los pulmones al respirar. La cabeza me daba vueltas y tuve que sentarme en el retrete. De golpe me sobrevinieron los diez años de secretos. El dolor.

“No somos tan distintos como crees, ni tú eres tan buena como te empeñas en demostrar. Porque bajo toda esa fachada que te has labrado durante estos años, sigues siendo la misma rica caprichosa y malvada. Venga, no finjas, ¡todo lo que has hecho es para redimirte!”

Recordé a la cría cruel y superficial. La que se metía con la mitad del instituto mientras trataba de llamar la atención del único chico que no le hacía ni caso. La animadora de la que todo el mundo quería ser su amiga o bien tirársela en el asiento trasero de un coche. La misma a la que la gente despreciaba en silencio. Esa que se emborrachaba hasta llegar tambaleándose a la puerta de su casa, donde Matt la esperaba con expresión decepcionada. La misma que no superaba la muerte de su padre porque el mismo día que murió discutió con él. Ella estaba convencida de haberle provocado el infarto. Todo era culpa suya.

“¡El pasado no se puede cambiar! ¡Sigues siendo la misma arpía de instituto! Acéptalo de una puta vez”.

Traté de silenciar la voz de John. Mis recuerdos. Todo lo que dolía. Pero fue imposible. Me sentía culpable y descorazonada. No importaba lo que hiciera, porque en el fondo no podía cambiar el pasado. Las decisiones que había tomado siempre me perseguirían.

—¿Señorita Parker?

Me sobresalté por la interrupción. Mi guardaespaldas volvió a llamar a la puerta. Aquel energúmeno la echaría a bajo con sus manazas.

—Mia, ¿se encuentra bien? Necesito saber que sí lo está —su tono era imperioso.

Inspiré profundamente. No tenía fuerzas para enfrentarme a su mirada inquisitiva. Ojalá que el tal Logan Prexton no fuera mi guardaespaldas. Carecía de modales y empatía. Me ponía de los nervios.

—Echaré la puerta abajo si es necesario —me advirtió.

Hablaba en serio, así que me enjugué la voz.

—¡Déjeme en paz, por lo que más quiera! —le grité, con toda la autoridad que pude reunir—. Estoy bien, solo necesito unos minutos. Por Dios, nadie va a matarme en un maldito aseo de señoras.

Se hizo el silencio, pero noté su presencia detrás de la puerta.

—La estaré esperando fuera —dijo, y un segundo después sus pasos se alejaron.

Respiré aliviada. Al menos había conseguido alejarlo de mí.

Media hora después y algo más tranquila, me lavé la cara y me hice una coleta. Me miré al espejo para comprobar que no se notaba que había estado llorando. Tenía los ojos un poco hinchados, así que me puse las gafas de sol. Me las quité al comprobar mi aspecto porque me sentí absurda. De mala gana, salí del lavabo y me choqué con aquel armario empotrado. El golpe me lanzó hacia atrás, y estuve a punto de caerme de espaldas de no ser porque

él me agarró de la cintura. Me quedé paralizada por la impresión. La enorme mano de Logan me cubría la mitad de la espalda y me calentaba la piel. Apartó la mano en cuanto se dio cuenta de que ya no me caería.

—No lo he visto —dije con voz áspera.

Y eso que era difícil teniendo en cuenta su tamaño. Me sentía minúscula y débil delante de aquel hombre. No me gustaba esa sensación, aunque creo que el que me desagradaba era él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, y me lanzó una de esas miradas impenetrables.

—Perfectamente.

Fue lo único que necesitó para iniciar la marcha. Iba a cruzar la puerta exterior cuando me bloqueó el paso con un brazo. Se estaba comunicando por el pinganillo con alguien, supongo que a la espera de que le aseguraran que el perímetro era seguro. Comencé a impacientarme, a pesar de que sabía de sobra que solo estaba haciendo su trabajo. No estaba acostumbrada a que dirigieran mi vida de aquella manera.

Logan se sentó a mi lado en el asiento trasero. Esa era una de sus estrictas normas: permanecer cerca de mí en todo momento cuando estuviese fuera de casa. Me limité a mirar por la ventanilla durante todo el trayecto y traté de no pensar en John. Buscaba provocarme y yo se lo ponía fácil, ¿por qué no aprendía? No era la primera vez que John conseguía humillarme con sus palabras. Tenía una lengua afilada y una mente de lo más retorcida.

—No debería venir si eso la afecta tanto —dijo de pronto mi guardaespaldas.

Lo miré de reojo y apreté los dientes.

—No debería darme consejos si no me conoce de nada.

Él no se inmutó.

—Tiene usted razón —respondió sin más.

Y tanto que la tenía. A él no le gustaba hablar de su vida privada, y a mí no me daba la gana de aceptar sus consejos de mierda. Me crucé de brazos y deseé llegar lo antes posible. Noté que me observaba de soslayo y hurgué en mi bolso hasta dar con el móvil. ¿Qué coño quería aquella mole? ¿Ponerme nerviosa?

Contesté un mensaje de trabajo. El gigante seguía observándome de reojo. Resoplé y me giré hacia él con cara de pocos amigos.

—¿Qué? — inquirí.

—¿Le molesta que la mire? —preguntó muy tranquilo.

Herví de rabia. Ni siquiera lo disimulaba.

—Sí.

—Usted también me mira de vez en cuando, no crea que no lo he notado.

¡Encima! Lo que me faltaba por oír.

—Intento discernir si es usted alguien de fiar. Teniendo en cuenta que mi vida está en sus manos y que yo no lo he contratado, comprenderá que estoy en una posición delicada —me defendí exasperada.

—No lo está —me contradijo, mirándome a los ojos—. Se encuentra en las mejores manos. Tiene mucha suerte de tenerme como guardaespaldas.

Me ruboricé no tanto por sus palabras sino por cómo lo dijo. Lo decía en serio. Me acordé de sus cicatrices. Era un hombre peligroso. Quise estar en cualquier lugar menos sentada a su lado. De repente aquel espacio se me hizo muy pequeño.

—Eso lo dice usted —musité.

—Sí, lo digo yo.

Se pasó la mano por la barbilla, algo contrariado. ¿Qué esperaba? No era de las que brindaban su confianza al primer tipo que se le pusiera delante, por muy grande e intimidante que fuera.

—Pero estoy siendo sincero —añadió con un deje de irritación—. Póngame las cosas fáciles y le aseguro que no tendrá nada que temer. La protegeré con mi vida si es necesario.

Entonces fui yo quien lo miró de reojo. Por extraño que pareciera, tuve la sensación de que Logan Prexton hablaba en serio. Y no supe cómo sentirme respecto a él.

14. Logan

La señorita Parker estaba resultando ser una caja de sorpresas. Me había pillado observándola de soslayo, ¿pero qué culpa tenía yo? Tenía un carácter tan volátil que me tenía intrigado. Hacía unos minutos había salido huyendo despavorida del encuentro con su hermano, y sabía de sobra que había estado llorando en el servicio. Sin embargo, no se amedrentaba con facilidad. Había tratado con muchas como ella, y el resultado siempre era el mismo: jovencitas que agachaban la cabeza, se sonrojaban y coqueteaban tímidamente conmigo. Algunas me observaban con temor, y otras con una fascinación propia de haber visto demasiadas veces *El guardaespaldas*.

Y Mia Parker no se parecía a ninguna de esas ricachonas. Por el momento.

Era evidente que tener guardaespaldas no le hacía ni puñetera gracia. Estaba acostumbrada a moverse a su antojo, pero tenía que entender que quien mandaba era yo. Y tengo que reconocer que su recelo me tocaba los cojones. ¿No me había visto? Sabía el efecto que mi aspecto producía en los demás. Fascinación en las mujeres y respeto en los hombres. ¿Quién se creía aquella mocosa para dudar de mi aptitud como guardaespaldas? Era el mejor, todo el mundo lo sabía.

Y Mia Parker lo averiguaría tarde o temprano, de eso estaba seguro.

Volví a mirarla de reojo. Ahora estaba inmersa en su móvil, y parecía disgustada por alguna razón. Quizá se habían agotado los zapatos de marca que intentaba comprar con el dinero de su riquísima familia. Aunque para ser honesto, si uno le echaba un vistazo se daba cuenta de que no parecía muy interesada en la moda.

Tenía esa clase de elegancia con la que nacen algunas personas. Iba vestida de negro, a excepción del esmalte rosa pálido de sus pequeñas manos

y el collar plateado en forma de corazón que pendía de su cuello. Un jersey grueso que se pegaba a sus curvas y unos pantalones negros que adivinaban unas piernas infinitas. Era una mujer preciosa.

Y para nada mi estilo. Bonita, por supuesto. Probablemente el sueño erótico de cualquier hombre con un poco de imaginación. Pero ahí se le acababa la gracia. ¿Cuántos arreglos de cirugía llevaría encima? Apuesto a que esos pómulos eran obra de un cirujano, o tal vez sus carnosos labios. Entreabiertos y húmedos. Los contemplé ensimismado. Joder, ¿cuánto tiempo llevaba sin acostarme con una mujer? Demasiado, al parecer. Conocía a muchas Mia Parker. Ricas, caprichosas, volubles. Un auténtico coñazo.

El conductor dio un frenazo y el cuerpo de Mia se precipitó hacia delante. Conseguí agarrarla antes de que su preciosa cara se estampara contra el asiento delantero. Mi mano cubría por completo su pequeña muñeca. Ella estaba tan desconcertada como yo y le costó varios segundos recuperarse del susto. Cuando por fin lo hizo, fijó la vista en mi mano con una expresión contrariada. La aparté de inmediato, irritado conmigo mismo por haberla dejado allí como un idiota. ¿Qué se creía? Jamás la tocaría a no ser que fuese estrictamente necesario. Como acababa de hacer para evitar que saliera despedida.

—Gracias —murmuró incómoda.

Apreté la mandíbula. Era mi trabajo, lo sabía de sobra. Para eso me pagaban. Y de todos modos, no cambiaba el hecho de cómo me había mirado antes.

—¿Usted se encuentra bien? —me preguntó.

Aquello me pilló por sorpresa. Qué más le daba como yo estuviera. Es cierto que el movimiento brusco me había provocado un tirón en la espalda. Los años comenzaban a pesarme. Pero no era asunto suyo. Las pijas remilgadas como ella no se preocupaban del estado físico de su

guardaespaldas, eso lo sabía por experiencia.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté al chofer.

—No lo sé. El coche de Andrew me ha obligado a frenar.

Me comuniqué por el pinganillo ante la atenta mirada de Mia, y escuché aliviado la respuesta. Aun así, no me fiaba del todo. Así que salí a inspeccionar para asegurarme de que no había sido más que un contratiempo. Mia me observó sin decir una palabra.

—Quédese aquí. Y no salga bajo ningún concepto hasta que yo vuelva, ¿entendido?

Ella fue a decir algo, pero al final se limitó a asentir.

Me dirigí hacia el otro coche, donde el resto de mi equipo observaba algo tirado en el suelo.

—¿Qué está pasando? Sabéis de sobra que no podemos pararnos en mitad de la carretera. No es seguro —me quejé.

—Lo siento, Logan. Ha sido ese perro —Stephen señaló un bulto tirado en el suelo—. Estuve a punto de atropellarlo. No hay manera de que se mueva de ahí.

El bulto era un animal tembloroso y lleno de greñas. Fui a apartarlo de la carretera, pero entonces recordé el rostro de April. La imagen de la inocencia y de la felicidad más pura jugando con Max, su cachorro de pastor alemán. El recuerdo me retorció las entrañas y se incrustó en mi pecho, impidiéndome respirar.

No, ahora no.

Stephen agarró una piedra para tirársela al perro, que le enseñó los dientes. Le quité la piedra a aquel imbécil y él se puso pálido.

—¿Qué coño ibas a hacer? —le recriminé, zarandeando la piedra delante de su rostro lívido.

Entonces algo llamó mi atención. Mia estaba detrás de mí con cara de

póker. Contempló horrorizada al perro, a mí y por último a la piedra que llevaba en la mano. Y por supuesto, sacó sus propias conclusiones.

—¡No sea animal! —me gritó indignada.

—Le dije que se quedase dentro del coche —gruñí irritado.

Estaba cabreado porque me mirase de aquella forma. Y joder, ¿por qué no podía obedecerme y quedarse dentro del maldito coche?

—Pues ya ve que no le he hecho caso. Y me alegro. ¿Es que nadie va a ayudar a ese pobre animal? —me lanzó una mirada acusadora—. Tirarle una piedra no es una opción, Señor Prexton.

No me molesté en decirle que justo acababa de evitar tal atrocidad. Me importaba una mierda lo que pensara de mí aquella mocosa. Yo odiaba tanto como ella a quienes maltrataban a los animales. Casi tanto como detestaba a las pijas insufribles como ella.

Mia se agachó para acariciar al perro, que se hizo un ovillo y comenzó a temblar. De nuevo, me dedicó una mirada llameante. Entonces hizo algo que me dejó con los ojos abiertos de par en par. Se quitó el jersey, bajo el que llevaba una fina camiseta de mangas largas que se ajustaba a su silueta. Y fue a cubrir al perro con el trapo cuando la detuve.

—No lo toque —le ordené.

Mia resopló.

—¿Qué va a hacer? ¿Matarme de un mordisco?

Apreté la mandíbula. La señorita Parker no sabía medir las consecuencias de sus actos. Por eso necesitaba protección, porque era una inconsciente.

—Podría tener alguna enfermedad—le advertí.

—Está muerto de miedo —lo cogió en brazos, ignorando mis órdenes—. Tenga un poco de humanidad, ¿o no le queda de ella dentro de esa armadura?

Apreté los puños cuando pasó por mi lado con el perro en brazos y actitud desafiante. Esa chiquilla no tenía ni puñetera idea. Humanidad... ¡qué sabía ella de nada!

Stephen y Andrew la miraron como dos babosos. Era una mujer preciosa, para qué engañarnos. Pero ahí se le acababa la gracia. Su numerito con el perro me había sacado de mis casillas.

—A mí no me importaría ser ese perro —bromeó Andrew.

Me volví hacia él con cara de pocos amigos. Los dos idiotas dejaron de reírse en el acto.

—El próximo que la mire o haga algún comentario fuera de lugar está despedido —les espeté, antes de volver al coche.

Dentro del coche, le ordené al chofer que condujera sin más interrupciones. Mia Parker tenía al perro en su regazo y me miraba de soslayo. Tenía las mejillas arreboladas de indignación.

La contención me duró cinco minutos. No pude soportarlo más.

—Como vuelva a dejarme en evidencia, tendrá que cambiar de guardaespaldas.

—¿Qué es dejarlo en evidencia? ¿Impedir que agreda a un ser inocente? —replicó airada.

—Debería haberse quedado dentro del maldito coche —repliqué, taladrándola con la mirada—. Es usted imposible.

—Yo no soy...

—Se pone en peligro con facilidad, no acepta órdenes, lo cuestiona todo... —enumeré exasperado—. Esto no va a funcionar. Por muy bien que me paguen, soportarla a usted no tiene precio.

Dio un respingo. Sonreí de medio lado. Era evidente que nadie le hablaba así.

—¡Oiga! No le permito que me hable así...

—Le estoy siendo sincero. Si tanto le molesta, despídame. Y si sigue con esa actitud, seré yo quien dimita.

—Pues si tanto le molesta lidiar conmigo, sepa que recibiré su renuncia con agrado —respondió en tono orgulloso.

—Estupendo —grazné, dejándome llevar por la rabia—. Se lo haré saber a su hermano en cuanto lleguemos. Suerte con el próximo candidato. Aguantarla no tiene precio.

—¡Me lo dice el neandertal que ha estado a punto de agredir a este pobre animal! —exclamó, roja como un tomate.

—Ya ha sacado sus propias conclusiones, para qué discutir.

Me miró confundida. Si esperaba que añadiese algo más, es que no me conocía en absoluto. Pasaba de darle explicaciones. Puede que el trabajo estuviera bien pagado, y que con aquel dinero pudiera jubilarme y cumplir mi sueño. El mío y el de April. Pero si seguía aguantando a Mia Parker, el que moriría de un puto infarto sería yo.

—Entonces, ¿dimite?

—Sí.

Ella cuadró los hombros.

—Pues vale.

No volvimos a entablar conversación, lo cual agradecí. El trayecto en coche se me hizo eterno, y las miradas furtivas de la señorita Parker me sacaron de mis casillas. O mejor dicho: ella me sacaba de mis casillas. Reconozco que no era un hombre con mucha paciencia, pero Mia Parker la ponía a prueba constantemente. Por suerte, no volveríamos a vernos las caras. Nunca.

Salí del coche en cuanto llegamos a su ostentosa mansión. Un edificio enorme y lujoso que destilaba vanidad. Los ricos siempre eran iguales.

Necesitaban demostrar al mundo que tenían dinero. Aunque puestos a ser sinceros, ¿por qué no gastarlo si lo tenían? Prefería eso a las hipócritas ricachonas como Mia Parker, que jugaban a salvar el mundo. ¿Cuánto tardaría en hartarse de esa imagen que se había fabricado? En el fondo era como todos los de su clase. En cuanto les ponías las cosas claras, intentaban intimidarte con el rollo de *soy yo quien te pago*. Pero eso no le serviría conmigo. Adiós, Señorita Parker. Suerte con el próximo candidato.

Antes de comunicarle mi decisión a su hermano, que me caía mejor que ella, hurgué dentro de mi mochila hasta encontrar la foto de April. Siempre viajaba con ella. Acaricié el rostro de mi hija y algo se quebró en mi interior.

—Lo siento, cariño. Esta vez no va a poder ser, pero me queda poco para cumplir nuestro sueño.

Volví a guardar la foto. El móvil vibró dentro del bolsillo trasero de mis pantalones. Había pocas personas que tuvieran mi número personal, y una de ellas era Keira, mi exmujer. ¿Por qué no cambiaba de número? Así conseguiría que me dejara en paz. Pero en el fondo, sabía que no podía hacerlo. Keira y yo permaneceríamos ligados hasta que...

Leí su mensaje con impotencia. Y dolor.

Por favor, tenemos que hacerlo. Te necesito, Logan. Piensa en tu hija.

Arrojé el móvil sobre el colchón. Joder, eso es lo que hacía. La maldita egoísta era ella. ¿Yo? Un simple padre que deseaba lo mejor para su hija. Que aún mantenía la esperanza, pese a lo que dijese todo el mundo.

Olvidé a Keira. No iba a contestar a su mensaje, eso lo tenía claro. Por el momento, me limitaría a lo más fácil: hablar con Matt Parker. Era la primera vez en mi vida que renunciaba a un empleo.

15. Mia

Odiaba equivocarme, pero tampoco era tan orgullosa como para no admitir que la había cagado. Y tras una breve charla con el equipo de seguridad, me había quedado claro que había juzgado mal a Logan Prexton. Al menos, en lo referente al asunto del perro.

Genial, ahora me tocaba enmendar aquel error. Llamé a la puerta del despacho de mi hermano y acto seguido entré. Abrí los ojos de par en par al encontrármelos de aquella guisa. En cuanto me vieron, Matt se cerró la bragueta y Harley se bajó la falda.

—¡Ay, la leche! —exclamé, tapándome los ojos—. Volveré en otro momento.

—Ya no, ¿para qué? Nos has cortado el rollo —se quejó mi hermano.

Entreabrí los dedos para comprobar que ya habían acabado de vestirse. Harley estaba despeinada y Matt tenía cara de pocos amigos. Me aguanté la risa.

—Lo siento... no debería haber abierto la puerta. Pero... ¿en serio? ¿En el despacho? —me burlé.

Mi hermano me fulminó con la mirada. Harley se encogió de hombros.

—Tenemos hijos. Poco tiempo. Muchas ganas —resumió con una sonrisa.

Fingí una arcada. En el fondo, me hacía bastante gracia que siguieran igual de enamorados después de diez años juntos.

—Os dejo solos para que habléis —se despidió Harley, y me guiñó un ojo.

En cuanto cerró la puerta, le puse ojitos a mi hermano. Él puso mala cara.

—¿Qué?

—Tienes casi cuarenta tacos, ¿te parece bonito?

—¿Te parece bonito a ti despedir al que probablemente sea el mejor guardaespaldas que podía contratar? —me recriminó con dureza.

Touché.

—Técnicamente no lo he despedido. Él ha dimitido.

Puse mi mejor cara de inocencia, pero Matt no se la tragó.

—Seguro que tú has puesto mucho de tu parte para que eso sucediera.

—Oye... no me siento orgullosa —me dejé caer en la butaca con un suspiro lánguido—. Quizás le dije algo que le sentó fatal. De acuerdo, asumo la culpa.

—Qué asumes la culpa... —repitió malhumorado—. Mia, ya hablamos de esto. Dijiste que ibas a cooperar. ¿Por qué tienes que comportarte como una niña?

Me incorporé al escuchar aquella maldita palabra. Detestaba que me tratara como una cría.

—No fui yo quien contrató al Señor Prexton sin preguntarme. Pero estoy aquí por una razón, si eso te deja más tranquilo. Lo he juzgado mal, y considero que lo correcto es que mantenga su puesto de trabajo.

Matt me miró incrédulo.

—Qué generoso de tu parte —ironizó.

—Ve a decírselo —dije, dirigiéndome hacia la puerta.

—No —se negó de manera rotunda—. Tú la has cagado, y tú vas a enmendarlo. Ve a disculparte con él, peque.

—Pero... —me volví hacia él con expresión compungida—. Matt, no me pidas eso... ese armario empotrado me detesta. Seguro que disfrutara del espectáculo.

—Habértelo pensado antes —respondió, sin dejarse ablandar por mis súplicas.

Resoplé. Cuando mi hermano tomaba una decisión, ya no había marcha atrás.

Inspiré delante de la puerta. Ni siquiera sabía por dónde empezar. ¿Qué le decía? No le caía bien a Logan. Y él a mí tampoco. Sus palabras aún retumbaban en mi cabeza:

Aguantarla no tiene precio.

Vale, pero yo lo había llamado *neandertal*. Y había desobedecido sus órdenes, dejándolo en evidencia delante del resto de sus hombres. Y para colmo, lo había juzgado a la ligera. Se merecía una disculpa, aunque me apeteciera tanto como cortarme un dedo.

Llamé a su puerta, pero nadie contestó. Volví a llamar, esa vez más fuerte. Sabía de sobra que estaba allí dentro haciendo la maleta. Al menos podría tener la decencia de responder.

—Señor Prexton, necesito hablar con usted.

Nada. Silencio.

Suspiré. Menuda cabeza tan dura. Sabía que no me iba a poner las cosas fáciles.

—Oiga, sé que está ahí dentro —insistí, con mi paciencia pendiendo de un hilo.

Golpeé la puerta por tercera vez. A cabezota no me ganaba nadie, y si quería disculparme, me iba a oír. Quisiera o no quisiera. Vamos, ¿pero quién se creía?

—Sé que piensa que soy insufrible, pero también tengo mis cosas buenas. Cuando me equivoco, no me cuesta pedir perdón. Y me he equivocado con usted, Señor Prexton —silencio. Temblé de impotencia. Alcé la voz—: Le agradecería que me abriera la puerta para decírselo a la cara. ¡Oiga!

La puerta se abrió de golpe y reculé hacia atrás por el susto. Allí estaba Logan, con su expresión de pitbull con ganas de morder a alguien. Me sacaba tres cabezas. Sus ojos eran fríos como el hielo. Su cabello cortado al cero, de un gris ceniza, le otorgaba cierto aire a un espía soviético. Todo en él emanaba autoridad y mala leche. Empecé a arrepentirme de haber llamado a su puerta, y contuve las ganas de salir corriendo.

—La escucho —gruñó.

—Muy amable por su parte —ironicé, y él me fulminó con la mirada.

—No quiero que me haga perder el tiempo. Decía que quería disculparse. La escucho.

Uf, menudo hombre. Qué modales.

—Sí, así es. Lo juzgué mal y ni siquiera le di la oportunidad de explicarse. No soy de las que se forman una opinión a la ligera de las personas, pero reconozco que con usted me ha pasado —él me escuchó atentamente, sin decir una palabra. No sé qué se le pasaba por la cabeza, así que proseguí con mi discurso—. Tampoco estuvo bien que desobedeciera sus órdenes, teniendo en cuenta que es quien se encarga de mi seguridad. Ni que lo dejara en evidencia delante de sus hombres, por supuesto.

—Me llamó neandertal.

Vaya, no se le pasaba ni una.

—Sí, es cierto. Cosas que se dicen cuando uno está enfadado.

—Pero usted lo piensa.

La certeza con la que lo dijo hizo que fuera incapaz de contradecirlo. Logan me lanzó una mirada feroz, casi desafiante. No era de los que olvidaban con facilidad.

—Usted también me llamó algunas cosas muy desagradables. Si quiere se las enumero. Si nos ponemos así... —repliqué a la defensiva.

—No hace falta, recuerdo lo que le dije. Es lo que sigo pensando.

Aquello fue un golpe bajo. No estaba acostumbrada a que me hablaran así. ¿Por qué tenía que poner la otra mejilla si aquel neandertal no admitía su parte de culpa? Recordé que se lo había prometido a Matt, así que opté por ignorar la falta de modales de aquel cenutrio.

—Lo que usted piense es cosa suya. Le pido disculpas por lo que dije, ¿las acepta o no? —inquirí irritada.

—Disculpas aceptadas.

Me tendió una mano, gesto que me descolocó. Como no quería ser maleducada, le devolví el apretón. El contacto me resultó desconcertante. La mano de Logan era callosa y enorme, pero apretó la mía con delicadeza, como si temiera hacerme daño. Un calor agradable me fue envolviendo todo el cuerpo. Retiré la mano de golpe, que de repente me ardía.

—Deberíamos ponernos con lo de la lista que le di —dije, por cambiar de tema.

Él enarcó una ceja.

—¿Da por hecho que voy a volver a ser su guardaespaldas?

—Sí —respondí confundida.

Un segundo, ¿no volvía a trabajar para mí? Me había disculpado con él, ¿qué más quería?

—Señorita Parker, dimití — me recordó con aspereza.

—Eso ya lo sé. Pero hemos solucionado nuestras diferencias, pensé que... —me callé de golpe, sintiéndome como una estúpida. Vaya, qué humillación. Asentí con una sonrisa tensa. No pensaba obligarlo a trabajar para mí. Sí, lo que faltaba. Había muchos guardaespaldas tan grandes e intimidantes como aquel tipo—. ¿Tan insoportable le parezco?

La pregunta lo pilló desprevenido. ¿Qué pasa? ¿Pensaba que no me había dado cuenta?

—Somos muy diferentes, será mejor dejarlo así. Pero le recomendaré

a alguien de mi máxima confianza.

—No ha respondido a mi pregunta —insistí indignada.

—Más que insoportable, yo diría que es usted complicada.

—Todos lo somos —murmuré, dándole la espalda—. Que le vaya bien, Señor Prexton.

Mis sobrinos estaban encantados con el perro, al que habían bautizado como Rusty. En cuanto mi hermano se enterara de que teníamos un nuevo invitado en casa, montaría en cólera. No era muy dado a los animales, pero seguro que entre todos lo convencíamos. Al que no había podido convencer era a Logan, hecho que me ponía de malhumor.

¡Qué humillante había sido!

Pateé una piedra, y Rusty se lo tomó como un juego. Corrió hacia la verja y comenzó a escarbar. Estaba intentando hacer un agujero, así que lo llamé.

—¡Rusty, ven aquí! —le ordené.

No me hizo ni caso, así que me acerqué a él. En cuanto me vio, escarbó con más ímpetu hasta que se lo tragó la tierra. Mierda, no me lo podía creer. ¿A dónde había ido? Era un muro de hormigón, así que no podía andar muy lejos. De repente, emergió de entre las zarzas con la piedra en la boca.

—Ven aquí, chico.

Rusty, que era bastante asustadizo, tuvo que tomarse mi orden como una advertencia, porque echó a correr. Y lo hizo en el mismo instante en el que el coche de mi madre entraba por la puerta. Aprovechó la ocasión para escapar mientras yo gritaba su nombre en vano. Sin pensármelo, corrí detrás de él mientras uno de los hombres de seguridad apostado en la cabina de vigilancia me pedía que me detuviese.

—¡Vuelvo en un segundo! ¡No quiero que se escape!

El perro se encontraba unos metros alejado de la entrada. Tenía las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Me compadecí de él. A saber cuántas palizas habría recibido. Me metí la mano en el bolsillo y le enseñé un trozo de bacon.

—¿Te gusta? Vamos... ven aquí.

Partí un trozo y se lo tiré. Caminó unos pasos en mi dirección, olisqueó el bacon con recelo y se lo comió.

—Tranquilo, no voy a hacerte daño. Solo quiero que entres en la casa. Mira.

Zarandeeé delante de sus ojos otro trozo de bacon. Sabía que si intentaba atraparlo huiría despavorido, así que lancé el bacon hacia la entrada y Rusty corrió detrás de él. Respiré aliviada.

Me puse de pie para regresar a casa, pues sabía de sobra que no podía andar por ahí sin vigilancia. Fue entonces cuando, a lo lejos, observé una figura que emergía de entre los árboles. El sol me cegaba, así que utilicé la mano a modo de visera y entrecerré los ojos. Y vi la pistola.

Mi vida pasó delante de mí en cuestión de segundos. Me estaba apuntando. Me separaban diez metros de la entrada. No me daría tiempo a regresar. Me quedé paralizada por el miedo. No sabía qué hacer. No podía moverme. Y algo me derribó al suelo.

Los disparos levantaron una inmensa polvareda. Comencé a gritar. Un cuerpo cubrió el mío. Todo pasó en una fracción de segundo. El ruido de los disparos. Un cuerpo pesado encima del mío, casi impidiéndome respirar. El destello de unos ojos grises. Logan sacó su arma y comenzó a disparar mientras yo permanecía hecha un ovillo debajo de él. Escuché el sonido de una moto alejándose de allí a toda pastilla. Y luego, los disparos cesaron.

Temblaba de la cabeza a los pies cuando unas manazas sostuvieron mis mejillas. Mi mirada perdida encontró unos ojos grises que me observaban sin

pestañear. Mi ex guardaespaldas acababa de salvarme la vida. Movié mi rostro de un lado a otro, como si buscara alguna herida.

—¿Se encuentra bien? ¿Le han disparado?

Me evaluó de arriba abajo y comenzó a palparme con brusquedad. Se estaba cerciorando de que no me hubieran disparado.

—No... yo... estoy bien —respiré con dificultad.

—¿Puede caminar? Tenemos que volver a la casa antes de que vuelva.

—Sí —musité conmovida.

Pero mis piernas no reaccionaron. Me costaba respirar y tenía la vista nublada.

—Mia, mírame. Todo saldrá bien, te lo prometo. Sigo aquí contigo y no me iré a ninguna parte —me tranquilizó.

Asentí con debilidad. Él me sostuvo por los hombros y el inesperado contacto me sobresaltó.

—¿Puedes andar? No podemos seguir aquí, no es seguro.

Volví a asentir.

Él me tendió una mano, pero las piernas no me funcionaban. Sin previo aviso, Logan me cogió en brazos y a mí se me escapó un grito. En cualquier otra ocasión me habría puesto como una loca, pero entonces me acurruqué contra su pecho. Era enorme, pero olía genial. Su cuerpo era una roca. Y joder, me sentía tremendamente segura en aquellos brazos. Dejé que me apretase contra su cuerpo y cerré los ojos con fuerza. No fui consciente de lo que sucedía a mi alrededor y el mundo se detuvo. Por primera vez comprendí que allí, con aquel hombre, jamás podría pasarme nada. E hice lo único que me pareció razonable, escondí la cabeza en su pecho y me tragué las ganas de llorar.

Cuando me depositó en el suelo, ya estábamos dentro de la casa. La mirada de Logan se tornó de nuevo dura. Pero había algo más... casi

imperceptible, pero estaba allí. Preocupación.

—¿Lo ve? Es una inconsciente, Mia. Podrían haberla matado, ¿en qué estaba pensando?

—No lo sé —murmuré, y de repente sentí unas ganas tremendas de echarme a llorar.

Las contuve como pude. No quería llorar delante de él.

—¿Sigue en pie lo del puesto de guardaespaldas? —me preguntó para mi sorpresa.

—Por Dios, sí.

Solo una idiota le diría que no.

—Con una condición —me advirtió con voz dura—. De ahora en adelante, mando yo.

No pude contestarle, porque de repente la casa se llenó de gritos. Mamá corrió hacia mí y se tropezó cuatro veces antes de alcanzarme. La siguieron Matt y Harley, que gritaban aterrorizados mi nombre.

—¡Cariño! ¿Qué ha pasado? ¡Escuchamos disparos! ¿Estás bien? —preguntó de manera atropellada.

—Sí —respondí, todavía aturdida—. No lo estaría de no ser por Logan. Le debo la vida.

Logan Prexton ni siquiera se inmutó. Seguro que no era la primera vez que salvaba la vida de alguien. Pero debajo de su cuerpo, mientras las balas nos habían rozado, sentí una emoción desconocida y profunda. Lo achaqué al agradecimiento, porque en aquel momento lo único que deseaba era abrazarlo y darle mil veces las gracias. Pero no lo hice. Ya tendría tiempo para ello, porque fue mi madre quien se lanzó a sus brazos.

16. Mia

Logan Prexton no era un hombre muy sociable. Puso cara de circunstancias cuando mi madre le besuqueó el rostro. No le gustaba ser el centro de atención y creo que estaba deseando escapar de allí. También recibió halagos de Matt y Harley, que lo elogiaron por su actitud. Normal, porque ni siquiera lo había dudado. Me había cubierto con su propio cuerpo y luego se había puesto a disparar. Había sido como en las películas de acción, y yo todavía estaba... sobrecogida.

Aproveché el momento para escaquearme hacia mi habitación. Me temblaba hasta el alma y seguía estando pálida. No era la primera vez que atentaban con mi vida, pero nunca habían llegado tan lejos. Allí, en Luisiana. A las puertas de mi casa. Normalmente se trataban de grupos de guerrilla locales que me amedrentaban en los lugares a los que viajaba con la fundación. Pero aquello...

Un rabo lleno de greñas asomó por debajo de la cama. Levanté las sábanas y encontré a Rusty, que temblaba tanto como yo. El tiroteo debía de haberlo asustado.

—Eh... la que has liado —fui a acariciarlo, pero él se apartó aterrorizado—. No voy a hacerte daño, te lo prometo.

Con bastante desconfianza, Rusty se fue acercando a mí. Le pasé la mano por el lomo áspero y concluí que el pobre animal necesitaba un baño. Bajo toda aquella capa de suciedad, no era tan distinto al resto de personas que conocía. Al final, todos necesitábamos que nos cuidaran en algún momento de nuestra vida.

Tracé un camino de trozos de bacon desde la cama hasta el baño. Rusty los fue devorando hasta que se encontró con la bañera y se detuvo con brusquedad. Cerré la puerta para que no pudiera escapar y él me miró

apenado.

—Tranquilo, no pasa nada —volví a acariciarlo, y él se encogió por el contacto. Me costaría lograr que no me tuviera miedo, pero estaba dispuesta a ganarme su confianza. Y con un poco de suerte, incluso la de mi guardaespaldas. Sí, me los ganaría a los dos—. Es solo agua, ¿lo ves?

Metí la mano dentro de la bañera y luego toqué a Rusty. El perro gimió y a mí se me partió el alma. Había visto con mis propios ojos la crueldad humana. Mi trabajo en la ONG me obligaba a presenciar tragedias, injusticias y verdaderas barbaridades. Pero nunca me acostumbraba. Quizá era mejor así, porque si dejaba de afectarme significaría que me parecía a quienes habían maltratado a Rusty.

—Voy a meterte en la bañera —le dije, cogiéndolo en brazos. El perro comenzó a chillar y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Movié las patas como si eso pudiera defenderlo del agua—. Está a una temperatura muy agradable, ¿lo ves?

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. No sé por qué lloraba. Por los disparos, por haber puesto en peligro a mi familia, por el miedo que había pasado, por John... pero no pude parar. Hasta que Rusty me dio un lametazo y se acercó a mí. Le sonreí agradecida y comencé a lavarlo. Se portó genial, y para mí fue como una especie de terapia. Cuando terminé, lo envolví en una toalla y cogí la maquinilla que le había robado a Matt. A mi hermano le daría un infarto.

Cuando la maquinilla comenzó a emitir su característico ruido, Rusty se tiró al suelo y comenzó a aullar.

—No hace nada, te lo prometo —le dije con voz suave.

Y ahí comenzó mi verdadera pelea para librarlo de las greñas.

Hacía una noche estupenda y Rusty dormía plácidamente debajo de la

mesa. Al final no me había costado convencer a Matt para que lo dejase quedarse. Creo que lo del tiroteo había influido bastante, porque todos se empeñaban en mimarme. No lo soportaba.

Quería marcharme de allí. Matt se había mostrado tajante y yo me había enfadado.

—Matt, me han disparado a las puertas de casa. Es peligroso que me quede aquí —intenté hacerlo entrar en razón.

Él no dio su brazo a torcer. Harley lo apoyaba, como siempre. Eran una piña.

—Es más peligroso que te instales en otro sitio. La casa es segura. Si no hubieras salido sin protección, nada de esto habría pasado. Y ahora sabemos que contamos con el mejor guardaespaldas —insistió mi hermano.

—Joder... no me hagas esto. ¡Piensa en los niños! ¿Y si los estamos poniendo en peligro? —me temí, dejando que mi culpabilidad hablara por mí.

—No juegues esa baza —me advirtió Harley, con el rostro tenso—. El Señor Prexton ha aumentado la seguridad. Ahora tenemos más guardias, hay varios coches rodeando la casa. Cielo, no hagas eso. Somos una familia, nos apoyamos en todo.

—No hay más que hablar —determinó mi hermano, pasándole un brazo a su mujer por encima de los hombros—. Ha sido un día duro para todos. Principalmente para ti, así que deja de atormentarte.

Suspiré. Sabía que no tenía nada que hacer contra aquellos dos. Y mi madre había montado en cólera ante la idea de que me fuera de casa.

—Y tienes a ese chucho —añadió Matt.

—Se llama Rusty —lo corregí.

—Sí, menudo nombre.

—Lo han elegido tus hijos.

Había tenido que pelear duro con ellos para darle un nombre decente.

Susan quería llamarlo *Príncipe Harry*, mientras que Jack se decantaba por *Aliento apestoso*. Rusty había sido la mejor opción.

—Por eso digo. Tienen ocho años y demasiada imaginación —Matt me guiñó un ojo—. Puede que él consiga que te quedes cuando se solucione todo. Buenas noches, peque.

Eso era ser demasiado iluso, pero no tuve fuerzas para negárselo. Cuando intenté darle de comer a Rusty, él se apartó de mí y se acostó en un rincón.

—¿En serio? Solo son salchichas. No hay intenciones ocultas aquí, colega.

Rusty me miró de reojo. Aún no me había perdonado lo del baño, y mucho menos lo de la maquinilla. Pero había merecido la pena. Había recuperado el color original de su pelaje, de un marrón chocolate. Y ahora tenía buen aspecto, sin aquellas rastas enredadas y pegajosas.

—Con lo guapo que te he dejado —insistí, enseñándole la comida—. Vamos, ven aquí.

El perro no se movió del sitio. Resoplé.

—¡Vamos, ven aquí! —aplaudí para llamar su atención.

Rusty se metió debajo de la mesa y comenzó a temblar. Me pasé las manos por el pelo. No estaba siendo un buen día.

—Ay, lo siento... —me mordí el labio—. Rusty, yo nunca te haría daño. Confía en mí, por favor.

—La clave está en tener paciencia —dijo la voz de Logan a mi espalda—. No confiará en ti de un día para otro. Parece que lo ha pasado bastante mal.

Me volví hacia él. No lo había oído llegar. ¿Cómo podía ser tan silencioso? Con aquel tamaño, lo normal es que fuera más ruidoso. En el porche, la luz de la luna le perfilaba las facciones. Tenía la nariz un poco

torcida, puede que otra herida de guerra. Le asomaban las primeras arrugas alrededor de los ojos. ¿Qué edad tendría? Treinta y muchos, o puede que ya hubiese cumplido los cuarenta. Y aquellos ojos... casi me perdí en ellos. En el gris azulado y frío desprovisto de emoción.

Logan me tendió una mano. Al principio no supe lo que quería, hasta que reparé en la bolsa de salchichas. Se las di y nuestras manos se rozaron sin querer. Mis manos estaban heladas, pero las suyas eran cálidas. Y enormes, como todo en él.

Logan se acercó a Rusty y este le enseñó los dientes. Normal, ¿no era consciente de su aspecto? Medía casi dos metros y su expresión feroz asustaba a cualquiera. Pero entonces, sucedió algo que me sorprendió bastante. Logan cogió varios trozos de salchicha y los colocó delante de Rusty, que los devoró al instante. Luego, dejó un puñado en la palma de su mano y la extendió delante de Rusty. Eso no iba a funcionar. El perro no comería de su mano, estaba convencida. Le tenía pánico.

Pero Logan no se dio por vencido. Se quedó allí, en cuclillas y con la mano extendida. Hasta que Rusty se acercó a él y comenzó a olisquearlo tímidamente. Primero miró a Logan, que no se inmutó. Y luego, como si estuviera pensando si podía fiarse de él, agarró un trozo de salchicha y se lo llevó a una esquina. En cuanto lo devoró volvió a por más, solo que esa vez los comió directamente de la mano de Logan. Y cuando terminó, le lamió la palma de la mano. Lo miré alucinada. Logan levantó la otra mano para acariciarlo, y Rusty apenas se inmutó. Entonces, me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara.

—Vamos, acarícialo —me instó.

Extendí el brazo con timidez, pues no quería que el perro se asustase.

—Tienes que hacerlo con firmeza. Si siente que tienes miedo, desconfiara de ti.

Logan agarró mi muñeca y la llevó hasta el perro. Su contacto me quemó la piel, pero me centré en lo importante. Sonreí maravillada cuando Rusty no se apartó.

—Se te dan bien los animales. ¿Tienes perro?

Tuve que decir algo malo, porque la mirada de él se endureció.

—Se me olvidaba que no te gusta hablar de tu vida privada —musité —. No pasa nada.

—Tenía. Murió hace un par de años —me contó.

—Vaya, lo siento mucho.

—Es ley de vida —le restó importancia, a pesar de que esa vez no fue capaz de enmascarar sus sentimientos—. Lo importante es que uno los trate bien durante el tiempo que vivan. Ahora Rusty tiene suerte de contar contigo.

—¿Tú crees? Soy complicada —le recordé con una media sonrisa.

Estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo. Vaya, qué decepción. Me juré a mí misma que conseguiría que Logan Prexton me sonriera.

—Complicada o no, Rusty ya ha decidido que eres su dueña —miró al cielo y se puso de pie—. Hace una noche estupenda.

—Sí, pronto llegará el invierno. ¿Le gusta el frío? —le pregunté, por decir algo.

También me puse de pie. A su lado, era como una pulga. Como David contra Goliat.

—Me gusta el sol. Pero también sé apreciar el fuego de una chimenea cuando nieva.

Lo sabía. Tenía pinta de ser de esos ermitaños que vivían en una casa de madera y cortaban leña con el torso desnudo. Imaginé lo calentita que se estaría acurrucada con él en la cama. Aparté aquel pensamiento de mi mente de un plumazo. Era totalmente inapropiado. Uf, que me salvara la vida me había hecho mirarlo con otros ojos.

—¿Te has podido escapar de mi madre? —bromeé.

—Eh... sí. Es una señora muy amable —respondió de manera educada. Por su tono de voz, noté que las muestras de afecto lo molestaban.

—No se lo tengas en cuenta. Has salvado a su hija, y ahora averiguará cuál es tu plato favorito y tu número de pie. Incluso puede que te teja una bufanda, ella es así —lo asusté.

Logan me miró de reojo, como tratando de discernir si le estaba hablando en serio. Me hizo bastante gracia que alguien tan intimidante tuviera miedo de una mujer como mi madre.

—¿Me está tomando el pelo?

—Las mujeres complicadas somos así. Nunca se sabe cuando hablamos en serio.

Volvió a lanzarme una mirada de soslayo. Y yo nunca sabría lo que se le pasaba por la cabeza...

Parecía un militar. Pecho hacia afuera, brazos por detrás de la espalda, gesto taciturno pero siempre alerta.

—Gracias por salvarme la vida, Señor Prexton —dije, y me puse delante de él para mirarlo a los ojos—. Y por aceptar de nuevo el empleo. No tuve ocasión de decírselo antes.

—Es mi trabajo —le restó importancia.

—No lo era en ese momento, pero usted no lo dudó. Ojalá pudiera decir algo que estuviera a la altura.

—Eso no es necesario —me habló con suavidad, como si quisiera tranquilizarme—. No quiero que piense que está en deuda conmigo, ¿entendido?

Asentí confundida. No era la clase de hombre que disfrutaba poniéndose medallas. Cuando me dirigí hacia la puerta, Rusty siguió mis pasos. Lo miré emocionada. Al menos, ya me había ganado a uno de los dos.

—Aunque yo no le resulte del todo simpática, estoy convencida de que conseguiremos llevarnos bien. Sí, tengo un presentimiento.

—¿Significa eso que va a portarse bien?

Algo parecido a una sonrisa se formó en sus labios. Guau, era increíblemente atractivo cuando sonreía. Incluso con una media sonrisa. Imaginé que sería la clase de hombre que ganaba muchísimo cuando sonreía de verdad.

—Me alegra que seas mi guardaespaldas —le dije, antes de meterme dentro de la casa.

Sostenía la pistola con manos trémulas. Lo había visto todo con mis propios ojos. A John, amenazando a Matt y Haley. Había escuchado retales de la conversación, pero lo suficiente para hacerme a la idea de que mi hermano era un asesino. Había matado a alguien de su fraternidad.

Dios Santo... habría matado a Matt y Harley si yo no se lo hubiera impedido. Ahora Matt se desangraba en el suelo y Harley estaba inconsciente. No conocía a ese John. El que en un arrebato de celos y pánico había intentado acabar con la vida de su propio hermano y la mujer a la que amaba.

—Voy a ir a la cárcel —se temió, tan asustado que se arrastró hacia mí y hundió la cabeza en mis pies.

No pude soportarlo más. Arrojé la pistola lejos de nosotros y me agaché para consolarlo. Pobre John, ¿en qué se había convertido? Sí, iría a la cárcel. De nada le había servido intentar callar a Matt y Harley. La verdad se descubriría.

—Sssshhhh... todo irá bien —le mentí.

John se sorbió las lágrimas. A lo lejos, se escuchó el eco de las sirenas. Tiritó de pánico y se aferró a mí, como si yo pudiera protegerlo de

todo lo que estaba a punto de suceder. Lo abracé como si fuera un bebé, y John soltó un suspiro trémulo. A pesar de que yo apenas había cumplido los dieciocho y él ya era un hombre hecho y derecho.

—Diles que lo siento, por favor —me suplicó.

Asentí compungida, y las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas. John acababa de convertirse en una caricatura de sí mismo. En alguien pequeño y débil que se aferraba a su hermana pequeña. Y yo... no sabía lo que hacer. Quería unir las piezas de mi familia. Matt odiaba a mamá porque ella le había ocultado las cartas de Harley en un intento de proteger a sus dos hijos. Y ahora uno de mis hermanos era un asesino.

—Por favor, dime que nunca me abandonarás. Solo te tengo a ti.

Algo se apretó en mi pecho. Pues claro que no iba a abandonarlo. Era mi hermano, pese a las decisiones que había tomado. Lo quería, el amor no era un sentimiento que pudiera cambiar de un día para otro.

—No te abandonaré.

—¿Pase lo que pase? ¿Aunque descubras cosas horribles de mí? Por favor, ¡prométemelo! —insistió angustiado.

Tragué con dificultad. ¿Qué otra cosa podía descubrir? John era un criminal, no había nada peor que eso. Había estado a punto de matar a Matt y Harley, y todo por culpa de los celos.

—Te prometo que siempre estaré a tu lado, pase lo que pase —le respondí con firmeza.

John suspiró, aferró mi mano y una sonrisa casi perversa se plantó en su cara.

—Menos mal, porque no puedo seguir viviendo con este secreto.

Palidecí.

—¿Qué secreto?

Me abrazó con fuerza para que no me escapara y susurró algo a mi

oído. Unas palabras que cambiarían mi vida por completo. Y todo mi mundo se derrumbó.

Me levanté empapada en sudor. No era la primera vez que tenía esa pesadilla. Ojalá solo fuera eso; una pesadilla. Pero era real. Después de diez años, seguía siendo real. Dolorosamente real.

Me hice un ovillo en la cama, como si de esa forma pudiera protegerme de mis propios sentimientos. Pero sabía de sobra que nada me protegería de ellos, y mucho menos de John. Somos las decisiones que tomamos, y yo jamás cambiaría el pasado.

El día que acepté guardar ese secreto cambié mi vida para siempre. No importaba por qué lo había hecho. Me había convertido en alguien como John. Era su cómplice.

17. Sarah

—¿Tú que crees Marie?

La gata me miró desde el sofá. Se estaba acicalando sus patas delanteras, demasiado ocupada para prestarme atención.

—Vamos, no seas así. Es una historia preciosa, seguro que le gustará.

Sostenía en una mano *El amor en los tiempos del cólera*, y en la otra *Cumbres Borrascosas*. Si Fernando iba a iniciarse con la novela romántica, que menos que lo hiciera con un gran clásico.

—¡Oh, vamos, dame una señal! —le supliqué a la gata—. ¿Tengo que abrirte una lata de atún para que me ayudes?

Fue escuchar la palabra atún y giró la cabeza hacia *Cumbres borrascosas*.

—Si, Emily Brönte. Tienes razón, Marie. Esta le gustará.

Volvió a lamerse las patas y me ignoró. En cuanto metí el libro dentro del bolso, me embargó la incertidumbre. Seguro que mi jefe se tomaba aquello como una broma. Llevaba horas devanándome los sesos para encontrar un buen libro, pero para él no era más que un juego.

—Soy una tonta, ¿a qué sí?

Marie no me contestó. Tampoco hacía falta, porque sabía de sobra la respuesta. Fui hacia la cocina y le abrí una lata de atún. La gata saltó del sofá y se frotó con mis piernas antes de hincarle el diente. Al menos Marie era sincera. Me quería por pura conveniencia y no lo disimulaba. Eso podía aceptarlo.

Iba de camino al metro cuando a lo lejos divisé a James, el librero. Aligeré el paso porque no tenía ganas de seguirle el juego. Era un hombre agradable, educado y apuesto, pero mis sentimientos se empeñaban en ir por otro camino. Como siempre.

—¡Sarah! —me llamó, y corrió hacia mí.

Le dediqué una sonrisa prudente.

—Hola, James. ¿Qué tal estas? Hoy llevo un poco de prisa.

Él siguió mis pasos. Al parecer, no pillaba las indirectas.

—No te preocupes, te acompañé hacia el metro. ¿Qué te ha parecido el libro que te recomendé?

Mis ojos se iluminaron sin que yo pudiera evitarlo.

—Una maravilla. Qué historia tan bonita. Esa autora hace magia con las palabras, ¿no crees?

—Sí, así es.

Llegamos hasta el tornillo del metro y hurgué dentro de mi bolso para encontrar el dichoso ticket.

—Claro, te tienes que ir. Solo quería comentarte una cosa.

No me invites a café, por favor.

—James, tengo un poco de prisa...

—He conseguido reunir a un grupo de personas para iniciar un club de lectura. Será los sábados. Nos falta una persona para ser seis, ¿te apuntas?

—Pues... —dudé. Me gustaban los libros, pero no era muy dada a la confraternización social. Lo que venía siendo ser un bicho raro. Aunque desde que me había mudado a Luisiana no me vendría mal hacer nuevos amigos, porque mi vida se limitaba al trabajo y alimentar a mi gata. Sí, un poco triste. Los sueños húmedos con mi jefe no contaban—. Vale, ¿por qué no?

Él ensanchó una sonrisa.

—El sábado a las doce. Qué tengas un buen día, Sarah.

Me despedí de James antes de cruzar el tornillo. Quizá, entre libros y personas, lograra olvidar a mi jefe. No era sano lo que me hacía sentir. El amor es precioso, sí. Pero es una mierda cuando no es correspondido. Ni siquiera Norah Roberts habría podido escribir un libro con final feliz para mí.

Lo mío era un caso perdido.

Aquella mañana llegué antes que mi jefe, así que encendí los ordenadores y me puse a trabajar. Le dejé las notas más importantes organizadas sobre el escritorio, los periódicos del día, café recién hecho y una selección de corbatas que le había encargado para la reunión social a la que asistiría aquella noche. Saqué el traje de su envoltorio de plástico y comprobé que estaba impecable antes de volver a meterlo dentro y guardarlo en el armario del cuarto de baño.

Luego me peleé con algunos clientes porque todos querían que el Señor Sandoval los recibiera esa semana. Hice una selección de los casos más urgentes, es decir, los de quienes tenían la cartera más grande. Luego compré por internet el regalo de cumpleaños de Jessica, una gargantilla de oro blanco con la que deseé que se estrangulara. Lo sé, no tengo remedio. Y me dio tiempo a hacer la reserva en un restaurante carísimo en el que Fernando iría a almorzar con un cliente potencial. Tuve que pelotear bastante al maitre para que me consiguiera una mesa, pues era la clase de restaurante en el que había que reservar con meses de antelación. Por suerte, llevaba haciendo ese trabajo el tiempo suficiente como para saber lo que tenía que decir para que me abrieran las puertas de todos los sitios.

¡Ser secretaria no estaba pagado!

Lo oí llegar antes de que abriera la puerta de su despacho. No sé si era su perfume, pero tenía una especie de superpoder que gritaba “¡Fernando!” si se encontraba a menos de diez metros. Spiderman lanzaba telas de araña y yo olía el perfume de mi jefe en un radio de diez kilómetros. Me lo tenía que hacer mirar, por cierto. Evidentemente sufría algún tipo de trastorno mental. Se demoró bastante en llamar a mi puerta, supongo que porque estaba comprobando que todo estaba en orden.

—Buenos días, Sarah.

—Buenos días, Señor Sandoval.

Puso los ojos en blanco.

—Te juro que te pondré una mordaza si vuelves a llamarme así.

Me dedicó una de sus sonrisas arrebatadoras. Argh, qué sexy era el condenado. Puede que fuese lo bien que le quedaba el traje, o esa sonrisa de canalla que debía de funcionarle con todas. De cualquier forma, era el hombre más atractivo que había conocido en toda mi vida.

—Prefiero llamarlo Fernando, señor.

—Muy bien, excepto por lo de señor —me guiñó un ojo—. Luego me tienes que ayudar a elegir una corbata. ¿Sabías que hay más de veinte tonos de azul? Y yo solo sé distinguir entre azul marino y turquesa. Jessica quiere que mi corbata sea azul cerúleo para que vaya a juego con su vestido. Cuando se pone en plan tiquismiquis, es como si me hablara en chino. ¿Qué color es ese?

Me eché a reír mientras lo escuchaba quejarse.

—Azul celestial.

—Si tú lo dices... —de repente puso cara de espanto—. Mierda, acabo de acordarme de que mañana es el cumpleaños de Jessica.

—Ya he encargado su regalo. Llegará hoy por mensajería urgente.

Suspiró aliviado.

—Dios existe y te convirtió en mi ángel de la guardia —se quitó la americana y la arrojó sobre la silla de mi escritorio—. Sé que no tengo derecho a quejarme, porque vosotras ya sufrís bastante con los tacones. Pero joder, hace demasiado calor para llevar chaqueta. ¿Has conseguido mesa en ese restaurante? Por lo visto a mi nuevo cliente le encanta el punto que le dan a la carne. En fin, como si hacer una chuleta a la plancha tuviera mucho misterio...

—Tiene mesa a la una.

Me miró impresionado.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Has contratado a un sicario? Cuéntame tu secreto, pillina.

—El maitre es fans de los New Orleans Pelicans, y le he conseguido entradas para su próximo partido.

—¿Cómo te enteras de ese tipo de cosas? —puso las manos en alto y una sonrisa socarrona volvió a asomar a sus labios—. Mejor no me lo digas, a veces me das miedo.

Él sí que me daba miedo. Sabía ser encantador a propósito. Era un conquistador nato. La especie de hombre más peligrosa.

—Te dejo trabajar, Sarah —fue hacia la puerta con aire decidido—. No sé qué te has hecho hoy, pero estás muy guapa. ¿Nuevo peinado?

Me llevé las manos al pelo de manera inconsciente. Menudo adulator.

—Sabe que no me he hecho nada —musité, y centré la vista en la pantalla del ordenador.

Lo que yo dijese, un conquistador nato. Le encantaba coquetear hasta con el adefesio de su secretaria.

—¿Sarah? —me llamó desde su despacho.

Faltaba una hora para su reunión. Lo conocía lo suficiente para saber que ese tipo de eventos lo ponían nervioso. Intentaba enmascararlo con un buen humor exagerado, pero allí estaba: el miedo a no dar la talla. Tenía la sensación de que Fernando siempre temía no encajar. Rodeado de todos esos ricos de cuna, supongo que creía que él tenía que demostrar que era tan bueno como ellos.

Me imaginé que quería que le hiciera el nudo de la corbata, como siempre. Cuando llegué hasta él, se había puesto el traje nuevo. Tenía cara de desesperación mientras ojeaba las corbatas.

—Azul cerúleo, azul celestial...

Cogí dos corbatas que casaban con el tono que le exigía la esnob de su mujer. Una de rayas y otra con un estampado de rombos.

—Cualquiera de estas dos —le dije.

Las miró alternativamente, sin saber cuál elegir.

—¿Cuál te gusta más? — buscó mi opinión.

—La de rayas.

—Pues será la de rayas. ¿Haces tú los honores? No sé qué me pasa hoy, pero soy torpe hasta para hacerle el nudo a una corbata.

Pasé mis manos alrededor de su cuello y traté de fijar la vista en el dichoso nudo. De vez en cuando, se me iban los ojos a su apetitosa boca. Fernando me miraba atentamente, lo que me ponía aún más nerviosa. Le rocé el pómulo sin querer y conseguí terminar el dichoso nudo antes de abalanzarme sobre él y pedirle que me hiciera suya. Lo dicho: patética. Pero en mayúsculas.

—¿Qué tal estoy?

Guapísimo.

—Le sienta bien el traje.

—Odio esas reuniones —masculló de mala gana.

—Lo sé, pero lo hará bien —le alisé una arruga imperceptible del traje —. Mi madre solía decir: *cuando estés nerviosa, coge todo ese miedo y mándalo a hacer puñetas. Eres tu peor enemiga, Sarah. No te lo pongas más difícil de lo que harán los demás.*

Me miró con interés, como si acabara de contarle algo extremadamente importante.

—¿Y te funcionaba?

—No, porque soy un desastre.

Él soltó una carcajada, y a mí se me encendieron las mejillas. Era tan

blanca que seguro que él se daba cuenta de lo colorada que me ponía. Pero si lo hizo, no lo mencionó.

—No eres un desastre, querida Sarah. Eres eficiente, práctica y siempre tienes una solución para todo —tomó mi mano, que seguía sobre su hombro. La llevó a su boca e hizo algo que me dejó sin palabras. Me besó la mano. Mis nudillos. Me besó mientras me miraba a los ojos—. No sé qué haría sin ti.

—Contratar a otra persona —musité con voz débil.

Él sacudió la cabeza, como si eso no entrara en sus planes. Ni por asomo. Seguía cogiendo mi mano y acarició el dorso con su pulgar. Aquella caricia despegó mis pies del suelo.

—Sé que no te lo he dicho nunca, pero debo darte las gracias. Ni siquiera lo dudaste cuando te pedí que siguieras trabajando para mí. Eres imprescindible para mí, lo digo en serio. La mejor secretaria con la que uno podría soñar.

Me desinflé como un globo, y él soltó mi mano. Oh, por supuesto. ¿En qué estaba pensando? No te hagas ilusiones, pedazo de estúpida. Él me halagaba porque le resultaba útil. Y punto. ¿Quién le conseguiría mesa para el condenado restaurante, o le compraría el regalo a su preciosa prometida porque a él se le había olvidado? ¡Yo, su secretaria!

Intenté sonreír.

—¿He dicho algo malo? Hoy no doy pie con bola, no sé qué me pasa.

—No. Yo... me gusta oír que está satisfecho con mi trabajo.

Fui hacia mi despacho y recogí el libro, pues sabía de sobra que se marcharía sin él si no se lo recordaba. En cuanto volví a poner un pie allí, me arrepentí de inmediato. ¿Qué estaba haciendo? Seguro que él lo había dicho en broma. Estaba a punto de esconderlo cuando él lo miró con curiosidad.

—¿Y eso? —hizo un gesto hacia el libro que trataba de esconder.

Todos a la vez: ¡Toooooontaaaaa!

—Me pidió que le recomendara un libro.

Fernando entrecerró los ojos y se quedó pensativo. Lo sabía, ni siquiera se acordaba. Me sentí tan decepcionada que quise estar en cualquier otra parte. Estaba deseando llegar a casa e inflarme a helado de chocolate. Dios santo, qué vida tan triste.

—Ah, el libro que te pedí. Sí, gracias —dijo, con el mismo entusiasmo que un zapato.

—No hace falta que lo lea si no...

Me lo arrebató antes de que pudiera terminar la frase. Leyó el título y frunció el ceño.

—¿Qué te apuestas a que no me gusta?

Me apuesto lo que sea a que no se lo va a leer. Pero eso, obviamente, no se lo dije.

—Pues... ya lo pensaré. Qué tenga usted un buen día, Señor...
Fernando.

Fernando se dirigió a la puerta con el libro en la mano.

—Sarah, me lo voy a leer. ¿Qué te crees? Tengo palabra. Los abogados no somos tan malos como nos pintan —dijo, como si pudiera leerme la mente.

Me lanzó otra de sus sonrisas arrebatadoras antes de marcharse. No era malo, era mucho peor.

18. Logan

La vida está llena de misterios. ¿Cómo se creó la tierra? ¿De dónde venimos los humanos? ¿Qué hay después de la muerte? ¿Por qué cojones había aceptado otra vez el empleo?

Era de los que cuando tomaban una decisión, nada lo hacía cambiar de parecer. Había decidido dejar de trabajar para Mia Parker. Tenía hecha la maleta, e incluso ya había ojeado algunos encargos. Entonces, ¿qué me había hecho cambiar de opinión?

No tenía ni idea, pero me lancé a por ella en cuanto vi que su vida corría peligro. Ni siquiera me lo había pensado, y ya no estaba hecho ningún chaval. Los años me pesaban como a cualquiera, y por culpa de la señorita Parker me dolía la espalda. Casi tuve ganas de echarme a reír. Lo que me faltaba, que me diera el lumbago.

Estaba hecho un puto lío. No soportaba a las de su condición, y sin embargo, me había quedado por ella. Sí, tenía que reconocerlo. Ser consciente de que su vida corría peligro había sacado a relucir mi lado más protector. Vaya... vaya... ¿qué me importaba a mí aquella chiquilla?

No lo sé. Me decía a mí mismo que era como todas las demás. Con una personalidad más pulida que no tardaría en mostrar su verdadera cara. Pero luego me sorprendía mostrando su lado más humano. Preocupándose por un chucho, preguntándome si me encontraba bien. E incluso se había disculpado, aunque eso implicara rebajarse.

¿Y por qué se empeñaba en que nos llevásemos bien? Era testaruda, eso tenía que admitirlo. Como si se hubiera prometido que nos convertiríamos en amigos. *Eso no va a pasar.* El trabajo es trabajo, y yo siempre marcaba los límites. Pero luego me sorprendía a mí mismo hablando de Max, el pastor alemán de April. Joder, se me estaba yendo la cabeza. ¿Demencia senil a los

cuarenta? Lo que me faltaba.

Me estoy haciendo mayor.

Mia Parker sí que era como las demás. Como todas las niñas ricas. Se esforzaba en ser encantadora, pero a mí no me engañaba. Fingía preocuparse por los demás y me trataba con una falsa camaradería, como si fuéramos dos iguales. Todo fachada. Segurísimo.

Me alegra que seas mi guardaespaldas.

Pues claro que se alegraba, ¡le había salvado la vida! Quizá se mostraba tan amable por esa razón. Ya había pasado antes por eso. Gente que me besaba el culo porque les había salvado la vida. Pero... no observaba ese patético agradecimiento en Mia, sino algo más bien sincero. Con sus enormes ojos oscuros mirándome a la cara mientras su voz ronca se deshacía como el caramelo.

Necesitaba echar un polvo. Y cuanto antes mejor.

Entonces la vi aparecer en la escalera, agarrada a la barandilla como una puta diosa. El vestido de cóctel se ceñía a un cuerpo lleno de curvas. Llevaba el pelo en un sencillo recogido, los ojos rasgados pintados con rímel y la boca de un rojo ardiente. No necesitaba más para ser el sueño erótico de cualquier hombre. Se me escapó el aire por la boca.

—Bueno, ¿qué tal estoy? —preguntó con timidez—. Hacía mucho tiempo que no me ponía un vestido.

—No soy estilista —gruñí, de repente malhumor.

Menudo animal. A ella se le cambió la expresión. Quise decir algo para arreglarlo, pero las palabras no brotaron de mi boca.

—Claro, tienes razón —apretó los labios. Estaba disgustada. Y todo gracias a mí. Me merecía una medalla por arruinar la autoestima de una mujer preciosa. Menudo becerro—. Ahora vuelvo. Voy a pedirle opinión a mi madre. Pero como es mi madre, seguro que me dirá que estoy estupenda.

Le miré el culo cuando se dio la vuelta. ¿Qué pensaría de mí si le decía la verdad? Mucho mejor así, repuse para mis adentros. No quería asustarla. Y tampoco necesitaba mis halagos baratos. En cuanto pusiera un pie en esa fiesta, la mayoría de los hombres se lanzarían a por ella como buitres.

19. Fernando

Me dejé caer en el asiento del conductor. Vamos, podía hacerlo. No era la primera vez que asistía a una de esas reuniones sociales. ¿Por qué me preocupa tanto esa noche? Era como todas las demás, me dije. Gente esnob y elitista hablando de golf y cirugía estética. Jessica, tratando de llamar la atención a toda costa mientras me llevaba del brazo como si fuera su puto trofeo. Y yo, camelándome a los asistentes sobre lo bien que se me daba invertir en bolsa, o dándoles algún consejo legal porque su futura ex esposa pretendía arruinarlos. Y entre toda esa hipocresía y sonrisas llenas de bótox, cabía la posibilidad de que me reencontrara con alguien.

Mia. ¿Y si iba a la fiesta?

Puede que asistiera. Al fin y al cabo, era el evento anual que organizaba la compañía de su hermano. Y Mia Parker era todo un reclamo. Activista, preciosa y joven, ¿quién no se querría hacer una foto con ella? Ahora que había recibido amenazas, su popularidad estaba por las nubes. Era la mezcla perfecta de chica rica pero humilde. Guapa pero natural. Altiva pero cercana. La prensa se la rifaba y los niños pijos estaban deseando cazar a la niña mimada del apellido Parker.

Pero yo la conocía mejor que nadie. Conocí a la que fue antes. La joven impetuosa y arrogante que era el centro de atención. La que salía con el quarterback del instituto, era la jefa de las animadoras y coqueteaba con su jardinero. Un cliché entre chica rica, chico pobre. Aunque nos habíamos enamorado, y yo todavía seguía preguntándome por qué se había roto. Por qué Mia se había largado sin darme una explicación. Podría haberme acompañado a Yale, y ahora estaríamos prometidos. Sin embargo, ella decidió apartarme de su lado y cambiar su vida de manera radical.

Jamás la perdonaría. Sí, aún le guardaba rencor. ¿Y qué?

Ella entraba en mis planes. Quería convertirme en un hombre importante para estar a su altura. Y ahora que lo había conseguido, Mia se empeñaba en hacerse la heroína de los pobres. La Robin Hood moderna.

Ya no sentía nada por ella, excepto un profundo despecho. Si iba a la fiesta, me vería con sus propios ojos y se daría cuenta de lo que se había perdido. Ya le había dicho que no a muchas como ella. Lo cierto es que me había puesto las botas con el sexo contrario hasta dar con la candidata adecuada. Pero Jessica era perfecta para mí. Los dos lo sabíamos.

Arranqué el coche y me di cuenta de que llevaba encima el libro que me había prestado Sarah. Lo arrojé de mala manera al asiento de al lado. Se me había olvidado por completo. Por Dios, ¿qué le pasaba a Sarah? Ni siquiera lo había dicho en serio. ¿Acaso se lo tomaba todo al pie de la letra? Por lo visto sí, así que tendría que andarme con pies de plomo con ella.

Sarah era demasiado impresionable. Rebosaba ingenuidad. Yo no quería jugar con sus sentimientos, pero lo de coquetear lo llevaba en la sangre. Vale, puede que a veces se me fuera de las manos. ¡Mea culpa!

Estaba acostumbrado a flirtear con la mayoría de las mujeres que conocía, pero con ella me pasaba algo muy curioso. Notaba el rubor de sus mejillas y eso me ponía bastante. Sarah era adorable. Y para ser sincero, no sé qué haría sin ella. La necesitaba en mi vida. No tenía que pedirle nada porque ella siempre se anticipaba a todo. Como había sucedido con el regalo de Jessica, mi querida secretaria me facilitaba la vida. Y si para tenerla contenta debía agasjarla de vez en cuando, pues...

No me leería el libro, eso ni de coña. Quizá buscara algún resumen por internet para que ella se sintiera especial. Se me daba bien agasjar a las personas. Pero tenía claro que jamás cruzaría la línea con Sarah. Lo último que necesitaba era que mi encantadora secretaria se enamorara de mí. Sabía lidiar con las mujeres, pero lo de tener a Jessica cabreada era subir a otro

nivel. Mi queridísima prometida se las gastaba cuando olfateaba el peligro.

Y hablando de la reina de Roma...

Aparqué delante de nuestra casa. Ella salió por la puerta principal enfundada en un ostentoso vestido rojo. Llevaba tantas joyas encima que alguien podría haber pensado que había robado una joyería.

—Llegas cinco minutos tarde —me recriminó.

Se sentó en el asiento de al lado y se apartó uno de los rizos pelirrojos de la cara. Entonces, levantó el trasero y cogió el libro. Frunció el ceño y una mueca burlona asomó a sus labios.

—Uy, ¿qué es esto? Cumbres borrascosas. Cielo, ¿sabes que esto es un tostón?

—No. ¿Te lo has leído?

—¿Yo? —preguntó, como si estuviera loco—. Ni de coña.

Tiró el libro a los asientos traseros. Casi estuve tentado de decirle que lo tratara bien, pues era de Sarah. Logré contenerme porque no tenía ganas de darle explicaciones. Podía llegar a ser muy incisiva.

—Me lo imaginaba. Entonces, ¿por qué lo criticas?

Jessica resopló.

—Esto es como cuando Roxane lleva unos Louboutin y finge que los está estrenando, aunque yo sé de sobra que son de la temporada pasada. Solo me hace falta echarle un vistazo para saber que es una antigualla, como los zapatos de Roxane. Ese libro huele a ancianidad desde lejos.

Mi prometida, futura psicóloga.

—Tú lees Vogue y yo no me meto contigo —la acusé, y de repente sentí la necesidad de defender a Sarah.

—Es una biblia femenina. Ofrece consejos más útiles que esa tal Emily Brönte, eso seguro. ¿Qué te puede enseñar alguien que lleva muerto un montón de años?

—¿Y mi padre? —pregunté, al caer en la cuenta de que no nos acompañaba.

—No ha querido venir. Ya sabes lo mucho que detesta este tipo de reuniones.

La observé atentamente por si me estaba engañando. Sabía de sobra que a Jessica no le hacía ni pizca de gracia que mi padre viviera con nosotros. Pero no iba a abandonar al hombre que me había criado solo. Se lo debía todo a él.

Aunque ella tenía razón: mi padre detestaba ese mundo de lujos y apariencias. No podía obligarlo a asistir a la fiesta.

—¿Seguro que has hecho todo lo posible para convencerlo? —insistí, antes de arrancar el coche.

—Cielo... sabes de sobra que tu padre es muy testarudo. Anda, vámonos ya. No quiero llegar tarde.

—Vamos con tiempo de sobra.

Jessica alargó el brazo y comenzó a acariciarme por encima de la bragueta.

—Quizá nos dé tiempo a hacer una paradita por el camino...

Se me puso dura. Al menos, en el sexo siempre congeniábamos.

—Jess...

Y de nuevo, tuve que sacrificarme por la causa. Si Jessica quería hacerlo dentro del coche, ¿quién era yo para negarme a sus deseos?

20. Mia

Necesitaba la opinión de alguien con más tacto que el Señor Cascarrabias. Mi guardaespaldas tenía la misma delicadeza que un cactus. Pero la culpa era mía. ¿Para qué le preguntaba? Supongo que llevaba tanto tiempo sin ponerme uno de esos vestidos que necesitaba la aprobación de cualquiera, incluso de alguien tan frío como Logan.

No le gusto ni un poquito. La revelación me hizo más gracia que otra cosa. Ni siquiera con un Alexander McQueen de dos mil quinientos dólares. Y qué más daba. Yo tampoco me sentía cómoda embutida en aquel vestido verde musgo lleno de pedrería. El generoso escote me resultaba vulgar y el precio del vestido un disparate. ¿Cuántos niños desnutridos podrían comer con lo que costaba el puñetero vestido? Por no hablar de la maldita fiesta a la que asistía por contentar a Matt. Pero todo sea dicho, teniendo en cuenta que la empresa familiar financiaba el trabajo de la fundación, sabía que me tenía que dejar ver de vez en cuando.

—¡Estás preciosa! —chilló emocionada mi madre, en cuanto puse un pie en su habitación—. Mi niña, pero si pareces una princesa.

—Ya no tengo cinco años, mamá...

—Tu padre estaría de acuerdo.

Sentí una punzada en el pecho. Cuánto lo echaba de menos.

—Sigues llevando su colgante —contempló orgullosa la cadena de plata en forma de corazón que pendía de mi cuello. La única joya que siempre llevaba encima—. Él se sentiría orgulloso de ti. De todo lo que has conseguido y de lo mucho que te implicas en la fundación. Apenas contábamos con un par de centros, pero tú lo has convertido en un proyecto enorme con trascendencia internacional.

No, se equivocaba. Lo único que hacía era gastar el dinero que me

daban de la forma más productiva y equitativa. Yo simplemente era la cabeza visible, para qué engañarnos. Y mi padre... dudo que estuviera orgulloso de mí. Donde quiera que estuviera, seguro que me estaba juzgando.

—Bueno, tengo que irme. Gracias por elegirme el vestido, mamá.

—Te queda como un guante.

No era verdad. Se me pegaba al cuerpo como un alga y apenas podía respirar. Era súper incómodo. El maldito protocolo no te dejaba ir en vaqueros, pero ya me encargaría yo de cambiarlo el día que organizara una fiesta. Si es que organizaba una algún día...

Me tropecé con Harley cuando iba a bajar las escaleras. Ella me miró de arriba abajo con aprobación.

—Chica, ¡estás impresionante!

Ella estaba en pijama.

—Un momento, ¿tú no vas?

—¿Yo? Llevo diez años asistiendo a esas horribles fiestas. Voy a ver Frozen por enésima vez con mis hijos. No me podría imaginar un plan mejor.

Ni yo tampoco.

—¿Y por qué mi hermano me obliga a ir si tú no vas? ¡Es una injusticia!

—Porque yo soy su mujer, y hace mucho tiempo que él aprendió a no llevarme la contraria. Además, tú casi nunca vas a las fiestas y siempre te inventas una excusa —me acusó, y contra eso no tuve nada que objetar—. Pásatelo bien, luce ese pedazo de vestido y sonríe a todos los chicos guapos que se te acerquen.

Uf, menudo rollo. No tenía nada en común con todas esas personas. Hace diez años habría sido completamente distinto, pero ahora...

—¿Estará Alan? —me entusiasmé ante la idea de volver a ver a su hermano.

La de Harley y Alan era una larga historia. Ella se había hecho cargo de él cuando Alan tenía nueve años. Alan era... un pelín especial. Pero nos habíamos hecho grandes amigos a pesar de la distancia.

—A mi hermano las únicas fiestas que le gustan son las de la universidad —ironizó ella—. Ya sabes cómo es. La universidad y las mujeres lo tienen muy ocupado. Pero vendrá el próximo fin de semana. Está deseando verte.

—Ya sabes que lo adoro.

—Quién sí que va a ir a la fiesta es Fernando —lo dejó caer como si nada, pero me observó con atención para ver si se me cambiaba la expresión—. ¿Hace cuánto que no os veis?

—Diez años, ¿por? —intenté sonar neutral, pero mi voz adquirió un cariz defensivo.

—Así os ponéis al día. A veces, querida cuñada, hay que coger el pasado y sacudirlo con fuerza. Los recuerdos no se superan hasta que los miras a la cara y te reconcilias con ellos.

Antes de que pudiera responderle, ella bajó las escaleras y se fue directa al salón. Vale, no sé a cuenta de qué venía aquello. Cuando le daba la gana, Harley podía llegar a ser muy enigmática. ¿Y qué si Fernando iba a la fiesta? A mí me traía sin cuidado. Ya no teníamos nada en común. Diez años daban para mucho. Sobre todo, para olvidar a tu primer amor.

Matt me dio una palmadita en la mano cuando se abrió la puerta del coche.

—Lo vas a hacer muy bien.

Yo no las tenía todas conmigo. Vale, había nacido preparada para una vida como aquella. Y en realidad, las reuniones sociales me impresionaban muy poco. Pero... con todo lo que había pasado...

—¿No estarás preocupada por el discurso? —se temió—. Ya te he dicho que no hace falta que salgas al escenario. Solo con dejarte ver es suficiente.

—Voy a aprovechar la ocasión, ya que he venido. Si puedo remover la conciencia de un puñado de ricos con mis palabras... —y era verdad. La fiesta de la empresa era un acto repleto de prensa y personas de renombre. Sabía de sobra que quienes se animaban a colaborar con la fundación lo hacían para mejorar su imagen. Pero lo que contaba era el resultado, y no el porqué—. Venga, vamos. Somos los anfitriones, no podemos llegar tarde.

En cuanto salimos del coche, Matt me puso una mano en la espalda y me susurró al oído:

—Ten cuidado con el hijo de los Williams, me han llegado rumores de que está deseando conocerte. Si se comporta como un pelmazo, me lo dices —dijo, adoptando su tono más paternalista—. Y no te dejes impresionar por Scott Morris, es un cantamañanas. Mucha labia y poco más. No lo soporto.

Me aguanté la risa.

—Matt, sé cuidar de mí misma. En serio —lo tranquilicé—. Y no soy ninguna niña.

—Me da rabia que seas tan guapa. Ojalá fueses un esperpento, así no me tendría que preocupar por todos esos imbéciles.

—¡Oye! —le di un guantazo—. Creí que el ligón de la familia eras tú.

—Estoy felizmente casado, todos lo saben y ya no se me acerca nadie. Gracias a Dios. Pero tú... ¿por qué mamá te ha comprado ese vestido? —se quejó, y entendí a la perfección lo que trataba de decir.

—Porque está deseando que me eche novio. Por cierto, Harley dice que estoy impresionante. Deberías aprender de tu mujer.

—Harley no es tu hermano.

De nuevo, aquel instinto sobreprotector. En el fondo tenía razón,

porque mi madre se había pasado tres pueblos con la elección del vestido. Era... demasiado llamativo por decirlo suavemente.

—No me hagas caso, estás preciosa —me abrazó con fuerza y me besó en la frente—. Estarías impresionante aunque llevaras una bolsa de basura. Me alegro de tenerte en casa, pequeñaja.

Seguí sus pasos y no pude evitar sonreír. Quería a mi hermano con todo mi corazón. Él siempre intentaba protegerme, al igual que yo al resto de la familia. Pero...

Logan me sostuvo la puerta para que pasara. Observé indecisa el gran salón repleto de gente. Matt ya estaba charlando animadamente con un par de hombres.

—¿Se encuentra bien? —la voz de Logan me sacó de mi ensimismamiento.

—Necesito... tomar el aire antes de entrar. ¿Podemos esperar un segundo?

—Por supuesto.

Antes de retroceder, Logan murmuró algo por el pinganillo. Luego asintió y los dos nos dirigimos hacia el jardín trasero, donde solo había un grupo reducido de personas fumando.

—Tengo que dar un discurso —dije de repente.

Logan, que lo vigilaba todo a su alrededor con expresión seria, me miró un segundo antes de volver a concentrarse en su trabajo.

—No es que eso me preocupe, es solo que... —me retorcí las manos con inquietud. Ni siquiera sabía por qué le contaba aquello. Era obvio que a él solo le interesaba su trabajo, no mis problemas. Pero era la única persona que tenía a mano, y me negaba a preocupar más a Matt—. Bah, ni yo misma me entiendo.

—Su vestido es bonito.

Me lo quedé mirando bastante sorprendida. ¿A cuenta de qué venía aquello?

—Pues... gracias. Pero lo ha elegido mi madre.

—Lo lleva usted y le queda bastante bien.

Sonreí por aquella especie de cumplido. Creo que estaba intentado arreglar su comentario de antes. Tampoco hacía falta, sabía de sobra lo que opinaba de mí. No era necesario que me mintiera, pero no se lo dije.

—No se angustie, lo hará bien.

—¿Usted cree? —lo dudé—. Un centenar de personas esperando a que ponga un pie ahí dentro para incordiarme con sus preguntas. Fingiendo que se preocupan por mí, mientras yo tengo que fingir que agradezco sus palabras de aliento. Criticándome por la espalda mientras me lanzan sonrisas falsas... lo de siempre.

—Si es lo de siempre, ya debería estar acostumbrada.

La compasión no era el fuerte de Logan, pero agradecí su franqueza. A veces era necesario que alguien te pusiera los pies en la tierra.

—Sí, tiene razón.

—¿Qué es lo que le preocupa exactamente? ¿El discurso? ¿La gente? ¿El vestido?

Fernando.

—Da igual. Ya debería estar dentro —dije, y empecé a caminar—. Gracias por escucharme, Logan. No soy de las que andan quejándose todo el día. Se lo juro.

Me puso una mano en la espalda. Sus dedos me hicieron cosquillas en la piel desnuda, justo donde terminaba mi escote. Una corriente de electricidad me recorrió todo el cuerpo y me dejó bastante confundida. Con la otra mano, abrió la puerta y se puso a mi lado.

—Lo hará bien —dijo, antes de dedicarme una media sonrisa

enigmática—. Y si alguien la molesta, solo tiene que pedirme que le parta las piernas. Quedaría entre nosotros.

Lo miré alucinada, hasta que comprendí que era una broma y me eché a reír. Así que tenía sentido del humor, menuda sorpresa. Al menos mi guardaespaldas había conseguido que entrara a la dichosa fiesta con una sonrisa.

Me enjuagué la voz antes de hablar. Todos los ojos estaban centrados en mí y los focos de las cámaras me iluminaban sobre el escenario. Apenas llevaba una hora en aquel lugar y ya comenzaba a agobiarme. Matt no se equivocaba. El hijo de los Williams era un auténtico pelmazo, y Scott Morris un embaucador de mucho cuidado. Por no hablar del primogénito de los Davis, que se había pegado a mí como una lapa. O de Serena Clark, la presidenta del club de campo, que se había empeñado en llevarme a un cóctel informal para que ofreciera una charla sobre mi labor en la fundación. *Estamos muy comprometidas con los problemas del tercer mundo y nos encantaría a organizar una subasta.* Dios, no soportaba a esa petarda. Ni la condescendencia con la que me hablaba, como si quisiera demostrarle a todo el mundo lo buena persona que era por subastar algunas antigüedades.

—Señoras y señores, me gustaría agradecer su presencia en nombre de la fundación que dirijo, y por supuesto, en representación de la empresa que mi padre fundó hace más de tres décadas, y que ahora dirige mi hermano de una manera impecable —silencio, apenas roto por el ruido de las cámaras y algunos cuchicheos a lo lejos. No lo había visto, menos mal. Tomé aliento y proseguí con mi estudiado discurso. Como siempre, haría mención de mi familia evitando el nombre de John—. Mi padre sabía que el esfuerzo, la constancia y el trabajo duro son las claves para desarrollar con éxito aquello que te propongas. Nunca imaginé que la labor que inicié hace diez años en la

fundación Parker me llevaría hasta los lugares más recónditos del mundo. Es allí, al mirar a los ojos a quienes no tienen nada, y sin embargo te lo dan todo, cuando te das cuenta de que el horror que aparece en la televisión no es nada comparado con la realidad que les ha tocado vivir. Sí, soy una privilegiada, lo reconozco. Mientras hay quienes luchan por sacar adelante a su familia, darle una oportunidad a sus hijos que ellos nunca tuvieron, o simplemente alimentar a sus bebés recién nacidos, yo jamás he tenido que preocuparme por semejantes cuestiones. Nací en una familia bien avenida que me brindó todas las oportunidades del mundo. Rodeada de amor, con unos padres que me querían y sin que jamás me faltara de nada. E incluso hubo un tiempo en el que mi mayor preocupación era vestir a la moda, estar bronceada o salir con el chico que me gustaba. Pero supongo que a eso lo llamamos adolescencia —. Hice una pausa. Risas. Todo iba bien—. Tengo suerte de ser mujer y haber nacido en un país que me permite ser quien quiero ser. Que no pone impedimentos a mis sueños, ni limitaciones a mi persona. Pero, desgraciadamente no todas las mujeres del mundo viven su vida con plena libertad. A día de hoy se siguen cometiendo abusos, verdaderas atrocidades que el resto del mundo ignora porque no son su problema. Matrimonios forzados, violaciones... ablación femenina. Piensen por un momento en cómo se sentirían si fueran esa mujer que no tiene posibilidad de elegir. En ese padre o esa madre que quiere lo mejor para su hija, a pesar de una sociedad y unas costumbres que la limitan como ser humano. Y ahora, por favor, piense en lo que usted puede hacer. Sí, soy Mia Parker y soy una privilegiada. Pero, si puedo darle voz a todas esas personas que son silenciadas, tal vez este discurso merezca la pena...

Y de repente lo vi. Entre el público, unos ojos oscuros captaron mi atención. Fernando me observaba acompañado por una atractiva mujer pelirroja. Se me secó la boca y me quedé sin palabras. Nos miramos. Pero él

no me miraba como lo hacían los demás. Me miraba a los ojos y parecía furioso. El corazón me dio un vuelco y mi pulso se disparó. Se había convertido en un hombre impresionante. Apenas reconocí al jardinero que vestía con ropa de deporte y que siempre tenía una sonrisa para mí. Estaba distinto, y sin embargo, sus ojos...

Aparté la mirada y me di cuenta de que todo el mundo me miraba con cara rara. Me había quedado callada de golpe. Logré reaccionar antes de que todos empezaran a murmurar.

—... Y la merecerá si he logrado remover su conciencia. Si se están preguntando qué pueden hacer, les diré que una pequeña acción puede cambiar muchas cosas. Y que la suma de pequeñas acciones es lo que mueve el mundo. Encontrarán un folleto informativo en los expositores que hay colocados por toda la sala. Muchísimas gracias por su atención.

Sonreí con educación cuando los aplausos inundaron la sala. A lo lejos, Matt me observaba orgulloso. Perdí la pista de Fernando, cosa que agradecí. Nuestras miradas se habían cruzado unos segundos y eso había bastado para despistarme. Al bajar las escaleras del escenario, Logan ya me estaba esperando. Me ofreció una mano para ayudarme a bajar y la acepté encantada. Caminar con los tacones y el vestido largo era un calvario, y no quería que me fotografieran cayéndome de boca. La sostuvo con delicadeza, como hacía siempre. Me pregunté cómo un hombre tan enorme podía moverse con tanta elegancia.

—Lo ha hecho bien—lo susurró a mi oído cuando pasé por su lado. Su respiración cálida me hizo cosquillas en el lóbulo de la oreja.

Lo miré agradecida.

—¿Sí? Gracias.

Logan me siguió a una distancia prudencial. Se tomaba su trabajo muy en serio y nunca me quitaba la vista de encima. ¿No le entraban ganas de ir al

servicio? Ni idea, pero en cuanto creía que lo había despistado, lo descubría en una esquina vigilándome atentamente. A no más de cinco metros, como si lo tuviera todo estudiado. Era evidente que llevaba mucho tiempo desempeñando aquel trabajo.

—Mia, ¡cuánto tiempo! —alguien a quien no había visto en toda mi vida me plantó dos efusivos besos—. Un discurso espectacular.

—Muchas gracias.

—Deberías dejarte ver más —me dijo otra persona.

Fui rodando por la sala como una pelota que se pasaban de mano en mano. Foto por aquí, apretón de manos por allá, risas falsas...

—Ha sido increíble —alguien me agarró del brazo y me atrajo hacia él. Noté que Logan se crispaba y se abría paso entre la multitud. Como un pitbull que intentaba proteger a su dueño. Le hice un gesto para que se detuviera. Solo era el pelmazo del hijo de los Williams, que volvía a atacar de nuevo—. En serio, ni he pestañeado. Quizá me podrías dar unas clases personales para hablar en público.

Mis labios se curvaron en la sonrisa más hipócrita del mundo.

—¿Cómo lo haces? No he visto que llevases apuntado el discurso —volvió a sobarme.

Lo fulminé con la mirada, pero él ni se inmutó.

—Supongo que... —aparté con disimulo su mano de mi cintura—, la clave está en decir lo que sientes. Pero oye, si tanto te interesa lo que he contado...

Le planté un folleto informativo en el pecho.

—Léetelo, y seguro que puedes ayudar en algo. He oído que tus padres piensan invertir en una empresa textil de la India. Un buen comienzo sería que no se acogieran a esos convenios basura, contrataran a mujeres en riesgo de exclusión social y no les pagaran una miseria, ¿no te parece?

A él se le cambió la expresión.

—Pues...

—Mia Parker, cuánto tiempo sin verte —aquella voz...

Las palabras me recorrieron la columna vertebral. Me giré hacia el hombre que acababa de pronunciar mi nombre con una voz que conocía a la perfección. Y me encontré de bruces con Fernando. El corazón me palpitó deprisa mientras trataba de enmascarar mis sentimientos. No estaba preparada para tenerlo tan cerca. Observé el hombre en el que se había convertido. Con un traje que le sentaba como un guante y unas facciones que se habían endurecido con el paso de los años. Joder, era muy atractivo. Y él lo sabía. Había una sonrisa de arrogancia en su boca, como si acabara de adivinar el efecto que había producido en mí.

—Hola, Fernando. Sí, hace mucho tiempo.

Me acerqué a él para darle dos besos. Se me erizó el vello de la piel cuando su boca me rozó la mejilla. Seguía oliendo como siempre, a pesar de que trataba de enmascararlo bajo un perfume más caro. Me separé acalorada y el fuego se esfumó de inmediato. Me miraba de una manera muy fría.

—Un gran discurso —había una sutil ironía en su tono que no me pasó desapercibida.

Fingí que no lo había notado.

—Muchas gracias —le ofrecí una sonrisa que él no me devolvió—. Me han dicho que te has convertido en un gran abogado. Graduado con honores en Yale. Es... increíble.

—Sí, supongo.

—Aunque no me sorprendió en absoluto. Ya me lo esperaba.

—En cambio, tú no dejarás de sorprenderme —su acritud se me clavó en las costillas—. Estás muy cambiada.

Nos batimos con la mirada durante unos segundos. La tensión se podía

cortar con un cuchillo.

—Se podría decir que mi vida ha dado un giro algo radical, sí — bromeé, con tal de que la tensión se distendiera. Pero él seguía ofreciéndome esa mirada dura. Impenetrable—. ¿Qué tal está tu padre? ¿Sigue viviendo en Golden Pont? Lo vi algunas veces cuando vine de visita, y me entristeció enterarme de que ya no vivía con nosotros. Aunque me alegro mucho por vosotros, de verdad. Te lo mereces.

—Ahora vive conmigo —fue toda su respuesta.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré.

—Me acuerdo de que siempre reservaba para mí las primeras rosas blancas que florecían. Qué hombre tan encantador.

Fernando habría sonreído de no ser por la estruendosa voz de una mujer, que lo agarró del brazo y se acopló a nosotros. Era la exuberante pelirroja con la que lo había visto acompañado.

—¡Cariño, estás aquí! —me inspeccionó de la cabeza a los pies—. No me puedo creer que estés hablando con la anfitriona de la fiesta y no nos hayas presentado.

—No he tenido ocasión —repuso, y me dio la impresión de que no le hacía ninguna gracia que nos conociéramos.

—Encantada de conocerla, señorita... —comenté con prudencia.

—Jessica Smith —me informó con petulancia, como si su nombre tuviera que sonarme de algo—. Aunque tal vez debería empezar a presentarme como futura Señora Sandoval.

Su sonrisa artificial se ensanchó como la de un payaso. Vaya, así que esa era su prometida.

—Enhorabuena a los dos —los felicité.

Fernando no dijo nada, pero Jessica se apretó más contra él. Era como

si estuviera orgullosa y al mismo tiempo me lanzara una advertencia.

—¿Y... de qué estabais hablando? —se interesó con fingida inocencia. Se inclinó hacia mí y me habló en tono confidente—. ¿De la generosa donación que vamos a hacer para su proyecto? Fernando es un hombre sumamente altruista, y en cuanto me lo comentó estuve de acuerdo. ¡Cómo no aportar nuestro pequeño grano de arena!

El aludido la miró de reojo, parecía sorprendido.

En cuanto a mí, ya empezaba a formarme una opinión de la futura señora Sandoval. Estaba claro que le encantaba darse importancia.

—Qué generoso por su parte —la adulé con falsedad—. Ojalá hubiera más personas como ustedes en el mundo.

—Jessica, creo que no deberíamos acaparar la atención de Mia. Es evidente que todo el mundo la reclama —murmuró Fernando, con un sarcasmo que solo entendimos los dos.

Se estaba pasando de la raya, pero lo dejé estar. Me despedí de ellos y volví a confraternizar con el resto de la gente. Pero no pude recuperarme del pellizco en el estómago. Ni de la impresión de haber conocido a la tal Jessica Smith. Ni mucho menos del reencuentro con Fernando. Porque, ¿en quién se había convertido?

21. Mia

Me iba a explotar la cabeza como no saliera de allí. No soportaba a más gente falsa ni comportarme como una actriz de primera. Fingir que tenía algo en común con todas aquellas personas era agotador. Tenía el servicio a pocos metros, así que me fui directa hacia el baño antes de que alguien me acaparase.

Una persona entró detrás de mí y cerró de un portazo. Me volví impresionada hacia Fernando. ¿Qué coño hacía allí dentro?

—Es el servicio femenino —dije con voz áspera.

—Ya me he dado cuenta. Te he seguido.

El espacio en el que nos encontrábamos se me antojó pequeño y asfixiante.

—Haz el favor de salir de aquí. No es apropiado. ¿Y si entra alguien y se piensa lo que no es?

—Me importa una mierda lo que piensen un atajo de desconocidos.

Ajá, allí estaba el Fernando que yo conocía. ¿Dónde había mandado al hombre del traje?

—¿Y lo que piense tu futura mujer? —me tembló la voz—. Parece maja y peligrosa, ten mucho cuidado.

—¿Estás celosa? —una sonrisa ladina asomó a sus labios.

—Por favor... no saques las cosas de contexto.

Apoyó un brazo contra la pared cuando intenté hacerme a un lado. Lo fulminé con la mirada. ¿Qué pretendía? ¿Montar un escándalo?

—Te ves bien —me evaluó de arriba abajo con descaro. Me sentí desnuda—. Cambiada, más mayor... pero bien. Aunque a ellos los engañas, a mí no. ¿Sigues bebiendo?

Sus palabras se clavaron en mi piel como cuchillos.

—Te estás pasando —le advertí—. Por ahí no. Entiendo que estés... furioso conmigo. Pero no tienes ningún derecho a hablarme así.

—¿Furioso? —soltó una carcajada atónita—. Puede que me sintiera así hace diez años. Ahora, sinceramente, me trae sin cuidado. Pero me pica la curiosidad, y exijo una explicación. Creo que me la merezco después de tanto tiempo.

¿Qué quería que le dijera? Si era sincera con él tenía que serlo con todo el mundo. Él no entendía nada. ¿No se daba cuenta de que lo había ignorado porque era el único que podía hacer que me quedara?

—Estás cambiado —fue toda mi respuesta.

—Mira quién fue hablar.

Su voz bullía de rabia. Me abracé a mí misma porque me dolía que me tratara así. Me negaba a admitir que una historia tan bonita como la nuestra se resumiera en aquel odio. Él había sido mi primer y único amor. Lo recordaba como un chico amable y dulce, ¿ya no quedaba nada de él? Porque el hombre que tenía delante era...

—Mia, solo quiero una explicación —agachó la cabeza y su expresión se tornó atormentada—. Y te juro que te dejaré en paz para siempre. Estoy prometido con una mujer maravillosa. ¿Por quién me tomas? Ya no quiero nada de ti.

Aquella verdad me escoció. No eran celos lo que sentía, sino algo más profundo y complicado. Me dolía no reconocermelo en sus ojos. Comprender que ya no le quedaba ni una pizca de amor por mí.

—Porque sí —me armé de valor y construí una mentira—. Porque quería ver mundo. Porque... no estaba dispuesta a atarme cuando solo tenía dieciocho años. Quería conocer a otros hombres, salir de casa... no ligarme para siempre al primer tío que me había desvirgado.

—Maldita mentirosa —gruñó, antes de abalanzarse sobre mí.

Me empujó contra la pared y sostuvo mi rostro entre sus manos. El corazón me dio un vuelco. Y tuve miedo. Fui consciente de que si intentaba algo no le pararía los pies. Joder, ¿en serio? ¿Todavía seguía sintiendo algo por él?

—Suéltame o te juro que chillo.

—¿Y a quién vas a llamar? —se burló, aunque lo traicionó la ira que no lograba contener—. ¿A esa mole que no te quita la vista de encima?

—Pues sí. Es mi guardaespaldas y podría partirte las piernas.

—No lo harás —deslizó sus manos hasta mis hombros.

Me perdí en su mirada. En su olor. En lo mucho que lo había necesitado todos esos años. Me dolía tenerlo tan cerca y que fuera de otra mujer.

—¿Ah, no?

—No. ¿Y sabes por qué? Porque estás deseando que te bese.

Cerré los ojos cuando él me cogió de la cintura para acercarme a su boca. Y entonces la puerta se abrió. Fernando se apartó de golpe y yo fingí que rebuscaba algo dentro del bolso. Una mujer nos lanzó una mirada acusadora, pero no dijo nada.

—Vaya, se ha equivocado de servicio. El masculino está justo en frente —murmuré, y me encerré dentro de un lavabo.

Me quería morir. ¿Qué había estado a punto de suceder? ¿Por qué se lo había puesto tan fácil? ¿Qué había sido de la mujer fuerte que no cedía el control? Me temía que se había largado por ahí en cuanto había visto llegar a Fernando.

Me llegó un mensaje al móvil.

Como no salga en medio minuto, entro yo mismo a buscarla.

Era Logan.

Salí bastante mareada y me lo encontré en la puerta. Me miró sin decir nada. Lo que había dentro de su cabeza solía ser un misterio para mí, pero aquella vez me imaginé lo que podía estar pensando.

—Sáqueme de aquí ahora mismo —le ordené.

—¿No esperamos a su hermano?

—No.

Logan no se movió del sitio. Parecía contrariado.

—Tal vez deberíamos...

—¿Qué me saque de aquí! —estallé, perdiendo el poco control que me quedaba—. ¿Es mi guardaespaldas o el suyo?

No dijo nada. Se limitó a echar a andar mientras yo lo seguía. Respiré aliviada en cuanto estuve dentro del coche. A la mierda la fiesta. A la mierda aquella panda de hipócritas. A la mierda Fernando.

Miré de reojo a Logan, que seguía en silencio. Me deshice el peinado y me quité los tacones, sin importarme que él estuviera delante.

—Lo siento, no debería haberle hablado así. No sé qué me ha pasado, pero eso ha estado fuera de lugar.

Había perdido los papeles, pero esperaba que no se repitiese de nuevo. Lo de pedirle disculpas iba siendo una constante entre nosotros.

—¿Va todo bien?

—No debería haber venido —musité para mis adentros.

—¿Es por ese hombre? El que la siguió hasta el servicio. Teniendo en cuenta que mantuvieron una conversación antes, supuse que se trataba de una cuestión privada. Siéntase libre de pedirme que intervenga la próxima vez.

Me sentí como la mujer más tonta del mundo. Logan lo sabía. Y sacaría sus propias conclusiones, por supuesto. No tuvo sentido que intentara negar la realidad, así que me limité a decir:

—No se le pasa ni una.

—Es mi trabajo.

Nos sumimos en otro silencio. Sí, era su trabajo. Y me hacía sentir incómoda. Una perdía su intimidad cuando tenía un guardaespaldas tan concienzudo como Logan.

—Pero no le puedo pedir... ya sabe. Sería un poco raro. Son cosas mías.

—Mi trabajo es velar por su bienestar. Se sorprendería de lo que me han llegado a pedir.

Le lancé una mirada curiosa.

—¿Cómo qué?

Volvió a reprimir otra sonrisa. Argh, qué rabia.

—Hay de todo.

Ese *todo* podía englobar muchas cosas. ¿Le habrían pedido sus anteriores clientas algo fuera de lugar? Como, por ejemplo, que se las follara en todas las posturas del kamasutra.

—Vamos, no sea así. Me siento en clara desventaja. Cuénteme una anécdota, aunque sea.

—Trabajé para un matrimonio que estaba pasando por una crisis. Me pedían cosas como: *Dile a Cinthia que me pase la sal. Dile a Paul que saque a pasear al perro. Dile a Cinthia que deje de follar en nuestra cama con su profesor de pilates.* Y lo hacían el uno delante del otro, conmigo como testigo. Sobra decir que era bastante incómodo. Cinthia y Paul son nombres ficticios, por cierto. Soy un guardaespaldas discreto.

—¡Venga ya! —me partí de risa.

De nuevo, él estuvo a punto de sucumbir a su sonrisa. Pero lo lograría, de eso no me cabía la menor duda. A cabezota no me ganaba nadie, y sospechaba que Logan tenía una sonrisa espectacular.

—En otra ocasión, trabajé para un tipo con demasiados aires de

grandeza. Un día me pidió que condujera trescientos kilómetros para pedirle perdón a su hermano. Yo solo, en su nombre. Y una mujer me contrató para robarle el perro a su exmarido porque según ella se lo había quedado para torturarla. Me negué. Pobre animal. Y como olvidar cuando trabajé para una pareja que se negaba a reñir a sus hijos si hacían algo mal. *Ríñales usted, Señor Prexton. No queremos que nos guarden rencor cuando crezcan, podrían meternos en un asilo. Dile a Molly que deje de pegarle a su hermano.*

Lo contemplé atónita.

—Hay gente para todo. Y usted diciendo que yo soy complicada... ¿qué ha tenido que sufrir por mí? ¿Un tiroteo de nada?

Sus labios se curvaron en una media sonrisa. Al parecer, mi comentario le había hecho gracia. Tres minutos más y conseguiría una sonrisa de verdad.

—Ya hemos llegado —dijo, abriendo la puerta.

Salí del coche y Logan volvió a ofrecerme su enorme mano. La acepté y me agradó el contacto. Me sentía muy segura con él. Me gustaba aquella sensación.

—Buenas noches, Logan.

—Buenas noches, Señorita Parker.

Empecé a caminar, pero me detuve de pronto.

—¿Sabes? Teniendo en cuenta que me salvaste la vida, podríamos empezar a tutearnos. Si a ti no te importa, claro — me costaba mantener las distancias y me parecía ridículo. Cada vez pasábamos más tiempo juntos.

—Prefiero seguir como estamos — repuso con sequedad.

Intenté no parecer decepcionada. ¿Tanto le molestaba que nos tuteáramos?

—Vale, como quiera. Hasta mañana, Señor Prexton.

Creo que jamás lo entendería del todo. Logan Prexton era una incógnita para mí.

No podía pegar ojo. Pensaba en el extraño comportamiento de Logan, siempre empeñado en marcar las distancias. En construir ese muro de formalismos entre nosotros. ¿Para qué? Me parecía ridículo tratar de usted a alguien que empezaba a apreciar.

Aunque lo que de verdad me quitaba el sueño era Fernando. El jodido, apuesto y peligroso Señor Sandoval. Casi había estado a punto de caer en sus brazos. Me destapé y me levanté de la cama. Quizá era pronto para juzgarlo, pero no me gustaba en lo que se había convertido. Ni su vanidosa prometida. Y sin embargo... todo eso me había dado igual en cuanto me había puesto las manos encima.

Fui hacia mi mesita de noche y cogí la cajita musical en la que guardaba mis recuerdos más preciados. Una foto con mi padre. Otra con mis sobrinos. Otra con John, cuando éramos unos críos, que me negaba a tirar porque me encantaba torturarme a mí misma. El retrato que me había regalado Harley cuando cumplí dieciocho años...

Y la última carta de Fernando. Distinta a las demás. Nunca las respondí, pero en esa él se despedía de mí.

Querida Mia,

Llevo un año escribiéndote, y he llegado a la conclusión de que no vas a responderme. Duele darse cuenta de que la persona a la que amas te ha desechado como si no valieras nada. Sé que vas de visita a Golden Pont cuando te cercioras de que yo estoy en Yale. Descuida, no pienso acosarte más. Te pondré las cosas fáciles, porque esta es la última carta que te

escribo. Ningún reclamo más, ninguna pregunta.

La última vez que nos vimos me dijiste que lo que teníamos era demasiado bueno como para estropearlo. Pero Mia, no lo ha estropeado la distancia, lo has estropeado tú.

Ojalá hubieras tenido el valor suficiente para mirarme a la cara y decirme que eso era un adiós definitivo. No un hasta luego, como tú lo maquillaste. Te deseé que fueras feliz, y sigo deseando que allá donde vayas encuentres la felicidad que mereces. Yo te prometí que me convertiría en abogado, y eso es lo que pienso hacer.

Te prometo que me olvidaré de ti.

Pero yo no me había olvidado de él. Porque en el fondo, deseaba volver a ser la chica de dieciocho años que había sido feliz a su lado. La de la vida sencilla. Con amor. Con ambición. Sin secretos.

22. Fernando

El encontronazo con Mia me había dejado traspuesto. ¿Desde cuándo me metía en el baño de señoras a acosar a una mujer? Conduje en silencio y con un malhumor creciente. Jessica estaba tan ensimismada con el móvil que ni siquiera se percató. Joder, se me había ido la puta cabeza. Yo, que siempre mantenía el control.

Pero ver a Mia había sido...

Apreté el volante con fuerza. No estaba preparado para que ella actuara como si tal cosa. ¿De qué coño iba? Se atrevía a preguntar por mi padre, me trataba como si entre nosotros no hubiera pasado nada. ¡Cómo si no me hubiera estado evitando todo este tiempo!

No sé qué fue lo que me pasó. Pero para cuando quise darme cuenta, ya la seguía como un poseso hasta el baño. Solo quería una explicación. Algo, lo que fuera, que me permitiera pasar página de una puta vez. ¿En qué momento la había tocado? Sí, conocía el detonante. Había sido su respuesta.

Quería conocer a otros hombres, salir de casa... no ligarme para siempre al primer tío que me había desvirgado.

Aquello me enloqueció. Lo dijo como si tal cosa. Como si yo le hubiera importado una mierda. Maldita embustera.

Había perdido el poco control que me quedaba porque quería demostrarle con un beso que me estaba mintiendo. Menos mal que aquella señora nos interrumpió, porque por mucho que Mia se las diera de digna, no me había frenado. Y yo... no sé hasta donde habría sido capaz de llegar.

Mierda. Jessica me mataría si se enteraba. Necesitaba hablar con Sarah y que averiguara quién era la mujer del servicio. Con un poco de suerte... puede que todavía no se hubiera ido de la lengua. Porque como aquello llegara a oídos de mi prometida, ya podía ir despidiéndome del

bufete.

Me tenía en sus manos. Odiaba esa sensación. Primero trabajaba para los Parker, y ahora trabajaba para mi futura mujer. ¡Qué cosas!

Salí del coche en cuanto aparqué delante de casa, y Jessica me siguió con aire distraído. Lo de aquella mujer era increíble. Era capaz de hacer cualquier cosa con tal de trepar en el escalafón social. Y si tenía que arrastrarme con ella le daba igual.

—¿De qué demonios iba eso? —le recriminé, en cuanto cruzó la puerta—. ¿Una donación a su fundación? No recuerdo haber hablado del tema.

Ella ni siquiera se inmutó. Comenzó a quitarse todas las joyas con parsimonia, ignorando que a mí me hervía la sangre.

—Porque no lo hicimos, cielo. A veces siento que hay que explicártelo todo —su tono cargado de desdén me sacó de mis casillas—. En este mundo en el que nos movemos, las apariencias lo son todo. Le hacemos una donación y luego recogemos los frutos.

—No quiero hacer ninguna jodida donación.

Ella resopló, como si él que comenzara a hartarla fuera yo.

—Es solo dinero. Nos sobra, ¿qué más da?

—¡Me da igual el dinero! —grité exasperado—. No es por eso, Jess. Simplemente no pienso hacer una donación para caerle bien a los Parker.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues ya está ordenada.

—Eres imposible.

Dejó las joyas de cualquier manera sobre la encimera de la cocina. Si alguna se perdía, le echaría la culpa a la pobre María, como hacía siempre.

—Soy práctica. Yo vivo en el mundo real, ¿y tú?

—En uno en el que las decisiones se hablan. Dime una cosa, ¿vas a seguir haciendo lo que te da la gana? Los matrimonios de verdad se cuentan

las cosas. No puedes andar por ahí como si...

Me detuve al ver que no me prestaba atención. Se estaba mirando la manicura. La puta manicura de los cojones.

—Jessica, ¿me estás escuchando?

—Cómo no hacerlo, querido. A estas alturas te habrá escuchado hasta el servicio —se acercó a mí y me atrajo por la corbata, pero me aparté molesto. No, esa vez no íbamos a arreglar nuestros problemas con el sexo. Ella me fulminó con la mirada y elevó el tono de voz—. Lo hago por ti. ¿Sabes lo importante que es esa familia? ¡Pues claro que lo sabes, trabajaste para ellos! ¿Has visto como todo el mundo miraba embelesado a esa niñata con su discursito barato?

—No la llares así.

Jessica entornó los ojos.

—¿Por qué no? ¿Acaso te importa? —me traspasó con la mirada.

Era una acusación velada, pero lo suficiente certera para que me la tomara en serio. A Jessica no se le escapaba ni una. Si no jugaba bien mis cartas, tendría un serio problema.

—¿A mí? ¡Pero si hace diez putos años que no la veo! Joder, por lo que más quieras, no me cambies de tema. Estábamos hablando de nosotros —me hice el indignado.

Ella se lo tragó. Por el momento.

—Sí, nosotros. ¿Quieres ser alguien en la vida? Tú dedícate a tu trabajo, y las relaciones sociales déjamelas a mí. Te ha costado mucho llegar a donde estás, querido. No la cagues ahora. ¿Quién te iba a decir que pasarías de ser el jardinero de esa niñata a un abogado de renombre?

—Supongo que el esfuerzo también cuenta —me defendí malhumorado.

—El esfuerzo... —bufó—. Lo que cuenta es cómo te ven los demás, no lo bueno que seas.

—¿Por qué te importa tanto lo que piense todo el mundo?

—Nos importa a los dos. Solo que yo tengo el valor de ser sincera, y tú te sigues comportando como si te diera igual. Venga ya, no me vengas ahora con el rollito de la humildad. Somos tal para cual, querido.

Me plantó un beso frío en los labios, dando por zanjada la conversación. Pero esa noche no tuve ganas de seguirla hacia el dormitorio. Me quité la corbata de mala gana y la tiré encima de sus joyas. ¿Cuánto dinero podía llevar encima aquella arpía? Unos diez mil dólares como mínimo. Jessica tenía razón; el dinero no era un problema para nosotros. Y ella estaba dispuesta a utilizarlo para conseguir lo que quería.

¿Acaso no me había comprado a mí? Porque sí, podía reconocerlo cuando nadie me oía. El bufete para el que trabajaba en Carolina del Norte estaba genial. Me pagaban bien y me encantaba trabajar allí. Pero Johnson & Rabbit eran palabras mayores. Allí no importaba que fueras el mejor, porque solo se entraba por enchufe. Y sí, prometerme con Jessica me había catapultado a la cúspide de la pirámide. Ahora era yo el que miraba por encima del hombro a todos esos niños de papá que habían intentado pisotearme en Yale.

Dejé la chaqueta sobre el taburete y me serví una copa de Whisky. Recordé irritado que había llamado borracha a Mia. Yo, que sabía de sobra que ella se había refugiado en el alcohol cuando era una adolescente para superar la pérdida de su padre.

Te has superado, Señor Sandoval.

No podía dormir, y no era precisamente por falta de camas. Sabía de sobra que Jessica no se dignaría a pedirme que fuese al dormitorio, pero podía utilizar cualquiera de las cuatro habitaciones libres.

Fui hacia la biblioteca y me dejé caer sobre la butaca de cuero. Llevaba la botella en una mano y el vaso en la otra. Me serví otro trago en

cuanto me terminé la copa. Ni siquiera reparé en mi padre, que entró en la biblioteca con su habitual andar pesado. No llegaba a los setenta y cinco años, pero parecía un anciano. Los años de trabajo duro le habían pasado factura.

—¿No puedes dormir? No creo que el whisky sea lo mejor para el insomnio.

—Estaba pensando en cosas del trabajo. ¿Qué haces todavía despierto?

Él ojeó el amplio catálogo de la librería hasta que encontró un libro que era de su agrado. La librería, otro de los caprichitos de Jessica. Le gustaba terminar la visita de los invitados en aquel lugar porque le otorgaba un toque distinguido a la casa. Pero no se había leído ni uno de los libros que había allí.

—Me gusta leer antes de irme a la cama. ¿Qué tal ha ido la fiesta?

—Bien.

—Tengo entendido que la organizaba la familia Parker. Un día de estos me pasaré a saludarlos.

Levanté la vista hacia él. No me hacía ni pizca de gracia que mi padre fuera a mendigar la atención de aquella familia. Sí, lo habían tratado todo lo bien que se podía tratar a alguien que trabajaba para ellos. Pero me tocaba la moral que mi padre siguiera pensando que les debía algo. Su vida de servidumbre se había acabado. ¿Por qué se comportaba como si los lujos que yo le ofrecía no significaran nada?

—¿Por qué vas a hacer tal cosa? No digo que los evites si te los encuentras por casualidad, pero no les debes nada. Si tantas ganas tienen de verte, que vengan ellos aquí.

—Saludar a tus viejos jefes no te hace menos digno, hijo. La familia Parker siempre se portó muy bien con nosotros. Incluso se comprometieron a pagar tus estudios, cosa que habrían hecho si tú no te hubieras negado.

Porque no quería deberles nada. Odiaba la compasión que generaba en la gente de su clase. Para ellos nunca sería su igual.

—Porque no necesitaba su dinero. Obtuve una beca, trabajé por las noches. Todo lo que tengo es gracias a mí.

—Nadie lo pone en duda —respondió con suavidad. Mi padre me miró apenado y sacudió la cabeza—. ¿Qué he hecho mal contigo? Creí que te había educado bien.

Se me tensaron los músculos y apreté la copa con fuerza.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De tu ambición y tu falta de humildad. ¿Es por esa chica? Cambiaste cuando ella se marchó.

—¿Qué chica? —pregunté furioso, a pesar de que sabía de sobra a quién se refería.

—Mia Parker, obviamente. ¿La has visto en la fiesta?

—Sí —acaricié el reposamanos de la butaca. Mia Parker no tenía nada que ver con mi cambio de actitud—. Te manda recuerdos, por cierto.

—Ah, qué muchacha tan encantadora. Puede que un día de estos me acerqué a saludarla.

Iba a marcharse cuando lo detuve.

—¿Tanto te he decepcionado?

—Estoy orgulloso de ti, hijo. Pero no me pidas que aplauda algunas de tus decisiones. ¿Por qué vas a casarte con esa mujer?

—Jessica es perfecta —me puse a la defensiva.

—Oh, sí... desde luego que lo es. Buenas noches.

Me quedé un buen rato allí, bebiendo en la oscuridad. Hasta que me puse de pie de un salto y salí de la casa. Estaba furioso con mi padre porque él no entendía nada. O puede que estuviese molesto conmigo mismo, no lo tenía del todo claro. El caso es que abrí la puerta trasera del coche, cogí el puñetero

libro y volví a entrar.

—Cumbres borrascosas —leí con desinterés—. Allá vamos.

No sé por qué lo hice. Puede que porque necesitara distraerme. Puede que porque no podía conciliar el sueño. O quizá porque me atormentaba una idea que comenzaba a golpear mi cabeza: tenía todo lo que había soñado. Y de repente, a pesar de tenerlo todo, sentía que me faltaba demasiado.

Me sumergí en la historia de un tal Heathcliff y una tal Catherine. Al principio me pareció un verdadero tostón. Una historia triste, oscura y deprimente. ¿Esa eran las clases de novelitas románticas que le gustaban a Sarah? Elevé las cejas y puse los ojos en blanco varias veces. Cursilería, romanticismo barato... pero, cuando quise darme cuenta, llevaba más de la mitad del libro y no podía dejar de leer. Sí, era un libro romántico, pero también destilaba pasión y amargura. E incluso tuve ganas de meterme dentro del puto libro para zarandear a aquel par de imbéciles y pedirles que se dejaran de tonterías y aceptaran que se amaban de una vez por todas. Estaba sufriendo, pero no podía parar. La lectura me tenía tan absorbido que ni siquiera me fijé en que los primeros rayos de sol se colaban por la ventana.

23. Logan

No me extrañaba que a Mia no le gustaran ese tipo de fiestas. Como guardaespaldas me había visto obligado a acompañar a mis clientes a eventos del estilo, pero era la primera vez que observaba una reacción tan visceral. Normalmente, las jovencitas a las que protegía estaban encantadas de ser el centro de atención, e incluso algunas hacían cualquier cosa con tal de que hablaran de ellas. Pero yo, que no le había quitado la vista de encima durante toda la noche, había comprobado que a Mia Parker no le hacía ninguna gracia confraternizar con los de su clase. La veía poner esa expresión de hastío cuando creía que nadie la observaba. Arrugar la nariz cuando el desconocido de turno hacía algún comentario que le molestaba. Sonreír con frialdad si algún hombre intentaba coquetear con ella.

Incluso me había visto tentado a intervenir en alguna ocasión. Por suerte logré contenerme, pues sabía donde estaban mis límites. Mi trabajo era protegerla de posibles amenazas, no quitarle de encima a futuros pretendientes. Aunque reconozco que lo habría hecho con mucho gusto si ella me lo hubiera pedido. Me irritaba contemplar que la mitad de los hombres de la fiesta caían como buitres sobre ella a la menor oportunidad. Y la cara de ella era un poema. Aunque intentaba ser amable, se notaba a leguas que comenzaba a hartarse de que todos intentaran llamar su atención. Era como si fuese una especie de trofeo: rica, bella y de una familia con un buen apellido. ¿Alguien da más? Y por supuesto, ella era consciente de que todos se le acercaban por interés.

Casi me compadecí de ella. A pesar de que vivía en un mundo privilegiado, me daba la sensación de que no era como el resto de clientas para las que había trabajado.

Me había gustado su discurso porque fue correcto y sincero. Quizá la

había juzgado con dureza y de verdad estaba implicada en su trabajo. Quién sabe. ¿Estaba tan comprometida como parecía, o simplemente se limitaba a aparentar? No tenía ni idea, pero Mia comenzaba a plantearme demasiados interrogantes.

Luego vi a aquel tipo. El moreno con traje y una pelirroja espectacular que se pegaba a él como una lapa. No había parado de mirar a Mia en toda la noche, pero solo se acercó a ella cuando consiguió quitarse de encima a la pelirroja. Llevaban anillos de compromiso, así que sumé dos más dos.

Mia lo había tratado de manera distinta al resto. Desde mi posición, a menos de cinco metros de ella, no pude escuchar su conversación. Pero sí percibí el rubor de sus mejillas y la expresión tensa de él. Ya se conocían.

La pelirroja se unió a la pareja, como si hubiera olfateado el peligro. Sonrisas falsas y una despedida apresurada. Al tipo se le había acabado la fiesta y Mia parecía aliviada. Luego la siguió al servicio, y tuve que hacer otro esfuerzo, esa vez enorme, para no cortarle el paso. ¿Quién era yo para interponerme entre lo que fuera que hubiera entre ellos? Pero si le hacía daño a Mia, se las vería conmigo.

Dos minutos dentro. Iba a entrar. ¿Y si intentaba algo en contra de su voluntad? El tipo salió echando chispas y yo volví a mi posición. No sé qué demonios había pasado ahí dentro, pero me lo podía imaginar. ¿Mia era de las que coqueteaban con hombres comprometidos? Tampoco era asunto mío.

Tardó demasiado y empecé a impacientarme. El único lugar completamente seguro para ella era su casa, y ya se lo había explicado de sobra. Le mandé un mensaje. No era su padre, ¿por qué me lo ponía tan difícil?

Deseché aquel recuerdo porque ya sabía lo que venía después. Ella perdiendo los nervios, y yo fingiendo que me traía sin cuidado. El trayecto en

coche, sus preguntas y mis respuestas. ¿Por qué había entrado al trapo? No lo sé, pero me gustó verla sonreír. Ser consciente de que se había olvidado de aquel tipo gracias a mí. E incluso estuve a punto de devolverle la sonrisa. Yo, que llevaba demasiado tiempo sin sonreír por algún motivo.

Pero volví a poner distancia en cuanto ella quiso derribar el muro. No sé a cuento de qué venía lo de tutearnos. Era como si se empeñara en ser mi amiga. No tenía ningún sentido. Trabajaba para ella y ahí se acababa nuestra relación. Se empezaba por ahí, y luego se traspasaban otros límites. No tenía intención de cruzar la línea.

Y seguía reiterándome en lo que pensaba: Mia Parker era complicada. Demasiado complicada para mí.

Apareció en la sala de estar con unas ojeras considerables que había intentado maquillar en vano. ¿Era por el desconocido de la fiesta? Llevaba un jersey azul marino de cachemir, unos pantalones del mismo color y unas deportivas blancas. El pelo recogido en una coleta y aquel collar en forma de corazón que nunca se quitaba. Me gustaba más así que con el vestido verde. Es cierto que había tenido que esforzarme para no mirarle las tetas, pero Mia no necesitaba tantos adornos para sacar a relucir su belleza. Me di cuenta de que la miraba con cara de bobo, pero ella no se inmutó. Estaba tirándole la pelota a Rusty, que prefería jugar con los cordones de su zapatilla izquierda.

—Buenos días, Señor Prexton. Voy a por un té y nos ponemos al lío. ¿Quiere que le traiga algo? No quiero sonar pretenciosa, pero dicen por ahí que hago un café delicioso.

Era imposible no contagiarse con su buen humor. Traté de no sonreír. ¿Lo haría a propósito para caerle bien a la gente?

—Entonces tendré que probarlo —respondí de manera educada.

—Estupendo, ahora vuelvo.

Desapareció como una exhalación y la oí trastear en la cocina. Ya olía

a la tarta casera de su madre. Desde luego, eran una familia un tanto peculiar. ¿No tenían servicio? El dinero les sobraba para contratar a una decena de empleados.

—¡Ya estoy aquí! —regresó con dos tazas y dos pedazos de tarta.

En la mía ponía: *sonríe, hoy puede ser un gran día*. ¿Era una indirecta? La miré de reojo. Ella me observaba atentamente, a la espera de algo. No sé qué hice mal, pero frunció el ceño un tanto decepcionada.

—Solo le pedí café.

—En mi casa, rechazar la tarta de mi madre es de mala educación. Esta es mi favorita, tarta de manzana con crumble —se acercó a mí y susurró, como si estuviéramos compartiendo un secreto—: la prepara porque piensa que así conseguirá que me quede a vivir aquí. Pero no vamos a decirle que deje de insistir, eh. Podría comer esto a todas horas.

Su boca me rozó la mejilla y un mechón de pelo me hizo cosquillas en la barbilla. Aspiré su olor y me eché hacia atrás, irritado por su cercanía. ¿Por qué se empeñaba en tratarme como si fuéramos amigos?

—Engordaría si comiera siempre tarta de manzana —le solté bruscamente.

A ella se le cambió la expresión. Joder, ¿por qué tenía que ser tan bruto? Hasta que de repente entornó los ojos y me dedicó una sonrisa traviesa. Le miré la boca como si fuese una fruta apetitosa.

—Ah, es usted un bromista. Ya me olvidaba de que tiene un humor un tanto... peculiar.

—No tengo ninguna clase de humor —le espeté.

—Claro que sí, solo que se empeña en ocultarlo para resultar... un tipo duro. A mí no me engaña, Señor Prexton. Solo hay que rascar un poco, pero seguro que saldrá tarde o temprano.

Ahora resultaba que me conocía mejor que nadie. Me comí la tarta de

dos bocados con tal de dejar de escucharla. Estaba deliciosa, no me extrañaba que fuese su favorita. Ella me miró encantada.

—La vida sabe mejor con un trozo de tarta, ¿a qué sí?

No supe qué responder a eso. ¿Me estaba tomando el pelo?

—Centrémonos en lo importante.

Señalé la lista que había sobre la mesa.

—Ah, sí, alguien intenta matarme. Vaya tela, eh —intentó bromear, pero sabía de sobra que aquello la preocupaba—. ¿Cree que hago bien en quedarme aquí? Mi familia no quiere que me vaya, pero tengo miedo de ponerlos en peligro. Sea sincero conmigo, por favor. No me gustaría que les sucediera algo malo por mi culpa.

Noté que sus ojos se ponían vidriosos. Casi me dieron ganas de consolarla, pero me reprimí. Un abrazo habría estado fuera de lugar. *La línea*, me recordé. *No cruces la línea*.

—Esta casa es completamente segura. Yo mismo he supervisado todo el perímetro, y hemos aumentado las medidas de seguridad desde lo del tiroteo. Nadie podría acercarse sin ser visto en un radio de veinte kilómetros. Hay hombres vigilando cada esquina, cámaras de seguridad, control de acceso, e incluso se ha puesto escolta a los niños cuando van al colegio. Le aseguro, Señorita Parker, que su familia no corre ningún peligro. Jamás le mentiría ni le prometería nada que no puedo cumplir.

Ella me miró impresionada, saltó de su silla y me abrazó con fuerza. Me pilló tan desprevenido que no supe reaccionar. Y para cuando pude hacerlo, comprendí que habría sido todavía más raro apartarla, así que me quedé completamente inmóvil. Mia Parker olía a café y flores frescas y sus pechos se apretaban contra mi torso. Me rodeaba el cuello con las manos y su cuerpo, esbelto y curvilíneo, se acoplaba a mí. Me rozó el cuello con la boca y noté que sus ojos estaban húmedos. Joder, empezaba a tener demasiado calor.

¿No era consciente de que era una mujer muy atractiva?

—Gracias, muchas gracias. Gracias, de verdad. Era todo lo que necesitaba oír —susurró contra mi oído, antes de separarse de mí.

—¿Ya está más tranquila? —mi voz sonó dura, aunque no fue mi intención.

Estaba más molesto conmigo mismo que con ella. *La puta línea*, me recordé. La próxima vez no dejaría que me abrazara porque no me pillaría desprevenido.

—Sí —musitó, bastante avergonzada—. No he podido reprimir el impulso de abrazarlo. ¿No lo habré molestado?

No me había molestado, había estado a punto de causarme una jodida erección. ¿En qué mundo vivía aquella chiquilla? Sospeché que lo hacía a propósito. Sí, cabía la posibilidad. Puede que Mia estuviera jugando conmigo para luego cotillear con sus amigas que al imbécil de su guardaespaldas se le ponía dura cuando ella se dejaba querer.

—Pues sí que me ha molestado. Si necesita un abrazo, se lo pide a su madre —le solté sin poder contenerme. Ella abrió los ojos de par en par, pero no dijo nada. Ahora estaba furioso con los dos. Con ella por ponerme las cosas difíciles, y conmigo por permitirselo—. No me pagan para eso. Y ahora...

Le acerqué la lista con brusquedad.

—Cuénteme todo lo que sepa sobre esos nombres.

Intenté que no se notara lo impresionado que estaba por todo lo que me contaba. Con solo veintiocho años, Mia ya había viajado a los lugares más recónditos del mundo. Antapur, Dharavi, Costa de Marfil, Nigeria, Burundi, Sudán del Sur... y claro está, había recibido numerosas amenazas de los distintos colectivos. Desde presiones para que dejara de dar charlas

educativas en contra de la ablación femenina o el matrimonio infantil, hasta amenazas de muerte por parte de señores de la guerra que utilizaban a niños para formar sus ejércitos.

— Pero siempre cesan cuando me voy de allí — me contó con tono inexpresivo—. No voy a negar que he pasado miedo en más de una ocasión, pero nunca llegaron más allá de sus fronteras. Lo de que atentaran contra mi vida a las puertas de mi casa me ha impactado muchísimo. Es la primera vez que sucede.

— Supongamos que esos grupos de presión a los que se refieren no tienen tanto poder como para dar un salto internacional. ¿Quién nos queda?

— Kevin Wood — repuso, señalando el único nombre americano de la lista.

Lo del Señor Wood había sido un escándalo. Era embajador de Naciones Unidas y había sido nominado al premio nobel de la paz. Un famoso tenista jubilado que había dedicado su retiro a ayudar a los más desfavorecidos. La mitad de su fortuna se la había gastado en construir escuelas, orfanatos y centros médicos. Era un hombre respetado y la prensa lo adoraba. Y una de las voluntarias de su fundación lo había denunciado por una supuesta agresión sexual. ¿A quién llevaba como testigo aquella mujer? A Mia Parker.

Los medios de comunicación y las redes sociales habían ardidido con la noticia. Y desde que trabajaba para la familia Parker, había tenido que extremar la precaución para que los periodistas no molestaran a Mia. La gente estaba dividida: ¿era Kevin Wood un depredador sexual? ¿Mia Parker se había compinchado con aquella joven para destruirlo? Había quienes pensaban que Mia actuaba de forma mezquina para ganar popularidad y que el Señor Wood no se merecía lo que le estaba pasando. Pero... por lo poco que conocía a Mia, sabía de sobra que no era la clase de persona que se inventaba

algo semejante.

—¿Crees que Kevin Wood está detrás de todo esto?

—No lo sé —admitió con voz queda—. No tengo ni idea de quién está detrás de todo esto. Para ser sincera, me ha llamado un par de veces. Llamadas impersonales... y un tanto molestas para mi gusto. Intenta impedir que testifique en el juicio, pero siempre por las buenas. Chantaje emocional, un discurso muy estudiado... ese tipo de cosas. Pero nunca me ha amenazado, creo que es demasiado listo para hacer eso. Y seamos honestos, si esa chica prueba lo de la agresión, ¿de verdad se piensa la gente que el Señor Wood entrara en la cárcel? Como mucho tendrá que pagarle una indemnización y su reputación estará arruinada, pero logrará recomponerse. Lo llaman el mundo civilizado, pero en el fondo no se diferencia tanto de los lugares que visito. Sigue siendo una mierda —su voz destilaba rabia.

No le pregunté sobre lo que había visto. Me pareció una pregunta insolente, y la prensa no paraba de preguntarle por lo mismo.

—¿Hay algo más que quieras contarme? No he terminado de leer todas las amenazas de tu correo electrónico. La gran mayoría son de gente aburrida, pero... creo que me ocultas algo.

—Se lo he contado todo —respondió con dureza.

Creo que me mentía. Había algo más, ¿qué me ocultaba?

—¿Seguro? —insistí. No podía hacer bien mi trabajo si ella no era sincera conmigo.

—Señor Prexton, ahí tiene todo lo que me pidió. Los nombres, el acceso a mi email, mi móvil... —enumeró exasperada—. ¿Qué más quiere?

—La verdad.

Ella se levantó airada.

—Eso es todo —determinó, cada vez más furiosa .

Sabía que me había pasado tres pueblos diciéndole que no me pagaban

por abrazarla, pero en el fondo era lo que pensaba. Y aunque ella no había dicho nada, sabía que mis palabras le habían escocido.

—Quiero hacer bien mi trabajo, pero no podré hacerlo si usted me oculta algo. Sea lo que sea, quedaría entre nosotros —le aseguré.

—Es todo lo que hay —repuso, dirigiéndose hacia la puerta—. Ya lo dijo usted. Le pagan para eso, no para recibir abrazos. Si se tiene que devanar los sesos para encontrar al culpable, es problema suyo. No me culpe a mí de su ineptitud.

Se marchó dejándome con la palabra en la boca. Sí, definitivamente lo de mandarla a abrazar a su madre no le había sentado muy bien. Pero sabía discernir cuando alguien me mentía, y estaba convencido de que Mia Parker ocultaba algo. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en averiguar su secreto.

24. Sarah

Era la primera vez que veía a mi jefe con tan mal aspecto. Siempre pulía su imagen, pero aquel día su apariencia no era impecable, sino más bien descuidada. Tenía cara de no haber dormido en toda la noche y expresión de perro rabioso. Su pelo era un desastre, por no hablar de cómo había conjuntado su ropa (totalmente arrugada, por cierto). ¿Traje gris Oxford, camisa azul y corbata de cuadros? ¿Quién le había asesorado aquel día? ¿Su peor enemigo?

Una buena secretaria sabe cuándo mantener la boca cerrada, pero también ofrecer consejos sin sonar impertinente. Incluso si su jefe no parecía tener un buen día.

—Sarah —asomó la cabeza por la puerta de mi jaula sin ventanas. Ni buenos días ni sonrisas. Sí, estaba de malhumor—. Necesito que encuentres a alguien.

Lo miré con curiosidad.

—Por supuesto, ¿de quién se trata? —cogí la agenda rotativa que tenía para los clientes, ordenados alfabéticamente por el apellido.

—No, eso no te hará falta. No es ningún cliente, sino una mujer. Asistió a la fiesta de anoche.

Intenté que la expresión no me traicionara. Puse mi mejor cara de secretaria obediente que no se mete donde no la llaman, aunque por dentro ya lo estaba tildando de infiel. Ahora me utilizaba para ponerle los cuernos a su mujer, qué desfachatez.

—Dígame su nombre e intentaré localizarla en la guía telefónica.

—No sé cómo se llama.

Lo miré extrañada. ¿Y qué quería que hiciera yo?

—¿Su apellido?

—Tampoco.

¿Qué se suponía que quería que hiciera? ¿Consultarlo con el oráculo? Él tuvo que leerme la mente, porque añadió con tono imperioso:

—Ya sé lo que estás pensando, pero es muy importante que me ponga en contacto con ella.

Él no tenía ni idea de lo que yo pensaba. Una sola palabra: traidor.

—Por favor, Sarah, necesito que obres tu magia —me pidió, y me pareció bastante desesperado—. Si hay alguien que puede encontrar a esa mujer, esa eres tú.

Ya sé que confiaba en mí, pero a veces se creía que yo era el genio de la lámpara de Aladdin. Mis habilidades tenían un límite. Sinceramente, lo mío no estaba pagado.

—Uhm... bueno... —vale, lo veía tan deshecho que comencé a devanarme la cabeza para ofrecerle alguna solución—. Defínamela.

Se rascó la cabeza, tratando de hacer memoria. Entonces me quedó bastante claro que no se trataba de un asunto de cuernos. No estaba interesado en aquella mujer por esa razón, porque de ser así no se habría olvidado de su aspecto. Aquello me alivió, aunque no sé por qué. Yo no era su prometida, ¿qué más me daba si le era infiel?

—Era... no muy alta. De unos cincuenta, o tal vez sesenta años. Rubio oxigenado con un peinado a lo Martha Stewart.

Vale, no era gran información. Pero mi mente ya se había puesto a trabajar a toda velocidad.

—¿Cómo iba vestida?

—De rosa, creo —dudó, no estaba del todo seguro—. Pero me fijé en su cartera de mano. Un bolsito de lentejuelas plateadas.

Me miró esperanzado, y contuve el impulso de pedirle que me subiera el sueldo.

—¿Sabe si iba acompañada de alguien?

—Ni idea —resopló y se frotó el rostro—. Ya sé que te estoy pidiendo un milagro. En fin, haz lo que puedas.

—Fernando —lo llamé, antes de que regresara a su despacho—. Su ropa... no quiero meterme donde no me llaman, pero hoy tiene la reunión con el Señor Robinson. Y a las doce y media tiene que ir al juzgado. Quizá debería cambiarse.

—¿Tan mal estoy? —se echó una mirada a sí mismo y torció el gesto.

No se lo tomó tan mal, así que aproveché el momento para acercarme a él.

—Tiene una camisa blanca en el armario del cuarto de baño —le dije, quitándole la americana sin preguntar—. También le guardo una selección de corbatas por si las moscas. Yo elegiría la azul cobalto. Voy a plancharle la chaqueta en un momento.

Comencé a alisar el despropósito de arrugas en el que se había convertido su americana.

—A la jueza Anderson no le gustan los animales —le dije, recordando el juicio por la custodia del chihuahua de su clienta—. Tengo entendido que es demasiado seria y que en un juicio similar se tomó fatal que le hicieran perder el tiempo de esa manera. Fueron sus palabras textuales. Se puede imaginar a favor de quién falló.

Él me escuchó atentamente sin decir una palabra, así que me animé a continuar. No solía darle mi opinión sobre los juicios a los que se enfrentaba, pero en aquella ocasión tenía una corazonada.

—Quizá debería llegar a un acuerdo con el exmarido —fui hacia mi escritorio y agarré la carpeta con la información que había recopilado—. Estuve investigando por mi cuenta y descubrí que la mascota de su actual pareja pasó varios meses sin estar vacunado ni con chip hasta que la multaron.

Quizá lo podría asustar con eso y evitaría que fueran a juicio.

Fernando se me quedó mirando durante un buen rato, así que comencé a arrepentirme. Eso me pasaba por meter las narices donde no me llamaban. Luego me quitó la carpeta y ojeó toda la información.

—Sabes que este no es tu trabajo.

—Yo... lo sé.

—Pero es increíble que hayas averiguado todo esto por tu cuenta —respondió impresionado—. Puede que tengas razón, lo tendré en cuenta. Gracias.

Fue hacia la puerta cuando de repente se detuvo y se giró hacia mí. Mi jefe me miró sin reaccionar, algo impropio viniendo de él.

—La americana —me pidió.

—Todavía se la tengo que planchar.

—Es evidente que tu talento está desaprovechado en este bufete —dijo, antes de quitarme con delicadeza la chaqueta—. Deja, ya lo hago yo. Puedo planchar mi propia ropa, Sarah.

—Como quiera —respondí, algo atribulada por su cumplido.

Volví hacia mi escritorio y me puse a buscar a la mujer de la discordia. En primer lugar, me las apañé para conseguir la lista de invitados del evento. No me fue fácil, porque en la prensa solo aparecían los nombres más famosos. Y Mia Parker lo hacía en primera plana. A la prensa le encantaban los escándalos, y que ella fuera la testigo principal en la acusación contra Kevin Woods la había puesto en el ojo del huracán. No la conocía de nada, pero seguía de cerca su trabajo y me inspiraba. Tan solo tenía veintiocho años y había ayudado a muchas personas. ¿Por qué iba a mentir sobre una acusación tan grave? Las opiniones estaban divididas, pero mi intuición me decía que Mia Parker no era ninguna mentirosa. Aunque... vete tú a saber.

Lo de la lista de invitados me costó bastante, pero al final conseguí

hacerme con ella. Hice varias llamadas, peloteé a algunas personas y... *voilà!* Ya la tenía en mis manos. Lo de encontrar a la mujer misteriosa me llevó más tiempo, pero contaba con una baza a mi favor: a los ricos les encanta aparecer en internet. Por lo visto, no eras nadie si al poner tu nombre en Google no aparecían una decena de resultados, así que fui introduciendo uno a uno el nombre de las posibles candidatas. Filtré la búsqueda entre las mujeres de entre cuarenta y sesenta años, así que la lista se redujo a treinta y cuatro aspirantes. Dejé para el final aquellas que no arrojaban resultado, y fui descartando las fotos del buscador de imágenes que no concordaban con la descripción de Fernando. Conseguí tres e imprimí sus fotos. Ojalá que fuese una de ellas, porque si no me tocaría descolgar el teléfono y preguntar por aquellas que no aparecían en internet.

Mi jefe contemplaba la pantalla de su ordenador con expresión hastiada cuando llamé a su puerta.

—¿Es alguna de ellas? —le pregunté, extendiendo las fotografías sobre el escritorio.

Repasó las imágenes y agarró la tercera como si fuese un billete de quinientos dólares.

—Esta. Es esta —me miró alucinado, se levantó y me dio un fuerte apretón que me dejó sin respiración. Me ruboricé un poco, pero él no se dio cuenta. Tomó mi mano entre las suyas y la besó. Me derretí como el chocolate y fui incapaz de apartar la mano, a pesar de que aquello estaba fuera de lugar —. Sarah, eres extraordinaria.

—Solo hago mi trabajo —le resté importancia.

—Pero lo haces muy bien, eres la mejor y no sé qué haría sin ti. Podrías dedicarte a ser investigadora privada, yo te contrataría antes de que sacaras a la luz todos mis trapos sucios —bromeó.

—Ahí tiene toda la información —seguía cogiéndome la mano. Quizá

no se había dado cuenta. Sentí un cosquilleo en el estómago que intenté aplacar con mis palabras—. Su nombre completo, dirección postal y un teléfono de contacto que no sé si estará actualizado.

—En realidad te iba a pedir que la llamasés tú.

—De acuerdo, dígame lo que necesita.

Fernando hizo una larga pausa, como si tratara de encontrar las palabras adecuadas para lo que iba a decirme.

—Mira, sé que esto que voy a contarte sonará un poco mal, pero confío en tu discreción y en tu buen juicio. Resulta que en la fiesta me metí en el servicio de señoras por equivocación. Estando allí me encontré de sopetón con una vieja amiga de la infancia a la que hacía años que no veía. La estaba saludando cuando entró esa señora, y creo que tuvo que hacerse una idea equivocada, porque nos miró fatal. Ya sabes cómo son estas cosas. Alguien dijo algo... comienzan a circular rumores que no tienen nada que ver con lo que sucedió en realidad, y luego a nadie le importa la verdad. No querría... que esto llegara a oídos de Jessica. Es una mujer muy sensible y no es justo para ella.

Observé a mi jefe sin decir ni una palabra. No es que sonara un poco mal, sino que no me tragaba su versión de la historia.

—¿Me está pidiendo que la convenza de que mantenga la boca cerrada? —fui todo lo directa que él no era capaz.

—Dicho así, haces que suene fatal.

—Solo quiero saber lo que usted se propone. De lo contrario, no sabré lo que tengo que conseguir de esa señora.

Hice el ademán de regresar a mi despacho. De repente me sentía muy enfadada con él. Ya sé que era su secretaria, pero tampoco hacía falta que me incluyera en sus tejemanejes extramatrimoniales. Que se ocupara él de ponerle los cuernos a su mujer.

Me cogió del codo antes de que me marchara.

—Sarah, ¿estás cabreada conmigo?

La pregunta me pilló desprevenida. Y a él qué más le daba de ser así.

—No, señor. ¿Por qué iba a estarlo? Lo que sucediera en ese servicio no es asunto mío —respondí con voz áspera.

—Porque acabas de llamarme señor, otra vez. Y porque tienes cara de... de estar cabreada —concluyó, y me soltó.

—No se ofenda, Fernando. Pero no me hace ni pizca de gracia tener nada que ver con sus problemas personales —dije *problemas personales* por decir algo, aunque me moría de ganas de llamarlo por su nombre: infidelidad —. No sé qué voy a decirle a esa mujer, pero como su secretaria, haré lo que esté en mi mano para solucionarle ese problema.

No me detuve a contemplar su expresión, aunque supe de sobra que mi reacción lo sorprendía. Era la primera vez que me enfrentaba a él.

No estaba enfadada con Fernando, sino conmigo misma. Admiraba a mi jefe porque era la clase de hombre hecho a sí mismo que había conseguido llegar hasta donde estaba a base de trabajo duro. Pero empezaba a sospechar que al final era un oportunista como todos los demás. Un hombre sin escrúpulos que utilizaba a su mujer para llegar hasta lo más alto. En el fondo me compadecía de Jessica. Bueno, vale, ella me daba exactamente igual. Quizá lo que me ofendía era haber idealizado a Fernando como el caballero noble y con principios que se merecía todo lo que tenía.

Conseguí convencer a la tal Catherine, la mujer que lo había visto en el servicio. Fue un hueso duro de roer porque la señora estaba deseando hablar de aquello con alguien. Antes hice mi trabajo de campo, como siempre. Averigüé que su hijo acababa de graduarse en periodismo y utilicé los contactos de Fernando para conseguirle una entrevista en un periódico local.

Favor por favor y todos salían ganando. Catherine dejó de hacerse la dura y me prometió que aquel secreto se iría con ella a la tumba. Teniendo en cuenta que ahora el trabajo de su hijo dependía de que ella mantuviera la boca cerrada, sabía de sobra que jamás hablaría del tema.

Me moría de ganas de saber quién era la extraña con la que había pillado a Fernando en una situación comprometida, pero no se lo pregunté. Eran las seis de la tarde cuando cruzaba el despacho de Fernando y él regresaba del juicio.

—No va a hablar —le expliqué, intentando colocarme el abrigo con la mano libre. En la otra sostenía el bolso.

Fernando se acercó para ayudarme y me quitó el abrigo. Se puso a mi espalda y me lo colocó con facilidad. Su respiración me hizo cosquillas en la nuca.

—¿Hay algo para lo que no tengas solución? —bromeó, volviendo a mi lado—. Tenías razón. He conseguido llegar a un acuerdo con su exmarido.

—Me alegra oír eso —respondí, dirigiéndome hacia la puerta. No quería perder el metro y no tenía ganas de hablar con él.

—Antes de que te vayas...

Me tendió un paquete envuelto en celofán rojo. Ni siquiera me había fijado que lo llevaba encima.

—No sé por qué lo he comprado, pero lo he visto y me he acordado de ti. Es un detalle —parecía nervioso, algo impropio de él.

Rasgué el envoltorio y descubrí una caja del chocolate suizo que tanto me gustaba. Sabía de sobra que solo se vendía en tiendas exclusivas, así que había tenido que visitar varios comercios hasta encontrarlo.

—Gracias, pero no hacía falta —musité, sin saber dónde meterme.

Aquello estaba fuera de lugar. Él no tenía que regalarme nada por hacer mi trabajo. Pero...

—¿Cómo sabía que son mis preferidos?

—No eres la única que sabe observar. Los guardas en una cajita sobre tu escritorio, y te comes todos los días uno, como si los estuvieras reservando.

Me puse colorada, pero traté de enmascarar mis sentimientos. Así que se había fijado.

—¿Me está comprando?

De nuevo, aquella sonrisa ladina en su rostro. Pensé que no era justo que fuese tan atractivo, porque así era imposible enfadarse con él.

—Tómalo más bien como una disculpa. Ya sé que no te ha sentado bien lo que te he pedido. Y quiero que sepas que te aprecio, Sarah. Lo suficiente para cruzarme toda la ciudad en busca de ese chocolate si sé que te hará feliz —admitió con naturalidad.

Mi corazón dio un vuelco, pero traté de no hacerme ilusiones. Lo hacía para tenerme contenta, ¿no? En eso consistía todo.

—No es que yo me quiera meter donde no me llaman, de verdad. Ni tampoco lo estoy juzgando. Pero no me siento cómoda con lo que sea que me ha pedido.

—Piensas que tengo la cara muy dura —adivinó, sin perder la sonrisa.

—Sí.

Vaya, ¿acababa de responder yo eso?

—Me gusta tu sinceridad. Es una cualidad que se aprecia poco hoy en día —fue hacia su escritorio y cogió un libro. Era el que yo le había prestado —. Casi se me olvidaba, el libro que me prestaste.

Enarqué una ceja y cogí el libro.

—¿Me tengo que creer que ya se lo ha leído?

—Pues... no te lo vas a creer. Te juro que mi intención era descargarme un resumen y fingir que no me había gustado —aquella revelación no me sorprendió en absoluto, y él continuó como si nada—. Pero

anoche no podía dormir y me picó la curiosidad. Pensé que sería un auténtico coñazo y que me entraría sueño.

—Eres un monstruo.

—Cuando quise darme cuenta no podía parar de leer. He venido a la oficina sin dormir, me siento patético.

Su confesión me dejó sin palabras. Estaba siendo sincero y un escalofrío de placer me recorrió todo el cuerpo.

—¿Y qué le ha parecido?

—Teniendo en cuenta que me lo he leído en una noche, no te puedo engañar. Me ha encantado.

No pude contenerme. Solté una carcajada victoriosa mientras él me contemplaba divertido y con las manos metidas en los bolsillos.

—¡He ganadoooo! —exclamé orgullosa.

—Sí, listilla. Venga, disfruta de tu victoria. Te lo mereces.

—Me dijo que me daría lo que yo quisiera —le recordé.

—Sí, es verdad. Así que dime, querida Sarah. ¿Qué es lo que quieres?

A ti.

—Pues... ¿puedo pedir lo que quiera?

—No me pidas la luna, me vería en un serio problema.

Me mordí el labio. Ni siquiera lo había pensado porque suponía que él no se lo leería.

—Quiero un día libre —decidí.

—¿En serio? ¿Solo eso? —pareció defraudado. ¿Qué quería que le pidiera? ---. Aprovéchate ahora que puedes.

—Sí. Hay un restaurante en Shreveport que me encanta, pero solo abre de lunes a viernes, y me pilla demasiado lejos para ir por las noches cuando salgo de trabajar.

—Muy bien, te invitaré.

Pensé que bromeaba hasta que me di cuenta de que lo decía totalmente en serio. Noté el fuego de sus ojos y mis piernas se convirtieron en gelatina. Puede que lo hubiese malinterpretado y solo se estuviese ofreciendo a pagar la cuenta.

—¿Cómo dice? —me tembló un poco la voz.

—Que voy contigo —respondió muy tranquilo—. Si es tu restaurante favorito, seguro que es bueno.

Me quedé tan cortada que no supe qué decir. Mi jefe y yo. En un restaurante. Fuera del trabajo. Los dos solos.

—A no ser que cenar con tu jefe te resulte muy desagradable —añadió, al ver mi cara de terror—. Entonces eres libre de ir con quien tú quieras.

Teniendo en cuenta que todavía no conocía a nadie en esa ciudad, terminaría yendo sola. Y la compañía de Fernando siempre era... placentera.

—Sarah —dijo con suavidad—. No te estoy obligando a cenar conmigo. Por favor, olvídalo. No pretendía...

—De acuerdo —respondí, antes de que pudiera arrepentirme.

Su sonrisa se ensanchó y me acompañó hasta la puerta. Puso su mano en mi espalda y me calentó la piel a través de la ropa. Respiré con dificultad. ¿Por qué quería ir a cenar conmigo? No entendía nada.

—Me tienes que aconsejar otro libro. Pero esta vez nada de dramones. Algo que tenga un final feliz, o me entrarán ganas de cortarme las venas y te quedarás sin un jefe que pierda apuestas contra ti.

Me hizo tanta gracia su tono dramático que tuve que sonreír.

—Seguro que encuentro algo.

Iba a despedirme de él cuando puso las manos en mis hombros y me dio un beso en la mejilla. Me quedé congelada y aspiré su olor. Tuve que contener el impulso de acariciarme allí donde sus labios me habían besado. Me entró tanto calor que miré al suelo, consciente de que mi expresión

avergonzada me traicionaría.

—Hasta mañana, Sara.

—Adiós, Señor San... Fernando. Adiós.

Me apresuré a escapar de allí antes de que me diera un infarto. Se leía mi libro, me invitaba a cenar, se despedía de mí con un beso. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Qué le estaba pasando? Aferré mi bolso y corrí en dirección al metro.

No te hagas ilusiones, le pedí a mi corazón. Está prometido, no va a pasar.

Pero, como siempre, mi corazón optó por bailar una balada e ignorarme. Los dos habíamos leído demasiadas novelas románticas sobre jefe y secretaria para no tener un resquicio de esperanza.

25. Jessica

Tenía que deshacerme de aquel viejo. A Fernando y a mí nos había ido bien cuando vivíamos en Carolina del Norte. Follábamos mucho y conversábamos poco. Éramos la pareja perfecta, pero nuestra relación se había resentido desde que nos habíamos mudado a Golden Pont. Me encantaba la casa, aquel no era el problema. Sino el espectro de setenta años que me lanzaba miradas hostiles. Sí, era una mala influencia para su hijo. Le inspiraba humildad y le recordaba sus orígenes pobres, todo lo que yo quería que él olvidara. Para convertirse en el gran hombre que estaba destinado a ser, Fernando tenía que dejar atrás a su padre. Luego nos casaríamos y estaríamos en la primera plana de todas las revistas de sociedad. Roxane y las demás se morirían de envidia.

¿A qué venía ponerse así por un poco de dinero? No era estúpida, lo estaba perdiendo. Hacía ocho meses que había decidido que aquel hombre era mío. Podría haber estado con cualquiera, pero Fernando había sido mi capricho. No le permitiría que estropeará mis planes. Y si para eso tenía que sacrificar a su padre, pues...

Ojeé el catálogo de residencias. No podía meterlo en una en contra de su voluntad, a no ser que convenciera a Fernando. Pero sabía de sobra que él jamás accedería, a no ser que yo se lo pusiera más fácil.

Mi amiga Ninette me había dado la solución.

—¿Por qué no le haces ver que es por su bien?

Tenía que demostrarle que su padre estaba demasiado mayor. Sí, sería la clase de nuera preocupada por la salud de su suegro. Entonces Fernando no podría negarse y yo lo tendría para mi sola. Sin su padre, conseguiría de él todo lo que me propusiera. En el fondo éramos tal para cual. Cuanto antes lo viera mucho mejor.

26. Mia

Mi guardaespaldas era el hombre más desagradable sobre la faz de la tierra. Qué le pidiera un abrazo a mi madre, ¡qué a él no le pagaban para eso!... ¿pero quién se creía que era?

Lo del abrazo había sido una reacción espontánea. Me sentía muy aliviada por sus palabras y me había salido del alma. Si tanto le molestaba, había formas más elegantes de pedirme que no volviera a hacerlo. Pero claro... ¿qué podía esperar de un bruto como aquel? Yo solo pretendía que nos llevásemos bien. Sacarle una sonrisa con un poco de suerte. No obstante, si él prefería que nuestra relación fuese estrictamente profesional, no sería yo quien le pusiera las cosas difíciles. De hecho, acababa de llegar a la conclusión de que Logan era imposible. Probablemente contaba con algún tipo de mecanismo interno que lo obligaba a autodestruirse si sonreía.

Menudo sieso de pacotilla.

Vale, le estaría eternamente agradecida por haberme salvado la vida... pero ahí se le acababa la gracia. Adiós, Logan. Hola, Señor Prexton.

Y encima tenía la osadía de echarme en cara que no era del todo sincera con él. ¿Qué pretendía? ¿Qué le contara cosas que nadie sabía? No, por ahí no pasaba. Sabía todo lo que necesitaba saber.

Pensé en Kevin Woods y en la expresión que puso Logan cuando le narré la historia. Seguro que pensaba que no era más que una embustera con ganas de notoriedad pública. Eran muchas las personas que me habían recriminado mi actitud alegando que el Señor Woods había ayudado a mucha gente. Y aunque así fuera, aquello no cambiaba lo que yo había visto. No cambiaba la posibilidad de que Woods fuera un cerdo misógino que debía enfrentarse a lo que había hecho. Todo se remontaba a abril del año pasado, cuando coincidimos en una conferencia que se celebró en un hotel de los

Ángeles. Estaba entusiasmada ante la idea de conocer al Señor Woods porque admiraba su trabajo. Me decepcionó encontrarme con un hombre demasiado pagado de sí mismo, más interesado en que le hicieran fotos que en otra cosa, y con las manos muy largas. No me dejé amedrentar y lo rechacé sin contemplaciones. Regresaba a mi habitación cuando me tropecé con Rachelle, que salía huyendo despavorida de la habitación de Kevin Woods. Llevaba la ropa rasgada y lloraba a mares. Eso es lo que yo había visto y eso era lo que contaría en el juicio. No tenía ni idea de lo que había sucedido allí dentro, pero el abogado de la defensa me había llamado como testigo y era mi obligación contar la verdad.

Las personas nunca son lo que parecen, eso lo sabía de sobra. Hasta mi hermano tenía dos caras. Me daba exactamente igual que un sector de la prensa me criticara, o que las redes sociales me acusaran de oportunista. Tenía la oportunidad de hacer lo correcto o complacer a los demás. E iba a hacer lo correcto.

Entonces me pregunté si fue lo que hice hace diez años. Si al guardar aquel secreto estaba protegiendo a mi familia o escogiendo el camino más sencillo. Suspiré. Nunca lo sabría y el remordimiento me acompañaría para siempre.

Contemplé estupefacta la invitación de papel verjurado repleta de filigranas. Era ostentosa, como la prometida. Y no tenía ni idea de por qué había llegado a mis manos. Estaba fuera de lugar que asistiese a aquel evento teniendo en cuenta mi escasa relación con los novios. Pero mi madre se había tenido que meter donde no la llamaban, como siempre.

Primero había llegado por mensajería la invitación, y se había armado un gran revuelo con el equipo de seguridad para comprobar que era un paquete seguro. Luego había sostenido en mis manos la tarjeta con una mueca

sardónica.

Nos complace invitarlos a la fiesta de compromiso del Señor Fernando Sandoval y la Señora Jessica Smith.

Sabía de sobra que aquello no había sido idea de Fernando. Teniendo en cuenta nuestro tórrido encuentro en el servicio, lo lógico era que intentara mantenerme alejada de su futura esposa. Yo no tenía la menor intención de contarle lo sucedido a aquella mujer, por cierto. Pero lo normal era mantener las distancias.

Entonces llamaron por teléfono y lo cogió mamá. La escuché parlotear desde la cocina. Al principio no presté atención a la conversación, hasta que me di cuenta de con quién estaba hablando y todas mis alarmas se activaron.

—¿Señorita Smith? No me suena... —una larga pausa—. ¡No me diga! Sí, por supuesto que me acuerdo de Fernando, ¡cómo iba a olvidarlo! En casa le tenemos mucho cariño. A él y a su padre. ¿Qué tal están? —silencio otra vez—. ¡Me emociona oír eso! ¡Cuánto me alegro por él! ¿A su fiesta de compromiso? Estaré encantada de asistir —otro largo silencio—. ¿Mia y Matt? ¿Qué Fernando se alegraría de verlos? Bueno, supongo que asistirán. Si es tan importante para él...

Corrí hacia mi madre y le hice gestos para que pusiera alguna excusa. Ella me miró extrañada y no pilló mis indirectas.

—Oh, pero si está aquí mi hija. Sí, pues claro que irá. ¿Quiere que se ponga? Un segundo, ahora mismo se la paso.

Mi madre me tendió el teléfono y yo la fulminé con la mirada.

—¿Jessica? —me temí.

—Hola, querida, ¿qué tal estás? Estaba charlando con tu madre, que es un encanto, por cierto. Me ha dicho que vendréis a nuestra fiesta de

compromiso. ¿Cuento con vosotros, no? A Fernando le encantaría que vuestra familia asistiera.

—Yo... verás... Jessica —busqué una salida elegante—. Tengo demasiados compromisos y no sé si podré asistir.

—¿Compromisos? Tengo entendido que estás encerrada en tu casa con un equipo de seguridad que vigila quién entra y quién sale. No quiero ser indiscreta, pero el mensajero me comentó que tuvo algunos problemillas para que aceptaran el paquete —Dios Santo, aquella mujer no era indiscreta, sino algo mucho peor—. Querida, sé que temes por tu seguridad, pero te prometo que nuestra casa es como un bunker. Tus guardaespaldas pueden venir antes para organizarlo todo y comprobar la seguridad. Por nosotros no hay ningún problema, nos encantaría colaborar para facilitarte las cosas. Sé que Fernando y tú fuisteis muy amigos. Al fin y al cabo, os criasteis juntos y estudiasteis en el mismo instituto. Alguien tan importante para él no podría perderse nuestra fiesta de compromiso.

Mierda, ¿y si sabía lo de nuestra relación? Parecía la clase de persona a la que le encantaba bucear en los secretos ajenos. O puede que Fernando se lo hubiera contado. De ser así, le daría a entender algo peor si no asistía a su puñetera fiesta.

—Yo... tengo que hablarlo con mi equipo de seguridad... no sé si...

—Oh, no te preocupes por eso. Acabo de ponerme en contacto con tu guardaespaldas. Un hombre sumamente profesional, por cierto. Dice que mientras que pueda visitar la casa unos días antes y disponerlo todo, por él no habrá ningún problema.

Maldito Logan, ¿quién se creía que era para tomar decisiones en mi nombre? Se iba a enterar.

—Ah, ¿en serio? Qué gran noticia.

Jessica no paró de charlar durante diez largos minutos en los que yo

tuve ganas de pegarme un tiro. Qué mujer tan superficial e insoportable. Pretendía que fuéramos grandes amigas, así, como quien no quiere la cosa. Que ella estaba muy preocupada por los niños desnutridos de África y que estaría encantada de ayudar a la causa. *Por cierto, tengo entendido que Mariah Carey cantó en una de tus galas benéficas... quizá podrías convencerla para que cantara en mi boda. ¿Qué tal si vamos este jueves a tomar café al club náutico? Las chicas se mueren porque les cuentas tu último viaje. Por cierto, ese Alexander McQueen que llevaste el otro día era una pasada...*

Cuando conseguí despedirme de ella, sentí más alivio que si acabara de quitarme unos tacones de quince centímetros después de una larga caminata. ¿Qué había visto Fernando en aquella mujer? Apenas la conocía y ya sabía de sobra que era una interesada. De no haber llevado el apellido Parker jamás me habría dirigido la palabra. Pero claro, ahora le resultaba muy útil a las petardas como ella. Llevaba meses apareciendo en las revistas y dejarse ver conmigo aumentaría su popularidad. Uf, estaba harta de la gente que se acercaba a mí por interés.

Logan. La culpa la tenía él.

Lo busqué por toda la casa para cantarle las cuarenta. Se jactaba de ser un profesional y mantener las distancias, pero había tomado sin consultarme una decisión que me afectaba. Estaba furiosa. Por cómo me había tratado, porque Fernando se casara con una mujer odiosa, porque hubiera estado a punto de besarlo en el servicio, por Kevin Woods, John y aquel secreto que me impedía pasar página. Y caminé decidida hacia él cuando lo vi charlando con alguien de su equipo.

—Señor Prexton —lo llamé.

Logan le dijo algo a Andrew, que nos dejó a solas. Luego se volvió hacia mí. Me sacaba tres cabezas, era corpulento y tenía un aire circunspecto

que te obligaba a respetarlo. Pero a mí no me amedrentaba.

—Buenas tardes, Señorita Parker. ¿Qué se le ofrece?

—Se me ofrece que deje de meter sus narices en mis asuntos —le espeté.

Sus ojos se abrieron un poco, pero se contuvo.

—Disculpe, creo que me he perdido. ¿De qué está hablando?

—Vamos hombre, ¡no se haga el tonto! —me quejé exasperada—. Mucho mandarme a abrazar a mi madre, como si yo tuviese la lepra, pero para tomar decisiones sin mi consentimiento no le importa cruzar la línea.

Los ojos de Logan echaron chispas y no pudo disimular su irritación. Mejor, porque estaba harta de aquella frialdad bajo la que enmascaraba todo lo que sentía.

—Es evidente que está molesta conmigo por lo que sucedió entre nosotros. Me reitero en lo que dije, aunque tal vez debería haberlo expresado con más tacto.

Que me lo recordara como si nada me tocó la moral. Me lo estaba restregando con la elegancia que no había tenido antes, ¡aquello era el colmo!

—El tacto se lo mete usted por donde le quepa. Y la próxima vez que acepte una invitación en mi nombre, sepa que está despedido. Que me salvara la vida una vez no le da derecho a tomarse tantas licencias.

Logan apretó la mandíbula y me fulminó con la mirada. No me dejé impresionar, a pesar de que sus ojos grises destilaban rabia y estaba tan tenso que la vena de su cuello sobresalía peligrosamente.

—Lo mínimo que puede hacer cuando acusa a alguien es tener pruebas, pero qué puedo esperar de usted. No es la primera vez que me juzga sin ofrecerme el beneficio de la duda —me dedicó una mirada cargada de desdén antes de darme la espalda—. Descuide, voy a llegar al fondo de este asunto. Ya tendremos tiempo de que me diga a la cara todo lo que piensa de mí,

Señorita Parker.

Me dejó con la palabra en la boca y cara de póker. Fui a replicar algo, pero tuve la sensación de que había vuelto a equivocarme con él. Genial, lo que faltaba. Otro punto más para que Logan se creyera con el derecho a tratarme como una niña.

No había sido Logan, sino uno de sus hombres. Al parecer, Jessica había estado acosando a Andrew durante la fiesta para sonsacarle información. Y Andrew, probablemente embaucado por el atractivo de la pelirroja, había cantado como un pajarito. Logan me lo estaba explicando con una crispación que no me pasaba desapercibida.

—He despedido a Andrew.

—Tampoco hacía falta que lo despidiera. Habría bastado con una amonestación y la promesa de que eso no volvería a suceder.

—Cuando uno de mis hombres traiciona mi confianza, no le concedo una segunda oportunidad. Sobre todo, cuando uno de sus errores puede perjudicar a la persona que estamos protegiendo. La discreción es una condición inquebrantable en mi trabajo.

En el fondo tenía razón, así que no pude objetar nada. Tampoco era nadie para decirle que no despidiera a uno de sus empleados si él lo consideraba oportuno.

—Le pido disculpas por el comportamiento de mi subordinado.

—No ha sido culpa suya... —me sorprendí diciendo. Pero era la pura verdad. Lo había juzgado a la ligera porque estaba cabreada con él. Logan podía ser un tipo serio, pero por ahora no me había fallado como guardaespaldas.

—Por supuesto que lo es —determinó tajante—. Yo respondo por mis

hombres. Si alguno comete un error, es mi culpa no haberlo previsto.

—No tiene importancia, se lo repito.

Estuve tentada a disculparme por cómo lo había tratado, pero el orgullo me lo impidió. Me sentía demasiado humillada por sus palabras como para dar el primer paso. Él me miró fijamente, como si esperara algo de mí.

—Le dije que después de llegar al fondo del asunto, podría decirme a la cara todo lo que piensa de mí. Adelante, la escucho.

No era un hombre que se andaba por las ramas.

—Señor Prexton, dejémoslo para otro día. Ahora mismo me siento tan enfadada que diría cosas de las que luego me arrepentiría.

—Ya sé que le molestó que reaccionara de una forma tan desabrida. Puede que mis formas no fueran las correctas, pero...

—Mantiene lo que dijo. Sí, ya lo sé. Me lo dijo antes —respondí irritada. Me acerqué a él, que estaba apoyado con despreocupación en la mesa del porche. Allí recostado quedábamos a la par, así que aproveché nuestra igualdad para mirarlo a la cara. Recorrí sus facciones duras y la cicatriz de su ceja. Él me devolvió la mirada con expresión desafiante. Era un hueso duro de roer—. Señor Prexton, ya sé que no le caigo bien.

Abrió la boca para decir algo, pero yo puse una mano en alto.

—Ni se moleste en tratar de fingir lo contrario.

—Iba a decir que tiene usted razón —respondió con tranquilidad.

Argh, qué tipo tan...

—Sí, bueno... ¿lo ve? Yo hago todo lo que está en mi mano para que nos llevemos bien. Pero usted es... un tipo tan complicado como yo, ¿vale? —enarcó una ceja, quizá porque no estaba de acuerdo con mi comparación. Pero yo iba a probar mi teoría—. Sí, soy obstinada y me encanta llevar la razón. Pero usted también es terco, y estoy convencida de que ya se forjó una opinión sobre mí mucho antes de conocerme. Me culpa a mí de no concederle el

beneficio de la duda, ¿pero acaso me concede usted alguna oportunidad?

Con los brazos cruzados sobre el pecho y un aspecto feroz, Logan Prexton me miró sin decir nada. No tenía ni idea de lo que estaba pensando, pero tampoco me importó.

—Sí, quizá lo de abrazarlo estuvo fuera de lugar. Pero sabe de sobra que me encontraba con el ánimo por los suelos y que me salió de dentro. Estaba agradecida con usted y muy aliviada porque me tranquiliza que sea mi guardaespaldas. No es como si tuviera que ir escondiéndose de mí porque tema que vaya a saltar a sus brazos, eso lo sabemos los dos. Lo mío fue humano, lo suyo no. Pero descuide, no se repetirá. Si tanto le molesta todo lo que represento, le aseguro que de ahora en adelante nuestra relación se limitará a lo estrictamente profesional. Eso es todo lo que tengo que decirle.

—Me parece bien.

Mis palabras no le habían afectado lo más mínimo. Era como hablar con una roca. Traté de no mostrar mi decepción y me eché hacia atrás cuando él se puso de pie. Me sentí como una pulga delante de aquel hombre tan intimidante e inexpresivo.

—Si no requiere nada más, tengo trabajo que hacer —dijo, y comenzó a alejarse de mí.

27. Logan

Hacía días que no podía pegar ojo. Soñaba con April, y a veces incluso con Keira. En lo felices que habíamos sido los tres antes de que todo se fuera a la mierda. Nunca fui un hombre de grandes ambiciones. Me gustaba mi trabajo, llegar a casa y encontrarme con las dos mujeres de mi vida. En eso se resumía mi felicidad.

Tampoco era de los que se lamentaban cuando ya era demasiado tarde. Me sentía afortunado y siempre daba gracias por ello. Es increíble como la vida podía dar un vuelco de un día para otro. Y luego lo perdías todo: tu trabajo, tu familia, tu dignidad... hasta convertirte en alguien que tachaba con orgullo los días que llevaba sin beber.

Casi un año sin probar una gota de alcohol. Cuatro años desde que mi vida se hizo pedazos. Un matrimonio roto por mi culpa.

Y Mia Parker tocándome los cojones. Me hacía gracia que una chiquilla que lo tenía todo intentara darme lecciones. Ella había nacido en un entorno privilegiado y jugaba a salvar el mundo. Era rica, joven y con una legión de pretendientes besando por donde pisaba. Sí, tenía un hermano en la cárcel que se merecía podrirse allí de por vida, pero al que el dinero sacaría pronto de allí. No tenía ni idea de lo que era sufrir. De recomponer los pedazos de tu vida, intentar unirlos y saber que ya nunca volverías a ser el

mismo. No sabía nada.

Me traía sin cuidado que me tildara de duro o creyese que no tenía sentimientos. Que me juzgara como un cretino que se formaba opiniones a la ligera —algo en lo que ella era una experta, por cierto—, o que entornara los ojos cada vez que le respondía con frialdad. Todos no podíamos ir repartiendo abrazos por el mundo y sonriendo como idiotas. Eso se lo dejaba a ella, que había nacido para ser el centro de atención.

Me recosté en una de las butacas del porche y admiré el cielo cuajado de estrellas. Ya era demasiado viejo para pedirle un deseo a una, pero a veces me sorprendía a mí mismo cerrando los ojos con fuerza y rogando algo que en el fondo sabía que no tenía solución. Cuando los abrí, Mia estaba de espaldas a mí y contemplaba el horizonte. No me vio. Vestía un fino camisón de seda que insinuaba cada una de sus curvas. Sentí la boca seca y traté de apartar la mirada de aquella condenada mujer. Se volvió de repente y ahogó un grito al verme. Luego se llevó una mano a la boca y suspiró aliviada al ver que era yo.

—No lo había visto.

—No quería asustarla. Parecía concentrada.

—Tan concentrada que no he visto a un hombre que mide casi dos metros.

Ese era yo, y tenía la sensación de que mi apariencia la desagradaba. Como si fuese demasiado grande y hosco en comparación con la mayoría de

hombres trajeados que la cortejaban. El pensamiento me llenó de una rabia que me desconcertó. Me daba igual lo que pensara de mí. Me traía sin cuidado no resultarle atractivo.

—¿No puede dormir? —le pregunté, al ver que seguía allí parada como un pasmarote.

—Pues no.

Noté que miraba con indecisión la butaca que había a mi lado. No necesitaba mi permiso para sentarse, estaba en su casa. ¿O es que me tenía miedo? No, no era miedo. No era de las que se amedrentaban con facilidad. Puede que le resultase incómodo sentarse al lado del bruto de su guardaespaldas.

—¿Quiere que me vaya? —le pregunté. De nuevo, aquel tono huraño que maldije para mis adentros.

Ella enarcó las cejas.

—No, Señor Prexton. Está usted en su casa, no tiene por qué irse a ningún lado.

Era educada por naturaleza, eso lo sabía de sobra. Todos los modales que me faltaban a mí los tenía ella. Excepto cuando perdía los nervios y se comportaba como una fierecilla.

Fue hacia la butaca y se dejó caer como si pesara una tonelada. El camisón se le subió hasta los muslos y le miré las piernas sin poder evitarlo.

Sus piernas eran morenas e infinitas. Me imaginé como sería perderme entre sus muslos y mi polla respondió con un espasmo. Joder, necesitaba urgentemente echar un polvo.

—De pequeña me daba miedo la oscuridad, pero hay que reconocer que las cosas más bellas solo se ven cuando está todo oscuro —señaló las estrellas con una sonrisa enigmática—. Como el cielo que tenemos ahora sobre nuestras cabezas. Como las personas que he conocido gracias a mi trabajo. Es increíble que quienes menos tienen son los que más aprecian la vida. Han aprendido a necesitar menos para ser más felices. Yo los admiro.

—No estoy de acuerdo.

Me gané una mirada curiosa por su parte. No sé por qué tuve que responderle, pues le estaba dando pie a una conversación. Probablemente ella hablaría hasta con las piedras. Lo que sí sabía era que cuando todo estaba oscuro era muy difícil ver la luz. Había que ser demasiado optimista para ver la vida como ella la estaba pintando.

—Esas personas a las que usted ayuda se consuelan con su realidad porque es lo que tienen. Pero la pobreza, la muerte y las injusticias no tienen nada de bello. Aceptan su vida porque quejarse aumenta su sufrimiento. En la oscuridad no hay belleza.

—Eso es porque usted lo mira todo con ojos demasiado críticos. He estado en lugares donde la gente se muere de hambre, y aun así comparten su

comida contigo. La bondad es bella. La sonrisa de un niño en mitad del desierto... que te acojan en su casa como si fueses de su familia...

—No vamos a ponernos de acuerdo en eso —la corté exasperado—. Usted mira la vida de una forma, y yo de otra.

—En realidad yo miro la vida más o menos como usted, pero envidio a los que son capaces de ser felices con lo que tienen. Creo que deberíamos aprender mucho de ellos.

—Si te pasan cosas malas, odias todo lo que te rodea. Pero me sorprende que usted, y permítame el atrevimiento, me diga que nos parecemos en algo. Su mundo y el mío son muy distintos.

—Eso no lo dudo —concedió con amargura.

Se abrazó a sí misma y noté que tenía la piel de gallina.

—Parece que es alguien que ha sufrido mucho —musitó, y me irritó que supiera leerme tan bien a pesar de todas las capas con las que yo me vestía para enfrentarme al mundo—. Ojalá que algún día encuentre la paz que necesita para dejar de fruncir el ceño.

Me di cuenta de que arrugaba la frente y detesté con toda mi alma a Mia Parker.

—Usted no tiene ni idea...

—No, no la tengo — me interrumpió con suavidad—. A veces me pongo a desvariar, será la falta de sueño. No me lo tenga en cuenta.

Me levanté como un resorte. Ya le había dejado bastante claro que no íbamos a ser amigos, e incluso ella se había mostrado tajante al respecto. Pero se colaba en mi mente con una facilidad que me asustaba.

—¿Ya se va a dormir? Qué tenga una buena noche. Me da que a mí me va a costar conciliar el sueño — me dijo.

—¿Tiene frío?

—Sí, tendría que haber cogido una manta. Ya empieza a refrescar.

No sé por qué lo hice, pero me quité la chaqueta y fui a cubrirla. Mia me miró desconcertada y yo me quedé a medio camino, sintiéndome como un imbécil. Inclinado sobre ella, que me miraba con los ojos muy abiertos. Era una jodida belleza que de cerca te eclipsaba. Ninguno de los dos se esperaba aquel amago de intimidad. Su olor era delicioso y me perdí en sus ojos castaños repletos de motitas doradas. En aquella boca carnosa y entreabierta que me tentaba demasiado. Ya no podía retroceder, porque aquello habría sido todavía más violento. Así que le eché la chaqueta por encima y le rocé los hombros. Ella se estremeció. Su piel era suave y estaba helada. Me costaría olvidar lo que había sentido al tocarla. Me aparté con brusquedad porque me dolía tenerla tan cerca.

—Muchas gracias —me sonrió con timidez y se arrebujó bajo la chaqueta.

Era muy pequeña en comparación conmigo, así que casi la tapaba por

completo.

—No es nada. Le queda mejor que a mí.

¿Qué le quedaba mejor que a mí? Joder, me estaba luciendo. Ella no dijo nada, pero noté que su sonrisa se ensanchaba.

—Hasta mañana, Mia. Espero que consiga descansar.

Me largué de allí antes de que pudiera volver a cagarla.

28. Fernando

No me entendía ni yo. A veces llegaba a la conclusión de que era un cabrón al que le importaban muy poco los demás. O era eso, o debía buscar otra explicación para haber invitado a cenar a Sarah. Porque no tenía ningún sentido. Una cosa era cruzarme toda la puta ciudad para encontrar su marca de chocolate preferido con tal de aplacarla, y otra muy distinta pedirle una cita. Lo del chocolate me había autoconvencido de que era una burda treta para que dejara de estar enfadada. Pero tuve que reconocer que aquella sonrisa no tuvo precio.

O puede que la idea de perderla me diera pánico. Me decía a mí mismo que Sarah me era demasiado útil como para dejarla marchar. Y sí, admiraba lo bien que se le daba facilitarme la vida, para qué engañarme. Sarah siempre tenía una solución para mis problemas. Pero había algo más de lo que no había sido consciente hasta ese preciso instante: Sarah era de las pocas personas en mi vida a las que apreciaba de verdad. No solo confiaba en ella, sino que también le había cogido cariño. Sí, puede que me hiciera la vida más fácil, pero temía llegar un día a mi despacho y no encontrarla allí. Porque la echaría de menos.

Ella no lo sabía, pero la observaba cuando no se daba cuenta. Se creía que me conocía muy bien, pero lo nuestro era recíproco. Sus manías me resultaban familiares y adorables. Me había acostumbrado a verla comer chocolate a escondidas, teclear en su ordenador con el ceño fruncido y mordisquearse la uña del dedo pulgar cuando no encontraba la solución a algo.

Y joder, me había tocado la moral que me observara con recelo. Estaba habituado a su admiración, así que la decepción que noté en ella era algo para lo que no estaba preparado. Por qué no admitirlo si no me oía nadie: me importaba lo que mi secretaria pensara de mí. Ya está, ya lo había dicho.

Ahora podía fingir lo contrario y regresar a mi vida como si nada.

John Parker ya me estaba esperando, pero todavía no me atrevía a abrir la puerta. Llevaba diez años sin verlo, y recordaba que nunca le había causado demasiada simpatía. A diferencia de Matt, él no veía con buenos ojos que su hermana pequeña se relacionara con el hijo del jardinero. Presentarme ante él era saborear una victoria que me merecía.

¿Qué pensaría Mia de aquello? Sé que lo sucedido con John la había tenido hundida durante una temporada. Suponía que ya era agua pasada y que tal vez quería que su hermano saliera de la cárcel. En ese caso, me estaría agradecida. O cabía la posibilidad de que siguiera culpándolo por haber intentado asesinar a Matt y su cuñada. Torcí una sonrisa. Las rencillas familiares son como el cuñado pesado de turno, nunca se superan aunque uno lo intente. De todos modos, yo no le debía nada a Mia. Se había largado hacía diez años y ya no sentía nada por ella, a excepción de un profundo rencor. Mi polla tenía otros planes, pero siempre podía tenerla metida en el pantalón. Mientras que no volviéramos a vernos...

Cuando abrí la puerta, me encontré a un hombre más delgado y viejo. Seguía teniendo aquel aire orgulloso y me observaba con una sonrisa sardónica.

—Adelante, Fernando —dijo, como si las órdenes todavía las diera él—. Nunca imaginé que las cosas se dieran así.

—¿Qué tú estuvieras en la cárcel y yo me convirtiera en abogado?

—Lo de la cárcel se veía venir —me evaluó con la mirada y torció el gesto—. Lo tuyo no.

—No he venido hasta aquí para que me insultes. Ya no trabajo para tu familia.

Él puso las manos en alto, fingiendo una disculpa que no sentía.

—Vamos, Fernando... ¿o prefieres que te llame Señor Sandoval? No te

pongas a la defensiva. Creí que ya habrías madurado lo suficiente como para que no te importara la opinión de un presidiario. Sí, te traté mal cuando trabajabas para mi familia. Los ricos somos así. Necesitamos hacer distinciones para que los que son como tú no aspiren a más. ¿Y Mia? ¿Os seguís viendo?

Lo fulminé con la mirada. No había ido hasta allí para hablar de su hermana, y lo que nosotros tuviéramos no era asunto suyo. Nunca lo había sido.

—No es asunto tuyo —le esperé, colocando el maletín sobre la mesa—. ¿Vas a hacerme perder el tiempo? Porque en el fondo, sé que estás tan desesperado por salir de aquí que has decidido acudir a mí.

La sonrisa de John se esfumó. Ahora era mío.

Cuando entré en mi casa, Jessica me estaba esperando en el sofá con expresión angustiada. Se levantó en cuanto me vio y corrió hacia mí con los brazos extendidos. Se me cayó el maletín al suelo y traté de tranquilizarla mientras ella lloraba como una magdalena.

—Cariño, menos mal que estás aquí. No sabía que hacer... ha sido todo tan...

Se tapó el rostro con las manos y volvió a estallar.

—Jess, ¿qué pasa? Vamos, tranquilízate. Ya estoy aquí. Eh...

Nunca la había visto así, por lo que debía haber pasado algo grave. Ella enterró la cabeza en mi pecho y comenzó a temblar, así que la abracé.

—Tu padre...

La cogí de los hombros y la aparté de mí.

—¿Qué le ha pasado a mi padre? —la zarandeé cuando ella no me respondió—. Jessica, ¿dónde está?

—Está bien. El médico lo está inspeccionando y le ha dado un

tranquilizante. Dios mío, ha sido horrible. María estaba limpiando su habitación cuando se dio cuenta de que había manchado las sábanas. Ya sabes que ella es muy discreta y que jamás lo pondría en evidencia, así que no le dijo nada. Estaba cambiándole las sábanas cuando él se puso hecho una furia. Dijo que ella era una mentirosa, que seguro que se le había derramado un vaso de agua... —el rostro de Jessica se contrajo en una mueca apesadumbrada y bajó la voz—. Intentó pegarle. Cuando escuché los gritos, fui corriendo y tuve que intervenir. Ninguna de las dos fue capaz de calmarlo y tuvimos que llamar a un médico. Lo siento mucho, cariño.

La miré consternado. Eso no tenía ningún sentido. Conocía a mi padre y jamás le pondría la mano encima a nadie.

—Mi padre no es una persona violenta —lo defendí airado.

Jessica se apartó dolida y sus ojos se anegaron de lágrimas.

—¿Crees que te estoy mintiendo? ¡Por quién me tomas! —me chilló—. Ya sé que las cosas entre nosotros no han ido muy bien últimamente, pero yo no soy... yo jamás...

Me arrepentí de inmediato. No estaba interpretando ningún papel. Puede que Jessica fuese un poco frívola y ambiciosa, pero tampoco podía juzgarla con esa dureza. De repente me sentí como una mierda. Mi futura mujer estaba llorando a mares y yo era incapaz de consolarla. ¿En qué clase de persona me convertía aquello?

—Jessica...

—Si no me crees, ve a hablar con María. Seguro que su palabra te merece más respeto que la mía —replicó indignada—. La pobre está muerta de miedo. Las dos nos hemos llevado un buen susto.

—Oye, eso no es...

Cuando el médico bajó las escaleras, me acerqué a él para preguntarle qué tal estaba mi padre. Me contó que ahora se encontraba estable, pero que

había tenido que administrarle un calmante porque sufría una crisis nerviosa.

—Todavía es pronto para darle un diagnóstico. Puede que se trate de un hecho aislado o de demencia senil. Sería conveniente que lo trajesen a la consulta cuando antes para hacerle unas pruebas.

—Por supuesto, doctor —intervino Jessica—. Gracias por haber llegado tan pronto. Lo acompaño a la puerta.

María también secundó la versión de Jessica. Estaba atemorizada y decía que mi padre había intentado golpearla. Me quedé tan desecho que fui a verlo, pero él ya dormía plácidamente gracias al calmante que le habían administrado. Me costó vislumbrar al hombre violento y me sentí como una mierda. Quizá era culpa mía por no estar atento a sus achaques. Mi padre era una persona mayor, ¿cuándo fue la última vez que lo había llevado al médico? En los últimos años había envejecido bastante, pero yo ni siquiera me había fijado. Y a veces tenía algún que otro despiste, algo a lo que yo restaba importancia. ¿Y si la culpa era mía, por no haber estado lo suficiente pendiente? Mis años en Yale, en Carolina del Norte, mis escasas visitas por culpa del trabajo... era un mal hijo.

Me arrastré hacia el dormitorio. Jessica se estaba desvistiendo y a mí ni siquiera se me puso dura. También era un mal novio, y un futuro marido de mierda. ¿Qué clase de hombre coqueteaba con su secretaria e intentaba besar a un amor del pasado? Caminé hacia ella y la rodeé con mis brazos. Ella no se apartó.

—Lo siento mucho —me disculpé apesadumbrado—. Siento haber dudado de ti.

—Siempre estaré a tu lado —dijo, antes de besarme.

Pero no sentí nada, a pesar de que intenté concentrarme. Pese a que Jessica era atractiva y cualquier otro hombre habría envidado mi suerte. Porque cuando la besé, imaginé otro rostro y supe que estaba perdido.

29. Mia

Me desperté envuelta en la chaqueta de Logan. Me había quedado dormida en la cama con ella puesta. Olía a él. Mi guardaespaldas podía ser un bruto, pero siempre olía de maravilla. Me di cuenta de lo fuera de lugar que estaba dormir abrazada a su ropa y me la quité de encima. Tan fuera de lugar como el haberse quitado la chaqueta para taparme. No entendía nada. Logan se empeñaba en mantener las distancias, pero a veces...

No era para nada mi tipo. Era enorme, intimidante y tenía los modales de un cactus. Pero también sabía mostrarse amable, protector y con una delicadeza como la de anoche que, para qué engañarme, me había abrumado. Tenía la sensación de que era un hombre que había sufrido muchísimo, y que bajo aquella armadura se escondía un gran corazón. Y era aquel contraste el que me desconcertaba. Porque Logan Prexton era la clase de persona que te salvaba la vida y luego te mandaba a abrazar a tu madre.

Sí, me tenía hecha un lío. Me recordaba a cómo me sentía cuando tenía dieciocho años y Fernando pasaba de mí. A la rabia y la pasión que combatían para ganar la partida. Eché de menos ser amada y querer sin medidas. Al chico joven que estaba lleno de sueños y que bebía los vientos por mí. Nuestra historia había sido preciosa porque él fue mi primer amor. Y ahora... ahora había vuelto a verlo y no sabía ni lo que sentía. Fernando me odiaba y yo todavía buscaba en él algo que me recordara a la chica de dieciocho años que había sido feliz a su lado.

Cerré los ojos y recordé uno de nuestros muchos momentos. Estábamos en su casa, la construcción que había detrás del invernadero. Yo era la inexperta y él estaba teniendo una paciencia infinita conmigo. Me moría de ganas de hacer el amor con él, pero me asustaba no saber qué hacer.

—Sabes a tarta —me susurró después de besarme.

—Ve despacio —le pedí.

Él tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse, pero dejó las manos quietas y me miró a los ojos. Así era Fernando, un chaval demasiado noble para su edad. Quizá había sido eso lo que me había enamorado de él. Era tan distinto a los chicos con los que me relacionaba. A mi exnovio, el estúpido quarterback que solo quería meterme mano...

—Si hago algo que no te guste me lo dices. Puedo parar cuando tú quieras.

Asentí nerviosa.

Me besó el cuello y luego fue deslizándose la boca por mi garganta. Me acarició la espalda y me pegué a él de manera inconsciente. Nunca me habían tocado de aquella manera tan íntima y me gustaba muchísimo. Hasta que noté el bulto que me apretaba el vientre y me quedé paralizada.

—¿Qué es eso? —pregunté con un hilo de voz.

Fernando se quedó tan cortado que dejó de tocarme.

—Pues... es lo que pasa cuando me gusta como me tocas.

¡Ya sabía lo que era! Pero me puse colorada como un tomate y lo fulminé con la mirada.

—¡Ya sé que es una erección! No soy idiota.

—Bueno, pero has preguntado... —murmuró perplejo, sin saber cómo acertar.

Hice el amago de levantarme, pero él me agarró por la cintura.

—Oye... haremos las cosas a tu manera, te lo prometo. Jamás haría algo que te hiciera sentir incómoda, de verdad. Si quieres que nos besemos, nos besamos. Si quieres ir un paso más allá, puedo seguir hasta donde tú me digas. Lo último que quiero es que me tengas miedo.

Esquivé su mirada. Qué vergüenza. Seguro que pensaba que era una

pardilla.

—No te tengo miedo, solo estoy algo nerviosa.

—Eso es normal —dijo con suavidad.

—Pero tú tienes más experiencia que yo. Me siento algo tonta cuando... —hice un gesto con las manos porque fui incapaz de acabar la frase.

Pero Fernando me entendió. Cogió mi rostro y me obligó a mirarlo. Me miraba con una ternura infinita. Y sí, puede que ese fuera el momento preciso en el que comprendí que me había enamorado de él.

—¿Y qué? Me siento como un crío cuando me besas. Si crees que para mí eres una más, te juro que te equivocas. Llevas tantos años volviéndome loco que no sé... no sé por dónde empezar. Para mí también es difícil.

Deseché aquel recuerdo. Qué poco tenía que ver aquel joven con el hombre que me había encontrado en el servicio. Uno era cariñoso y delicado, y el otro, por mucho que me sintiera atraída por él, no tenía nada que ver con el primero.

Iría a su fiesta de compromiso. Y no por una cuestión masoquista, sino porque haciéndolo me obligaba a pasar página. Cuando mirase a Fernando a los ojos y no reconociera en él al hombre del que me había enamorado, todo se habría acabado. Había sido bonito mientras duró, ¿y qué? La gente cambiaba, yo lo había hecho. Cuanto antes lo asimilara mucho mejor para los dos. Así él reharía su vida con su futura mujer y yo seguiría con la mía, sin dejarme arrastrar por un recuerdo que no me hacía ningún bien.

Era la noche de Jessica Smith, eso no era discutible. Aquella mujer pelirroja estaba deslumbrante y entendí por qué Fernando iba a casarse con

ella. Yo me había decantado por un sencillo vestido negro que me llegaba hasta las rodillas. Me había dejado el pelo suelto y no llevaba joyas. De repente me sentí fuera de lugar entre tanto vestido largo y deseé con todas mis fuerzas escapar de allí. ¿Qué pintaba yo en aquella fiesta de compromiso? ¿Qué más me daba lo que pensara la tal Jessica? ¿Es que nunca aprendía? Puede que en el fondo fuese igual que todos aquellos a los que criticaba. Que me encantara sentirme especial con mi estilo de vida, pero no estuviera preparada para admitir las críticas.

—¿Mia? —una voz conocida me saludó por detrás—. Estás igual de guapa que siempre. Jovencita, cuánto me alegro de verte.

Era el padre de Fernando. En cuanto lo vi, me eché a sus brazos y lo estreché con fuerza.

—Señor Sandoval, cuánto tiempo sin verlo. ¿Qué tal está?

—Un poco más viejo que tú —me guiñó un ojo. Tuve la sensación de que estaba algo triste—. No sabía qué venías a la fiesta de compromiso de mi hijo. ¿Seguís siendo buenos amigos?

—Hace mucho que no nos vemos, pero coincidimos el otro día en la fiesta anual de la empresa de mi hermano. Jessica invitó a toda la familia, y no queríamos perdérselo.

Noté que torcía el gesto al escuchar el nombre de su futura nuera.

—No sé dónde estarán mi madre, Matt y Harley, pero seguro que se alegrarán mucho de verte. Se habrán perdido en esta casa tan grande —bromeé, y él me devolvió la sonrisa—. Nos dio pena que te marcharas. Ojalá hubiera estado allí para despedirme de ti, pero ahora somos vecinos. Y me alegro mucho por vosotros. De ver lo bien que le van las cosas a tu hijo. Se ha esforzado mucho y se lo merece.

—Sí, así es. Pese a todo.

—¿Pese a todo? —pregunté sin entender.

Él se arrepintió de inmediato.

—No me eches cuenta. Todos los días no es la fiesta de compromiso de tu hijo. Echaba de menos una cara conocida entre tanto rico al que no conozco.

Lo entendí a la perfección. Debía sentirse fuera de lugar rodeado de gente desconocida que, en otra ocasión, jamás se habría dignado a dirigirle la palabra.

—Es curioso cómo cambia la vida... —murmuró, estudiándome con ternura—. Hubo un tiempo en el que creí que, cuando Fernando se graduara y tú te establecieras en Golden Pont, volveríais a estar juntos.

—Supongo... que la vida da muchas vueltas, como usted dice —respondí con educación.

—Sí, así es. Y las apariencias engañan, Mia. El tiempo nos hace más viejos, pero lo que fuimos siempre nos acompaña. Solo se trata de encontrar tu camino entre tanto atajo.

Lo miré sin entender, y él fue a añadir algo. Pero entonces lo interrumpió un hombre que se acercó a él.

—Te estaba buscando, papá. Jessica va a dar un discurso y quiere que... —la voz de Fernando se detuvo en cuanto me vio. Parecía muy sorprendido, como si no tuviera ni idea de que yo estaba haciendo allí—. Hola, Mia.

Dos palabras, una manera muy elegante de enviarme al infierno. Le ofrecí una sonrisa glacial. No estaba allí por gusto, sino por culpa de la entrometida de su prometida.

—Hola, Fernando. Os dejo solos, que veo que os reclaman.

—En realidad, me gustaría hablar contigo de algo. Ahora vuelvo, papá —me agarró de la muñeca antes de que pudiera escaquearme y comenzó a arrastrarme hacia la cocina.

Intenté zafarme, pero me sujetaba con fuerza y no quería llamar la atención.

—Suéltame —gruñí en voz baja—. ¿No tuviste suficiente con lo de la última vez?

—No hasta que hablemos —determinó con voz dura.

Estaba alterado y me hacía daño. Cruzamos la cocina ante la atenta mirada de los empleados y salimos por otra puerta. Me di cuenta de que me arrastraba hacia uno de los baños de la primera planta e intenté frenar.

—¿Tú y yo en un baño? No, gracias. Ya tuve suficiente de eso.

Ignoró lo que le dije y me empujó dentro. Cerró la puerta y acto seguido me fulminó con la mirada.

—¿Qué coño haces aquí?

La violencia de sus palabras me echó hacia atrás.

—¿Disculpa?

—¿Has venido a ponerme en evidencia delante de Jessica? —me recriminó, como si la culpa fuese solo mía.

—Para eso no me necesitas, ya te bastas tú solo.

—¿Entonces qué haces aquí? —el recelo de su voz seguía allí.

Ladeé la cabeza y entrecerró los ojos, entendiendo por donde iba. ¿Me estaba tomando por una amante despechada?

—Un segundo —la voz me tembló de impotencia—. ¿Qué estás queriendo decir? ¿Insinúas que he venido hasta aquí para irme de la lengua con tu mujer?

—No lo sé, dímelo tú. Te encanta llamar la atención, Mia.

Apreté los puños. Sabía dar golpes bajos. Allí estaba otra vez, recordándome el pasado para hacerme daño.

—Eres un cretino —le escupí a la cara, cada vez más furiosa—. Fue tu prometida quien le sonsacó información a uno de mis guardaespaldas, mandó

un mensajero a mi casa y luego me llamó por teléfono prácticamente poniéndome en un compromiso para que viniera.

Al principio se quedó de piedra, pero luego se limitó a reírse con ironía. Estaba vestido y peinado para la ocasión, pero no fue su apariencia lo que me dejó estupefacta, sino su actitud. Su fachada arrogante, la mirada fría, la sonrisa presuntuosa...

—Sí, seguro que te puso una pistola en la cabeza para obligarte a venir.

—Intuyo que estás muerto de miedo ante la idea de que te arruine el chiringuito. Pero tranquilo, no he venido a montar ninguna escena. No voy a contarle a Jessica que estuviste a punto de besarme en la fiesta.

—Te montas tus propias películas. No iba a besarte, sino a pedirte una explicación. Y según recuerdo, tampoco me lo pusiste muy difícil cuando te puse las manos encima. Venga ya, pero si lo estabas deseando.

Inspiré con fuerza. Se estaba pasando tres pueblos. ¿Quién era el hombre que tenía delante? ¿Dónde estaba el chico amable del que me enamoré?

—Eres... eres...

—¿Qué soy? —exigió saber con chulería.

—No lo sé, pero ya me voy haciendo una idea. Ojalá me creyera que te vas a casar con esa mujer porque estás perdidamente enamorado de ella. Desgraciadamente, estoy llegando a la conclusión de que eres un oportunista. Me das pena.

Su expresión se oscureció. Ajá, había dado en el clavo. Fernando me lanzó una mirada repleta de odio.

—Cuidado con lo que dices.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer?

Dio un paso hacia atrás. De repente se sentía confundido y puso las

manos en alto.

—Nada, joder. No sé quién te crees que soy, pero me conoces lo suficiente para saber que yo nunca... jamás... te tocaría si tú no...

Y allí estaba, el chico del que me enamoré hace diez años. Lo veía en sus profundos ojos castaños y en la forma tan familiar en la que se destrozaba el peinado.

—Fernando, vamos a dejar de hacernos daño. Por favor —musité apesadumbrada—. Lo nuestro ya pasó. Ahora tú tienes tu vida. Una que era la que querías, y que parece estar muy bien.

—No, no pasó. Te alejaste tú y no me diste ninguna opción. Yo te quería —me recriminó, con la voz rota por el dolor.

—Yo también te quería —mi voz sonó apagada.

Quería. Pasado. ¿O tal vez no?

—¿Y qué demonios nos pasó? —se acercó a mí y no se lo impedí. Luego extendió una mano y me acarició la mejilla como hacía cuando éramos dos adolescentes—. No puedes decir que lo nuestro ya pasó y quedarte tan tranquila. Porque en el fondo, sabes que aún tenemos una cuenta pendiente.

Me atrajo hacia él e intentó besarme, pero aparté la cara. Sus dedos me quemaban la piel y estaba algo mareada. Quizá por las dos copas de champan, o puede que por tenerlo tan cerca después de tanto tiempo.

—Para... esto no está bien —le pedí con voz débil.

No me hizo caso. Bajó una mano hasta mi cintura y con la otra me cogió de la nuca. Nuestras bocas se rozaron y yo entrecerré los ojos.

—Pero lo estás deseando.

—No podemos... —me tembló la voz.

—¿Por qué no? ¿Por qué me voy a casar con una mujer a la que no amo y tú le haces ojitos a tu guardaespaldas?

Le di un empujón y lo fulminé con la mirada. No tenía derecho a hablar

de él.

—He visto cómo lo miras, ni te esfuerces en negarlo. Era como me mirabas a mí hace diez años. Aunque dudo que él te haga sentir lo mismo que yo cuando te beso.

Me besó con dureza antes de que pudiera reaccionar. Quise resistirme, o al menos lo intenté. Pero de pronto volví a sentir que tenía dieciocho años y sucumbí a él. Me dejé arrastrar por el deseo y le devolví el beso con ferocidad. Con un hambre que me atravesó todo el cuerpo y me dejó aturdida. Él me agarró de las caderas, me subió al lavabo y se metió entre mis piernas.

—Nos van a oír —me temí, respirando con dificultad.

—A la mierda todo —gruñó, y me quitó las bragas.

No sé lo que sucedió entonces. Él perdió los papeles, y yo no se lo impedí. Me tiró del pelo cuando me penetró con fuerza. Yo le mordí el hombro y luego todo se volvió borroso. Nuestros gemidos ahogados. Sus embestidas. El rencor. Lo pagó con mi cuerpo mientras yo trataba de reconciliarme con su recuerdo. Fue un sexo sucio, salvaje y violento que me dejó vacía. Ni siquiera me corrí, y él se apartó de mí en cuanto terminó. No fuimos capaces de mirarnos a la cara. Me sentía rota y dolida.

Me tragué las ganas que tenía de llorar mientras los dos nos vestíamos en silencio. ¿Qué habíamos hecho? Allí, en el baño de su casa. Habíamos ensuciado un bonito recuerdo por culpa de algo que, acababa de descubrir horrorizada, no merecía la pena.

—Qué hemos hecho... —susurré espantada—. Tú te vas a casar y yo... yo ni siquiera te reconozco. Ya no sé quién eres.

—Yo tampoco sé quién eres tú. Has cambiado, ya no eres la misma. Te fuiste hace diez años y yo seguía buscando una explicación. ¿Pero sabes qué? Ya ni siquiera me importa. La chica de la que me enamoré no eres tú —me espetó con voz fría.

Agarró el pomo de la puerta y ni siquiera me miró a la cara.
—Adiós, Mia.

30. Mia

Logan lo sabía. Lo había visto a lo lejos, vigilándome con expresión dura, antes de que Fernando me metiera en el servicio. Salí de allí con la cabeza gacha y me dirigí hacia el coche, donde él ya me estaba esperando. No intercambiamos ninguna palabra, ¿para qué? A esas alturas ya debía haberse formado una opinión de mí. Hasta yo la tenía.

Me sentía sucia, utilizada y herida. Profundamente herida. No solo me había acostado con un hombre comprometido, sino que además no había merecido la pena. Acababa de estropear el recuerdo que tenía de Fernando por un revolcón de mierda.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas. Deseaba estar sola y llorar hasta que no tuviera lágrimas. Pero Logan estaba a mi lado, observándome de reojo sin decir nada. Y de repente me sentía juzgada.

—Venga, ¡di algo! ¡Lo estás deseando! —estallé, rota por el dolor.

—¿Qué quiere que le diga? —su voz glacial. Su mirada inexpresiva.

Como si no le importara. Como si yo no importara nada.

—Tú lo has visto todo. Sé lo que estás pensando. Por mucho que lo disimules, vi tu cara antes de que... —dejé la frase sin acabar.

—¿Antes de que se metiera en el servicio con ese hombre? —su voz estaba llena de una calma peligrosa—. Mi trabajo no es juzgar lo que usted hace.

—¡No! —me reí sin humor—. Pero... te vi la cara. ¿Qué pasa? ¿Soy lo peor, a qué sí? Bien, te doy la enhorabuena. Esto confirma tus pensamientos sobre mí.

—Será mejor que se calle —una advertencia, o tal vez un consejo.

—Sí, será mejor. Para qué preguntar. Ya sé lo que piensas de mí.

—Usted no tiene ni idea de lo que pienso.

Me volví para mirarlo, y noté que sus ojos destilaban rabia. Mis lágrimas se esfumaron y me quedé sin respiración. No, no lo sabía. Pero...

—Soy una imbécil... —dije para mí misma, agachando la cabeza.

Deseaba meterme en la cama, llorar acurrucada a Rusty y olvidar lo que acababa de suceder.

—Todos cometemos errores —dijo él.

Había compasión en su voz, pero también ira contenida. No sabía descifrar lo que ocultaban sus palabras. Y me miraba de una forma extraña. Una mirada profunda que me hacía sentir pequeña.

Habíamos llegado.

—Eso es una constante en mi vida —me limpié las lágrimas con el dorso de la mano—. Ojalá no me hubieras visto. A veces tengo la sensación de que no puedo dejar de hacer el ridículo delante de ti.

Abrí la puerta del coche, deseando escapar de allí.

—Mia — me llamó.

No pude soportarlo más y eché a correr hacia la casa. Quería olvidarme de todo. Beberme una botella entera de ron. Buscar respuestas al mar de preguntas que ahogaban mi cabeza. Y entre ellas había una que sobresalía: ¿por qué me importaba tanto lo que pensara él?

Harley se había atrevido a entrar en mi habitación. Tenía la cabeza escondida bajo la almohada y no quería ver a nadie, pero dentro de las posibilidades: mi madre, Matt... ella era la más tolerable. Se sentó en el borde de la cama y me puso una mano en la espalda.

—Por favor, déjame en paz — le pedí con voz ahogada.

—Ya sé que quieres estar sola, pero necesito que sepas que esto no es el fin del mundo.

—¿A qué te refieres? Ni siquiera sabes lo que me pasa.

—Me lo puedo imaginar, cielo. Te has acostado con Fernando y... la cosa no ha tenido que salir muy bien, por lo que veo.

Levanté la cabeza de la almohada y la miré desconcertada.

—¿Lo saben Matt y mamá? — me asusté.

—Se preocuparon cuando te fuiste sin avisar, pero no tienen ni idea de por qué te has encerrado en tu habitación. Tranquila, esto quedará entre nosotras.

—¿Qué pasa? ¿Qué soy un libro abierto? —me quejé apesadumbrada.

—Mia... yo también tuve tu edad y me equivoqué muchísimo.

Puse los ojos en blanco.

—Lo mío no tiene comparación. Me he acostado con el futuro marido de otra persona en su propia casa —apreté los labios y respiré con dificultad. Si lo decía en voz alta sonaba mucho peor—. Me siento fatal. Ni siquiera es culpabilidad lo que siento... no, no es eso. Me siento sucia. Como una mierda.

Ella me escuchó sin decir nada. Sabía que necesitaba desahogarme.

—Me siento utilizada. Él se ha acostado conmigo para desquitarse. Para enterarse de una puta vez de que ya no siento nada por mí. Qué bonito, me ha follado a modo de despedida. Dios mío, me siento patética.

—Vamos, no digas eso.

—Es la verdad.

—Creo que los dos os habéis utilizado.

Dejé de llorar y la miré sin dar crédito. Ella me apretó la mano y me ofreció una sonrisa comprensiva.

—Sí, no me mires así. No te sientas culpable, por mucho que lo niegues, por algo que tenía que suceder tarde o temprano. Os habéis utilizado mutuamente porque necesitabais ponerle punto final a lo vuestro. Y ya está, se ha acabado. No has matado a nadie, Mia. Simplemente te has arrojado a los brazos de alguien a quien amaste muchísimo. Supongo que esperando sentir lo

mismo que hace diez años.

La escuché atentamente. Quise decirle que no, pero en el fondo tenía toda la razón que a mí me faltaba.

—Yo... tal vez sí... pero me duele.

—Claro que sí. Te duele comprender que ya no hay nada entre vosotros. Y hoy no podrás dejar de llorar. Pero mañana, con un poco de suerte, te darás cuenta de que era lo mejor que podría haberte pasado.

—¿Follar con él? —ironicé.

—Decirle adiós de una vez por todas.

—Lo quise muchísimo, de verdad que sí. Es solo que...

—Has crecido. Ya no buscas las mismas cosas, ni quieres de la misma forma, o te enamoras de la misma persona. ¿Y qué? Cuando te reconcias con tu pasado puedes mirar por fin hacia adelante. Llevas demasiado tiempo mirando atrás, no me digas que no.

—Diez años.

—Eres lenta, como tu hermano. Supongo que eso os viene de familia.

De pronto las dos nos echamos a reír.

—Necesitas estar sola. Le diré a los niños que no te molesten y trataré de aplacar a Matt, que está deseando venir a verte —fue hacia la puerta, pero se detuvo al ver la chaqueta de Logan sobre una silla—. Oye, ¿esa no es la chaqueta del Señor Prexton? A lo mejor deberías devolvérsela y tener una charla con él. Ya sabes, por eso de mirar hacia adelante...

Apoyé la cabeza sobre la almohada y cerré los ojos con fuerza. Sí, claro. Lo que me faltaba. Complicarme más la vida con mi misterioso guardaespaldas. Y de todos modos, a esas alturas y visto lo visto, él ya no querría saber nada de mí. Me lo tenía merecido.

Harley tenía razón. No debía echarle la culpa a Fernando, porque en eso estábamos empatados. Nos habíamos utilizado mutuamente. Él para

ponerle punto final a lo nuestro, y yo buscando sentir lo mismo que cuando éramos unos adolescentes. Pero solo había encontrado desamor y desprecio. Porque el hombre que conocía ya no estaba, y porque lo nuestro ya formaba parte del pasado. Uno que habíamos manchado metiendo la pata hasta el fondo.

31. Fernando

Jessica se estaba despidiendo de los últimos invitados. Yo le había sugerido que hiciéramos una celebración íntima, pero ella había decidido organizar una fiesta de compromiso por todo lo alto. Había gente a la que no había visto en mi vida, amigos de los amigos de nuestros amigos y demasiadas personas a las que estrechar la mano por compromiso. Le encantaba lucirse y ser el centro de atención. ¿Pero acaso podía culparla?

Acababa de follar con Mia. En nuestra casa. Mientras Jessica me buscaba como una loca para dar nuestro discurso. Sí, le había sido infiel con un amor del pasado. Y ni siquiera me hacía sentir mejor el hecho de haberlo hecho con alguien especial. Joder, Mia tenía razón. ¿Qué cojones habíamos hecho? No me reconocía en el hombre que se la había tirado como un salvaje sobre el lavabo. Y ella... ella ni me había mirado a la cara cuando habíamos terminado. ¿Para qué? Me sentía frustrado conmigo mismo. Había tocado una piel que ya no respondía a mis caricias. Había destrozado el recuerdo de algo que fue hermoso. Nuestra historia había culminado con un revolcón en el cuarto de baño.

No quería hacerle daño, pero nos lo había hecho a los dos con mi actitud. Mi despecho había hablado y de repente me había sobrado todo lo demás. Y... ese era el resultado. Ese era yo: el que le hacía daño a dos mujeres. A su primer amor y a aquella con la que iba a casarse. Incluso me daba igual que Jessica se enterara de mi infidelidad. ¿Y qué? La conocía tan bien que sabía de sobra que lo que más le importaría sería la apariencia. Correría a desquitarse con el primero que se le cruzara por delante y luego fingiría que entre nosotros todo iba perfectamente.

Así era ahora mi vida: un exceso de lujo y frivolidad en el que las cosas de verdad brillaban por su ausencia. *La vida que tú siempre quisiste me*

dijo Mia. Sí, puede que tuviera razón. Pero también la había imaginado a ella a mi lado, volviendo a mis brazos al darse cuenta de lo que se estaba perdiendo.

¡De lo que se estaba perdiendo! Una mueca sarcástica me cruzó la cara. Era evidente que Mia ya se había dado cuenta de lo que se perdía, y acababa de decidir que no valía la pena. No la culpaba, para qué mentir. Su expresión decepcionada fue un duro golpe para mi orgullo. Sí, me había convertido en un abogado de prestigio que vivía en una casa increíble. ¿Y qué? Para ella no significaba nada porque me había convertido en todo lo que ella aborrecía. La revelación me hizo tanta gracia que comencé a reírme en voz alta.

—¿Se puede saber qué diantres te pasa? —preguntó irritada Jessica.

Me volví hacia mi futura mujer, que lucía espectacular con un vestido rojo que dejaba poco a la imaginación.

—¿Ya se han ido todos?

—Sí, menos mal. Antes de que tú pudieras montar un espectáculo —me repasó con la mirada y su rostro se contrajo en una expresión desabrida—. Has bebido demasiado.

—No lo suficiente —me volví a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me recriminó indignada.

—Oh... todo. Esta gran fiesta que has montado —extendí los brazos y señalé los restos de copas y aperitivos que había por toda la casa—. ¿Estás contenta, mi amor? Para qué tener en cuenta mi opinión, eh. Era tu día. Yo solo soy... un complemento.

Ella me lanzó una mirada vacía.

—Deberías darme las gracias. He sido yo la que ha hecho todo el trabajo mientras tú te centrabas en tus cosas, como siempre.

—Bueno... el trabajo lo ha hecho el organizador de bodas al que has

contratado con mi dinero.

—Algo tendrías que aportar tú —repuso con sequedad, como si mis palabras no le afectaran lo más mínimo—. En vez de quejarte como un mediocre, podrías vislumbrar lo que esto supondrá para tu carrera y nuestra vida social. ¿A cuántas personas importantes has estrechado la mano hoy? Todo esto lo hago por ti, maldito desagradecido.

—Todo esto lo haces por ti —la corregí con frialdad—. Lo de invitar a la familia Parker ha sido una jugada maestra. Para qué ibas a preguntarme, qué más da. Por si me resultaba violento tener en casa a mis antiguos jefes, con los que hace que no hablo desde...

—¿Follarte a Mia Parker en el baño no te ha resultado violento?

Ella lo preguntó como si nada. A mí me dieron ganas de vomitar. Lo sabía, joder. Ella lo sabía. Me quedé con los ojos abiertos de par en par, asimilando que ella lo había descubierto. Acojonado por su reacción. Pero Jessica ni siquiera parecía afectada. Enarcó una ceja y sonrió con suficiencia, como si quisiera dejar claro que ella siempre iría unos pasos por delante de mí. Fue entonces cuando descubrí lo peligrosa que era mi prometida.

Pese a su indiferencia, mi primer instinto fue negarlo todo.

—Yo... no sé de qué estás...

—Ni lo intentes, querido —me dijo muy tranquila. No estaba herida, ni siquiera enfadada. Había una serenidad inquietante en su semblante—. Por mucho que el esperpento de tu secretaria intente cubrirte las espaldas, no va a estar siempre ahí para enmendar tus errores.

—No metas a Sarah en esto —me tembló la voz.

Ella puso los ojos en blanco.

—La próxima vez sé más discreto. Los hombres sois muy predecibles y pensáis con la polla —se quitó la gargantilla de oro blanco y la tiró sobre la encimera de la cocina con desdén, como si no valiera nada—. Yo también

tengo mis escarceos, pero sé llevarlos con más elegancia que tú.

La revelación me dejó con dos palmos de narices. Ni siquiera supe lo que decir. Me quedé observando impresionado a la desconocida con la que iba a casarme. No sé si era peligrosa o una cínica. Puede que ambas.

—¿A qué viene esa cara? —se burló de mí, y ahora parecía tremendamente divertida de ver el efecto que habían obrado en mí sus palabras—. Esto es una sociedad, no una novelita cursi en la que nos prometemos amor eterno.

—Jessica... ¿quién eres? —le pregunté con un hilo de voz.

Ella suspiró exasperada, se acercó a mí y me plantó un beso en los labios.

—Tu futura mujer —me advirtió—. No me tomes por tonta, querido. En esto de hacer negocios te llevo años de ventaja. Por cierto, tu padre ha vuelto a orinarse en la cama. Deberías ir planteándote una solución.

Había visto los folletos informativos de residencias en su mesita de noche. Pensaba aprovechar el estado de salud de mi padre para quitárselo de encima.

—No voy a meterlo en una residencia.

Ella comenzó a subir las escaleras con aire distraído.

—Somos una sociedad, cielo. Claro que no. Entre los dos buscaremos una opción —se volvió hacia mí con una sonrisa sibilina—. No soy tu enemiga, Fernando. Sabes de sobra que juntos podemos conseguir lo que siempre has querido. Nos necesitamos, y cuanto antes lo entiendas mucho mejor.

Empezaba a entenderlo ahora. Siempre había pensado que era yo quien la utilizaba a ella, pero empezaba a sospechar que Jessica era mucho más inteligente que yo. Era ella quien me había elegido. Menudo ingenuo, me tenía a su merced. Me tenía en sus manos.

32. Logan

Me hervía la sangre y tenía ganas de romper algo. Lo peor de todo es que sabía que no tenía ningún derecho a sentirme así. Si Mia se acostaba con aquel tipo no era asunto mío, por mucho que hubiera tenido que controlarme para no derribar la puerta y llevármela por la fuerza lejos de aquel imbécil.

Joder... ¿en qué estaba pensando? Sí, era libre de acostarse con quién quisiera. Pero en la fiesta de compromiso de otra persona... ¡y con el prometido! ¿Por qué no pensaba antes de actuar? Vale, yo tampoco era quien para juzgar a nadie. Yo, que llevaba cuatro años viviendo en un estado de negación y los tres primeros ahogando mis penas con el alcohol.

Me sentí patético. No, no tenía ningún derecho a reclamarle nada. Pero me carcomían los celos y mis sentimientos iban por libre. Tampoco estaba enfadado con ella, pues aquello carecía de sentido. Estaba enfadado conmigo mismo por darle tanto poder a aquella chiquilla. Le sacaba más de doce años y me tenía a sus pies. Tenía que ser un mal chiste. Llevaba bastante tiempo huyendo de la compañía femenina, y de repente suspiraba por una veinteañera malcriada que no merecía la pena. Nuestros mundos eran incompatibles, y al parecer nuestra forma de ver la vida no tenía nada que ver.

Ojalá no me hubieras visto. A veces tengo la sensación de que no puedo dejar de hacer el ridículo delante de ti.

Mia se equivocaba, al menos en una cosa. Sí, ojalá no la hubiera visto arrojarse a los brazos de aquel hombre. Pero el que estaba haciendo el ridículo era yo. A ella le preocupaba que la juzgara, pero no se daba cuenta de que a mí me carcomían los celos.

No podía seguir así. Era mi día libre e iba a enmendarlo. Pagaría mi frustración con el sexo y dejaría de pensar en ella. Sí, eso era lo que me pasaba. Llevaba tanto tiempo sin tocar a una mujer que empezaba a pasarme

factura. Sexo con una desconocida, y luego Mia dejaría de importarme. No me gustaba. Era su cuerpo lo que me volvía loco, ¿no?

Sí, tenía que ser eso. ¿Qué me iba a gustar a mí de aquella niñata temperamental? ¿Su sonrisa? ¿Las pecas doradas que le recorrían la nariz? ¿Su amabilidad?

Sacudí la cabeza. Sexo. Y punto. Una mujer con la que pasar un buen rato. Tenía necesidades como todo hombre e iba a satisfacerlas.

Era de noche y la casa estaba repleta de guardias, así que no me costó organizarlo todo antes de marcharme. Golden Pont era un pueblo pequeño, así que conduje doce kilómetros hacia un bar de carretera bastante alejado. Estuve tentado de pedirme una copa, pero al final me contuve y me decanté por una coca cola. El camarero me miró extrañado, pero no dijo nada. Sí, era un tipo de metro noventa bebiendo una coca cola en un bar de mala muerte a las dos de la madrugada.

Ojeé el local con desinterés. Había pocas mujeres y ninguna me interesaba. La verdad es que una mujer como Mia te ponía el listón muy alto en cuanto a belleza. Tampoco es que a mí me hubieran faltado las candidatas. Siempre conseguía compañeras de cama atractivas y agradables, y seguro que aquella noche no sería diferente.

Observé a la pelirroja que entraba por la puerta con expresión de oler a mierda. Esa estaba bien. La cascada de cabello rojo le llegaba hasta la cintura y era despampanante. Se ganó varias miradas lascivas por parte del resto de los hombres, pero ella los ignoró con una mueca cargada de desprecio. Echó un vistazo a su alrededor, disgustada por lo que veía. Hasta que centró sus ojos en mí y caminó hacia la barra. Iba buscando lo mismo que yo.

—Un Cosmopolitan con una rodaja de pepino —pidió con arrogancia.
El camarero la miró con cara de pocos amigos.

—Señora, aquí no tenemos de eso.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues tráigame ginebra. Algo decente. Que no sea esa mierda que le pone a todo el mundo.

La miré de reojo. Joder, era Jessica Smith. Al principio no la había reconocido sin una gota de maquillaje. Vestía unos vaqueros y un jersey holgado. Estaba irreconocible, y casi estuve tentado de decirle que se dejara de tantos artificios. Ganaba más al natural.

—¿Coca cola? Creo que es usted un extraterrestre —me repasó con la mirada y le gustó lo que vio.

Las vueltas que daba la vida. Allí estaba yo, ahogando mis penas en coca cola con la prometida del hombre con el que se había acostado Mia. Menuda ironía.

—Pensé que los abstemios eran un mito en el siglo XXI.

—Un año sobrio.

Ella me miró sorprendida.

—Vaya, eso es digno de celebrar —alzó su copa y la chocó con la mía—. Yo no podría sobrevivir sin el alcohol. Y mi futuro marido tampoco, por mucho que se haga el digno. ¿Quién podría hacerlo si va a casarse?

La amargura de su voz me sorprendió.

—¿Los que están enamorados?

—El amor —bufó, y apuró la copa de un trago—. El amor es una utopía, Señor Coca cola. El amor se acaba tarde o temprano, como todas las cosas buenas de este mundo. ¿Y entonces que te queda? Un calvo de incipiente barriga que te culpa por todo y al que le prometiste que lo acompañarías de por vida en lo bueno y en lo malo.

—Visto así... —sacudí la cabeza—. ¿Entonces por qué se casa?

—Porque yo lo he elegido a él. Y no voy a permitir que nadie trunque

mis planes. Nadie, ¡nadie! Ni siquiera la pazguata de su secretaria o todas las Mia Parker del mundo. No, ni hablar. Esta es la vida para la que he nacido.

—Pero no parece muy satisfecha con ella... —me atreví a contradecirla.

—No se trata de eso, sino de fingir delante de todos que te va genial. Las apariencias son... —se calló de pronto y me observó con recelo—. ¿Lo conozco de algo? Me suena mucho su cara.

Sí, soy el guardaespaldas de la mujer con la que le ha engañado su prometido.

—No, no nos conocemos. Nunca olvidaría a una mujer como usted.

—Ah, ¡zalamero! —me golpeó y estuvo a punto de caerse, así que la agarré del brazo—. Me gustan los hombres que no se andan por las ramas. Aquí lo más bonito que te pueden decir es: ¿a qué horas abren esas piernas? —hizo un mohín de disgusto con la boca—. Puto pueblo de mierda...

Fue a coger la copa, pero le puse la mano encima con delicadeza.

—Creo que ya ha bebido demasiado.

—¡Ojalá! Cómo diría el inútil de mi prometido: no lo suficiente... —lo imitó con voz masculina.

Intenté controlar una sonrisa.

—Bueno... Señor Coca Cola —se inclinó hacia mí y enrolló las manos alrededor de mi cuello—. Creo que has venido buscando lo mismo que yo, así que a no ser que tengas algún inconveniente, hay condones en el baño...

—¿Cómo te llamas, Señor Coca cola?

Jessica me palpó los bíceps y recorrió mi cuello con su boca. Luego me agarró una mano y la metió por dentro del jersey. Agarré unos pechos enormes mientras ella me besaba la garganta.

—Eso da igual.

—Ah... sin nombres, mucho mejor...

Me empujó contra la puerta del servicio y comenzó a desabrocharme la bragueta. Allí estaba, con una mujer preciosa y sin que mi polla respondiera. Arrugué la frente, ¿qué demonios me pasaba? Besé con furia a la pelirroja, que respondió encantada a mi beso.

—Grandullón, eres todo lo que necesitaba esta noche...

Intenté concentrarme y la agarré de las caderas. Nada. Eso no me podía estar pasando a mí. Jessica gimió y metió la mano por dentro de mis calzoncillos.

—¿Qué tenemos aquí...

—Para —le ordené, apartándome de ella con brusquedad.

Ella me miró desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque esto no está funcionando.

—¿Qué coño dices? —sus ojos se llenaron de rabia—. ¿Tú me has visto bien? Soy el sueño de cualquier hombre. Los tíos de ahí fuera se morirían por estar conmigo.

—Sí, te he visto y eres una mujer preciosa —concedí, intentando no herir su orgullo—. Pero no puedo, lo siento.

Intentó agarrarme cuando abrí la puerta del baño.

—¡Ven aquí ahora mismo!

No me volví. Estaba desconcertado y no entendía lo que me estaba pasando. Sí, quería echar un polvo. Pero no así. No con una desconocida en un cuarto de baño cutre. No cuando me venía a la mente el rostro de Mia.

—Te puedo llevar a tu casa si quieres —me volví hacia ella con una mirada de disculpa—. Oye, lo siento mucho. Eres una mujer preciosa y no te mereces pasar el resto de tu vida con un hombre que no te valora.

Ella se irguió y trató de fulminarme con la mirada.

—Pero tampoco te mereces lo que estábamos a punto de hacer, lo digo en serio. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—Vete a la mierda —me espetó, antes de empujarme con el codo y salir de allí hecha una furia.

Me froté el rostro y contemplé en el espejo al tipo apagado que me devolvió la mirada. ¿Quién era ese imbécil? ¿Desde cuándo decía no a un revolcón con una mujer atractiva? Emití un gruñido y miré hacia abajo, justo a la raíz del problema.

—No vuelvas a hacerme esto —le ordené a mi polla.

Aunque empezaba a sospechar que el problema tenía otro rostro. De ojos oscuros, pelo castaño y piernas infinitas.

33. Sarah

Ir al club de lectura había sido todo un acierto. Solo éramos seis personas contando con James y yo. Pero había conocido a Nicole y Theo, dos jóvenes bastante majos con los que había hecho buenos migas, a Isabel, una viuda encantadora, y a Paul, un reciente jubilado que no dejaba de coquetear con Isabel.

El club de lectura se había alargado hasta las tantas y al final nos habíamos ido a almorzar a un bar cercano. Era una sorpresa agradable descubrir que ya no estaba tan sola en esa ciudad, y que podía relacionarme con personas con las que tenía algo en común. Lo sentía por Marie, pero mi vida no se podía limitar a alimentarme de comida rápida, leer novelas románticas, las comedias de Jennifer Aniston y fantasear con el buenorro de mi jefe. Además de la compañía de mi gata, necesitaba gente real en mi vida si quería pasar página.

Del almuerzo pasamos a las copas. Yo cerveza sin, pues el alcohol me sentaba falta. A las dos de la madrugada solo quedábamos James, Isabel (que a su edad tenía más marcha que todos los universitarios del planeta juntos) y yo. James no paraba de lanzarme indirectas y hacerme ojitos, pero yo no terminaba de ceder. Era un hombre educado y tenía una sonrisa bonita, pero ...

—No te quita la vista de encima —me susurró Isabel en cuanto él se dirigió a la barra—. Es un joven encantador, ¿no crees?

—Sí, es agradable —respondí con educación.

—¡Ah, agradable! —exclamó, negando con la cabeza—. O sea, que no te gusta.

Me puse colorada como un tomate. Isabel me dedicó una mirada audaz. ¿Quién podía engañar a la tercera edad? Tenían más experiencia y recorrido que uno. Jugaban con ventaja.

—Yo... ahora no estoy para novios, Señora Jones.

—¿Ahora? —enarcó las cejas—. No quiero que me tomes por una vieja metomentodo, querida. Pero te he observado lo suficiente para saber que tú de novios, ahora o antes, más bien poco.

Tenía razón. Y me sentí tan tonta que no supe qué decir. Mi vida sentimental siempre había sido escasa y deprimente. A ver, no era virgen. Pero mi experiencia con el sexo contrario dejaba bastante que desear. Ella me dio una palmadita amable en la mano.

—Vamos... vamos... no pongas esa cara. Yo solo digo que la vida es demasiado corta para malgastar el tiempo. Y te lo digo yo, que antes de ayer tenía diecinueve años y bebía los vientos por mi Johny —se llevó una mano arrugada a la cadenita que pendía de su cuello—. Cuarenta y tres años de casados. Eran otros tiempos. Ahora vais de aquí para allá, pero yo no os culpo. Tenéis mucho donde elegir y nada que os ate. Mi Johny y yo fuimos muy felices. Muy muy felices...

Cerró los ojos y esbozó una sonrisa nostálgica. Me pregunté cuándo me pasaría a mí algo como lo que había vivido Isabel.

—Y no te creas que fue fácil, jovencita. Johny era el primogénito de una familia rica, y yo no era más que una costurera pobre a la que sus padres no veían con buenos ojos. ¿Y sabes lo que pasó? —yo la escuché con atención, tremendamente interesada por su historia—. Nos despedimos a los dieciocho años y cada uno decidió hacer su vida. Yo, porque temía no encajar en su familia y que nunca me aceptaran. Y él, presionado por sus padres. Un año después iba a casarme con un buen joven al que no habría amado nunca. Me estaba probando el vestido de novia cuando lo vi todo claro. Me miré al espejo y le pregunté a aquella joven: ¿de verdad vas a desperdiciar tu vida al lado de un hombre al que no amas? Así que corrí calle abajo con el vestido de novia puesto.

—No me lo puedo creer...

La voz de Isabel se llenó de energía. La escuché con la boca abierta y ella prosiguió orgullosa.

—Llamé a la puerta de Johny y me abrió su madre. A la pobre mujer por poco le dio un infarto. Se armó una buena hasta que Johny consiguió aplacar a sus padres. Cuando por fin lo tuve delante, lo miré a los ojos y le dije: *o te casas ahora conmigo o no lo haces nunca. No voy a esperarte cuando me haga vieja y no me queden fuerzas para besarte.* ¿Y sabes qué respondió?

Hizo una pausa dramática y yo sacudí la cabeza con energía.

—¡Pues qué iba a decir! Me cogió de la mano y me llevó a la iglesia más cercana. Tonto no era. Sabía que si me decía que no me perdería para siempre. Fue todo un escándalo. Sus padres lo echaron de casa, todo el mundo habló de nosotros durante un buen tiempo... —suspiró ensimismada y me cogió la mano—. Y luego una chica del pueblo se quedó embarazada y todo el mundo se olvidó de nosotros. Así funcionan las cosas, entonces y ahora. Ay... qué felices fuimos mi Johny y yo. Tres hijos sanos, una vida feliz a su lado...

—¿Y sus padres?

—Terminaron perdonándolo y me aceptaron cuando nació Jane. Yo sabía que tarde o temprano tendrían que hacerlo, pero tampoco es que me importara demasiado la opinión de los demás.

Envidié a Isabel. No solo por lo que había vivido, sino por su actitud. Ella se enfrentaba a la vida con la valentía que a mí me faltaba.

—La vida es corta, querida Sarah. Un día estás vivo y rebosante de salud, como mi Johny. Y al siguiente te da un infarto y... —sus ojos se volvieron vidriosos. Temí que se pusiera a llorar, pero se recompuso con entereza—. Bah, para qué hablar de cosas que ya no se pueden arreglar. Lo que quiero decir es que no hay que desperdiciar la vida. Ya sé, ya sé que

estarás pensando que me meto donde no me llaman...

—No, de verdad que no. Me gusta escucharla.

—Paul es un hombre muy interesante. Sí, creo que le daré una oportunidad. Si Johny estuviera vivo querría que yo me divirtiera el tiempo que me queda. Y yo quiero bailar, y reírme, y poder ir al cine con alguien — me guiñó un ojo y yo le sonreí—. ¿Y tú qué es lo que quieres de la vida, Sarah? Porque leer libros está muy bien, pero la vida hay que vivirla.

—Pues... —me mordí el labio—. Me encantaría enamorarme de James, pero no puedo.

—Al corazón nadie le da órdenes. ¿De quién estás enamorada?

—De alguien que me hará daño. Y que no es para mí, porque va a casarse con otra. Es un caso perdido.

—¿Y cómo sabes que es un caso perdido si no lo intentas? —me contradijo—. Mira, James es un encanto. Pero todas nos merecemos a alguien que cuando nos bese el corazón nos dé un vuelco. Un amor como ese solo se vive una vez...

Miró el reloj de su muñeca y puso cara de espanto.

—¡Madre mía, qué tarde es! Mis hijas se van a enfadar muchísimo. Llego más tarde que ellas a casa. Esta juventud que no sabe divertirse como Dios manda...

—¿Ya se va, Señora Jones? —James acababa de llegar con un par de cervezas.

—Sí. Acabo de tener una charla de lo más productiva con Sarah. En fin, pasadlo bien.

James se sentó muy cerca de mí en cuanto Isabel se marchó. Le sonreí con prudencia y me toqué el pelo. No era el nerviosismo típico de estar con alguien que te gusta, sino el de no saber cómo romper el hielo. Ojalá me hubiese enamorado de alguien como James, que seguro que te ofrecía una vida

tranquila y llena de niños.

—¿Una charla de lo más productiva? Espero que no te haya estado atosigando con sus historias.

—A mí me gustan sus historias. Es una mujer encantadora.

—Sí, por supuesto. Lo es. Casi tanto como tú.

No supe dónde meterme.

—Lo del club de lectura... ha sido una idea estupenda —dije, por romper el momento que acababa de formarse entre nosotros.

—Si te soy sincero... solo lo hice para estar cerca de ti —James me miró a los ojos con ternura—. Sarah, no sé si he sido lo suficiente claro contigo, pero debo admitir que me...

Mi teléfono sonó y me levanté como un resorte. No sabía quién me llamaba a las dos de la madrugada, pero agradecí que lo hiciera. Al menos tenía una excusa para no escuchar lo que James tenía que decirme.

—Lo siento —me levanté con un gesto de disculpa—. Si me llaman a esta hora... debe de ser importante.

James asintió de mala gana. Me alejé unos metros y descolgué el teléfono sin ni siquiera mirar quién era.

—Sagah...

—¿Quién es?

—Soy yo... tu jefe —una carcajada al otro lado del teléfono—. ¿No te habré despegado?

Arrastraba las palabras y le costaba vocalizar. Estaba borracho.

—¿A las dos de la mañana? ¿Por qué iba a estar dormida? —mi voz sonó dura. No sé a qué venía aquello.

—Agh... estás de fiegta. ¡Cuánto te envidio, pillina! —otra carcajada.

—Fernando, no sé qué te propones, pero...

—Solo... necesitaba hablag con alguien —noté que su voz se quebraba

al otro lado y sentí un pellizco en el estómago—. Y... no sé por qué, pero he marcado tu número. Solo tenía ganas de hablar contigo.

Inspiré profundamente. Sabía de sobra que tenía que colgarle, pero no pude.

—Ya estás hablando conmigo. Y ahora, ¿por qué no te vuelves a la cama?

—Estoy muy lejos de casa. Primero tengo que conducir...

—¿Conducir? ¿Estás dentro del coche? —me asusté. Estaba borracho, no podía conducir. ¿Y si tenía un accidente? —. Oye, no te muevas de ahí.

—Run... run... run... —imitó el motor de un coche.

Puse los ojos en blanco. Pues sí que estaba mal.

—Fernando, te prohíbo que arranques el coche. Pásame tu ubicación por Whatsapp y estaré allí en lo que pueda conseguir un taxi. ¿Me has oído? Ni se te ocurra mover el coche o te quedas sin secretaria.

—¡Sí, jefa!

Lo escuché reír antes de colgarle. Ni siquiera lo pensé. Fui hacia James y recogí mi bolso. Él me miró decepcionado.

—Oye, lo siento muchísimo. Pero es una emergencia.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció.

—¡No! —le di un beso en la mejilla—. Nos vemos otro día. ¡Adiós!

Fernando estaba apoyado en su coche con la camisa abierta y el pelo revuelto. Sabía que esa noche había sido su fiesta de compromiso, ¿qué había pasado para que estuviera así? Me bajé del taxi y caminé hacia él. En cuanto me vio, deambuló hacia mí y conseguí agarrarlo antes de que se cayera.

—Ya... ya sé lo que estás pensando — me dijo, borracho como una cuba.

—No tienes ni idea.

Rebusqué en el bolsillo trasero de su pantalón y él abrió los ojos de par en par.

—¿Vas a abusar de un pobre borracho? De acuerdo, me rindo. Si te pones así...

Conseguí hacerme con las llaves de su coche y él torció el gesto.

—¿Dónde te llevo?

—Así que solo has venido a buscarme porque te preocupaba que tuviera un accidente...

—No quería quedarme sin jefe —repuse de manera práctica—. Ahora el trabajo está fatal.

—Pero estás aquí.

Alargó un brazo y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Me estremecí por el contacto y aparté la cara. No quería que me tocara. O puede que me gustara demasiado que lo hiciera. Pero estaba borracho. Muy borracho.

—Nunca te había visto con el pelo suelto —comentó maravillado, y enredó un dedo en un mechón suelto—. Me gusta mucho como te queda. Deberías llevarlo más así.

Le agarré la mano con delicadeza y se la devolví a su sitio. Él ladeó la cabeza y esbozó una mueca desabrida.

—¿Tanto te molesta que te toque?

—Sí —le mentí—. ¿A dónde te llevo?

Él no respondió. Fijó la vista en el coche y apretó la mandíbula.

—Siento haberte tocado. No he podido remediarlo. Será tu pelo, o tal vez...

—¿Dónde te llevo? —insistí, al borde de la taquicardia—. ¿A tu casa? No sé dónde es, pero si me das la dirección, conduciré hasta allí y de vuelta pediré un taxi.

—A mí casa no —se arrastró hacia el coche y forcejeó con la puerta del copiloto—. No, a mi casa no. Con esa bruja... Dios, nunca te cases. Yo todavía no me he casado y ya me arrepiento.

Lo miré sin saber qué decir. Parecía desesperado y abatido. Debía sentirse muy solo si me llamaba a mí a las dos de la mañana. Decía que era la única persona con la que quería hablar, pero en su estado seguro que exageraba.

Le abrí la puerta del coche y él se dejó caer en el asiento. Fui a cerrarla, pero él me agarró la mano y me acarició los nudillos.

—Gracias —susurró, y sus ojos oscuros me traspasaron—. Sé... que no me merezco que estés aquí conmigo. No quería estar solo. Lo siento. Joder, cierra la puerta y llévame a donde sea, por favor.

No sé por qué diantres lo llevé hasta mi casa. Lo hubiera dejado en cualquier hotel, pero Fernando no llevaba la cartera encima y yo no tenía la tarjeta de crédito. Y lo veía tan deshecho que no pensaba dejarlo a su suerte. Allí estaba mi jefe, el tipo seguro de sí mismo que destilaba arrogancia. Tirado en mi sofá con cara de haber visto tiempos mejores. Marie pasó por encima de él y le bufó cuando intentó acariciarla.

—Vaya... no le gusto, menudo genio.

—No te lo tomes como algo personal. A ella no le gusta nadie.

—¿Cómo se llama?

—Marie —fui hacia un armario y cogí una manta—. Ya sé que no es nada del otro mundo, pero te puedes apañar en el sofá.

—¿No me vas a ofrecer la cama? En plan buena anfitriona. Me puedo acurrucar a tu lado, te prometo que seré bueno.

Le tiré la manta a la cara.

—Auch, lo pillo.

Se levantó con bastante dificultad y fue hacia la biblioteca. Ojeó con curiosidad el amplio catálogo de libros y me miró de reojo sin decir nada. Sabía lo que estaba pensando. Me crucé de brazos en actitud defensiva.

—¿Qué? —repliqué.

—Eres toda una romántica —se volvió hacia mí con una sonrisa pícaro—. Pero eso ya lo sabía.

—¿Y qué tiene de malo? —me hice la digna.

Él cortó la distancia que nos separaba hasta que se puso tan cerca de mí que su respiración cálida me acarició la punta de la nariz. Desvió la mirada hacia mis labios y a mí se me secó la garganta. Solo fue un segundo, hasta que volvió a posarla en mis ojos con aquella arrogancia innata.

—Supongo que no tiene nada de malo. Pero en mi mundo los finales felices no existen.

—Pues escribe tú uno.

—Si lo hiciera cambiarían mucho las cosas —dijo con voz queda.

Me lanzó una mirada cargada de intenciones que me sonrojó. Quise decir algo, pero no supe qué responder a lo que fuera que significaba lo que acababa de decirme. En lugar de ello lo miré. A sus ojos oscuros y profundos. Al fuego que destilaban.

—Estás preciosa con el pelo suelto y la ropa de alguien que no intenta ocultarse. Mucho mejor que en la oficina.

Apreté los labios y me aparté de él.

—Voy a prepararte algo de comer, a ver si así se te pasa la borrachera.

—Lo mío no tiene cura, Sarah —lo oí decir cuando me metí en la cocina.

Sabía de sobra que parte de su falta de vergüenza —por no decir toda—, no era culpa del alcohol. Pero puede que dejase de decir tantas tonterías con el estómago lleno. Regresé al cabo de unos minutos con un sándwich y una

taza de chocolate. Devoró la comida con tanta hambre que pareció que llevaba una eternidad sin comer.

—Le he sido infiel a Jessica en nuestra fiesta de compromiso. Con Mia Parker, ¿qué te parece? —me soltó de pronto.

Mi cara fue un poema. Me senté a su lado en el sofá y lo miré de reojo.

—Sí, ya sé lo que estás pensando. ¿Qué clase de persona hace algo así? Pues yo, que soy un capullo —no lo decía para que me compadeciera de él. Hablaba totalmente en serio—. No me la merezco. Y no me refiero a Jessica, que es tan mala como yo. Me refiero a Mia, está mejor sin mí y ella lo sabe. Joder, no sé por qué lo hice. Eso es lo peor, que no lo sé.

—Deberías descansar —lo corté, sin ganas de saber lo que tuviera que decirme. Me dolía escucharlo. Saber que tenía aquel concepto de sí mismo porque temía que fuera verdad.

—Solo... una cosa más —apretó mi mano, como si tuviera miedo de que yo lo abandonara. Nos miramos a los ojos y lo que vi en los suyos me devastó—. Sobre todo, sé que no te merezco a ti. Eres demasiado buena para mí. Lo sé, Sarah. Y sé que tú lo sabes.

Me costó respirar y aparté la mirada. Pero él me acarició la mejilla con la mano libre y me obligó a mirarlo.

—Dios... Sarah...

Se inclinó hacia mí y me rozó el pómulo con la boca. Mi cuerpo reaccionó por completo a su beso, o a lo que fuera aquello. Cerré los ojos y tragué con dificultad. No sé por qué se lo permitía, pero no podía pararlo. Ni quería. Me gustaba tanto que me hiciera aquello...

—Eres preciosa. ¿Por qué te haces esos moños tan horribles? —metió una mano dentro de mi pelo, cerró los ojos y aspiró mi olor—. Hueles genial, ¿qué perfume usas?

Me costó encontrar mi voz. No entendía lo que me estaba haciendo,

pero me gustaba muchísimo. Demasiado.

—Valentina —conseguí decir.

—Sospecho que no olería igual en otra mujer...

Su boca me recorrió el cuello. Y entonces me lamió la garganta con la lengua y mi pulso se disparó. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Fernando me cogió la barbilla con dos dedos y me obligó a mirarlo. Estaba contrariado.

—¿Qué es lo que me haces?

—¿Yo? —pregunté confundida—. ¿Qué me hace usted?

—No lo sé. Fréname. Es evidente que se me ha ido de las manos.

Sus palabras decían una cosa, pero sus manos hicieron otra cuando me agarró de la cintura y me acarició el costado. Respiré con dificultad. Yo no podía detenerlo porque llevaba demasiado tiempo deseando que me tocara. Lo miré a través de mis gafas y me perdí en sus ojos oscuros. Fernando me devolvió la mirada y pareció devastado. Se miró las manos y las apartó de golpe de mí, como si no creyese lo que acababa de hacer. Soltó un juramento y suspiró.

—Será mejor que me dejes aquí con Marie, o de lo contrario no podré apartar mis manos de ti —dijo con voz ronca, alejándose de mí—. Esto... no está bien.

Me sentí rechazada y desconcertada. Y no me moví.

—Me importas demasiado para hacerte daño a ti también. Y te juro... que le pondré remedio, Sarah. Tú te mereces mucho más que ser mi secretaria.

—¿De qué estás hablando? —mi voz tembló de rabia. De repente me sentía muy cabreada con él.

—De ti, de mí y de...

—No, nunca se trata de mí —le susurré con voz tensa, y me levanté con violencia—. Buenas noches, Fernando. A partir de mañana, te ruego que

me dejes en paz. Quiero ser tu secretaria, solo eso. Espero que te hayas largado antes de que me despierte.

Me encerré en mi habitación dando un sonoro portazo. Por su bien, esperaba que me hiciera caso.

34. Mia

No era tonta. Sabía de sobra que mi relación con Logan se había resentido después de acostarme con Fernando. Tampoco entendía por qué. Él se empeñaba en marcar las distancias y no parecía demasiado interesado en mí. Sí, a veces me desconcertaba con sus repentinos ataques de amabilidad, pero luego se recuperaba de ellos y volvía a la normalidad.

Supongo que ver como yo hacía el ridículo lo había distanciado de una vez por todas. Ahora me contestaba con monosílabos cortantes y me evitaba siempre que podía. En el fondo me lo merecía. Había acabado dándole la razón. Seguro que pensaba que era la clase de egocéntrica dispuesta a destrozarse un matrimonio liándose con el novio. Y de todos modos, ¿por qué me importaba tanto lo que pensara mi guardaespaldas?

Uf, menudo lío el que tenía en la cabeza.

Fui hacia la entrada de la casa al ver la comitiva de seguridad que se había montado. Estaban inspeccionando al ostentoso descapotable rojo y a su dueño, que no paraba de quejarse. La visita me sacó una sonrisa y corrí hacia allí.

—Es de la familia. Todo esto no hace falta —le expliqué a Logan.

Él torció el gesto.

—No hago distinciones con nadie —repuso con voz fría.

—Déjalo, qué más da. ¿Has mirado dentro del capo por si escondo una ametralladora? —bromeó Alan.

Logan lo fulminó con la mirada, pero no logró borrar la sonrisa chulesca de Alan.

—Dejadlo pasar —ordenó irritado mi guardaespaldas.

Alan aparcó el descapotable en la entrada. El coche hacía juego con él. Provocativo, como su dueño. Alan estaba encantado de conocerse y le

encantaba llamar la atención. Había heredado el cabello trigueño de su hermana, tenía facciones de modelo y unos ojazos azules con los que conquistaba a todo el mundo. Alan sabía que era atractivo y lo utilizaba en su propio beneficio. Lo había conocido cuando no era más que un mocoso impertinente de diez años. Ahora tenía veintiuno, estaba en pleno apogeo de su sexualidad y para mí era como mi hermano pequeño.

—Y luego dices que soy yo al que le encanta llamar la atención... — dijo, caminando hacia mí con su eterna sonrisa de seductor nato—. Vaya comitiva de bienvenida que me has montado. ¿Lo haces con todo el mundo?

—Solo con los chulitos como tú.

Me estrechó con fuerza y yo lo llené de besos. Adoraba a Alan y no tenía ni idea de por qué le había cogido tanto cariño. Desde la primera vez que lo vi, sentí que aquel chiquillo desgarrado le echaba demasiado morro a la vida porque se había forjado una coraza para no sufrir. Alan se había criado en un internado hasta los diez años, cuando Harley se enteró de que tenía un hermano y se hizo cargo de él. Entonces pasó a formar parte de nuestra familia, y a todos nos costó ganarnos el afecto de aquel chico desconfiado.

—Terminator acojona un poco. ¿Por eso lo has contratado? Es parco en palabras, eh —se refería a Logan, que lo escudriñaba desde lejos con cara de pocos amigos.

—Hace bien su trabajo, no te metas con él.

—No pienso meterme con esa mole. Es como uno de esos porteros de discoteca que te asesinan con la mirada. Podría matarme de un puñetazo — puso cara de horror. Luego me repasó de arriba abajo y silbó—. Mía, ¿cómo es que aún no tienes novio? ¿Te estás reservando para mí?

Puse los ojos en blanco.

—Somos como hermanos, eres un cerdo.

—Que yo sepa, no llevamos la misma sangre —me pasó un brazo

alrededor de los hombros y me atrajo hacia sí—. En serio, ¿por qué te sigues resistiendo? Hacemos buena pareja y tendríamos unos hijos de catálogo.

Me eché a reír y lo dejé por imposible. Llevaba toda la vida así. Le encantaba coquetear hasta con las piedras.

—Te saco ocho años, pequeñín.

—Lo de abajo no lo tengo tan pequeñín, si quieres te lo enseño.

Le di un guantazo y él soltó una carcajada.

—En serio, ¿eso te funciona con alguien?

—Pues la verdad es que sí —respondió encantado—. A las mujeres les encantan los hombres con sentido del humor. Quizá el problema lo tienes tú...

—Las manos donde yo pueda verlas —le ordenó Harley.

Alan puso cara de circunstancia y aceptó el abrazo asfixiante de su hermana.

—¡Socorro!

—Vamos, so tonto. Deja de ligar con Mia y saluda a tus sobrinos. Te ven tan poco que a veces creen que eres una alucinación.

—No me gustan los niños —me susurró al oído él antes de que Harley lo arrastrara hacia la casa—. Soy selectivo. Si me ven poco me echarán de menos. Si lo piensas bien es una buena idea.

Estaba contenta de tener a Alan en casa porque hacía demasiado tiempo que la familia no se reunía al completo. Ahora estábamos todos y tenía que reconocer que me sentía muy feliz. Apenabas paraba en mi casa porque me dolía recordar, pero empezaba a sospechar que poner distancia había sido un completo error. Ellos no se merecían mi ausencia, pero tampoco podía explicarles el motivo de esta.

Alan intentaba huir de mis sobrinos a la menor oportunidad, y Harley y

mi hermano aprovechaban la oportunidad para hacer manitas. Yo estaba ayudando a mi madre a preparar la cena. Ella era de la idea de *mejor que sobre a que falte*. Así que más que una cena de familia aquello parecía un banquete para trescientos espartanos hambrientos.

—Pondré un plato más para el Señor Prexton —me dijo de repente.

—No sé si es buena idea, mamá.

—¿Invitar a nuestra mesa al hombre que te salvó la vida? Pues yo creo que es una idea estupenda. Sí, es lo menos que podemos hacer para agradecerle su trabajo.

—No estaba diciendo que no fuera bien recibido, sino que quizá a él no le apetece cenar con nosotros.

—¿Y por qué no le iba a apetecer? —refunfuñó mi madre.

A veces, hablar con ella era como hacerlo con una pared.

—Porque es muy reservado. No deberíamos ponerlo en un compromiso.

Mi madre volvió a meter las manos en la masa.

—Anda, ve a decirle que la cena estará preparada dentro de una hora. Y dile que me encantaría que cenara con nosotros.

Resoplé.

—Mamá...

—Mia Parker, por una vez en tu vida, haz lo que te digo. Seguro que al Señor Prexton le agradará saber que apreciamos mucho su presencia.

Cuando no me moví, mi madre me dio una palmadita en la mejilla y me lanzó una mirada tajante. De mala gana, fui a buscar a Logan a sabiendas de que la invitación no sería bien recibida. Para mi sorpresa, me lo encontré charlando animadamente con Alan. Aunque para ser honesta, era Alan quien no paraba de cotorrear mientras Logan lo escuchaba con expresión circunspecta. Vaya, seguro que Alan sufría otro ataque de incontinencia verbal. Le pasaba a

menudo.

—Ah, aquí está la reina de los periódicos. Le estaba contando a Logan lo de tu secuestro exprés en la selva.

—No fue un secuestro, no exageres —le pedí, con las mejillas ardiendo al ver la mirada profunda que me dedicaba Logan—. Intentaron secuestrar el cargamento de ayuda humanitaria que transportábamos, que no es lo mismo. Y las autoridades actuaron al instante.

—Ah, para ella siempre es poca cosa. ¡Cómo si eso le pasara a todo el mundo! Menudo trabajo le estará dando, eh Logan —le dio un guantazo en el hombro a Logan, que lo fulminó con la mirada.

Alan ni siquiera se inmutó.

—¡Y tú recibiendo balas por su culpa! Vaya, pensé que esas cosas solo sucedían en las películas —continuó Alan, y volvió a golpear a Logan. Mi guardaespaldas apretó la mandíbula—. Por lo menos te habrá subido el sueldo...

—No me tienen que subir el sueldo por hacer mi trabajo —le espetó él.

—Sí, ¡pero menudo trabajo! Quizá me he equivocado de carrera y lo que de verdad vuelve locas a las mujeres son los guardaespaldas. ¿Has tenido muchos rollos con tus clientas? —nos lanzó una mirada indiscreta a los dos.

—¡Alan, no seas maleducado! —lo censuré avergonzada—. ¿Por qué no te vas a jugar con los niños?

Puso cara de espanto.

—¿Con esos demonios? Llevo una hora con ellos y ya tengo ganas de suicidarme.

—Cómo te escuche su madre...

—¡Tito Alan! —lo llamaron desde lejos.

A él se le descompuso la expresión y echó a correr por el pasillo.

Logan lo siguió con la mirada sin decir nada. Dios, no me podía creer que Alan hubiera dado a entender que nos habíamos acostado.

—Eh... discúlpalo, le encanta sobreactuar. Estudia periodismo y lo de hacer preguntas lo lleva en la sangre —le dije.

—Lo de irse de la lengua también. Me ha contado varias cosas sobre ti.

Me miró a los ojos y a mí se me calentó toda la piel.

—Eh... uhm... ¿sí? —. Me puse nerviosa y no lo pude disimular —. No le echés mucha cuenta. Dramatiza todo el rato, ya lo has visto... — balbuceé abochornada.

Él me observó con una media sonrisa enigmática que me puso de los nervios.

—¿Qué te ha contado? —exigí saber.

—Qué más da. Como ya has dicho, no debo echarle cuenta.

Asentí de mala gana, aunque por dentro deseaba estrangular a Alan. A saber lo que le había contado de mí.

—A mi madre le gustaría que cenases hoy con nosotros. No tienes que decir que sí por compromiso, pero quería que lo supieras.

—De acuerdo.

Me lo quedé mirando con dos palmos de narices. ¿Ya está? ¿Así de fácil?

De repente, se inclinó hacia mí y me acarició la mejilla con un dedo. Entrecerré los ojos y un intenso calor me recorrió todo el cuerpo. Me faltó el aire, hasta que me di cuenta de lo que estaba haciendo y me desinflé como un globo.

—La tenías manchada de... —se llevó el dedo a la boca. Mis ojos se quedaron clavados en sus labios y sentí un anhelo desconcertante en mi estómago—. Pudding de chocolate. Está delicioso.

—Ah... me alegro —musité con cara de boba.

Uf, ¿se podía ser más patética?

—Tengo cosas que hacer. He descubierto un patrón en sus emails, pero me gustaría cerciorarme antes de ponerla al tanto —otra vez el tono mecánico. La intimidad, o lo que hubiera sido aquello, se había vuelto a romper—. Hasta la cena, Mia.

Lo vi marchar y no supe qué pensar. Mi madre lo invitaba a cenar y él aceptaba sin reservas. Quizá el problema era yo.

—Estaba todo riquísimo, Señora Parker —dijo Logan.

—Por favor, llámame Penélope.

Había sido una cena estupenda, e incluso mi guardaespaldas había intervenido en la conversación de vez en cuando. Aquello reafirmo mis sospechas: lo de cruzar la línea solo se refería a mí. ¿Por qué?

—Estás en buena forma —lo halagó Alan—. ¿Haces mucho ejercicio?

—Pues... lo normal para mi trabajo —respondió Logan.

Logan no sabía dónde meterse. Matt sacudió la cabeza y Harley resopló. Madre mía, Alan llevaba toda la cena coqueteando descaradamente con él. El pobre Logan parecía bastante desconcertado porque desconocía que Alan era bisexual. Y que tenía muy poca vergüenza.

Le di una patada a Alan por debajo de la mesa para que lo dejara en paz.

—Ay, ¿por qué me pegas? —se quejó, y yo lo fulminé con la mirada—. ¿Temes que te lo quite?

Logan carraspeó incómodo. Yo me pregunté cuántos años me caerían por apuñalar a Alan con el tenedor. Era lo peor.

—Alan —lo censuró su hermana.

—Pues sí —admití ufana, ante el asombro de todos—. Valoro mucho el servicio del Señor Prexton. Así que cierra el pico antes de que salga huyendo por tu culpa.

Todas las miradas se centraron en mí. Mierda, ¿había admitido eso en voz alta? Noté que Logan no me quitaba la vista de encima y me empezaron a sudar las manos.

—Bueno hija... si te pones así... —Alan sonrió de medio lado. Lo iba a matar. Joder, había caído en su juego. Me había tendido una trampa para dejarme en evidencia delante de Logan. Aquello no se lo perdonaba—. Solo bromeaba, Logan. No dejes a Mia solita, que te va a echar mucho de menos.

Le pequé otra patada por debajo de la mesa.

—No me voy a ir a ninguna parte —zanjó Logan, y a mí el corazón me dio un vuelco.

—¡Pues claro que no, aún queda el postre! —exclamó mi madre.

La pobre no se enteraba de nada, pero agradecí su intervención. Pudimos terminar el postre en paz y mis sobrinos se empeñaron en jugar al escondite.

—¿Jugamos por parejas? —suplicó Susan—. Mamá y papá, la abuela y Alan, y Mia y Logan. ¡Yupiiii!

—Yo no quiero que me toque la vieja, así perderé seguro —se quejó Alan.

Mi madre le soltó una colleja.

—¡A quién llamas tú vieja!

—A nadie, bombón. Cómo son las mujeres de esta familia...

—Anda Susan, ya es muy tarde. Y puede que a Logan no le apetezca jugar al escondite —intercedí yo.

Ella hizo un puchero al que se unió su hermano. Luego vinieron las súplicas.

—A mí no me importa —concedió él.

Lo miré sorprendida. Parece que la niña era su talón de Aquiles. Pues vale, definitivamente lo de cruzar la línea solo me incluía a mí. Empecé a mosquearme y traté de enmascararlo. ¡Quién entendía a mi guardaespaldas!

—¡Uno, dos, tres, cuatro...! —empezó a contar Jack.

Se escuchó un estruendo de sillas y acto seguido toda mi familia echó a correr como si aquello fuera una estampida. Logan se quedó perplejo, así que me levanté y lo agarré del brazo.

—Así funcionan las cosas en esta casa de locos —le expliqué con una sonrisa—. ¡Corre, los últimos friegan los platos! Conozco el escondite perfecto.

Logan frunció el ceño, pero cuando creí que se negaría, me dio la mano y me siguió sin rechistar. Corrimos hacia la parte trasera de la casa en dirección al invernadero. Cuando estuve delante de la puerta, me detuve de golpe y recordé los momentos que había vivido allí dentro con Fernando. Un conflicto de emociones luchó en mi interior.

—¿Entramos?

—Sí —decidí, tirando de él hacia el fondo—. Es allí detrás, bajo el montón de sacos de abono.

—Huele un poco mal.

—Vaya... vaya... y dicen que la malcriada soy yo —bromeé.

A mi lado, noté que él casi sonreía. ¿Lograría alguna vez que sonriera de verdad?

Escuché un correteo de pasos y tiré de él hacia el fondo. Nos sentamos entre un montón de utensilios de jardinería y varios sacos amontonados de abonos. Cuando escuché a Susan gritar órdenes a su hermano, apreté por inercia la mano de Logan. Fue entonces cuando me di cuenta de que aún estábamos cogidos de la mano. Pero él no me soltó. Con nuestros dedos

entrelazados, sentí que por extraño que resultara encajábamos de una forma muy desconcertante. Me eché hacia un lado para hacerle hueco en nuestro escondite, y a él no le quedó más remedio que pegarse a mí para no revelar nuestra posición. Su rodilla contra mi muslo, nuestros hombros rozándose y mi mano libre sobre su pantorrilla. Estaba más duro que una piedra y me entraron ganas de pedirle permiso para tocarlo a mi antojo. Seguro que en su estómago se podían partir nueces.

—Alan y tú parecéis muy amigos —susurró contra mi oído.

Su respiración me hizo cosquillas en la oreja. Me volví hacia él y noté que estábamos demasiado juntos. Sus ojos grises me miraban sin su característica frialdad. No sé qué había en ellos, pero me desconcertaba y atraía a partes iguales.

—Lo conocí cuando era un crío impertinente. Lo quiero muchísimo y me preocupo por él. Por mucho que se las dé de listo, en el fondo está más perdido... —me mordí el labio—. Oye, lo que ha dicho cuando estábamos cenando... le encanta dejar en evidencia a todo el mundo.

—¿Tanto valoras mi servicio como para temer que salga huyendo?

—Me gusta tu compañía —admití con un hilo de voz.

—Bien, porque no pienso irme a ningún lado.

Me derretí como el caramelo y su mirada se oscureció. No sé qué había en sus ojos, pero ahora me miraban de una manera distinta. Cada vez estábamos más cerca y ahora mi mano se apoyaba en su muslo sin reservas.

—Vale. Sí, está bien que te quedes —logré decir.

¿Está bien que te quedes? ¡Pues claro que se iba a quedar! Era mi guardaespaldas, su trabajo era mantenerse pegado a mí todo el tiempo.

Él arrugó la frente y sospeché que la había fastidiado con mis palabras. Hasta que me apretó la mano y comenzó a acariciarme los nudillos. No sé si se daba cuenta de lo que hacía, pero lo hacía muy bien. Tocarme se le daba de

maravilla.

—Alan dice que eres una experta en meterte en problemas.

Alan podría cerrar la boca o tendría que amordazarlo.

—Alan exagera.

—¿Lo hace? —dudó con una media sonrisa—. Se te da bien poner en riesgo tu vida, Señorita Parker.

Dios, me encantaba cómo sonaban aquellas dos palabras en su boca. Con esa voz ronca que me volvía loca.

—Pues menos mal que te tengo a ti, ¿no? —me acerqué a él con cierto recelo, pero no se apartó—. ¿Ahora sí me tuteas?

—Me cuesta no hacerlo —admitió con pesar—. Nunca paras de sorprenderme, y a veces se me olvida que soy...

Tu guardaespaldas. Pero no lo dijo. Y a mí no me importaba. ¿Y qué?

—Las mujeres complicadas es lo que tienen. ¿Tan distinta soy al resto de tus clientes? Pensé que todos los ricos éramos iguales.

Él me miró con una profundidad que me dejó sin aliento.

—Tú eres distinta a todas las mujeres que conozco.

El corazón me palpitó con fuerza y me armé de valor.

—Cuando te he visto hoy con mi familia... he pensado en algo. Tengo la impresión de que lo de guardar las distancias es solo conmigo —estudié su reacción, pero se limitó a observarme sin decir nada. Inspiré con fuerza y decidí proseguir—. La parte más sensata me dice que es porque no me soportas. Pero... luego hay otra parte que...

Logan tiró de mi mano y me atrajo hacia él. Me pegó a su pecho y me acarició la espalda con la otra mano. Seguro que podía notar mis latidos acelerados contra su pecho. La mano que tenía sobre mi jersey me traspasó la piel y me llenó de calor.

—¿Qué es lo que te dice esa otra parte? —preguntó.

—Pues... dice que quizá te esfuerzas en mantener la distancia conmigo porque te sientes atraído por mí.

Dejó de acariciarme de golpe. Vaya, quizá me había colado. Pero Logan no se apartó. Noté el conflicto de emociones de su expresión y sospeché que había dado en el clavo.

—Tienes un alto concepto sobre ti misma — dijo con voz apagada.

—No lo sé, Logan. Corrígeme si me equivoco.

Él suspiró, me cogió de los hombros y me acercó a su boca.

—Me encantaría hacerlo, pero...

Me rozó los labios con suavidad, casi pidiéndome permiso. Cerré los ojos y temblé de anticipación. Quería que me besara. Dios, lo deseaba muchísimo. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Me estaba torturando con aquella caricia y yo me moría de deseo. Logan lo notó y sonrió contra mis labios, sin llegar a besarme del todo.

—Pero no puedes. Así que bésame —le pedí excitada.

Logan soltó un gruñido antes de apretarme contra su cuerpo. Fue a besarme cuando unos gritos infantiles invadieron el invernadero. Nos quedamos petrificados y nos apartamos como si estuviéramos haciendo algo malo. En realidad fue él quien se alejó de mí, porque yo me quedé allí, esperando un beso que nunca llegó a suceder. Cuando me di cuenta de la situación, me levanté abochornada y noté que Logan evitaba mi mirada.

—¡Pillados! —exclamó Jack.

Susan se cruzó de brazos y nos lanzó una mirada acusadora, pero no dijo nada.

Todo el mundo se había ido a dormir y nosotros estábamos fregando los platos. No sabía cómo sentirme, porque Logan no me daba opción a hablar del tema. Me daba la espalda mientras fingía estar muy ocupado fregando una

olla.

—No hace falta que lo hagas tú. Eres el invitado de mi madre, no creo que a ella le guste.

—Hemos perdido y a mí no me importa.

Era imposible hablar con su espalda. ¿Es que pensaba fingir que entre nosotros no había pasado nada? ¿Qué demonios le pasaba a ese hombre?

Pues yo no pensaba permitirselo. No era la clase de persona que ignoraba los problemas —o lo que fuera aquello—, así que le quité el estropajo y él se volvió hacia mí. Ahora tenía su atención.

—No puedo fregar sin él.

—No quiero que friegues los platos, quiero que hablemos.

Me lanzó una mirada fría como el hielo, pero no me dejé impresionar.

—¿De qué quieres que hablemos?

—¡De lo que ha pasado hace unos minutos! Casi me has besado.

—Tú eras la que iba a besarme —me acusó con desdén.

Intenté que sus palabras no me afectaran, pero su indiferencia comenzó a resquebrajar mi orgullo.

—Un beso es cosa de dos —lo contradije molesta—. ¿Qué ha sido lo que nos ha pasado antes? Me gustaría que fueras sincero, Logan. Lo necesito.

Se secó las manos con un trapo y lo tiró sobre la encimera.

—No ha sido nada —dijo, dándome la espalda—. Tienes razón, no tengo por qué fregar los platos.

—¡Sí, lárgate, cobarde de mierda! —le grité, herida y motivada por la rabia.

Noté que sus hombros se tensaban. Pero era un cobarde, ambos los sabíamos.

—Buenas noches, Mia. Por cierto, me tienes que devolver la chaqueta.

Le arrojé el trapo con el que se había secado las manos, que cayó en el

pasillo sin ni siquiera rozarlo. Así me sentí yo, como un maldito trapo. Como un trapo al que ni había usado antes de decidir que no merecía la pena. Pero me dije a mí misma que no volvería a pasar. Era la última vez que cruzaba la línea con mi guardaespaldas.

35. Logan

Mierda.

Jo-der. ¿Pero qué cojones me pasaba? ¡Había estado a punto de besar a Mia! De hecho, la habría besado de no ser por la oportuna aparición de sus sobrinos. ¿Y luego qué? Probablemente habría sido incapaz de tener las manos quietas y me la habría follado entre un montón de sacos de estiércol. Ni siquiera el olor a mierda conseguía relajarme la polla.

Me froté el rostro mientras regresaba de mi paseo por los jardines de la casa. Sí, era un cobarde de mierda por no admitir la verdad. Pero antes muerto que demostrarle a Mia lo mucho que me afectaba. Cuando llegué a mi habitación, la chaqueta estaba colgada en el pomo de la puerta. Sonreí de mala gana. Apuesto a que ella había maldecido mi nombre antes de devolvérmela. Me encerré dentro de mi habitación y tiré la chaqueta sobre una silla.

Mierda.

La línea, me recordé. La puta línea no servía de nada con Mia. Ella lo sabía y lo había utilizado en mi contra. Ella Sospechaba que solo guardaba las distancias porque en el fondo me sentía atraído por ella, y me había arrojado la verdad a la cara sin despeinarse. Y entonces yo había querido besarla. Y joder, ella había estado receptiva. Percibir su deseo había sido una sorpresa deliciosa a la que no pude resistirme. Me enfrenté a ese beso con miedo, como si jamás hubiera besado a ninguna mujer. Y luego me volví loco al darme cuenta de que ella se derretía en mis brazos.

Mierda.

No, no se repetiría. Aunque me ganara su odio y aquello me consumiera lentamente. No podía dejarme llevar con ella porque en el fondo sabía que no era bueno para ninguno de los dos. Mia sentía algo por el tal Fernando, no era tan tonto como para no darme cuenta. Y yo... no tenía ganas

de complicarme la vida con una mujer que sentía cosas —lo que fuera— por otro hombre. Además, no estaba preparado para volver a sentir. Ni a sufrir. Ya había sufrido bastante y me merecía llevar una vida tranquila. Sin complicaciones, ni mujeres, ni ataduras...

Tenía otro mensaje de Keira. Uno más que se sumaría a su larga lista de mensajes sin contestar. Aquel era más tajante. Más exigente. Como si ella tuviera derecho a exigirme a mí algo.

Tenemos que hacerlo. Quiero saber cuándo vuelves a tu casa para que podamos tomarnos un café y charlar como dos personas civilizadas. Me enteraré de tu regreso si no me lo cuentas. Y entonces cogeré un avión y nada te salvará de tener una conversación conmigo. Estoy harta de que te compadezcas y te regodees en tu vida de mierda. No voy a sentir más lástima por ti. Tú nunca la sentiste por mí. Me culpaste por todo y así lograste salir adelante (o como quieras que llame a la mierda de vida que llevas ahora). Siempre te querré, Logan, pero esto tiene que acabar. Tenemos que hacerlo.

Solo tenía razón en una cosa: jamás me había compadecido de ella. ¿Por qué iba a hacerlo? No se lo merecía. Ni yo. Los dos habíamos fallado como padres.

Apreté el móvil contra la palma de la mano. *Tenemos que hacerlo.* Tres palabras que flotaron en mi cabeza y que llevaban atormentándome demasiado tiempo. *Tenemos que hacerlo.* Ella hacía que pareciera fácil, pero no lo era.

Era la decisión más difícil de mi vida.

¡Y yo malgastando mi tiempo con Mia Parker! Ella podía quedarse con el tal Fernando. En mi vida no había espacio para ella. Solo quedaban los recuerdos y el dolor. Todo lo demás sobraba.

36. Sarah

No fui a trabajar el viernes. Era la primera vez que faltaba al trabajo y ponía una excusa, pero sabía de sobra que Fernando lo entendería. No tenía ganas de verle la cara. ¿Para qué? A esas alturas ya había llegado a la conclusión de que mi jefe me utilizaba a su antojo. No significaba nada para él, y probablemente se divertía demostrando que podía tenerme postrada a sus pies.

Pero la culpa era mía, eso lo sabía de sobra. Era la persona con menos autoestima del planeta, y él solo tenía que descolgar el teléfono para que yo me pusiera a sus pies. Me lo tenía merecido, aunque no entendía una cosa: ¿por qué no me había besado? ¿Por qué no se había aprovechado de la situación y me había desnudado en el sofá?

Ah, puede que para él fuese tan poca cosa que ni siquiera mereciera tal esfuerzo. Aunque había notado su deseo. Sus ganas. Quizá porque estaba borracho, no lo sé. Según él; le importaba demasiado para hacerme daño a mí también.

¡Ja, qué yo me lo creía!

Tú mereces más que ser mi secretaria.

Menuda tontería. Los dos sabíamos que le resultaba muy útil y que haría cualquier cosa con tal de que yo siguiera comiendo de su mano.

El sábado y el domingo los había pasado encerrada en casa. Aprovechando la soledad para lamarme las heridas y fingir que me había llevado tal decepción que ya no sentía nada por él. Recordaba la amargura con la que me había contado que se había acostado con Mia.

Como si no hubiera significado nada para él. Y sin embargo, había sido capaz de engañar a su prometida con otra. ¡En su fiesta de compromiso! ¿Qué clase de persona hacía algo así?

Recibí un mensaje suyo el domingo por la mañana. No le contesté, pero lo releí varias veces con el ceño fruncido. A eso me refería. Cuando Fernando olía el peligro, se comportaba como si yo le importara de verdad. Como si temiera perder a Sarah, y no a su secretaria. Maldito embustero.

Ya sé que no tengo ningún derecho a preguntar, pero necesito saber que estás bien. Puedes tomarte los días que necesites de descanso. Lo que pasó en tu casa fue inapropiado, y lamento de corazón si te hice sentir incómoda. No sé lo que me pasa contigo, pero te prometo que todo lo que te dije iba en serio. Me importas demasiado, Sarah. Lo suficiente para no jugar también contigo. No debería haberte llamado el otro día, y ni siquiera sé por qué lo hice. Quizá porque me siento bien cuando estoy contigo. Tremendamente bien. Ya sé lo que piensas de mí y no te estoy pidiendo una segunda oportunidad. Solo quiero que estés bien, aunque eso implique que sea yo el que tenga que apartarse.

No entendía la última frase. ¿Qué quería decir con lo de que fuera él quien tuviera que apartarse? ¿A qué diantres se refería?

Estaba llegando a la oficina, así que no tardaría en resolver mis dudas. Le plantaría cara y le diría que se dejase de tonterías. Que dejase de intentar demostrar que se preocupaba por mí y empezáramos a tener una relación jefe secretaria. Y punto.

Me estaba envalentonando cuando me crucé con una mujer joven que salía de su despacho. Llevaba un traje de dos piezas y me sonrió con cordialidad. Me la quedé mirando muy desconcertada. ¿Quién era? Fernando estaba tecleando en el ordenador, pero levantó la cabeza en cuanto me vio. Tenía aspecto de haber dormido poco.

—Buenos días, Sarah. Pensé que te tomarías algunos días más. Me alegra ver que ya has vuelto.

Aquella voz, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Como si no hubiera estado a punto de besarme. Le sonreí con frialdad.

—No me encontraba bien el viernes, pero no le dije que me fuese a tomar unos días de descanso — respondí irritada.

—Sí, ya, es solo que... —se puso de pie y rodeó su escritorio. Noté que intentaba tapar una pila de documentos—. Pensé que tendría más tiempo.

—¿Más tiempo para qué? —repliqué con tono huraño.

La mujer que acababa de salir de allí, los documentos que él estaba cubriendo...

Abrí los ojos de par en par. No me lo podía creer.

—¿Está buscando una nueva secretaria? —le recriminé sin dar crédito.

Fernando se levantó y caminó hacia mí, pero puse las manos en alto. No lo negaba.

—Ni me toques —bramé, sacudiendo la cabeza con energía. Todo lo que había hecho por él... todo lo que me había implicado en el trabajo... para que ahora me desechara como una colilla. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos con rabia—. No me merezco esto. Soy la

mejor y jamás encontrarás a nadie como yo.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó abatido—. Puedo leer cientos de curriculums, que sé de sobra que nunca encontraré a nadie como tú. Y no me refiero a lo buena secretaria que eres, Sarah. Ya sabes de lo que estoy hablando.

Me abracé a mí misma. No iba a llorar delante de aquel impresentable.

—¿Y por qué lo hace? —exigí saber—. Me merezco una explicación y no voy a irme de aquí sin ella.

—Lo hago por ti.

—Por mí... — repetí con rabia.

Fernando acortó la distancia que nos separaba y me cogió las manos antes de que pudiera reaccionar. Me solté furiosa y le di un empujón.

—¡Qué no me toque!

—Lo hago por ti — insistió desesperado, mirándome a los ojos—. Porque te mereces mucho más que pasarte el resto de tu vida encerrada en una mierda de despacho sin ventanas. Eres demasiado cobarde para tomar esa decisión, así que solo te estoy dando un empujón para que espabiles.

—¡Quién eres tú para tomar decisiones por mí! —le grité, y me aparté cuanto intenté tocarme—. Tú solo te preocupas por ti mismo. No finjas... no te atrevas a decir que todo esto lo haces por mí.

—Tienes razón, no soy más que un miserable —admitió, escocido por mis palabras—. Pero si tengo la oportunidad de hacer las cosas bien, aunque solo sea por una vez... voy a dejar de mirar por mí y

hacerlo por otra persona. Y esa persona eres tú, aunque te cueste creerlo.

—Lo único que quieres es deshacerte de mí porque...

—¿Por qué? —preguntó con una mueca sarcástica—. Adelante, dímelo tú. Llevo preguntándomelo varios días y te aseguro que la respuesta siempre es la misma.

—¡Porque ahora soy un problema para ti! —le escupí con resentimiento.

Fernando se pasó las manos por el pelo y dio un manotazo a la pila de carpetas que había sobre el escritorio. Los curriculumms se esparcieron por todo el despacho y él soltó una maldición. Nunca lo había visto así.

—Tienes razón, te has convertido en un problema —repuso con frialdad—. Pero con lo lista que eres, tenía la esperanza de que te dieras cuenta de algo más.

De algo más. El pulso me latió deprisa en las sienes. Estaba mareada. No, ese no era el motivo. Me echaba porque ya no le resultaba útil.

—Voy a recoger mis cosas.

Me cogió del brazo. Sentí un profundo calor que se extendió por todo mi cuerpo. Respiré con dificultad. Me ponía las manos encima y todo mi mundo explotaba. Odié ser tan débil. Odié derretirme como el chocolate caliente cuando él acercó sus labios a mi oreja.

—Eso puede hacerlo otra persona. Ahora tienes una cita con el Señor Johnson.

Lo miré desconcertada. Los ojos de Fernando se posaron una

fracción de segundo sobre mis labios antes de soltarme con brusquedad. Los dos retrocedimos impactados por aquella sensación.

—¿Por qué? ¿Para la carta de recomendación? No la quiero — me hice la digna.

—Te va a hacer una entrevista. Ya te dije que te mereces ser más que mi secretaria. Hay un puesto vacante como investigador privado y estoy convencido de que tú estás a la altura.

Salió del despacho tras decir aquellas palabras. Me quedé desecha y sin poder reaccionar. No entendía nada.

El interés del señor Johnson en mi currículum me dejó impactada. De repente tenía la posibilidad de optar a un ascenso. El doble de sueldo, la mitad de la jornada y una mayor iniciativa. Era la clase de trabajo con el que siempre había soñado, pero al que nunca me había animado a postular. Al fin y al cabo ¿quién era yo? Graduada en empresariales en una universidad pública y con experiencia como secretaria. Imaginaba que se reirían de mí si intentaba aspirar a algo más. Pero allí estaba, la oportunidad que siempre había estado esperando. Y todo gracias a...

—El Señor Sandoval nos ha hablado muy bien de usted. Admite que lo ha estado ayudando más allá de sus tareas como secretaria, y que tiene la capacidad suficiente para desempeñar este puesto. Estaría en periodo de prueba, pero si es tan buena como él dice, seguro que no le costará ganarse nuestro beneplácito. Dice que es usted capaz de descubrir cualquier cosa.

—Bueno... —me acaricié el brazo con timidez—. Todo tiene un límite, pero si me da una oportunidad, daré lo mejor de mí.

—Ah, y además modesta. Bienvenida a su nuevo puesto como investigadora del bufete, Sarah.

Creí que estaba soñando, pero entonces él me estrechó la mano. Luego me llevó hacia un despacho luminoso y lleno de ventanas. ¡Ventanas!

—No se parece en nada al que tenía antes. Espero que sea de su agrado.

—Lo es —respondí alucinada.

—Firmaremos el contrato mañana y ya tendremos tiempo de hablar de las condiciones, pero le aseguro que le parecerán más que razonables. Tómese el resto del día libre, Sarah.

—Muchas gracias, Señor Johnson.

No sé por qué volví a mi antiguo despacho, pero me puse a recoger mis pertenencias como si así pudiera organizar mi mente. Había pasado de ser secretaria a tener un puesto de mayor responsabilidad en cuestión de una hora. Y allí estaba, observando con nostalgia todo lo que me rodeaba. Porque en el fondo tenía mucho miedo de no dar la talla.

Y todo gracias a Fernando.

Seguía sin entender nada. Pensaba que se estaba deshaciendo de mí, pero se había limitado a hablarle bien de mí a sus superiores. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había renunciado a su secretaria? Me había hecho a la idea de que era un maldito egoísta que siempre me utilizaba a su antojo, pero ahora...

—¿Una sola caja? —me preguntó, al ver que había conseguido meter mis pertenencias allí dentro.

Me encogí de hombros. No quería llevarme nada que me

recordara a él, así que había metido en la caja lo indispensable.

—Solo lo más importante. Le he dejado todo lo demás a tu nueva secretaria. Si necesita que la ponga al día cuando se incorpore, le echaré un cable. Solo tiene que decírmelo.

—Sí, ya se lo comentaré cuando la encuentre.

Dejé la caja en el suelo. Por la pila de curriculums que tenía sobre el escritorio, tenía muchos candidatos entre los que elegir.

—¿Aún no te has decidido?

—Es más complicado de lo que parece. Cuando por fin encuentro a alguien que encaja, me pregunto si será igual de bueno que tú. Y siempre llego a la conclusión de que eso es imposible. Has dejado el listo muy alto —dijo con una sonrisa triste. A ti te ha ido bien con Johnson, pero eso ya lo sabía.

—No tenías ningún derecho a decidir por mí.

—¿Sigues enfadada?

—No... no lo sé. Un poco, es extraño. Sé que tengo que darte las gracias por esta oportunidad, pero no puedo. No estaría siendo sincera.

Suspiró. Se levantó y rodeó el escritorio hasta ponerse delante de mí,

—No me las tienes que dar.

—Me hubiera gustado que antes lo hablaras conmigo. Pero en el fondo sigo pensando que lo has hecho para librarte de mí.

Entrecerró los ojos y chasqueó la lengua. Me crucé de brazos, dispuesta a seguir en mis trece.

—Sarah... —susurró mi nombre con amargura—. Te quieres

muy poco a ti misma.

—Deja de insultarme —le ordené con los dientes apretados—. No soy una pobre damisela en apuros que necesita que vengan a salvarla. Y mucho menos cuando no te he pedido ayuda.

—Solo te he ofrecido un puesto a tu altura. La oportunidad que te mereces, y no un trabajo mediocre en un cuartillo anexo a mi despacho para que trabajes a mi sombra. Tú brillas con luz propia — insistió, con un súbito ataque de ira.

—Aun así... no pretendas darle la vuelta a la tortilla.

—¡Ya sé que te debería haber consultado! —estalló fuera de sí, y acertó la poca distancia que nos separaba—. Y si no lo hice fue porque me acojonaba la idea de que pudieras decir que no. ¿Por qué no puedes verlo? ¡Pensé que eras más lista!

Fue entonces cuando lo descubrí. El temor que se reflejaba en sus ojos. La pasión con la que me miraba. Lo que él intentaba ocultar apartándose de su lado. Y aunque deseé odiarlo con todas mis fuerzas, una sensación poderosa me apretó el estómago y me armó de valor.

—Estás huyendo de mí.

Fernando dejó caer una mano, pero no lo negó.

—¡Y qué si lo hago! Te estoy dejando escapar porque quiero que seas feliz. Los dos sabemos que nunca lo serías a mi lado.

—Eso déjame decidirlo a mí —le pedí en un susurro, cogiéndole la mano—. Creo que no eres tan malo como te empeñas en demostrar. No necesitas protegerme de ti.

—¿No? —me contradijo con una sonrisa ladina—. Te equivocas porque eres la clase de persona que siempre ve lo mejor de los demás.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es.

Tiró de mi mano y me arrastró hacia él. Choqué con su pecho y él bajó la otra mano para aferrarme con fuerza de la cintura. Se me aceleró la respiración cuando recorrió mi cuello con sus labios. Mi pulso se disparó y él me mordió la piel, como si quisiera marcarme. Luego dejó un reguero de besos cálidos y húmedos desde mi cuello hasta la garganta.

—Estás deseando que te bese —murmuró con voz ronca, apretándome contra su cuerpo.

No lo negué. No pude. Me tembló todo el cuerpo cuando una de sus manos se coló por dentro de mi jersey y me acarició la espalda.

—Ahora mismo podría hacer contigo lo que me diera la gana — me advirtió con voz peligrosa, y luego sus ojos oscuros se posaron en los míos una fracción de segundo. El corazón me dio un vuelco cuando acercó su boca a la mía—. Dime que me equivoco, Sarah.

—Yo...

Me perdí en sus ojos y en el deseo que percibí en ellos. Estaba tan excitada que apenas lograba reaccionar.

—Dime que no podría hacer contigo todo lo que yo quisiera — me ordenó con tono duro, mientras sus manos resbalaban por mi piel y me calentaban todo el cuerpo—. Que no podría tumbarte sobre mi escritorio, quitarte la ropa y follarte como sé que estás deseando.

La voz se atascó en mi garganta cuando intenté responder. Di un paso atrás, pero Fernando se abalanzó sobre mí y me besó con dureza. Y mi mundo se detuvo. Gemí contra sus labios y me aferré a su cuerpo.

Sucumbí a un beso salvaje que lo tomó todo de mí. La boca de Fernando se fundió con la mía y me besó a caballo entre la rabia y la desesperación. Tomándolo todo de mí mientras yo me rendía por completo. Susurré su nombre y volví a gemir cuando él me mordió el labio. Emitió un gruñido, me levantó a horcajadas y me tiró sobre su escritorio. Volvió a besarme mientras sus manos me acariciaban por todas partes. Sobre la ropa, con mis piernas abiertas y su erección apretándose contra mi vientre. Comenzó a desabrocharme la blusa y su cabeza se perdió en mi canalillo. Lamió el borde de un pezón que sobresalía del sujetador de encaje y yo eché la cabeza hacia atrás. Una de sus manos se enredó en mi pelo y la otra bajó hasta mis muslos, intentando quitarme las medias. Me besó los pechos y succionó un pezón. Solté un grito de placer y le apreté el brazo. Todo lo que me hacía era delicioso. Era suya. Completamente suya.

Fernando me miró nublado por el deseo. Volvió a besarme, aquella vez con una urgencia que me desarmó. Su boca se aplastó contra la mía y lo besé como llevaba tanto tiempo deseando en sueños. O él me besó, no lo sé. Todo era confuso y devastador. Estaba excitada y mi cuerpo palpitaba por cada una de sus caricias. Consiguió bajarme las medias y comenzó a desabrocharse la bragueta. Abrí los ojos de par en par y fui consciente de que íbamos a hacerlo allí, en su despacho. Él se detuvo un segundo para mirarme a los ojos. No sé por qué lo hizo. No sé lo que buscaba. Solo sé que, de repente, se quedó completamente inmóvil.

—¿Estás...?

Mi voz lo sacó del trance. Se apartó de mí con brusquedad y se pasó las manos por el pelo. Me sentí tan desubicada que me cubrí los pechos. Allí estaba, encima de su escritorio con la falda levantada y las

medias por las rodillas. Mis mejillas se tiñeron de rojo cuando él se cerró la bragueta y me lanzó una mirada vacía.

—¿Lo ves? Podría hacer contigo lo que me diera la gana, ya lo has visto —me espetó con dureza. Sus palabras me golpearon hasta lo más profundo de mi orgullo. Me dio la espalda y habló sin mirarme. Su voz era fría—. En el fondo te estoy haciendo un favor. No necesito una secretaria que esté enamorada de mí.

Me bajé del escritorio casi tambaleándome. Él lo sabía. Dios mío, lo sabía. Acababa de utilizarme para demostrar que me tenía en sus manos. Me vestí a toda prisa con él dándome la espalda.

—¿Has acabado? —preguntó, antes de darse la vuelta.

Lo fulminé con la mirada. Él me dedicó una sonrisa cargada de suficiencia. No pude contenerme. Lo abofeteé con todas mis fuerzas y le marqué la cara. La sonrisa de Fernando se esfumó, y en su lugar solo quedó una mirada vacía.

—No voy a fingir que no me lo merezco —dijo con ironía.

—Eres... eres... —no encontré en el diccionario ninguna palabra para lo que quería gritarle.

—¿Lo peor?

—Un cabrón de la peor calaña —le escupí con despecho.

Fernando evitó mi mirada, como si pareciera repentinamente arrepentido. Pero yo sabía que no era así. Me había hecho sentir como un trapo, y todo con tal de demostrar que él tenía razón.

—Tenías razón. Veo lo mejor de los demás. Gracias por demostrarme que eres un miserable —le dije con rabia. Pasé por su lado y lo golpeé con el hombro. Él ni siquiera se inmutó—. Lo de cenar

juntos queda cancelado, aunque supongo que no hacía falta mencionarlo.
No quiero volver a saber nada de ti. Hasta siempre.

37. Mia

Allí estaba con Alan, ahogando mis penas con alcohol porque me escocía admitir que Logan había pasado de mí. Aunque aquello último no lo tenía tan claro. Habíamos estado a punto de besarnos en el invernadero, pero luego él había fingido que entre nosotros no había pasado nada. Así, como si no le importara. Pero tampoco era tonta. Noté que su deseo era casi tan grande como el mío. Uf, aquel hombre me tenía completamente desconcertada. Y de todos modos, ¿a mí qué más me daba? En cuanto testificara en el juicio regresaría a mi vida y no tendría espacio en ella para Logan.

Alan me sirvió otro chupito de tequila. Me lo bebí de un trago y el líquido me quemó la garganta. Abrí la boca para respirar y los ojos se me llenaron de lágrimas. Él se echó a reír.

—Nena, olvidaba que eres una abstemia.

Aquella noche me daba igual. Llevaba casi dos semanas intercambiando monosílabos cortantes con Logan. Recordando todo lo que me dolía al pasar tanto tiempo en casa. Y para colmo, hoy era el aniversario de la muerte de mi padre y en la casa flotaba un ambiente bastante melancólico. Y yo me sentía una traidora, como de costumbre.

—Por un día tampoco pasa nada —dije con voz áspera, y bebí a morro de la botella.

—¡Oyeeee! —Alan intentó quitarme la botella, pero me puse de pie y caminé tambaleándome hacia la cama.

—¿Qué? —repliqué airada. Ya se me empezaba a trabar la lengua—. Soy mayor que tú, no puedes darme órdenes, renacuajo.

—Pff... —Alan estaba casi tan borracho como yo. Consiguió llegar hasta la cama y se tendió a mi lado—. ¿Esto es porque estáis todos tristes por

lo de tu padre, o por el juegucito que te traes con Robocop?

Lo miré de reojo y apreté la mandíbula. Intenté alzar la botella y parte del contenido me salpicó la cara. Alan me la arrebató y suspiré derrotada.

—No lo llares así.

—Ah... así que tengo razón. Te gusta el hombre de hielo —sonrió con suficiencia y le pegué un guantazo.

—Es complicado.

—¿Por qué es tu guardaespaldas?

—Porque... es complicado.

—Eres un libro abierto. Vamos nena, suéltalo ya. Te gusta tu guardaespaldas, ¿y qué? No eres la primera ricachona que se encapricha del tipo que tiene que protegerla —me evaluó con la mirada durante medio minuto—. ¿O es más que un capricho pasajero?

—No lo sé —admití en un susurro.

Alan se recostó de costado y me miró con interés.

—Vaya... eso sí que no me lo esperaba. ¿Qué hay de Fernando? ¿Ya lo has olvidado?

—No lo sé —repetí con amargura—. Me he llevado una decepción, aunque supongo que no puedo culparlo teniendo en cuenta cómo lo traté. Es solo que... no lo reconozco. Ni tampoco me esperaba toparme con alguien como Logan. Me descoloca en todos los sentidos.

—Que te pone perraca, ¿no?

Volví a golpearlo y él soltó una carcajada.

—Eres lo peor.

—Tengo razón —zanjó con una sonrisa de suficiencia—. La cuestión es... ¿qué vas a hacer al respecto?

—Ay... no lo sé. Y de todos modos da igual. Dentro de poco testificaré en el juicio y volveré a mi trabajo con la fundación. No tengo tiempo para

nada más.

Alan puso los ojos en blanco.

—Es una gran excusa para seguir siendo cobarde —me dio una palmadita en la mano—. Qué decepción, nena. De pequeño te tenía en un pedestal.

—¿Disculpa? —me incorporé con gran dificultad—. No soy ninguna cobarde.

—Claro que sí. No te atreves a tener una conversación con Fernando porque temes seguir sintiendo algo por él. Pero si lo hicieras, pasarías página de una puñetera vez y también le permitirías a él hacerlo. Y tienes miedo de dar un paso adelante y plantarle un beso a tu guardaespaldas. Aunque por como lo miras, yo diría que más que un beso tienes ganas de marcha.

—No me hables así —le advertí con voz temblorosa.

—Te hablo como me da la gana —dijo, y me besó en la mejilla—. Si no lo hago yo, ¿quién va a hacerlo?

—Cómo se nota que eres hermano de Harley... —refunfuñé de mala gana—. ¡Ahora resulta que la culpa es mía! Tú no conoces a Logan. Es... desconcertante. Un día se comporta como si le interesara, y al siguiente me trata como si le importara una mierda.

—Pues díselo —me animó—. Ahora que estás borracha y vas a decir cosas de las que mañana te arrepentirás.

—¿Qué clase de consejo es ese? —lo miré atónita.

Se encogió de hombros.

—Mis consejos son así, ¿qué más quieres?

Me tendió la botella y se levantó de la cama.

—Nena, puedes seguir regodeándote en tus penas o tomar el toro por los cuernos. Tú veras. Pero teniendo al tío que te gusta bajo el mismo techo... lo primero es de pringada —cerró la puerta antes de que pudiera contestarle.

Hice lo único que podía hacer en aquel momento: seguir bebiendo. Al primer chupito pensé que Alan tenía una lengua afilada que decía verdades como puños. Al segundo chupito comencé a mosquearme con Logan por ser tan cambiante. Al tercer chupito me levanté de la cama y me pegué la hostia del siglo contra la alfombra. Cuando conseguí ponerme de pie, caminé con paso renqueante hacia la puerta y decidí que ni era una pringada ni una cobarde. Era una Parker e iba a dejarle las cosas claras a Logan.

Eran las cuatro de la madrugada cuando llamé a su puerta. Una de las pocas ventajas de estar borracha es que pierdes el sentido del ridículo. Entonces te parece buena idea aporrear la puerta de alguien a las tantas de la madrugada hasta que te abre. Y cuando lo hace con cara de querer matarte, pones expresión de digna y le sueltas:

—¿Por qué has tardado tanto?

Logan me observó con cara de sueño. Le costaba abrir los ojos e iba sin camiseta. Me echó un vistazo rápido hasta que detuvo la mirada en la botella de tequila que pendía de mi mano. Su expresión se endureció mientras me evaluaba con frialdad.

—¿Qué haces aquí? —gruñó.

—Hola, Señor Prexton. ¿Sabía usted que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad?

Logan puso cara de pocos amigos, hasta que sacudió la cabeza y se frotó el rostro.

—Mia, ¿por qué no te vas a tu habitación? —sugirió con tono cansado.

—Porque...

No sé lo que iba a decirle, pero de repente me entraron unas ganas tremendas de tocarlo y le recorrí el torso con la mano libre. Era como

acariciar a una roca. Estaba durísimo y repleto de cicatrices. Era una mezcla peligrosa y atractiva. Logan abrió los ojos de par en par y retrocedió.

—¿Qué haces? —preguntó con voz áspera.

Percibí un temor casi invisible en él. Pero allí estaba, por mucho que intentara enmascararlo con su ceño fruncido.

—¿Cómo te has hecho todas esas cicatrices?

Logan me agarró la mano cuando le acaricié el pecho. La apartó con delicadeza y noté que se estremecía. ¿Me tenía miedo?

—No hagas eso, por favor —me pidió con voz trémula.

—¿Por qué no?

—Porque está fuera de lugar.

—¿También estaba fuera de lugar cuando íbamos a besarnos? —lo contradije con picardía.

Por primera vez, él no lo negó. Se limitó a apartar la mirada y darme la espalda.

—Entra, pero haz el favor de portarte bien.

Sonreí triunfal y pasé dentro. Logan cerró la puerta y me cogió del brazo hasta acercarme a su cara. Los efectos del alcohol empezaban a pasarme factura y tuve que agarrarme a sus hombros para mantenerme en pie. Era un gigante con un cuerpo duro y un par de ojazos azules que quitaban el aliento. Intenté acariciarle la tableta de chocolate, pero Logan resopló y atrapó mi mano. Luego me llevó hacia la cama, me empujó con un dedo y me caí de culo. No sé por qué me hizo tanta gracia, pero estuve un buen rato riéndome mientras Logan me observaba contrariado.

—¿Qué es lo que pretendes? —exigió saber, en cuanto paré de reírme.

—Siéntate a mi lado.

Me observó con el ceño fruncido. Era evidente que no se esperaba eso de mí.

—Mia...

Alargué el brazo y le toqué la mano. Él se sobresaltó, pero no se apartó. Entrelacé mis dedos con los suyos y noté que un calor muy placentero me recorría todo el cuerpo. Me pregunté si siempre sería así. Si cada vez que nos tocáramos mi piel explotaría en mil sensaciones.

—¿Tanto miedo te doy? —adiviné.

Él me miró de reojo y apretó la mandíbula.

—Tendría que ser yo quien te diera miedo —me advirtió con voz ronca.

—No me lo das... —admití, buscando su mirada—. ¿Cómo te hiciste todas esas cicatrices?

Tiré de su mano para que se sentara a mi lado. De mala gana, tomó asiento a mi lado y el peso de su cuerpo sobre el colchón me empujó más cerca de él. Nuestros muslos se tocaron y aproveché la situación para ponerle una mano sobre la pantorrilla. Joder, era una roca. Puede que tuviera músculos hasta en el dedo meñique del pie. Era la clase de hombre que podría partirme en dos de un abrazo, y sin embargo, no le tenía ningún miedo. Lejos de intimidarme, Logan cada vez me atraía más. Quería saberlo todo de él y descubrir qué se ocultaba bajo aquella fachada impenetrable.

—Tus cicatrices... tienes muchas...

—¿Tanto te horrorizan? —preguntó con sorna. A pesar de la ironía, percibí el rastro de la amargura en su voz.

—No he dicho que me horroricen. En realidad, me intrigan. ¿Cómo te las hiciste?

—¿Te irás de aquí si te lo digo?

—No lo sé.

Logan respiró profundamente, apretó mi mano y la llevó hacia su costado. Le acaricié con el dedo índice la línea rosada que llegaba desde las

costillas hasta la mitad de la espalda. Él entrecerró los ojos y apretó los labios. No sé si le gustaba que lo tocara o le dolía que lo hiciera.

—Una puñalada cuando perseguía a un atracador. Por aquella época era policía —cogió mi mano y le recorrí el abdomen hasta la pelvis. Entonces fui yo quien se estremeció—. Un disparo con orificio de entrada y salida. Tuve suerte y no perforó ningún órgano. Me dispararon cuando descubrieron mi tapadera en un cartel de drogas y logré escapar por los pelos.

Me lo quedé mirando boquiabierta.

—Lo cuentas como si fuera algo normal.

—No pretendo hacerme el valiente. En su momento pasé mucho miedo, pero ya he aprendido a convivir con ellas. Pasó hace mucho.

—No sabía que habías sido policía...

Noté que él se tensaba. Al parecer, acababa de pisar un terreno pantanoso.

—Lo fui. Qué más da eso ahora —respondió de manera esquiva.

Decidí dejarlo estar porque no quería obligarlo a hablar de algo que parecía escocerle.

—Nunca te he preguntado si tú... —intenté encontrar la forma más elegante de preguntarlo. Él me observó intrigado—. Ya sabes... debe ser difícil para alguien lidiar con un hombre con un trabajo como el tuyo. Yo tendría miedo todo el tiempo.

—¿Me estás preguntando si tengo pareja? —dijo, y una sonrisa ancha se plantó en su cara.

Me puse colorada como un tomate. Qué manera de hacer el ridículo y dejarme en evidencia. Y sin embargo, allí estaba. Su sonrisa. Una de verdad. Una que formaba arruguitas muy sexis alrededor de sus ojos y que evaporaba aquella expresión glacial. Logan era impresionante cuando sonreía. Impresionantemente atractivo.

—Eh... no... a ver... no es asunto mío —musité abochornada.

—No tengo pareja.

—Ah —fue todo lo que pude decir.

Pero no pude disimular el alivio que sentí. Él volvió a sonreír, probablemente haciéndose a la idea de lo patética que era yo.

—Es que... tiene que ser complicado. Eso de convivir con la posibilidad de que un día te den malas noticias.

—Estuve casado cuando era policía y supongo que tienes razón. Para ella nunca fue fácil. Pero ya da igual.

Había estado casado. Una vez una mujer ocupó su corazón. ¿Qué había pasado?

—Yo no soportaría que te pasara algo por mi culpa —le dije de repente.

Sus ojos azules encontraron los míos. Me quitó la botella y la dejó en el suelo. Luego me acarició la mejilla con dulzura y sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—Pero yo daría mi vida por la tuya si fuera necesario.

—Porque es tu trabajo.

—Y porque me importas —añadió, haciendo su caricia más intensa—.

Mia, ¿qué haces aquí?

Le miré la boca de manera involuntaria y él lo notó. Me humedecí los labios y tragué con dificultad. Su mano bajó desde mi mejilla hasta mi espalda, calentándome la piel hasta llegar a la parte baja de mi espalda. La dejó allí y me atrajo hacia él. Mi pulso se aceleró y me morí de ganas de besarlo.

—Cuando era una adolescente bebía porque pensaba que mi padre murió por mi culpa. Tuvimos una discusión el mismo día que él sufrió un infarto, pero luego... —no me atreví a continuar, así que inspiré con dificultad

y le dije—. Hoy es el aniversario de su muerte y yo llevaba casi diez años sin beber. Soy una tonta, ¿no?

—Media botella de tequila no marcará la diferencia. Te lo digo por experiencia.

No sé a qué se refería.

—No voy a fingir que estoy aquí porque me siento triste. Yo... supongo que me apetecía mucho verte y aclarar las cosas —me atreví a ser sincera.

—Aclarar las cosas —repitió con ironía—. Mia, sé que sientes algo por el tal Fernando. No me pidas que...

—Tienes razón —admití de mala gana—. Lo sentía hace muchísimos años. Pero ahora estoy tratando de averiguar qué es lo que siento por ti. Desgraciadamente me lo pones muy difícil, robocop.

Él abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo me has llamado?

Uy.

—Robocop. No te enfades —le pedí, evaluando su reacción. A él no le hizo demasiada gracia—. Se me ha escapado. Es que a veces... pareces una máquina.

—Una máquina no se comportaría como lo hago yo contigo —me contradijo de mala gana.

Se me iluminó la expresión y me acerqué más a él. Puede que el alcohol me hubiese desinhibido por completo y despojado de la vergüenza, porque Logan me observó impresionado cuando comencé a acariciarle la pierna.

—Pues sí, porque no paras de descolocarme. Dime... que todo forma parte de mi imaginación. Que veo cosas donde no las hay y que lo que sucedió en el invernadero solo fue cosa mía. Entonces me iré y te prometo que no

volveré a molestarte.

—No puedo.

No sé qué se apoderó de mí cuando me senté a horcajadas encima suya e intenté besarlo. Logan ladeó la cabeza y me apartó con delicadeza. Lo miré abochornada y me mordí el labio.

—¿Tan horrible te parezco que no quieres besarme? —pregunté compungida.

Logan echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, me miró a la cara y noté su deseo.

—Me muero de ganas de besarte, pero jamás me perdonaría haberlo hecho cuando cabe la posibilidad de que te arrepientas al día siguiente.

Sentada encima de él, le acaricié el pecho y noté que él respiraba con dificultad.

—Yo... no lo haría.

—Mía, estás borracha.

—Sí, un poquito. ¿Eres tan caballero que jamás te aprovecharías de una mujer borracha?

Logan me cogió de la cintura y me dio la vuelta sin que yo pudiera reaccionar. Solté un grito de sorpresa y el corazón me dio un vuelco cuando él se colocó encima de mí. Su cuerpo duro se apretó contra el mío y el deseo fue doloroso.

Acercó su boca a mi oreja y susurró contra mi piel:

—Quizá me gustas demasiado como para permitir que nuestro primer beso sea contigo estando ebria.

Y me mordió el lóbulo de la oreja. Me tembló todo el cuerpo y traté de asimilar sus palabras. Y las sensaciones que me producía tenerlo encima.

—Ah... ¿pero vamos a besarnos algún día? —pregunté emocionada.

La boca de él recorrió mi cuello y luego sonrió sobre mi piel. La

excitación me recorrió todo el cuerpo.

—Puede.

—¿Y va a gustarme?

Él se separó de mí y me miró a los ojos. El azul de los suyos se había teñido de un mar oscuro que me arrastró hacia el abismo.

—Nadie te besaré como yo.

Se inclinó sobre mí y cerré los ojos cuando creí que me besaría. Sus labios se posaron sobre mi frente y me dio un beso desconcertante. Cargado de anhelo. Uno que me traspasó la piel y marcó una promesa excitante. Apenas logré recomponerme de la sensación cuando volvió a besarme en la mejilla. Un cosquilleo muy agradable me recorrió la piel. Luego me besó la barbilla, y antes de que pudiera reaccionar, me cargó en brazos y me llevó hasta mi habitación.

Me tiró encima del remolino de sábanas que era mi cama y me tapó hasta la punta de la nariz.

—Por lo que más quieras, quédate aquí dentro o te juro que no voy a poder contenerme más —me suplicó angustiada.

Caminó deprisa hacia la puerta.

—Adiós, robocop.

Pese a que no respondió, estuve convencida de que me oyó antes de cerrar la puerta.

38. Logan

Siempre me había jactado de ser un hombre de palabra, pero estaba claro que iba a tener que replantearme algunos conceptos. ¿Qué clase de hombre prometía no cruzar la línea y luego le abría la puerta de su habitación a Mia?

Joder.

Volví a dar otra vuelta en la cama y comprendí que no podría conciliar el sueño. La botella de tequila seguía en la mesita de noche, así que la cogí y fui hacia el cuarto de baño. Sin dudarlo, vacié el contenido en el lavabo y me sentí un poco mejor. Hace no mucho tiempo habría ahogado mis penas en el alcohol y luego me habría arrepentido de ser un miserable. Ahora seguía teniendo penas y un puñado de dudas, que era mucho peor.

Respiré con dificultad. ¿Qué coño me pasaba con Mia? Le sacaba casi doce años, pertenecíamos a mundos opuestos y mi vida era un puñetero caos. Un divorciado cuarentón, ex alcohólico y que se negaba a afrontar la realidad. Y, sin embargo, me olvidaba de todo cuando estaba con ella.

Mia me provocaba un conflicto de emociones muy difícil de gestionar. Me animaba a pasar página de una vez por todas, y al mismo tiempo me causaba un profundo miedo. O quizá la palabra adecuada fuera pánico. A sufrir otra vez y reabrir viejas heridas. Apenas me había recuperado —si es que lo había hecho—, de mi vida anterior. ¿Cómo iba a permitirle a Mia entrar en la que trataba de construir ahora?

Por no hablar del tal Fernando, por el que Mia no había negado sentir algo. Y luego había admitido sentir algo por mí. Joder, y había intentado besarme. Y me había tocado. Y yo, como un idiota, había bajado las defensas y le había contado parte de mi vida.

¿Por qué le había dicho que fui policía? ¿O que había estado casado?
Joder. Me había lucido.

Eran las seis de la mañana cuando me animé a escribirle a Keira. No sé por qué lo hice. Puede que porque lo que empezaba a sentir por Mia abriera la posibilidad de una reconciliación. Aunque en aquel momento el rencor me pesaba tanto que necesitaba perdonar. Zanzar el pasado era la mejor forma de seguir adelante.

Antes de enviar el mensaje, abrí el primer cajón de la mesita de noche y cogí la foto de April. Los ojos se me llenaron de lágrimas y reprimí el impulso de estrellar el móvil contra la pared. Necesitaba hacerlo, pero dolía demasiado. El rostro dulce de April, sonriente y enmarcado por unos rizos dorados, me hizo flaquear. Me sentí culpable y como una puta mierda.

Cada vez que intentaba pasar página, me hacía la misma pregunta: ¿era un mal padre?

¿Se haría Keira la misma pregunta cada vez que me presionaba para que lo hiciera? No tenía ni idea, pero si le enviaba aquel mensaje, tendría la oportunidad de preguntárselo a la cara.

Lo envié. De repente sentí que me había quitado un peso de encima. Me tranquilicé a mí mismo diciéndome que no estaba decidiendo nada. Simplemente tendríamos esa conversación que llevaba tanto tiempo postergando. Sí, hablaríamos. Y luego... luego ya vería lo que haría. Releí el mensaje por última vez.

Vuelvo dentro de un mes, cuando acabe el trabajo. No hace falta que vengas a buscarme. Tomaré un vuelo y me reuniré contigo. No te estoy diciendo que sí, eso tenlo claro. Pero necesito tener esa conversación tanto como tú.

Ya estaba. Ahora me quedaba la segunda parte. ¿Qué iba a hacer con Mia? Mientras trataba de conciliar el sueño, comprendí que aquella noche fantasearía con unas piernas infinitas y unos ojos oscuros.

39. Mia

Lo primero que hice al despertarme fue vomitar. Luego me pegué un buen rato bajo la ducha y me froté todo el cuerpo con brío mientras los recuerdos de la otra noche me atormentaban. Tuve ganas de reír y de llorar a partes iguales. ¿Por qué le había hecho caso a Alan? Primero al creer que solo serían un par de chupitos de tequila. Y luego al pensar que estaba haciendo bien al llamar a la puerta de Logan. Madre mía, qué vergüenza.

Repasé todo lo que lograba recordar entre el cacao mental que tenía:

- Logan me había abierto sin camiseta y yo lo había acariciado.
- Admití que me gustaba.
- Había intentado besarlo y él me había rechazado.

Me envolví en la toalla y me senté en el borde de la cama. Me quería morir. ¡Qué manera de hacer el ridículo! Un segundo, habían pasado más cosas. Intenté hacer memoria y recordé que él me había contado que fue policía y estuvo casado. Y luego había dicho:

Quizá me gustas demasiado como para permitir que nuestro primer beso sea contigo estando ebria.

No, eso tampoco me lo había imaginado. Aunque al principio Logan había intentado pararme los pies, después no pudo resistirse y me llevó a mi habitación porque no quería hacer nada conmigo estando borracha. Sí, eso también había sucedido. Y me daba cierta esperanza, a pesar de que ni yo sabía lo que quería.

Vale, puede que aún siguiera sintiendo algo por Fernando. No tenía ni idea de qué, pero la verdad era que me había desencantado. Y de repente llegaba mi guardaespaldas, un tipo con el que no tenía nada en común, para romper todos mis esquemas.

Me vestí con lo primero que encontré en el armario; unos leggins negros y un jersey extragrande de color gris. Me hice una coleta deshecha y contemplé mi aspecto en el espejo. No quería parecer una muerta, así que camuflé mis ojeras con un poco de corrector y me apliqué colorete en las mejillas. Al menos con eso bastaría para no parecer alguien que acababa de pimplarse media botella de tequila.

¿O lo hacía por Logan? ¿Cabía esa posibilidad? ¿De verdad empezaba a gustarme tanto que me maquillaba para él?

Ay... hacía más de diez años que no me maquillaba para conquistar a ningún hombre. Ahora sí que estaba hecha un lío.

Bajé a desayunar con el estómago revuelto. Olía a café recién hecho y a uno de los bizcochos caseros de mi madre. El aroma no me abrió el apetito y me senté en un taburete con cara de haber visto tiempos mejores. Hasta que Logan entró en la cocina y mi cara pasó a ser la de querer morirse. Escondí la cabeza detrás del paquete de cereales para que no me viera.

—Buenos días —me saludó.

Puse cara de circunstancia y no fui capaz de mirarlo a los ojos. No sabía ni qué decirle, así que opté por un tímido:

—Hola.

Logan me dio la espalda para servirse una taza de café.

—¿Quieres uno?

Contuve una arcada.

—No, gracias. No voy a desayunar.

Se apoyó en la encimera y me miró de reojo. Era la clase de mirada que decía: *ya sé que estás de resaca*. Para colmo, sonrió de medio lado y aquello me hizo sentir más patética.

—¿Qué tal te encuentras?

Al menos ya nos tuteábamos. Era lo más lógico teniendo en cuenta lo

que había estado a punto de suceder en su habitación si él no me hubiera parado los pies.

—Fatal —preferí no mentir—. Hacía demasiado tiempo que no me emborrachaba. Olvidaba lo que se siente.

—Me dijiste que diez años.

Ah, conque también le había contado mi adolescencia de juerguista borracha. Estupendo. La cosa mejoraba por momentos.

—Te vendría bien comer algo para no tener el estómago vacío —me aconsejó, y yo sacudí la cabeza con vehemencia—. ¿Quieres que hablemos de lo que pasó ayer?

Lo miré impresionada. Sospechaba que sería él quien dejaría correr el tema, como hacía siempre que entre los dos había un acercamiento.

—Espero no haber hecho nada de lo que tenga que arrepentirme —musité abochornada.

—Intentaste besarme.

No supe dónde meterme. Genial, a Logan le apetecía hablar las cosas y aprovechaba el momento en el que mi autoestima estaba por los suelos.

—Sí, uhm... a eso me refería —dije, intentando buscar una salida—. Esperaba que hubiera sido un sueño, o que se te hubiera olvidado por arte de magia, o que tuvieras la delicadeza de no mencionarlo es voz alta. Esto ya es... demasiado bochornoso para mí.

—Puedo hacerlo. Fingiremos que no ha sucedido. ¿Te parece bien?

Pese a su amabilidad, Logan parecía contrariado y yo no supe qué decir.

—Si es lo que tú quieres...

—No —acepté de mala gana, y me levanté para estar a su altura—. Es decir, que estoy muerta de vergüenza y si hubiera un agujero me metería dentro. Pero no quiero fingir que no fui a tu habitación e intenté besarte.

Respiré profundamente. Ya está, ya lo había dicho.

—Mia —pronunció mi nombre con gravedad y me miró a los ojos—. ¿De verdad crees que no voy a admitir que yo también quería que pasara algo?

Lo miré impresionada y noté un cosquilleo en el estómago.

—¿Querías? —musité ilusionada.

—Tanto como quería besarte en el invernadero. Estoy harto de fingir lo contrario.

Acortó la distancia que nos separaba y el pulso se me disparó al ser consciente de que iba a besarme. Me puse de puntillas y cerré los ojos. Ansiosa. Expectante. Sintiendo que el corazón se me aceleraba cuando él me pasó un brazo por la cintura y con la otra mano me acunó el rostro. Y entonces la puerta se abrió de par en par y nos quedamos congelados, como si acabaran de pillarnos haciendo algo malo. Allí estaba, abrazada a mi guardaespaldas en el cliché romántico más cursi de la historia. Era uno de los hombres de Logan, que nos miró desconcertado. Logan mantuvo la distancia y yo me desinflé como un globo.

—Señorita Parker, siento molestarla — se disculpó.

Noté que Logan lo fulminaba con la mirada. Maldije a aquella casa repleta de gente y la escasa intimidad que teníamos. Era la segunda vez que nos interrumpían.

—Tiene una visita. Es una tal Jessica Smith. Ya le hemos dicho que no puede entrar a la casa a menos que usted lo apruebe. Pero ella no para de insistir y...

Suspiré. Aquella condenada mujer otra vez. ¿Y ahora qué quería?

—Sí, dile que pase —le pedí, dispuesta a zanjar aquella situación cuanto antes.

Me volví hacia Logan y los dos sonreímos con cara de circunstancia. Acababan de cortarnos el rollo.

—Voy a hablar con ella. Ahora vuelvo.

Logan me cogió la mano antes de que me fuera.

—Mia, no me arrepiento de nada de lo que te he dicho. Hablamos luego —dijo con determinación.

Asentí nerviosa antes de marcharme a hablar con la dichosa Jessica Smith.

—¡Mia, querida! —Jessica me saludó con dos besos que no llegaron a rozar mis mejillas.

—Hola, Jessica. Siento haberte hecho esperar, pero el protocolo de seguridad exige que apruebe las visitas antes de que crucen el perímetro —me disculpé por educación.

No tenía ganas de hablar con aquella mujer y la despacharía cuanto antes. Me sentía incómoda en su presencia, sobre todo teniendo en cuenta que me había acostado con su prometido en su fiesta de compromiso. Sí, era lo peor. Pero tenía la impresión de que Jessica Smith no era mucho mejor que yo.

—Oh, no pasa nada. Sabía que me dejarían pasar en cuanto tú se lo dijeras —le restó importancia con una sonrisa superficial—. ¿La fundación ha recibido la donación que hicimos? Pronto se publicará un artículo en una revista de sociedad, pero quería estar completamente segura de que todo fue bien. Ya sabes cómo son estas cosas, a veces los periodistas llaman a tu puerta y una debe ser educada...

Vamos, que había sido ella quien había buscado alguna revista para ricos con ganas de notoriedad pública. Solo le faltaba el cartelito en la frente que dijese: *¡mirad lo buena y generosa que soy! ¡Ayudo a los pobres del mundo!*

—Sí, fue muy generoso por vuestra parte —le dije con sequedad.

Ella me cogió las manos con teatralidad.

—Cuando se tiene una vida acomodada, lo justo es ayudar a quienes más lo necesitan.

Traducción: doy lo que me sobra para aparentar que soy una persona maravillosa.

—¡Pero qué te voy a contar a ti! Haces una labor increíble con tu trabajo. Tu entrega es admirable. Ojalá algún día pudiera acompañarte en uno de tus viajes, pero con la boda y queriendo formar una familia...

La dejé hablar durante un buen rato mientras fingía escucharla con curiosidad. Me habló de sus planes de futuro, su intención de ser madre muy pronto y la lujosa luna de miel en Islas Mauricio. Me dio la impresión de que lo hacía con cierto retintín, como si quisiera dejarme claro que Fernando era suyo. Pero no tenía ningún sentido teniendo en cuenta que desconocía lo que había existido entre su prometido y yo.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunté, ejerciendo de perfecta anfitriona—. Hay tarta casera de mi madre y puedo preparar chocolate.

Ella puso cara de espanto.

—¡Ay, no! Necesito caber en mi traje de novia. Cuando lo veas, ¡vas a alucinar! Es una pieza única y hecha a medida.

—Seguro que estarás preciosa —le dije convencida. Jessica era una mujer muy atractiva, eso no se lo podía quitar nadie—. Pero todavía no me has dicho a qué se debe el motivo de tu visita.

—Ah, es verdad. Qué despiste el mío. Es que me causa tanta curiosidad ver el entorno en el que se crio mi querido Fernando... —soltó un suspiro lánguido y observó con los ojos entornados la decoración del salón—. Unos muebles preciosos, ¿dónde los habéis comprado?

—A mi madre le encanta restaurar muebles. La gran mayoría son de mercadillos o tiendas de segunda mano.

Le cambió la cara. Vaya, parece que no era lo que esperaba oír. Si

buscaba muebles con precios de cuatro cifras se había equivocado de casa. Puede que fuésemos una familia bien avenida, pero los Parker nunca habíamos sido de aparentar. Eso me lo habían enseñado mis padres desde pequeña.

—Fascinante... —musitó con desdén—. Verás, a mis amigas del club de campo les interesaría mucho organizar una subasta benéfica. Todo lo recaudado iría a parar a vuestra fundación. Tú podrías hacerte algunas fotos con nosotras para darnos cierta publicidad. Nada demasiado ostentoso... sería algo así como un reportaje sobre una asociación de mujeres que realizan actos para diversas causas benéficas. Yo encabezo la portada de la revista.

Me la quedé mirando con cara de póker. ¿Pretendía utilizarme para hacerse publicidad a sí misma? Por ahí sí que no pasaba.

—La verdad... no estoy acostumbrada a asistir a reuniones de ese estilo. Quizá otra persona fuese más indicada —rehusé con educación.

A ella se le cambió la cara y su sonrisa se esfumó.

—Eres la persona perfecta.

—Si estáis interesadas en los proyectos que lleva a cabo la fundación, puedo ir a dar una charla informativa.

—No es eso lo que te estoy pidiendo —insistió de mala gana—. ¿Qué tiene de malo? Sería bueno para las personas a las que ayudas y bueno para nosotras. Todos salimos ganando.

—Solo pretendes lucirte —la corté irritada, sin poder contenerme más—. Lo siento, pero conmigo no cuentas. No me gustan ese tipo de espectáculos en los que la gente juega a ser el colmo de la generosidad por un par de fotos y la portada de una revista.

Jessica me miró atónita, hasta que enarcó una ceja y una sonrisa malévola se formó en su cara.

—Vaya, por fin muestras tus garras. Pensé que siempre tendrías esa cara de mojigata que nunca rompe un plato.

Sus palabras no me pillaron por sorpresa. Llevaba bastante tiempo esperando conocer a la verdadera Jessica Smith.

—Jessica, he intentado ser amable contigo. Agradezco la donación que has realizado porque ese dinero va a ir a parar a personas que lo necesitan. Pero no voy a dejar que me incluyas en tus reuniones ni tengo la menor intención de ser la cabeza visible de un proyecto frívolo que solo sirve para darte notoriedad. Por ahí no paso.

—Ya... porque tú eres el colmo de la bondad personificada... —murmuró con ironía—. La niña rica que juega a salvar el mundo y se cree mejor que los demás. ¿Cómo te ibas a mezclar con alguien como yo? Tú eres mucho más noble, ¿a qué sí?

—¿Hemos terminado? —la corté, sin ganas de entrar en su juego.

—Tienes una gran imagen, eso no lo niego. Felicita de mi parte a tu asesor de imagen, porque lo ha bordado. Pero dime una cosa, ¿crees que afectaría mucho a tu reputación si se supiera que te acostaste con mi futuro marido en nuestra fiesta de compromiso? Eso tiene un nombre, bonita. Con esto y lo del juicio la prensa te va a hundir. Tu imagen de niña buena que ayuda a los huérfanos se irá al traste.

La miré sin dar crédito. Joder, lo sabía. Lo sabía y era capaz de utilizarlo contra mí para conseguir lo que quería. En ese momento lo tuve claro. A aquella mujer no le importaba la infidelidad. Ni siquiera estuve segura de que quisiera a Fernando. Tan solo le importaba su imagen. No estaba allí para montarme una escena de celos ni recriminarme que me hubiera acostado con su prometido, que habría sido lo más lógico. Estaba allí para chantajearme.

—Adelante, díselo a todo el mundo —decidí con vehemencia—. Aunque sospecho que no vas a abrir la boca, porque te importa demasiado el qué dirán. Prefieres seguir viviendo con un hombre al que mangoneas y que te

importa una mierda.

Me miró con odio.

—Cómo te atreves...

—¿Hemos terminado?

—Tú no me conoces... no sabes de lo que soy capaz —me advirtió.

—Me lo imagino, por eso no voy a ceder a tu chantaje. Son amenazas vacías, querida —imité aquella palabra suya con ironía—. No vas a decir nada porque romperías esa imagen de pareja feliz y rica que tanto te has esforzado en construir. Y aunque lo hicieras, yo no soy como tú. Me da exactamente igual lo que opinen de mí.

—¿Mereció la pena acostarse con un hombre que te ha desechado como si no valieras nada?

—Largo de mi casa —le espeté con rabia.

Ella se dio la vuelta y caminó con la espalda erguida hasta la salida. La seguí para evitar que montara un espectáculo. Cuando se tropezó con Logan, se detuvo de golpe y lo miró como si ya se conocieran.

—¿Señor Coca Cola? —lo saludó.

Fruncí el ceño. ¿A qué demonios venía aquello?

Logan no dijo nada. Se limitó a mantenerle la mirada con expresión incómoda. Entonces Jessica se volvió hacia mí y me soltó:

—Tienes un guardaespaldas que sabe cómo tocar a una mujer. Pruébalo si todavía no lo has hecho. Quizá así se te quiten las ganas de acostarte con el hombre de otra mujer.

Me quedé de piedra mientras asimilaba lo que acababa de decirme. No entendía nada. Observé que se montaba en el coche y me giré hacia Logan, que ya me estaba mirando.

—¿Te has acostado con Jessica? —le grité, y no me importó que nos oyeran.

Él ni siquiera se sorprendió. O sea, que sí. La furia me recorrió las venas mientras luchaba contra la incredulidad.

—Déjame que te lo explique.

—¡No hay nada que explicar! —exclamé furiosa—. Ya sé que eres un hombre libre, eso ni lo menciones. Pero... pero lo has hecho para vengarte de mí porque yo me acosté con Fernando. ¡La elegiste a ella por eso!

—¿Qué?

Las palabras escaparon de mi boca antes de que pudiera medirlas. Me sentía herida y traicionada y lo peor es que sabía de sobra que no tenía derecho a sentirme así.

—Eres lo peor. Espero que el polvo al menos te dejara satisfecho.

—Haz el favor de calmarte. Tienes razón, soy un hombre libre y no tengo por qué darte explicaciones. Pero de todos modos, si me dejas te las voy a dar.

—¡No las quiero! —tuve ganas de llorar, pero me contuve.

Él respiró profundamente, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para controlarse.

—Mia, te estás equivocando.

—No, lo veo todo clarísimo. Sabías que acostándote con ella me hacías daño. Por eso lo hiciste.

—¿De verdad me crees capaz de algo así?

No me lo pensé.

—Sí.

—Hemos terminado.

Me dio la espalda con los puños apretados.

—¡No se puede terminar lo que no ha empezado!

—Tienes razón. Me alegra haberme dado cuenta antes de que eres una niñata.

Tras aquello me dejó con la palabra en la boca y se largó. Yo me había acostado con Fernando, y él lo había hecho con Jessica para desquitarse. Estaba todo muy claro, ¿no?

40. Fernando

Mi nuevo secretario todavía no se había hecho con el control de la situación, pero supuse que tenía que concederle algo de tiempo para que se pusiera las pilas. Sarah había dejado el listón muy alto y sabía de sobra que sucesor, fuera quien fuese, jamás conseguiría igualarla.

De aquello hacía ya un par de semanas. Sarah pensaba que me había desecho de ella, pero la realidad era muy diferente. Había renunciado a ella. Y lo había hecho porque por primera vez en mucho tiempo me preocupaba más por otra persona que por mí mismo. Necesitaba mantenerla lejos porque sabía de sobra que de lo contrario me la habría tirado tarde o temprano. Y luego ella habría querido algo más que yo jamás podría darle. Joder, me iba a casar con Jessica. Y ni siquiera entendía por qué de repente Sarah se clavaba en mi alma y no podía echarla de allí.

Era absurdo.

¿Sarah y yo? Ni de coña. Ella era dulce, ingenua y bondadosa. Todo lo contrario al cabronazo sin escrúpulos en el que yo me había convertido. No me la merecía.

Y ni siquiera sé cuándo había empezado a mirarla con otros ojos. Puede que siempre hubiera estado ahí y yo me hubiese dado cuenta en el último momento. No lo sé. El caso es que de repente, tenía la impresión de que no conseguiría ser feliz si ella no estaba en mi vida. Algo completamente surrealista teniendo en cuenta que había sido yo quien la había apartado.

Tampoco soportaba que ella me evitase constantemente. Tenía la habilidad de esfumarse si nos tropezábamos por casualidad. Me ignoraba si nos cruzábamos por el pasillo, me saludaba con una mirada fría si coincidíamos en el ascensor y me daba la espalda si entraba en la sala del

café. Su indiferencia me estaba matando y era algo para lo que no me había preparado.

Estaba acostumbrado a ver a Sarah todos los días. A observarla a mi antojo sin que ella se diera cuenta. A sus manías tan adorables. A charlar con ella sobre cosas triviales y descubrir fascinado que era una mujer muy inteligente. Y de repente, yo renunciaba a ella en un alarde de estupidez y comprendía que la echaba mucho de menos.

Fui hacia la salita de estar del bufete, una habitación pequeña y sin ventanas con una cafetera y un par de sillones. Sarah estaba allí sirviéndose un café. Observé su figura delgada, ataviada bajo uno de esos trajes sosos que no le hacían justicia. Tuve que hacer algún movimiento, porque ella miró de reojo por encima de su hombro, cogió la taza de café y se dirigió hacia la puerta con cara de pocos amigos.

Aquella vez no, me dije.

—Sarah —la cogí del codo y ella me fulminó con la mirada—. ¿Podemos hablar?

—Ya no eres mi jefe. Así que no, no podemos hablar —se zafó de mi agarre con expresión airada.

Sus ojos castaños echaban chispas y sus mejillas estaban arrojadas. Sabía de sobra que le había hecho daño y me lo tenía merecido. Joder, la había tratado como una mierda. Solo pretendía hacerle ver que le iría mejor si me tenía lejos, pero se me había ido de las manos y había estado a punto de follarla sobre mi escritorio. ¿De qué cojones iba?

—No te quiero hablar como tu exjefe, sino como alguien que te debe una disculpa.

Ella sostuvo la taza con las dos manos y supuse que estaba deseando tirármela a la cara.

—¿Crees que eso cambiaría algo las cosas? ¿Lo que hiciste? —replicó

dolida.

Sus ojos se tornaron vidriosos y fui consciente de que la había cagado demasiado. Nada de lo que pudiera decirle la haría olvidar. La había herido.

—No, no cambiaría nada, ya lo sé —admití frustrado conmigo mismo—. Pero necesito decírtelo. Necesito que sepas que...

—¡Ah, tú lo necesitas! —exclamó casi riéndose—. Lo que tú necesites ya no es asunto mío. Lamento mucho que no sea lo suficiente estúpida como para compadecerme de ti. Pues claro que necesitas pedirme perdón para lavar tu conciencia y estar tranquilo contigo mismo. ¿Pero sabes qué? ¡Qué ni lo quiero ni lo necesito! Me trataste como una mierda y no te lo voy a perdonar nunca.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y reprimí el impulso de abrazarla. Necesitaba mirarla a los ojos y pedirle perdón. Asegurarle que no quería dejarla en evidencia, sino hacerlo conmigo mismo. Pero ella tenía razón; ni siquiera me merecía disculparme.

—Tienes razón.

Ella enarcó una ceja, pero no dijo nada. Se quitó las gafas para limpiarse con furia las lágrimas y se apartó de mí cuando intenté tocarla. No lo hice aposta. Me moría de ganas de consolarla y no podía controlarme.

—Tengo que volver al trabajo. Te lo dije una vez y no quiero volver a repetírtelo; déjame en paz.

—Antes de que te vayas... —me acerqué a ella y noté que se ponía nerviosa. No la toqué, pero la miré a los ojos para que supiera que estaba siendo sincero—. ... sé que nos vas a creerme, pero quiero que sepas que lo que sucedió en mi despacho no fue con la intención de dejarte en evidencia. Me vuelvo loco cuando te tengo cerca y no pude controlarme. Quería demostrarte que no te merezco, pero lo que demostré es que soy un imbécil. Y esa... supongo que esa es la principal razón por la que no me merezco tu

perdón.

A ella le temblaron las manos y percibí que parte de su coraza se resquebrajaba.

—Vale.

—Lo último que quería era herirte o que sintieras que podía utilizarte. Porque no es verdad, Sarah. Eres tú quien me tiene en sus manos. Creo... que siempre ha sido así.

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—El que me tenía en sus manos eras tú. Cómo se nota que eres abogado... qué habilidad para darle la vuelta a la tortilla... —murmuró con rabia.

—Sarah...

—¡No! —exclamó furiosa—. Tengo muy claro lo que pasó en tu despacho y no fue lo que tú intentas hacerme creer ahora. Reconozco... que por un momento me has hecho dudar... ¡eres muy bueno! Pero se acabó, Fernando. Me tuviste a tus pies, sí, pero ya no es así. Gracias por enseñarme a odiarte. Lo necesitaba.

—Sé que estás enfadada. Tienes todo el derecho del mundo a estarlo y me merezco todo lo que me estás diciendo —le dije con tristeza. Entonces la miré a la cara con determinación—. Pero mantengo todo lo que te he dicho porque es la verdad. Tú puedes creer lo que quieras. Estás en tu derecho.

Ella vaciló durante unos segundos.

—Vete a la mierda.

Se dio la vuelta y se marchó con paso acelerado.

Me lo merecía, y aun así, era incapaz de rendirme con ella. Quería pedirle perdón y tarde o temprano tendría que oírme. Necesitaba que Sarah supiera que ella me importaba más de lo que creía.

Cuando entré por la puerta, Jessica ya me estaba esperando. Llevaba un conjunto que revelaba sus intenciones y estaba bebiendo una copa de vino junto a la chimenea. Era extraño sentirse fuera de lugar dentro de tu propia casa, pero así me sentía yo. Hacía no mucho tiempo, Jessica había sido todo lo que yo quería en la vida. Una mujer atractiva, una vida llena de lujos y el trabajo con el que siempre soñé. No fue amor a primera vista, pero nos divertíamos y el sexo era una pasada. Pero cuando la miré, me pregunté quién era aquella desconocida con la que iba a casarme. Y lo que más me asustaba, ¿de qué era capaz?

—Hoy he ido a ver a Mia Parker —me dijo con suficiencia.

Le encantaba llevarme la delantera, y se regodeó en mi cara de sorpresa.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté asustado.

—Oh... tranquilo —caminó hacia mí y me quitó la chaqueta—. No le he montado ninguna escenita de celos. Sabes de sobra que ese no es mi estilo.

No supe ni lo que pensar. A aquellas alturas, me esperaba cualquier cosa de aquella mujer.

—¿Para qué has ido a verla? —exigí saber.

—Porque quería hacer negocios con ella. Pero resulta que es más cándida de lo que yo pensaba. Menuda necia, ¿de verdad te gusta tanto esa chica?

Me estudió durante un largo instante, como si tratara de buscar una respuesta en mi expresión. Hasta que soltó una carcajada atónita y yo me la quedé mirando con cara de póker.

—Querido... tú solo te quieres a ti mismo —comentó fascinada—. Pobrecita, la utilizaste para desquitarte por un amorío de la infancia. En cuanto la vi supe que se sentía como una basura, pero necesitaba que tú me lo

confirmaras.

—Basta ya —le pedí con impotencia.

—¿Por qué? —alzó la barbilla desafiante—. Somos tal para cual. Gracias por aclarármelo.

—Qué va, cariño. Jamás estaré a tu altura. Cada vez lo tengo más claro.

Me lanzó una mirada vacía y me tendió la copa. La cogí por inercia y le di un trago.

—Pues es una lástima que pienses así... —murmuró con desgana, y añadió—: estoy embarazada.

La copa se me cayó al suelo.

—Felicidades papá.

Me dio un beso en los labios. Empecé a marearme y tuve que agarrarme al sofá. Jessica puso los ojos en blanco.

—No esperaba una fiesta por todo lo alto, pero...

—¿Vamos a ser padres? —le pregunté con un hilo de voz.

No supe cómo sentirme. Aquello era lo último que me esperaba en ese momento.

—Sí —determinó satisfecha—. Vamos a tener que adelantar la boda. No pienso casarme pareciendo un huevo kínder. Dentro de un mes, o a lo sumo dos, cuando todavía no se me note.

Entrelazó su mano con la mía y me atrajo hacia ella.

—Sonríe, querido. Esto es lo que querías. Un buen trabajo, una casa impresionante, y una familia de la que poder presumir.

En ese instante no lo tuve tan claro. Pensé que sería la clase de hombre que se alegraría cuando le dijese que iba a ser padre. Sin embargo, en aquel momento solo pensé en la mujer que acababa de perder para siempre. Este era el paso definitivo para que lo nuestro fuera imposible.

41. Jessica

Fernando estaba muy equivocado si pensaba que podía deshacerse de mí a estas alturas. No se atrevía a mostrarme sus dudas, pero yo era lo suficiente perspicaz para haberlas notado. Nuestra relación pendía de un hilo y yo no estaba dispuesta a renunciar a él cuando acabábamos de anunciar nuestro compromiso. ¿Qué diría la gente? ¿Con qué cara miraría a las arpías de mis amigas? No podría soportar tal humillación.

Lo del embarazo había sido una idea maravillosa. Ahora volvía a tenerlo en mi mano pero, ¿por cuánto tiempo? Necesitaba dejar de tomar la píldora y acostarme con él para quedarme embarazada de verdad. Pero teniendo en cuenta que llevaba varios días rehuyéndome...

La culpa la tenía la condenada Mia Parker. Aquella jodida niñata había tenido la poca vergüenza de acostarse con mi prometido en mi propia casa y en nuestra fiesta de compromiso. Pero no era eso lo que me fastidiaba, sino su arrogancia. La prepotencia con la que había desechado mi propuesta, como si yo no estuviera a su altura para relacionarme con ella. Se creía mejor que yo, pero se la tenía jurada. Tenía pensado devolvérsela y se arrepentiría de todo lo que me había hecho. Acostarse con Fernando había sido una nimiedad comparada con despacharme sin contemplaciones.

Ah, pero estaba el tema de su guardaespaldas. Menuda sorpresa me había llevado al comprender que el Señor Coca Cola trabajaba para ella. Sentía un profundo resentimiento por aquel tipo después de que me hubiera rechazado en aquel bar de mala muerte. Y ahora tenía la oportunidad de devolvérsela a los dos. Un dos por uno, ¡qué suerte la mía!

Ser observadora era otro de mis puntos fuertes. Le había lanzado una indirecta a Mia, que la había recibido con los ojos abiertos. Y luego, montada en mi coche, había presenciado como ella le recriminaba algo a su

guardaespaldas. ¿Estaban juntos? No estaba del todo segura, pero pensaba aprovecharlo para destruir la reputación de aquella hipócrita. Al final las mosquitas muertas eran las peores.

Y para mosquita muerta, el adefesio de secretaria que tenía Fernando. Con esas gafas enormes y ese aspecto triste... ¿por qué me atormentaba tanto la posibilidad de que pudiese tener algo con mi prometido? Era ridículo y, sin embargo, aquella idea tan absurda llevaba rondándome la cabeza desde hacía bastante tiempo. Al fin y al cabo, Fernando había puesto una única condición para incorporarse al bufete: que ella fuera su secretaria. No, no podía ser. Lo de Mia Parker podía entenderlo porque era una belleza y tenían un pasado en común. Al fin y al cabo, yo también tenía mis escauceos de vez en cuando. No era para tanto. Pero Fernando y su secretaria... ¿y si el roce hacía el cariño? ¿Por qué la defendía constantemente si yo osaba meterme con ella?

Inspiré profundamente. También haría algo al respecto, por si las moscas. Aquel esperpento de mujer no era rival para mí.

Lo del padre de Fernando ya estaba solucionado. Apenas me había costado convencer a María. Primero le advertí que se las vería conmigo si no me ayudaba a fingir que a Manuel se le había ido la cabeza. Y luego le expliqué que era mejor tenerme de su parte. *Me he enterado de que tu sobrina intenta cruzar la frontera, ¿quieres que te ayude a conseguirle los papeles?*

Ay... el iluso de Fernando. A estas alturas todavía no entendía que todo el mundo tiene un precio.

Marqué el teléfono de Marco, la persona que contrataba para solucionarme algunos problemas. Respondió al segundo tono, como siempre.

—¿Qué se te ofrece?

—Un tal Logan. Trabaja de guardaespaldas para Mia Parker. Necesito que averigües todo lo que puedas sobre él.

Colgué el teléfono y esperé los resultados. Quien ríe el último ríe

mejor. Mia Parker estaba a punto de averiguar de lo que era capaz cuando alguien se interponía en mi camino.

42. Mia

Me sentía fatal después de mi discusión con Logan. Yo le había gritado y él me había llamado niña. Jessica Smith era una mujer horrible, ¿cómo había podido acostarse con ella? Los celos me carcomían por dentro mientras trataba de tranquilizarme a mí misma en vano.

—Te has pasado tres pueblos, bombón —me acusó Alan.

Me volví hacia él con cara de que lo dejara estar. Era un alcahuete. Obviamente lo había oído todo.

—¿Por qué no le has dado al pobre hombre la oportunidad de que se explique? —insistió él.

—Cállate, Alan. Lo último que necesito en este momento son tus consejos de pacotilla.

—Oye reina, conmigo no lo pagues si estás cabreada.

—¿Por qué no te callas de una puñetera vez y te metes en tus asuntos? —le espeté con rabia.

Alan apenas se inmutó. No era de los que se enfadaban con facilidad. Él solía decir que perder la compostura en público era de ordinarios. A él se le daba mucho mejor ser el que prendía la mecha y se dedicaba a contemplar el espectáculo.

—Porque tu vida es mucho más interesante. Te lías con Fernando y tienes los santos ovarios de recriminarle a Logan que él se acueste con otra mujer. Cómo se nota que eres una Parker. Lleváis el orgullo en la sangre.

—Yo no le recrimino nada —repliqué a la defensiva, a sabiendas de que llevaba razón—. Puede acostarse con quien le dé la gana. A mí qué más me da.

—Pues no se nota...

Lo fulminé con la mirada y fui directa a mi habitación. No me podía

creer que Logan se hubiera acostado con semejante arpía. Vale, él no me debía nada. Pero en serio, ¿con Jessica? Se la veía venir de lejos, y algo me decía que no era para nada su tipo. ¿Lo había hecho para vengarse de mí? Se había lucido.

Rusty se acostó a los pies de mi cama. Al mirarlo, recordé que no era la primera vez que juzgaba a Logan a la ligera. ¿Y si me estaba equivocando de nuevo? Cerré los ojos y dejé que el día pasara. No entendía a cuento de qué venía mi ataque de celos. Y lo peor de todo es que sabía de sobra que no tenía derecho a sentirme así. Mi enfado con Logan estaba fuera de lugar. Él podía acostarse con quien le diera la gana, y sin embargo...

Era de noche cuando salí de mi habitación con un hambre voraz. Entonces escuché unas voces en el pasillo de los dormitorios y me escondí por inercia detrás de una esquina. Escuché la vocecilla de Susan.

—No puedo dormir —se quejó la niña.

—¿Has tenido una pesadilla? —le preguntó Logan.

Aomé la cabeza para ver mejor. Mi sobrina vestía un pijama rosa y abrazaba con cara de sueño a su conejito de peluche. Logan se agachó hasta quedar a su altura. Era curioso como a pesar de su aspecto no le daba miedo a la niña. Parecía que los críos se le daban bastante bien.

—Sí, una pesadilla horrorosa —admitió la niña haciendo un puchero.

—¿Sabes que si me la cuentas no se hará real?

Susan abrazó con fuerza a su conejito.

—He soñado que le pasaba algo terrible a la tita Mia —le contó con lágrimas en los ojos—. Que un hombre malo entraba en la casa y se la llevaba muy lejos.

Se me formó un nudo en el estómago. Me había empeñado en distanciarme de mi familia, pero ellos me querían y se preocupaban por mí.

Incluso la pequeña Susan, que me veía en contadas ocasiones. Comencé a sentirme culpable porque no sabía cómo arreglarlo.

—Eso no va a pasar, te lo prometo. Yo estoy aquí para cuidar a Mia — la tranquilizó Logan.

—¿También me cuidarás a mí?

—Por supuesto que sí, princesa. Te prometo que te protegeré y que no te pasará nada malo.

Susan suspiró aliviada. La inocencia infantil es maravillosa, aunque en el fondo estuve convencida de que Logan era sincero.

— ¿Cómo se llama tu conejo de peluche?

—Se llama Señor Roger.

—¿Qué te parece si te llevo a la cama y te cojo la mano hasta que te duermas? Luego le puedo pedir al Señor Roger que te vigile y me llame si pasa algo, ¿de acuerdo?

Susan asintió satisfecha y le dio la mano. Vi que lo llevaba hasta su habitación y escuché que Logan le contaba un cuento. Tres minutos después, dejé de oír su voz y comprendí que la niña ya se había quedado dormida. Cuando salió de la habitación se tropezó conmigo. Más que enfadado, Logan pareció agotado al verme.

—Se te dan bien los niños —le dije maravillada.

Logan nunca dejaría de sorprenderme. Era grande, intimidante y seco. Pero había cierta sensibilidad en su interior que me tenía hechizada.

—Tengo experiencia.

Lo miré intrigada, así que él añadió.

—Tengo una hija.

—Me encantaría conocerla. ¿Se parece a ti? —le pregunté con interés.

—Por suerte más a su madre que a mí.

—¿Por qué dices eso?

—¿No es evidente? —sonrió de mala gana.

—No —lo contradije convencida—. ¿Es demasiado tarde para dejar que te expliques?

Puse las manos en alto cuando él fue a hablar.

—Ya sé... que no me debes nada. Me gustaría que me acompañaras a un sitio. Está muy cerca de la casa. A unos quinientos metros junto al estanque.

Me contempló con recelo y se lo pensó durante un buen rato.

—Bien, pero le diré a mis hombres que aseguren el lugar antes de que vayamos.

Escuché que mantenía una breve conversación por el pinganillo. Acto seguido, se llevó la mano por inercia a la cartuchera que guardaba su arma y siguió mis pasos. No sé por qué lo llevaba hasta allí, pero necesitaba hacerlo. Para mí era una manera de romper con todo y liberarme de aquella carga tan pesada. Harley tenía razón. El pasado pesaba menos si hablabas de él con alguien. Y por alguna extraña razón, yo quería que ese alguien fuese Logan.

Señalé la casita del árbol que había junto al estanque. A pesar de los años, la construcción seguía manteniéndose en pie. Me constaba que Matt se había encargado de su mantenimiento todo este tiempo. Siempre sería parte de su vida y reflejo del amor que sentía por Harley.

—¿Jugabas ahí dentro cuando eras una niña? —preguntó desconcertado.

—No exactamente. ¿Subimos?

Él suspiró.

—Si es lo que quieres...

Trepé por las escaleras mientras él me seguía. Cuando empujé la puerta, la nostalgia se apoderó de mí. Todo seguía tal y como yo lo recordaba.

—Llevo diez años sin pisar este lugar —le conté, y pasé mis dedos por las letras que había sobre la madera. En ellas se podía leer: *Harley, Matt y*

John, juntos para siempre. —. Mis hermanos y Harley jugaban aquí cuando eran unos niños. John siempre estuvo enamorado de Harley, pero ella en realidad quería a Matt. Luego... se separaron durante trece años y cuando volvieron a encontrarse a mi hermano lo carcomieron los celos. Mi madre guardó todas las cartas que Harley le escribió a Matt porque pensaba que así protegía a sus dos hijos. Supongo que ya sabes todo lo que se va diciendo por ahí de mi hermano. Lo que la prensa no sabe es que además de matar a un estudiante de su fraternidad, cuando Harley lo descubrió, estuvo a punto de acabar con ella y con Matt. Fui yo quien se lo impidió.

Respiré profundamente. No había vuelto a hablar de ello con nadie. Logan me escuchó atentamente.

—Por aquella época yo era una niña que se emborrachaba y trataba fatal a la gente. Siempre pensé que era yo quien le había provocado el infarto a mi padre porque la noche que murió habíamos discutido. Así que luego me convertí en alguien odiosa... y a veces me pregunto si todo lo que hago... si el trabajo en la fundación... es la forma que he elegido para sentirme mejor conmigo misma. Puede que Jessica tenga razón y lo mío no sea más que una imagen.

—No es verdad.

Su determinación me dejó sin palabras.

—Cuando te miro veo a alguien que se preocupa por los demás. No dejes que los errores de tu pasado te persigan toda la vida —me miró a los ojos con una ternura que me desarmó por completo—. Llevo mucho tiempo diciéndome a mí mismo que eres como el resto de señoritas para las que trabajé de guardaespaldas. Pero me equivocaba, Mia.

Me acerqué a él sin poder evitarlo.

—¿Ah, sí?

Él asintió con una mezcla de emociones contradictorias. Parecía luchar

consigo mismo para controlarse, pero finalmente no pudo.

—Definitivamente sí. Me vuelves loco y ya ni quiero ni puedo reprimir lo que siento. Me muero de ganas de besarte, Señorita Parker.

Sus manos me recorrieron los hombros hasta llegar a mi cintura. Me atrajo hacia él y me rozó los labios en una caricia tímida que me caldeó todo el cuerpo. Me estremecí de la cabeza a los pies.

—No seré yo quien se lo impida, Señor Prexton...

Eché la cabeza hacia atrás cuando él me besó la garganta. Suspiré de placer y le metí las manos por dentro de la camisa. Su piel era como una roca bañada por el sol. Dura y caliente.

Me miró a los ojos con cierto temor. Como el que llevaba ocultando todo ese tiempo bajo esa fachada impertérrita que se había construido para relacionarse con los demás.

—Necesito saber qué es lo que hay exactamente entre tú y Fernando. No puedo dar el paso si creo que estás enamorada de otro hombre.

Me mordí el labio. Él tenía derecho a saberlo. A decidir si merecía la pena arriesgarse.

—Fue mi primer amor. Íbamos juntos al instituto y vivía en la casita que hay detrás del invernadero. Llevaba enamorada de él toda la adolescencia... pero él me veía como una niña malcriada. Hasta que se convirtió en algo mutuo y empezamos a salir juntos. Luego se acabó... y reconozco que no me porté muy bien con él. No... no puedo contarte más. Llevaba diez años sin verlo cuando coincidí con él en esa fiesta. Me guarda mucho rencor y no puedo culparlo. No sé lo que siento por él, pero está muy lejos de parecerse al amor que sentía cuando tenía dieciocho años. Ambos hemos cambiado.

—No sé si era lo que quería oír —admitió con voz queda.

Sabía que debía ser duro para él. Asimilar que cabía la posibilidad de

que yo aún guardara en mi corazón cierto espacio para Fernando.

—Tienes miedo —le dije.

Él me miró a la defensiva, pero no lo negó. Allí estaba, el hombre más imponente que había visto en toda mi vida temiendo que le partieran el corazón. Y no había nada que yo pudiera decirle para tranquilizarlo. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

—Cuando te dije que eras una mujer complicada...

—¿Tenías razón? —adiviné con una media sonrisa.

—No te conté que yo también lo soy. Que hay cosas que no sabes de mí y que me han hecho ser como soy. Puede que me tenga más miedo a mí mismo que a ti. Ya sé lo que es pasarlo mal, y no sé si podría superarlo otra vez. No lo sé —sacudió la cabeza y su expresión se ensombreció—. ¿A quién quiero engañar? Ni siquiera lo he superado todavía.

—¿Superar qué? —le pregunté con un susurro.

Logan exhaló profundamente. Le cogí una mano y él apretó la mía con fuerza. Como si temiera que me fuese a escapar y lo dejase solo con sus demonios personales. Pero no me iba a ir a ningún lado. Sabía lo que era que el pasado te persiguiera sin que tú pudieras hacer nada por sobrevivir a tus recuerdos. Unos que te rasgaban el alma y te impedían avanzar.

—Cuando te vi con Fernando, decidí que acostarme con otra mujer era lo mejor que podía hacer para desquitarme —admitió con rabia—. Luego me encontré por casualidad con Jessica. Y sí, casi estuve a punto de acostarme con ella. Pero no pude.

Lo escuché sin saber qué decir. Lo creía.

—Hace mucho tiempo que no tengo una relación seria. Ya no sé lo que es querer a nadie —me confesó.

—¿Sigues enamorado de tu exmujer? Es por eso que...

—No, no es por eso —negó con rotundidad—. A Keira he sido yo

quien le ha hecho daño. Ella intentó que lo nuestro funcionara después de...

Se le quebró la voz y no pudo continuar. Lo miré compungida. No tenía ni idea de lo que escondía, pero su dolor era palpable.

—Ella me quería, pero yo no supe estar a la altura. Cuando nuestra hija sufrió el accidente, nos culpé a ambos y decidí que estábamos obligados a sufrir por lo que le había pasado —me miró a los ojos y vi su consternación. Lo que ocultaba seguía carcomiéndolo. Inspiró profundamente y comenzó a hablar con voz trémula—. April tenía seis años. Estaba jugando en el parque mientras que Keira y yo discutíamos. Llevábamos un tiempo bastante mal porque a mí el trabajo me tenía absorbido. Ella quería que dejase mi trabajo como agente encubierto y me dedicara a un rol en la policía que no fuese tan peligroso. Decía que no podía dormir por las noches, que temía que un día le dieran una mala noticia, que era un egoísta por no pensar en ella y en mi hija...

Sus palabras estaban llenas de desolación. No sé lo que iba a contarme, pero a día de hoy seguía culpándose a sí mismo. Aferré su mano y lo dejé continuar, consciente de que para él era muy difícil abrirme su corazón.

—... cuando me llamó egoísta yo me puse como un loco. Le eché en cara que ella hubiese tenido una aventura con un compañero de trabajo. Algo que supuestamente yo le había perdonado a sabiendas de que se sentía muy sola por culpa de mi trabajo. Ella comenzó a llorar, pero yo estaba tan furioso que fui incapaz de dejarlo estar. Nos enzarzamos en una discusión en la que nos dijimos cosas horribles... y luego... —apretó los ojos con fuerza y su cara fue una máscara de dolor. Cuando los abrió, fue como si acabara de perderse en un camino del que nunca conseguía regresar—. ... todo es borroso para mí a partir de ahí. Solo sé que ninguno de los dos estaba prestando atención a April. Llevo cuatro años preguntándome qué habría pasado si uno de los dos hubiese dejado de discutir para comprobar que nuestra hija seguía en el columpio. No sé si Keira y yo nos habríamos dado otra oportunidad o

habríamos acabado divorciándonos, eso ya me da igual. Pero lo que me tortura... lo que me hace sentir un miserable... es que si hubiese prestado atención a mi hija, ella no habría cruzado la carretera y ningún coche la habría atropellado.

El impacto de sus palabras me dejó enmudecida. La amargura, la frustración y la impotencia brillaban en el rostro de Logan. No supe qué decir. No había nada que pudiera decirle para paliar todo su sufrimiento. Jamás me hubiera imaginado una historia tan triste. Perder a un hijo era lo más doloroso que te podía pasar en la vida. Y él se culpaba a sí mismo de ello.

—Luego me divorcié de mi mujer, perdí mi trabajo porque me convertí en un alcohólico...

Lo escuché mientras se me caía el alma a los pies. Y yo había ido a verlo con una botella de tequila. Joder. Era una imbécil.

—... me costó casi dos años conseguir que alguien me diera una oportunidad. Nunca me ha gustado trabajar como guardaespaldas, me encantaba ser policía. Pero se me da bien proteger a los demás. Es irónico, ¿no crees? Soy capaz de proteger a personas que ni siquiera me importan, pero no pude proteger a la persona más importante de mi vida. ¿En qué me convierte eso?

—Logan...

Sentí ganas de echarme a llorar. Ahora lo entendía todo. Su forma de ser, su frialdad...

—Llevo un año y medio sobrio. Lo mío me costó comprender que el alcohol no iba a solucionar me la vida, sino todo lo contrario.

—Siento mucho haberte pedido que me presentaras a tu hija. Dios mío, lo siento muchísimo. No sé qué decir —le dije horrorizada.

—No podías saberlo. Y es verdad que todavía tengo una hija. Desde entonces April está conectada a una maldita máquina que la mantiene con vida.

Los médicos no nos dan ninguna esperanza, pero yo soy incapaz de tomar esa decisión. Me siento un mal padre cuando considero la posibilidad de perderla para siempre...

Joder, lo entendía perfectamente, y al mismo tiempo no podía hacerme una idea de su sufrimiento. No solo había perdido a su hija, sino que debía tomar la decisión de desconectarla para siempre. Y entre aquella decisión tan doloroso flotaba el rastro de la culpabilidad. Sospechaba que después de cuatro años, Logan eran incapaz de despedirse de su hija porque pensaba que la estaba traicionando. Le puse una mano en la espalda. No sabía qué decirle ni cómo consolarlo. Debía ser una decisión demasiado dura.

—No eres un mal padre. Te he visto con Susan y Jack. Sé que fuiste un padre maravilloso.

—No lo sabes —replicó con aspereza.

—Sí que lo sé. Me lo dice el corazón.

Me acerqué a él y le cogí el rostro con las manos. Sus ojos estaban vidriosos e intentaban apartar la mirada. Estaba dolido, furioso consigo mismo y avergonzado. Sabía de sobra que para él debía ser terrible haberme mostrado aquella parte tan íntima. Que temía que lo juzgara, y al mismo tiempo él era su peor enemigo. Se sentía vulnerable y expuesto.

—A veces es bueno dejar que otros cuiden de nosotros... —le dije con suavidad, y apoyé mis labios contra los suyos. Apenas un contacto que nos estremeció a ambos. Una caricia abrumadora que me traspasó la piel y me llevó a otro nivel. Logan respiró con dificultad y se echó hacia atrás. Había sido una sensación muy intensa para los dos—. Lo sé porque yo me siento bien cuando estoy contigo. Me siento segura. Me siento tremendamente bien. Haces que me olvide de todo y solo pueda mirar hacia el futuro... ¿por qué no me dejas cuidar de ti?

Él se apartó de mí con brusquedad. Creí que me alejaría de él y se

negaría a aceptar mi consuelo. Pero en vez de eso, me cogió una mano y la besó. Luego acarició el dorso con su pulgar y me dedicó una mirada apasionada.

—Te dejaría que cuidaras de mí toda la vida. Y eso es lo que más miedo me da. Acostumbrarme a ti y no estar preparado para dejarte marchar si tú...

Le robé un beso que me supo a poco. Un beso corto y a la vez repleto de promesas. Fue como si un volcán se formara en mi interior y arrasara con todo. Los ojos de él se oscurecieron y comprendí el efecto que había causado en Logan.

—No quiero ir a ningún lado —le prometí.

—Mia Parker, ¿qué estás haciendo conmigo? No eres una mujer complicada, sino una muy peligrosa...

Me cogió de la cintura y me acercó hacia él. Su boca me rozó la mejilla mientras sus manos me recorrían la espalda.

—Estoy harto de resistirme a ti.

—Pues no lo hagas —le pedí en un susurro.

Sus ojos encontraron los míos y me perdí en su deseo.

—¿Y quién dice que vaya a hacerlo?

Me besó con una urgencia que me desarmó. Cuando la boca de Logan encontró la mía, fue como si todo encajara de una forma deliciosa. Me besó con premura, como si yo fuera todo lo que necesitaba en aquel momento. Y yo le devolví el beso con un hambre que me sorprendió a mí misma. Nunca me habían besado a sí. A caballo entre la rudeza y la delicadeza más exquisita... como si yo fuese lo que más deseaba y al mismo tiempo temiese hacerme daño. Abrí las piernas para que él se acomodara encima de mí y el deseo explotó cuando su lengua tomó la mía. Gemí desesperada y comencé a quitarle la camiseta mientras él me llenaba el cuerpo de besos. Cogió mi muñeca y me

detuvo.

—Espera —me ordenó—. Quiero que sea lento. Quiero tomarme el tiempo que me dé la gana.

Asentí consternada y a la vez más excitada de lo que había estado en toda mi vida. Logan me torturó con sus besos hasta llevarme al abismo. Me recorrió el cuello con besos cortos y húmedos. Presionó su erección contra mi sexo haciéndome enloquecer de ganas. Y luego volvió a encontrar mis labios para besarme con desesperación. Como si llevase demasiado tiempo conteniéndose y quisiera abarcarlo todo. Entrelacé mis manos alrededor de su cuello y disfruté de sus labios. Logan tenía una boca carnosa que me besaba con dedicación, como si quisiera demostrarme lo mucho que me deseaba. Como si tuviese todo el tiempo del mundo para deleitarse con mi cuerpo y estuviese dispuesto a aprovecharlo.

—Me estás matando... —susurré excitada.

—Esto no es nada para lo que te espera —me prometió, besándome la barbilla—. Hoy eres mía. Llevo tanto tiempo soñando con este momento que podría correrme con solo mirarte.

—Logan... por favor... —arqueé las caderas, buscándolo.

Él me apretó los pechos y deslizó la lengua hacia mi canalillo.

—¿Quieres esto? —presionó su erección contra mis muslos mientras yo me retorció de placer. El contacto me provocó una explosión de deseo que me recorrió todo el cuerpo.

—Sí... —le rogué enloquecida.

Él me mordió el lóbulo de la oreja.

—Yo lo quiero todo de ti —me dijo con voz ronca.

Volvimos a besarnos con desesperación. Logan metió las manos por dentro de mi jersey y comenzó a acariciarme la espalda. Forcejeé con él hasta que conseguí ponerme encima. Él me lanzó una sonrisa socarrona que corrí a

besar. Me senté a horcajadas y solté un gemido cuando su erección se apretó contra mi parte más íntima.

—Joder... Mia... —gruñó él—. Esto no es lo que yo pensaba cuando pretendía ir despacio.

Comencé a desabrocharle la bragueta. Ya tendríamos tiempo de ir despacio en otro momento. Ahora lo necesitaba todo de él o me volvería loca.

—Pero yo lo que yo quiero es...

Me quedé callada de golpe cuando escuché unas voces que subían las escaleras de la cabaña. Logan y yo nos quedamos petrificados. Reconocí de inmediato a quien pertenecían esas voces y me puse de pie de un salto. Logan hizo lo mismo y los dos nos recolocamos la ropa justo antes de que Harley y Matt abrieran la puerta. Harley nos miró con los ojos abiertos como platos y no pudo reprimir una sonrisa. Matt se nos quedó mirando con cara de pocos amigos y luego centró su atención en Logan, al que miró como si quisiera matarlo.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —exigió saber mi hermano.

Harley le dio un toquecito en el brazo.

—Cariño... —le susurró algo al oído que no consiguió ablandarlo.

—¿Qué estáis haciendo vosotros aquí? —repliqué yo, haciéndome la digna.

Mi hermano apretó los dientes.

—No tengo por qué darte explicaciones. Estamos casados.

—Pues yo tengo casi treinta años, y la forma en la que me miras me parece ridícula —le espeté, cogiendo de la mano a Logan y dirigiéndome hacia las escaleras—. Buenas noches.

Cuando salimos de allí, escuché a mi hermano discutir con su mujer. Genial, ya empezaba a ejercer de hermano mayor. Vaya, nos había cortado el rollo. Por la cara que puso Logan, supe que lo de aquella noche no íbamos a

terminarlo.

—Es un poco sobreprotector, pero se le pasará —lo tranquilicé.

—¿Y si tiene razón? Es poco profesional por mi parte...

—¿Cruzar la línea? —lo atraje hacia mí y lo besé con suavidad—. No se te ocurra pronunciar esas tres palabras después de lo que hemos compartido. Los dos sabemos que no es solo sexo. No lo conviertas en algo frívolo, por favor.

Él asintió con la expresión más relajada, me atrajo hacia sí y me abrazó con fuerza.

—Aunque tampoco habría estado nada mal tener sexo esta noche...

Oculté la cabeza en su pecho y sonreí. Habría estado mucho mejor, pero el gruñón de mi hermano acababa de enfriarnos. Me temí que fuese con una linterna por la casa para cerciorarse de que Logan y yo no hacíamos nada.

—Te llevo a tu habitación —me dijo, arrastrándome con él.

—¿Sabes que no me va a pasar nada dentro de mi casa?

—Solo quiero pasar más tiempo contigo. Me gusta demasiado estar a tu lado.

La confesión me sacó otra sonrisa. Cuando llegamos, no supe cómo despedirme de él. Si hacerlo con un *buenas noches* o darle un beso. Nuestra relación acababa de dar un giro de ciento ochenta grados en cuestión de una hora. Me sentía perdida e ilusionada al mismo tiempo.

—Buenas noches, Señorita Parker —Logan me besó con fuerza hasta dejarme sin aliento—. ¿Tú también necesitas que te lea un cuento para conciliar el sueño?

—Me vendría mejor otra cosa.

Él me devoró con la mirada.

—No seas mala. Algunos necesitaremos una ducha de agua helada para poder dormir —admitió de mala gana.

Me aguanté la risa. Iba a tener que hablar seriamente con Matt para que dejase a Logan en paz. Conocía de sobra a mi hermano y sabía lo sobreprotector que podía llegar a ser.

—Mañana hablaré con tu hermano —me dijo él de repente.

Lo miré alarmada.

—Voy a ser yo la que hable con él. Ni se te ocurra entrometerte. Esto es cosa nuestra.

—No te prometo nada. No quiero que piense que estoy abusando de mi posición y que te tengo fascinada con mi trabajo como guardaespaldas.

Puse los ojos en blanco, pero lo dejé estar. Cuando Logan se metió dentro de su habitación, me crucé de brazos y esperé pacientemente la visita de rigor de mi hermano. Conocía de sobra a Matt para saber que no se resistiría a ir a mi habitación para comprobar si Logan y yo estábamos haciendo cosas de mayores. En efecto, a los cinco minutos apareció por allí como un perro de presa. Lo fulminé con la mirada.

—Eres lo peor —le dije indignada.

—¿Tengo de qué preocuparme? —se alarmó, y echó un vistazo indiscreto hacia mi habitación buscando a Logan—. Por favor, dime que lo que he visto en la cabaña ha sido un malentendido.

—Me gusta Logan —admití con toda la calma del mundo. A él se le descompuso la expresión—. Y tú no vas a estropearlo.

—Oh... vamos... —miró hacia el cielo como si buscara un poco de ayuda divina—. Te recuerdo que hace unos días lo detestabas.

—Tengo derecho a cambiar de opinión. Ya sé que te preocupas por mí, pero esto no es necesario. Logan es un buen hombre.

—Es tu guardaespaldas. Está aquí para cuidar de ti, y no para...

—¿Para qué? —le advertí furiosa—. Ni se te ocurra decir algo de lo que puedas arrepentirte. No te lo pienso perdonar.

Matt se lo pensó bastante antes de continuar.

—Vaya... te gusta mucho —asimiló impresionado—. Mia, ¿esto no será porque él te salvó la vida? Ya sé que le estás muy agradecida, pero quizá eso te ha animado a verlo con otros ojos y ahora estás un poco deslumbrada... ¿has oído hablar de la transferencia emocional, que se da con los psicólogos y sus pacientes? ¿o el síndrome de Estocolmo? Seguro que hay una definición para quien se enamora de alguien que le ha salvado la vida.

—Matt... —intenté que mi voz sonara lo menos crispada posible—. Me gusta Logan, no mi guardaespaldas. Ya sé que te cuesta entenderlo, pero por favor, no me trates como si fuese una estúpida y respeta mi decisión.

Él me miró durante un largo instante.

—Es solo que... no quiero que vuelvas a huir de casa porque alguien te hizo daño.

Lo miré alucinada.

—¿Es eso lo que crees que me pasó? ¿Qué me fui de casa porque Fernando me rompió el corazón?

Matt no respondió. No me lo podía creer. Mi hermano llevaba diez años pensando que me largué por culpa de Fernando.

—Fui yo quien le hizo daño a él —le conté, y no sé si me creyó—. No pongas a Logan en una situación incómoda, te lo pido por favor.

Y me ahorré decir: *él ya ha sufrido bastante como para tener que aguantar tus tonterías.*

—¿Pero vais en serio o no? —insistió él.

—¡Matt!

—Vale, vale —se acercó a mí y me revolvió el pelo—. Si es tu decisión, tendré que respetarla. No voy a incomodar a Logan. Pero si te hace daño, se las verá conmigo.

—Mide casi dos metros. No tendrías nada que hacer contra él —

intenté aguantarme la risa.

Era tan obvio...

Mi hermano se hizo el digno.

—Soy más fuerte de lo que piensas, pequeñaja.

Me dio un beso y me miró con cariño.

—No te lo digo demasiado, pero te quiero mucho. En esta casa todos te queremos, ¿vale? Nunca lo olvides.

Asentí emocionada y a la vez intranquila. Eso era lo que más me preocupaba. Si los decepcionaría por completo cuando les contase la verdad.

43. Logan

Me tumbé boca arriba en la cama a punto de que el corazón se me saliera del pecho. Ya ni siquiera quería alejarme de ella. Me sentía perdido en mi propia maraña de emociones. Le había contado todo lo que me atormentaba. A ella. Mis secretos más profundos, mis debilidades, mis miedos... lo culpable que me sentía por el accidente de April.

—Mia...

Me estaba enamorando de ella. Ahora lo sabía. De Mia, a la que sacaba doce años y con la que no tenía nada en común. Nosotros, que vivíamos en mundos muy distintos. Precisamente yo, el imbécil que se había prometido llevar a partir de ahora una vida tranquila. En mis planes estaba jubilarse con el dinero de este trabajo, vivir sin preocupaciones y cumplir la promesa que le había hecho a mi hija.

¿Qué me estaba pasando?

Me froté el rostro con las manos. No entendía nada, y sin embargo, contarle la verdad había sido como quitarme un gran peso de encima. Ahora me sentía mejor conmigo mismo, pero al mismo tiempo experimentaba una creciente oleada de pánico. ¿Y si terminaba completamente enamorado de ella y me partía el corazón? ¿Lograría superarlo?

No quería volver a convertirme en un alcohólico. En la clase de persona de la que sus amigos se compadecían y trataban de ayudar en vano. En un ser deprimente y oscuro que se arrastraba de bar en bar en busca de una copa y una mujer con la que olvidar durante un rato. Quería dejar de ser ese tipo solitario que se pasaba las noches martirizándose con el recuerdo de April. El mismo que se echaba la culpa una y otra vez y se maldecía por no haber prestado atención a su hija.

Y justo cuando lo estaba consiguiendo... aparecía Mia. Me volvía loco

y rompía todos mis esquemas. Era como subir a una montaña rusa sin cinturón de seguridad. ¿De verdad podía funcionar? ¿Tenían futuro dos personas tan diferentes?

Tenía ganas de hablar con Keira y contarle mis dudas. Echaba de menos la época en la que podíamos contárnoslo todo. Pese a mi resentimiento, debía confesar que hubo un tiempo en el que nos entendíamos muy bien. Ambos nos habíamos fallado, pero sobre todo era yo quien la había abandonado. Cuando April sufrió el accidente decidí —sin darle ninguna opción—, que no nos merecíamos ser felices. Sí, la dejé marchar. Y cuando se largó la culpé por haber hecho lo que yo no pude: seguir con su vida. Keira se había enamorado de un viudo con dos hijos, y en el fondo yo le tenía envidia. Ella había sido lo suficiente valiente como para no tener miedo y volver a amar sin contemplaciones. Tenía una vida pero, ¿qué tenía yo? Mucho rencor, de eso estaba sobrado. Ya iba siendo hora de perdonar.

Cuando escuché que la puerta de mi habitación se abría, mi primer instinto fue coger el arma que había en el cajón de la mesita de noche. Luego comprendí que no tenía nada que temer y me quedé completamente inmóvil bajo las sábanas. El corazón se me aceleró al comprender que Mia se estaba metiendo dentro de mi cama.

¿Pretendía que me diera un infarto?

—Mia... ¿qué haces?

—Te prometo que solo quiero dormir contigo y abrazarte —me susurró, como si eso fuera a dejarme más tranquilo.

Noté que toda la sangre se me acumulaba en la misma parte del cuerpo. Apreté los dientes. ¿Cómo podía explicarle educadamente que si la tenía cerca me apetecía follármela?

—¿Y tu hermano? —opté por la vía más diplomática.

—No te preocupes por mi hermano.

—Mia... no me hagas esto... —me estremecí cuando ella me tocó.

—Te prometo que seré buena.

Eso lo dudaba bastante. Mia tenía un máster en ponerme cachondo. Casi sin hacer nada siempre conseguía ponérmela dura. ¿De verdad pretendía que mantuviera las manos quietas teniéndola en mi cama?

—Solo quiero dormir contigo y abrazarte. Pero si tú lo prefieres me voy.

Inspiré con todas mis fuerzas. Mia...

Se recostó a mi lado y dejó caer la mano sobre mi pecho, como si nada. Sonreí de medio lado. Aquella chica me iba a matar. Acercó su rostro al mío y me besó en la mejilla.

—Gracias por abrirme tu corazón. Sé que ha debido ser muy difícil para ti —entrelazó su mano con la mía y se apretó contra mi cuerpo—. No puedo imaginarme ni por un momento lo que has debido sufrir... ni lo que te sigue doliendo. Y no sé si te servirá de algo, pero quiero estar a tu lado... si tú me dejas.

No supe qué responder a eso. Me daba miedo tenerla en mi vida. Abrir esa posibilidad era algo demasiado serio como para tomármelo a la ligera.

—Te saco doce años. Puede que no queramos lo mismo en la vida. Y somos... muy diferentes.

—En este momento yo solo te quiero a ti, ¿es suficiente?

Dios... qué difícil me lo ponía. No supe ni qué responder.

—¿Quieres que me vaya? —me preguntó con cierto temor—. He venido porque pensaba que después de lo que me has contado quizá no te apetecía estar solo. Pero me puedo ir si lo prefieres...

—No —apreté su mano y volví a dejarla sobre mi pecho—. Quédate.

Llevaba muchos años sin dormir con una mujer. Me costaba asimilar de golpe toda esa intimidad, pero en el fondo me gustaba estar acompañado

después de haberle abierto mi corazón.

Noté que la respiración de Mia se acompasaba. Al cabo de un rato se quedó dormida encima de mi pecho y me sentí desconcertantemente bien. Me gustaba como le olía el pelo y lo suave que era su piel. Me tranquilizaba tenerla conmigo y por primera vez en mi vida me sentía menos solo. Pensé en mi hija y estuve convencido de que se habrían llevado bien. Mia me hacía más bien que mal. Con aquel pensamiento, conseguí cerrar los ojos y me quedé dormido.

44. Sarah

Había invitado a James a mi casa a tomar café y ni siquiera sabía por qué. Lo hice en un alarde de necesidad, porque sentía que mi último encontronazo con Fernando — al que llevaba todo ese tiempo evitando—, me había dejado con las defensas bajas. Sí, una parte de mí se moría de ganas por perdonarlo y...

¿Y qué?

Pensé en todo lo que me había dicho y algo en mi interior flaqueó. ¿Y si tenía razón? ¿Y si por primera vez estaba siendo sincero?

“Sé que nos vas a creerme, pero quiero que sepas que lo que sucedió en mi despacho no fue con la intención de dejarte en evidencia. Me vuelvo loco cuando te tengo cerca y no pude controlarme. Quería demostrarte que no te merezco, pero lo que demostré es que soy un imbécil. Y esa... supongo que esa es la principal razón por la que no me merezco tu perdón”.

Algo de lo que había dicho al menos sí que era cierto. No se merecía mi perdón. Y, sin embargo, yo me moría de ganas de perdonarlo. Porque ignorarlo constantemente me estaba matando por dentro. Porque lo echaba de menos.

“Lo último que quería era herirte o que sintieras que podía utilizarte. Porque no es verdad, Sarah. Eres tú quien me tiene en sus manos. Creo... que siempre ha sido así”.

¿Qué yo lo tenía en mis manos? ¡Esa sí que era buena! Fue él quien siempre me tuvo a su merced. Simplemente tenía que chasquear los dedos para que la tonta de su secretaria estuviera dispuesta a hacer por él cualquier cosa. Pero la forma en la que me había mirado cuando lo dijo... la frustración de su expresión...

¡Ah, me estaba volviendo loca! Puede que hubiese cambiado de

despacho a uno más grande y con mejores vistas, pero cruzarme con Fernando cada dos por tres era como si me clavaran un cuchillo en una herida sin cicatrizar. No entendía nada. Ni por qué él me había despedido, ni por qué ahora me buscaba desesperadamente para disculparse... lo único cierto en todo aquello es que aún seguía queriéndolo y que no era algo que yo pudiese controlar. Como siempre, mi corazón iba por libre.

—¿Quieres que te ayude? —la voz de James me habló desde el salón.

—No. Eres mi invitado, no te preocupes. Ya casi está.

Lo había invitado porque estaba hecha polvo cuando me lo encontré de camino a casa. Yo salía del metro y él cerraba la librería. Me saludó e hizo un chiste sobre un escritor famoso que me sacó la primera sonrisa del día. Y entonces pensé, ¿por qué no? ¿Por qué no podía darle una oportunidad a un hombre que era a todas luces bueno? James era la antítesis de Fernando. Era un hombre sencillo, predecible y afable, de esos que sabías que eran fieles por naturaleza y que se acordarían siempre de tu aniversario. A los dos nos gustaba leer y podíamos pasar el tiempo charlando sobre cualquier tema. El librero y la secretaria. Si hasta tenía gafas, ¿no era verdad que James era más acertado para mí?

Fui hacia el salón con una bandeja con dos tazas de café y una caja de galletas. Me senté al lado de James, que observaba con curiosidad mi estantería repleta de libros.

—¿Qué vas a hacer cuando ya no tengas donde ponerlos?

—Tendré que poner un par de baldas sobre el cabecero de mi cama. Es el único espacio libre.

—Lo bueno de salir con un librero es que te puede prestar libros que luego puedes devolver.

Me lo quedé mirando sin saber qué decir y apreté la taza de café con fuerza. James puso cara de circunstancia.

—Quería decir como amigos. Ya sabes... siento si...

Dejé la taza sobre la mesa y le cogí la mano. No fue como tocar a Fernando, pero el contacto me agradó. Sabía que él no era peligroso. Jamás daría el primer paso si yo no lo invitaba a hacerlo.

—No pasa nada. En serio, creo que la culpa la tengo yo. A veces puedo ser un poco...

—Sientes algo por otro hombre, lo entiendo —dijo para mi sorpresa. En los ojos de James no hubo ningún reclamo, sino una aceptación muy tranquila—. El mismo por el que te fuiste corriendo el otro día. Y no pasa nada, te lo prometo. Prefiero saberlo y no hacerme ilusiones. Pero al menos me gustaría ser sincero contigo y decirte que me gustas mucho. Puedo esperar a que tus sentimientos se aclaren.

—James... no sé qué decir...

—No digas nada —él sonrió con tristeza—. A veces el silencio es la mejor opción.

—No puedo pedirte que me esperes. No sería justo para ti.

—Podemos ser amigos. Y si algún día cambias de opinión, he de admitir que yo te seguiría esperando.

No podía hacerle eso. No era la clase de persona que utilizaba a otro hombre como comodín. James se merecía tanto como yo ser feliz. Era un buen hombre y no era justo que fuese mi segundo plato. Fui a decírselo cuando llamaron a la puerta. No tenía ni idea de quién era, pues había pocas personas en aquella ciudad que supieran donde vivía o tuviesen un motivo para llamar a la puerta. Me levanté con una disculpa.

—Ahora vuelvo —le dije.

Cuando fui hacia la puerta no eché un vistazo por la mirilla. Si lo hubiera hecho jamás habría abierto. No pude disimular el impacto que me produjo ver a Jessica en la entrada de mi casa. Estaba como siempre:

deslumbrante. Me sentí pequeñita, como cada vez que la tenía cerca.

—Supongo que te estarás preguntando qué hago aquí.

—Pues... sí —respondí desconcertada.

Ella dejó escapar un suspiro cargado de teatralidad, como si se hubiese tenido que rebajar a ir hasta allí porque no le quedaba más remedio.

—Como ves, no eres la única con aptitudes para ejercer de investigadora si la necesidad apremia —me soltó con fanfarronería—. Tarde o temprano me tenía que enterar de que te han ascendido.

No me gustó ni su tono ni la forma en la que me miraba. Siempre la había tratado con respeto, pero estaba en mi casa y no iba a permitir que me intimidara. Sarah, la secretaria modosita y obediente, se había acabado.

—Todavía sigo preguntándome qué hace aquí —le espeté, con toda la firmeza que pude reunir.

A ella se le cambió la expresión. No se esperaba que yo no me viniera abajo.

—No sé a cuento de qué ha venido ese ascenso, pero me imagino varios escenarios y ninguno de ellos me gusta. Lo sé, es ridículo. Mírame a mí y mírate a ti —bufó con desagrado y me repasó de arriba abajo con desdén—. Yo soy el sueño de cualquier hombre, y tú una muchachita con gafas y un aspecto patético.

Temblé de impotencia. Eso ya lo sabía, pero tampoco era necesario que me lo restregara.

—Si ha venido aquí a insultarme...

—Para nada, querida —me puso un dedo en el pecho y yo retrocedí por inercia—. Solo he venido a advertirte que, como te interpongas en mi camino, se te va a acabar el chollo. No tengo ni idea de por qué te han ascendido, pero estoy convencida de que Fernando ha tenido algo que ver en ello. No sé si te debe algún favor o es que tú le has mostrado tus armas de

mujer. Si es que las tienes...

Me lanzó una mirada desdeñosa. A mí se me arrebolaron las mejillas y me tembló la voz.

—Entre Fernando y yo no hay nada. Me merezco ese trabajo —me defendí indignada.

—Sí, eso es lo que yo me digo todo el tiempo. ¿Qué diantres puede ver Fernando en un adefesio como tú? Pero pasáis mucho tiempo juntos y a veces el roce, inexplicablemente, hace el cariño. Nadie en su sano juicio prueba chóped cuando tiene jamón de pata negra en su casa...

—¡Fuera de mi casa! —le chillé, con el rostro arrebolado por la ira.

Ella ni siquiera se inmutó.

—Aún no he terminado —repuso con desgana. Entonces sus ojos me miraron con desprecio y añadió—: tienes mucho que perder. Si me da la gana, solo tengo que hablar con mi padre y él te echará a patadas de su bufete. Si opto por ser vengativa, y te aseguro que puedo serlo muchísimo, solo tengo que descolgar el teléfono para que el único trabajo que encuentres sea el de mendigar por la calle. Aléjate de Fernando o te juro que tu patética vida se convertirá en un infierno.

Me agarré a la puerta, mareada por el impacto de sus palabras. Era el colmo, tener que aguantar que aquella odiosa mujer viniese a amenazarme a la puerta de mi casa. Y todo porque Fernando se había entrometido en mi vida sin darme ninguna opción. Lo odié más a él que a ella. Di un paso al frente y Jessica enarcó una ceja.

—Eres una víbora solitaria y amargada que aparenta tenerlo todo, pero en el fondo es una infeliz. Y me das mucha pena. Tienes que estar muy asustada si has venido hasta mi casa para descargar tus inseguridades conmigo. Sabes que bajo esa fachada no hay nada bueno, y ningún hombre podrá amarte de verdad porque estás vacía. ¿Quién es la mujer patética ahora?

Cuando las palabras escaparon de mi boca, me sentí tremendamente mejor. Fue como si me inyectaran una dosis de adrenalina que me recorrió las venas y me convirtió en alguien repentinamente fuerte y valiente. A Jessica le tembló la barbilla y sus ojos se tornaron vidriosos.

—Estúpida secretarucha del tres al cuarto... —escupió con rabia—. ¿Cómo te atreves a hablarme así?

—¡Fuera! —le grité, e intenté cerrar la puerta. Ella me lo impidió interponiendo un pie—. ¡Fuera de mi casa, maldita bruja! ¡Lárgate!

—Estoy embarazada de Fernando. Mientras tú fantaseabas con él... a mí me hacía el amor. Mientras él alentaba tus esperanzas y te utilizaba, a mí me follaba en nuestra cama. Hazte a la idea de una vez, estúpida. Jamás serás nada para él. ¡Jamás!

Me quedé completamente inmóvil. Le miré involuntariamente el estómago plano, en el que comenzaba a gestarse un hijo. Por muy ridículo que resultara, había llegado a creer que la relación entre ellos estaba rota. Que Fernando solo intentaba reunir el valor suficiente para dejarla. Que cuando él me había besado...

Jessica me sonrió con suficiencia.

—Qué patética eres... —se vanaglorió.

—Fuera de aquí —le espetó James, con la voz más autoritaria que le había escuchado en toda mi vida.

Apenas logré reaccionar. Jessica lo repasó de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Y tú quién eres? ¿El novio de esta pringada?

—A usted no le importa. Estoy al límite de mi educación, pero si sigue insistiendo, me veré en la obligación de mandarla a la mierda.

Jessica abrió los ojos de par en par.

—¡Anda, pero si te ha salido un caballero andante! —se echó a reír

ella.

James la fulminó con la mirada.

—Ni caso, Sarah. Esta pobre señora ha perdido el juicio —me dijo, mirando a Jessica con desapego—. Es obvio que no se ha mirado a un espejo, porque si no entendería que aquí la única que está haciendo el ridículo es ella. Necesitaría nacer diez veces para llegarte a la suela del zapato. Por muchas cirugías que lleve encima, no da el pego.

Jessica abrió la boca y comenzó a chillar como una energúmena. James le cerró la puerta en las narices y me atrajo hacia él.

—Oye... ¿estás bien? —me preguntó preocupado.

Asentí con el rostro pálido, pero de pronto rompí a llorar y me cubrí la cara con las manos. Había sido necesario que él interviniera porque Jessica había conseguido amedrentarme en mi propia casa. Dios mío, ella tenía razón. Era patética.

—Sarah... por favor... no llores... —me pidió compungido.

Me sorbí las lágrimas y dejé que él me envolviera en sus brazos. Me quedé abrazada a él y me sentí algo mejor. James me abrazó durante un buen rato, hasta que mis sollozos cesaron y lo pude mirar a los ojos más avergonzada de lo que había estado en toda mi vida.

—Ojalá no hubieras visto nada. ¿Cuánto has oído? —me temí.

—Lo suficiente para que me hirviera la sangre.

Me mordí el labio. Me quería morir. No podía imaginar otra manera peor de iniciar algo con él.

—Me siento fatal. Qué vergüenza.

—Es ella la que debería sentirse así. Apuesto a que cuando llegue a su casa se dará cuenta de que se ha dejado a sí misma en evidencia.

—¡Pero si ni siquiera me he defendido!

—Sí que lo has hecho. Y bastante bien, por cierto. Es por eso que ella

ha perdido los nervios. La has asustado.

Sacudí la cabeza. Estaba abochornada y no daba crédito a sus palabras.

—¿Asustarla? ¿La has visto? No sé de qué iba a tenerme miedo...

—Demasiado asustada para venir a tu casa a gritarte como una energúmena. Créeme, sabe de sobra que contigo tiene mucho que perder.

Casi estuve a punto de reírme.

—Creo que los libros te han sorbido el cerebro, como a Don Quijote. Pero gracias por salir a defenderme cuando a mí no me quedaban fuerzas. No sé qué habría hecho si tú no hubieras intervenido.

—Algo se te habría ocurrido —me acarició los hombros con ternura—. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar cuando tu librero favorito acaba de descubrir que estás colada por tu jefe. ¿Me das tu veredicto? —temí angustiada.

Él me miró a los ojos y no lo dudó.

—No te merece.

Me atrajo hacia sí y me dio un beso en la frente. Fue un beso casto y cargado de ternura. Le gustaba de verdad. Y a mí... no sé lo que sentí en ese momento. No fue como tocar a Fernando. No me sacudió un tsunami interno ni perdí la noción del tiempo. Que James me tocara fue agradable y tranquilizador. Me hizo sentir bien y me obligó a olvidar.

—Ya sé que te dije que podía esperar, pero ahora mismo me apetece muchísimo besarte...

No supe qué decir. Las manos de James acunaron mi rostro con mimo y me besó en la punta de la nariz. Esperó mi respuesta, pidiéndome permiso como jamás lo haría Fernando.

—Así que a no ser que tú pongas alguna objeción, creo que voy a

hacerlo durante el resto de la noche...

Cerré los ojos, me puse de puntillas y lo atraje por el jersey. Entonces fui yo quien lo besó. Su boca era cálida y suave. Y contra todo pronóstico me gustó. Me gustó besar a James y dejé que él me llevase hasta el sofá para tumbarse encima de mí. No me quitó la ropa ni intentó nada más. Solo me besó. Me besó tal y como había prometido y me sentí segura. Supe que era un hombre en el que se podía confiar y no sé lo que aquello me produjo. Nunca sería como Fernando, de eso estaba segura. Fernando era peligroso y me arrastraba hacia el borde del abismo. Besar a James, por el contrario, era dejarse caer sobre un campo de flores y contemplar el cielo. Y esa sensación comenzó a gustarme.

45. Fernando

No podía dejar de mirarla. A pesar de que ahora más que nunca sabía que Sarah estaba fuera de mi alcance, se me iba la vista hacia ella cada vez que entraba en mi radar visual. Había ido hasta allí porque Michael, mi nuevo secretario, necesitaba que lo pusieran al día sobre algunas cuestiones relacionadas con el trabajo. Y Sarah era demasiado profesional para negarse cuando él se lo pidió.

Así que allí la tenía, ignorándome deliberadamente mientras yo no podía quitarle la vista de encima. Me sentía como un maldito baboso. Como un cerdo egoísta que se daba cuenta en el último momento que Sarah era lo único bueno y real que había en su vida. Pero sabía de sobra que ella tenía derecho a ser feliz con alguien que le ofreciera todo lo que yo no podía darle. Con un hombre que no estuviera prometido con una arpía con la que iba a tener un hijo. No me la merecía, y cuanto más lo aceptaba, peor me sentía.

Así que dejé que se marchara cuando ella salió del despacho de Michael y pasó por delante de mi escritorio. La seguí con la mirada mientras se me escapaba el aire por la boca. ¿Qué habría pasado si la hubiese mirado antes con los ojos que la veía ahora? ¿Por qué tenía que valorarla justo cuando la perdía?

—Tienes un secretario —dijo, con la mano sobre el pomo.

—Sí, ya lo has conocido —respondí, sin entender a qué venía que me hablara de Michael.

Ella se volvió hacia mí con una mueca sarcástica. Un gesto totalmente impropio de ella.

—¿Has contratado a un hombre porque así no te lo follas?

Me la quedé mirando con cara de póker. Me habría esperado ese comentario de cualquier persona menos de ella. Solté con hastío el bolígrafo

que tenía en la mano y me pasé las manos por el pelo. Así es como ella me veía ahora. Como un cabronazo interesado que solo pensaba en mí mismo. No podía culparla.

—¿Eso es lo que crees? —me temí—. Tú me conoces mejor que nadie. Me duele que creas que podría follarme a cualquier mujer que trabajase para mí.

—Eso es exactamente lo que pienso —me dijo sin vacilar.

Me levanté de la silla, pero ella puso las manos en alto para que ni se me ocurriera acercarme. Me quedé inmóvil, frustrado y sin saber qué hacer. Su resentimiento me estaba matando, pero lo que de verdad me dolía era que Sarah me tomara por un mujeriego de la peor calaña.

—No creo que pienses eso. Pero estás enfadada conmigo y... —dije, con un hálito de esperanza.

Me daba igual lo que el resto del mundo opinara de mí. Pero no podía soportar que Sarah me viera de aquella manera.

—Estoy enfadada contigo, pero eso no cambia un ápice mi opinión. Por fin empiezo a verte tal y como eres —su voz estaba desprovista de emoción y no me miraba.

—No es verdad. Eso no es lo que me pasó contigo. Eso... —di tres pasos hacia ella sin importarme que me fulminara con la mirada—. Eso... no es lo que siento por ti.

—No te atrevas a hablar de sentimientos —me advirtió con la voz temblando de rabia—. Intentaste follarme sobre ese escritorio y te salió mal la jugada. Ya está, supéralo.

—Ni de coña voy a superar esa puta mentira —repliqué herido. Volví a dar un paso en su dirección y noté que ella se estremecía—. Porque es eso; una mentira. Una que te cuentas para mantenerme alejada de ti y hacer que te sientas mejor. ¿Y sabes una cosa? No pienso aceptar ese rol. Sí, soy un cretino

ambicioso que se prometió con Jessica por puro interés. No pretendo hacerme la víctima y me veo a mí mismo tal y como soy. Puede que eso me convierta en un mal hombre, pero no estoy dispuesto a aceptar que lo único que quería de ti era llevarte a la cama. De ser así todo habría sido más sencillo. No me sentiría como una mierda, ni mucho menos buscaría tu perdón porque necesito que dejes de mirarme como si fuera la peor persona que has conocido en tu vida. Joder, no te haces una idea de lo mucho que me duele. Ni de lo desesperado que estoy porque dejes de mirarme con ese desprecio.

Ella retrocedió conmocionada y apretó los labios. Hasta que se recompuso y me lanzó una mirada asesina.

—¿Embarazar a Jessica también ha sido por interés, o eso ha sido un error de cálculo en tus planes?

Se me cayó el alma a los pies. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía saber que Jessica estaba embarazada? Solo encontré una explicación y comencé a enfurecerme.

—Felicidades por tu futura paternidad —me felicitó con frialdad—. Espero que traer un hijo a este mundo te haga más humano.

Al principio me quedé deshecho cuando ella se largó. Hasta que mis pies reaccionaron por inercia y corrí tras ella. Sarah estaba dentro del ascensor cuando me vio. Pulsó repetidamente el botón y yo aceleré. La gente del bufete nos miró con interés. Conseguí meterme dentro antes de que las puertas se cerraran, pero me golpeé el hombro izquierdo y gruñí. Ella me miró asustada y pegó la espalda contra la pared. Joder, ¿quién se pensaba que era?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó aterrorizada—. ¿Quieres que todo el mundo nos oiga? ¿Te da igual lo que piense Smith?

—Me importa una mierda lo que piensen —respondí, y por primera vez en mi vida comprendí que era la verdad. A esas alturas, las apariencias me traían sin cuidado—. Solo me importa lo que pienses tú.

—Pues ya te lo he dicho...

—Sí, ya me lo has dicho

Puse una mano contra la pared y la encerré contra mi cuerpo. Sarah trató de fulminarme con la mirada, pero todo lo que consiguió fue que me diese cuenta de que una parte de ella me buscaba con desesperación. Con la misma desesperación que yo la buscaba en ese momento.

—Ya me lo has dicho, y no soporto que me mires así. ¿Ha sido Jessica quien te lo ha contado? —ella no contestó, pero su expresión me lo dijo todo —. ¿Te ha molestado?

—Apártate de mí —me ordenó.

—No hasta que respondas a mi pregunta.

Ella clavó la vista en el suelo y a mí se me cayó el alma a los pies. Por supuesto que había sido Jessica. Y no tenía ni idea de lo que le había dicho, pero me podía hacer una ligera idea.

—Lo solucionaré.

Ella me miró confundida.

—¿De qué hablas? Entre tú y yo no hay nada que solucionar. ¿Me oyes? ¡Nada!

—Lo solucionaré —repetí contra sus labios, y noté que ella se derretía por el contacto.

Apoyé mi frente contra la suya y respiré con dificultad. Me dolía tenerla tan cerca y no poder tocarla. Demostrarle, o quizá demostrarme a mí mismo, que no era tan malo. Que dentro de mí existía un hombre capaz de amar. Que la necesitaba con todas mis fuerzas y que ahora lo veía muy claro. Porque era ella, joder. Era ella.

—Lo solucionaré —le cogí el rostro y le acaricié los labios con suavidad—. Te juro que vas a dejar de mirarme así. No me importa lo que tenga que hacer para conseguirlo, pero me ganaré tu respeto aunque sea lo

último que haga.

—Hay otra persona —me soltó.

Aquella revelación hizo que se me parase el corazón. La miré a los ojos para saber si era verdad y no supe lo que pensar.

—Me da igual —gruñí muerto de celos—. ¿Te besa como yo? ¿Te hace sentir lo que yo?

—Es mucho mejor que tú.

—Eso no es lo que te he preguntado —le espeté, antes de besarla.

Sarah intentó resistirse, pero conseguí doblegarla en cuanto mi boca tocó la suya. Gimió contra mis labios y noté su rabia. Su desesperación. Su deseo. La apreté contra el cristal del ascensor y me volví loco. Joder, la necesitaba. Cada parte de mi cuerpo buscaba a Sarah. Fue como si un volcán se lo llevara todo y dejase lo más importante: las ganas que teníamos el uno del otro. Y eran unas ganas que consumían. Una pasión que se llevaba tanto lo malo como lo bueno y dejaba una sola verdad: estaba completamente loco por ella. Por mi secretaria. Por la mujer que se escondía tras los trajes grises y me dejaba sin aliento.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Sarah salió de allí despeinada y con el rostro arrebolado por el deseo.

—¿Por qué me haces esto? —me recriminó entre lágrimas—. Vas a ser padre. Déjame en paz y sé feliz.

Salió corriendo y yo intenté seguirla, pero me pegué una hostia contra las puertas cuando estas se cerraron. Me agaché para recoger sus gafas, que se le habían caído al suelo. No sabía cómo iba a solucionarlo, pero lo haría. Conseguiría ganarme su perdón, aunque para ello tuviese que enfrentarme a Jessica y perder la vida de lujos que había conseguido.

46. Mia

Era la primera vez que dormía con un hombre. Ni siquiera con Fernando había experimentado tanta intimidad. Pero dormir abrazada a Logan había sido como cruzar un camino sin retorno. No nos habíamos acostado, y no precisamente por falta de ganas. Pero cada vez me sentía más cerca de él y no sabía cómo afrontar lo que sentía. Porque conocer a Logan jamás había entrado en mis planes.

Necesitaba poner punto final a mi historia con Fernando. Despedirme de él si quería que lo mío con Logan, lo que fuera que tuviéramos, funcionara. Él se merecía a alguien que lo amara sin contemplaciones. Lo último que necesitaba era una mujer que todavía guardaba espacio en su corazón para otro hombre. Ni siquiera podía imaginar todo lo que había sufrido Logan. Lo que de hecho seguía sufriendo. Ahora entendía su forma de ser y su frialdad. Y me daba cuenta de que cada vez me gustaba más. Sí, él tenía razón, éramos muy distintos. ¿Y qué? Me daba igual que me sacara doce años o que nuestras vidas llevaran caminos muy dispares. Cuanto más lo pensaba más me traía sin cuidado.

Logan ya no estaba cuando me desperté. Temí que se hubiera arrepentido de todo, pero suspiré aliviada en cuanto lo vi salir del cuarto de baño con una toalla anudada a la cintura. Lo miré de arriba abajo y babeé por aquel cuerpo. Al ver que lo observaba, él se puso la parte de arriba y yo enarqué las cejas.

—No me digas que eres vergonzoso. Eso no te pega —bromeé con incredulidad.

—Mis cicatrices —dijo de manera apagada, dándome la espalda—. Ya sé que no te gustan.

Me levanté de la cama y caminé hacia él. Lo abracé por la espalda, o

más bien hice lo que pude, pues era un hombre enorme. Logan se tensó y comprendí que quizá era demasiado para él. Me aparté con suavidad y me giré para encontrar su cara.

—Así que sabes lo que me gusta y lo que no... —repasé con un dedo las heridas de su pecho y noté que él se estremecía. Su cara fue una máscara de dolor y apretó la mandíbula—. Eres un hombre impresionante.

—Sí, soy grande. ¿Y qué? Eso ya lo sabía —respondió de mala gana.

—Me gustaste desde el primer momento que te vi sin camiseta —le fui sincera, y él me miró como si no me creyera del todo—. Con cicatrices o sin ellas... no podría negar que me siento muy atraída por ti. ¿Es suficiente para el Señor, o necesita que le siga regalando los oídos un poco más?

Aflojó una sonrisa y me atrajo hacia él. Me puse de puntillas para que me besara el pelo y cerré los ojos. La cuestión de la altura era un pelín complicada, pero me gustaba estar entre aquellos brazos tan fuertes. La sensación de sentirse protegida y deseada era única.

Entonces él se inclinó hacia mí y me besó en los labios con dulzura. Cuando me besaba con tanta delicadeza, me preguntaba como un hombre tan grande podía llegar a ser tan tierno. Suspiré contra sus labios y quise mucho más. Deseé que me quitara la ropa y me hiciera el amor allí mismo. Pero sabía que la casa estaba llena de gente y que cualquiera podría abrir la puerta sin avisar. Por ejemplo, la pequeña entrometida que tenía por sobrina.

Logan me mordió el labio de manera juguetona y luego su lengua encontró la mía. Un millón de sensaciones explotaron en mi estómago y el calor me abrasó todo el cuerpo. Sus manos me cogieron de la cintura y me llevó hacia la cama con facilidad, como si yo no pesara nada. Me sentó a horcajadas encima de él y me apretó contra su erección. Gemí por el placer y la sorpresa. Logan volvió a tirar de mi labio y me apartó el pelo de la cara.

—¿Ves lo que me haces? —su voz ronca me acarició el cuello.

Asentí mortificada por el deseo.

—Necesito encontrar un lugar donde me pueda tomar todo el tiempo del mundo para hacerte el amor. Y te prometo, Señorita Parker, que seré yo quien te impida ir deprisa.

—Temí que te hubieses arrepentido de todo —le confesé mi mayor miedo.

—Nunca —me acarició los hombros y me devoró con la mirada—. ¿Por qué iba a hacerlo? Eres todo lo que quiero.

—¿Aunque sea complicada?

—Aunque me compliques hasta los pensamientos...

Fui a besarlo cuando alguien llamó a la puerta. Puse los ojos en blanco y tuve ganas de gritar. ¡Uf, qué casa con menos intimidad!

—¡Señor Prexton, he dormido perfectamente! El Señor Roger lo quiere saludar antes de ir al colegio —le dijo Susan.

Ví que el pomo de la puerta se giraba y me puse de pie de un salto. No tenía ganas de responder a las incómodas preguntas de Susan sobre cómo se hacían los bebés. Me coloqué detrás de la puerta para que no me viera, y salí de allí cuando Susan acaparó por completo la atención de Logan.

¿Le dolía a él tratar con la niña? Tenía casi la misma edad que su hija cuando ella había sufrido el accidente. Me temí que ver a Susan despertara en él un infierno de emociones, pero sospechaba que a él le encantaban los niños y que Susan le producía mucha ternura. Con aquel pensamiento bajé a desayunar.

Logan estaba empeñado en descubrir al culpable de mis amenazas. Si descartábamos a Kevin Woods y los motivos relacionados con mi trabajo, no me quedaba ninguna opción. Aunque en los últimos días había contemplado la posibilidad de que existiera otro candidato. Uno que tenía razones de sobra

para cerrarme la boca. ¿Y si...?

No, no podía ser. Él no era capaz de llegar tan lejos... ¿o tal vez sí?

—Mia, ¿me estás escuchando?

—Perdona, ¿qué me estabas diciendo?

Logan me pasó unos documentos. Les eché un vistazo por encima y comprobé que eran unos emails. Uno de los tantos que me había negado a leer. Cuando eras alguien que recibía constantes amenazas, aprendías a convivir con ello como si no te importara.

—¿Los has leído?

—No. Los descarto en cuanto leo las primeras líneas y compruebo de qué se trata. Los dejé archivados por si algún día necesitaba recuperarlos. Ya veo que ese día ha llegado.

—Te dije que intentaría encontrar algún patrón y lo he hecho.

Lo miré con interés y un creciente temor.

—La gran mayoría son amenazas sin fundamentos, pero hay seis emails que tienen algo en común. La persona que los escribe te habla como si ya te conociera.

Logan me miró a los ojos, como si esperase que le contara algo. Le devolví la mirada y me mantuve impassible.

—He investigado la dirección IP, pero siempre se enviaron desde servidores públicos. Bibliotecas en la mayoría de las ocasiones. Lugares lo suficiente antiguos para que no dispongan de cámaras de seguridad, lo que me lleva a la conclusión de que quien los escribió sabía lo que hacía.

Así que no podía ser él, ¿no? ¿Cómo iba a escribirme desde una biblioteca? A no ser que...

—Hay alusiones a tu infancia, a la relación que tenías con tus hermanos, a la adoración que sentías por tu padre, a tu pasado... —Logan comenzó a leer uno de los emails—. *Querida Mia, los dos sabemos que en el*

instituto fuiste una zorra. Una animadora de la peor calaña que se metía con el resto de sus compañeras. Te has construido una gran reputación, pero a mí no me engañas.

Tragué con dificultad y agaché la cabeza. Aquellas palabras me recordaban un pasado que yo intentaba borrar para siempre. Pero después de diez años seguía persiguiéndome. El rastro de lo que fui y de lo que tanto me avergonzaba.

*—Eres la clase de niñata que necesita conseguir todo lo que quiere. Fernando nunca te importó de verdad. Tú solo querías demostrarte a ti misma que, si te empeñabas en conseguirlo, lo tendrías. Eres una puta mentirosa que puede engañar a todo el mundo menos a mí... —*Logan continuó leyendo sin quitarme los ojos de encima.

No dije nada. Fijé la vista en la pared. Esa ya no era yo. Y a Fernando, una de las pocas cosas buenas de mi pasado, lo había querido de verdad. Sí, había sido la clásica arpía de instituto que trataba fatal a todo el mundo, pero... había tenido una razón. El fallecimiento de mi padre me cambió hasta que descubrí que yo no fui la culpable de su muerte. Y entonces...

—¿De verdad piensas que Matt siente tanta debilidad por su hermanita que te perdonaría cualquier cosa? Ambos sabemos que no es cierto. Si le cuentas la verdad, él te odiará por ello. Si le cuentas lo que eres, todos te darán la espalda.

—Basta —le pedí, con las lágrimas atenazándome la garganta.

—Sabes quién es —insistió Logan, que había leído todo aquello en voz alta para ver si explotaba—. Pero no entiendo por qué lo cubres. ¿Qué estás ocultándome?

—¿Recibo un puñado de amenazas y la culpa la tengo yo? —me quejé con amargura.

—No juegues conmigo —Logan le dio un manotazo a la pila de

documentos—. Joder, Mia. ¡Dime quién coño te está amenazando!

—¡No lo sé! —le mentí llorando.

Logan suspiró, murmuró una maldición y le dio una patada a la silla. Me sobresaltó que él, que siempre lograba contenerse, explotara de aquella manera. Pero no podía contarle la verdad. No podía.

—He sido sincero contigo. Y sí, tenía miedo de que me juzgaras. No sabes lo que es abrirle tu corazón a otra persona y esperar su reacción. Cuéntame la verdad de una maldita vez. Me lo merezco, Mia. Y no solo porque sea tu guardaespaldas, sino porque quiero protegerte de verdad. Pero no puedo hacerlo si tú sigues guardando ese secreto.

—Es que no puedo... —susurré, agachando la cabeza—. No puedo, Logan... no puedo...

Me cubrí el rostro con las manos y rompí a llorar. No podía decírselo porque llevaba diez años guardando aquel secreto. Lo había hecho para proteger a mi familia, y ahora comenzaba a arrepentirme de mi decisión. Todos me odiarían si les contaba la verdad.

—Ven aquí —me ordenó, poniéndose de pie y arrastrándome con él. Me obligó a mirarlo a la cara, y lo que vi en sus ojos fue devastación y miedo—. He sufrido demasiado, ¿no lo entiendes? No podría soportar que también te pasara algo a ti. Porque me muero, joder. Mia... por favor...

Él se rompió. Logan, el hombre más fuerte que había conocido, me sostuvo por los hombros mientras era incapaz de sostenerse a sí mismo. Le temblaron las manos mientras me miraba a los ojos con pánico. Sabía de sobra que no era buena para él, pero no pude evitarlo.

—Te necesito —le pedí, llevando sus manos hasta mi cintura—. Ahora.

Él me miró desconcertado.

—¿Y si alguien nos interrumpe... otra vez?

Me dio igual. Estábamos en un pequeño salón que no solía utilizar nadie. Fui hacia la puerta y la bloqueé con una silla. Me acerqué a Logan y no supe por dónde empezar. Él me contempló angustiada, como si fuese la primera vez que tocaba a una mujer. Le cogí las manos y las puse sobre mis pechos.

—Ahora —le dije excitada.

Logan no se lo pensó. Me envolvió con sus brazos y me besó con una urgencia devastadora. Perdí la noción del tiempo... de todo lo que había a mi alrededor, cuando su lengua tocó la mía. Nunca me habían besado así y sabía de sobra que jamás conseguiría sentir con otra persona lo que experimentaba cuando él me besaba. La boca de Logan me besó hasta dejarme exhausta. No sé si pasaron minutos u horas, pero no me concedió tregua.

—Me vuelves loco... —murmuró, recorriéndome el cuello con la lengua—. Jodidamente loco... Señorita Parker.

Sonreí como una idiota cuando él me llamó así. Sus manos me tocaron por todas partes mientras su lengua trazaba un recorrido erótico por mi cuello. Conseguí reaccionar y comencé a acariciarlo. Metí las manos por dentro de su jersey y le toqué el estómago. Era como acariciar a una roca ardiente.

—Madre mía... —aluciné, pasándole las manos desde la tableta de chocolate hasta el pecho.

Noté que sus labios se curvaban en una sonrisa fanfarrona. Le saqué el jersey por la cabeza y lo miré embelesada. Besé cada una de sus cicatrices y Logan cerró los ojos. Noté que se estremecía y me sostuvo por los brazos.

—¿Qué estás haciendo conmigo? —preguntó aturdido. Me puso las manos sobre las mejillas y me atrajo hacia él. Me miró con auténtica devoción y me perdí en sus ojazos azules. Él rozó su nariz contra la mía, y aquel gesto cargado de ternura me hizo sonreír—. Porque funcionada, Señorita Parker. Me tienes a tu merced.

Volvió a besarme, esa vez dejando claras sus intenciones. Gemí contra sus labios y me deshice como el caramelo cuando él comenzó a acariciarme. Metió las manos por dentro de mi suéter y me acarició la espalda. Era increíble que unas manazas como las suyas me tocaran con tanta delicadeza, pero Logan sabía de sobra cómo acariciar a una mujer. O quizá sabía de sobra cómo tocarme a mí, porque lo hacía de maravilla.

Me cogió en brazos como si no pesara nada y me llevó hasta el sofá, sentándome a horcajadas encima de él. Luego comenzó a desabrocharme el suéter mientras besaba la piel que se iba exponiendo ante sus ojos. Me besó un hombro y después otro. La clavícula, los pechos... me fue desvistiendo poco a poco, como si lo de tomarse todo el tiempo del mundo lo hubiese dicho completamente en serio. Era una tortura de besos deliciosa. Cuando el suéter cayó al suelo, Logan me repasó con la mirada hasta que me hizo sentir desnuda.

—Eres preciosa.

Mis mejillas se tiñeron de rojo. No era la primera vez que un hombre me lo decía, pero Logan conseguía que me lo creyera de verdad. Era imposible no sentirse bella cuando te miraban de aquella manera. Cuando sus ojos recorrían mi piel con fascinación, como si nunca hubiese visto a una mujer desnuda. Me acomodé sobre su erección y él soltó un gruñido.

—¿Pretendes matarme? Ya tengo unos años...

Sonreí con malicia.

—Estoy probando tu teoría. ¿Vas a ser capaz de mantener tu palabra?

—¿La que dice que serás tú quien me suplique que te folle? —susurró contra mi oído, provocando que todo mi cuerpo lo deseara. Me mordió el lóbulo de la oreja—. Sí, Señorita Parker. Te voy a demostrar que en el sexo las prisas no son buenas.

Me besó con rudeza hasta que consiguió ablandarme. Suspiré contra

sus labios y él enredó una mano en mi pelo. Con la otra fue hacia el cierre de mi sujetador y lo desabrochó. Logan no paró de besarme cuando sus manos encontraron mis pechos. Los acarició hasta que mis pezones se endurecieron y me dolió todo el cuerpo. Sentía las extremidades pesadas y me costaba seguirle el ritmo.

Jadeé cuando se metió un pezón en la boca. Lo agarré por la nuca y gemí con desesperación. Aquel hombre me iba a matar de ganas. Dios, tenía razón. Sentí la necesidad de suplicarle que dejase de torturarme, pero se me atascaron las palabras cuando me besó el otro pecho. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Me estaba enloqueciendo y mi sexo palpitaba de ganas.

Apenas me inmuté cuando él me levantó en volandas, me tumbó en el sofá y comenzó a bajarme los pantalones. Cuando me quedé en braguitas, Logan volvió a la carga. Me besó por todas partes mientras introducía una mano por dentro de mi ropa interior. Acarició mi hendidura con un dedo y sonrió satisfecho al comprobar lo húmeda que estaba. Arqueé las caderas para pedirle sin palabras lo que quería.

—¿Quieres pedírmelo ya? Estoy abierto a tus sugerencias, Señorita Parker...

Deseé matarlo cuando volvió a acariciarme con un dedo. Apreté los labios y arqueé de nuevo las caderas sin poder evitarlo. Yo también podía jugar con él, así que estiré un brazo para acariciarlo por encima de la bragueta. Su polla respondió a mis caricias y Logan me apretó la muñeca.

—Mia... si sigues así...

—Si sigo así serás tú quien se trague sus palabras... —lo provoqué, desabrochándole la bragueta.

Logan me tomó por sorpresa cuando me agarró por las muñecas y me colocó los brazos por encima de mi cabeza. Intenté forcejear con él, pero tan solo necesitó una mano para someterme. Con la otra siguió atormentándome y

volvió a meterla dentro de mis bragas.

—Ay... —me retorcí de placer cuando él me acarició justo ahí—. Eso no es... justo...

Jadeé y separé las piernas. Logan introdujo un dedo y yo solté un gemido. Estaba empapada y más excitada de lo que había estado en toda mi vida. Comenzó a penetrarme con un dedo mientras yo me volvía loca y susurraba su nombre con desesperación.

—Vale... por favor... —le supliqué desesperada.

Él me arrancó las bragas y yo ahogué un grito. Ignoró mis súplicas y me besó por encima de la rodilla.

—Todo...

Volvió a besarme, aquella vez más arriba. En el interior del muslo. Se me aceleró la respiración cuando supe lo que iba a hacer.

—... el tiempo...

Me besó en la ingle y terminé de enloquecer por completo. Ay... Dios... mío...

—... del mundo...

Cuando su boca encontró mi sexo, fue como si un millón de fuegos artificiales me recorrieran el cuerpo. Grité y me dio exactamente igual que alguien pudiera oírme. Su lengua me llevó al cielo y ya no conseguí bajar de allí. Estaba al borde del abismo... del éxtasis más absoluto... retorciéndome de placer y clavándole las uñas en la espalda cuando él se apartó.

Casi estuve a punto de gritarle que lo mataba, hasta que me di cuenta de que se estaba quitando los pantalones. Logan apoyó su frente contra la mía cuando se tumbó encima de mí.

—A la mierda lo de ir despacio —gruñó, agarrándose la polla.

Me penetró de una embestida y yo le rodeé la cintura con las piernas. Ambos gemimos ante aquella unión, y sentí que encajábamos de una forma

perfecta. Deliciosa. Absoluta. Logan comenzó a penetrarme y yo me agarré a su cuerpo. Encontró mi boca y volvió a reclamarla.

Decidí que lo quería todo y me puse encima de él, tomándolo por sorpresa. Logan me miró maravillado cuando comencé a cabalgarlo. Me agarró los pechos y me susurró cosas que me pusieron muy cachonda. No pude más, me dejé caer sobre él justo cuando me agarró de las caderas y me presionó contra su miembro. Nos corrimos casi a la misma vez. Me apoyé contra su pecho y dejé que mi respiración se normalizara. Él me acarició la espalda con una mano y allí, apoyada contra su pecho, noté los latidos acelerados de su corazón.

—No sé qué es lo que estoy haciendo contigo... —dije, y conseguí mirarlo con la vista nublada por el deseo que aún sentía—. Pero sí sé qué es lo que haces tú conmigo...

—¿Y qué es?

—Volverme loca, romper mis esquemas y torturarme. Señor Prexton, creo que... me estoy enamorando un poquito de ti.

Escondí la cabeza en su pecho antes de poder ver su reacción. Ya está, ya lo había dicho. Ahora solo tocaba rezar para que él no saliera huyendo.

47. Mia

Nos habíamos convertido en dos adictos al sexo. Lo de mi repentino enamoramiento mejor dejarlo apartado, porque ni él había dicho nada ni yo había vuelto a mencionarlo. Me asustaba que hubiese ido demasiado deprisa para él. Sabía de sobra que a Logan le daba miedo todo lo relacionado con atarse sentimentalmente a otro ser humano. Teniendo en cuenta lo que había sufrido, lo entendía perfectamente. A él le asustaba que le partieran el corazón y yo no podía culparlo por ser cauteloso.

Ya ni siquiera nos ocultábamos. Es verdad que no íbamos por ahí dando muestras públicas de afecto, pero no me cortaba si le cogía la mano y mi hermano nos observaba desde lejos. O si le sonreía como una boba y mi madre enarcaba las cejas al darse cuenta. Nadie me lo había preguntado porque era evidente que entre mi guardaespaldas y yo había algo más que amistad. Quizá estaban esperando a que yo me animara a hacerlo oficial, pero no podía hasta que Logan y yo nos sentáramos a hablar las cosas. Y ni siquiera yo sabía lo que quería de él. ¿Qué pasaría cuando regresara a la India y él tuviese que enfrentarse a sus demonios personales? ¿De verdad tendríamos futuro con un montón de kilómetros de distancia?

Estábamos en el cuarto de baño de su habitación. Logan había llenado la bañera de espuma y luego había esperado a que anocheciera para llevarme hasta allí. Mis sobrinos lo tenían en un pedestal y llamaban su atención constantemente, así que éramos cautelosos para que no nos pillaran.

Tenía la espalda contra su pecho y sus brazos formaban una armadura alrededor de mi cuerpo. Era increíble lo segura que me sentía con él. Y no estoy hablando de que midiese casi dos metros y tuviera un físico imponente, sino de que me sentía tan cómoda con Logan que con él podía ser yo misma. A excepción de mi familia, había pocas personas que me conocieran de verdad.

—¿Qué vas a hacer cuando todo esto se acabe? —le pregunté.

Era la primera vez que me atrevía a hacerlo. Noté que él dejaba de estar relajado y que sus brazos me aflojaban.

—Tengo que hablar con Keira. Pero... no sé si...

Giré la cabeza hacia él y me dolió verlo tan destrozado. Logan creía que si tomaba aquella decisión, se convertiría en un mal padre. Que desconectar a su hija era traicionarla de la peor manera.

—¿Qué es lo que dicen los médicos?

—Que no hay esperanza. Los primeros meses nos pidieron paciencia para ver cómo evolucionaba. Pero después de cuatro años... insisten en que ella no va a despertar. Y yo... no sé qué pensar. Puede que en el fondo sea un egoísta por no querer renunciar a ella. Eso fue lo que me gritó Keira la última vez que nos vimos.

—Eres la persona menos egoísta que conozco.

Logan no respondió. En aquel momento, parecía sumergido por completo en su pasado. Agobiado por las decisiones que no se atrevía a tomar porque hiciera lo que hiciera siempre dudaría sobre si era lo correcto.

—¿Sabes por qué acepté este trabajo?

Lo miré con interés. Nunca me lo había preguntado. Suponía que Matt le había ofrecido una suma bastante generosa por protegerme.

—A mi hija le encantaba el mar. Era de esas niñas que lo tenían todo muy claro para su edad. Decía que quería convertirse en buceadora —una sonrisa de añoranza se plantó en su rostro—. Ojalá la hubieras conocido. Creo... que os habríais llevado bien.

Lo escuché atentamente, cada vez más intrigada por un pasado del que él me hablaba cada día un poco más. Con el transcurso de los días, Logan me abría su corazón y me contaba quién había sido hace cuatro años.

—Cuando trabajaba como policía, no pasé con ella todo el tiempo que

me habría gustado. Sé de sobra que las descuidé a las dos. Mi matrimonio se estaba resintiendo porque Keira pensaba que mi trabajo era más importante para mí que mi familia. Ella jamás entendió... que yo solo quería ayudar a construir un mundo mejor en el que mi hija pudiera crecer sin peligros. Y fíjate por dónde, si le hubiera prestado más atención, April no estaría conectada a una máquina.

—Ya sé... que lo que voy a decirte te lo habrán dicho otras personas... pero fue un accidente. No te mereces seguir culpándote por ello.

—Sí, eso ya me lo han dicho. La primera Keira. Luego mis padres, mis amigos... pero no sirve de nada. No puedo pasar página. ¿Y si le fallo a April otra vez? ¿Y si...?

—No puedes saberlo —le apreté la mano—. No puedes, Logan. Tendrás que convivir con esa decisión. Dices que era una niña con las ideas muy claras, ¿qué es lo que a ella le habría gustado?

—Vivir conectada a una máquina desde luego que no.

—Necesitas hablar con Keira. Tenéis que perdonaros mutuamente. ¿Alguna vez le has dicho lo que me contaste a mí?

Logan arrugó la frente.

—No conoces a mi exmujer... —refunfuñó de mala gana—. Es buena persona, eso no lo pongo en duda. Pero cuando la tengo delante y veo lo fuerte que es, no puedo evitar despreciarla por ello. Joder, ¿qué clase de hombre soy?

No supe qué decirle. Entendía que él y su exmujer aún tenían una conversación pendiente. Y ni siquiera conocía a Keira para poder ofrecerle algún consejo. Todo era tan complicado...

—Acepté este trabajo porque le hice una promesa a mi hija —me reveló—. Quería jubilarme con este dinero y comprar un barco. Le prometí a April que un día ahorraría lo suficiente para comprar un barco y llevarla todos

los fines de semana a navegar. Ella ya no está conmigo, pero yo necesito seguir con su sueño. Se lo merece.

—Es un sueño precioso.

—¿Has ido a navegar alguna vez?

—No soy mucho de mar —admití con una sonrisa.

—Pero, ¿me acompañarías?

La pregunta me provocó un remolino de emociones. Era toda una promesa de intenciones. Logan me quería en su vida.

—Sí —respondí sin dudar—. Te acompañaría.

Él se recostó en la bañera y cerró los ojos, con una sonrisa enigmática en la cara. Aunque ya empezaba a conocerlo, en ocasiones como aquella no tenía ni idea de lo que estaba pensando. Salí de la bañera y me envolví en una toalla.

—Voy a por algo de comer. ¿Te apetece algo?

—Me apetecees tú. Siempre.

Me puse colorada. Solo necesitaba algunas palabras para volver a encenderme.

—Ahora vuelvo —le dije, saliendo del baño.

Estaba saqueando la nevera cuando Matt entró en la cocina. Se apoyó en la encimera y miró con curiosidad lo que estaba preparando.

—Es mucha comida para uno solo —me acusó con una sonrisa.

Me constaba que había hablado con Logan a mis espaldas. No tenía ni idea de lo que le habría dicho, pero estaba claro que Logan se lo había metido en el bolsillo, porque Matt ya no lo miraba con aquel recelo de hermano mayor sobreprotector.

—No te quiero asustar, pero mamá no para de preguntarme por ti y por

Logan. Y yo no sé qué decirle.

—No le digas nada... por el momento —respondí con incertidumbre—. Matt, no quiero que os hagáis ilusiones. No sé de qué va esto. Lo que sí sé es que volveré a la India cuando testifique en el juicio.

Él no se inmutó.

—A mí no me sorprende. Pero... ¿qué piensa Logan?

No lo sabía. Yo estaba dispuesta a mantener una relación a distancia si era necesario. Él me gustaba muchísimo.

—Entiendo que tenéis una conversación pendiente —me dijo, y me miró a los ojos con emoción contenida—. Mia, nosotros también tenemos una conversación pendiente.

—Ah, ¿sí? —me temí.

Él asintió con pesar.

—Ya sabes que la vista por la condicional de John está a la vuelta de la esquina.

Lo sabía de sobra, y me daba un miedo tremendo lo que aquello podía suponer para nuestra familia. Era la primera vez que Matt sacaba el tema.

—Ojalá que no se la concedan —le dije sin poder evitarlo.

—John tiene una madre, y resulta que es la nuestra. Tienes que entender que ella no piensa lo mismo que tú. Ahora que soy padre la comprendo. Yo... no sé qué haría si uno de mis hijos estuviera en la cárcel.

—¿Tú quieres que él salga? —me horroricé—. Después de lo que os hizo, después de que intentara mataros...

—No —se mantuvo impasible—. Pero tampoco puedo evitarlo. Me lo he estado preguntado mucho, y si bien no estoy dispuesto a darle otra oportunidad, quiero lo suficiente al que fue mi hermano para no ponerle las cosas más difíciles. Tiene derecho a reinsertarse, y puede que diez años en la cárcel lo hayan cambiado.

—¡Sigue siendo el mismo! —exclamé aterrorizada—. Es peor de lo que crees. Te lo juro. Por favor, no dejes que vuelva a poner un pie en esta casa.

—Fui a verlo a la cárcel —me contó, y a mí no me sorprendió. John ya me lo había contado—. Estaba arrepentido. Me pidió perdón y se puso a llorar. Jamás lo había visto tan destrozado. ¿Y si ha cambiado?

Retrocedí conmocionada. John era un maldito embaucador. Había intentado engañar a Matt para que este lo perdonara. Para colarse de nuevo en nuestras vidas y destrozarlas.

—No ha cambiado... no lo ha hecho... —le dije desesperada, y me odié a mí misma por no poder contarle aquello que lo haría cambiar de opinión para siempre—. Aléjalo de nosotros. De tus hijos, de Harley... os hará daño.

—Mia —él me miró desconcertado—. John no va a volver a poner un pie en esta casa. Lo hablé con Harley hace muchísimo tiempo, y los dos estuvimos de acuerdo.

—Vale... —respiré aliviada.

—Pero... no puedo impedir que salga de la cárcel, ni que reclame lo que es suyo —me advirtió muy serio—. John tiene un porcentaje de la empresa nada desdeñable. Es tan heredero como nosotros. Si reclama lo que es suyo... ningún juez le quitará la razón. Voy a tener que verlo sí o sí. Puede que incluso tenga que trabajar con él si la junta de accionistas decide readmitirlo en el consejo directivo. Sabes de sobra que John aún tiene muchos amigos e influencia. Y respecto a mamá... ¿cómo voy a impedirle que vea a su otro hijo? No puedo. Mia, ¿estás bien?

Me agarré a la encimera. Dios mío, John iba a volver a nuestras vidas lo quisiéramos o no. ¿Y si lo aprovechaba para volver a atacar? Tenía que evitarlo. Pero, ¿cómo?

—Sí, estoy bien. Lo de la condicional es una posibilidad... pero pueden denegársela.

—No deja de ser un Parker. John tiene dinero, contactos... y al parecer un buen abogado —me dijo Matt, para que me hiciera a la idea.

—Sí, pero fue un escándalo. No, no se la darán... —intenté tranquilizarme a mí misma—. No se la darán...

—Su abogado es Fernando.

Miré a mi hermano como si acabara de gastarme una broma pesada, pero su expresión estaba completamente seria. No podía ser... Fernando jamás me haría una cosa así... él sabía el daño que había hecho John a mi familia. De hecho, fue él quien avisó a la policía mientras yo intentaba detener a John para que no disparara a Matt y Harley.

—¿Estás seguro? —vacilé, sin dar crédito a aquella verdad tan demoledora.

—Me llegó el rumor y decidí investigar. Sí, estoy seguro. No te lo habría contado si no me hubiera cerciorado antes. Lo siento mucho, Mia. Al final la gente cambia.

Tuve ganas de echarme a llorar, pero logré contenerlas porque no quería preocupar más a Matt. Si Fernando quería hacerme daño, esa era su peor traición. No me cabía en la cabeza que el joven noble y leal del que me había enamorado fuera capaz de traicionarme de aquella manera. A mí y a toda mi familia. ¿Ya no tenía escrúpulos? Decidí que le haría una visita para preguntárselo a la cara.

48. Jessica

Me estaba maquillando delante del espejo del dormitorio. Era el séptimo día que dormía sola. Me molestaba más el hecho de ser incapaz de manipular a Fernando que la idea de que no compartiéramos la cama. Aquello último me traía sin cuidado, para ser honesta. ¿Quería hacerse el digno y demostrarme que lo nuestro estaba muerto? Pues vale. Podía contra eso, pero cada vez me chirriaba más la sospecha de que lo estaba perdiendo a pasos agigantados.

Me quedaba la baza del embarazo, y sabía que Fernando seguiría conmigo con tal de criar a ese hijo. Opté por el pintalabios rojo velvet de chanel. Cuando me vi en el espejo, no comprendí por qué Fernando no se daba cuenta de la suerte que tenía. Menudo imbécil, ¡era una diosa! ¿A cuántos hombres había tenido que rechazar por salir con aquel cretino?

Los principios, el amor... todo eso estaba sobrevaloradísimo. Pobre infeliz. Casi tuve ganas de gritarle que, en el fondo, hacía una pareja perfecta con la patética Sarah. Eran tal para cual. Un par de ilusos que se conformaban con muy poco.

Cuando vi el nombre de Marco en mi teléfono, descolgué de inmediato y me relamí de anticipación. Esperaba que al menos ese hombre no me hubiera fallado.

—Te he enviado toda la información a tu correo. Llámame cuando termines de leerla —me dijo.

Le colgué y fui directa a mi carpeta de email. Leí el mensaje con los ojos abiertos de par en par. Vaya... vaya... eso era mejor de lo que había esperado. Justo lo que necesitaba para devolvérsela a Mia y hacerle daño a su guardaespaldas. Mataría dos pájaros de un tiro y les enviaría un claro mensaje: conmigo no se mete nadie.

Marqué el número de Marco y el descolgó al segundo tono.

—¿Quieres sacarlo a la luz? Me parece bastante sucio, incluso viniendo de ti.

Puse los ojos en blanco. Marco me conocía desde hacía años, ¿y ahora me venía con esas?

—Destrózalo —le pedí con odio.

Logan Prexton maldeciría el día que me había rechazado en aquel bar de mala muerte. Y Mia Parker, aquella estúpida con ínfulas de ser mejor que los demás, descubriría que había cometido el peor error de su vida al subestimarme. No era culpa mía. Ya se lo había advertido cuando le dije que no sabía de lo que yo era capaz. Quien avisa no es traidor.

49. Fernando

Michael asomó la cabeza por mi puerta con cara de circunstancia. Le dediqué una mirada apática. Sé que encontrar a alguien tan bueno como Sarah era pedir demasiado, pero mi secretario me causaba más problemas de los que resolvía. ¿O estaba siendo demasiado duro porque me sentía como una mierda?

—Señor Sandoval, hay una mujer que insiste en verlo.

—Te dije que no me pasaras visitas —le espeté irritado.

—Ya... pero está montando un espectáculo en recepción. Exige que le digan que Mia Parker quiere hablar con usted. ¿Le pongo alguna excusa?

Mia... ¿qué coño venía a buscar al bufete en el que trabajaba?

—Dile que pase —le pedí, más intrigado que otra cosa.

La mujer de la que había estado enamorado cuando era un crío entró en mi despacho hecha una furia. Comenzó a gritarme como una posesa y a mí me costó entender algo entre toda la retahíla de insultos que me dedicó. La miré con frialdad y no me levanté de mi asiento.

—Buenas tardes, Mia. Yo tampoco me alegro de verte. ¿Se puede saber qué quieres?

Ella me fulminó con la mirada. Estaba completamente fuera de sí.

—Eres... una... basura...

—Ja... —sonreí de medio lado—. Dime algo que yo no sepa. ¿Eso es todo? Porque soy un hombre ocupado al que no le gusta que le hagan perder el tiempo. Así que si es lo que has venido a decirme...

Le señalé la puerta. Ella sacudió la cabeza, como si no diera crédito a lo que veía. Pero sí, me estaba viendo bien. En eso me había convertido. En un cretino sin escrúpulos que tenía que darle toda la razón a Sarah.

—No, he venido a decirte mucho más —dijo, elevando la barbilla

como ya la había visto hacer otras veces. El orgullo de los Parker—. ¿Cómo puedes ser tan miserable? Sé que a mí no me debes nada... pero podrías tener un poco de respeto por mi familia. Ellos te aprecian, ¿cómo puedes hacerles esto?

—¿Hacerles qué? —pregunté cansado—. Oye... no tengo tiempo para tus tonterías. ¿No estás muy ocupada salvando el mundo? O... con tu guardaespaldas, ¿cómo se llama?

—No hables de él. No le llegas ni a la suela de los zapatos.

Me reí en su cara.

—Te encantan los clichés. Hace diez años, el chico pobre y la chica rica. Ahora, la mujer y su guardaespaldas. ¿Qué será lo siguiente cuando te canses de él? ¿Liarte con el repartidor de pizzas? Porque eso es lo que haces todo el tiempo, ¿no? Aburrirte de la gente y luego desecharlos como si no valieran nada.

—No sé quién eres, pero si ves al antiguo Fernando, el mismo que tenía principios y era una persona decente, salúdalo de mi parte.

Intenté que sus palabras no me afectaran, pero no lo conseguí del todo.

—¿Qué quieres? —gruñí.

—Vas a defender a John.

No estaba preparado para que ella lo supiera. O quizá, nunca lo había estado. Para la decepción con la que me miró mientras trataba de tragarse las lágrimas.

—Sí. Soy abogado. Es mi trabajo —respondí de manera monótona, fingiendo una indiferencia que no sentía—. ¿Y qué?

—¿Y qué? —repitió incrédula—. ¿Y qué? Fernando... ¿en qué te has convertido? Dime que este no eres tú.

—¡Este soy yo! —le grité malhumorado—. El que ves. Tú también has cambiado. Todos lo hacemos. Solo que yo lo acepto sin problemas...

Me di cuenta de que aquello se parecía demasiado a lo que me había dicho Jessica a mí. Esa verdad me horrorizó y me produjo asco de mí mismo. Pero fue cuando vi el desprecio en los ojos de Mia que comencé a arrepentirme.

—¿Lo has hecho para hacerme daño? —me preguntó con un hilo de voz—. Porque quiero que sepas que lo has conseguido. Enhorabuena, después de diez años ya me la has devuelto.

—No —me levanté de un salto—. No me convertí en el abogado de John para hacerte daño.

—Y entonces... ¿por qué lo haces? —me preguntó sin entender.

—Porque defender a tu hermano me da reputación —le fui sincero—. Hace que en este bufete me tomen en serio. Y John me ha prometido algo mejor que el dinero. Si lo saco de la cárcel, me dará acciones de vuestra empresa.

A Mia le costó asimilar aquella verdad. Se me quedó mirando con cara de póker, como si no me creyera capaz de algo semejante. Pero sí, ese era yo. Elegía a mis clientes en función de lo que ellos podían ofrecerme. Y John Parker me ofrecía algo mucho mejor que el dinero. Me ofrecía ganarme el respeto de los demás.

—Eso... ¿eso es lo que has querido siempre, no? Pero no lo entiendo, Fernando. Mi familia jamás te trató mal. ¿De verdad necesitas tener acciones de nuestra empresa para sentirte mejor contigo mismo? ¿Para demostrarnos a todos hasta donde has llegado? Porque sinceramente... yo te admiraba hasta que he visto en lo que te has convertido, de lo que eres capaz... y me das mucha pena.

—Tú no lo entiendes, Mia. No has tenido que agachar la cabeza cuando te miraban por encima del hombro. A ti y a tu familia siempre os han respetado. Yo he tenido que ganarme ese respeto... y todavía, si flaqueo, lo

puedo perder.

—¿Y te respetas a ti mismo? ¿De qué te sirve el respeto de los demás si te falta el más importante?

Tragué con dificultad y no fui capaz de mantener su mirada. No soportaba que ella me mirase así. Mía había sido una parte fundamental de mi vida. Y maldita fuera, tenía razón. ¿De verdad había aceptado defender a John por una mierda de participación en su empresa?

—¿Cuánto te tengo que pagar para que no lo defiendas? —me preguntó con rabia.

Me tembló todo el cuerpo. ¿Pensaba que podía comprarme?

—¿Qué? No...

—¿Quieres un cheque en blanco? Solo di una cantidad.

—Para —le ordené ofendido.

—La que sea. Tengo mucho dinero si eso es lo único que te importa. ¿Qué quieres? ¿Acciones?

—¡Basta! —le grité, completamente ido. Me acerqué a ella y la sostuve por los hombros—. Basta, por favor.

La solté de golpe y la miré derrotado.

—No soporto que me mires así... —admití horrorizado.

—¿Y cómo quieres que te mire? —replicó dolida—. Tú estabas allí hace diez años. Estabas conmigo cuando John intentó disparar a Matt. Tú fuiste quien corrió a avisar a la policía mientras que yo le quitaba el arma. Por Dios, ¿es que ya no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo... —admití de mala gana. ¿Cómo se olvidaba uno de algo así? —. Pero aquello nunca salió a la luz. A John lo encerraron por la muerte de aquel estudiante, y creí que... tal vez tu familia...

—¿Qué no dijimos nada para evitar un escándalo? —adivinó asqueada—. Creí que nos conocías mejor, Fernando. ¿Sabes lo que es tener un hermano

asesino? ¿Un hijo? ¿Sabes lo que fue eso para mi familia? No tienes ni idea de lo que sufrimos... de lo que sufrieron... de lo que les costó a mi madre y a Matt recuperar su relación. No queríamos hacerle más daño a John ni a nuestra familia, así que lo dejamos estar y confiamos en que pasara el tiempo suficiente en prisión.

—Saldrá... lo defienda yo u otro abogado —le expliqué.

—Ya lo sé —admitió compungida—. ¿Pero tienes que ser tú? No soporto esa idea.

—No —negué, y me sentó bien decirlo—. No tengo que ser yo. Si te hace daño, no seré yo quien le consiga la condicional.

Ella me miró asombrada. Había ido hasta allí haciéndose a la idea de que yo era una persona horrible, y no estaba preparada para lo contrario. ¿Lo estaba yo?

—¿Por qué harías algo así?

—Porque te quise muchísimo —le dije algo que ya sabía—. Porque te quise, y quiero volver a parecerme al hombre que fui entonces. ¿Qué nos pasó?

—Fui yo... tú no tuviste la culpa.

Ella suspiró y rompió a llorar. No supe qué hacer. Me la quedé mirando abatido y todo mi rencor se esfumó. Siempre pensé que fui yo el que salió perdiendo, pero de repente comprendí que ella también había sufrido. Así que hice lo único que estaba en mi mano: abrazarla. La abracé en un intento de consolarla, y al hacerlo descubrí que ya no la odiaba. No entendía por qué se había marchado sin darme ninguna explicación, pero notaba su sufrimiento y me dolía verla así.

—¿Por qué te da tanto miedo que John salga de la cárcel? —adiviné su mayor temor.

Ella se sorbió las lágrimas.

—¿Quieres saber por qué me fui?

—Sí —respondí sin dudar—. Lo necesito, Mia. Necesito pasar página de una puñetera vez.

—Porque tú eras el único que podía hacerme volver —me contó, y aquella verdad me sobrecogió por completo—. Porque no podía quedarme allí, en esa casa, sabiendo lo que les ocultaba a los demás. Y pensé que... alejándome... conseguiría que todo fuera más fácil para todos. Solo intentaba protegerlos, te lo prometo. Solo quería...

Volvió a romperse. La miré sin saber a qué se refería y le acaricié los hombros. Era extraño como, de un plumazo, se había roto aquella conexión que manteníamos. En cuanto el rencor se había esfumado, había sido capaz de mirar a Mia con otros ojos. Y me destrozaba verla así.

—Mia, a mí me lo puedes contar. Sea lo que sea. No te voy a juzgar.

—Nunca se lo he contado a nadie —me dijo horrorizada—. Ni siquiera sé por qué lo he guardado todo este tiempo. Supuse que si no podía demostrarlo... ¿para qué iba a hacer sufrir más a mi familia?

Inspiró profundamente y me miró a los ojos.

—¿Estoy amparada por el secreto profesional?

Me costó entenderla, hasta que comprendí a que se refería y asentí sin dudar.

—Por supuesto.

Y entonces Mia me reveló algo que jamás me habría imaginado. Y joder, la entendí perfectamente. Y lo más importante, la perdoné por completo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Cuando adiviné por qué Mia se había largado hace diez años sin ofrecerme ninguna explicación, logré reconciliarme de una vez por todas con el pasado que teníamos en común. Pero... ¿conseguiría ella reconciliarse con sus propios demonios antes de que fuera demasiado tarde?

Me quedé tan devastado después de la visita de Mia que estuve un buen rato sentado en mi despacho. Entendía por qué lo había hecho, pero no sabía si su familia compartiría mi opinión. Le prometí que me tendría para siempre y que la ayudaría en todo lo que estuviera en mis manos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Me costó levantarme de la silla. Estaba deshecho porque, de repente, comprendí que todos aquellos años de rencor no habían tenido ningún sentido. Sí, había estado enamorado de ella. Pero ambos éramos personas muy diferentes ahora. Ojalá no hubiese empañado el recuerdo de lo que tuvimos, pero esperaba que con el tiempo Mia y yo pudiésemos tener algo parecido a una amistad.

Cuando salí de mi despacho, creí que era la última persona que quedaba en el bufete. Me sorprendió tropezarme con Sarah, que llevaba tantas carpetas encima que apenas se le veía el rostro.

—¿Te quedas hasta tarde? —era la primera vez que hablábamos después de lo que había sucedido en el ascensor.

Ella me había estado evitando y yo no se lo había puesto demasiado difícil. Hasta que no arreglara mi situación con Jessica, ¿qué otra cosa podía hacer? Ella se merecía espacio y la posibilidad de rehacer su vida con otra persona. Aunque aquella posibilidad me tocara los cojones...

—El trabajo me tiene absorbida —me dijo con sequedad—. Por casualidad, ¿no habrás visto mis gafas?

Llevaba unas nuevas. Las que se le habían caído en el ascensor las tenía yo guardadas en el primer cajón de mi escritorio. Todavía me negaba a dárselas porque entonces no me quedaría nada de ella.

—No.

—Que te vaya bien —me dio la espalda.

—¿Quieres que te ayude con eso? Parece que pesa bastante.

—Puedo sola.

Le quité la mitad de la carga y ella me lanzó una mirada furiosa, lo que no me impidió que la acompañase hasta su despacho.

—Me gusta como lo has decorado —le dije, mirándolo todo con curiosidad.

—Fernando, ¿por qué no te vas a casa? —sugirió, con la poca educación que le quedaba para mí—. ¿O es que estás demasiado afectado por la visita de Mia y necesitas un hombro en el que llorar? Porque el mío ya no está disponible.

La miré asombrado. Ella se encogió de hombros.

—Las noticias vuelan. ¿Habéis recuperado el tiempo perdido? —inquirió con ironía.

—¿No te cansas de pensar lo peor de mí? —repliqué agotado.

—Piensa mal y acertarás.

No reconocía a aquella mujer. Sabía de sobra que era todo fachada. La que se había construido para enfrentarse a mí y fingir que ya no le importaba.

—Pues para que lo sepas, no a todas las mujeres que entran en mi despacho les bajo las bragas —le espeté irritado. Ella se quedó pensativa, y yo añadí—: Adiós, Sarah. Lo último que quiero es que mi presencia te incomode.

Me dirigí hacia la puerta y ella me siguió con la mirada, pero no dijo nada. Me hubiera gustado largarme sin más, pero no pude hacerlo.

—¿Vas en serio con ese hombre? —le pregunté, y todo mi cuerpo se tensó.

—Sí, creo que sí.

Los celos me carcomieron por dentro, y tuve que utilizar todo mi autocontrol para no darme la vuelta y estrecharla entre mis brazos.

—Deseo de corazón que te vaya bien. Espero que él te pueda hacer todo lo feliz que a mí me es imposible —le dije, y salí huyendo.

50. Mia

No le dije a Logan que había ido a ver a Fernando porque temía que no lo entendiera. Ya lo había pasado bastante mal para que yo le complicara la vida, así que opté por ocultárselo. Temía que Logan creyese que entre Fernando y yo todavía existía algo, o lo que era peor, que yo seguía enamorada de Fernando. Pero ahora conocía mis sentimientos y la verdad me tranquilizaba. Me había hecho mucho bien hablar con Fernando, zanjar lo que teníamos y así permitir que los dos pasáramos página.

Fui acompañada por uno de los hombres de Logan, al que le pedí máxima discreción. Por eso me sorprendió cuando, al cabo de pocos días, Logan me espetó con un palpable resentimiento:

—Te has visto con Fernando.

Lo miré descolocada y suspiré. Supe por su expresión que había metido la pata hasta el fondo. Acababa de darle una razón para que desconfiara de mí.

—Sí —decidí no mentirle—. Pero no ha sido por lo que estás pensando.

Logan me dedicó una sonrisa cargada de ironía.

—¿Y qué es lo que estoy pensando?

—Nada bueno.

—¿Nada bueno? —repitió con aspereza—. No se me ocurre otra razón por la que fueras a ver a un hombre por el que tú misma dijiste que todavía seguías sintiendo algo.

—Logan... —él se apartó de mí cuando intenté tocarlo. Su rechazo me dolió, pero no tanto como la decepción que vi en sus ojos. Él había confiado en mí y yo acababa de fallarle—. Ya sé que es lo que se suele decir en este tipo de situaciones... pero... no es lo que parece. Fernando y yo teníamos una

conversación pendiente, y eso es todo lo que sucedió entre nosotros. Nada más, solo eso.

—¿Por qué no nos haces un favor a los dos y me dejas en paz?

—Porque entre Fernando y yo no pasó nada, y no voy a dejarte en paz hasta que tú me creas.

Me miró a los ojos y no flaqueé.

—¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me pediste que te acompañara? ¿Por qué has tenido que ocultármelo? —me recriminó dolido.

—Porque pensé que no me creerías, y pretendía evitar lo que ha pasado ahora; hacerte daño. Por favor, Logan, mírame a la cara y dime lo que ves. ¿De verdad ves a alguien capaz de traicionarte?

Logan me devolvió una mirada feroz. Pero a pesar de su entereza, estaba abatido y todo era culpa mía. Había intentado protegerlo en vano.

—No sé qué es peor —gruñó malhumorado—. Qué te hayas visto con él, o que me creas tan estúpido como para no contármelo. Puede que si lo hubieras hecho no estuviésemos en esta situación.

—Sí... puede —admití, a sabiendas de que me había equivocado—. Y lo siento muchísimo. Es que... a veces tengo la sensación de que vas a buscar cualquier excusa para alejarte de mí. Así que no quería darte ninguna razón.

—¿Así es como me ves? —arrugó la frente—. Es la primera vez que me acerco tanto a una persona después de cuatro años. ¿Por qué iba a alejarte de mí?

—Porque...

—¿No será que eres tú quién se aleja de mí? —me recriminó ante mi desconcierto—. Vamos, Mia... no me digas que no lo has pensado. Vas a volver a la India en cuanto esto se acabe, pero no tienes el valor de decírmelo a la cara. Quizá porque desde que te conté lo de April me tienes pena y piensas que no voy a poder soportarlo. Si es así, quiero que sepas que ya he

pasado por cosas peores. Solo tienes que decirme que no te intereso y desapareceré de tu vida.

—Logan, ¿de qué hablas? —lo miré con incredulidad—. Soy la misma persona que te dije que se está enamorando de ti.

—No quiero que me tengas lástima —replicó lleno de rabia—. Ahórratela, no soporto la compasión.

—No me he acostado contigo porque te tenga pena. Ya me gustabas mucho antes de que me abrieras tu corazón —intenté hacerlo entrar en razón—. Y sí, voy a volver a la India y me da miedo lo que eso supondrá para nosotros. Pero no me estoy alejando de ti a propósito. Dios, mírame cuando te hablo.

Logan me fulminó con la mirada.

—Pues claro que te estás alejando de mí. Supongo que piensas que estoy demasiado jodido para tener algo contigo. Ya te lo dije, no tenemos nada en común. Tú eres joven y tienes la fundación, ¿para qué ibas a cargar con alguien como yo?

—Por eso no te dije que iba a ver a Fernando —le solté, incapaz de seguir por ese camino—. No soy yo la que te compadece. Eres tú, Logan. Y me temo que no vas a poder tener algo serio con nadie hasta que afrontes todo lo que te tortura.

—Encima te atreves a darme lecciones... —sacudió la cabeza sin dar crédito—. Tú, que me has mentido porque te daba miedo contarme la verdad.

—¡Sí! Y me he equivocado, ¿qué más quieres que te diga? —estaba desesperada porque él me escuchara, pero era como hablar con una pared—. Lo siento, Logan. De verdad que lo siento. Pero sigo pensando lo que te he dicho.

—Yo también —me espetó con voz dura—. Necesito que me dé el aire.

Lo dejé ir cuando salió por la puerta. Sabía de sobra que necesitaba su espacio. Me destrozaba verlo así, y comprendía que yo tenía parte de culpa. Lo último que necesitaba Logan era una mujer que no pudiese serle del todo sincera por miedo a sus reacciones. Respecto a Fernando, mi trabajo en la fundación o mis dudas. Pero él también tenía lo suyo, y jamás conseguiría seguir hacia adelante a menos que lo aceptara.

Decidí que le concedería una tregua hasta que se le pasara el enfado. Puede que entonces pudiésemos hablar las cosas sin necesidad de reclamarnos nada el uno al otro.

Logan me evitó durante el resto de la tarde y parte del día siguiente. Aproveché su indiferencia para jugar con mis sobrinos y distraerme. Fui a tomarme un descanso cuando me encontré a toda mi familia reunida y cuchicheando. Los miré con curiosidad y ellos intentaron tapar la televisión cuando me vieron entrar.

—¿Qué pasa? —exigí saber.

Por sus caras, supe que no sucedía nada bueno. Fue Alan quien se atrevió a hablar.

—Mia... no quiero que te asustes, pero hay algo que tienes que saber. Es sobre Logan—. Era la primera vez que veía a Alan tan serio, así que me temí lo peor—. Resulta que la prensa se ha enterado de algo sobre su pasado... y eso, unido a que es tu guardaespaldas...

No me pude contener. Lo empujé para apartarlo de la televisión y contemplé horrorizada la pantalla. Hablaban de Logan y de su pasado. Incluso había fotos de su hija y de su exmujer. Se me cayó el alma a los pies cuando mostraron unas imágenes de nosotros en la entrada de la casa, besándonos cuando creíamos que nadie nos veía. Comencé a marearme mientras comprendía lo que aquello significaría para Logan. Le iban a destrozarnos la

vida, y todo por estar conmigo. Habría dado igual de ser una persona anónima, pero sabía de sobra que cualquiera que se relacionara conmigo era objetivo de los paparazis. Y Logan tenía una historia muy trágica para que se cebaran con él. Dios mío, generaría tanta curiosidad morbosa que lo hundirían.

Alan me tendió un periódico, en el que se explicaba con todo lujo de detalles el pasado de Logan como policía, sus problemas con el alcohol y el accidente de su hija. Todo estaba redactado de manera tendenciosa e impersonal, como si el que lo hubiera escrito se pudiera poner en la piel de Logan. Lo peor era el titular: **Mia Parker, pillada en actitud cariñosa con su guardaespaldas. ¿Conseguirá la joven millonaria curar su maltrecho corazón?**

—Es... es culpa mía... —murmuré impactada—. Tenía que haberlo previsto. Ser más cautelosa, o haberme alejado de él...

—No, no lo es —determinó Harley cabreada—. Ni se te ocurra pensar una cosa así.

—Será mejor que hables con él antes de que se entere por otra persona. Tienes que avisarlo sobre lo que se le vendrá encima —me dijo mi madre.

Lo sabía, y conseguí salir de allí mareada. Busqué a Logan por toda la casa mientras me hacía a la idea de que jamás me lo perdonaría. No era justo. Logan había sufrido demasiado para que la prensa hurgara en sus heridas. Y todo por haberse relacionado conmigo. ¿Por qué no se lo advertí cuando me lo contó? ¿Por qué tuve que ser tan egoísta? Podría haberme alejado de él para impedir que algo así sucediera.

No entendía cómo había salido a la luz el nombre de Logan, y en ese momento me daba igual. Necesitaba hablar con él y cerciorarme de que estaba bien. Dios... ¿cómo iba a estarlo? Justo cuando empezaba a levantar cabeza, los paparazis se atrevían a opinar sobre su vida como verdaderos buitres. Yo

ya estaba acostumbrada a que hablaran de mí, pero para él iba a ser algo nuevo y terrible.

Lo encontré en el borde de la piscina, mirando el agua con expresión distante. No me hizo falta preguntárselo porque comprendí que ya lo sabía. Me quedé detrás de él, sin saber qué decir. Sin saber cómo arreglarlo.

—Supongo... que no lo dejarán estar. ¿Esto es solo el principio? —se temió.

—Sí —respondí consternada—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya —murmuró sin mirarme—. No me hice a la idea de que algo así podría pasar.

—Logan, ¿estás bien? —pregunté asustada.

Se volvió hacia mí con la expresión sombría. Jamás lo había visto tan abatido y deshecho. Estaba destrozado.

—Soy yo quien lo siente, Mia.

—¿Por qué dices eso? —pregunté incrédula.

—Porque no estaba dispuesto a renunciar a ti. Te lo juro... no lo estaba. Me daban igual Fernando y tus dudas, porque cuando estoy contigo siento que tengo una posibilidad. Pero no puedo, maldita sea, no puedo — cortó la distancia que nos separaba y me sostuvo por los hombros, como si así también pudiera sostenerse a sí mismo—. Tenías razón, he sufrido demasiado y aún no lo he superado. No voy a soportar toda esta presión mediática.

Supe lo que aquello significaba y mi corazón se rompió en pedazos. No podía pedirle que se quedara a mi lado. Lo quería demasiado para reconocer que tenía que alejarme de él para que lo dejaran en paz.

51. Fernando

Estaba en la sala de espera del médico mientras leía la revista. Joder, la foto de Mia y su guardaespaldas besándose estaba en todas partes. No me quería imaginar lo que había sufrido aquel hombre. Y todo para que los periodistas acabaran contando su historia sin escatimar en detalles.

Mi padre estaba sentado a mi lado, esperando los resultados del médico. Pero él no sabía que, leyendo aquella revista, yo ya había tomado una decisión. Me había costado hacerme a la idea, pero ahora lo veía todo muy claro. Cuando dijeron su nombre, me puse de pie y le coloqué una mano en el hombro para que se quedara sentado.

—No estoy enfermo —repitió por enésima vez—. No lo estoy.

—Tranquilo, papá.

—Ha sido cosa de ella —insistió apesadumbrado—. De esa mujer que te manipula y con la que vas a casarte sin estar enamorado.

No dije nada. Entré a la consulta del médico más seguro de mí mismo de lo que había estado en toda mi vida.

—¿Y bien? —exigí saber.

—Lamento comunicarle que su padre está muy mal. Alterna crisis de demencia senil con episodios de extrema violencia. Debería plantearse trasladarlo a un centro en el que puedan velar por su salud —me comunicó el médico con expresión adusta—. Ya sé que es duro, pero es lo mejor teniendo en cuenta que es un peligro para sí mismo y para los demás.

Aquello no me sorprendió lo más mínimo. Me relajé en la butaca ante la atenta mirada del médico.

—¿Cuánto le ha pagado mi prometida?

Al médico se le cambió la expresión. Yo sonreí con desgana y me preparé para lo que estaba por venir. Era el momento de tomar las riendas de

la situación.

Cuando llegué a la casa, Jessica ya me estaba esperando con expresión satisfecha. Era una actriz maravillosa y sabía enmascarar sus emociones, pero allí estaba. Bajo el maquillaje y la falsa expresión preocupada, ella ya se estaba relamiendo por lo que creía una victoria.

—Hola, querido. ¿qué te ha dicho el médico?

—Que eres una maldita embustera.

Jessica dejó la copa sobre la mesa y enarcó las cejas. Eso no se lo esperaba.

—¿Qué has dicho? —preguntó atónita.

—Reconozco que tenía mis dudas sobre lo lejos que estabas dispuesta a llegar —respondí muy calmado, y arrojé la revista encima de la mesa—. Pero esto me las ha aclarado por completo.

Jessica ni siquiera miró la revista.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —se hizo la inocente.

—Has sido tú, no te esfuerces en negarlo. Estabas tan cabreada con Mia que eres capaz de destrozar su vida y la de ese hombre. Te conozco, Jessica. Puede que no lo hiciera del todo hace unos meses, pero ahora estoy muy seguro de lo que eres capaz de hacer. Incluso sobornar a un médico para que le dé un diagnóstico falso a mi padre y así quitártelo de encima.

Ella no se inmutó. Puso cara de hastío y resopló, como si lo que más la irritara fuese el no haberse salido con la suya.

—Sí, ¿y qué?

—¿Y qué? —repetí asombrado—. ¿Te das cuenta de hasta donde has sido capaz de llegar para conseguir lo que querías?

—Pues claro que sí. Hasta donde haga falta. Las agallas que les faltan

a algunos me sobran a mí.

—Jessica... ¿tan mala eres?

Ella puso los ojos en blanco.

—Si prefieres verlo así...

—Le has destrozado la vida a Mia y a ese hombre. Mierda, ¡arrepíentete al menos! No se lo merecen. ¿Has leído por todo lo que ha pasado Logan? —la observé durante medio segundo—. Y tanto que lo sabes, pero te trae sin cuidado. Tenías tantas ganas de vengarte que te ha dado igual traspasar el límite. Quiero pensar que hay algo bueno dentro de ti... pero no puedo. Me das mucha pena, Jess.

—Tú sí que me das pena —bramó, repentinamente furiosa—. Eres un blandengue, pero no eras así cuando te conocí. Menuda desilusión.

—No quiero saber nada de ti. Se acabó —le dije, quitándome un peso de encima—. Hemos terminado.

Ella se levantó hecha una furia y con los ojos inyectados en sangre.

—Cuidado con lo que dices. ¿De qué coño hablas? Se acabará cuando yo diga que se acabe. Estoy embarazada de ti... ¿o ya se te ha olvidado?

—Para nada —dejé una prueba de embarazado sobre la mesa—. Pero resulta que nunca me lo creí del todo. Con lo de mi padre, ir a amenazar a Sarah, la absurda venganza contra Mia... me lo has dejado más que claro. Adelante, hazte la prueba. Si estás embarazada me haré cargo de ese hijo. Pero no es más que una quimera, como todo lo nuestro. Jamás traerías un hijo a este mundo si no pudieras sacar tajada de él. Así eres tú. Lo tienes todo planeado al milímetro y nada se escapa de tu control, ni siquiera un embarazo.

A ella le tembló el mentón. No se lo esperaba. Pero me había obligado a ponerme a su altura para enfrentarme a ella, y ese era el resultado.

—Yo... no tengo por qué aguantar esto. Es humillante.

—Jessica, para ya —le pedí irritado—. Se acabó. Acepta de una

maldita vez que has perdido.

—No estoy embarazada, ¿y? —aceptó de mala gana—. Pero te recuerdo que lo nuestro es un negocio. Te vas a quedar sin nada. Conseguiré que todos te den de lado, y ya te puedes ir olvidando de tu puesto en el bufete... ¿me oyes? Déjame... y lo que le he hecho a Mia y su guardaespaldas no será nada comparado con lo que te haré a ti. Te pienso hundir. Ya has visto de lo que soy capaz.

—Me da igual.

Jessica parpadeó confundida.

—¿Te da igual?

—Sí —metí las manos en los bolsillos—. Completamente igual.

—Se acabó tu estilo de vida, no vas a poder mantener esta casa, los coches... todo. ¿Vas a renunciar a ello?

—Sí, Jessica. A la mierda el dinero y las apariencias. ¿Para qué los quiero si soy un completo amargado? Y tú también deberías replanteártelo, porque es evidente que no eres feliz.

—Cobarde...

—Tienes razón, lo soy. Estoy enamorado de otra mujer y aún no me he atrevido a decírselo.

Jessica puso mala cara.

—Del adefesio de tu secretaria, cómo no —bufó indignada—. Eres patético. ¡Patético! Vas a ser un fracasado toda tu puta vida. ¿Te das cuenta de que vas a volver a convertirte en el tipejo que no tenía nada? Y todo por una sosa con gafas...

—La quiero —le espeté, hirviendo de rabia por cómo hablaba de ella—. Ojalá algún día tú puedas sentir eso por alguien.

—¡Idiota! —me gritó, cuando le di la espalda—. ¡No te va a perdonar en la vida! Ya me encargué de ponerla en tu contra.

—Eso ya lo veremos... —repuse, apretando los puños—. Hasta siempre, Jessica.

52. Sarah

James me acompañó hasta la puerta de mi casa, como hacía siempre que teníamos una cita. Aquella era nuestra cuarta cita, una tan agradable como el resto. Isabel decía que yo me dejaba querer, y que en el fondo era tan culpable como Fernando por estar utilizando a otro hombre para olvidarlo. Sus palabras me habían dado mucho que pensar y me había pasado toda la noche bastante callada. ¿Y si ella tenía razón? ¿Y si en el fondo no era mejor que Fernando al crearle falsas ilusiones a James?

James me gustaba, pero cuando lo besaba la sensación no se acercaba ni de lejos a lo que sentía al besar a Fernando. Cuando mi jefe me tocaba, mi cuerpo explotaba de deseo y el corazón casi se me salía del pecho. Con James todo era sencillo y sin sobresaltos, pero con Fernando nunca sabía lo que esperar.

Sí, puede que lo hubiera juzgado mal al verlo en su despacho con Mia Parker, pero ¿qué quería que pensara? Había engañado a su prometida con Mia y era evidente que para él significaba algo. ¿Y yo? ¿Qué era para Fernando? ¿Una distracción pasajera? ¿Un reto? No tenía ni idea, pero debía reconocer que en los últimos días me había hecho dudar. Que lo que sucedió en el ascensor se repetía constantemente en mis pensamientos. Porque quería más. Muchísimo más. Lo quería todo de él.

—Has estado muy callada esta noche.

Me miró a través de sus gafas con una de sus tantas miradas amables. La mujer que conquistara su corazón sería afortunada, pero esa no era yo. No era justo para él, que se merecía que alguien lo quisiera sin contemplaciones.

—Lo siento —me disculpé, y eso fue todo lo que necesité para que él entendiera a qué me refería.

Asintió con gesto apenado.

—¿Por no ser capaz de enamorarte de mí? Sarah, somos adultos. No te voy a exigir algo que no puedes darme.

—Me habría gustado tanto quererte... —respondí con amargura, y le di un abrazo—. Ojalá que encuentres a alguien que te quiera como tú te mereces, porque la harás muy feliz.

James me devolvió el abrazo y yo le di un beso en la mejilla. Y entonces lo vi, a Fernando. Estaba a pocos metros de nosotros, y por la cara que puso, supe que acababa de sacar sus propias conclusiones.

—Fernando, ¿qué haces aquí? —le pregunté extrañada.

Era la última persona que esperaba encontrarme allí. Él se encogió de hombros y sacó algo de su bolsillo.

—Yo... vine a entregarte tus gafas —murmuró con un hilo de voz—. Me las quedé y no sé muy bien por qué.

—Podrías habérmelas dado en la oficina.

—Sí, supongo, es solo que... —intentó buscar alguna excusa mientras yo no sabía dónde meterme. La situación me resultaba absurda e incómoda.

James nos miró alternativamente y comprendió quién era.

—Sarah, nos vemos otro día —me apretó con cariño el brazo.

—No hace falta que te vayas —le dije.

Por el rabillo del ojo, noté que a Fernando se le cambiaba la expresión cuando dije aquello. Nunca lo había visto tan hundido.

—Yo creo que sí —repuso James muy calmado, y pasó por el lado de Fernando.

Fernando lo miró de arriba abajo con cara de pocos amigos, o mejor dicho, como si quisiera asesinarlo. Cuando se fue, me crucé de brazos y me apoyé en el portal.

—No hagas eso —le pedí irritada.

—¿Hacer qué?

—Mirarlo como si tuvieras derecho a sentirte celoso.

—Ah, ¿pero uno tiene derecho a eso? Pensé que los celos aparecían cuando les daba la gana hasta ponerlo a uno enfermo. Fue lo que te pasó a ti cuando me viste con Mia, ¿no? Por eso me hablaste de aquella forma.

Lo fulminé con la mirada, pero él me la sostuvo con su característica arrogancia. Qué rabia me daba que supiera leerme tan bien.

—¿Has venido hasta aquí para dejarme en evidencia?

—No —dio un paso hacia mí y me tendió las gafas—. He venido con una excusa barata porque me moría de ganas de verte.

Me temblaron las piernas y no fui capaz de reaccionar. Pasaron varios segundos hasta que conseguí extender el brazo para recuperar las gafas. Nuestros dedos se rozaron y una corriente eléctrica me sacudió con fuerza.

—Me dijiste que no las habías visto —musité sin saber qué decir.

—Te mentí. No quería renunciar a lo último que me quedaba de ti.

Me mordí el labio y miré al suelo, porque si lo miraba a los ojos flaquearía. Intenté encontrar mi voz, que se había quedado atascada en algún lugar de mi garganta.

—Fernando, ¿a qué has venido? —le pregunté al fin.

—Lo tenía muy claro, pero resulta que cuando te he visto con ese hombre me he sentido tan idiota que casi he querido marcharme. No quiero interponerme en lo que tengáis, te lo prometo. Ya sé que te mereces ser feliz con alguien que te valore desde el principio, y no con un cobarde como yo que se atreva a decirte lo mucho que le gustas cuando ya te ha perdido.

—¿Pero? —adiviné, y me acerqué instintivamente a él.

No podía resistirme. Me moría de ganas de tocarlo y era como si un imán nos conectara.

—¿A quién quiero engañar? —gruñó, con los dientes apretados—. Me muero de celos y he estado a punto de cometer una locura cuando os he visto.

Y sí, ya sé que me vas a decir que no tengo derecho a sentirme así. Pero me da igual, Sarah. Resulta que mi corazón va por libre.

Mis ojos se volvieron vidriosos y tuve que quitarme las gafas porque se habían empañado.

—No llores por mi culpa, por favor —me pidió desolado, y me quitó las gafas para limpiarlas en su jersey—. No merezco que derrames ni una de tus lágrimas por mí. Ya sé que te he utilizado, que me aproveché de tu lealtad y de lo que te hacía sentir. Joder, me odio por ello. Sarah... por favor... no llores...

No podía evitarlo. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas sin que yo pudiera contenerlas. Fernando sostuvo mi rostro con sus manos y las besó todas. Con delicadeza y mimo, como si así pudiera arreglar el hecho de que lo nuestro era imposible. Era tan extraño que él me hiciera sufrir y al mismo tiempo fuese el único capaz de consolarme...

—Déjame que te diga lo que he venido a decirte, y luego, si tú quieres, me voy.

Asentí como pude y sus manos se deslizaron hasta mis hombros.

—Renunciar a ti ha sido el mayor error de mi vida.

Fernando me miró a los ojos y en los suyos vi una sinceridad que me desarmó. Quise odiarlo, pero me fue imposible.

—Porque eres lo único bueno y real que hay en mi vida —continuó con voz ronca—. Y ya sé que estoy siendo un egoísta al estar aquí, pero no me imagino mi vida sin verte todos los días. Así que si hay una posibilidad de que me perdones, por pequeña que sea, quiero que sepas que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ganarme un hueco en tu corazón.

Me arrojé a sus brazos porque ya no podía aguantarme más. Fernando me recibió asombrado y logró recomponerse de la impresión en una fracción de segundo. Me besó como si le fuera la vida en ello y me empujó contra el

portal.

—Necesito un lugar en el que pueda hacerte el amor toda la noche — me exigió, volviendo a besarme con urgencia.

—Resulta que mi casa está justo arriba...

Se me cayeron las llaves al suelo cuando intenté abrir la puerta. Fernando fue más rápido que yo y abrió la puerta tras forcejear con la cerradura. Me arrastró hacia el ascensor sin dejar de besarme y los dos terminamos jadeando antes de llegar a mi casa. Cuando cruzamos la puerta, Marie le bufó cuando él pasó por su lado.

—No le gusto, pero me la ganaré —me prometió, quitándome la ropa de manera apresurada.

—No me cabe ninguna duda. ¿Siempre consigues lo que quieres?

Fernando me miró con fuego en los ojos. Repasó mi escote y agradecí llevar un sujetador decente.

—Ahora tengo todo lo que quiero. ¿Tu habitación?

Señalé con timidez la primera puerta y él me cogió en brazos. Me llevó en volandas hasta la habitación y me empujó contra la pared, hundiendo la cabeza en mis pechos mientras se desabrochaba la bragueta.

—Primero voy a follarte y apenas duraré unos minutos, porque te tengo tantas ganas que podría correrme con solo mirarte —me desnudó con la mirada y supe que hablaba en serio—. Y luego, si a ti no te importa, voy a hacerte el amor durante toda la noche, así que no podrás dormir.

—Vale —balbuceé excitada.

Me tiró en la cama y se sacó la camisa por la cabeza. Repasé su cuerpo con tanta hambre que él sonrió de lado. Era un maldito arrogante que sabía lo atractivo que era. Me agarró las manos y las llevó hacia su pecho.

—Tócame.

No supe ni por dónde empezar.

—No tengo mucha experiencia... —musité avergonzada.

—Hazme lo que quieras. Me va a gustar. Algo me dice que podrías acariciarme con un dedo y eso me la pondría dura.

Me quedé boquiabierta y él me dedicó una sonrisa cargada de intenciones. Al principio lo toqué con timidez. Recorrí su pecho con mis manos y me asombré cuando él entrecerró los ojos y suspiró. Entonces seguí con un dedo la hilera de vello oscuro que se perdía dentro de sus pantalones. Fernando apretó la mandíbula y echó la cabeza hacia atrás.

—Sarah...

—¿Sí?

—Me estás matando.

Apenas lo había tocado y ya lo tenía en mis manos. Me sentí tan poderosa y excitada que aquello me armó de valor. Metí la mano por dentro de sus pantalones y comencé a acariciarle la polla. Fernando entreabrió los labios y soltó un gemido. No sé qué se apoderó de mí cuando le bajé los pantalones y me la metí en la boca. Fernando abrió los ojos de par en par y me cogió del pelo.

—Joder... Sarah...

Movió la cadera por inercia. Me penetró la boca mientras yo me afanaba en darle placer y él se volvía loco. Hasta que ya no pudo más y se apartó de mí.

—¿He hecho algo mal? —pregunté confundida.

—¿Mal? Como sigas así va a ser el polvo más rápido de la historia...

Se quitó los pantalones de una patada y se abalanzó sobre mí. El corazón me dio un vuelco cuando me desabrochó el sujetador y comenzó a devorarme los pechos.

—Lo que ocultaban esos trajes grises tan feos... —comentó impresionado.

Me eché a reír sin poder evitarlo. Un ramalazo de profundo placer me recorrió todo el cuerpo cuando se metió en la boca uno de mis pezones. Cerré los ojos y gemí con fuerza. Apenas me di cuenta de que me estaba bajando la falda cuando comenzó a acariciarme por encima de las bragas.

—Me vuelves loco... Sarah... —me susurró al oído, y yo me estremecí por completo—. Jodidamente loco...

Cuando me acarició por dentro de las bragas, apreté los muslos y sollocé de placer. Fernando me besó el cuello y sus caricias se hicieron más profundas. Me retorcí encima de las sábanas mientras él me llevaba hasta el borde del abismo. Se detenía cuando estaba a punto de llegar al orgasmo y luego volvía con aquella tortura tan deliciosa.

Hasta que ninguno de los dos pudo más y él me quitó las bragas. Encontró mis labios otra vez y me besó como si quisiera reclamarme para él. Me arrancó un millón de suspiros mientras se tumbaba encima de mí y yo separaba las piernas.

Con una mano me agarró por las caderas y con la otra se cogió el miembro. Y luego hizo algo que me enloqueció por completo. Su polla me acarició la hendidura hasta que estuve tan húmeda que sollocé de placer. Entonces volvió a repetirlo y yo arqueé la pelvis para buscarlo.

—Por favor... no puedo más... —le pedí, más excitada de lo que había estado en toda mi vida.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Me penetró con fuerza y a mí se me saltaron las lágrimas. Llevaba tanto tiempo sin mantener sexo con nadie que me costó acostumbrarme a él. Fernando se quedó inmóvil dentro de mí y noté que le costaba controlarse. Pero lo hizo mientras me besaba y me acariciaba por todas partes.

—Solo cuando estés preparada —me tranquilizó con cariño.

El dolor fue dando paso a una creciente oleada de placer.

—Sigue...

Él se lo tomó al pie de la letra. Empujó con fuerza y con un ritmo que me volvió loca. Una de sus manos fue a parar a mi clítoris y me llevó a otro nivel. Me penetró al mismo tiempo que me acariciaba hasta que estallé de placer. Le clavé las uñas en la espalda y solo entonces él se dejó ir. Se desplomó encima de mí, y acto seguido rodó en la cama hasta colocarse a mi lado. Me atrajo hacia él y me abrazó con fuerza, como si temiera que fuese a escaparme de un momento a otro. Noté que le temblaba todo el cuerpo y apoyé la cabeza en su pecho.

—¿Estás bien? —le pregunté, temiendo que se arrepintiera.

—Estoy... mejor que bien —me apretó un poco más y me besó en la frente—. Te tengo a ti, ¿qué más puedo pedir?

Sonreí como una boba y no supe qué decirle. Al día siguiente tendríamos que hablar de todo. De Jessica, de su futuro hijo... de mis dudas. Pero allí, abrazada a él, sentí que a mí tampoco me faltaba nada y fui feliz.

Hasta que Fernando se separó un poco y me miró a los ojos.

—No te duermas —me sacudió con suavidad—. Te prometí que te haría el amor durante toda la noche. Soy un hombre de palabra.

Solté una carcajada antes de que él volviera a besarme.

53. Logan

La primera vez que me acosté con Mia ella me dijo algo que me dejó boquiabierto: *me estoy enamorando de ti*. Desgraciadamente, yo ya tenía claro que me había enamorado de ella. Hasta las trancas. Sin remedio y como un idiota. Con la esperanza de que lo que sentía por ella me hiciera más fuerte y me empujara a olvidar el pasado. Porque con Mia me sentía tremendamente bien, y lo más importante, volvía a ser feliz. Y aquella sensación me daba miedo porque había la posibilidad de que todo se acabara. ¿Entonces qué? ¿Conseguiría recomponer los pedazos de mi corazón cuando había vuelto a rozar la felicidad con los dedos?

Pero todo eso ya no importaba. Ni mis dudas, ni el miedo que experimentaba ante la idea de perderla. Porque alguien había filtrado mi historia a la prensa y ahora me estaban acosando. Me había convertido en el centro de atención incluso por encima de Mia. Se suponía que debía protegerla, y ahora me veía a mí mismo quitándome a aquellos buitres de encima. Joder, no podía soportarlo. Los muy miserables hablaban de mi hija como si la hubieran conocido. Incluso habían encontrado a varias personas —supuestos amigos míos—, que se atrevían a hablar de mí como padre y de lo mal que lo había pasado.

Era un maldito infierno.

Me obligaban a recordar a April constantemente y ya no podía dormir por las noches. Por no hablar de las llamadas de Keira, que no podía parar de llorar. La última vez me llamó gritando y yo fui incapaz de calmarla.

—¿Por qué no pensaste que esto podría afectarme? —su voz se quebró y volvió a llorar—. Le sacas doce años a esa chica y pertenece a un mundo que mira como te ha tratado. Cuando te pedí que rehicieras tu vida no me refería a esto...

—Keira, por favor... tú no —le pedí agobiado.

Había recibido numerosas llamadas. De mis padres, de Dev... pero fue la de Keira la que me envió de golpe a la realidad. Porque tenía razón. ¿Qué pintaba yo con Mia? Ella estaba acostumbrada a la prensa y a despertar interés por todo lo que hacía, pero yo no estaba preparado para semejante atención.

—¿Yo no? ¿Qué yo no? —volvió a gritarme—. No puedo llevar a los niños al colegio sin que el resto de padres me miren y cuchicheen. Ir a hacer la compra es una odisea. Llevo una semana encerrada en casa porque los periodistas han acampado delante de mi puerta. ¿Sabes lo que dicen de mí? Que abandoné a mi propia hija y me olvidé de mi exmarido con otra familia. ¿Tienes idea de lo horrible que es para mí? Dios... Logan... ¿por qué me haces esto?

Se me hizo un nudo en la garganta y no supe qué decirle. Todo era culpa mía. Si me hubiera limitado a hacer mi trabajo y mantener una relación estrictamente profesional con Mia, nada de esto habría sucedido. Keira podría seguir con su vida y yo me enfrentaría a mi pasado sin el resto del mundo como testigo. La había jodido. Y todo por fantasear con una mujer que estaba fuera de mi alcance. Al fin y al cabo, ella no lo había negado. Cuando testificara en el juicio volvería a la India y se despediría de mí. No teníamos futuro.

Le prometí a Keira que todo se solucionaría. Que pronto se olvidarían de nosotros porque no iba a volver a ver a Mia.

—Júramelo —me pidió desesperada—. Dime que esto tiene los días contados.

—Te doy mi palabra.

Colgué el teléfono y me di cuenta de lo destrozado que estaba. Cuando me volví, Mia estaba detrás de mí y me observaba preocupada. Lo último que

quería es que ella se sintiera culpable. Ya se lo había repetido cientos de veces, pero ella se negaba a aceptarlo. Tenía unas ojeras considerables y arrugaba la frente.

—Era tu exmujer, ¿verdad?

No me hizo falta decirle que sí.

—Siento mucho que por mi culpa los periodistas no os dejen en paz.

—No es culpa tuya. Supongo que no es culpa de nadie.

—¿Por eso llevas evitándome toda la semana? —me contradijo con tristeza.

No fui capaz de mirarla a la cara y negar lo evidente. Sí, había decidido alejarme de ella porque era lo mejor para los dos. Así ella seguiría con su vida y yo me haría a la idea de que tenía que olvidarla.

—Será mejor que te prepares para el juicio. Salimos en una hora —le dije.

Pasé por su lado y me costó no abrazarla. Me moría de ganas de consolarla y que ella hiciera lo mismo conmigo. De desvestirla despacio y perderme en su cuerpo. Pero en lugar de ello, salí al balcón y comprobé que los periodistas seguían apretujados en la puerta del hotel. Era el día del juicio y para colmo mi historia sumaba puntos al culebrón. Todos querían parte del pastel, así que estaba siendo muy cauteloso para evitarlos. Saldríamos por la puerta de atrás.

Habíamos volado esa noche a Nueva York y no alojábamos en un hotel que nos ofrecía toda la privacidad posible, que era más bien escasa. Mía me había dejado caer que podía tomarme unos días libres para así evitar a la prensa, pero yo no estaba dispuesto a abandonarla justo cuando más me necesitaba. Antes de largarme, pretendía solucionar el tema de las amenazas aunque tuviera que obligarla a ser sincera.

54. Mia

No me podía creer que ya hubieran pasado tres meses, pero así era. Tres meses en los que me había dado tiempo a desenamorarme de un amor del pasado y enamorarme de mi guardaespaldas. Porque sí, amaba a Logan aunque él ya hubiera decidido que lo nuestro era imposible. Ahora tenía que testificar en el juicio de Kevin Woods, y lo que sucediera a partir de entonces me daba igual. Estaba deseando volver a mi trabajo y olvidarme de todo, aunque sabía de sobra que el recuerdo de Logan me perseguiría allí donde fuese.

Salimos por la puerta de atrás, y Logan se las arregló para despistar a los periodistas. No sé si lo de seguir siendo mi guardaespaldas se debía a su profesionalidad o a su intención de protegerme, pero lo cierto es que se estaba enfrentando a todos aquellos paparazis por mí. Con lo fácil que hubiera sido esconderse de la prensa hasta que se olvidaran de él, Logan había decidido acompañarme aunque eso implicara llamar más la atención.

—Solo podemos entrar a los juzgados por la puerta delantera. Serán cincuenta metros, pero quiero que te prepares para lo que nos espera. Intentaré quitártelos de encima si se ponen muy pesados.

—También te harán preguntas a ti —le recordé, y eso era lo que más me angustiaba. Yo estaba acostumbrada al acoso de la prensa y había aprendido a convivir con ello. Desde que a mi hermano lo encerraron en la cárcel, mi familia había recibido la atención constante de los periodistas. Pero para Logan sería distinto.

—Ya lo sé —respondió, con un deje de irritación.

—Deberías quedarte en el coche. Me puede acompañar cualquiera de los otros guardaespaldas.

—No.

Lo miré de reojo, y supe que no podía hacer nada para que cambiara

de opinión. Era el hombre más testarudo y orgulloso que había conocido en toda mi vida.

Cuando salí del coche, las luces de las cámaras cayeron sobre nosotros mientras un centenar de manos nos ponían los micrófonos en la cara. Me agarré al brazo de Logan, que caminaba delante de mí como si aquello no fuera con él.

—¿Qué tiene que decirles a aquellas personas que la critican por testificar contra Kevin Woods?

—Mia, ¿va en serio con su guardaespaldas?

—¿Qué nos pueden decir sobre los rumores de un futuro compromiso?

Avancé ignorando las preguntas, que se hacían más incómodas conforme nos acercábamos a la puerta. Alguien se interpuso delante de Logan y le colocó la grabadora delante de la cara.

—Dicen que es un oportunista que ha visto en Mia a la gallina de los huevos de oro, ¿tiene algo que decir al respecto?

Logan apretó la mandíbula y fulminó al periodista con la mirada, que volvió a la carga. Lo cogí de la mano y lo arrastré hacia la entrada, pero el paparazzi nos siguió corriendo.

—¿Ha tomado ya la decisión de desconectar a su hija? —le gritó.

Logan se detuvo de golpe. Tiré de su mano con fuerza, pero él no se movió. Se limitó a observar a aquel impresentable con tanta rabia que temí que fuera a cometer una locura.

—Dicen que su exmujer y usted no están de acuerdo, y que ella le ha advertido que lo llevará a los tribunales para que un juez lo obligue a tomar esa decisión. ¿Cree que es una mala madre?

Logan dio un paso hacia él y fue a decir algo, pero yo me interpose entre ambos. Le di un manotazo a la grabadora, que se cayó al suelo.

—Vete a la mierda, chupasangres. Debería darte vergüenza.

Acto seguido eché a andar hacia los juzgados y crucé la puerta, más furiosa de lo que recordaba haber estado en toda mi vida. Logan me siguió hacia los servicios, y me agarró del brazo antes de que me metiera dentro.

—Mia, ¿qué ha sido eso?

—No lo sé —respiré con dificultad y los ojos se me llenaron de lágrimas. Yo nunca perdía los nervios en público, y mucho menos con la prensa—. No soportaba que esas sanguijuelas te trataran así.

Me cogió de la barbilla y me miró con ternura.

—Me puedo defender solo.

—Sí... supongo. Pero les he ofrecido lo necesario para que me critiquen durante algunas semanas por mi salida de tono. Así tú pasarás a un segundo plano... o eso espero.

—Cuando te conocí pensé que solo te importaba tu imagen. ¿Vas a llevarme la contraria hasta el final?

—Pues claro —le sonreí con tristeza—. Ahora vuelvo.

Empujé la puerta del servicio y fui a refrescarme la cara. Abrí el grifo del agua y me mojé las muñecas. Cuando levanté la vista hacia el espejo, solté un grito. Alguien había dejado grabado un mensaje. Logan entró tan rápido como me oyó y clavó la vista en el cristal.

No puedes escapar de mí, Mia. Donde quiera que estés, yo siempre iré un paso por delante.

Logan me cogió de los hombros y me zarandeó con fuerza.

—Se acabó —me espetó furioso—. ¿Lo has entendido? ¡Se acabó! En cuanto salgamos de aquí, vas a contarme todo lo que sabes. Ni se te ocurra fingir que no sabes nada, Mia. ¿Me estás oyendo? ¡Estoy harto de que me mientas!

Asentí mareada e intenté encontrar mi voz, pero no lo logré. Logan tenía razón. En mi vida ya no quedaba espacio para aquel secreto que llevaba

diez años torturándome. Necesitaba sacarlo a la luz, aunque me destrozara a mí y a todos los que amaba.

Testificar en el juicio fue desagradable, a pesar de que logré mantener el tipo y no me vine abajo ante la acusación por parte de la defensa de que testificaba contra Woods porque sentía envidia de su éxito. No pude hablar con Rachelle para preguntarle qué tal se encontraba, pero imaginaba que si la defensa me lo había puesto a mí difícil como testigo, para ella, la víctima, sería un infierno. Ojalá que todo acabase bien para aquella chica.

Me metí bajo el grifo de la ducha y dejé que el agua me calentara la piel. Me froté con fuerza, como si así pudiera limpiarme por completo. Como si el agua tuviera la capacidad de llevarse todos mis pecados. Había llegado el momento de contar la verdad y aceptar las consecuencias.

Escuché que la puerta del baño se abría y se me aceleró el pulso cuando Logan se dirigió hasta la ducha. Se quitó la ropa sin decir nada y se metió dentro. Me abrazó por detrás y me besó en la nuca. Dejé escapar el aire y apoyé la espalda contra su pecho. ¿Por qué tenía que acabar así?

—¿Te encuentras bien?

Asentí sin mirarlo mientras el agua se llevaba mis lágrimas.

—Sé que ha sido difícil, pero lo has hecho bien. Estoy orgulloso de ti.

Consiguió hacerme sentir mejor. Puse mis manos sobre las suyas y experimenté una oleada de intenso deseo cuando su cuerpo húmedo se apretó contra el mío.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —le pregunté sin entenderlo—. Has sufrido tanto... y todo para que un puñado de periodistas te juzguen gracias a mí.

—No quiero quedarme con eso —me besó en el hombro y me apartó el pelo de la cara—. No me obligues a volver a repetirme que no es culpa tuya.

Me besó la mejilla mientras sus manos resbalaban por mi piel. Una de sus manos bajó hasta mis muslos y comenzó a acariciarme. Separé un poco las piernas y gemí. Logan me mordió el cuello y a mí se me escapó el aire por la boca. Busqué a tientas su erección y lo acaricié como había aprendido que le gustaba. El cristal de la ducha se empañó y en el aire flotó todo nuestro deseo.

Logan me dio la vuelta y me empujó contra la pared de azulejos. Escondió la cara bajo mi barbilla y me agarró por las caderas, hundiéndose lentamente en mi interior. Me agarré a sus brazos y entrecerré los ojos, abandonándome al placer.

—Mia... —susurró mi nombre con desesperación—. ¿Qué voy a hacer cuando ya no estés en mi vida?

No supe qué responder a eso, y me pareció tan injusto que busqué su boca para besarlo como tanto necesitaba. Logan me devolvió el beso con un anhelo que nos sorprendió a los dos. Todavía estábamos juntos y ya nos echábamos de menos.

Una de sus manos me cogió una pierna y la subió hasta su cadera, haciendo la penetración más intensa. Respiré sofocada y enrollé las manos alrededor de su cuello. Cuando volvió a besarme, cedí a un orgasmo devastador que me dejó exhausta.

Habíamos pedido que nos subieran la cena, y los restos de la comida estaban sobre la mesita de noche. Logan estaba recostado sobre la cama mientras me observaba como si nunca pudiera cansarse de mirarme. Inspiré profundamente y comprendí que era el momento de serle sincera.

—Prométeme que no me juzgaras —le pedí asustada.

—¿Por qué iba a juzgarte? —me contradijo extrañado—. Tú no lo hiciste conmigo cuando te conté el accidente de April.

—Ya... pero no es lo mismo. Tú no tuviste la culpa.

—¿En serio? Porque yo llevo cuatro años culpándome a mí mismo. Mia, nada de lo que me digas podrá cambiar lo que siento por ti.

Asentí sin estar del todo convencida.

—Ya te dije que hace diez años no era precisamente... un modelo a seguir. La muerte de mi padre me dejó completamente deshecha porque pensé que fui yo quien le provoqué el infarto. Discutimos esa noche porque yo había vuelto a decepcionarlo, y me comporté como una cría a la que solo le importaba salir de fiesta y la popularidad. Así que cuando llegué a casa al día siguiente y Matt me contó que mi padre había muerto... —cerré los ojos y recordé el momento. La rabia, el desconcierto y la culpabilidad—. Me refugié en el alcohol y me convertí en una persona odiosa.

—Eras una niña.

—No es una excusa —repliqué, furiosa conmigo misma—. Le hice daño a mucha gente y es algo que no voy a poder cambiar nunca.

Puse las manos en alto cuando él fue a decir algo.

—No digas nada, por favor —le pedí con voz trémula. Logan se quedó callado y se limitó a mirarme con una expresión indescifrable. Intenté buscar el valor necesario para proseguir y volví a encontrar mi voz—. John, mi hermano mayor, siempre fue un ejemplo a seguir para mí. Lo tenía en un pedestal y estaba orgullosa de él. Hasta que...

—Descubriste que estuvo involucrado en la muerte de un estudiante de su universidad —concluyó él, al ver que se me quebraba la voz.

Sonreí con tristeza.

—Eso es decirlo con mucha elegancia. Fue Harley quien se enteró de todo. Como ya te dije, John siempre estuvo enamorado de ella, a pesar de que mi cuñada en realidad quería a Matt. Cuando Harley lo amenazó con desvelar la verdad, John se volvió loco y entró en pánico. Estuvo a punto de matar a

Harley y a Matt porque, según él, lo habían traicionado.

—Y tú lo viste todo.

Asentí con pesar. El recuerdo de lo sucedido llevaba diez años protagonizando mis peores pesadillas.

—Al principio no entendí lo que estaba sucediendo. Fernando estaba conmigo y logré convencerlo para que avisara a la policía. Pero no podía quedarme al margen, porque por primera vez conocía al verdadero John y sabía de lo que era capaz. No... no sé cómo fui capaz de coger aquella pistola...

Me tapé el rostro con las manos y temblé de la cabeza a los pies. Logan me puso una mano en la espalda, y aquello fue todo lo que necesité para inspirar con fuerza y continuar con la historia.

—Yo... no fue mi intención ocultarlo, ¿pero qué otra cosa podía hacer? Por aquel entonces mi familia había sufrido demasiado, y no estaba tan unida como ahora. Mi madre y Matt no se hablaban porque ella intentó separarlo de Harley en un intento para proteger a sus dos hijos. Así que cuando apunté a John con aquella pistola y me contó aquel secreto tan demoledor, decidí guardármelo para mí en un intento por protegerlos a todos de más sufrimiento. ¿Para qué iba a contárselo a los demás? No tenía pruebas... solo les causaría más dolor...

—Mia, ¿contarles qué? —preguntó sin entender.

Encontré sus ojos y rompí a llorar.

—John me dijo que la muerte de mi padre no fue un accidente. Lo mató él. ¡Él! Mi propio hermano... ¡su hijo! —chillé, rota por el dolor—. Lo envenenó. Asesinó a mi padre porque él era el único que lo conocía. Mi padre sabía de lo que era capaz su propio hijo, así que decidió que Matt sería el encargado de llevar las riendas de la empresa. Y John... muerto de celos...

No pude continuar. Logan me miró impactado y no dijo nada. Me sorbí

las lágrimas y agaché la cabeza, incapaz de mirarlo.

—Yo solo intentaba protegerlos a todos... te lo juro —intenté justificarme—. No... no sabía lo que hacer. Pensé en contarles la verdad, pero Matt estaba resentido con mi madre y no lograba hacerse a la idea de que mi hermano estuviera en la cárcel. Mi madre estaba completamente destrozada, y... ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía pruebas, y era mi palabra contra la de John. Incluso me llegué a la cárcel para intentar que confesara, pero lo negó en vano y se rio en mi cara. No tenía ni idea de que era lo correcto, así que decidí callarme la verdad para que mi familia no sufriera más.

—Mia...

—Dios, ya sé que soy una persona horrible —evité su mirada porque sabía que él me culparía, como harían los demás. Fernando también lo había hecho, por mucho que hubiese intentado enmascararlo—. Al callarme todos estos años me he convertido en alguien como John.

—No digas eso ni en broma —me ordenó con impotencia.

Lo miré sorprendida y lo que vi me dejó sin palabras. Logan no me miraba como si fuera una persona horrible. Me miraba consternado y a la vez furioso.

—¿Es él quien te está amenazando? —exigió saber.

—No lo sé... creo que sí. No sé qué pensar. Creo... que con la vista de su condicional le ha entrado miedo de que yo hable. Quiero pensar que hay algo bueno en él, lo que sea. Que es incapaz de hacerme daño. Pero... —busqué una salida desesperadamente—. Está dentro de la cárcel y tiene contactos. Y sí, todos esos emails los escribió alguien que me conoce muy bien y es capaz de ser muy cruel.

—Lo voy a matar... Maldito malnacido... —La expresión de Logan se endureció—. ¿Cómo puedes compararte con alguien así? Me da igual que tengáis la misma sangre. Mia, no vuelvas a decir que te pareces a él.

—Pero me lo he callado todos estos años...

—¡Porque creíste que así protegías a los tuyos!

Dejé que él me abrazara y escondí la cabeza en su pecho.

—¿Qué voy a hacer ahora? —temí angustiada—. No quiero que salga de la cárcel, pero tampoco tengo pruebas...

—Tienes que hablar con Matt.

Era lo más lógico, pero no sabía si sería capaz de mirarlo a los ojos y contárselo.

—No puedes seguir guardando ese secreto. Puede que hace diez años él no estuviera preparado para escucharlo, pero ha llegado la hora de ser sincera con tu familia. ¿O vas a seguir huyendo para siempre?

Sabía cuál era la respuesta. Ahora solo tenía que reunir el valor necesario para hablar con mi hermano.

55. Fernando

No recordaba la última vez que había dormido tan bien. Hacer el amor con Sarah me había hecho caer rendido. Sonreí como un idiota y me di la vuelta para abrazarla. Al no encontrar su cuerpo, extendí el brazo y palpé el colchón, pero ella ya no estaba en la cama. Abrí los ojos y me invadió el pánico. ¿Y si a pesar de todo se había arrepentido?

Me levanté y busqué mis pantalones por el suelo. Me los puse a toda prisa y salí de la habitación con el corazón a punto de salirse del pecho.

—¡Sarah! —grité como un loco, entrando en la cocina. Estaba vacía, allí no había nadie. Me dirigí hacia el salón—. ¡Sarah!

Ella no podía largarse. No, ahora no. Necesitaba explicarle cuales eran mis sentimientos... lo mucho que me importaba... ¡todo, joder!

—¡Sarah! —salí del salón y fui corriendo hacia la última puerta que me quedaba por abrir. Ella estaba sentada en el suelo del baño y lloraba como una magdalena. Respiré aliviado, pero al darme cuenta de que aquello era mucho peor, fruncí el ceño y la contemplé desconcertado—. ¿Por qué lloras?

—¿Por qué gritas? —me rebatió a su vez, cubriéndose la cara.

—Porque pensé que te habías largado.

—¿De mi propia casa? —dijo con voz ahogada.

Me sentí como un idiota. Ella tenía razón, ¿a dónde iba a ir? Y lo que era peor, ¿por qué se encerraba a llorar en el baño después de haber hecho el amor conmigo durante toda la noche? Porque aquello sí que era preocupante.

—Sarah... —me puse de rodillas e intenté apartarle las manos de la cara, pero ella no me lo permitió. Suspiré resignado y me senté en el suelo—. Hasta un tonto sabe que, si una mujer llora después de haberse acostado con él, es que algo va muy mal. Por favor, dime lo que te pasa.

—Lloro porque soy débil.

—¿De qué hablas?

—De ti... de mí... y de que todo me da igual cuando tú me besas.

Un hálito de esperanza se incrustó en mi pecho y traté de no sonreír.

—Eso tampoco es tan malo...

Apartó las manos y me miró furiosa entre las lágrimas que le empañaban el rostro.

—¡Claro que lo es! Se suponía que debía ser fuerte y mostrarme indiferente a tus encantos.

—Así que tengo encantos...

Ella me tiró lo primero que encontró, que fue un rollo de papel higiénico.

—¿Y qué más da que no te hayas mostrado indiferente? Ninguno de los dos lo fue la otra noche. ¿Si te digo que después de hacerte el amor hasta perder la cuenta, he seguido soñando contigo, te sentirás mejor?

Ella se puso colorada.

—No —musitó avergonzada—. Y no da igual, Fernando. Vas a casarte con otra mujer... ¡vas a tener un hijo!

—Sarah...

Ella no me dejó hablar.

—Ni siquiera... hemos utilizado protección —dijo muy bajito, completamente horrorizada—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Querrás decir; qué vamos a hacer ahora —la corregí con suavidad.

—Oh, déjalo ya. ¿Por qué no vuelves a tu vida con Jessica y dejas de fingir que yo te importo?

La agarré de las manos y acerqué su rostro al mío.

—¿Fingir que tú me importas? —repetí con voz temblorosa—. Mírame a los ojos, porque solo te lo voy a repetir una vez: ayer no fingí nada, ¿te ha quedado claro?

Ella no dijo nada, así que suspiré y me pasé las manos por el pelo. Caí en la cuenta de algo y salí de allí. Al cabo de unos segundos, regresé con sus gafas y se las puse. Sarah me miró desconcertada.

—¿Qué haces? —su voz estaba áspera por culpa de las lágrimas.

—Pretendía que fuera como en la Cenicienta.

—En ese cuento el príncipe le pone un zapato de cristal.

—Es un cuento horrible. El príncipe necesita un maldito zapato porque se ha olvidado de su cara —le acaricié la mejilla y ella se estremeció—. Pero yo jamás necesitaría un zapato... y mucho menos unas gafas, para darme cuenta de que estoy locamente enamorado de ti.

Sarah abrió los ojos de par en par. Dejó de llorar y se acercó tímidamente a mí.

—Pero Jessica...

—Te prometí que lo solucionaría. Ya está, se acabó. Te lo iba a decir anoche, pero estaba demasiado ocupado quitándote la ropa.

A ella le tembló la barbilla.

—¿No ibais a tener un hijo?

—Era otra de sus mentiras.

Ella se quedó tan perpleja que ni siquiera reaccionó. Así que la estreché entre mis brazos y la atraje hacia mí.

—Tú no te merecías que nos acostáramos cuando seguía ligado a otra mujer. Se acabó, Sarah. Y por si te queda alguna duda, Mia Parker forma parte de mi pasado. Ahora estoy aquí, sentado en este cuarto de baño, intentado demostrarte que eres tú a quien quiero en mi futuro. Tú, tú y solo tú —le di un golpecito en la frente para que le quedara claro—. No hay otra mujer. En mi corazón no la ha habido desde hace mucho tiempo.

La miré asustado y expectante. Ella no dijo nada. Comencé a impacientarme y me temí que ya fuese demasiado tarde.

—¿Es por ese hombre? —me inquieté.

Ella sacudió la cabeza con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Qué va a pasar con el bufete?

—Que Jessica convencerá a su padre para que me despida. Es un pelín vengativa, así que espero que se conforme con eso.

—Intentará hundirte —me advirtió.

—Sí, cuento con ello. Pero me da igual.

—Te da igual —repitió asombrada—. ¿Y todo esto por tu secretaria?

—No, por mi secretaria no. Porque le prometí a la mujer que amo que me ganaría su perdón, y todo lo demás me sobra si la tengo a ella.

—Vaya... —Sarah se acercó a mis labios y noté que se deshizo en mis brazos—. Debes de estar muy enamorado para renunciar a todo por ella.

—No te haces una idea.

Ella me miró la boca y yo me estremecí de deseo. Jamás tendría suficiente. Por eso era perfecta para mí. Por eso me sobraba todo lo demás.

—Menos mal que es recíproco, Señor Sandoval —se me puso dura en cuanto ella me llamó así. Enrolló sus manos alrededor de mi cuello y rozó mis labios hasta volverme loco—. Te quiero, Fernando.

—Ya lo sabía —mentí.

Ella puso los ojos en blanco. Apagué su risa con un beso. Y luego otro... y otro... y otro... Me di cuenta de que era el hombre más afortunado del mundo y entonces sí que lo tuve claro. Ahora sí que lo tenía todo. El amor de una mujer increíble y la oportunidad de hacer las cosas bien. No podía pedir más.

56. Logan

Crucé el pasillo a toda prisa, pero con algo muy claro: no me marcharía hasta hacer aquello para lo que me habían contratado. Aunque para ser sincero, la razón por la que lo hacía poco tenía que ver con mi trabajo como guardaespaldas. Cuando entré por la puerta, John Parker me observó de arriba abajo con una mezcla de interés y recelo. Me aguanté las ganas de estrangular a aquel desgraciado. Llevaba diez años arruinándole la vida a Mia, pero eso se había acabado.

—¿Y tú quién eres? —preguntó molesto.

—El que te va a arrancar la cabeza como vuelvas a amenazar a Mia.

Él irguió la espalda y se le cambió la expresión. Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Ah... ahora lo entiendo. Tú eres su guardaespaldas. El de las revistas —esbozó una sonrisa fría y me guiñó un ojo—. Uno se entera de todo incluso estando en la cárcel. Ya decía yo que tu cara me sonaba de algo...

—Pero te va a sonar más como sigas causándole problemas —le advertí, cogiéndolo de la camisa y acercando mi rostro al suyo.

John torció el gesto e intentó soltarse, pero le fue imposible. A mi lado aquel tipejo era un enclenque sin posibilidades.

—Adelante, llama al guardia. Tu apellido no te va a servir de nada esta vez. Lo conozco, a él y a la mitad de esta prisión —le dije, y su expresión confiada se tornó cautelosa.

—¿De qué estás hablando?

—Se acabó lo de amenazar a Mia —lo solté de un empujón y él aterrizó en su silla. Puse sobre la mesa un trozo de papel y un lápiz—. Escribe el nombre de la persona que has contratado para realizar el trabajo por ti.

John soltó una carcajada atónita.

—¿Me crees tan imbécil? Con la condicional, no voy a arriesgarme a hacer tal cosa.

—¿Y entonces por qué lo has hecho?

John bufó y volvió a poner mala cara.

—Solo pretendía asustarla un poco. Es evidente que el tirador que contraté para que le disparara a las puertas de nuestra casa falló a propósito —me di cuenta de que seguía diciendo *nuestra casa*. Aquel hombre era un peligro para su familia, pero dejaría de serlo muy pronto—. Pensé que así se largaría en cuanto terminara lo del juicio y seguiría manteniendo la boca cerrada. Aunque sinceramente, me he tomado demasiadas molestias. Es su palabra contra la mía. No puede demostrarlo y ella lo sabe.

—Eres un desgraciado. Involucrar a tu hermana por un crimen que solo cometiste tú... ¿para qué?

John abrió los ojos de par en par.

—¿Te lo ha contado? —preguntó atónito.

—¿Qué mataste a tu propio padre? Sí, me lo ha contado.

John chasqueó la lengua. Aquello no se lo esperaba. Creía que provocando que Mia se sintiera culpable conseguiría tenerla a su merced.

—¿Por qué mataste a tu padre? —insistí, intentando llevarlo hacia donde yo quería—. ¿Por qué se lo contaste a Mia?

John se encogió de hombros, como si ya no importara.

—Porque mi padre era un desagradecido. Matt nunca quiso llevar las riendas de la empresa y yo, por el contrario, me dejé el alma para llevarla a lo más alto. Y aún así, él terminó prefiriéndolo a él. No sé por qué se lo conté a Mia. Supongo que me entró el pánico cuando supe que iba a ir a la cárcel y necesité compartir aquel pequeño secretillo con alguien para aliviar mi conciencia. Pero cuando supe que tenía una posibilidad de salir de este agujero, me di cuenta de que la idiota de mi hermana podía joderlo todo.

Pero... los dos sabemos que ella no tiene nada que hacer. ¿Qué pruebas tiene? ¡Ninguna! Mejor que siga callada y finja que debe sacrificarse por Matt y el resto de la familia para que ellos no carguen con la verdad.

—Gracias por tu sinceridad.

John enarcó una ceja, así que me saqué la grabadora del bolsillo y la apagué. Él se puso pálido al darse cuenta de que acababa de caer en mi trampa.

—Joder... —masculló él con incredulidad—. Mia vino varias veces a verme y lo intentó, pero nunca logró arrancarme una confesión. La tenía calada. Y ahora me vienes tú y me pillas con la guardia baja.

De repente se echó a reír, y se pegó un buen rato así, riendo a lágrima viva como si todo le hiciera bastante gracia.

—Te vas a pudrir en la cárcel.

—Eso ya lo veremos. Soy un Parker. Mi abogado encontrará la manera de anular esa grabación. Fingiré que me coaccionaste, ya se me ocurrirá algo... —dijo, pero noté el rastro del pánico en su voz.

—Tengo contactos en esta cárcel. Los suficientes para que te hagan la vida imposible, ¿me sigues? —le advertí, y él me miró asombrado—. A ellos les dará igual cómo te apellides, porque resulta que me deben muchos favores. ¿Entiendes lo que pasará si vuelves a amenazar a tu hermana?

Asintió de mala gana.

—No te he oído.

—Sí —respondió irritado.

Me di la vuelta y caminé decidido hacia la puerta. No sabía si la grabación sería suficiente para mantener a John en prisión, pero sospechaba que acababa de acojonarlo. Dejaría de pagar a quien fuera para que asustara a Mia y ella podría seguir con su vida.

—Oye... —me llamó, y yo no me volví—. Debes de quererla mucho

para haber hecho esto por ella. Me alegro por Mia. Por fin ha encontrado a un hombre que se la merece.

No le respondí. Salí de allí con su confesión en el bolsillo y ni siquiera supe qué pensar. Era evidente que John Parker no se arrepentía por lo que había hecho, pero una parte de mí me decía que él quería a su hermana. A su manera. Una muy retorcida y que me producía asco.

57. Mia

—Tienes una visita —me contó Alan.

Enterré la cara en el libro que estaba leyendo en un intento por distraerme. Logan había desaparecido de mi vida en cuanto regresamos del juicio. No entendía nada. Sabía de sobra que él necesitaba curar sus heridas en soledad, pero el silencio de los últimos días me estaba matando. ¿Me juzgaría al saber la verdad? Algo me decía que no, porque después de contárselo Logan había sido muy comprensivo. Dios, lo echaba tanto de menos...

—Me da igual quién sea, no quiero ver a nadie —me metí un puñado de m&m's en la boca.

—¿Incluso si se trata de Logan?

Escupí los m&m's y me puse de pie de un salto. Alan reprimió una sonrisa.

—Vale, dile que pase.

—Está subiendo las escaleras, pero pensé que querías que te avisara antes de que te viera con esas pintas.

Alan tenía razón. En cuanto reparé en mi aspecto, corrí hacia el cuarto de baño y me encerré dentro. Me cepillé el pelo, me cambié de camiseta y me eché cacao en los labios. Cuando abrí la puerta, Alan había desaparecido y en su lugar estaba Logan. El corazón se me aceleró al verlo. Me moría de ganas de abrazarlo, pero no sabía si él estaba pensando lo mismo.

—Hola —lo saludé con timidez.

—Hola.

Me mordí el labio, sin saber qué decir. Había desaparecido de mi vida sin darme una explicación, pero entendía sus motivos. Tenía que ocultarse de la prensa y tomar una decisión muy dura.

—¿Has venido a despedirte? —adiviné con tristeza.

Logan me tendió una grabadora.

—¿Qué es eso? —pregunté sin entender.

—La confesión de tu hermano. Puedes hacer con ella lo que tú quieras.

No fui capaz de cogerla. Me lo quedé mirando como si me estuviera gastando una broma. Yo había sido la primera que había intentado engañar a John otras veces, pero él era demasiado inteligente para caer en mi trampa.

—Cógela —insistió—. Mia, ¿estás bien?

—No —respondí, cogiendo la grabadora—. Pero lo estaré. ¿Y tú?

—Lo intentaré.

Estaba mintiendo, lo sabía de sobra. Logan iba a enfrentarse a su pasado y no me quería con él.

—No sé qué decir. Gracias, otra vez. Nunca vas a dejar de sorprenderme, aunque supongo que ya debería acostumbrarme.

—Me contrataron para eso —le restó importancia.

—Nunca ha sido por trabajo —lo contradije.

—Tienes razón. Ha sido por ti —aceptó, y mi corazón latió con fuerza.

—Pues no me apartes de tu vida justo cuando más me necesitas. ¿Por qué tienes que hacerlo solo? —intenté hacerle ver—. Me tienes a mí.

—No lo entiendes, Mia... necesito estar solo —su expresión se contrajo en una mueca de dolor—. Quiero estar solo.

—No quieres estar solo —dije, con toda la seguridad que pude reunir—. Ni yo tampoco, porque te quiero.

Las palabras escaparon de mi boca sin que yo pudiera medirlas. Pero me sentí mucho mejor al decirlas, porque era la pura verdad. Logan me miró impactado por mi declaración. No se lo esperaba.

—Te vas a ir a la India.

—Lo dices como si eso te lo pusiera más fácil —le reocriminé dolida—. ¿Y si te dijera que me puedo quedar aquí contigo?

—Tienes que volver a tu vida, es lo mejor para los dos —dijo, más para sí mismo que para mí—. No estoy preparado para tener una relación con nadie. Te haría daño, ambos lo sabemos. Sigo anclado en un pasado que me atormenta, y tú tienes toda la vida por delante como para permitir que yo te corte las alas. No, no pienso permitirlo.

—Logan, eso no es verdad. ¿En serio piensas que eres un lastre para mí?

Cortó la distancia que nos separaba y me besó profundamente. Cerré los ojos y me dejé llevar. Fue un beso corto y repleto de amor. Uno que me dijo todo lo que él callaba. Sus miedos, sus dudas... cuando abrí los ojos, Logan ya se había marchado sin darme la opción de seguirlo. Apreté la grabadora contra la palma de mi mano y supe lo que tenía que hacer. Había llegado el momento de dar la cara.

58. Logan

No sé si Mia llegaría a entenderlo alguna vez. Necesitaba curar mis heridas en soledad antes de despedirme de April. Aquella decisión llevaba torturándome el alma desde hacía varios días. Ya le había fallado a mi hija, y ahora no pensaba hacerlo con la mujer a la que amaba. No era justo para ella. Mia tenía toda la vida por delante y la posibilidad de ayudar a mucha gente con su trabajo. ¿Qué tenía yo para ofrecerle? Sabía de sobra que en cuanto me despidiera de mi hija, vendrían unos días de doloroso luto en los que puede que necesitara volver a refugiarme en el alcohol. No estaba dispuesto a ser una carga para Mia.

Ella me amaba, pero desconocía que yo estaba completamente enamorado de ella. Lo suficiente para reconocer que tenía que retirarme para que ella fuese feliz.

Estaba sentado en aquella terraza esperando a Keira. Era la primera vez en cuatro años que nos sentábamos a hablar las cosas como dos adultos que no eludían su responsabilidad. Cuando la vi llegar, lo primero que vi fue su prominente barriga.

—Hola, Logan —me dio un beso en la mejilla.

—Estás embarazada —le dije asombrado.

Ella asintió con una sonrisa temerosa, como si mi reacción la asustara.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Preferí esperar al tercer trimestre, cuando nos aseguraran que todo está bien. Va a ser un niño.

—Me alegro mucho por ti. Lo digo de verdad. Te lo mereces, Keira. Supongo que Marcus y los niños estarán muy contentos.

—Fue algo completamente inesperado, y al principio ni siquiera supe cómo sentirme —admitió, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Me sentía muy

culpable por tener una segunda oportunidad, y temía que tú me juzgaras por ello.

Me odié a mí mismo por haber contribuido a que mi exmujer tuviera aquella imagen de mí.

—Quizá lo hubiera hecho hace un tiempo, pero ahora soy incapaz. Vas a ser una buena madre.

—Tengo mucho miedo —admitió horrorizada—. Me despierto por las noches gritando y pienso: ¿y si vuelve a suceder?

Jamás la había visto así. Keira afrontó el accidente de April con una entereza que a mí me dejó desconcertado. Le cogí la mano y ella se sobresaltó por el contacto, pero me agradeció el gesto con una mirada.

—No pienses en ello. La vida te está dando una segunda oportunidad. Fuiste una buena madre y volverás a serlo. Fue un maldito accidente.

Ella me miró sorprendida. Era la primera vez que aquellas palabras salían de mi boca.

—Estás cambiado —dijo asombrada—. Te veo muy bien. Me gusta reconocer al hombre que fuiste.

—Siento haberte culpado por lo que le sucedió a April. Te culpaba a ti, me culpaba a mí... sé que nos hice mucho daño —le confesé agobiado.

—¿Sabes qué fue lo que más me dolió? Te alejaste de mí y no me diste ninguna posibilidad de volver a acercarme. Fue tan frustrante... de repente, no solo perdí a una hija, sino también a mi marido.

—Me sentía fatal. No entendía cómo eras capaz de seguir adelante. Siempre envidié tu fortaleza.

—No era fuerte, pero fingía muy bien —me contradijo para mi sorpresa—. ¿Sabes qué fue lo que me obligó a dejar de culparme? El amor. Cuando conocí a Marcus y a sus hijos, el amor que me dieron no dejó espacio para el odio. Entonces dejé de buscar culpables y empecé a asimilar que

habíamos perdido a April.

No fui capaz de decir nada. Ella me observó atentamente y sonrió de medio lado, como si acabara de ver algo que le gustara.

—Siento mucho haberte gritado por teléfono. Mis hormonas están revolucionadas con el embarazo, y ver que hablaban de nosotros y nuestra hija en los medios de comunicación... —sacudió la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas, así que parpadeó para borrarlas—. Ya sé que tú no tienes la culpa, Logan.

—Debería haberlo previsto —gruñí molesto.

—No. No hagas eso —me pidió—. Ya basta de buscar culpables para todo. ¿Qué hay de esa chica? Vi la foto en la que os besabais. ¿Vais en serio?

—No.

—¿No? —mi respuesta la dejó desconcertada—. Creí que...

—Es imposible. No se merece cargar con alguien como yo.

—¿Crees que Marcus se merecía cargar con la que yo era por aquel entonces? Así es el amor, Logan. Si ella te quiere lo entenderá. ¿O es que acaso te has largado sin darle la opción de decidir? Eso es muy típico de ti.

Aparté la mirada, mortificado porque mi exmujer me conociera tan bien. Ella suspiró y puso los ojos en blanco.

—Piensa en ti por una vez en la vida, Logan. Tienes cuarenta años, ya no eres ningún niño. La vida se te escapa y tú no haces nada para remediarlo. Si amas a esa mujer, no la dejes ir.

59. Mia

Matt estaba dentro de su despacho y yo no me atrevía a llamar a la puerta. Me retorcí las manos con nerviosismo y repasé mi discurso. Sabía lo que tenía que decirle, pero era incapaz de hacerlo. Había escuchado la grabación de John diez veces seguidas antes de levantarme de la cama. Tenía que hacerlo. No podía permitir que aquel monstruo regresara a nuestras vidas.

Me armé de valor y llamé a la puerta.

—Papá está demasiado ocupado con cosas del trabajo. Id a jugar con el tío Alan —gritó desde dentro la voz de mi hermano.

—Soy yo.

—¿Mia? Pasa.

Empujé la puerta y noté que me temblaban las piernas. Él apartó la vista del ordenador y me miró con interés.

—¿Qué haces ahí parada? —me preguntó, al ver que no me movía—. Mia, estás pálida. ¿Te encuentras bien?

No conseguí moverme. Matt se levantó y rodeó su escritorio hasta llegar a mí. Me miró preocupado y frunció el ceño.

—Oye, ¿qué te pasa? —exigió saber, y me puso una mano en la frente para cerciorarse de que no estaba enferma.

Aparté la cara y le cogí la mano, llevándolo hacia los sillones que había junto a la librería.

—Siéntate, Matt.

Él resopló.

—Mia, no sé a qué diantres viene todo este misterio, pero será mejor que lo sueltes ya —me pidió, perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—John mató a papá —le solté de golpe.

Él me miró como si no me hubiese oído bien.

—No tiene ni puñetera gracia. ¿Qué broma es esa? ¿A ti qué cojones te pasa?

—Matt... —se me quebró la voz—. No es ninguna broma. Lo sé desde hace diez años, me lo contó él.

—¿Qué? —estaba atónito. Subió el tono de voz y me gritó—. ¿Qué?

—Que la muerte de papá no fue por causas naturales. John lo mató.

—¡Ya te he oído! —exclamó fuera de sí, y comenzó a dar vueltas por el despacho como un loco—. Dime que me estás mintiendo, por favor.

—Lo siento, pero es la verdad.

Él se quedó petrificado, como si de pronto lo entendiera todo.

—Por eso te fuiste hace diez años...

—Sí —admití con pesar.

Me acerqué a él, pero mi hermano me fulminó con la mirada cuando intenté tocarlo.

—Ni te me acerques. ¿Cómo has podido hacerme esto? —me recriminó dolido, y vi el rastro de las lágrimas en sus ojos—. ¿Cómo has podido hacernos esto a todos?

—No tenía pruebas, Matt. Te lo juro. John me lo contó el día que intentó mataros... —le expliqué, desesperada porque me creyera—. Fui a verlo varias veces a la cárcel e intenté arrancarle una confesión, pero no lo logré. Y mamá y tú estabais muy mal... la familia estaba dividida... todos estabais destrozados. Pensé que no era justo para vosotros y que John se pasaría el resto de su vida en la cárcel. Solo intentaba protegeros, te lo prometo.

—Intentabas... protegernos... —asimiló mis palabras. Pasó por mi lado sin ni siquiera tocarme y se dejó caer en el sofá, tapándose el rostro con las manos—. Tendrías que habérmelo contado.

—¿Para qué? ¿Te hubiera ayudado en algo saberlo? ¿Saber que tu

hermano es un asesino que mató a nuestro padre? Porque te aseguro que yo habría dado cualquier cosa por no conocer la verdad. Lleva diez años matándome y alejándome de vosotros. ¿Y mamá, crees que eso la hará sentir mejor? Han pasado diez años y todavía sigue culpándose por lo que sucedió, por criar a un hijo como él y haberte alejado de Harley para protegerlo...

—¡Eso no cambia nada! —bramó furioso—. ¿O es que lo ocultaste porque sentías pena por él? Mírame a la cara cuando te hablo, Mia.

Lo hice. Lo miré completamente destrozada por su reacción.

—¡Lo oculté porque os quiero demasiado, joder! Y luego tuve mucho miedo —rompí a llorar y me saqué la grabadora del bolsillo—. Jamás vuelvas a decir que antepongo a John a mi familia.

—¿Qué es eso? —gruñó, al ver lo que me sacaba del bolsillo.

Dejé la grabadora encima de la mesa.

—La confesión de John. Dale las gracias a Logan, yo no he tenido nada que ver.

Mi hermano contempló la grabadora como si fuese una broma pesada. Sabía de sobra que necesitaba asimilar todo lo que le había contado.

—¿Me lo habrías contado alguna vez de no tener pruebas? —quiso saber.

—No lo sé —le fui sincera.

—Vete. Quiero estar solo.

Me di la vuelta mientras comprendía que cabía la posibilidad de que hubiese perdido a mi hermano para siempre. La verdad dolía, pero yo no podía seguir viviendo con aquel secreto. Solo esperaba que mi hermano pudiera perdonarme.

Matt estuvo cuatro días sin hablarme. Harley lo notó y me preguntó qué nos pasaba, pero le contesté con evasivas. Él tampoco le había contado a los

demás la verdad, pero se negaba a mirarme cuando nos cruzábamos por el pasillo. Parecía que hasta respirar el mismo aire que yo le molestaba. Ni siquiera sabía lo que él había sentido al escuchar la grabadora.

Cuando yo lo hice noté que se me desgarraba el alma. Que la persona que hablaba con esa frialdad de la muerte de mi padre no era mi hermano.

Recibí un mensaje de Logan que me sacó una sonrisa. Ya habían pasado dos semanas desde la última vez que nos vimos, y aquella era la primera vez que sabía algo de él.

Logan: ¿Cómo estás?

Dos palabras. Me lo pensé muy bien antes de contestarle.

Yo: no muy bien. Le he contado la verdad a Matt y no me habla.

Logan: te perdonará.

Yo: ¿cómo estás tan seguro?

Logan: porque te quiere. Necesita tiempo para asimilar lo que le has contado.

Deseé con todas mis fuerzas que Logan estuviera en lo cierto.

Yo: ¿Cómo estás tú?

Él no me respondió. Fruncí el ceño y estuve a punto de estrellar el teléfono contra el suelo. No entendía nada. Logan me mandaba un mensaje, y en cuanto obtenía lo que quería, pasaba de mí. Pero un rato después, más calmada, lo comprendí a la perfección. Se preocupaba por mí, pero no me dejaba hacer lo mismo por él.

Alguien llamó a mi puerta. Matt entró a mi habitación y yo me levanté de la cama. Fui a decir algo, pero él cortó la distancia que nos separaba y me abrazó con fuerza. Ambos nos emocionamos y pasamos un buen rato abrazados y sin hablar. Fue él quien rompió el silencio. Sus ojos estaban llenos de

lágrimas de rabia.

—No vuelvas a permitir que nadie te hable así, ni siquiera yo —me pidió consternado.

—¿Significa eso que me perdonas?

—Significa que entiendo por qué lo hiciste. No hay nada que perdonar. Te parece más a mí de lo que me gustaría. Puede que yo hubiera hecho lo mismo de haberlo sabido.

Respiré aliviada y comprendí que debería habérselo contado mucho antes, pero no podía cambiar el pasado. En lugar de ello me preocupé por lo que estaba a punto de venir.

—¿Qué vamos a hacer?

—He estado hablando con mi abogado, y dice que la defensa de John podría alegar que la confesión se obtuvo bajo coacción. Pero al menos seguirá entre rejas y esto servirá para que le denieguen la condicional. Vamos a luchar porque se haga justicia, Mia.

Era lo mejor. Mi padre se lo merecía.

—No vamos a contarle nada a mamá... por el momento —me dijo, y yo no tuve nada que objetar—. Está muy mayor y esto le partiría el corazón. Intentaremos llevarlo todo con la mayor discreción... pero tendremos que ser sinceros con ella si esto sale a la luz.

Recé con todas mis fuerzas para que mi madre pudiera vivir lo que le quedaba de vida sin conocer una verdad que la destrozaría.

—¿Y Harley? —me temí.

—Yo... no he podido evitarlo, se lo he contado. Me conoce tan bien que sabe cuándo le oculto algo. No puede parar de llorar... supongo, que después de contárselo he conseguido ponerme en tu piel —me dio un beso en la mejilla—. No quiero estar solo, ¿bajas a mirar las estrellas como cuando éramos unos críos?

—Ahora voy.

En cuanto Matt se fue, cogí mi móvil para cerciorarme de que Logan no me había respondido, pero me sorprendió encontrar un mensaje desde un número que no conocía.

Cementerio de St. Andrews. Lunes 17 a las 12.15. Sé que Logan te quiere demasiado para pedirte que vayas, pero no es justo que esté solo en un momento tan duro. Te necesita más de lo que está dispuesto a admitir.

Releí el mensaje un par de veces y comprendí de quién se trataba. Era Keira, la exmujer de Logan. Habían tomado una decisión, y yo no pensaba abandonar a Logan justo cuando más me necesitaba.

60. Sarah

Todavía me estaba acostumbrando a mi nueva vida en pareja, pero he de reconocer que estaba encantada de la vida. Era feliz al lado de Fernando y él nunca dejaba de sorprenderme. Mis dudas se habían esfumado y estaba empezando a conocer al hombre tan maravilloso que él llevaba demasiado tiempo ocultando.

Jessica no le había puesto las cosas fáciles. Fernando se había quedado corto diciendo que ella podía ser un pelín vengativa. Había perdido su trabajo en el bufete porque Jessica le había suplicado a su padre que lo despidiera. Y casi estuvo a punto de conseguir que a mí también me echara. Desde luego, no escatimó en esfuerzos para lograrlo. Pero aquella decisión no dependía solo de su padre, y yo me había convertido en la protegida de Smith, el segundo socio del bufete. Estaba tan satisfecho con mi trabajo que se había negado a ceder a los caprichos de la hija mimada de su socio, aunque eso produjese algunas rencillas entre ellos.

Pero Jessica no se había conformado con echar a Fernando del bufete. Quería arruinar su carrera y había utilizado su influencia para hacer circular los rumores más horribles sobre él. De repente se le cerraban las puertas del resto de bufetes de la ciudad, y yo le veía llegar todos los días con una sonrisa fingida mientras trataba de restarle importancia. Además, Jessica había vendido todos los bienes que tenían en común, y se negaba a darle su parte sin ir a juicio. Fernando me repetía constantemente que no le importaba y que el dinero era lo de menos, pero a mí me dolía ver como Jessica le había arrebatado todo lo que se había ganado por haberme elegido a mí.

Manuel, el padre de Fernando, era un encanto. Habíamos congeniado a la primera y me trataba como si fuera una hija. Ahora vivía con nosotros y nos habíamos mudado a un piso con dos habitaciones. Incluso Marie recibió el

cambio con agrado y consintió que Fernando la acariciara de vez en cuando. La gata se las traía, pero él estaba empeñado en ganársela.

Aquella noche Fernando me había llevado a mi restaurante favorito, ese al que habíamos estado a punto de ir cuando él perdió la apuesta. Cuando salimos de allí, dimos un largo paseo hasta llegar a una avenida poco concurrida. Se paró delante de un local con el cartel de *se alquila*.

—¿Te gusta? —me preguntó emocionado.

—Pues... no sé. ¿Debería?

—Lo he alquilado hoy. He pensado que si nadie me da una oportunidad, quizá es el momento de abrir mi propio despacho.

—Me parece una idea estupenda.

—¿En serio? Sé perfectamente cuando mientes, Sarah.

—Es solo que... me parece tan injusto que hayas tenido que renunciar a todo lo que tenías por mí. A tu estilo de vida, tu reputación...

—Sarah... —me atrajo hacia sí y me besó con devoción—. No he tenido que renunciar a nada. Tengo lo que más me importa delante de mí.

Me deshice en sus brazos y no vi el momento de llegar a casa. Quería que me hiciera el amor, aunque por su culpa fuese al trabajo con unas ojeras considerables.

—Menos mal. Porque me encanta el local.

Él se sacó algo del bolsillo y me lo tendió con nerviosismo.

—¿Y esto?

—Un regalo.

Me mordí el labio y rasgué el envoltorio. Lo miré atónita. Eran unas gafas.

—¿En serio?

Fernando se aguantó la risa.

—¿No te gustan?

—Pues... sí, supongo. Son muy prácticas —le mentí, un tanto decepcionada.

Él se arrodilló a mis pies. Lo miré sin saber lo que se proponía, y algunos viandantes curiosos se nos quedaron mirando.

—Hay algo dentro —me dijo.

No entendí a qué se refería, hasta que saqué las gafas y descubrí un anillo. Balbuceé un montón de incoherencias cuando comprendí lo que estaba sucediendo. Fernando me cogió una mano, y con la otra me pidió el anillo.

—Ay... —musité emocionada.

—Te mentí cuando te dije que tengo todo lo que quiero, porque nada me haría más feliz que fueras mi esposa. Sarah, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Sí! —chillé sin dudar, y la gente comenzó a aplaudir a nuestro alrededor.

Fernando me puso el anillo, se levantó y me robó un beso. Acto seguido me cogió en brazos y caminó hacia el local con el cartel de *se alquila*.

—¿Qué haces? —se me escapó la risa—. Nos está mirando todo el mundo.

—Resulta que me han entrado muchas ganas de hacerte el amor. ¿Qué mejor manera de estrenar este local?

Lo miré a los ojos y comprendí que él tenía razón. Nos teníamos el uno al otro, y todo lo demás sobraba. Fernando me besó con suavidad mientras entraba conmigo al principio de una de las tantas cosas buenas que estaban por llegar. Y allí, en brazos de mi futuro marido y rodeada de cajas vacías, supe que no tenía nada que envidiar a ninguna de las protagonistas de las novelas románticas que yo leía. Porque esa era mi historia y nuestro cuento no había hecho más que empezar.

61. Logan

Ni siquiera fui capaz de llorar. Sabía que más tarde, cuando consiguiera hacerme a la idea de que April se había ido, no podría parar de hacerlo. Me había costado dejarla partir. Sentía que una parte de mí se había marchado con mi hija y que ya nunca volvería a ser el mismo.

Pero sobre todo, comprendí que echaba de menos a Mia con toda mi alma. La necesitaba justo allí, a mi lado. Reconfortándome mientras me miraba con sus ojos castaños y me cogía la mano. Por primera vez en mi vida necesitaba que alguien me sostuviera y me prometiese que todo el dolor que sentía se iría algún día.

El entierro de April se produjo en la más estricta intimidad. Keira estaba acompañada por Marcus, pero yo había ido completamente solo. Me preparé para escuchar las palabras del sacerdote cuando algo me hizo levantar la cabeza. Se me paró el corazón y contemplé a Mia, a lo lejos. Se mantenía a una distancia prudencial, como si no se atreviera a acompañarnos porque creyese que no era bien recibida. No lo dudé. Crucé la distancia que nos separaba y mi corazón volvió a latir cuando la tuve delante.

—No sabía si querías que estuviera aquí. Me ha costado tomar la decisión. Yo... no sé qué decir.

—Gracias —le dije emocionado.

Ella alargó un brazo y me acarició la mejilla. Entrecerré los ojos y me estremecí. Cogí su mano antes de que la dejara caer y la llevé justo al lugar en el que ella debía estar. A mi lado, en el momento más duro de mi vida.

Escuchamos las palabras del sacerdote en silencio. Keira rompió a llorar y a mí me costó mantenerme en pie. Aferré la mano de Mia con fuerza y me apoyé en ella. Cuando terminó, me acerqué al ataúd y deposité una rosa blanca sobre él.

—Adiós, pequeña.

Los ojos se me empañaron de lágrimas. Yo, que nunca lloraba. El mismo que ahogaba las penas en alcohol e intentaba mostrar una entereza que no sentía. Pero me rompí por completo. Eché a caminar todo lo lejos que puede mientras sentía que me faltaba el aire. Me detuve de pronto y grité con fuerza. Un grito liberador que me arrancó más lágrimas. Me sobresalté cuando alguien me puso una mano en la espalda.

—¿Estás bien?

Me volví hacia Mia, que me contempló preocupada.

—No —decidí dejar de fingir.

Ella asintió con pesar y no dijo nada. Me abrazó con cariño y yo dejé que lo hiciera. No me sentí mejor. No consiguió que el dolor se evaporara de golpe. Pero me sentí menos solo y de repente tuve la esperanza de que a partir de entonces todo sería más fácil. Porque la tenía a ella.

—Estoy harto de hacerme el fuerte.

—Conmigo puedes ser cualquier cosa. Porque te quiero, ya te lo dije.

—Lo sé —me separé un poco de ella para mirarlo a los ojos—. Jamás debería haberte apartado de mí.

—Sí, pero entiendo por qué lo hiciste...

—¿De verdad?

—Porque querías regodearte en tu dolor y pensabas que nunca lo superarías. Pero lo haremos juntos, Logan. Me da igual si es aquí, en la India... o donde tú quieras.

—¿Y tus planes?

—Mi mejor plan eres tú.

Un escalofrío de placer me recorrió el cuerpo cuando la escuché. La miré fascinado y comprendí que nunca podría amar a una mujer como la amaba a ella.

—Estoy completamente enamorado de ti, Señorita Parker. Me tienes hechizado.

Ella suspiró aliviada y enrolló las manos alrededor de mi cuello.

—Menos mal, pensé que no me lo dirías nunca.

La miré con ternura y un amor infinito.

—Te quiero —repetí, apoderándome de sus labios—. Y no volveré a cometer el error de apartarme de ti. Donde sea, pero contigo.

Ella apoyó la cabeza en mi pecho y la escuché llorar. Eran lágrimas de felicidad. La besé en la frente y me sobrecogió todo el amor que experimenté. Mia me volvía loco y podría hacer cualquier cosa por ella. Había perdido una hija y ese espacio jamás lo ocuparía nadie. Pero había ganado el amor de una mujer maravillosa. De la mujer más fascinante que había conocido en toda mi vida. Y allí, a pesar de todo el dolor, comencé a ser feliz.

62. Mia

Es increíble como dos corazones rotos pueden curarse mutuamente. Así me sentía yo con Logan. Como si las piezas de mi vida empezaran a encajar porque él completaba el puzle.

Ambos teníamos heridas por cicatrizar que sanarían con el paso del tiempo. Logan se despertaba por las noches gritando el nombre de su hija. Sabía que necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que ella ya no estaba, pero yo lo acompañaría en el largo camino del duelo.

A Matt y a mí nos estaba costando que algún juez admitiera la grabación como prueba, pero ninguno de los dos cesaba en su empeño porque se hiciera justicia. Fernando nos estaba ayudando con la acusación y me había enterado que estaba esperando su primer hijo. Gracias a Dios no con Jessica, de la que no había vuelto a saber nada. Harley nos empujaba a no rendirnos y mamá seguía viviendo plácidamente en su ignorancia. Alan, como siempre, era feliz a su manera.

Y yo... empezaba a ser feliz. A pesar del dolor, las cicatrices y los recuerdos, rozaba la felicidad con los dedos y atesoraba en mi corazón los buenos momentos con Logan, que siempre superaban a los malos. Ahora vivíamos a caballo entre mi casa, la suya y nuestros viajes alrededor del mundo. Logan estaba decidido a ayudarme en mi trabajo con la fundación y se había involucrado tanto que para mí era toda una sorpresa. Cuando le pregunté que por qué lo hacía, él me respondió muy tranquilo que quería una vida conmigo. Al parecer, había dicho completamente en serio lo de no apartarse otra vez de mí. Y a mí... sinceramente... no podía parecerme mejor.

—¿No quieres darte un baño? —me preguntó.

Observé el mar con desconfianza. Por supuesto, había cumplido la promesa que le había hecho a su hija. Ahora tenía un barco en cuya popa podía

leerse el nombre de April. Salíamos a navegar siempre que podíamos. La sonrisa de Logan cuando oteaba el horizonte no tenía precio.

—Ya sabes que soy más de seco —respondí, y él se echó a reír.

Me apoyé en la barandilla y, de repente, los vi. Me volví ilusionada hacia él, que acababa de ver lo mismo que yo. Delfines. No me importó que las olas me salpicaran la cara. Los dos sonreímos y disfrutamos del espectáculo.

—Qué maravilla... —susurré emocionada.

Logan se apoyó a mi lado y me contempló a su antojo. Noté que sonreía abiertamente y me volví hacia él.

—¿Qué pasa, Señor Prexton?

—Tienes la misma cara que el día que contemplaste las estrellas. Siempre ves un rayo de luz, aunque todo esté completamente oscuro. No sé qué haría sin ti...

Me pasó un brazo por encima de los hombros y me apretó contra su pecho. Sonreí como una boba y noté que mis ojos se humedecían.

—Ese fue el momento en el que me enamoré de ti. Entonces no lo sabía, pero ahora estoy completamente seguro.

Me volví hacia él muy sorprendida.

—¿Cuándo me tapaste con tu chaqueta?

—Sí. No paraba de preguntarme, ¿cómo me puedo sentir tan atraído por esta mujer tan insoportable?

Le di un guantazo, y él soltó una carcajada. Puse los ojos en blanco.

—Pues a mí me costó mucho más, para que lo sepas...

—¿Ah, sí? —me mordió el cuello y yo me deshice como el caramelo —. No te creo, mentirosa...

—Mientras tú babeabas por mis huesos, yo me preguntaba: ¿se puede ser más bruto que mi guardaespaldas?

Él se partió de risa.

—¿Y a qué conclusión llegaste? —murmuró, dejando una hilera de besos por mi garganta.

—Me dije a mí misma; este zopenco tan atractivo tiene posibilidades de ganarse el premio al hombre más antipático del año —enrollé mis manos alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí—. Y para que lo sepas, tuve ganas de matarte cuando me pediste que te devolviera la chaqueta.

—No me cabe la menor duda, tienes mucho carácter.

—¿Y eso es malo?

—A mí me vuelve loco —encontró mi boca y me besó con urgencia—. ¿Prefieres seguir contemplando los delfines, o te conformas con el bruto y antipático aunque atractivo de tu guardaespaldas?

—Ya no eres mi guardaespaldas.

—Señorita Parker... qué te gusta llevarme la contraria.

Se me escapó la risa floja cuando él comenzó a quitarme la ropa.

—Señor Prexton, creo que los delfines pueden esperar.

Sobre la autora

Soy una escritora sevillana a la que le encantan las novelas románticas, las series de televisión, el sushi y los animales. Nací en el año 1992 (la generación de Curro), y me defino como una romántica empedernida que tiene debilidad por los finales felices. Me encanta viajar y soñar despierta. Tengo un perro llamado Obélix que ya es famoso en Instagram (y está muy mimado). Y en mi tiempo libre, además de escribir, leo todo lo que cae en mis manos, cocino, colecciono muñecos funko y como demasiado chocolate.

Si quieres estar al tanto de las novedades que voy a publicar o preguntarme algo sobre los personajes de mis historias, puedes encontrarme en redes sociales. Te aviso que estoy un poco loca, pero siempre contesto ??

Instagram: [Chloe.santana](https://www.instagram.com/Chloe.santana)

Twitter: [@chloesantana](https://twitter.com/@chloesantana)

Facebook: [Chloe Santana](https://www.facebook.com/Chloe.Santana)

Página de Facebook: [Chloe Santana libros](https://www.facebook.com/Chloe.Santana.libros)

Página web: www.chloesantana.com

Si has disfrutado la lectura, te agradecería que dejases tu opinión en Amazon. La mejor forma de ayudar a un escritor es decirle a los demás lo que te ha parecido su obra. ¡Y yo te lo agradeceré muchísimo!

Sin vuestro apoyo, los escritores no somos nada. Estaré encantada de responder a vuestros mensajes. ¡Gracias por leerme!

NOTA ADICIONAL: SI HAS LEÍDO ESTA HISTORIA, PERO TE PERDISTE EL LIBRO DE MATT Y HARLEY, PUEDES ENCONTRARLO EN AMAZON BAJO EL TÍTULO DE: “TODOS LOS VERANOS CONTIGO”

¿Te ha gustado este libro?

Si has disfrutado la lectura, te agradecería que dejases tu opinión en Amazon. La mejor forma de ayudar a un escritor es decirle a los demás lo que te ha parecido su obra. ¡Y yo te lo agradeceré muchísimo!

Si, además, te apetece seguirme por las redes sociales para estar al tanto de lo que publico o comentar la lectura conmigo, puedes encontrarme aquí:

Instagram: [Chloe.santana](https://www.instagram.com/Chloe.santana)

Twitter: [@chloesantana_](https://twitter.com/@chloesantana_)

Facebook: [Chloe Santana](#)

Página de Facebook: [Chloe Santana libros](#)

Página web: www.chloesantana.com

Sin vuestro apoyo, los escritores no somos nada. Estaré encantada de responder a vuestros mensajes. ¡Gracias por leerme!

Si te ha gustado este libro, también disfrutaras con: *No eres mi tipo.*

No eres mi tipo es una novela tierna y alocada sobre el amor, los estereotipos y las segundas oportunidades. Descubre de la mano de Chloe Santana que el amor llega cuando menos te los esperas y prepárate para reír a carcajadas.

¿Y si te dijeran que el hombre perfecto es alguien a quien no soportas?

Querido diario:

Esta soy yo. Torpe, bocazas y experta en meterme en líos. Mi psicóloga dice que hay que tomarse la vida con humor, pero sinceramente no le veo la gracia a que mi novio de toda la vida me haya dejado por otra. O a que mis padres vayan a divorciarse después de treinta años juntos. ¿El mundo se ha vuelto loco? ¿Es que ya nadie cree en el amor?

Pero, hey, no pienses que mi vida es tan mala. Tengo un gato llamado Apolo, escribo en mis ratos libres y acabo de encontrar un empleo como secretaria del señor mister Simpatía. Lo de mister Simpatía es ironía, por supuesto, porque mi jefe es un tipo serio, frío y me da a mí que un poco amargado. ¡Y está como un queso! Cada vez que no repara en mi existencia - la mayor parte del tiempo-, me quedo observándolo con cara de placer. ¿El único problema? Además de tener novia, me mira como si yo fuese el bicho más raro del planeta.

¡Qué se le va a hacer! De ilusión también se vive...

Me llamo Ana, tengo veinticinco años y soy una pringada. Esta es mi historia.

